

CULPA MÍA

THE
WATTYS
2016
wattpad

MERCEDES RON

Culpa mía

NOAH

Mientras subía y bajaba la ventanilla del nuevo coche de mi madre, no podía dejar de pensar en lo que me depararía el siguiente e infernal año que tenía por delante. Aún no dejaba de preguntarme cómo es que habíamos acabado así, yéndonos de nuestra casa, de nuestro hogar para cruzar todo el país hasta California. Habían pasado tres meses desde que había recibido la fatal noticia, la misma que cambiaría mi vida por completo, la misma que me hacía querer llorar por las noches, la misma que conseguía que suplicara y despotricara como una niña de once años en vez de diecisiete.

¿Pero qué podía hacer? No era mayor de edad, aún faltaban once meses, tres semanas y dos días para cumplir los dieciocho y poder largarme a la universidad; lejos de unos padres que solo pensaban en sí mismos, lejos de aquellos desconocidos con los que me iba tocar vivir porque sí, de ahora en adelante iba a tener que compartir mi vida con dos personas completamente desconocidas y para colmo, dos tíos.

—¿Puedes dejar de hacer eso? Me estás poniendo nerviosa—dijo mi madre, al mismo tiempo que colocaba las llaves en el contacto y ponía en marcha el coche.

—A mi me ponen nerviosa muchas cosas que haces, y me tengo que aguantar—le dije de malas maneras. El sonoro suspiro que vino en respuesta se había convertido en algo tan rutinario que ni siquiera me sorprendió.

Pero ¿Cómo podía obligarme? ¿Acaso es que no le importaban mis sentimientos ? *Claro que sí*, me había respondido mi madre mientras nos alejábamos de mi

querido pueblo de Toronto en Canadá. Todavía no me podía creer que no fuésemos a vivir solas nunca más; era extraño. Ya habían pasado siete años desde que mis padres se habían separado; y no de forma convencional ni agradable: había sido un divorcio de lo más traumático, pero al fin y al cabo lo había superado... o por lo menos seguía intentándolo; y vivir sola con mi madre me insuflaba una tranquilidad que sería destrozada nada más llegar a la que sería mi nueva casa.

Yo era una persona que le costaba muchísimo adaptarse a los cambios, me aterrorizaba estar con extraños; no era tímida pero sí muy reservada con mi vida privada y eso de tener que compartir mis veinticuatro horas del día con dos personas que apenas conocía me creaba una ansiedad que me hacía tener ganas de salir del coche y vomitar.

—Aún no puedo comprender por qué no me dejas vivir en casa—le dije intentado poder convencerla en lo que sería por lo menos la décima vez desde que habíamos salido de casa ayer por la mañana.—No soy una niña, sé cuidarme, además el año que viene estaré en la universidad y al fin y al cabo estaré viviendo sola... es lo mismo—dije intentado hacerla entrar en razón y sabiendo que yo estaba completamente en lo cierto.

—No voy a perderme tú último año de instituto, y voy a disfrutar de mi hija antes de que te vayas a estudiar; Noah ya te lo he dicho mil veces, quiero que formes parte de esta nueva familia, eres mi hija, por Dios santo, ¿enserio crees que te voy a dejar vivir en otro país sin ningún adulto y a tanta distancia de donde yo estoy?—me contestó sin apartar la mirada de la carretera y haciendo aspavientos con su mano derecha.

Mi madre no comprendía lo duro que era todo eso para mí. Ella comenzaba su nueva vida con un marido nuevo que supuestamente la quería pero ¿y yo?

—Tú no lo entiendes, mamá, ¿no te has parado a pensar que este también es mi último año de instituto? ¿Qué tengo allí a todas mis amigas, mi trabajo, mi equipo...? ¡Toda mi vida, mamá!—le grité intentando contener las lágrimas que estaban a punto de derramarse por mis mejillas. Aquella situación estaba pudiendo conmigo, eso estaba clarísimo. Yo nunca y repito, *nunca*, lloraba delante de nadie. Llorar es para débiles, para aquellos que no saben controlar lo que sienten, o en mi caso para aquellos que han llorado tanto a lo largo de su vida que han decidido no derramar ni una sola lágrima más.

Aquellos pensamientos me hicieron recordar el inicio de toda aquella locura y al igual que siempre lo hacía, mi cabeza no dejaba de arrepentirse de no haber acompañado a mi madre a aquel maldito crucero por las islas del Caribe. Porque había sido allí, en un barco en medio de la nada donde había conocido al increíble y enigmático William Leister.

Si pudiera volver atrás en el tiempo no dudaría ni un instante en decirle que sí a mi madre cuando se presento a mediados de abril con dos billetes para irnos de vacaciones. Había sido un regalo de su mejor amiga Alicia, la pobre había sufrido un accidente con el coche y se había roto la pierna derecha, un brazo y dos costillas. Como es obvio no podía irse con su marido a la islas Fidji, y por ese motivo se lo regaló a mi madre. Pero vamos a ver... ¿mediados de Abril? Por aquellas fechas yo estaba con los exámenes finales y metida de lleno en los partidos de vóley. Mi equipo había quedado primero después de estar en segundo lugar desde que yo tenía uso de razón, había sido una de las alegrías más grandes de mi vida; pero ahora viendo las consecuencias de no haber asistido a aquel viaje, devolvería el trofeo, dejaría el equipo y no me hubiese importado

suspender literatura y español, con tal de evitar que aquel matrimonio se realizara.

¡Casarse en un barco! ¡Mi madre estaba completamente loca! Además se casaron sin decirme absolutamente nada, me enteré en cuanto llegó, y encima me lo dijo tan tranquila como si casarse con un millonario en medio del océano fuera lo más normal del mundo... Toda esta situación era de lo más surrealista, me iba de mi pequeño apartamento en uno de los lugares más fríos de Canadá para mudarme a una mansión en California, EEUU. Ni siquiera era mi país, aunque mi madre había nacido en Texas y mi padre en Colorado. Pero aún así me gustaba Canadá, yo había nacido allí, era cuanto conocía...

—Noah sabes que quiero lo mejor para ti—me dijo mi madre haciéndome regresar a la realidad.—Sabes por lo que he pasado, por lo que *hemos* pasado; y por fin he encontrado un buen hombre que me quiere y me respeta y no me sentía tan feliz desde hace muchísimo tiempo... le necesito y sé que vas a llegar a quererle, además puede ofrecerte un futuro que yo nunca podría ni haber imaginado darte.

—Mi instituto en Toronto era muy bueno—dije suspirando al mismo tiempo que pensaba en lo feliz que estaba mi madre. Hacía muchísimos años que no la veía tan contenta, tan ilusionada. Era otra persona, y me alegraba por ella pero yo no sabía si iba a poder adaptarme a un cambio tan radical en mi vida.

—Uno de los mejores institutos... *públicos*, Noah.—me aclaró mi madre—Ahora vas a poder asistir a uno de los mejores del país, y vas a poder optar a las mejores universidades...

—Es que yo no quiero ir a una universidad de esas, mamá, ni tampoco quiero que un desconocido me la pague

—dije sintiendo un escalofrío al pensar en que dentro de un mes empezaría en un instituto pijo lleno de niños ricos.

—No es un desconocido, es mi marido, así que ve haciéndote a la idea—agregó en un tono más cortante.

—Nunca voy hacerme a la idea—le conteste apartando la mirada de su rostro y centrándola en la carretera.

—Pues vas a tener que hacerlo porque ya hemos llegado —añadió, haciendo que me incorporara con los nervios a flor de piel y una sensación extraña en el estómago.—Este es tu nuevo barrio.

Centré mi mirada en las altas palmeras y las calles que separaban las mansiones extraordinariamente grandes e impresionantes. Cada casa ocupaba por lo menos media manzana y cada una era diferente de la otra. Las había de estilo inglés, victoriano y también había muchas de aspecto moderno con las paredes de cristal e inmensos jardines con fuentes y flores. Mi madre conducía por allí como si se tratara de su barrio de toda la vida, y comencé a asustarme cada vez más al ver que a medida que avanzábamos por la calle las casas se iban haciendo cada vez más grandes.

Finalmente llegamos a un portón de tres metros de altura y como si nada mi madre sacó un aparatito de la guantera, le dio a un botón y las inmensas puertas comenzaron a abrirse.

Volvió a poner el coche en marcha y bajamos una cuesta rodeada de jardines y altos pinos que desprendían un agradable olor a verano y mar.

—La casa no está tan alta como las demás de la urbanización, y por ese motivo tenemos las mejores vistas a la playa.—me dijo con una gran sonrisa. Me giré hacia ella y la observé como si no la reconociera.

¿Acaso no se daba cuenta de lo que nos rodeaba? ¿No era consciente de que esto nos quedaba demasiado grande?

No me dio tiempo a formular las preguntas en alto porque finalmente llegamos a la casa. Solo se me ocurrieron dos palabras: MADRE MÍA.

La casa era toda blanca con los altos tejados de color arena; tenía por lo menos tres pisos, pero era difícil de decir ya que tenía tantas terrazas, ventanas, tanto todo... Había un porche impresionante de cara a nosotras y al ser ya pasadas las siete de la tarde las luces estaban encendidas, dándole al edificio un aspecto de ensueño. Fuera el sol se pondría dentro de poco y el cielo ya estaba pintado de muchos colores, que contrastaban con el blanco inmaculado de la casa. Los grandes postigos del porche medirían por lo menos siete metros y ni hablar de la impresionante entrada, cuya fuente central desprendía chorros por mil lugares diferentes.

Mi madre apagó el coche después de haber rodeado la fuente y haber aparcado delante de los escalones que nos llevarían a la puerta principal. La primera impresión que tuve al bajarme fue de haber llegado al hotel más lujosos de toda California; solo que no era un hotel era una casa... supuesta mente un hogar... O por lo menos eso me quería hacer creer mi madre.

En cuanto me bajé del coche William Leister apareció por la puerta.

Detrás de él iban tres hombres vestidos como pingüinos que se apresuraron en acercarse hacia nosotras.

El nuevo marido de mi madre no estaba vestido como yo le había visto en las contadas veces que me había dignado a estar con él en la misma habitación. En vez de llevar traje o caros chalecos de marca iba vestido con unas bermudas blancas y un polo de color azul claro. Sus pies estaban rodeados por unas chanclas de playa y su pelo oscuro: despeinado en vez de arreglado hacia atrás. Había que admitir que podía entender lo que mi madre había visto en

él. El hombre era muy atractivo. Era alto, bastante más que mi madre y eso que ella ya medía un poco más de uno setenta; estaba bien cuidado y con eso me refiero a que estaba claro que iba al gimnasio y su rostro era un rostro bastante elegante, aunque claro está que se notaba los rastros de la edad. Tenía bastantes arrugas en la frente y a los lados de su boca y su pelo negro expresaba ya bastantes canas pero que le daban un aire interesante y maduro.

Nos recibió con una gran sonrisa y bajó los escalones para recibir a mi madre que se le acercó corriendo como una colegiala para poder abrazarle.

Yo me tomé mi tiempo, bajé del coche y me encaminé hacia el maletero para coger mis cosas.

Unas manos enguantadas aparecieron de la nada y tuve que echarme hacia atrás sobresaltada.

—Yo recojo sus cosas, señorita—me dijo uno de los hombres vestidos de pingüino.

—Puedo hacerlo yo, gracias—le contesté sintiéndome realmente incómoda.

El hombre me miro como si hubiera perdido la cabeza.

—Deja que Pret te ayude, Noah—dijo William Leister a mi espalda.

Solté mi maleta a regañadientes y me giré hacia la parejita que se había acercado hacia a mí.

—Me alegro mucho de verte Noah—dijo el marido de mi madre a su lado, sonriéndome con afecto. A su lado mi madre no dejaba de hacer gestos con su cara para que me comportara, sonriera o dijera algo.

Después de mi pequeña crisis me dirigí a mis maletas que habían traído hasta mi cuarto antes incluso de que yo llegara; y me apresuré en coger unos pantalones cortos y una camiseta sencilla. No quería cambiar mi forma de ser, y no pensaba empezar a vestir con polos de marca y pantalones de Ralf Lauren. Con mi ropa preparada, me metí

en la ducha, quitándome toda la suciedad e incomodidad del largo viaje que habíamos hecho. Me sequé el pelo con el secador que había allí y agradecí el no ser una de esas chicas que tienen que hacerse de todo para que el pelo se les quede bien. Por suerte yo había heredado el pelo ondulado de mi madre y así fue como se me quedó en cuanto termine de secarlo. Me vestí con lo que había escogido y me propuse dar una vuelta por la casa, y también buscar algún tentempié.

Era raro caminar por allí yo sola... me sentía como una completa extraña y me daba miedo encontrarme con alguien y que me miraran con mala cara. Iba a tardar mucho en acostumbrarme a vivir allí pero sobre todo al lujo y a las inmensidades de aquel sitio. En mi antiguo piso bastaba con hablar un poco más fuerte de lo normal para que nos escuchásemos la una a la otra, daba igual que yo estuviese en la cocina y mi madre en su habitación, nuestro hogar era tan pequeño que bastaba tan solo eso para poder comunicarnos. Aquí eso era del todo imposible. Ni aunque gritara se me escucharía entre tanta habitación y pasillo, y salón, escaleras...

puff. Era muy abrumador.

Después de deambular por la planta baja me dirigí hacia la cocina, rezando por no perderme. Mi madre y su marido habían desaparecido. Tan solo me había cruzado con una mujer que iba vestida con delantal blanco y uniforme negro, muy parecido a los dos hombres que nos habían recibido en la entrada hacia unas horas. Se me hacía raro eso de tener a gente trabajando para mí, limpiando mis cosas y haciéndome la comida. Esperaba que mi madre siguiera haciéndose cargo de la cocina, a ella siempre le había gustado y a mí me encantaba como cocinaba.

Unos minutos después llegué a mi destino. Me moría de hambre, necesitaba algo de comida basura en mi organismo

urgentemente.

Lamentablemente cuando entré no estaba sola.

Había alguien rebuscando en la nevera, tan solo podía ver lo alto de una cabeza de pelo oscuro y justo cuando iba a decir algo, un ladrido ensordecedor me hizo chillar de forma ridícula e igual que hacen las niñas pequeñas.

Me giré sobresaltada hacia el causante de mi sobresalto justo al mismo tiempo que la cabeza de la nevera se asomaba para ver quien formaba tanto escándalo.

Justo al lado de la isla de la cocina había un perro negro, precioso y que me miraba con ojos de querer comerme poco a poco. Si no me equivocaba era un labrador, pero no podía asegurarlo. Mis ojos se desviaron del perro al chico que había justo a su lado.

Observé con curiosidad y al mismo tiempo con asombro al que seguramente era el hijo de William, Nicholas Leister. Lo primero que se me vino a la cabeza en cuanto le vi fue, *¡que ojos!* Eran de un azul cielo, tan claro como las paredes de mi habitación, y contrastaban de una manera abrumadora con el color negro azabache de su pelo, que estaba despeinado y húmedo de sudor. Al parecer venía de hacer deporte porque llevaba puestas unas calzonas y una camiseta de tirantes ancha. Dios, era muy guapo, eso había que admitirlo, pero no dejé que esos pensamientos me hiciesen olvidar a la persona que tenía delante. Él era mi nuevo hermanastro, la persona con la que conviviría este año de tortura...

Y no me gustó nada.

—¿Eres Nicholas, verdad?—le pregunté intentado controlar el miedo que le tenía al endemoniado perro que no dejaba de gruñirme de forma escalofriante. Me sorprendió y cabreó como desviaba la mirada al perro y sonreía.

—El mismo—dijo fijando sus ojos en mí otra vez—Tú debes de ser la hija de la nueva mujer de mi padre—dijo y

no pude creer que dijera eso de una forma tan impersonal como aquella.

Le observé entornando los ojos.

—¿Tú nombre era...?—me preguntó y yo no pude evitar abrir los ojos con asombro e incredulidad.

¿No sabía mi nombre? Nuestros padres se habían casado, yo y mi madre nos habíamos mudado ¿y ni siquiera sabía cómo me llamaba?

—Noah—le dije cortante—Me llamo Noah.

NICK

—Noah—me dijo cortante—Me llamo Noah.

Me hizo gracia la forma con la que me fulminó con la mirada. Mi nueva hermanastra parecía ofendida porque me importase una mierda cual fuera su nombre o el de su madre, aunque he de admitir que de su madre si me acordaba. Como para no hacerlo, los últimos tres meses había pasado más tiempo en esta casa que yo mismo, porque sí, Rafaella Morgan se había metido en mi vida como si de un mendigo se tratase y encima venía con acompañante.

—¿No es ese un nombre de chico?—le pregunté sabiendo que eso la molestaría —Sin ofender, claro—agregué al ver que sus ojos color miel se abrían aún más.

—Pues sí, pero también es de chica—me contestó un segundo después.

Observé cómo sus ojos pasaban de mí, a Thor, mi perro, y no pude evitar volver a sonreír.—Seguramente en tu corto vocabulario no existe la palabra unisex.—agregó esta vez sin mirarme. Thor no dejaba de gruñirle y enseñarle los dientes. No era culpa suya, le habíamos entrenado para que desconfiara de los desconocidos. Solo haría falta una palabra mía para que pasara a ser el perro cariñoso de siempre... pero era demasiado divertido ver la cara de miedo que tenía mi nueva hermanita como para poner fin a mi diversión.

—No te preocupes, tengo un vocabulario muy extenso—dije yo cerrando la nevera y encarando de verdad a aquella chica—Es más, hay una palabra clave que a mi perro le encanta. Empieza por A luego por TA y termina en CA—El

miedo cruzó su rostro y tuve que reprimir una carcajada. Entonces pasé a fijarme un poco más en su aspecto.

Era alta, seguramente uno sesenta y ocho o uno setenta no estaba seguro.

También era delgada, y no le faltaba de nada, había que admitirlo, pero su rostro era tan aniñado que cualquier pensamiento lujurioso hacia ella quedaba descalificado. Si no había oído mal ni siquiera había acabado el instituto, y eso se reflejaba claramente en sus pantalones cortos, su camiseta blanca y sus converse negras. Le hubiese faltado tener el pelo recogido en una coleta y ya podría haberse hecho pasar por la típica adolescente que se ve esperando impaciente por comprar el siguiente disco de algún cantante de quince años que estuviese de moda. Pero, lo que más atrajo mi atención fue su cabello. Era de un color muy extraño, entre rubio oscuro y pelirrojo. Tenía tantas tonalidades que podría haber sido teñido pero no lo estaba, saltaba a la vista que era natural. Lo llevaba largo y le caía sobre sus pechos hasta la mitad de su cintura. Nunca había visto un pelo igual.

—Que gracioso—dijo ella con ironía pero completamente asustada—Sácalo fuera, parece que va a matarme en cualquier momento—me dijo dando un paso hacia atrás. En el mismo instante en que lo hizo, Thor dio un paso hacia adelante.

Buen chico, pensé en mi fuero interno. Tal vez a mi nueva hermanastra no le vendría mal un escarmiento, un recibimiento especial, que le dejara bien claro de quien era esta casa y lo poco bien recibida que era por mi parte.

—Thor, avanza—le dije a mi perro con autoridad. Noah miro al perro primero y luego a mí, dando otro paso hacia atrás. Pena que chocó contra la pared de la cocina.

Thor avanzó hacia ella poco a poco, enseñándole los colmillos y gruñendo. Daba bastante miedo pero yo sabía

que no iba a hacerle nada, no si yo no se lo ordenaba.

—¡Para!—grito ella mirándome a los ojos. Estaba tan asustada...

Y entonces hizo algo que yo no esperaba.

Se giró, cogió una sartén que había colgada allí y la levantó con toda la intensidad de pegarle a mi perro.

—¡Thor, ven aquí!—le ordene de inmediato, justo cuando ella levantaba la sartén.

Mi perro hizo inmediatamente lo que le pedí y ella falló el golpe.

¿Pero qué...?

—¿Qué coño estabas a punto de hacer?—le espeté aún sin poderme creer que hubiese estado a punto de pegarle a mi perro.

Di un paso hacia delante. No esperaba para nada que ella se defendiese...

—¡Eres un gilipollas!—me gritó entonces, acercándose hacia mí con la sartén aún en la mano. La cogí de la muñeca justo a tiempo de que me diera un buen golpe en el hombro. Thor ladró a mis espaldas pero no atacó.

Esta chica era de lo más imprevisible, y aún habiéndole cogido de la muñeca no sé cómo pero se las ingenió para darme un golpe en el brazo con la sartén.

Muy bien, hasta aquí hemos llegado.

Con fuerza le arranqué la sartén de las manos y la empujé contra la nevera. Le sacaba por lo menos una cabeza pero no me importó agacharme y ponerme a su altura.

—Primero: que esta sea la última vez que atacas a mi perro, y segundo—le dije clavando mis ojos en los suyos; una parte de mi cerebro se fijo en las pequeñas pecas que tenía en la nariz y en las mejillas—No vuelvas a golpearme porque entonces sí que vamos a tener un problema.

Ella me observó de forma extraña. Sus ojos se fijaron en mí y luego bajaron hacia mis manos que sin saber cómo habían terminado en su cintura.

—Suéltame ahora mismo—me dijo con una frialdad increíble.

Quité las manos de su cuerpo y di un paso hacia atrás. Mi respiración se había acelerado y no tenía ni idea de porqué. Ya había tenido demasiado de ella por un día, y eso que la había conocido hacia apenas cinco minutos.

—Bienvenida a la familia, hermanita—le dije dándole la espalda, cogiendo mi bocadillo de la encimera y dirigiéndome hacia la puerta.

—No me llames así, yo no soy tu hermana ni nada que se le parezca— exclamo tras mi espalda. Lo dijo con tanto odio y sinceridad que me giré para observarla otra vez. Sus ojos brillaban con la determinación de lo que había dicho y entonces supe que a ella le hacía la misma gracia que a mí que nuestros padres hubiesen acabado juntos.

Aunque pensándolo mejor... ¿Qué estaba diciendo? Había pasado de vivir en un piso de mala muerte a una de las casas más grandes de una de las mejores urbanizaciones de las afueras de Los Ángeles, ella, al igual que su madre, eran unas cazafortunas que solo querían sacarle el dinero a mi padre ¿y encima tenía que aguantar estos desplantes?

—En eso estamos de acuerdo... *hermanita*—repetí entornando los ojos y disfrutando como sus pequeñas manos se convertían en puños.

Justo entonces escuché ruido a mis espaldas. Me giré y me encontré de cara con mi padre...y su mujer.

—Veo que os habéis conocido—dijo mi padre entrando en la cocina con una sonrisa de oreja a oreja. Hacía muchísimo tiempo que no le veía sonreír de aquella manera y en el fondo me alegraba verle así, y también que hubiera rehecho su vida. Aunque en el camino se hubiese dejado algo: yo.

Rafaella me sonrió con cariño desde la puerta y me obligué a mi mismo a realizar una especie de mueca, lo más parecido a una sonrisa y lo máximo que iba a conseguir de mí aquella mujer. No tenía nada contra ella, es más, parecía simpática y estaba buena, podía entender lo que mi padre había visto en ella: piernas largas, rubia, ojos claros, buenas curvas...

El tipo de mujer que yo buscaba y usaba como me daba la gana; pero no estaba nada contento con tener que abrirle mi vida privada a dos desconocidas y menos que fueran tías.

A pesar de que mi padre y yo no teníamos ninguna relación brillante ni afectuosa, había estado perfectamente de acuerdo con que creara aquella muralla que nos separaba del mundo exterior. Lo que había ocurrido con mi madre nos había marcado a los dos, pero sobre todo a mí, que era su hijo y tuve que ver como se marchaba sin mirar atrás.

Desde entonces desconfiaba de las mujeres, no quería saber nada de ellas a no ser que fuera para tirármelas o pasar un rato entretenido en las fiestas. ¿Para qué quería más?

—¿Noah has visto a Thor?—le preguntó Rafaella a su hija, que aún seguía junto a la encimera sin poder disimular su mal humor.

—¿Te refieres al perro loco que ha estado a punto de matarme?—le contestó ella dirigiendo sus ojos a los míos.

Me sorprendió que no fuera corriendo a chivarse a su madre.

—¿Pero qué dices? si es buenísimo—le contesto Rafaella y entonces observe como mi perro se acercaba a ella moviendo la cola con alegría.

Le observé impasible, sabiendo que no podía hacer nada para que mi perro odiase a esa mujer.

Entonces Noah hizo algo que me descolocó. Dio un paso al frente se agachó y comenzó a llamar a Thor.

—Thor, ven, ven bonito...—dijo hablándole de forma cariñosa y amigable.

Había que admitir que por lo menos era valiente. Hacía menos de un segundo estaba temblando de miedo por ese mismo perro.

Mi perro se giró hacia ella moviendo la cola enérgicamente. Giró su cabeza hacia a mí, luego a ella otra vez y seguramente intuyó que algo iba a mal porque me puse tan serio que hasta el animal se dio cuenta.

Con la cola metida entre las piernas se acercó hacia a mí sentándose a mi lado y dejando a mi hermanastra completamente cortada.

—Buen chico—le dije yo con una gran sonrisa.

Noah se puso de pie de golpe, fulminándome con sus ojos enmarcados por espesas pestañas y se giró hacia su madre.

—Me voy a la cama—dijo de forma contundente.

Yo me dispuse a hacer lo mismo, o bueno, mejor dicho todo lo contrario ya que esa noche había una fiesta en la playa y yo debía estar allí.

—Yo salgo esta noche, no me esperéis—dije sintiéndome extraño al dirigirme en plural.

Justo cuando estaba a punto de emprender mi marcha hacia fuera de la cocina, mi padre nos detuvo, a mí y a mi *hermanita*.

—Hoy salimos a cenar los cuatro juntos—dijo mirándome sobre todo a mí.

¡No jodas!

—Papá, lo siendo. Pero he quedado y...

—Yo estoy muy cansada por el viaje me...

—Es nuestra primera cena en familia y quiero que estéis presentes los dos—dijo mi padre interrumpiéndonos a

ambos. A mi lado Noah soltó todo el aire que estaba conteniendo de golpe.

—¿No podemos ir mañana?—rebatíó ella.

—Lo siento cielo, pero tengo un juicio muy importante y no sé a qué hora llegaré—le contestó mi padre.

Fue tan extraño su manera de dirigirse a ella... por favor si apenas la conocía. Yo ya estaba en la universidad, hacia lo que me daba la gana, en otras palabras ya era un adulto, ¿pero Noah? Por favor, sería la pesadilla de cualquier pareja recién casada.

—Noah, vamos a cenar juntos y punto, no se habla más—dijo Rafaella clavando sus ojos claros en su hija.

Decidí que sería mejor ceder aquella vez. Cenaría con ellos y luego me iría a casa de Anna, mi amiga... *especial*, por no llamarla algo peor; después iríamos a la fiesta.

Noah farfallo algo ininteligible, pasó entre los dos y se encamino hacia el salón que la llevaría al hall principal donde estaba la escalera.

—Dadme media hora para ducharme—les dije señalando mi ropa sudada.

Mi padre asintió satisfecho, su mujer me sonrió y supe que aquella noche el hijo adulto y responsable había sido yo... o por lo menos eso creían.

NOAH

¡Pero qué pedazo de IDIOTA!

Mientras subía las escaleras pisando tan fuerte como mis músculos y huesos podían, no podía quitarme de la cabeza los últimos diez minutos que había pasado con el imbécil de mi nuevo hermanastro. ¿Cómo se podía ser tan capullo, engreído y psicópata al mismo tiempo y a niveles tan altos? Oh Dios no lo aguantaría, no iba a poder soportarlo; si ya de por sí le tenía manía por el simple hecho de ser el hijo del nuevo marido de mi madre, ¡como para soportarlo ahora!

Había odiado su forma de hablarme, su forma de mirarme. Como si fuese superior a mí por el simple hecho de tener un padre rico. Sus ojos me habían escrutado de arriba abajo y luego había sonreído... Se había reído de mí en toda mi cara, con lo del perro, con su manera de acorralarme contra la nevera... por Dios ¡si hasta me había amenazado!

Entre en mi habitación dando un portazo, aunque con las dimensiones de aquella casa nadie me oiría. Fuera ya se había hecho de noche y una tenue luz entraba por las inmensidades de mi ventana. Con la oscuridad, el mar se había teñido de color negro y no se diferenciaba donde terminaba este y comenzaba el cielo.

Nerviosa me apresuré en encender la luz.

Fui directa hacia mi cama y me tiré encima clavando mi mirada en las altas vigas del techo. Encima de todo me obligaban a cenar con ellos. ¿Es que mi madre no se daba cuenta de que ahora mismo lo último que me apetecía era estar rodeada de gente? Necesitaba estar sola, descansar, hacerme a la idea de todos los cambios que estaban

ocurriendo en mi vida, aceptarlos y aprender a vivir con ellos, aunque en el fondo supiera que nunca iba a terminar encajando.

Eran las ocho de la noche cuando llegué a mi habitación, y solo pasaron diez minutos hasta que mi madre entró por la puerta. Se molestó en llamar, al menos, pero al ver que no le contestaba entró sin más.

—Noah, dentro de quince minutos tenemos que estar todos abajo—me dijo mirándome con paciencia.

—Lo dices como si fuera a tardar una hora y media en bajar unas escaleras—le respondí incorporándome en la cama. Mi madre se había soltado su pelo rubio a media melena y se lo había peinado de una forma muy elegante. No llevamos en esta casa ni dos horas y su aspecto ya era diferente.

—Lo digo porque tienes que cambiarte y vestirme para la cena—me contestó ignorando mi tono.

La observé sin comprender y bajé mi mirada hacia la ropa que llevaba.

—¿Qué tiene de malo mi aspecto?—le contesté a la defensiva.

—Vas en zapatillas, Noah, a donde vamos hay que ir de etiqueta, no pretenderás ir así vestida ¿no? ¿En pantalones cortos y camiseta?—me contestó ella exasperada.

Me puse de pie y le hice frente. Había colmado mi paciencia por aquel día.

—A ver si te enteras mamá, no quiero ir a cenar contigo y tu marido, no me interesa conocer al demonio malcriado que tiene como hijo, y menos me apetece tener que arreglarme para ello—le solté intentando controlar las enormes ganas que tenía de coger el coche y largarme de vuelta a mi ciudad.

—Deja de comportarte como si tuvieras cinco años, vístete y ven a cenar conmigo y tu nueva familia—me dijo

en un tono duro pero al ver mi expresión suavizó el rostro y añadió—Solo es esta noche, por favor, hazlo por mí.

Respiré hondo varias veces, me tragué todas las cosas que me hubiese gustado gritarle y asentí con la cabeza.

—Solo esta noche.

En cuanto mi madre se fue me metí en el vestidor de mi cuarto. Allí había miles de cosas que nunca me pondría, como por ejemplo los vestidos rosas de seda y los zapatos con pedrería. Disgustada con todo y con todos, comencé a buscar un atuendo que me gustara y que me hiciese sentir cómoda. También quería demostrar lo adulta que podía llegar a ser; aún tenía la mirada de incredulidad y diversión de Nicholas gravada en mi cabeza cuando me recorrió el cuerpo con sus ojos claros y altivos. Me había observado como si no fuera más que una cría a la que le divertiría asustar, cosa que había hecho al amenazarme con aquel endemoniado perro.

Con la mente roja de rabia escogí un vestido negro que había colgado en las miles de perchas forradas de seda blanca y azul. En las estanterías había miles de tacones que podrían haber quedado muy elegantes con el vestido que había escogido pero con una sonrisa de suficiencia me decanté por unos de tacón rosa fucsia. Mi madre los había comprado seguramente para ir a una discoteca o conociéndola, por lo llamativos que eran al ser tan altos.

Sonreí solo al imaginarme su expresión y seguramente la de su marido.

El vestido era de seda oscura y me quedaba corto, por encima de las rodillas. Me acerqué al espejo gigante que había en una de las paredes y me observé detenidamente. Mis curvas se marcaban con aquel vestido tan caro y tan sexy. Para ser sincera estaba encantada y me elevó un poco el ánimo al darme cuenta que iba estar guapa con él. Con rapidez me solté el pelo que tenía atado en una cola alta y

lo dejé caer sobre uno de mis hombros. Observé mi color de pelo con el ceño fruncido. Nunca llegaría a comprender de qué color era, si rubio o castaño, pero me fastidiaba no haber heredado el rubio platino de mi madre. Observe mi rostro sin ninguna intención de maquillarme y luego pasé a colocarme los tacones.

Eran increíbles, de lo más chic, y destacaban con el color negro de mi vestido.

Ya satisfecha cogí un bolso pequeño y me dirigí hacia la puerta.

Justo cuando la abría me tope con Nicholas que se detuvo un momento para poder observarme. Thor, el demonio, iba a su lado y no pude evitar echarme hacia atrás.

Mi nuevo hermano sonrió por algún motivo inexplicable, y volvió a recorrerme el cuerpo y el rostro con la mirada. Al hacerlo sus ojos brillaron con alguna especie de emoción oscura e indescifrable.

Entonces sus ojos se fijaron en mis pies.

—Bonitos zapatos—dijo sarcásticamente.

Yo le observé un momento y volví a asombrarme ante lo alto y viril que era. Iba con pantalones de traje y camisa, sin corbata y con los dos botones del cuello desabrochados. Sus ojos celestes parecían querer traspasarme pero no me dejé intimidar.

—Gracias—contesté cortante para después desviar mi mirada hacia su perro que ahora en vez de mirarme con cara de asesino, movía la cola de felicidad y esperaba sentado observándonos con interés.—Tú perro parece otro... ¿Vas a decirle que me ataque ahora o esperarás a que regresemos de cenar?—le dije clavando sus ojos en él al mismo tiempo que le sonreía con falsa amabilidad.

—No sé, pecas... eso dependerá de cómo te comportes—me contestó al mismo tiempo que me daba la espalda y

caminaba hacia las escaleras.

Me quedé callada un momento, intentando controlar mis emociones. ¡Pecas!

¡Me había llamado pecas! Este tío se estaba buscando problemas...

problemas de verdad.

Caminé detrás de él convenciéndome a mí misma que no merecía la pena enfadarme por sus comentarios o por sus miradas o por su simple presencia. Él no era más que otra de las muchas personas que me caerían mal en aquella ciudad, así que mejor ir acostumbrándome.

En cuanto llegué al piso de abajo no pude evitar volver a sorprenderme ante lo magnífica que era aquella casa. De alguna manera conseguía transmitir un aire antiguo pero sofisticado y moderno al mismo tiempo.

Mientras esperaba a que mi madre bajara, ignorando a la persona que me hacía compañía, recorrí con la mirada la impresionante lámpara de cristal que colgaba de los altos techos con vigas. Estaría hecha de miles de cristales que caían como si fueran gotitas de lluvia congeladas, hacía abajo, queriendo llegar al suelo pero obligadas a estar suspendidas en el aire por un tiempo indefinido.

Por un instante mi mirada se cruzó con la suya y en vez de obligarme a mi misma a apartarla decidí observarle hasta que el tuviera que desviarla.

No quería que pensara que me intimidaba, no quería que creyese que iba a poder hacer conmigo lo que le diera la gana. Para mí no era más que otra persona viviendo bajo mi mismo techo.

Pero sus ojos no se apartaron, sino que me observaron fijamente y con una determinación increíble. Justo cuando creí que no podría aguantar más, mi madre apareció junto con William.

—Bueno, ya estamos todos—dijo este último observándonos con una gran sonrisa. Le observé sin un atisbo de alegría.—Ya he reservado mesa en el Club, espero que haya hambre...—agregó dirigiéndose a la puerta con mi madre colgada de su brazo.

Esta me había observado con una sonrisa satisfecha, hasta que vio mis zapatos, claro.

—¿Qué te has puesto en los pies?—me dijo susurrándome al oído.

Yo hice como que no la escuchaba y me adelanté hacia la salida.

Ya fuera el aire era cálido y refrescante. Se podían oír las olas rompiendo contra la orilla a lo lejos y las lámparas que alumbraban el jardín y el camino de entrada creaban un ambiente hogareño y muy elegante.

Caminé por el camino empedrado hasta bajar las escaleras del porche de entrada.

—¿Quieres venir en nuestro coche, Nick?—le preguntó William a su hijo.

Este ya nos había dado la espalda y se encaminaba hacia donde había una 4X4 impresionante. Era negra y bastante alta. Estaba reluciente y parecía recién salida del concesionario. No pude evitar poner los ojos en blanco... que típico.

—Iré en el mío—le contestó él girándose hacia nosotros al llegar a la puerta— Después de cenar he quedado con Miles; vamos a terminar el informe del caso Refford.

—Muy bien—le contestó su padre ante lo que yo no entendí ni una sola palabra—¿Quieres ir con él hasta el club, Noah?—agregó un instante después girándose hacia mí— Así os iréis conociendo mejor—me dijo William observándome contento como si lo que se le acabara de ocurrir fuera la idea más genial del planeta Tierra.

Mis ojos no pudieron evitar desviarse hacia su hijo que me observó elevando las cejas a la espera de mi respuesta. Parecía divertirse con toda aquella situación.

—No me gusta subirme al coche de una persona que no sé como conduce—le dije a mi nuevo padrastro deseando que mis palabras tocaran aquel punto sensible que los chicos tenían cuando se ponía en duda su capacidad de conducción.—Así que no, iré con vosotros.—agregué al mismo tiempo que le daba la espalda a la 4x4 y me montaba en el Mercedes negro de Will.

Ni siquiera miré en su dirección cuando mi madre y su marido se subían al coche y disfruté de la soledad del asiento trasero mientras recorríamos las calles en dirección del club de ricachones.

Deseaba con todas mis fuerzas acabar con aquella noche lo antes posible; terminar con aquella farsa de familia feliz que mi madre y su marido pretendían crear, y regresar a mi habitación para poder intentar descansar.

Unos quince minutos después llegamos a una parte apartada rodeada de grandes campos muy bien cuidados. A pesar de que ya era de noche un gran camino iluminado te daba la bienvenida al Club Náutico Mary Read. Antes de que nos dejaran pasar un hombre que hacía guardia en una elegante cabina junto a la barrera se asomó para poder ver quienes íbamos en el coche. Un evidente signo de reconocimiento apareció en su rostro al ver quien conducía.

—Señor Leister, buenas noches señor, señora—agregó al ver a mi madre.

Mi nuevo padrastro le saludó y prosiguió a entrar en aquel lugar situado junto a la costa.

—Noah, aquí podrás hacer miles de cosas. Soy miembro de este club desde que nací al igual que mi padre y es uno de los mejores del estado. Hay canchas de tenis, tiendas, cuadras con muchos caballos para poder montar, canchas

de baloncesto, fútbol; también hay de Vóley, que sé que te gusta— me dijo William sonriéndome por el espejo retrovisor mientras nos íbamos acercando a la costa, dejando a tras los jardines bien cuidados.

—Es genial—dije sin entusiasmo.

—El campo de golf está un poco más allá, pero aquí están los restaurantes y justo detrás de aquellas cuadras— me dijo señalando un edificio que había bastante lejos hacia mi derecha—hay muchas tiendas de ropa, peluquerías y creo que hasta un cine, no ¿Ella?—le preguntó girándose hacia mi madre.

Sentí un pinchazo en el corazón al oírle llamarla de aquella forma...

Así es como la llamaba mi padre, y estaba completamente segura de que a mi madre no le hacía ninguna gracia aquel diminutivo... demasiados malos recuerdos; pero claro, no iba a decírselo a su nuevo e increíble marido.

—Sí, la última vez que vinimos fui con Margaret—le contestó ella sin ningún signo de incomodidad.

Mi madre era muy buena en olvidar las cosas dolorosas y difíciles. Yo en cambio me las guardaba dentro, muy dentro hasta que en un momento explotaba y las sacaba todas fuera.

—Tu tarjeta de socia llegará la semana que viene, pero puedes usar mi apellido para que te dejen entrar—me dijo él como si yo fuera a querer venir en algún tiempo cercano.

Asentí y miré por la ventana mientras William se acercaba al restaurante.

En cuanto llegamos detuvimos el coche justo a la entrada. Un botones se acercó hacia nosotros para abrirnos la puerta a mi madre y a mí, aceptó la propina que William le daba y se llevó el coche a quien sabe dónde.

El restaurante era increíble, y era entero de cristal. Desde donde estaba fui capaz de ver algunas mesas y las increíbles piscinas llenas de cangrejos, peces y todos tipos de calamares frescos listos para ser asesinados y servidos para comer. Subí los escalones con cuidado de no tropezarme y antes de que nos atendieran sentí como alguien se colocaba detrás de mí. Su aliento me rozó la oreja y me dio un escalofrío. Al girar la cabeza vi a Nicholas junto a mi espalda. Incluso llevando aquellos tacones infernales me sacaba media cabeza. Apenas bajó su mirada hacia a la mía.

—Tengo una reserva a nombre de William Leister—dijo William a la camarera que se encargaba de dar la bienvenida a los nuevos clientes. Su rostro se descompuso por alguna razón inexplicable, y se apresuró en dejarnos pasar al abarrotado y al mismo tiempo tranquilo y acogedor establecimiento.

—Por aquí señor Leister—dijo dirigiéndonos hacia el final del restaurante en donde toda la pared era de cristal. Me quedé impresionada al ver como el restaurante estaba suspendido por encima del mar. La pared de cristal te ofrecía una panorámica impresionante del océano, y no pude evitar preguntarme si es que en California era muy común eso de que todas las paredes fuesen transparentes. Nuestra mesa estaba en uno de los mejores lugares, iluminada cálidamente con velas al igual que todo el restaurante.

Para ser sincera estaba completamente alucinada. Nunca había acudido a un lugar como aquel en el que te corrían las sillas para que te sentaras y en donde junto a los platos había por lo menos cinco tenedores.

Mientras nos sentábamos y William y mi madre se ponían contentos a hablar y sonreírse tontamente, no pude evitar

fijarme en la mirada de asombro y al mismo tiempo incredulidad que la camarera le dirigió a Nick.

Este parecía no haberse dado cuenta ya que se puso a girar el mini salero entre sus dedos. Por un instante mis ojos se fijaron en aquellas manos tan bien cuidadas, tan morenas y tan grandes. Mis ojos fueron subiendo por su brazo hasta llegar a su rostro y después a sus ojos, que me observaban con interés.

—¿Qué vais a pedir?—preguntó mi madre haciendo que desviara la mirada rápidamente hacia ella.

Dejé que ellos pidieran por mí, más que nada porque no conocía más de la mitad de los platos que había en el menú. Mientras esperábamos a que nos trajeran la comida y mientras revolvía distraídamente mi Ice Tea con la pajita, William intentó involucrarnos a mí y a su hijo en la conversación que estaban teniendo.

—Antes le estaba diciendo a Noah la de deportes que se pueden practicar aquí en el Club, Nick—le dijo haciendo que su hijo desviara su mirada puesta al final de la estancia a los ojos de su padre—Nicholas juega al baloncesto, y es un surfista estupendo, Noah—dijo Will ignorando el rostro aburrido de Nick y centrándose ahora en mí.

Surfista... no pude evitar poner los ojos en blanco. Para mi mala suerte Nicholas estaba observándome. Centrando su mirada en mí se inclinó sobre la mesa, apoyando ambos antebrazos sobre ella, mirándome con un intenso escrutinio.

—¿Hay algo que te divierta, Noah?—me dijo imitando un tono amigable, pero yo sabía que en el fondo le había molestado mi gesto—¿Consideras que el surf es un deporte estúpido?

Antes de que mi madre contestara, que ya la veía venir, me apresuré en inclinarme al igual que él.

—Tú lo has dicho, no yo—le dije sonriendo con inocencia.

Nunca había comprendido esa afición que tenían los americanos con el surf. Me parecía un deporte estúpido, sí. Subirse a una tabla y dejar que las olas te arrastren hasta la orilla, no le veía ningún beneficio, más que parecer un idiota subido a un trozo de madera. A mí me gustaban los deportes de equipo, con estrategia, que requirieran de un buen capitán y de mucha constancia y trabajo. Yo había encontrado todo eso en el vóley, y estaba segura que el surf no podía ni comparársele.

Antes de que pudiera contestarme, cosa que estaba segura estaba deseando, la camarera llegó y él no pudo evitar desviar sus ojos hacia ella otra vez, como si la conociera.

Mi madre y William comenzaron a hablar animadamente al mismo tiempo que una pareja de amigos suyos se paraban para saludarlos.

La camarera, una mujer joven de pelo castaño oscuro, y delantal negro se apresuró en dejar los platos encima de la mesa y al hacerlo golpeó sin querer a Nicholas en el hombro.

—Lo siento, Nick—dijo ella y entonces sobresaltada se giro hacia mí, como si hubiera cometido un error garrafal.

Nicholas también me miró y entonces entendí que algo raro estaba ocurriendo entre esos dos.

En cuanto se fue y aprovechando que nuestros padres estaban distraídos me incliné para salir de dudas.

—¿La conoces?—le pregunté mientras él se servía más agua con gas en su copa de cristal.

—¿A quién?—me contestó él, haciéndose el tonto.

—A la camarera—le dije observando su rostro con interés. No transmitía nada, estaba serio, relajado. Supe entonces que Nicholas Leister era una persona que sabía muy bien como esconder sus pensamientos.

—Sí, me ha atendido más de una vez—dijo dirigiendo sus ojos hacia mí. Me observó como retándome a que le contradijera. Vaya, vaya... Nick un mentiroso... ¿Por qué no me extrañaba?

—Sí, seguro que te ha *atendido*, varias o yo diría *muchas* veces—dije yo pensando en el tipo de actividad que aquella muchacha podía realizar, y más si había dinero de por medio.

—¿Qué estás insinuando, hermanita?—me dijo y no pude evitar dejar de sonreír en cuanto utilizó aquel calificativo.

—En que todos los chicos ricos como tú sois iguales; os creéis que por tener dinero sois los dioses del mundo. Aquella chica no ha dejado de mirarte desde que has cruzado esa puerta; es obvio que te conoce—dije mirándole enfadada por algún motivo inexplicable—Y tú ni siquiera te has dignado a devolverle la mirada... Es *asqueroso*.

Me observó fijamente antes de contestarme.

—Tienes una teoría muy interesante y veo que la gente con dinero, como lo llamas tú, te disgusta muchísimo... claro que tú y tu madre estáis viviendo ahora bajo nuestro techo y disfrutando de todas las comodidades que el dinero puede ofrecer; si tan despreciable te parecemos, ¿Qué haces sentada en esta mesa? ¿Qué haces vestida con esa ropa?—dijo mirándome de arriba abajo, con desprecio.

Le observé intentando controlar mi temperamento. Aquel chico sabía lo que decir para sacarme de mis casillas.

—Para mi parecer tú y tu madre sois incluso peor que la camarera...—dijo inclinándose sobre la mesa para poder dirigirse solo y únicamente a mí— Porque fingís ser algo que no sois cuando las dos os habéis vendido por dinero... Se me ocurre una palabra muy calificativa para definir a tu madre... y empieza por la letra...

Aquello fue demasiado lejos. La rabia me segó.

Cogí el vaso que tenía delante y con un gesto le tiré todo lo que había dentro.

Pena que el vaso estuviese vacío.

NICK

La expresión que surgió en su rostro al ver que su vaso había estado vacío supero cualquier vestigio de enfado o irritación que hubiera estado conteniendo desde que nos habíamos sentado en aquella mesa.

Aquella chica era de lo más imprevisible. Me sorprendía la facilidad con la que perdía los papeles y también me gustaba saber el efecto que podía causar en ella con unas simples palabras.

Sus mejillas coloreadas por pequeñas pecas se tiñeron de un color rosado cuando se dio cuenta de que había hecho el ridículo. Sus ojos fueron del vaso vacío a mí y luego miraron hacia ambos lados, como queriendo comprobar que nadie había observado lo estúpida que había sido.

Dejando a un lado la parte cómica, y lo era y mucho, no podía permitir que se comportara de aquella forma conmigo. ¿Y si el vaso hubiera estado lleno? No pensaba permitir que una mocosa de diecisiete años pudiera siquiera pensar en tirarme un vaso de agua a la cabeza... Aquella estúpida niña se iba enterar de con qué hermano mayor había tenido la suerte de acabar conviviendo, pero no se lo iba a demostrar en aquel momento, no, todavía era pronto... Ella solita iba a ir comprendiendo en qué clase de problema se iba a meter si intentaba jugármela otra vez.

Me incliné sobre la mesa con mi mejor de las sonrisas. Sus ojos se abrieron y me observaron con cautela y disfruté al ver cierto temor escondido entre aquellas largas pestañas.

—No vuelvas a hacerlo—dije con calma.

Ella me miró unos instantes y luego como si nada se giró hacia su madre.

La velada continuó sin ningún otro incidente; Noah no volvió a dirigirse hacia mí, ni siquiera me miró, cosa que me molestó y complació al mismo tiempo. Mientras ella contestaba a las preguntas de mi padre y hablaba sin mucho entusiasmo con su madre yo aproveché para observarla.

Era una chica de lo más simple, aunque intuía que me iba a causar más de un inconveniente. Me hicieron mucha gracia las caras que había ido poniendo a medida que probaba el marisco servido en la mesa. Apenas probó más de un bocado de lo que nos habían traído y eso me hizo pensar en lo delgada que parecía embutida en aquel vestido negro. Me había quedado pasmado cuando la había visto salir de su habitación, y mi mente había hecho un repaso exhaustivo de sus largas piernas, su cintura y sus pechos, que estaban bastante bien teniendo en cuenta que no estaba operada como la mayoría de las chicas de California.

Tuve que admitir que era más guapa de lo que me pareció en un principio y fue ese hecho y los pensamientos subidos de tono lo que hizo que mi humor se ensombreciera. No podía distraerme con algo así, y menos si íbamos a vivir bajo el mismo techo.

Mi mirada se dirigió a su rostro otra vez. No llevaba ni una gota de maquillaje. Era tan extraño... todas las chicas que conocía se pasaban por lo menos una hora en sus habitaciones dedicándose únicamente al maquillaje, incluso chicas que eran diez mil veces más guapas que Noah, y ahí estaba ella, sin ningún reparo en ir a un restaurante de lujo sin una pizca de pintalabios en sus rosados labios. Tampoco es que le hiciese falta, tenía la suerte de tener una piel bonita y tersa sin apenas imperfecciones a parte de sus

pecas, que le daban aquel aire aniñado que me hacían recordar que ni siquiera había terminado el instituto.

Entonces y sin darme cuenta Noah se giró para mirarme enfadada, pillándome mientras la observaba detenidamente.

—¿Quieres una foto?—me preguntó con aquel humor ácido que desprendía por todos los poros de su piel.

—Si es sin ropa, por supuesto— dije disfrutando del leve rubor que surgió en sus mejillas. Sus ojos brillaron enfadados y volvió a girarse hacia nuestros padres, que ni se enteraban de las pequeñas disputas que estaban teniendo lugar a solo medio metro de ellos.

Cuando me lleve mi copa de refresco a los labios mis ojos se fijaron en la camarera que me observaba desde su posición detrás del mostrador del bar. Este estaba en la esquina del restaurante y solo yo podía verlo desde mi posición. Miré a mi padre de reojo un momento y luego me levante excusándome para ir al servicio. Noah volvió a observarme con interés, pero apenas le presté atención. Tenía una cosa importante entre manos.

Camine con decisión hacia la barra del bar y me senté en la silla frente a Claudia, una camarera con la que me acostaba de vez en cuando y con cuyo primo tenía una relación algo más complicada pero a la vez beneficiosa.

Claudia me observó con una sonrisa tensa al mismo tiempo que se apoyaba en la barra y me ofrecía una visión bastante limitada de sus pechos, ya que el uniforme que le hacían llevar no era nada del otro mundo.

—¿Le pongo algo, señor Leister?—me dijo con ironía arrastrando las letras de mi nombre.

Me puse serio y la observé fijamente.

—No deberías hablarme así, y menos teniendo en cuenta que estás aquí gracias a mí—le dije con frialdad contento de ver que se incomodaba.

Se puso recta en su lugar y miró detrás de mi espalda.

—Veo que ya te has buscado a otra chica para pasar el rato—me dijo refiriéndose a Noah. Me hizo gracia.

—Es mi nueva hermanastra—le expliqué al mismo tiempo que miraba la hora en mi reloj de pulsera. Había quedado con Anna dentro de cuarenta minutos. Volví a fijar mis ojos en la chica morena que tenía delante y que me observaba con asombro.—No sé por qué te importa—agregué poniéndome de pie—Dile a tú primo que lo espero esta noche en los muelles, en la fiesta de Kyle.

Claudia tensó la mandíbula seguramente molesta por la escasa atención que estaba recibiendo. No comprendía por qué las tías esperaban una relación seria de un chico como yo. ¿Acaso no les advertía que no quería ningún tipo de compromiso? ¿No les quedaba lo suficientemente claro al ver que me acostaba con quien me daba la gana? ¿Por qué pensaban que podían tener algo que me hiciese cambiar?

Había dejado de acostarme con Claudia justamente por todos estos motivos y ella aún no me lo había perdonado.

—¿Vas a la fiesta?—me preguntó con un atisbo de esperanza en su mirada.

—Claro—le dije—iré con Anna; ah y una cosa—agregué ignorando el enfado que cruzó su semblante—Intenta disimular mejor que me conoces, mi hermanastra ya se ha dado cuenta de que nos hemos acostado y no me gustaría que mi padre también lo supiera—dije preparado para regresar a la mesa.

Claudia juntó los labios con fuerza y me dio la espalda sin decirme nada más.

Llegué a la mesa justo en el momento en el que traían el postre.

Después de unos diez minutos en los que la conversación recaía casi totalmente en mi padre y su nueva mujer, creí

que ya había cumplido suficiente con el papel de hijo por un día.

—Lo siento, pero voy a tener que irme —dije mirando a mi padre, que me observó con el ceño fruncido por un momento.

—¿A la casa de Miles?—me preguntó y asentí evitando mirar el reloj.— ¿Cómo vais con el caso?

Intenté evitar soltar un bufido de resignación, y mentí lo mejor que pude.

—Su padre nos ha dejado a cargo de todo el papeleo, supongo que de aquí a que tengamos un caso de verdad y para nosotros solos, van a tener que pasar años...—le contesté consciente de repente de que Noah me observaba fijamente y con interés.

—¿Qué estas estudiando?—me preguntó y al girarme hacia ella vi que cierto desconcierto surcaba su rostro.

—Derecho—le dije y disfruté al ver el asombro en su semblante. —¿Te sorprende?—le pregunté arrinconándola y disfrutando de ello.

Ella cambió su actitud y me miró con altanería.

—Pues sí la verdad—me contestó sin problema—Creía que para estudiar esa carrera había que tener algo de cerebro.

—¡Noah!—gritó su madre desde su lugar.

Aquella mocosa estaba comenzando a tocarme las narices.

Antes de que pudiera decir nada mi padre saltó.

—Vosotros dos no habéis empezado con buen pié—dijo fulminándome con su mirada.

Tuve que contener las ganas de levantarme y salir sin dar explicaciones.

Ya había tenido bastante de la familia feliz por un día; necesitaba largarme ya y dejar de fingir algún tipo de interés en toda aquella mierda.

—Lo siento pero tengo que irme—dijo levantándose y dejando la servilleta sobre la mesa. No pensaba perder los nervios delante de mi padre y menos por culpa de una niña gilipollas.

Entonces Noah se levantó también solo que de una manera nada elegante y tiró de malas formas su servilleta sobre la mesa.

—Sí él se va yo también—dijo mirando desafiante a su madre, que comenzó a mirar hacia ambos lados con bochorno y enfado.

—Siéntate ahora mismo—le dijo entre dientes.

Joder, no podía perder el tiempo con estas chorradas. Tenía que irme ya.

—Yo la llevo—termine diciendo para asombro de todos incluida Noah.

Sus ojos me observaron con incredulidad y recelo, como si ocultara mis verdaderas intenciones. La verdadera razón era que no veía la hora de perderla de vista, y si llevándola a casa me la sacaba a ella y a mi padre de encima, pues mejor que mejor.

—Yo contigo no voy ni a la esquina—me dijo muy orgullosa, cada palabra pronunciada con lentitud.

Antes que nadie pudiera decir nada, cogí mi chaqueta y mientras me la ponía les dije a todos en general:

—No estoy para tonterías de colegio, os veo mañana.

—Nicholas espera—dijo mi padre obligándome a girarme otra vez.—Noah ve con él y descansa, nosotros iremos en un rato.

Miré fijamente a mi nueva hermana que parecía debatirse entre compartir el espacio conmigo o permanecer más tiempo sentada a la mesa.

—¿Qué vas a hacer?—le pregunté ya sin ninguna paciencia.

Ella miró a su alrededor un momento, suspiró y luego me fulminó con la mirada. —Está bien, iré contigo.

NOAH

Lo último que quería en aquel momento era tener que deberle algo a aquel malcriado, pero menos me apetecía tener que quedarme sola con mi madre y su marido, viendo como ella le miraba embobada y como él presumía de billetes e influencia.

—Está bien iré contigo—le dije finalmente a Nicholas que simplemente se giró, dándome la espalda y comenzó a caminar hacia la salida.

Me despedí de mi madre sin mucho entusiasmo y me apresure en seguirle.

En cuanto llegué a su lado en la entrada del restaurante, esperé cruzada de brazos a que nos trajeran su coche.

Me sorprendió ver como sacaba un paquete de tabaco de la chaqueta y se encendía un cigarrillo. Lo miré mientras se lo llevaba a la boca y segundos después expulsaba el humo con lentitud y fluidez.

Yo nunca había fumado, ni siquiera lo había probado cuando a todas mis amigas les dio por fumar en los lavabos del instituto. No entendía que satisfacción podía traer a las personas el hecho de inhalar humo cancerígeno que no solo dejaba un olor asqueroso en la ropa y el pelo sino que también perjudicaba a miles de órganos del cuerpo.

Como si estuviera leyéndome la mente, Nicholas se giró hacia mí y con una sonrisa sarcástica me ofreció el paquete.

—¿Quieres uno, hermanita?—me preguntó mientras volvía a llevarse el cigarro a los labios e inspiraba profundamente.

—No fumo... y yo que tú haría lo mismo, no querrás matar la única neurona que tienes —le dije dando un paso

hacia delante y colocándome donde no tuviera que verle.

Entonces sentí su cercanía detrás de mí pero no me moví, aunque si me asusté cuando me soltó el humo de su boca cerca de mi cuello.

—Ten cuidado... o te dejo aquí tirada para que vayas a pie—dijo y justo entonces llegó el coche.

Le ignoré todo lo que pude mientras caminaba hacia su coche todo lo estable que podía con aquellos tacones de 10 centímetros de alto.

Su 4x4 era lo suficientemente alta como para que se me viera absolutamente todo si no subía con cuidado y mientras lo hacía me arrepentí de haberme puesto aquel estúpido vestido, y aquellos estúpidos tacones... Toda la frustración, enfado, y tristeza se habían ido agudizando a medida que la velada iba avanzando y las por lo menos cinco discusiones que ya había tenido con aquél imbécil habían conseguido que aquella noche estuviera en lo peor de lo peor de mi misma.

Me apresuré en ponerme el cinturón mientras Nicholas encendía el coche, colocaba su mano sobre mi asiento y giraba la cabeza para dar marcha atrás e incorporarse al camino de salida. No me sorprendió que pasase de seguir hacia adelante donde la pequeña rotonda que había al final del camino estaba justamente diseñada para que nadie hiciera exactamente lo que Nicholas hacía en aquel instante.

No pude evitar emitir un sonido de insatisfacción cuando nos reincorporamos a la carretera principal, ya fuera del Club Náutico y mi hermanastro aceleró el coche a más de 120 ignorando deliberadamente las señales de tráfico que indicaban que por allí solo se podía ir a 80.

Nicholasladeó el rostro hacía a mí.

—¿Y ahora qué problema tienes?—me preguntó de malas maneras, en un tono cansino como si no pudiera

aguantarme ni un minuto más; *Ja, pues ya éramos dos.*

—Lo que me pasa es que no quiero morir en la carretera con un energúmeno que no sabe ni leer una señal de tráfico, eso es lo que me pasa—le conteste elevando el tono de voz. Estaba en mi límite, poco más y me pondría a gritarle como una posesa; era consciente de mi mal genio; una de las cosas que más odiaba de mi misma era mi falta de auto control cuando me enfadaba, ya que tendía a gritar, insultar y he de admitir que en una ocasión a pegar, pero eso había sido una ocasión sin precedentes y me prometí a mí misma que nunca volvería a perder los papeles de aquella manera.

—¿Qué coño te pasa?—me preguntó enfadado mirando hacia la carretera. Por lo menos no conducía con los ojos cerrados; de aquel idiota me habría esperado cualquier cosa —No has dejado de quejarte desde que he tenido la desgracia de conocerte y la verdad es que me importa una mierda cuales sean tus problemas; pero estás en mi casa, en mi ciudad y en mi coche, así que cierra la puta boca hasta que lleguemos—dijo elevando el tono de voz igual que había hecho yo.

Un calor intenso me recorrió de arriba abajo cuando escuche esa orden salir de entre sus labios. Nadie me decía lo que tenía que hacer... y menos él.

—¿Quién eres tú para mandarme a callar, pedazo de imbécil?—le grité fuera de mí.

Entonces Nicholas pegó tal frenazo que si no hubiera tenido puesto el cinturón de seguridad habría salido volando por el parabrisas.

En cuanto pude recuperarme del susto miré hacia atrás asustada al ver que dos coches giraban con rapidez hacia la derecha para evitar chocar contra nosotros. Los bocinazos y los insultos procedentes de fuera me dejaron

momentáneamente aturdida y descolocada por unos instantes; después, reaccioné.

—¿¡Pero qué haces?!—grité sorprendida y aterrorizada de que nos fuesen a atropellar.

Nicholas me miró fijamente; serio como una tumba y para mi desconcierto completamente imperturbable.

—Baja del coche—dijo simplemente.

Abrí tanto la boca ante la sorpresa que seguramente resultó hasta cómico.

—No hablaras en serio...—le dije mirándole con incredulidad.

Me devolvió la mirada sin inmutarse.

—No te lo pienso repetir—me dijo en el mismo tono tranquilo y completamente perturbador que antes.

Aquello ya pasaba de castaño a oscuro.

—Pues vas a tener que hacerlo porque no pienso moverme de aquí—le dije observándole tan fríamente como él me miraba a mí.

Entonces se giró hacia adelante, sacó las llaves del interruptor y se bajó del coche dejando su puerta abierta. Mis ojos se abrieron como platos al ver que rodeaba la parte delantera del coche y se acercaba hacia mi puerta.

He de admitir que el tío acojonaba de verdad cuando se cabreaba y en aquel instante parecía más enfadado que nunca. Mi corazón comenzó a latir enloquecido cuando sentí aquella sensación tan conocida y enterradora en mi interior... *miedo*.

Abrió mi puerta de un tirón y volvió a repetir lo mismo que antes.

—Baja del coche.

Mi mente no dejaba de funcionar a mil por hora. Estaba mal de la cabeza, no podía dejarme allí tirada en medio de la carretera rodeada de árboles y completamente a oscuras.

—No pienso hacerlo—dije y me maldije a mi misma cuando noté que me temblaba la voz. Un miedo irracional se estaba formando en la boca de mi estómago. Mis ojos recorrieron con rapidez la oscuridad que rodeaba el coche y supe que si aquel idiota me dejaba allí tirada me derrumbaría.

Entonces volvió a sorprenderme y otra vez para mal.

Se introdujo por el hueco de mi asiento, desabrochó mi cinturón y de un tirón me sacó del coche, y todo lo hizo tan rápido que ni llegué a protestar. Aquello no podía estar pasando.

—¿Estas mal de la cabeza?!—le grite en cuanto comenzó a alejarse de mí en dirección al asiento del conductor.

—A ver si te enteras de una vez...—me dijo por encima del hombro y al girarse vi que su semblante estaba tan frío como un estatua de hielo—No pienso dejar que me hables como lo has hecho; me importas una mierda, y me trar sin cuidado dejarte aquí tirada; pide un taxi o llama a tu madre, yo me largo.

Dicho eso se metió en el coche y lo puso en marcha.

Sentí como me comenzaban a temblar las manos.

—¡Nicholas no puedes dejarme aquí!—le grité al mismo tiempo que el coche se ponía en movimiento y con un rechinar de las ruedas salía pitando de donde hacía medio segundo estaba aparcado.—¡Nicholas!

A aquel grito le siguió un profundo silencio que causó que mi corazón comenzara a latir enloquecido.

Aún no era noche cerrada pero no había luna y sabía con total seguridad que en menos de media hora la oscuridad sería tal que cualquier persona podría arrinconarme sobre la misma carretera, violarme y matarme y nadie que estuviera a menos de dos kilómetros a la redonda se daría cuenta.

Intenté controlar mi miedo y las ganas irracionales de matar a aquel hijo de su madre que me había dejado tirada en medio de la nada en mi primer día en aquella ciudad.

Me aferré a la esperanza de que Nicholas regresara a por mí pero a medida que iban pasando los minutos me fui preocupando más y más. Lo único que podía hacer y que era tan horrible y peligroso como seguir allí de pie hasta quién sabía qué hora, era ponerme a hacer dedo y rezar para que una persona civilizada y adulta se apiadara de mí y me llevase a casa; entonces me desquitaría con el mal nacido de mi nuevo hermanastro a gusto, porque aquello no iba a quedar así; Aquel gilipollas no sabía con que estaba jugando ni con quién.

Vi como un coche se acercaba por la carretera viniendo en dirección del Club Náutico, y no pude más que rezar para que aquel coche fuera el Mercedes de Will.

Como una fulana cualquiera me acerque lo máximo posible pero sin peligro de ser atropellada y levante la mano con el dedo en alto igual que había visto hacer en las películas, de las cuales la mitad de las veces la chica terminaba asesinada y tirada en la cuneta, pero mejor dejar a un lado aquellos pequeños detalles.

El primer coche paso de largo, el segundo me grito una bandada de insultos, el tercero me llamo de toda las formas groseras que una pudiese imaginarse y el cuarto... el cuarto paro en el arcén a un metro de donde yo había estado haciendo dedo.

Con un repentino sentimiento de alarma me acerqué vacilante para ver de quien se trataba el loco pero muy oportuno individuo que había decidido ayudar a una chica que podría haber sido una prostituta sin ningún problema.

Sentí cierto alivio cuando el que se apeó del coche era un chico de más o menos mi edad.

Gracias a las luces traseras pude ver su pelo castaño, su altura y el inconfundible pero en aquel instante tremendamente agradecido porte de niño rico y de buena familia.

—¿Estás bien?—me dijo acercándose al mismo tiempo que yo hacía lo propio.

En cuanto estuvimos uno frente al otro, ambos hicimos lo mismo: sus ojos recorrieron mí vestido de arriba abajo y los míos recorrieron sus vaqueros caros, su polo de marca y sus ojos amables y preocupados.

—Sí... gracias por parar—dije sintiéndome repentinamente aliviada y segura — un imbécil me ha dejado tirada...—dije sintiéndome avergonzada e idiota por haber permitido algo semejante.

El tío abrió los ojos con sorpresa al escuchar mi declaración.

—¿Te ha dejado tirada...? ¿Aquí?—dijo con incredulidad— ¿En mitad de la nada y a las once de la noche?

¿Acaso estaría bien si me hubiese dejado tirada en medio de un parque y a pleno día? No pude evitar preguntarme con ironía sintiendo un repentino odio hacia cualquier tipo de ser vivo que contuviera el cromosoma Y.

Pero aquel chico me había salvado y no podía ponerme quisquillosa.

—¿Te importaría llevarme a mi casa?—le pregunté evitando contestar a su pregunta—Como podrás deducir no veo la hora de que esta noche llegue a su fin.

El tío me miró fijamente y una sonrisa surgió en su rostro. No era feo, más bien era muy guapo, con cara de ser buena persona y querer ayudar a cualquier ser que estuviera en una mala situación. Eso o mi mete me estaba intentando ver una realidad paralela en la que todo era de color de rosa y en donde los chicos tratan a las mujeres con el respeto

que se merecen sin dejarlas tiradas en la cuneta en tacones y a mitad de la noche.

—Qué tal si te llevo a una fiesta alucinante que hay en una de las mansiones de la playa y me agradeces el resto de la noche lo maravilloso que ha sido que un suceso desafortunado haya hecho que tú y yo nos conociéramos esta noche—me dijo en un tono divertido.

No sé si era de histeria, de rabia contenida o por el hecho de estar deseando matar a alguien pero todo ello salió disparado de mi cuerpo en una profunda carcajada.

—Lo siento pero... No veo la hora de llegar a casa y dejar que este día pase... en serio ya he tenido suficiente de esta ciudad por una noche—le contesté intentando no parecer una chiflada por la carcajada de antes.

—Está bien, pero por lo menos puedes decirme tú nombre ¿no?—me preguntó divirtiéndose de una situación que no tenía absolutamente nada de divertida. Pero como he dicho antes, aquel chico era mi salvador a sí que más me valía ser simpática con él, si no quería terminar durmiendo con las ardillas.

—Me llamo Noah, Noah Morgan—le dije tendiéndole la mano, que él estrecho inmediatamente.

—Yo Zack—me dijo con una sonrisa radiante—¿Vamos?—me preguntó señalando su porsche negro y reluciente.

—Gracias, Zack—le dije de corazón.

Me subí al asiento sorprendida de que me acompañara hasta la puerta y me ayudara a sentarme, igual que en las películas de antes... fue raro; raro y refrescante. Al parecer, y en contra de todas las estadísticas posibles, la caballerosidad aún no había muerto, aunque le faltaba poco si teníamos en cuenta la existencia de sujetos como Nicholas Leister.

En cuanto se sentó en el asiento del conductor supe de ante mano que él no sería como Nicholas, no sabía porque

pero Zack parecía un persona bien, un chico educado y sensato, el típico chico que si se tiene en cuenta el dinero que debía de tener, lo guapo que era y en donde vivía, rompería con todos los moldes de la sociedad.

Me puse el cinturón y solté un profundo suspiro de alivio al ver que al fin y al cabo las cosas no habían terminado de la peor de las maneras.

—¿A dónde?—me preguntó mientras emprendía la marcha hacia donde Nicholas había desaparecido con su coche hacía ya más de una hora.

—¿Conoces la casa de William Leister?—dije, sopesando que en aquel barrio todos los ricachones debían de conocerse.

Mi acompañante abrió los ojos con sorpresa.

—Sí, claro... ¿pero por qué quieres ir allí?—me preguntó con asombro.

—Vivo allí—contesté sintiendo una punzada en mi pecho al decir aquellas palabras que aunque me dolían en el alma eran del todo ciertas.

Zack rió con incredulidad.

—¿Vives en casa de Nicholas Leister?—me preguntó y no pude evitar apretar la mandíbula con fuerza al escuchar aquel nombre.

—Peor, soy su hermanastra —le contesté sintiéndome del todo asqueada teniendo que admitir cierto retorcido parentesco con aquel tarado.

Los ojos de Zack se abrieron de la sorpresa y se desviaron de la carretera para mirarme fijamente unos segundos. Al parecer no era tan buen conductor como me había imaginado.

—No hablas en serio... ¿De verdad?—me volvió a preguntar desviando la mirada otra vez hacia el frente.

Solté un profundo suspiro.

—De verdad...—dije— él ha sido quien me ha dejado tirada en medio de la carretera—admití sintiéndome completamente humillada.

Zack soltó una carcajada algo ácida.

—La verdad es que te compadezco—me dijo haciéndome sentir aún peor— Nicholas Leister es lo peor que uno se puede poner por delante—me dijo cambiando de marcha y disminuyendo la velocidad a medida que nos íbamos acercando hacia la zona residencial.

—¿Le conoces?—le pregunté intentando juntar una imagen de mi caballero andante con el delincuente tira chicas, en mi mente.

Zack volvió a soltar una carcajada.

—Por desgracia, sí—me contestó— Su padre le salvo el culo al mío en un lío bastante feo con hacienda hace más de un año, es un buen abogado, y el cabrón de su hijo no ha podido dejar de restregármelo cada vez que ha tenido la ocasión. Íbamos juntos al instituto y te puedo asegurar que no existe una persona más egoísta, desgraciada y gilipollas que ese cabrón.

Joder, al parecer no era la única miembro del club anti Nicholas Leister. Me sentí mejor al descubrir que no lo era.

—Me gustaría decirte algo bueno de él pero ese tío tiene más mierda encima que cualquier persona que conozca; mantente apartada de él—me dijo mirándome de reojo.

Puse los ojos en blanco.

—Algo muy fácil teniendo en cuenta que vivimos bajo el mismo techo.—dije sintiéndome peor a cada minuto que pasaba.

—Hoy estará en esa fiesta, por si quieres ir allí y patearle el culo—me dijo sonriéndome en broma aunque aquella información era del todo inesperada.

—¿Irás a aquella fiesta?—le pregunté sintiendo el calor de la venganza recorrerme todo el cuerpo.

Zack me miró con nuevos ojos.

—¿No estarás pensando...?—comenzó a preguntar mirándome con sorpresa y aprensión.

—Vas a llevarme a esa fiesta—dije más segura que en toda mi vida—Y voy a patearle el culo.

Veinte minutos después nos encontrábamos junto a la playa y frente a una casa de inmensas proporciones; pero no era el tamaño lo que te dejaba boquiabierto si no la cantidad de gente que había amontonada por sus alrededores, por los escalones de la entrada y por prácticamente todas partes.

La música ya se oía a un kilómetro de distancia y estaba tan fuerte que sentí como mi cerebro retumbaba en mi cabeza.

—¿Seguro que quieres hacer esto?—me preguntó mi nuevo mejor amigo Zack.

Desde que le había contado mi plan no había dejado de intentar convencerme de que me echara atrás. Al parecer mi grandísimo hermanastro era además de un imbécil redomado uno de los tíos que en más peleas se había metido a lo largo de los años, de las cuales siempre salía el vencedor. —Noah, no tienes ni idea de con quién te estás metiendo. Ya has visto que no le ha importado una mierda dejarte tirado, ¿qué te hace pensar que le va interesar lo que le tengas que decir?

Le miré con una mano puesta en la manija de la puerta.

—Créeme... hoy va a hacer la última vez que me hace algo parecido.

Dicho esto nos bajamos del coche y comenzamos a caminar hacia el camino de entrada a la gran casa. A esta le habían colocado farolillos con luces por todas las esquinas, para poder darle más ambiente fiestero si es que eso era posible. Era como haber entrado de lleno en una de esas

fiestas que solo se ven en las películas como rompiendo las reglas o a todo gas.

Era una locura. Los barriles de cerveza estaban repartidos por todo el jardín delantero y rodeado de un montón de tíos que se gritaban y se animaban a beber más y más. Las tías si no iban vestidas con lo que denominaría la ropa más corta y provocativa del planeta, simplemente iban en bañador o incluso en ropa interior.

—¿Todas las fiestas a las que asiste son así?—le pregunté poniendo cara de asco al ver como una pareja se enrollaba contra una de las paredes delantera de la casa, sin importarles que todo el mundo les estuviera observando y haciendo apuestas sobre hasta dónde llegarían si la tía se dejaba. Era repugnante.

—No todas—dijo soltando una carcajada ante mi cara de horror—esta es mixta—dijo dejándome descolocada.

Espera un momento... ¿mixta? ¿De qué estaba hablando?

—¿Te refieres a que haya chicos y chicas en la misma fiesta?—le pregunté volviendo al pasado mentalmente, cuando tenía doce años y mi madre me organizó mi primer fiesta con chicos. Fue todo un avance para mi estatus de adolescente y un completo desastre si no recuerdo mal: los chicos nos tiraron a mí y a mis amigas a la piscina y yo y casi todas las demás acabamos formando el club anti chicos de las mejores amigas para siempre. Ridículo, lo sé, pero el caso es que tenía doce años, no diecisiete.

Zack soltó una profunda carcajada y me cogió la mano para tirar de mí.

Sus dedos eran cálidos y me sentí un poco menos inquieta al saber que le tenía cerca. Aquella fiesta podía intimidar a cualquiera y más a una chica de pueblo como yo.

—Me refiero a que cualquiera puede asistir—dijo mientras nos hacíamos paso por la abarrotada puerta y

entrábamos al interior. Allí había aún más gente, pero la casa era tan grande que por lo menos no tenías que caminar dando empujones. La música era horripilante si se tenía en cuenta que no tenía ni letra solo un ritmo desenfrenado y repetitivo que se te metía por los tímpanos haciendo que te *doliera* estar allí.

—¿A qué te refieres?—le pregunté mientras me empujaba hacia una de las salas en donde la música no te mataba al instante, más bien lo hacía lentamente; por lo menos pude hablar sin tener que dejarme mis cuerdas vocales.

—Cualquiera que pague la entrada puede entrar—dijo mientras saludaba a varios chicos que había por allí. No me gusto mucho ver que sus amigos tenían tan mala pinta como todos los demás. El que no estaba borracho estaba colocado, lo que no me gustó ni un pelo—Con el dinero se compra todo tipo de alcohol y bueno...—dijo desviando la mirada hacia mí unos momentos—Ya sabes, todo lo necesario para que una fiesta se ponga a tono—dijo sonriendo con diversión.

Drogas, genial. Y a mi acompañante le parecía divertido... mierda ¿Dónde me estaba metiendo?

Miré a mi alrededor hacia las parejas que había tiradas en el sofá y a las que estaban de pie bailando al ritmo de la música que se filtraba por las puertas que daban al salón, y me daba cuenta que estaba lleno de gente rica ataviada con ropa de marca y muy cara y a la vez gente que podría haber salido del peor barrio de la zona.

No era muy complicado diferenciar a los de buena familia y a los de no tan buenas. Para empezar las chicas de dinero llevaban vestidos y ropa cara pero por lo menos la *llevaban*; las demás iban vestidas casi como prostitutas.

—Creo que esto no ha sido una buena idea—le dije a mi acompañante pero me di cuenta que se había sentado en

uno de los sofás y que ya llevaba una botella de cerveza en la mano.

—Ven, Noah—dijo tirándome del brazo y haciéndome caer sobre su regazo— Pasémoslo bien esta noche... no la desperdicias con ese mal nacido—me dijo y me puse tensa cuando sus dedos acariciaron mis cabellos y luego mis hombros.

Me puse de pie tan deprisa como pude.

—Estoy aquí por un motivo—le dije mirándole con mala cara. Me había equivocado con Zack, estaba claro—gracias por traerme.—dije y luego me giré para marcharme.

No sabía muy bien que hacer ahora que estaba allí y que le había dado la espalda al único chico que aún no estaba lo suficientemente borracho como para estampar un coche contra un árbol si le pedía que me llevara de vuelta a casa, pero no podía dejar de imaginarme mi mano golpeando fuertemente en la cara de Nicholas y viendo su cara de desconcierto al verme allí, aunque claro está que a lo mejor Zack me había mentido, y era un loco borracho que solo quería traerme al peor sitio de la historia y al fin y al cabo terminaba muerta y tirada en la cuneta.

Me dirigí hacia la cocina en donde había menos gente con la intención de buscar un vaso de agua bien fría. No sabía si me la bebería o me la tiraría en la cabeza para poder despertarme de aquella pesadilla, pero de una cosa estaba segura, aquel día parecía no terminar jamás.

En cuanto giré por el pequeño pasillo y entré en la cocina me detuve de inmediato.

Allí estaba, sin camiseta, en vaqueros y rodeado de tías y de cuatro amigos tan grandes pero no tan altos como él.

Me quedé observándolo unos instantes.

¿Este era el mismo chico pijo con el que había estado cenando en un restaurante de lujo hacía menos de tres horas?

No pude evitar sorprenderme al verle de aquella manera. Parecía recién salido de una peli de mafiosos; rodeado de chicas guapas y en ropa nada discreta y con amigos tan atemorizadores que se podría haber tratado de una mafia.

Estaban bebiendo chupitos mientras jugaban aquel juego de insertar una bola de pin pon en los vasos rojos de plástico. Mi querido hermanastro estaba en racha ya que no fallaba ninguna. Lo bueno de eso...: no estaba tan borracho como los que perdían y debían beberse un chupito de tequila.

—¡Déjalo ya tío!—gritó uno de los gorilas que por lo menos si que llevaba camiseta—ya sabemos que eres el mejor en esto, déjanos probar a los demás.

Nicholas tiró la última pelota pero lo hizo mal adrede. Fue tan obvio que no entendí como los demás no se dieron cuenta, pero todos le abuchearon riéndose a carcajadas. Nick cogió un chupito y se lo trago en menos de un segundo.

No se había percatado de mi presencia lo que era de entender ya que yo seguía rezagada en la puerta observándole como quien quiere analizar un proyecto químico y aún no entiende absolutamente nada.

Mientras uno de sus amigos cogía el relevo, Nicholas se acercó hacía donde una chica morena y muy guapa estaba sentada sobre la mesada de mármol negro. Llevaba unos pantalones cortos que dejaban al descubierto sus largas piernas bronceadas por el sol y arriba solo llevaba la parte de un bikini azul cielo.

De repente me sentí demasiado arreglada y tapada para una fiesta como aquella. Aunque en toda mi vida podría haberme vestido así delante de toda aquella gente salida, borracha y quién sabe qué más.

Lo primero que hizo Nicholas fue cogerla por la nuca con fiereza, echarle la cabeza hacia atrás y comerle la boca de

la manera más asquerosa que alguien podía llegar a hacerlo, sobre todo si había gente delante.

Aquella fue mi oportunidad, así le cogería por sorpresa y así apaciguaría las terribles ganas que tenía de arrancarle la cabeza a aquél idiota.

Ni siquiera se había molestado en saber si estaba bien, yo podría seguir allí tirada que a él no se le habría movido ni un solo pelo de la cabeza.

Sentí tal rabia al haberme dejado tratar de aquella manera, y más rabia aún de encontrarme en aquel sitio de locos por su culpa que no dude ni un segundo en acercarme con paso firme hacia el final de la cocina, cogerle el brazo para darle la vuelta y para mi sorpresa en vez de darle la bofetada que planeaba, darle un puñetazo en la mandíbula que seguramente hizo que se me rompieran todos los nudillos de la mano, pero mereció la pena, y tanto que lo hizo.

Por unos segundos se quedó desconcertado, como si no entendiera lo que había pasado, ni quién era yo ni por qué le había pegado. Pero eso solo duró unos segundos ya que la expresión que apareció en su rostro y su cuerpo me dejó quieta en el lugar.

Todos los que había en la habitación habían formado un corrillo a nuestro alrededor, pero al contrario que en las películas, cuando lo que acababa de pasar habría ocasionado las risas y los abucheos de los tíos, se había formado un silencio sepulcral, en donde todas las miradas estaban puestas en la persona que tenía delante.

—¿Qué coño haces aquí?—me dijo con tal desconcierto y rabia contenida que temí por mí vida.

Joder... si las miradas matasen, yo ya estaría muerta, sepultada y enterrada.

—¿Te sorprende que haya llegado aquí a pié?—le dije intentando que no me intimidara con su postura, su altura y

aquellos músculos aterradores.— Eres una mierda ¿lo sabías?—le dije sintiendo como el enfado volvía a apoderarse de mí viendo que mi puñetazo apenas le había dejado ni una sola marca ni le dolía tampoco, al contrario que mi mano que aullaba porque alguien le prestara atención médica.

Nicholas soltó una carcajada seca y controlada.

—¿No me digas?—dijo mirándome solo a mí, Al parecer no era consciente de que había por lo menos veinte personas observándonos como quien va al cine a ver una película.—No tienes ni idea de en donde te estás metiendo, Noah—dijo dando un paso hacía a mí y colocándose tan cerca que pude sentir el calor que irradiaba su cuerpo.

—Puede que en mi casa seamos hermanastros—dijo tan bajo que solo yo pude escucharle—pero fuera de esas cuatro paredes todo lo que ves me pertenece y no pienso aguantar ninguna de tus gilipolleces.

Le miré aguantándole la mirada, no pensaba dejar que viera lo mucho que sus palabras y su comportamiento me atemorizaban. Ya había conocido a personas violentas para toda una vida, no podría aguantar ni una sola más.

—Vete a la mierda—le dije, y me di la vuelta con el propósito de largarme de allí de inmediato. Una mano me cogió del brazo y tiró de mí sin dejarme dar un paso más—Suéltame ahora mismo—le dije girando la cabeza para que comprendiera lo muy en serio que iban mis palabras.

Él sonrió y miró a todos los que nos rodeaban.

Luego volvió a fijar sus ojos en los míos.

—¿Con quién has venido?—dijo mirándome solo a mí.

Tragué saliva sin ninguna intención de contestarle.

—¡Quien te ha traído!—me gritó haciéndome pegar un salto. Aquello fue la gota que colmó el vaso.

—¡Suéltame, hijo de....!—Comencé a gritar pero no sirvió de nada, me sujetaba tan fuerte que me hacía daño.

Entonces uno de los que estaba allí, habló.

—Yo sé quien ha sido—dijo un tío gordo y con más tatuajes que cualquier persona que yo hubiese conocido.—Zack Rogers ha entrado con ella—dijo haciendo que el rostro de mi hermanastro se transformara en una mueca de disgusto y profunda repulsión.

—Tráelo—dijo simplemente.

Nicholas se estaba comportando como un perfecto delincuente, y me estaba dando miedo de verdad. Aquello parecía una pesadilla sin final y de repente me arrepentí profundamente de haberle pegado, no es que no se lo mereciera pero era como si se lo hubiese hecho al mismísimo diablo.

Dos minutos después Zack apareció en la cocina y le abrieron paso para dejarle entrar en el círculo que había a nuestro alrededor.

Este me miraba como si le hubiera traicionado o algo parecido.

¿Qué demonios le pasaba aquella gente?

—¿Tú la has traído aquí?—le preguntó mi hermanastro con calma.

Zack vaciló unos instantes pero finalmente asintió con la cabeza. Le mantuvo la mirada a Nicholas pero pude ver que le temía.

Tan rápido que apenas fui consciente de que ocurría, Nicholas le pegó un puñetazo en la barriga obligando a Zack a encorvarse con dolor.

Pegué un grito de horror y de susto, temiendo por él, y sintiendo aquel dolor en el pecho que siempre sentía cuando presenciaba algún tipo de violencia. Mi corazón se encogió y tuve que aguantarme para no salir corriendo de allí.

—No vuelvas a hacerlo—le dijo Nicholas con voz pausada y en calma.

Después se giró hacia a mí, me cogió del brazo y comenzó a arrastrarme hacia la salida.

No tenía fuerzas ni para protestar. Lo que había ocurrido allí dentro me había dejado tan descolocada y hecha polvo que me importó una mierda que Nicholas fuera a dejarme tirada en medio del bosque o a pegarme como había hecho con Zack, o quién sabe qué más... solo quería que aquel día acabase.

Solo llegamos a la puerta y entonces él se detuvo. Cogió su teléfono móvil de su bolsillo, maldijo entre dientes y contestó a quien fuera que estaba llamando.

—Espérame aquí—me dijo con seriedad para apartarse un poco del ruido de la gente y de la música. Desde donde estaba, más allá de los escalones de entrada a la casa, podía verme perfectamente, así que más me valía quedarme allí quieta.

—¿Te encuentras bien?—me preguntó un tío que había por allí.

—La verdad es que no—respondí sintiéndome realmente mal. Me apoye sobre la ventanilla sin poder evitar que ciertos recuerdos que tenía bien enterrados en el fondo de mi mente resurgieran para atormentarme justo en aquel instante.

—Toma, bebe algo—me dijo el chico tendiéndome un vaso rojo de plástico.

Lo cogí sin siquiera detenerme a ver lo que era. Tenía la garganta tan seca que cualquier cosa me habría venido bien.

Entonces abrí los ojos después de haberme tragado todo el contenido y vi como Nicholas subía los escalones mirándome con cara de horror.

—¡No!—me gritó para después arrancarme el vaso de la mano.

Se giró furioso hacia el tío que me lo había dado y lo cogió por la camiseta hasta casi levantarlo del suelo.

—¿Qué coño le has echado?—le preguntó zarandeándolo con fuerza.

Yo miré mi vaso alarmada y con cara de horror.

Mierda.

NICK

Mierda

—¿Qué coño le has echado?—le pregunté al imbécil que tenía cogido por la camiseta.

El muy idiota me miraba completamente aterrorizado.

—¡Contéstame joder!—le grité maldiciendo el día en el que había conocido a mi hermanastra, y también maldiciendo al gilipollas de Zack Rogers por haberla traído a una fiesta como esta.

—Joder tío—dijo con los ojos abiertos de par en par—GHB—admitió cuando lo estampé contra la pared.

Joder... esa era la droga que utilizaban los capullos para poder violar a una tía. Era incolora e indolora y por eso resultaba tan fácil meterla en la bebida sin que te dieras ni cuenta.

El solo hecho de pensar en lo que podría haber pasado me nubló la mente. Aquella noche iba a terminar con los puños hechos una mierda. Le golpee tantas veces que perdí la cuenta.

—¡Nicholas, para!—gritaba una voz a mis espaldas. Detuve el puño antes de volver a estamparlo contra la cara de aquel hijo de puta.

—Vuelve a traer esa mierda a una de mis fiestas y lo que te he hecho hoy te parecerá una caricia en comparación.—le dije cerciorándome de que escuchaba cada una de las palabras pronunciadas.— ¿Me has oído?

El gilipollas se fue tambaleando y sangrando lo más lejos posible de mí.

Me giré y me encontré con una Noah completamente aterrorizada.

Algo se movió en mi interior cuando vi aquella expresión en ella. Joder, por muy poco que la soportara y por muchas ganas de matarla, nadie se merecía que lo drogaran sin consentimiento y menos para hacer lo que seguramente le hubieran hecho de no haber estado yo allí.

Me acerqué hacia ella observándola con detenimiento.

Tenía los ojos desorbitados, pero los tenía así desde que le había dado una paliza a Zack, por lo que aún no se veían los efectos de la droga.

—¿Qué era lo que has bebido?—le pregunté cuando llegué hasta ella.

No me contestó, simplemente se me quedó mirando boquiabierta, asustada y temblorosa.

—Joder, Noah, no voy a hacerte daño, ¿vale?—le dije sintiéndome como un delincuente, cuando en realidad yo no le había hecho absolutamente nada.

Cuando la dejé tirada, supuse que simplemente llamaría a su madre y que se iría con nuestros padres a casa. No se me ocurrió que se subiría al coche del primer imbécil que parara y que vendría directamente a la fiesta menos apropiada para una chica como ella.

—¿Qué me he tragado?—me preguntó tragando saliva y observándome como si fuese el mismísimo diablo.

Suspiré y miré hacia el techo mientras intentaba pensar con claridad. Mi padre me acababa de llamar para preguntarme dónde demonios estaba Noah.

Su madre estaba preocupada, y le había dicho que la llamaría cuanto antes, que Noah se había venido conmigo a casa de Erik, y ahora mismo estaba mirando una película con su hermana.

Había sido una mentira del todo improvisada pero mi padre no podía enterarse de lo que había ocurrido aquella noche, ni de donde había estado. Ya me había salvado de

suficientes situaciones difíciles como para que ahora se enterase de que todo seguía absolutamente igual.

Bastante me había costado mantener mi vida privada en la sombra, y no pensaba dejar que alguien como Noah lo estropease.

En menos de un día había conseguido tocarme las narices más que cualquier otra mujer que hubiera tenido el placer de conocer.

—¿Lo que has bebido tenía alcohol?—le pregunté ignorando su pregunta.

Ella me miró un segundo y luego negó con la cabeza.

—Era Coca—Cola—me respondió y suspiré más aliviado.

Si el GHB se mezclaba con alcohol podía ser muy peligroso, pero si no...

bueno no voy a decir que fuera como fumarse un porro; Noah iba a maldecir haber venido a aquella fiesta.

—Estarás bien—le contesté cogiéndola del brazo y llevándola hasta donde estaba mi coche.

—Quiero matarte—me dijo y cuando bajé la mirada pude ver que sus párpados habían comenzado a pesarle. Mierda, tenía que ponerla al teléfono con su madre antes de que fuera a peor.

En cuanto llegamos hasta mi coche, abrí la puerta del conductor y esperé a que se sentara.

Entonces saqué el móvil.

—Tienes que decirle a tu madre que estás bien y que no te espere levantada—le dije mientras buscaba a mi padre en la agenda—Dile que estamos viendo una película en casa de unos amigos míos.

—Que te den—me contestó echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos con fuerza.

Me acerqué hacia ella y le cogí el rostro con una sola mano. Abrió los ojos y me miró con tanto odio que no pude

evitar sentir ganas de darle una patada a algo sólido y romperlo en mil pedazos.

—llama o esto va a ponerse feo de verdad—le dije, pensando en cómo se pondría mi padre si se enteraba de lo que había ocurrido aquella noche. Y

qué decir de la madre de Noah.

—¿Que vas a hacerme?—me dijo mirándome con las pupilas cada vez más dilatadas—¿Dejarme tirada para que alguien me viole?—me preguntó con segundas—Espera... ya lo has hecho.—agregó con ironía.

Vale me lo merecía pero no teníamos tiempo para eso.

—Estoy marcando, mas te vale decirle lo que te he dicho —le dije al mismo tiempo que le ponía el teléfono en la oreja.

Unos segundos después Rafaella se escuchó al otro lado de la línea.

Noah, ¿estás bien?

Ella me miró antes de contestar.

—Sí—dijo para mi gran alivio—estamos viendo una película...

llegaremos...un poco tarde—siguió diciendo mientras su mirada se desviaba hacia el techo del coche.

Me alegro de que hayas ido cariño, ya verás cómo te gustan los amigos de Nick...

Miré hacia otro lado cuando escuché aquello.

—Seguro—dijo Noah sin volver a mirarme.

Nos vemos mañana cielo, te quiero —Y yo, adiós—le dijo y entonces le quité el teléfono y me lo guardé en el bolsillo.

Rodeé el coche y me senté en el asiento del conductor. Esperaríamos allí a ver qué tolerancia tenía Noah a las drogas. Solo podía esperar que no fuera como una tía que había conocido hacía ya un año y a la cual casi le había dado un infarto por fumarse un porro.

Me giré hacia ella.

—Tengo calor—me dijo con los ojos cerrados y en efecto pude ver como el sudor empapaba su frente y su cuello.

—Te pondrás bien, no te preocupes—le dije deseando que mis palabras no me traicionaran.

—¿Qué efectos tiene esta droga?—me preguntó con voz pastosa.

Dude un momento antes de contestarle.

—Sudores... calor y frío a tiempos iguales... somnolencia...—le dije deseando que esos fueran los únicos efectos que sufriera.

Si se ponía a vomitar o le entraba taquicardia iba a tener que llevarla al hospital y eso no podía acabar bien.

Sus mejillas estaban rojas y su pelo había comenzado a pegársele a la frente. Me fijé que tenía una gomilla en una de sus muñecas.

Me estiré sobre ella y se la quité. Lo mínimo que podía hacer era ayudarla a estar lo más cómoda posible.

—¿Qué haces?—me dijo y pude notar el miedo en su voz.

Respiré hondo intentando mantener mis emociones a raya. Nunca le había hecho algo así a una mujer... no me hacía falta recurrir a aquellas mierdas para llevarme a alguna a la cama, y ver a Noah aterrorizada por si le hacía algo parecido me sentaba como una patada.

Aquella cría me había agotado en cuestión de horas.

—Ayudarte—le dije mientras la doblaba con cuidado para poder recogerle su larga melena multicolor y hacerle una cola improvisada en lo alto de la cabeza.

—Para eso tendrías que desaparecer—me contestó arrastrando las palabras.

No pude evitar que aquello me hiciese gracia. Aquella chica tenía más agallas que cualquier otra que hubiese conocido. No se olía con quien se estaba metiendo, no sabía quién era, ni de lo que era capaz de hacer... y al fin y al cabo, era muy refrescante.

Se me vino a la cabeza su imagen después de haberme pegado aquel puñetazo. Había sido del todo inesperado, es más era el primer puñetazo que me daban en mucho tiempo...

Instintivamente le cogí la mano derecha y observe sus nudillos hinchados. Tenía que haberme atizado con todas sus fuerzas para que la mano le quedara así, y sentí cierta pena por ella ya que yo apenas lo había sentido.

De repente me vi a mí mismo enseñándole a Noah a atizar un puñetazo como Dios manda.

La observé con cierta preocupación. Ahora que el cabello no le ocultaba el rostro me pude fijar en ciertos rasgos que no había podido apreciar desde que la había conocido.

Tenía un bonito cuello, y unos pómulos altos surcados de miles de pecas.

Aquello me hizo sonreír por algún motivo inexplicable. Sus pestañas eran largas y creaban una sombra oscura sobre sus mejillas, pero lo que me llamó la atención y me hizo fijarme con más atención fue el pequeño tatuaje que tenía justo debajo de su oreja izquierda, en lo alto de su cuello.

Era un nudo del ocho...

Instintivamente mi mirada se dirigió hacia mi brazo en donde me había tatuado ese mismo nudo hacia ya tres años y medio. Era un nudo perfecto, uno de los que más resistencia tenían y por eso mismo había decidido tatuármelo. Significaba que si las cosas se entrelazaban bien, con cabeza, el resultado sería indestructible.

No entendía como alguien como Noah podía haberse tatuado aquel nudo, ni siquiera me la imaginaba tatuándose cualquier cosa... Aquella chica no dejaba de sorprenderme.

Con un dedo y con cuidado acaricié aquel tatuaje minúsculo en comparación con el mío y sentí como la piel se nos ponía a ambos de gallina.

Noah se movió inquieta en su inconsciencia y yo sentí algo en la boca de mi estómago, algo extraño y molesto.

Me giré hacía el volante y puse el coche en marcha. Antes que nada, me giré y le puse el cinturón de seguridad.

Mis ojos volvieron a situarse en su tatuaje por unos segundos.

Respiré profundamente y me centré en la carretera. Por suerte no me había dado tiempo a beber más que un chupito y una cerveza, así que conduje con tranquilidad hasta mi casa.

Como siempre las luces de fuera estaban encendidas. Ya eran pasadas las dos de la madrugada y recé para que nuestros padres estuvieran en la cama. Noah estaba totalmente fuera de juego y no podía permitirme que mi padre nos descubriera de aquella forma.

Detuve el coche en mi plaza y me bajé intentando no hacer ruido; con las llaves en la mano rodee el coche hasta acercarme hacia el asiento del acompañante. Con cuidado le quité el cinturón y la cogí en brazos. Estaba ardiendo, y me preocupó que la fiebre le subiera lo suficiente como para tener que alarmarme de verdad.

—¿Dónde estamos?—me preguntó tan bajo que apenas la oí.

—Estamos en casa—le contesté para tranquilizarla al mismo tiempo que maniobraba para poder abrir la puerta con ella en brazos. No pesaba casi nada, seguramente unos 50 kilos o así.

Dentro reinaba la oscuridad, solo interrumpida por una pequeña lámpara que había encendida en una de las mesitas de la sala.

Me dirigí hacia las escaleras con Noah entre mis brazos y suspiré con alivio al llegar hasta su habitación.

Dentro estaba todo completamente a oscuras.

Los brazos de Noah se tensaron en mi cuello y me sujetaron con más fuerza.

Me extrañó que siguiera consiente, y me acerqué deprisa hasta su cama para poderla dejar y que estuviese más cómoda.

—No...—dijo con voz asustada.

—Tranquila—le dije extrañándome con la fuerza que se sujetaba a mí.

—No me dejes sola...tengo miedo—me dijo y pude notar ese pánico en su voz. También me extraño ya que estaba seguro que el causante de su miedo era yo, por lo que no tenía lógica que quisiera quedarse conmigo.

—Noah estás en tú habitación...—le dije sentándome en su cama con ella en mi regazo.

Aquello era tan raro...

Entonces abrió los ojos y me miró aterrorizada.

—La luz...—me dijo con voz pastosa como si le estuviera costando la misma vida pronunciar aquellas palabras.

La mire extrañada... no había ninguna luz encendida.

—Enciéndela— casi me rogó.

La observé unos segundos y pude ver que no estaba tan asustada por que yo estuviera con ella en su habitación, ni por la droga ni por apenas poder moverse... Estaba asustada por la oscuridad.

—¿Le tienes miedo a la oscuridad?—le pregunté al mismo tiempo que me inclinaba con ella aún encima de mí y encendía su lámpara de noche.

Su cuerpo se relajó al instante.

Fruncí el ceño preguntándome porque esa chica parecía ser tan complicada.

Me incorporé y la coloqué sobre las almohadas.

La observé unos instantes cerciorándome de que respiraba con normalidad.

Así era y agradecí que Noah fuera fuerte ante cualquier mierda que se le cruzara en el camino.

—Lárgate de mi habitación—me dijo entonces y eso fue exactamente lo que hice; Y creo que fue lo más sensato en toda la noche.

NOAH

Cuando abrí los ojos aquella mañana me sentía realmente mal. Por primera vez en mi vida me molestaba la luz centelleante que entraba por el inmenso ventanal de mi habitación y reclamaba cierta oscuridad; no total pero si cierta.

Me dolía la cabeza una barbaridad y me sentía muy extraña. Era raro de explicar pero era consciente de cada movimiento, de cada sensación que estaba teniendo lugar dentro de mi organismo y era tan incómodo como molesto y perturbador. Sentía la garganta seca, como si no hubiera bebido ningún líquido en más de una semana.

Con dificultad me acerqué hacia mi baño y me observé en el espejo.

¡Dios mío, qué horror!

Solo había visto a una persona con aspecto un poco parecido al mío y había sido una de mis amigas de Toronto. Habíamos salido de fiesta y ella había bebido hasta más no poder. La pobre había terminado tirada en el lavabo de mi casa, vomitando para a la mañana siguiente tener una resaca del quince.

Entonces lo recordé.

Sentí como todo mi cuerpo temblaba de pies a cabeza.

Me eché agua en la cabeza, sin importarme en absoluto que se me mojaran los cabellos de la frente, que por cierto no recordaba habérmelos atado en lo alto de la cabeza, me quité aquel vestido que no quise ni tocar por miedo a lo que podría haber llegado a pasar, me lavé los dientes para no sentir aquel regusto reseco en la boca que me daba ganas

de vomitar y me puse unos pantalones cortos y una camiseta de pijama.

Ni siquiera me importo la hora que fuera.

Los recuerdos se instalaban en mi mente como fotografías que se pasan demasiado rápido para poder analizarlas con detenimiento. Solo podía pensar en una cosa. La droga... me habían drogado, había ingerido drogas, había traicionado mi prioridad número uno, había roto con todos mis ideales... y todo por culpa de una sola persona.

Salí de la habitación dando un portazo y cruce el pasillo hasta la habitación de Nicholas.

Abrí sin molestarme en llamar y me encontré con una cueva de osos, si es que se la podía comparar con eso.

Dentro de aquella habitación no había ni una gota de luz salvo la que entraba por la puerta que acaba de abrir. Menos mal que el aire acondicionado estaba puesto por que seguramente se habría muerto asfixiado por falta de aire a causa de la totalidad del encierre de aquel sitio.

Había una persona bajo la manta de aquella inmensa cama de color oscuro.

Me acerqué hasta ella y zarandeeé al que dormía allí tan tranquilo como si nada hubiera pasado, como si no me hubiesen drogado por su culpa, como si no me sintiese como una mierda por todo lo que me había hecho pasar.

-Joder...-dijo él con voz pastosa sin abrir los ojos.

Observé su pelo revuelto que se camuflaba en las sabanas negras de raso y tiré con fuerza del edredón destapándolo por completo y sin importarme en absoluto.

Por lo menos no estaba desnudo pero llevaba unos bóxers blancos que me dejaron un poco descolocada por unos instantes.

Dormía boca abajo por lo que tuve una panorámica perfecta de su ancha espalda, sus largas piernas y todo hay que decirlo, de su esplendido trasero.

Me obligué a mi misma a centrarme en lo importante.

-¿Qué paso anoche?-casi le grité mientras le zarandeaba por el brazo para que se despertara.

Él gruñó, molesto y me cogió la mano para que me detuviera, todo esto aún con los ojos cerrados.

De un movimiento me tiró sobre su cama.

Caí sentada junto a él e intenté soltarme, cosa que no me permitió.

-Ni drogada te estás callada, joder...-repitió y por fin abrió los ojos para mirarme.

Dos iris azules se clavaron en mis ojos.

-¿Qué quieres?-me preguntó soltándome la muñeca e incorporándose en la cama.

Me puse de pie de inmediato.

-¿Qué me hiciste anoche cuando me tenías drogada?-le pregunté temiendo lo peor.

Madre mía... si me había hecho algo...

Nicholas entrecerró los ojos y me miró cabreado.

-De todo-me contestó haciendo que se me fuera todo el color del rostro-Te viole como unas veinte veces y cuando me cansé le dejé a todos los de la fiesta que hicieran lo mismo... creo que también lo hicieron los de la gasolinera cuando me detuve allí-dijo y empecé a notar el sarcasmo en su voz-Y si también contamos al vigilante de fuera...

Le di un golpe en el pecho.

-¡Imbécil!-le dije notando como la sangre subía a mis mejillas causada por la rabia.

Nicholas me ignoró y se puso de pie.

Entonces alguien entro en la habitación; un ser peludo y tan oscuro como su dueño y aquella maldita habitación.

-Eh, Thor ¿tienes hambre?-le preguntó este mirándome con una sonrisa divertida-Tengo aquí un regalito muy apetecible para ti...

-Me largo-le dije emprendiendo la marcha hacia la puerta. No quería volver a ver a aquel imbécil, nunca más, y el hecho de saber que eso era imposible me puso de peor humor.

Nicholas me interceptó en mitad de la habitación. Casi me di de bruces contra su pecho desnudo.

Sus ojos buscaron los míos y le mantuve la mirada con desconfianza y también desafío.

-Siento lo que paso anoche-me dijo y por unos segundos milagrosos creí que me estaba pidiendo perdón; que equivocada estaba-pero no puedes decir absolutamente nada, o se me puede caer el pelo-continuó y supe entonces que lo único que le importaba era salvar su culo, al mío podían darle por saco.

Solté una risa irónica.

-Dijo el futuro abogado-le dije con sarcasmo.

-Mantén la boca cerrada-me advirtió ignorando mi comentario.

-¿O qué?-le contesté desafiándole.

Sus ojos recorrieron mi rostro, mi cuello y se detuvieron en mi oreja derecha.

Un dedo suyo rozó un punto muy importante para mí.

-O este nudo puede que no sea lo suficientemente fuerte para ti-susurro y di un paso hacia atrás. ¿Qué sabía él sobre ser fuerte, o sobre mi tatuaje?

-Ignórame y yo haré lo mismo... así soportaremos los poquísimos momentos en los que vamos a tener que estar juntos ¿De acuerdo?-le dije rodeándole y apartándome de él.

Thor me observó meneando la cola.

Por lo menos el perro había dejado de odiarme, me dije como consuelo cuando salí de aquella habitación.

Lo primero que hice después de salir de allí fue irme directamente a mi dormitorio. Tenía un feo presentimiento

de que la noche anterior podrían haber pasado cosas de las que no me acordaba o de haber dicho algo de lo que me arrepentiría. Sabía que si eso había ocurrido, Nicholas no iba a aclarármelo y eso me inquietó aún más todavía. Que él supiera algo de lo que yo no tenía ni idea, o de que hubiera visto algo en mí que yo nunca hubiese querido enseñarle era lo que me hacía odiarle tanto como lo hacía. No comprendía como en tan poco tiempo había podido formar en mi interior un rechazo tan grande hacia él, pero si lo pensaba no era de extrañar puesto que Nicholas Leister representaba absolutamente todo lo que yo odiaba en una persona; era violento, peligroso, abusón, mentiroso, amenazador... todos los rasgos que me hacían salir corriendo en la dirección opuesta. Muchas cosas tenían que cambiar para que mis sentimientos hacia él pudiesen mejorar; y eso era algo de lo que estaba completamente segura.

Fuera hacía un día precioso, el mejor para ir a la playa o estrenar aquella piscina tan impresionante que tenía mi nueva casa. Con un poco de mejor humor me propuse tomar el sol con tranquilidad, leer un buen libro, e intentar olvidarme de lo que había ocurrido la noche anterior. Pero lo primero era desayunar algo, no podía dejar de pensar en que aquella droga repugnante aún estaba dando vueltas por mi cuerpo, y como él alcohol supuse que con mucha agua y comida la droga iría desapareciendo.

Me obligué a mi misma a no pensar en lo que me podrían haber hecho si Nicholas no hubiese estado allí cuando aquel tío me había dado la droga.

Solo el pensar que me pudiesen haber violado me ponía los pelos de punta.

Con aquellos pensamientos en mente me dirigí a mi impresionante y demasiado ostentoso armario. Dudaba en si ponerme un biquini o un bañador... Al final me decante

por el biquini pero sin poderme liberar de aquella vocecita que no cesaba de decirme que tal vez no fuera buena idea.

Me miré en el espejo, sintiéndome demasiado expuesta. Observé con atención aquella parte de la que me sentía totalmente acomplejada y opté por no darle demasiada importancia.

Con un vestido de playa y una toalla color lila, salí de mi habitación lista para afrontar mi primer desayuno en aquella casa.

Se me hacía tan raro caminar por allí, me sentía como cuando de pequeña me dejaban quedarme a dormir en casa de mis amigas y de noche me apetecía ir al lavabo y no lo hacía por miedo a encontrarme con algún familiar.

Era de lo más incómodo.

Cuando llegué me encontré con mi madre, envuelta en una bata blanca de seda y zapatillas junto a un trajeado Will listo para salir a trabajar.

-Buenos días, Noah-me dijo al verme primero.- ¿Has dormido bien?-me preguntó.

Mejor que nunca teniendo en cuenta que estaba inconsciente y con un dolor de cabeza de mil demonios.

-No ha sido mi mejor noche-le contesté cortante.

Mi madre se acercó para darme un beso en la mejilla. Agradecí que se guardara sus miradas asesinas.

-¿Te lo pasaste bien con Nick y sus amigos?-me preguntó esperanzada.

Ay mamá, que equivocada estas con quien crees es tu nuevo hijastro.

-Hablando de Roma-dijo William tras mi espalda, al mismo tiempo que se levantaba de la mesa y entraba Nick.

-¿Qué hay familia?-dijo en tono seco, al mismo tiempo que se dirigía a la nevera.

-¿Qué tal lo pasasteis anoche?-preguntó mi madre mirándole contenta-¿Qué tal la película?-agregó mirándose

a mí.

¿Película?

-¿Qué...?-comencé a preguntar al mismo tiempo que Nick cerraba la nevera de un portazo y se giraba hacia a mí con sus ojos de hielo.

-La película estuvo genial, ¿verdad Noah?-me preguntó observándome significativamente.

En aquel momento me di cuenta de que podía fastidiarle pero bien. Si decía la verdad, quién sabe lo que su padre le diría, sin contar en la de problemas que se metería si es que yo decidía denunciarle a la policía, por beber alcohol y ofrecérselo a una menor, o sea yo, dejar que me drogaran y por supuesto haberme dejado tirada en medio de la carretera.

Disfruté a más no poder mientras le daba a entender con mi mirada que no tenía ni la menor idea de lo que estábamos hablando.

-No recuerdo bien...-dije disfrutando de como se ponía tenso-¿Era durmiendo con el enemigo... o *tráffic*?-le pregunté sabiendo que iba a disfrutar al verle en aquella situación, pero para mi sorpresa y disgusto soltó una carcajada.

Mi sonrisa se esfumó de mi rostro.

-Más bien fue Cruel intenciones-me contestó él y me sorprendió que lo dijera porque era una de mis películas preferidas. Irónico si se tenía en cuenta que los dos protagonistas eran hermanastros y se odiaban a muerte...

Le fulminé con la mirada al mismo tiempo que mi madre preguntaba: -¿De qué estáis hablando?-nos preguntó mirándonos con desconfianza.

-De nada-respondimos al mismo tiempo y eso me molestó aún más.

Me acerqué hacia la nevera, donde él se encontraba apoyado con los brazos cruzados en posición intimidante,

mientras mi madre nos ignoraba y se despedía de su nuevo marido.

Por un momento nos quedamos mirándonos, yo desafiándole con mi mirada, él como si estuviera pasando uno de los mejores momentos de su vida.

-¿Te apartas o no?-le dije con intensidad de que me dejase abrir la nevera.

El levantó las cejas con diversión.

-Mira, pecas, creo que tu y yo tenemos que aclarar varias cosas si vamos a tener que convivir bajo este mismo techo-me dijo sin apartarse.

Yo le observé con frialdad.

-¿Qué tal, cuando tu entras yo salgo, cuando yo estoy te ignoro y cuando hables hago como si no te escucho?-le dije con una sonrisita irónica, maldiciendo el momento en el que le conocí.

-Mi mente se ha quedado en lo de cuando yo entró tú sales...-me dijo en un tono pervertido y sonriendo al ver que me sonrojaba.

Maldita sea.

-Eres asqueroso-le contesté al mismo tiempo que intentaba apartarle para que me dejara abrir la nevera.

Por fin lo hizo y yo pude coger mi zumo de naranja.

Mi madre se había ido con una taza de café con leche en una mano y el periódico en la otra. Sabía lo que pretendía, ella quería que me llevara bien con Nicholas, que nos hiciésemos amigos y después de un milagro divino, que le quisiera como si fuese el hermano mayor que nunca había tenido.

Ridículo.

Le observé al mismo tiempo que me sentaba en los bancos que había junto a la isla y me echaba zumo en un vaso de cristal. Nicholas llevaba unas calzonas de deporte y una camiseta simple de tirantes. Sus brazos estaban bien

formados, y después de haber presenciado los puñetazos que había dado a dos chicos en menos de diez minutos, sabía que tenía que mantenerme alejados de ellos... quien sabe lo que era capaz de hacer.

Entonces se giró con su café en la mano y lo vi; El tatuaje... tenía el mismo tatuaje que mi cuello... el mismo nudo, el mismo símbolo que significaba tantas cosas para mí, ahora lo tenía un energúmeno tatuado en su brazo.

Me quedé observándole con atención y con un pinchazo en el pecho, mientras que él se acercaba y tomaba asiento frente a mí. Sus ojos me observaron unos instantes hasta que se dio cuenta de lo que mis ojos miraban con tanta fijeza.

Dejó la taza en la mesa y se inclinó con los antebrazos apoyados sobre la superficie.

-A mí también me sorprendió-dijo dándole un trago a su café aunque sus ojos no se apartaban de mi rostro, para luego fijarse en mi cuello.

Me sentí incómoda y expuesta.

-Al final hay algo que tenemos en común-me dijo con frialdad. Al parecer a él también le molestaba que compartiéramos tatuaje.

Me puse de pie; tiré de mi gomilla haciendo que mi pelo cayera en cascada, tapando así mi cuello y mi tatuaje y me marché de la cocina.

Había algo en lo último que había dicho que me había trastocado por dentro... como si de alguna manera hubiera entendido mis motivos de porque llevaba aquel tatuaje y los comprendiera...

Salí hacia el pasillo que si no me equivocaba me llevaría a las puertas grandes de cristal que daban al jardín trasero. Era increíble cómo se veía el mar desde allí y como la brisa marina te envolvía con su olor y su calidez. Siempre me había gustado el mar y la playa. En donde vivía antes era

imposible de disfrutar de aquellos paisajes tan impresionantes y siempre que podíamos mi madre y yo nos escapábamos a las playas que más cercanas nos quedaban.

No podía negar que me gustaba mucho disfrutar de aquellas vistas y de tener el mar tan cerca ahora que viviría allí.

Con aquellos pensamientos me acerqué hacia las tumbonas de madera que había junto a la impresionante piscina. Esta era rectangular con una cascada en la esquina que le daba al jardín un toque salvaje a la vez que elegante. La extensión de césped era impresionante y al fijarme bien descubrí que junto al acantilado que había a la izquierda del jardín había un jacuzzi colocado estratégicamente entre unas piedras enormes para poder disfrutar de las vistas de primera mano.

Sobrecogida por todo ello me recosté sobre la tumbona, me quité el vestido cerciorándome antes de que no había nadie a mi alrededor y me recosté con la intención de ponerme morena y de conseguirlo en menos de una semana. Tenía que aprovechar las pocas semanas de vacaciones que me quedaban ya que dentro de tres empezaría las clases en mi nuevo y extremadamente caro instituto de niños pijos. No quise amargarme el día pensando en ello y en vez de eso cogí mi recientemente adquirido iphone blanco de mi bolsillo del vestido.

Aún recordaba como William me lo había regalado la primera vez que se había quedado a cenar en mi casa. Había sido uno de los primeros regalos que me había ido dando a medida que la fehad de tener que mudarme se iba a cercando. Alguna parte de su cerebro debió de decirle que cuantas más cosas me comprara más contenta estaría de ir allí; que equivocado estaba.

A lo mejor con su hijo aquello le funcionaba pero a mí estaba muy pero que muy lejos de comprarme con dinero.

Pero el iphone me lo quedé, claro.

Miré si tenía alguna llamada perdida de mis amigas o más importante, de mi novio Dan. Ninguna.

Sentí un pinchacito en el pecho pero no me di oportunidad de agobiarme.

Ya me llamaría, estaba segura... Cuando le había contado que debía marcharme se había puesto como una moto; Llevábamos saliendo nueve meses, y había sido mi primer novio oficial. Le quería, sabía que le quería porque nunca me había juzgado, porque siempre había estado a mi lado cuando le necesitaba... y además estaba para comérselo, cuando habíamos empezado a salir no había dado en sí de gozo, era la adolescente más feliz del planeta...y ahora había tenido que marcharme a otro país.

Abrí el chat y le dejé un mensaje: *Ya estoy aquí y te echo de menos, ojala estuviera contigo, llámame cuando lo leas.*

Miré el mensaje y me fijé en que no se conectaba al chat hacía media hora. Con un suspiro dejé mi teléfono sobre la silla y me acerqué hacia la piscina.

El agua estaba a una temperatura perfecta por lo que me estiré, levanté las manos y salté de cabeza. Fue liberador, refrescante y divertido, todo al mismo tiempo. Comencé a nadar disfrutando de poder liberar todas mis tensiones con el ejercicio.

Unos quince minutos después salí del agua y me recosté sobre la silla, esperando a que el sol hiciera su efecto. Cogí el teléfono para ver si me había contestado y al fijarme vi que Dan estaba conectado pero que aún no me había escrito.

Fruncí el ceño al mismo tiempo que mi amiga Beth me mandaba un mensaje.

Hola guapa, ¿qué haces? ¿El viaje bien?-me preguntó.

Sonreí y le contesté con un poco de nostalgia. Echaría de menos a mi mejor amiga.

Largo y aburrido; mi hermanastro es peor de lo que imaginaba pero intento hacerme a la idea de que ahora tendré que convivir con él. No sabes lo que desearía estar ahora con vosotros, ¡os echo de menos!- Le escribí sintiendo un nudo en el estómago. Beth y yo estábamos en el mismo equipo de vóley; yo había sido la capitana los últimos dos años y ahora que me había ido el puesto se lo había quedado ella. Me alegré al ver lo contenta que se ponía, por lo menos se podía sacar algo bueno de mi marcha, aunque nunca pensé que se pondría tan contenta... Nunca me había mencionado que ansiara ser capitana del equipo.

¡Seguro que exageras! Disfruta de tu nueva vida de millonaria; como te he dicho siempre: ¡Tú madre sí que sabe dar un braguetaso! Jajaajaj Odiaba ese comentario. Ya me lo había dicho más de una vez y no soportaba que la gente pensara que mi madre se había casado por dinero. Ella no era así, todo lo contrario le gustaban las cosas sencillas como a mí, y si se había casado con Will era porque de verdad estaba enamorada de él.

Decidí no decirle nada al respecto, más que nada porque no quería discutir y menos a tantos kilómetros de distancia.

Entonces me mandó una foto.

Eran ella y Dan con los brazos entre cruzados y las caras sonrojadas. Mi novio era rubio y de ojos marrones. Un espectáculo para la vista, y me dolió verle tan contento. Hacía menos de 48 horas que me había marchado... podría haber estado un poco más triste ¿no?

¿Estás con él ahora?- le pregunté.

La respuesta tardó más de la cuenta en llegarme y aquel pinchazo de alarma volvió a sonar en mi cabeza.

-Sí, estamos en casa de Rose-me contestó- Ahora le digo que te hable.

¿Desde cuándo Beth le decía a mi novio que me contestara el teléfono?

Al minuto me llegó un mensaje de Dan
Hey, guapa, ¿ya me echas de menos? -me dijo poniéndome una carita de esas sonrientes.

¡Pues claro! Me hubiese gustado gritarle, pero me contuve.

¿Acaso tú no?- le contesté sintiendo como mi humor decaía por momentos.

Tardó unos segundos en contestarme. Odiaba que me dejara la última para contestar.

¡Claro que sí! Esto no es lo mismo sin ti, nena, pero ahora mismo tengo que irme, te llamo luego ¿vale? Y recuerda, eres mía y yo soy tuyo. Te quiero.

Miles de mariposas revolotearon en mi estómago cuando me dijo aquello. Me encantaba que me dijera esa frase. Me lo había dicho la primera vez que nos habíamos dicho te quiero y desde entonces siempre me la decía. Me despedí de él y dejé mi teléfono a un lado.

No veía la hora de poder hablar con él, de escuchar su voz... Madre mía, no tenía ni la menor idea de cómo iba a hacer para no echarle de menos cada minuto del día.

Entonces escuché voces que se aproximaban hacía el jardín. Me giré deprisa, cogí mi vestido y me lo pasé por la cabeza.

Entonces apareció Nick con otros tres chicos.

Mierda.

Eran los mismos que había visto ayer en la fiesta. Uno era tan alto como él, moreno por el sol, con el pelo rubio como el oro y los ojos azules, el otro era más bajo aunque solo en comparación con Nick y sus otros dos amigos, y no me sorprendió ver que tenía un ojo morado; con haber visto a Nick ayer no me sorprendería que sus amiguitos fueran igual de violentos y de gilipollas; el último fue el que captó mi atención, más que nada porque fue el primero en venir directo hacía a mí. Tenía el pelo marrón oscuro y unos ojos

tan negros como la noche. Intimidaba y mucho; sobre todo por todos los tatuajes que tenía en los brazos.

-Hey guapa... ¿eres tú la nueva fantasía erótica que todos tenemos en nuestras cabezas?-me preguntó echándose en la hamaca que había a mi lado.

Nicholas se recostó en la otra con una sonrisa en los labios.

-¿Perdona?-le pregunté incorporándome y mirándole fijamente.

Él soltó una carcajada y luego miró a Nick.

-Teníais razón, tíos... tiene los cojones bien puestos-dijo observándome con lascivia.

-Los que a ti te faltan-le dije colocándome las gafas de sol sobre los ojos. Lo último que me apetecía en aquel instante era tener que aguantar a los amigos macarras de mi hermanastro.

-Cuidado hermanita; Hugo no es como yo, él no solo te dejaría tirada en la carretera sino que te abriría de piernas antes.-me dijo Nick recostándose en la tumbona.

Lo miré con asco, al mismo tiempo que sus otros dos amigos se tiraban a la piscina empapándonos en el proceso.

El agua me alcanzó de lleno y el vestido se me pegó al cuerpo.

-¡Tener cuidado cabrones!-les gritó Nicholas quitándome la toalla que yo tenía a mi lado y usándola para secarse.

A mi otro lado el macarra número tres soltó una carcajada.

-A mi no me molesta-dijo con voz extraña y me giré para observarle-Estas muy buena para solo tener quince años-me dijo mirándome fijamente las tetas, que se marcaban ahora que el vestido se me había pegado al cuerpo.

-Tengo diecisiete, y como me sigas mirando así te van a doler unas partes muy valiosas de tu anatomía-le dije levantando el vestido para que no se me pegara.

A mi lado Nicholas me tiró la toalla que me había robado y rápidamente me cubrí con ella.

-Déjala, tío-le dijo este en tono serio-O si no voy a tener que tirarla al agua para callarla, y aquí estoy muy a gusto.

Solté una risa irónica.

-¿Qué tú qué, perdona?-le pregunté girándome hacia él. Estaba en bañador y tuve otra vez una vista en primer plano de su pecho desnudo y de su tatuaje.

Se quitó sus gafas Ray Ban y sus ojos azules me observaron con detenimiento. Se veían de un impresionante azul cielo bajo la luz del sol y me distraje uno segundos.

-No creerás que me he olvidado del puñetazo que me diste anoche ¿verdad?-

me dijo inclinándose hacia a mí. Mis ojos se desviaron hacia mis nudillos, que aún estaban lastimados por el golpe que le había dado ayer.

En cambio su mandíbula no estaba ni siquiera un poco roja.

-¿Me estás amenazando?-le pregunté desafiándolo con la mirada. Aquel tío iba a poder conmigo.

A mi otro lado escuché otra carcajada.

-Me encanta esta chica, Nick, tiene que salir con nosotros más veces-dijo el tatuado al mismo tiempo que se levantaba y se tiraba de cabeza al agua.

-Mira, pecas, no puedes hablarme como a ti te dé la gana-me dijo sentándose e inclinándose hacia a mí-¿Ves a esos chicos de allí?-me preguntó señalando hacia la piscina sin esperar a que le contestara-Me respetan y ¿sabes por qué? Porque saben que les podría partir las piernas en menos de lo que se cuenta hasta tres; así que ten cuidado con cómo te diriges a mí, mantente apartada de mi mundo y todo saldrá bien.

Le escuché en silencio al mismo tiempo que planeaba la forma de plantarle cara.

Me puse de pié y él me recorrió el cuerpo con la mirada. Entonces me giré hacia los que estaban en la piscina.

-¡Eh tú!-le grité al macarra.

Este se acercó nadando hasta el bordillo.

-Me llamo Hugo guapa-me recordó con una sonrisa malvada.

-¿Vienes conmigo a la fiesta de inauguración que va a haber esta noche?-

le pregunté disfrutando de cómo detrás de mí Nicholas soltaba una maldición. Sonreí satisfecha.

Hugo no lo dudo ni un instante.

-Claro, nena-me dijo sonriente-Voy a enseñarte lo que son emociones fuertes.

Sonreí de forma falsa y me giré para coger mi móvil. Nick me fulminaba con sus ojos azules.

Se puso de pié y se acercó hasta quedar a medio metro de distancia.

-Me estas tocando los cojones-me dijo entre dientes.

-Ya te gustaría-le contesté al mismo tiempo que me giraba y me marchaba hacia el interior de la casa.

Noah, uno; Nick cero.

Sonreí con satisfacción.

Ya por la tarde, aproveché para pasar un tiempo con mi madre. Con la inauguración de la nueva empresa de los Leister, William estaba ocupado en su despacho y mi madre pudo dedicarme todo su tiempo. Me encontraba sentada en un sofá que había dentro de su propio vestidor. La habitación nueva de mi madre era aún más impresionante que la mía. Decorada en tonos crema y con una cama matrimonial inmensa era tan imponente como una suite de hotel de lujo y tenía dos vestidores en vez de uno. Nunca había llegado a creer que un hombre pudiese necesitar un vestuario para él solo, pero al ver las miles de camisas y

trajes y corbatas que había en el vestidor de William, me di por enterada.

Aquella noche sería muy importante para mi madre, ya que iba a ser la primera vez que asistía a un acontecimiento tan importante como mujer de William Leister. Obviamente todos los amigos cercanos y los importantes magnates de la industria y del mundo de las leyes ya estaban al corriente, pero no todos habían tenido el honor de conocer a mi madre de primera mano.

Estaba tan nerviosa que era gracioso verla.

-Mamá, vas a estar espectacular, te pongas lo que te pongas, ¿Por qué no dejas de agobiarte por nada?

Ella se giró y me miró con una sonrisa radiante. Me quedé sin respiración al verla tan feliz.

-Gracias Noah-dijo levantando un vestido blanco y verde para que lo pudiera ver-¿Entonces este?-me preguntó por octava vez.

Asentí al mismo tiempo que volvía a pensar en aquella noche. Después de que se me pasara el subidón por haberle plantado cara Nicholas, me había dado cuenta de lo que había hecho en realidad. Iba a tener que soportar la compañía de aquel imbécil y su amigo durante toda la noche y no sabía que me fastidiaría más si tener que estar sentada junto a Nicholas o tener que darle conversación al tarado de Hugo.

-Tú vestido también es una maravilla-me dijo mi madre y volví a ver aquella prenda en mi cabeza.-Siempre decías que ojalá tuvieras la ocasión de poder vestirme como una estrella de cine, y ahora que la tienes me pones esa cara-agregó al ver que yo apenas sonreía.

-Lo siento-dije con voz seria; últimamente mi humor era como una autentica montaña rusa-Cuando te lo dije me veía a mi vestida de forma espectacular pero rodeada de mis

amigas y llevando a mi novio de acompañante no a un macarra de la clase alta.

Mi madre me observó y volvió a presentar su preocupación.

-Aún no puedo entender cómo has invitado a aquel amigo de Nick-me dijo mientras colgaba el vestido en su armario-Es un autentico gamberro y un maleducado-me dijo como si le conociera de toda la vida. Pero yo conocía a mi madre, odiaba lo tatuajes y era por ese motivo que ya había catalogado a Hugo como a un total impresentable.

Aunque en aquella ocasión sí que llevaba la razón.

-No importa, simplemente me acompañará a la mesa, no te preocupes-le dije para tranquilizarla.-Además si Dan se entera...-Agregue pensando en lo celoso que era mi novio.

Mi madre se giró y supe lo que iba a decirme antes de que abriera la boca.

-Ya te he dicho que lo tuyo y Dan no va a funcionar, Noah-me dijo y me incorporé en el asiento-Las relaciones a distancia ya son malas pero si encima la relación la llevan unos adolescentes...

-Le quiero, mamá-la corte sintiendo un pinchazo en el corazón-y él a mí, así que no te metas.-le dije cortante al mismo tiempo que me incorporaba y me proponía salir de su habitación.

-Lo siento Noah... solo intento protegerte-me dijo con voz apenada y de arrepentimiento.

-No lo hagas, se cuidarme solita-le dije y ella captó el doble sentido de mis palabras y se llevó una mano al corazón.

-Noah...-me dijo con voz temblorosa. Sabía que me había pasado, pero era la verdad. Mi madre era buena madre pero no había estado allí cuando de verdad la había necesitado.

-Da igual mamá-le dije poniéndome de pié-avísame cuando llegue la peluquera; estaré en mi habitación-le dije

mientras salía y la dejaba allí plantada. Me sentí mal pero en aquel momento necesitaba estar sola y prepararme mentalmente para aquella noche. Además estaba preocupada porque Dan aún no me había llamado y había dicho que lo haría...

Con un suspiro lastimero me alejé por el pasillo y entré en mi habitación.

NICK

En serio, estaba perdiendo los nervios. No tenía ni idea de cómo controlar a aquella tía que había entrado en mi casa, y ahora encima iba a tener que estar vigilando a Hugo para que no la liara en la fiesta de inauguración de mi padre. Noah se estaba pasando de la ralla con sus desplantes e iba a enterarse de lo que era enfrentarse a mí de una vez por todas. Hoy iba a dejarle del todo claro con quien se estaba metiendo.

Como siempre en estas fechas se hacían las carreras ilegales en el desierto y hoy después de la fiesta debía estar ahí. Era una locura, música rock, drogas, coches caros, y carreras hasta que salía el sol o venía la policía; aunque casi nunca se entrometían, ya que las hacíamos en lugar de nadie. Las chicas se volvían locas, la bebida estaba en manos de todos y la adrenalina era el ingrediente perfecto para vivir la mejor noche de toda tú vida...Siempre que no fueras de la competencia, claro.

La banda de Ronnie siempre competía contra nosotros; el que ganaba tenía el derecho de elegir coche además de codearse durante todo el año por nuestras fiestas y nuestras reuniones. Eran peligrosos, yo lo sabía de primera mano y por ese mismo motivo todos confiaban en mí cuando se encontraba cerca. Ronnie y yo teníamos un trato amistoso que podía romperse tan fácil como quien rompe un papel y aquella noche tenía que estar tan alerta como me fuera posible, además de ganar las carreras como fuera.

Y ahí entraba Noah. La llevaría conmigo, dejaría que viera con quien estaba viviendo, que apreciara de primera mano lo peligroso que podía ser meterse en mi mundo si no

te andabas con ojo, y aquella lengua que no se callaba ni debajo del agua iba tener que aprender a hacerlo si no quería acabar muy mal a manos de mis enemigos.

Por ese motivo me paré en su puerta antes de que fuera la hora de salir hacia el hotel en donde se celebraría la fiesta.

Después de llamar tres veces y de esperar casi un minuto apareció ante mí. Sus ojos me observaron con calma antes de fijarse en que era yo quien estaba ante su puerta; entonces se tiñeron de negro y me fulminaron de aquella forma tan intrigante y al mismo tiempo tan molesta.

—¿Qué quieres?—me preguntó de malas formas.

La rodeé y entré en su habitación. Antes de que mi padre se casara con su madre aquella habitación me había pertenecido.

—Esto era mi gimnasio, ¿sabías?—le dije dándole la espalda y acercándome hacia su cama. Madre mía, con qué facilidad un sitio de hombres podía convertirse en algo tan cursi como lo era aquella habitación ahora.

—Que pena... el niño rico se queda sin sus máquinas—dijo burlándose y entonces me giré para encararla.

La observé detenidamente, en un principio para fastidiarla a medida que recorría sus curvas con mis ojos pero después, no pude más que admirar su cuerpo. Mis amigos tenían razón, estaba buena, y no sabía si eso era bueno o malo, teniendo en cuenta mi situación.

Le habían hecho un peinado de lo más elaborado. Llevaba un moño recogido en lo alto de la cabeza con rizos que la enmarcaban el rostro de forma elegante y desenfadada, aunque lo que más me sorprendió además del vestido azul claro que le llegaba hasta los pies y no dejaba mucho a la imaginación, teniendo en cuenta que el escote era en pico, por delante y por detrás, fue lo maquillada que estaba. Alguien profesional lo había hecho, ya que su piel

parecía de alabastro y sus ojos dos posos sin fondo. Sus pestañas eran tan largas que me dieron ganas de acariciarlas con uno de mis dedos, y su boca... Ese color rojo carmín era la perdida de cualquier hombre cuerdo como yo.

Intenté controlar aquel deseo inesperado que me recorrió entero y le solté el primer comentario hiriente que fui capaz de crear.

—Estas pintada como una puerta—le dije y supe que le había molestado. Sus ojos echaron chispas y se sonrojó.

—Bueno pues así vas a tener un motivo más para no tener que dirigirte a mí—me dijo dándome la espalda y cogiendo un collar de su mesita de noche. Pude ver su espalda desnuda y la seda del vestido caer como si de agua se tratase.

Me acerqué hacia ella sin siquiera saberlo. Mis dedos ansiaban comprobar si su piel era tan suave como parecía...

—¿Qué estás haciendo?—me preguntó al notarme tras su espalda, y girándose al mismo tiempo.

Ahora que la veía más de cerca pude ver que no había ni una sola peca a la vista.

Le quité el collar de las manos y lo levanté para que creyera que mi intención solo había sido ayudarla a colocárselo.

Me miró con desconfianza.

—Vamos, hermanita, ¿tan malo crees que soy?—le dije al mismo tiempo que me preguntaba qué demonios estaba haciendo.

—Eres peor—me contesto arrebatándome el collar de mi mano. Sus dedos rozaron mi piel y sentí como se me ponía la piel de gallina.

Joder.

Me aparté, frustrado por lo que me estaba causando tenerla tan cerca... El deseo me embargaba y era de lo más incómodo sabiendo que ni siquiera podía tocarla, ni mirarla

sin saber que ella era la hija de la mujer que yo despreciaba más que a nadie.

—He venido para invitarte oficialmente al acontecimiento de esta noche—le dije observando cómo se colocaba el collar ella sola y admirando su destreza. A mí ya me habría costado colocárselo aún estando mirando.

Ella se rió.

—Gracias por tu consideración pero no me hace falta tener tu invitación teniendo en cuenta que soy la hija de la mujer de tu padre—me dijo rodeándome y alejándose de mí. Agradecí el espacio que se creó entre los dos.

—No me refiero a la fiesta de esta noche, si no a lo que va a tener lugar después—dije disfrutando de cómo fruncía el ceño al mirarme— Teniendo en cuenta que has decidido meterte de lleno en mi vida, salir con mis amigos y asistir a mis fiestas...¿Qué menos, no crees?

Ella se quedó observándome con detenimiento.

—¿Qué te hace pensar que me interesa ir algún sitio contigo?—me preguntó con descaro.

Me era tan extraño que una chica me hablara de aquel modo...

Normalmente no me las podía sacar de encima, simplemente les dirigía una mirada y ya las tenía pegadas a mi cuerpo deseosas de complacerme. Me había ganado una reputación a pulso, las mujeres me respetaban y me adoraban al mismo tiempo; yo las complacía y ellas respetaban mi espacio, siempre había sido así, desde que tenía catorce años y descubrí lo que las mujeres son capaces de hacer ante un rostro y un cuerpo atractivo. Y

allí estaba Noah, alguien salido de la nada, que me desafiaba a cada momento y ni se inmutaba ante mi presencia.

—Vendrás—dije demostrando una confianza que no sentía en absoluto— Será la mejor noche de tú vida,

siempre y cuando hagas todo lo que yo te diga—agregué sabiendo que si no lo hacía podía llegar a acabar muy mal.

—¿Eso le dices a las tías para llevártelas a la cama?—me preguntó con altanería—Conmigo no va a funcionar así que ya te puedes ir ahorrando tus esfuerzos—agregó y al comprender a que se estaba refiriendo sentí una presión incómoda en los pantalones.

Por un instante me había imaginado quitándole aquel vestido y haciéndole todas las cosas que sabía volvían locas a las mujeres... Sería divertido enloquecer a Noah hasta que gritara mi nombre sin parar...

Mierda.

Le di la espalda intentando controlar mis pensamientos. ¿Qué coño me estaba pasando?

—Mira, tú decides—le dije entonces deseando salir ya de aquella habitación—Las carreras son después de la fiesta, en el desierto... si cambias de opinión dímelo, porque no te dejarán ni cruzar la primera base si no estás conmigo o con alguien de mis amigos—agregué girándome cuando me hube tranquilizado.

Noah me observó con una nueva emoción en el rostro.

—¿Has dicho carreras?—me preguntó un poco menos borde que antes.

Asentí con la cabeza al mismo tiempo que intentaba comprender su expresión. Un segundo después su rostro cambió y se puso nerviosa, lo noté por como sus dedos comenzaron a apretarse nerviosamente.

—Lo siento...no puedo—me dijo entonces.

Ahí pasaba algo.

—Vamos. Acabo de ver la emoción en tu rostro... ¿Te gustan las carreras de coches?—le pregunté replanteándome la visión que tenía de ella.

—No, las odio— dijo cambiando su expresión a la misma de estirada y cabreada de siempre—Y ahora si no te importa

tengo que terminar de arreglarme, así que lárgate.

Dios mío juro que algún día iba a cerrarle aquella boquita de la forma más desagradable posible.

—Por si cambias de idea, tráete ropa cómoda—le dije antes de salir con paso firme.

Ya fuera me apoye contra la pared. Nunca me había descontrolado de aquella forma, me sentía... expuesto, como un crío de trece años...Mierda, esta tía me estaba volviendo loco en todos los sentidos, o la ahuyentaba de una vez por todas o...

Me quité aquellos pensamientos de mi cabeza y saqué mi móvil.

Anna, me paso por tu casa antes de la fiesta.

Dicho esto caminé por el pasillo hasta las escaleras.

Necesitaba desahogarme antes de enfrentarme a aquella noche y la mejor para eso era Anna.

Veinte minutos más tarde me encontraba ante su puerta. Anna era mi tapadera perfecta cuando se trataba de acontecimientos como los de aquella noche. Era hija de uno de los banqueros más importantes de Los Ángeles y nuestros padres se conocían de la universidad. Anna había crecido torturándome a medida que se iba desarrollando y yo me había dejado a su merced cuando era un crío y no tenía ni idea de cómo tratar a una mujer.

Habíamos aprendido juntos, y ambos sabíamos lo que nos gustaba del otro.

Además nunca me exigía explicaciones ni me desafiaba en ningún momento.

Por ese motivo la arrastré de vuelta a su habitación cuando se acercó a abrirme la puerta.

—¿Qué haces?—me dijo cuando cerré la puerta con pestillo y la cogí entre mis brazos.

—Follar, ¿Qué te crees?—le dije tirándola sobre la cama.

Anna sonrió y comenzó a subirse el vestido de forma provocativa. Al contrario que Noah, ella llevaba el pelo suelto y un vestido tan corto que no me hizo falta moverlo mucho para llegar a donde me interesaba.

—Vamos a llegar tarde—se quejó acercando su rostro al mío y besándome en la boca.

—Sabes que me importa una mierda—le dije al mismo tiempo que la llevaba hasta el éxtasis y yo alcanzaba la calma que tanto había deseado desde que aquella bruja con piernas largas había llegado a mi vida.

Quince minutos después estaba colocándome la corbata al mismo tiempo que me encendía un cigarrillo en el balcón de Anna.

Ella apareció junto a mí, con el vestido otra vez en su sitio, su pelo bien peinado y sus labios hinchados por los besos que nos habíamos dado.

—¿Cómo estoy?—me preguntó pegándose a mí cuerpo provocativamente.

La observé con detenimiento. Era guapa y tenía buen cuerpo. Su pelo era marrón oscuro al igual que sus ojos... siempre me había intrigado como era que Anna no tenía un novio formal, era lo suficientemente guapa para tener a quien quisiera y en cambio... allí estaba, perdiendo el tiempo con alguien como yo.

—Muy buena—le dije dando un paso hacia atrás. Necesitaba tranquilidad unos instantes, acabarme el cigarrillo y mentalizarme para lo de aquella noche.

—¿Estas nervioso por lo de Ronnie?—me preguntó al mismo tiempo que se apoyaba contra la barandilla y me observaba en la distancia. Ella entendía cuando necesitaba mi espacio, cuando quería que se mantuvieran apartado, cuando quería estar solo. Por esos motivos era a ella a la que volvía una y otra vez, aunque ella estaba

completamente al corriente de las demás mujeres de mi vida.

Le di una calada al cigarro y expulsé el humo con tranquilidad.

—No estoy nervioso—le contesté—Irritado, sería la palabra.

Ella me observó con curiosidad.

—¿Tú madrastra? preguntó. Ella estaba al corriente del nuevo matrimonio de mi padre y al tanto de lo poco que la toleraba, aunque intentaba ocultarlo lo mejor que podía.

—Su hija—le dije apagando el cigarrillo con la planta de mi zapato...

Ella elevó las cejas al aire y me observó con interés.

—No sabe quién soy ni lo que puedo hacer—le expliqué.

—¿Quieres que se lo deje claro?—me propuso y solo imaginar a Noah y a Anna enfrentándose la una a la otra me causó gracia a la vez que irritación.

—No, la voy a llevar a las carreras de hoy—le dije girándome hacia ella.

Ella asintió y sonrió.

—¿Quieres llevarla por el mal camino?—me preguntó y por un instante me vi tentado de hacerlo.

—No, más bien pretendo *alejara* de él—especifiqué.

El viento sacudió los pelos de Anna y pude observar su cuello. Me acerque hacia ella y le moví los pelos con suavidad.

Entonces mi cerebro buscó algo que allí no había. El tatuaje, el tatuaje del nudo no estaba allí, y en ese momento deseaba besar aquel tatuaje...

Me aparté de ella, dejándola con ganas de más.

—Vámonos—le dije encaminándome a la puerta—Llegamos tarde.

—Creía que te importaba una mierda.—me dijo Anna un poco molesta.

—Y así es—contesté, aunque por un instante no supe a que me estaba refiriendo.

NOAH

En cuanto Nick se fue me senté en mi cama para recuperar el aliento.

Carreras... Dios mío, hacía por lo menos cinco años que no asistía a ninguna y era algo que me apasionaba. Había sido una de las pocas cosas que había heredado de mi padre y los pocos momentos que había disfrutado de su compañía. Recuerdo haber estado sentada en el suelo junto a sus pies mientras pasaban las carreras Nascar por la televisión... Mi padre había sido uno de los mejores pilotos de su época, hasta que todo se estropeó...

Podía ver la cara de mi madre cuando me prohibió terminantemente volver a tener algo que ver con los coches, las carreras y ese mundo.

Había sido la única vez que me había mirado con tal determinación y seriedad que tuve que prometérselo... Y aún así... ansiaba volver a aquello, me traía buenos recuerdos de cuando mi primo Jeff y yo nos juntábamos para ver las carreras que tenían lugar en unas pistas que había a varios kilómetros de la ciudad... era genial, y en más de una ocasión había sido yo la que había corrido. Con solo doce años ya sabía conducir a la perfección y fue justo ese año, el año en el que me desarrollé y cuando me crecieron las piernas lo suficiente para llegar a los pedales, cuando mi primo me dejó correr con él. Fue una de las experiencias más alucinantes de mi vida, aún puedo recordar la euforia de la velocidad, la arena pegándose a los cristales y entrando en el coche, el chirrido de las ruedas... Pero sobre todo la tranquilidad mental que me profesaba. Cuando corría era una de las pocas veces en la que todo lo

demás no importaba; solo estábamos el coche y yo: nadie más.

Pero había hecho una promesa...

Con un suspiro me incorporé y cogí mi teléfono. Mis amigos no parecían echarme de menos en absoluto. Aquella noche iban a otra fiesta en casa del primo de mi novio y ni siquiera se habían dado cuenta que yo seguía en el grupo de chat de donde podía leer todos los detalles sobre la bebida, la gente y el desfase que se iban a meter todos aquella noche.

Sentí un pinchazo de dolor y de irritación también. Dan aún no me había llamado; yo ansiaba escuchar su voz, hablar como hacíamos antes de que me marchara, horas y horas... ¿Por qué no me llamaba? ¿Se había olvidado de mí? ¿Se había olvidado de su *novia*?

Con esos pensamientos salí de mi habitación para encontrarme con mi madre y Will en el recibidor de la entrada. Él estaba de esmoquin y parecía un actor de Hollywood con su elegancia y aquel porte que para mi desgracia había heredado también su hijo. He de admitir que cuando había visto a Nick con aquel traje negro y su camisa blanca había tenido que contener las ganas de abrir los ojos de forma desmesurada y sacarle una foto. El tío estaba más que bueno, eso tenía que reconocerlo pero ahí se acababa cualquier cosa positiva respecto a él; aunque me había sorprendido que estuviera metido en carreras de coches... Al fin y al cabo compartíamos algo más que nuestro tatuaje.

Mi madre estaba espectacular. Aquella noche acapararía todas las miradas y con razón. El pelo, rubio platino a diferencia del mío que era indescriptible por todas sus tonalidades, le caía en cascada sobre su hombro derecho en unos perfectos tirabuzones. Su otro hombro estaba desnudo y su piel brillaba con aquel producto que se había comprado

y con el cual había insistido en rociarme a mí. Me había echado por el pelo y por las partes de mi cuerpo que quedaban desnudas que para mi disgusto eran bastantes. No sabía de dónde había sacado aquel vestido pero mostraba más de lo que me habría gustado a mí, eso estaba claro. Hasta Nicholas se había quedado mirándome las tetas y no quería ni pensar en lo que sus amiguitos idiotas incluido mi pareja, Hugo, me dirían aquella noche.

—Noah estas preciosa—me dijo mi madre con la cara resplandeciente, claro que ella era mi madre, siempre iba a estar preciosa a sus ojos.

Will me observó detenidamente y frunció el ceño. Me sentí incómoda al instante.

—¿Pasa algo?—pregunté sorprendida y molesta al mismo tiempo. ¿No se iba a poner a decirme que me tapara no? Que lo pensara yo, vaya y pase pero que me lo dijera él... No sé que sería capaz de contestarle.

El relajó el rostro.

—Que va, estas guapísima...—dijo y volvió a fruncir el ceño—¿Te ha visto ya Nick y sus amigos?

Vaya, no sé qué me espantó más, si el echo de que William Leister y yo pensáramos igual o que en efecto ambos tuviésemos razón y aquel vestido fuera de lo más inapropiado.

Mi madre me ahorro el detalle de contestar.

—Esta genial, Will—le dijo entrelazando su brazo con él—Además Nick y ella son hermanos, él nunca la vería de aquella forma.

Mi madre estaba mal de la cabeza, y con eso lo acababa de confirmar.

¿Qué Nick y yo éramos hermanos? Por el amor de Dios, hasta yo le había mirado de manera inapropiada si teníamos en cuenta el punto de vista de mi madre y eso que le odiaba sobre todas las cosas.

Me ahorré la molestia de contestar. No quería empezar a discutir aún sin haber salido de casa.

Will y mi madre salieron hacia el porche de entrada donde nos esperaba una flamante limusina negra, con chofer incluido.

Mis ojos se abrieron como platos y sentí un repentino mareo. *¿Una limusina? ¿En serio?* Si ya me sentía fuera de lugar, con aquello ya ni os cuento.

Mi madre se giró hacia a mí con los ojos brillándole de emoción.

—¡Una limusina, Noah!—dijo chillando como si tuviera trece años.

Will a su lado sonrió mientras la contemplaba—¡Siempre habías querido ir en una!—grito con entusiasmo.

No, mama eres tú a la que le gustan las limusinas y todas estas pijadas de ricos, no a mí

Igual que antes me ahorré de decir lo que verdaderamente pensaba.

—Genial, mamá—dije en cambio.

Ya dentro me acomodé lejos de los dos tortolitos. Ellos se sirvieron copas de champán mientras el chófer salía de la casa en dirección al hotel en donde se celebraría la fiesta. Para sorpresa y alegría mía, me ofrecieron una copa, la que vacié y rellené casi al instante sin que ellos se dieran cuenta. Si quería superar aquella noche iba a tener que tomarme varias copas como esas.

Nicholas se había ido por su cuenta y envidié la libertad que tenía de ir y hacer lo que le diera la gana. Mi madre me había contado que Nick y William no eran lo que se dice súper amigos ni tampoco habían llevado una relación cordial durante su crecimiento. A tenor de las mentiras que le había contado para poder montar su gran fiesta la noche pasada, sí que le controlaba de cierto modo, pero también es verdad que su relación era más bien fría si se tenía en cuenta que

eran padre e hijo. Los padres de Nick se habían divorciado cuando él tenía ocho años, si no recordaba mal y eso era todo cuanto sabía. Mi madre no hablaba de la ex mujer de Will y podía comprenderlo, yo era muy celosa y eso lo había heredado de ella.

Por ese motivo estaba tan molesta aquella noche. Necesitaba hablar con mi novio, necesitaba escuchar de sus labios que me quería y que me echaba de menos.

Saqué el iphone de mi pequeño bolso y observé que no tenía ninguna llamada perdida ni tampoco mensajes en el chat.

Respiré hondo varias veces y me dije a mí misma que ya llamaría, diciéndome que le había ocurrido algo con su teléfono o Dios sabe qué y que por eso no había podido marcar los dichosos números y hablar conmigo.

De ese humor tan genial estaba cuando llegamos a la entrada del hotel. Para mi sorpresa muchos fotógrafos estaban apoltronados allí esperando para inmortalizar el momento en el que William Leister expandía su gran empresa y con ello su gran fortuna. Me sentía tan fuera de lugar que habría salido corriendo si aún no llevara puestos aquellos tacones de medio metro de largo.

—Mi hijo tendría que estar ya aquí—dijo William en tono serio—La prensa espera una foto familiar y sabe que sería al inicio de la fiesta—agregó y por primera vez desde que le conocí le vi enfadado de verdad.

Nos quedamos esperando por lo menos diez minutos dentro de la limusina, mientras la gente gritaba que saliéramos para poder hacernos fotos. Era ridículo que estuviéramos allí metidos, aunque supuse que a la gente millonaria le importaba una mierda hacer esperar a cientos de fotógrafos e invitados para poder hacer una maldita foto.

Entonces se escucho un autentico alboroto. Los fotógrafos movieron sus cámaras y comenzaron a gritar el

nombre de mi hermanastro.

—Ya está aquí—dijo William entre aliviado e irritado— vamos, cariño—le dijo a mi madre al mismo tiempo que nos abrían la puerta.

En cuanto bajé del coche pude ver como todas las cámaras cegaban prácticamente a Nick y a su acompañante. Era como si fueran famosos de la tele y lo parecían la verdad.

En cuanto se reunió con nosotros nuestros ojos se encontraron. Yo le observé con indiferencia, aunque volví a maravillarme ante su aspecto, en cambio él me fulminó con sus ojos claros y se giró hacia su novia, amiga, amante, puta, o lo que fuera. Le dio un beso en los labios, y las cámaras se volvieron locas. ¿Qué hacía besando a esa chica delante de nuestros padres y encima de aquella forma?

En cuanto se separaron las cámaras comenzaron a gritar y a pedir más fotos.

—Anna, ¿cómo estás?—le preguntó Will a la amiga de Nicholas al mismo tiempo que le fulminaba con sus ojos oscuros. Anna le sonrió, al parecer los labios de Nick eran mágicos por que parecía que la hubiesen idiotizado.—Si no te importa tenemos que hacernos unas fotos familiares, pero estaremos contigo dentro de unos minutos—la echó muy educadamente Will.

Anna me observó detenidamente unos instantes; estaba claro que aquella chica me detestaba y seguramente era por las cosas horribles que le habría contado Nicholas sobre mí.

Ignorándola, me acerqué a mi madre para que nos hicieran la maldita foto de una vez. Nos colocaron detrás de un photocall, con anuncios de Dios sabe qué y los flashes me segaron momentáneamente.

Cuando mi madre se casó con uno de los mejores y más importantes empresarios y abogados de Estados Unidos no

me sorprendió que me contara que de vez en cuando salía en los periódicos o en las revistas pero aquello era una completa locura. Sonreí de la manera más falsa que pude llegar a construir y después de cinco minutos esperando a que le hicieran preguntas a William nos metimos en el hotel. Había muchísima gente elegante esperando en la recepción. Leister Enterprises se leía por todas partes e incluso llegué a ver a más de una persona famosa de verdad.

Estaba alucinando del todo hasta que creí ver a Johana Mavis en una esquina, ataviada con un vestido chulísimo.

—Dime que la que está ahí no es mi escritora preferida— dije cogiendo a quién estaba junto a mí.

—Sí, hermanita, es ella—me contestó Nicholas haciéndome desviar la mirada hacia él. Le solté el brazo de inmediato al mismo tiempo que abría los ojos con incredulidad.

—¿La conoces?—le pregunté sin podérmelo creer. Seguí mirando a mí alrededor y juro que me sonaban muchísimas personas que había visto en revistas del corazón y en la televisión.

—Sí—me dijo como si nada—Los bufetes de mi padre llevan muchos casos de los famosos de Hollywood; desde que era un crío he conocido a más estrellas que cualquier persona que viva en Los Ángeles. Los famosos les toman cariño a los abogados que los salvan de la cárcel en contadas ocasiones.

Aquello era alucinante y no pude evitar pensar en mi amiga Rose. Ella era una friqui total de los famosos, no se perdía ni un programa de cotilleo y se sabía absolutamente todos los líos y movidas de cada uno de ellos.

Completamente flipada cogí una copa de una de las bandejas que llevaban los camareros y me la bebí poco a poco. No podría quitar los ojos de Johanna Mavis ni aunque quisiera.

—¿Quieres que te la presente?—me dijo Nicholas a mi lado, sorprendiéndome ya que pensaba que se había marchado hacía rato. Nuestros padres estaban por ahí hablando con los invitados y metiéndose entre la gente. Yo me había quedado junto a una de las paredes, sin saber muy bien dónde meterme o donde esconderme. Al parecer no lo estaba haciendo bien ya que mi hermanastro aún seguía detrás de mí.

Me giré hacia él con el ceño fruncido.

—¿Cuál es el truco?—le pregunté sin fiarme ni un pelo— ¿Y por cierto y tu novia? ¿No la habrás dejado sola después de aquella demostración de amor en público, verdad?

Él frunció el ceño al escucharme decir aquello último y sus ojos brillaron enfadados. Me cogió del brazo y me giró para dejarme otra vez frente a la gente que había por allí.

—¿Quieres que te la presente o no?—me preguntó cabreado y con dureza al mismo.

—No hace falta ni que preguntes, claro que quiero, soy fan de Johanna desde que tengo uso de razón, ha escrito los mejores libros de la historia—le dije notando el cosquilleo de nervios en mi cuerpo al pensar que iba a poder hablar con ella.

—Ven y no te pongas a chillar como una posesa, por favor.

Le fulminé con la mirada mientras nos acercábamos hacia ella. Ay Dios mío... La cara de Johana se transformó con una gran sonrisa cuando Nick se le acercó para saludarla.

—¡Nick, estás genial!—le dijo dándole un abrazo. Si ya estaba flipando ahora estaba que me caía de asombro.

—Gracias, tú estás increíble como siempre, ¿Has visto ya a mi padre?— le preguntó mientras yo analizaba cada uno de sus movimientos y me los grababa en la memoria. Que daría por tener una cámara de fotos en aquel momento.

—Sí, y le he dado la enhorabuena—dijo riendo—Nos hacen falta más abogados como él...

Después de esa breve conversación Nicholas se giró hacia a mí.

—Johana, te presento a tu mayor fan, mi nueva hermanastra, Noah—le dijo y supe que se estaba riendo de mí, pero me dio exactamente igual, la verdad.

Ella me sonrió con ganas y yo solté lo primero que se me vino a la cabeza.

—Eres increíble, amo tus libros—le dije con voz temblorosa.

A mi lado Nicholas intentó no reírse de mí, aunque pude escuchar su risa.

—Gracias—me dijo y entonces me dio un abrazo... un ABRAZO, ¡¡a mí!!

—¿Quieres una foto?—me preguntó cogiéndome para que me pusiera a su lado.

—Ay Dios... pero no tengo cámara—dije mirando a Nicholas con horror.

Él se rió de mí.

—Por Dios Noah, ¿para qué están los móviles?

Sonreí y me di cuenta de lo ida que estaba ya que ni me acordaba de que existían esas cosas llamadas teléfonos con cámaras.

Ella me pasó un brazo por los hombros y yo se lo pasé por su cintura. Nick apuntó con su iphone y el mejor momento de mi vida quedó inmortalizado.

—Muchas gracias—le dije alucinada mientras me giraba para observarla una vez más.

—De nada guapa—me dijo, sonrió y luego se marchó con su acompañante.

—Me debes una muy grande, hermanita—me dijo Nick al mismo tiempo que se guardaba el teléfono en el bolsillo.

Estaba tan contenta que ni me importó aquella mirada oscura que me lanzó. Simplemente no podía dejar de sonreír...

Hasta que mi móvil vibró y todo se vino abajo.

Abrí el mensaje que me acababa de llegar y mi corazón se paralizó...mis manos comenzaron a temblar y sentí un fuerte calor recorrerme la columna.

Aquello no podía ser cierto.

Me habían mandado una foto... una foto de Dan enrollándose con una chica, con una chica que yo conocía más que a mí misma.

—No me lo puedo creer...—dije en un susurro doloroso. Sentía aquel nudo en la garganta aquel que me daba el indicio de que si pudiera ahora mismo estaría derramando todas las lagrimas que llevaba guardando años dentro de mí.

—¿Qué pasa?—me preguntaron entonces. Me di cuenta de que Nick seguía a mi lado y de que seguramente había visto la foto en la pantalla de mi teléfono.

Sentí como se me aceleraba la respiración, la traición, el dolor, el engaño... Necesitaba salir de allí.

Le estampé el teléfono contra su pecho y salí por la puerta que había en una esquina del salón... Necesitaba aire fresco, necesitaba estar sola...

¿Cómo podía hacerme esto? ¿Cómo podía ella? Me sentía como la persona más estúpida y humillada del planeta... Era mi mejor amiga. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué se le pasaba por la cabeza?

Entré en los lavabos del hotel y me acerque hasta el espejo. Me apoyé en la encimera y bajé la cabeza, mirándome los pies.

Tranquila... tranquila... no te derrumbes, no ahora, no llores, no se lo merece...

Levanté la cabeza y mire mi reflejo.

¿Qué me dolía más? ¿Qué el primer chico al que quería me hubiese engañado o que la chica con la que lo había hecho fuera mi mejor amiga?

Beth... ¡Beth!

Quería gritarle a alguien, quería pegarle a algo, necesitaba descargar toda aquella rabia acumulada, necesitaba hacer algo porque sino estallaría en mil pedazos... No podía agregarle esto a mi vida, no ahora, no justo cuando todo mi mundo se estaba desmoronando poco a poco, no cuando estaba completamente sola en una ciudad nueva, sin amigos, sin nadie que me conociera, sin nadie a quien le importara...

Cabrón hijo de...—respiré hondo varias veces intentado calmarme. Se iba a enterar de lo que era capaz de hacer.

Cuando me hube tranquilizado volví a la sala donde todos estaban comiendo canapés y hablando alegremente y de cosas sin importancia. Todas aquellas personas no se daban cuenta de lo que estaba brotando en mi interior, del dolor que sentía en ese instante, de las ganas terribles que tenía de gritarles a todas aquellas personas superficiales? que no tenían ni idea de lo que era sufrir de verdad.

Ya había pasado más de una hora desde que habíamos entrado allí, y no podía dejar de contar los minutos que quedaban para poder largarme de inmediato.

Ignoré a la gente que me rodeaba y me fui directa hacia la barra. Había unas banquetas y no dude en sentarme, aunque nadie lo estuviera haciendo.

Un chico de aspecto mexicano, encargado de servir cócteles se me acercó, mientras se limpiaba las manos en un trapo húmedo.

—¿Qué le pongo, señora?—me dijo y aquello me hizo poner los ojos en blanco y soltar una carcajada sarcástica.

—Por favor, tengo diecisiete años y tú más de lo mismo, no me hables como si fuera una vieja de ochenta—le

contesté cortante. Para mi sorpresa soltó una carcajada alegre.

—Genial, ya me caes bien—dijo sonriendo con sus dientes completamente blancos que le quedaban de lo más atractivo si lo contrastabas con su bronceada piel.

Ignoré su comentario al mismo tiempo que apoyaba mis codos sobre la barra y me agarraba la cabeza. Quería estar en cualquier sitio menos aquel, quería estar sola, hundirme en mis miserias, maldecir hasta que se me agotaran los insultos, llorar hasta quedarme completamente seca...

— *Pareces...cansada*—dijo aquel chico al mismo tiempo que colocaba una copa de champán frente a mí y titubeaba al decir la última palabra. La mejor palabra hubiera sido destrozada, pero no le culpaba por querer mejorarlo.

Levante los ojos y le observé.

—Estoy *cansada* de esta gente y de las personas que se creen con derecho a hacer lo que les da la gana; de eso estoy cansada—dije fulminándolo con mi mirada. Él no tenía la culpa pero era un hombre y en aquel instante odiaba a los hombres, a todos y cada uno de ellos, es más, los detestaba, no servían para nada, solo para causar daño y destrozarse a las mujeres, oh sí, eso sí que se les daba bien.

El elevó las cejas hacia arriba y sonriendo se apoyó sobre el bar y se acercó hacia a mí.

—Para decir esas palabras pareces muy involucrada en la clase de gente que se cree superior a todo el mundo—dijo mirando hacia los multimillonarios que se divertían tras mis espaldas.

—Por favor, ni siquiera insinúes que me parezco a ellos—le dije cortante—Si estoy aquí, es porque la insensata y loca de mi madre a decidido casarse con William Leister, no porque sea mi lugar preferido en el mundo—agregué al mismo tiempo que me bebía la copa de champán de un solo

trago. Casi me atraganto pero mi acompañante a penas se dio cuenta.

Se había quedado sorprendido por lo que acababa de decirle.

—Espera...—dijo mirando hacia atrás y luego clavando sus ojos en los míos—¿Eres la nueva hermanastra de Nick? —me preguntó alucinando.

Oh por Dios, otro amiguito de ese capullo no, por favor.

—La misma—contesté deseando que me dejara sola para poder sumirme en mi miseria.

—Te compadezco—me dijo entonces, y mi humor pareció variar a mejor.

Cualquiera que odiara a Nick entraba directamente en mi lista de gente preferida en el mundo.

Soltó una carcajada de incredulidad y se incorporó volviendo a mirar hacia atrás.

—¿De qué lo conoces, aparte de su indudable fama de capullo y prepotente?—le pregunté mirándole con curiosidad.

—Puedo decirte muchas cosas de él, pero en este momento solo hay una cosa que estoy seguro puede animarte de este estado catatónico en el que te encuentras —dijo quitándome la copa y rellenándola.

A ese paso iba a ponerme borracha antes de que fuera medianoche.

Siguió hablando sin dejarme intervenir.

—Hoy es una noche importante...—dijo en tono misterioso—No sé si lo sabes, seguramente Nick no te ha dicho nada...—dijo frunciendo el ceño un poco inseguro sobre si seguir hablando o no.

—Si te refieres a las carreras, sí lo sé—le contesté y entonces me di cuenta de las muchísimas ganas que tenía de ir allí. ¿Iba a quedarme sentada aquí rodeada de gente que no conocía pero que odiaba con todas mis fuerzas? ¿Iba

dejar de hacer lo que más me gustaba porque mi madre me lo hubiera pedido? ¿Acaso ella me había preguntado cuando decidió tirar nuestras vidas por la borda? Pero lo peor de todo no era eso, si no...¿Iba a quedarme aquí sentada como una buena chica mientras mi mejor amiga y mi novio se enrollaban delante de todos nuestros amigos, humillándome y haciéndome trizas a mi costa?

—Voy a ir a esas carreras y tú me vas a llevar—le dije y sentí aquel cosquilleo en el cuerpo, aquel que me indicaba que estaba haciendo algo malo, aquel que era liberador y arriesgado, aquel que me decía que no iba a ser la chica buena que todo el mundo esperaba que fuera.

Aquella noche iba a hacer lo que me diera la gana y si de paso me vengaba del cabrón de mi ex novio y la zorra de mi mejor amiga, mejor que mejor.

NICK

Me devolvió la mirada con una sonrisa radiante. Desde que la había conocido solo había recibido miradas sarcásticas, sonrisas arrogantes y ojos enfadados y malhumorados; y ahora me sonreía. Su rostro pareció otro y si ya estaba guapa con la cara de pocos amigos de siempre ni hablar de cómo era cuando sonreía. Sentí una sensación cálida en el pecho al ver que yo había conseguido eso; bueno había sido Johanna Mavis, pero yo se la había presentado, y no podía esperar a que volviera a dedicarme otra de aquellas sonrisas.

Y entonces su móvil sonó y su rostro relajado y reluciente se transformó primero en sorpresa después en incredulidad y luego en un profundo dolor que la hizo cerrar los ojos con fuerza como si hubiera estado intentando contener las lágrimas. Instintivamente me acerqué hacia ella y entonces vi la imagen que había en su teléfono móvil: Un chico rubio besando descaradamente a otra chica morena.

—¿Qué pasa?—le pregunté queriendo comprender el porqué de aquel cambio brusco de actitud.

Pareció como si se estremeciera al oír mi voz y luego se giró hacia a mí con un odio increíble llameando en sus ojos color miel. Me estampó el teléfono contra mi pecho y sin decir una palabra salió de aquel salón en dirección a los lavabos.

La observé sin entender absolutamente nada y entonces me fijé en el mensaje que había debajo de la foto:

Esto pasa cuando te vas de la ciudad, ¿De verdad te pensabas que Dan iba a esperarte para siempre?

¿Quién cojones era Dan? ¿Y quién era la imbécil de Kay, que le mandaba un mensaje como aquel?

Sin importarme lo más mínimo abrí la carpeta de fotografías de su móvil. Allí había un montón de fotos con una chica morena, que si no me equivocaba era la misma de la foto y después de unas cuantas con amigos y en lo que parecía su instituto vi la foto que estaba buscando.

El tío ese, Dan le cogía el rostro con las manos a Noah y la besaba mientras ella no podía aguantarse la risa, seguramente al saber que le estaban haciendo la fotografía...

Le habían puesto los cuernos...

¿y quién iba a aguantarla ahora?

Bloqué el teléfono y me lo metí en el bolsillo de los pantalones. No tenía ni la menor idea de porque sentía ganas de tirar aquel teléfono en las profundidades del océano ni porque me cabreó tanto aquella fotografía de Noah besando a ese cabrón, pero lo que sí entendía eran las ganas terribles de partirle la cara a el primero que me tocara los cojones esa noche.

Me dirigí hacia la mesa en la que habían colocado un papelito con mi nombre, con Noah a un lado y Anna al otro. Frente a mí, se sentaba mi padre y a su lado su mujer y también habían dos matrimonios más de los que no podía recordar sus nombres.

La gente había comenzado a sentarse en sus respectivos asientos y charlaban animadamente.

No habían pasado ni dos segundos de que me había sentado hasta que Anna apareció junto a mi lado. Sentí su perfume nada más sentarse y me incliné sobre la mesa para beberme el vino rojo sangre que habían servido en casi todas las copas.

—¿Y tu hermanita?—me preguntó despectivamente.

—Llorando porque le han puesto los cuernos—le contesté secamente sin importarme lo más mínimo y sin ningún remordimiento.

A mi lado Anna soltó una carcajada y eso también me irritó bastante.

—No me extraña, es una cría con el pelo horrible que no debe ni de saber lo que es echar un polvo; por eso tiene esa cara de amargada.—me contestó.

La observé unos instantes analizando su contestación. ¿El pelo horrible? ¿Acaso no todas las mujeres pagaban cientos de dólares a los peluqueros para que les colocaran mechas de distintas tonalidades en la cabeza? Noah las tenía sí, pero eran naturales no como la mayoría de las rubias tenidas que había en aquella habitación. Y a juzgar por la fotografía de su novio nadie podía decir que Noah no se hubiera acostado con ese y con quién sabe qué tíos más.

—¿Piensas hablarme de Noah toda la noche?, porque bastante tengo ya con aguantarla en mi casa—le dije volviendo a colocar mi copa sobre la mesa.

Ella sonrió y se me acercó al oído.

—Podemos hablar...—dijo con voz seductora al mismo tiempo que se acercaba a mi oído—O podemos retomar lo que terminamos hace una hora en mi habitación—agregó mordéndome la oreja.

Sentí como mi mente iba desconectando de todo lo que me había puesto de mal humor y como la excitación comenzaba a adueñarse de mí.

Me giré hacia ella y la besé rápidamente en los labios.

—Esta noche nos hartaremos, pero no ahora— dije atajando su mano que había ido subiendo poco a poco hasta llegar a mi entrepierna.

Ella pareció satisfecha y se giró hacia adelante, retirando su mano y comenzando a hablar amigablemente y con una educación exquisita con la mujer que tenía a su otro lado.

Sin siquiera darme cuenta comencé a buscar a Noah por la habitación. La mayoría de los invitados ya estaban sentados y en cuanto la ubiqué, la vi caminando hacía nuestra mesa con paso decidido y como si no hubiera pasado nada.

Ni siquiera me dirigió una mirada cuando tomó asiento justo a mi lado.

Esperaba haber visto manchurroneos negros de maquillaje en sus mejillas o sus ojos hinchados... pero nada de nada, estaba igual que cuando había salido de casa.

Su madre la observó unos instantes con cara preocupada pero ella dibujó una sonrisa en su rostro y su madre o pareció creérselo o simplemente hizo como si se lo hubiera tragado.

Entonces se giró hacia a mí.

—Dame mi teléfono—me ordenó con aquel tono indiferente de siempre.

Sonreí disfrutando de tener algo suyo e imaginándomela mientras me rogaba que se lo devolviese.

—Lo siento, pecas, pero se te ha olvidado la palabra mágica—le dije y disfruté de ver como sus mejillas se coloreaban cuando se molestó por aquel mote que le venía como anillo al dedo.

A mi lado Anna se pegó a mí para poder observar a Noah. Me puse repentinamente tenso.

—Siento que tú novio haya elegido a alguien mejor que tú, debe de ser duro—le dijo con aquella voz de arpía que utilizaba con las personas que consideraba inferiores aunque conociéndola seguramente era porque se sentía amenazada; Noah no era nada fea y ella lo sabía.

Noah abrió los ojos con sorpresa y luego me miró como si hubiera cometido el mayor delito de la historia.

—¿Cómo puedes ser tan cabrón?—me dijo sin darse cuenta de las personas que nos rodeaban. Agradecí que

mantuviera el tono de voz bajo, lo último que quería era tener que enfrentarme a mi padre.

—¿Y tu como te atreves a hablarle así?—le espetó Anna indignada y asombrada.

Podía llegar a comprender su asombro, nadie me hablaba de aquella forma, es más ni siquiera se atrevían a mirarme de la manera en que ella lo hacía.

Noah parecía cada vez más fuera de sí.

—Entérate, muñeca de mercadillo, le hablo como me da la gana.

Este es un país libre y el imbécil que tengo a mi lado es el peor hijo de...

Me giré hacia ella y le cogí el brazo con fuerza. La gente seguía hablando animadamente y agradecí que aquella comida no fuera de las que las personas susurraban como moscas en vez de hablar en un tono elevado como lo hacían en aquella ocasión.

—Escúchame bien—le dije clavándole los dedos en su suave piel.

Ella parecía estar a punto de empujarme o escupirme, no estaba seguro.— Vuelve a hablarme así y juro por Dios que voy a hacer que tú vida aquí sea un infierno.

Se soltó de un tirón que no habría conseguido nada de no haber cedido yo y se puso de pie con tranquilidad.

La observé con incredulidad. No esperaba eso, más bien que me tirara el vaso de agua a la cabeza, por ejemplo.

La seguí con la mirada hasta que se acercó a la barra que había en la otra punta del salón.

Observé como esperaba hasta que un camarero se acercó a ella. Me puse de pie en cuanto vi de quien se trataba.

Caminé hacia allí con paso firme, decido a evitar por todos los medios que Mario conociera a mi nueva

hermanastra, pero en cuanto la alcancé escuché lo último que le estaba diciendo.

—Te veo en la puerta en cinco minutos...

—En cinco minutos vas a estar ahí sentada esperando a que esto acabe—la interrumpí colocándome a su lado y fulminando a Mario con los ojos—¿Qué demonios estás haciendo?—le pregunté observándole aún sin entender cómo es que aquellos dos se conocían.

—Hola a ti también Nick—dijo con una sonrisa.

—Déjate de chorradas—le corté—¿Qué coño estás haciendo?

Mario pertenecía a mi pasado, no podía dejar que conociera a Noah, era demasiado arriesgado y él sabía exactamente lo que estaba pensando y por eso mismo no había dudado ni un segundo en camelarla.

—Sabes, ¿imbécil? No todo tiene que ver contigo—me contestó Noah y tuve que controlarme para no cerrarle la boca con una de mis manos.

Estaba llegando a mi límite aquella noche.

Mario soltó una risotada al mismo tiempo que levantaba las manos como si se estuviera rindiendo.

—Yo no me metería con ella, tío—me dijo él como si acaso la conociera de toda la vida.

—Noah déjate de chorradas, ni siquiera le conoces—le dije intentando razonar con ella.

—¿Y a ti sí?—me contestó frunciendo el ceño con incredulidad— Además para tu información voy a ir a esas carreras a las que tantas ganas tenías de llevarme—me dijo a continuación.

Observé a Mario sin poderme creer que estuviera pasando aquello.

Noah no podía ir allí si no era conmigo, se la comerían viva... aunque pensándolo bien... eso era justamente lo que

necesitaba para espantarla de una vez por todas y permanecer alejada de mí y de mi mundo.

—Haz lo que te dé la gana, pero luego no vengas llorando—le dije fijándome en sus ojos castaños al mismo tiempo que me preguntaba cómo es que no estaba hecha polvo y llorando por las esquinas. Eso hubiera hecho cualquier chica normal y corriente, a no ser que no hubiera estado enamorada de su novio, aunque su rostro al ver la foto había estado de lo más claro; le habían hecho daño y en vez de encerrarse en su cuarto a quemar fotos, escribir en su diario o yo qué sé que chorradas hacían las chicas de su edad, se metía de lleno en unas carreras ilegales en las que cualquiera de nosotros podía salir mal parado.

Ella ni siquiera se molestó en contestarme. Me giré hacía Mario.

—Y tú, más vale que no me traigas problemas porque ya sabes lo que está en juego—le advertí para después darles la espalda y regresar a mi mesa.

Ya eran las diez y media de la noche y aún seguía en aquella estúpida fiesta. Noah hacía ya diez minutos que se había marchado, pidiéndole a su madre que la dejara marchar con la excusa de que saldría conmigo y mis amigos aquella noche. A mi padre le hizo la misma gracia que a mí el verla marchar con Mario, pero ¿Qué podía hacer yo, aparte de vigilarla y conseguir ahuyentarla de mí y de los que me rodeaban?

Mi mayor preocupación era que mi padre terminara enterándose de las cosas que hacía fuera de casa. Siempre había procurado mantener mi vida familiar apartada de mi vida y ahora me habían metido a una chiquilla maleducada e irascible que no solo le importaba un pimiento lo que le dijera si no que se había propuesto meterse en mis asuntos.

Anna no dejaba de insistir en que nos marcháramos pero yo sabía el momento oportuno de hacerlo sin que mi padre

sospechara o se cabreara.

Llevaba la cuenta de cuantas copas se había bebido y aún faltaban unas cuantas para poder desaparecer hasta el día de mañana.

Mientras esperaba al mismo tiempo que hacía girar mi vaso de cristal sobre la mesa, deseoso de poder fumarme un cigarrillo se acercó Hugo, con cara de pocos amigos y gesto de cabreo.

—Tú hermana me ha dejado tirado—me dijo y como contestación le miré fijamente.

Él pareció comprender perfectamente cuál era mi humor en aquel instante y se giro en su asiento con gesto de aburrimiento y de estar deseando largarse de allí tanto como yo.

—Pequeña zorra—murmuró entre dientes y yo asentí en mi fuero interno, estando de acuerdo.

Veinte minutos después me puse de pié y me acerqué hacia la barra en donde mi padre y su nueva mujer bebían y charlaban animadamente con una pareja de amigos.

En cuanto me vio acercarme me sonrió al mismo tiempo que me daba una palmadita en el hombro. Aquellos gestos me molestaban; odiaba que me tocaran si no era yo el que lo quería o el que lo necesitaba, me gustaba mi espacio personal y que fuera mi padre el que lo rompiera me molestaba aún más.

—¿Os vais ya a esa fiesta en donde está Noah?—me preguntó sin ningún tono de reproche. Bien, eso significaba que me podía marchar sin problemas.

—Pues, sí—le dije dejando mi copa sobre la mesa de la barra.—No creo que duerma hoy en casa, papá; Así que no me esperéis levantados.—le dije y supe que no iba a haber ningún problema. Una de las buenas cosas de criarse con un solo padre y que encima este sea hombre es que generalmente puedes hacer lo que te dé la gana y más con

un padre como William Leister. Me costaba recordar la última vez en que tuve que preguntarle si podía ir a algún sitio, aunque desde que había llegado Rafaella las cosas habían dejado de ser tan fácil. La madre de Noah había traído a mi casa un montón de cambios y entre ellos que mi padre se resistiera a dejarme vivir mi vida como había hecho hasta ahora.

—Nicholas, si sales con Noah, tienes que traerla a casa, ella es menor, no lo olvides—me dijo mirándome con seriedad.

Joder...

—No te preocupes me aseguraré de que llega sana y salva—le dije y antes de que pudiera decirme nada más me despedí con un gesto de la cabeza.

Y tanto que llegaría sana y salva... Si conseguía lo que me proponía, Noah no iba a querer acercarse a mi vida en mucho tiempo...

NOAH

Estaba completamente loca. Había perdido completamente el juicio y todo por lo que mi mejor amiga y mi novio acababan de hacerme. Mi mente estaba completamente nublada, lo único que parecía importarle era devolvérsela, y devolvérsela a lo grande. En aquel instante no podía pensar en otra cosa que no fuera la boca de Dan unida asquerosamente a la de Beth. Solo de imaginármelo me daba ganas de vomitar, solo de pensarlo mi mente se volvía completamente roja; nublada, ciega, ciega por el intenso sentimiento del odio, el dolor y unas profundas ganas de venganza.

Estaba en mi habitación, desnudándome mientras al otro lado de la pared un chico que había conocido hacia dos horas esperaba pacientemente sentado en mi cama a que terminara de cambiarme de ropa. No podía ir a aquellas carreras con un vestido de gala y menos con tacones de dos metros de alto. Me quité absolutamente todo y me puse unos pantalones cortos vaqueros una blusa negra de tirantes y unas sandalias normalitas.

Sabía perfectamente que no podía ir como una mojigata a un lugar como aquel, por eso agradecí que en contra de todas mis costumbres aquella noche había dejado que me maquillaran en exceso. Me fui quitando lo más rápido posible aquellas horquillas que me hacían doler la cabeza y de las cuales me habían puesto más o menos un centenar y a medida que iban cayendo al suelo lo mismo hacían mis cabellos; rizados y largos cayeron en torno a mi rostro y con frustración los recogí en una cola de caballo que realicé de

cualquier manera. Con aquella ropa y aquel maquillaje daba el pego de sobra.

Salí de mi vestidor y comprobé mi teoría en cuanto Mario, el camarero que acababa de conocer se le agrandaron los ojos con admiración.

—Estas guapa—me dijo con una sonrisa divertida y se la devolví sin mucho entusiasmo. Aquella noche no estaba para cumplidos tontos ni para nada que se le pareciera. En mi mente solo se dibujaba una imagen, yo conduciendo un cochazo a más de doscientos por hora, y yo enrollándome con el tío más macarra y buenorro del lugar. De esa forma me sentiría satisfecha, me sentiría menos utilizada, menos engañada, aunque en el fondo de mi alma supiera que nada de aquello podría borrar la realidad y la realidad era que estaba completamente destrozada y apenas podía mantener unidos los cachitos en los que se había convertido mi corazón.

Observé atentamente a Mario... latino de ojos negros y piel aceitunada, estaba bastante bien, más que eso, era un hombre y no un crio, pero aún no iba a hacer nada de lo que tenía planeado; más que nada porque no me sentía ni lo suficiente borracha ni lo suficientemente segura de mi misma. En ese momento me sentía completamente como una mierda, hablando alto y claro. Me habían engañado y no solo una persona si no dos puesto que lo habían hecho con mi mejor amiga, la amiga a la que siempre había defendido, la amiga a la que había confiado todas mis inseguridades, mis miedos...¡Dios mío! ¿Le habría contado a Dan todas las cosas que le había confesado...? ¿Se habrían estado riendo de mí mientras yo intentaba dar lo máximo en mi primera y única relación? ¿Lo tenían planeado?

Respiré hondo intentando acallar todos aquellos sentimientos y pensamientos dolorosos.

—Gracias—le contesté a Mario al mismo tiempo que cogía mi bolso de la cama y me encaminaba hacia la puerta —¿Vamos?

Mario se puso de pié y con una mirada divertida asintió al mismo tiempo que salíamos de mi habitación y poco después nos metíamos en su coche.

Llevábamos media hora conduciendo y según Mario ya no faltaba mucho para llegar. Las carreras tenían lugar en una zona abandonada cerca del desierto y mi entusiasmo por poder volver a disfrutar de aquel ambiente de carreras, coches y sano deporte me puso de mejor humor.

Otra media hora más tarde, Mario se desvió por una carretera secundaria rodeada de campos secos y arena roja y anaranjada. A medida que nos íbamos alejando más y más comencé a dejar de escuchar los coches de la autopista para escuchar una música repetitiva y cada vez más fuerte.

—¿Has estado alguna vez en algo como esto?—me preguntó Mario que conducía con una mano en el volante y la otra cómodamente apoyada en el respaldo de mi asiento.

—He estado en bastantes carreras, sí—le contesté en tono un poco antipático.

El me observó unos instantes y luego volvió a fijarse en la carretera.

Entonces pude ver a lo lejos a un montón de gente y unas luces como de neón alumbrando una zona desierta repleta de coches aparcados de cualquier manera.

La música era ensordecedora, y cuando llegamos, vi a gente entre los veinte y treinta años bebiendo, bailando y comportándose de una manera del todo indecente.

Mis ojos se fueron agrandando cada vez más cuando me iba dando cuenta de a qué tipo de carreras y con qué tipo de gente me iba a encontrar.

Mario detuvo el coche en un sitio bastante cerca de donde la mayoría de la gente se encontraba y se bajó de él esperando que yo hiciese lo mismo.

Lo hice y no pude dejar de observar fijamente lo que me rodeaba.

Las mujeres iban vestidas casi con ropa interior, se restregaban contra los tíos de una forma asquerosa al mismo tiempo que hacían como si estuvieran bailando aquella música que tendría que estar prohibida de lo repetitiva y horripilante que era. Supe en cuanto las miradas comenzaron a fijarse en mí, que yo destacaba por mi normalidad. Abundaban las mujeres ligeritas de ropa, la gente fumada, bebiendo e incluso *haciéndolo* en donde se los podía ver...

—¿Dónde me has traído?—no pude evitar preguntarle a mi acompañante. Este a mí lado soltó una carcajada.

—No te preocupes, guapa, estos son espectadores, los que importan aquí son aquellos de allí—dijo señalando hacia la izquierda, a un gran grupo de chicos y chicas que se recostaban contra los capós de unos coches impresionantes, tuneados de mil formas y de cuyos maleteros sonaba una música igual de horrible que la sonaba en donde yo estaba.

Me fijé en que abundaban las prendas de ropa fluorescente. La poca iluminación que había allí característica en su mayoría con luces blancas hacían que aquellas prendas brillaran en la oscuridad de la noche. Es más muchas mujeres tenían incluso pintados los cuerpos y las caras con elaborados dibujos hechos con pintura fluorescente.

—Has pensado hasta en los detalles, ¿eh?—me preguntó Mario y yo le miré sin comprender.

Me señaló el cuerpo y entonces entendí a lo que se estaba refiriendo.

Aquel producto que mi madre me había echado por los brazos, el cuello y el pelo, ahora brillaba como miles de puntitos fluorescentes sobre mi piel clara. Estaba ridícula.

—No tenía ni idea te lo puedo asegurar—le contesté y el soltó una carcajada.

—Mejor que la tuvieses, aquí no puede venir cualquiera y no es por ofender, pero tú eres... un poco más recatada que la mayoría de las personas que hay aquí—me dijo observando mis pantalones cortos y mi simple blusa negra.

Y tanto que era recatada, a aquellas chicas lo único que les faltaba para estar completamente desnudas era quitarse aquellas minifaldas exageradamente cortas o los biquinis que usaban como prenda superior.

—No sé si estas al día de a lo que venimos aquí, pero en estas cosas siempre hay bandas y grupos. Tú hermano es el líder de una y hoy es muy importante para todos que gane las carreras contra Ronnie.—me iba informando Mario mientras nos íbamos acercando hacia donde estaban los grupos con coches caros.

¿Nick era el líder de una banda? Aquello era de lo más inesperado pero no me sorprendía. Con lo poco que había visto de él me cuadraba que estuviera metido en algo así. Era violento, duro y atemorizador y todo ello lo escondía con una facilidad asombrosa siempre que estuviera rodeado de su entorno de nacimiento; por el amor de Dios, era un niño rico, estas cosas no pasaban; ¿Qué hacía un tío cuyo padre era uno de los abogados más importantes del país metido en algo tan bajo como una banda como la que estaba viendo en aquel instante?

Mario se detuvo junto a unos tíos cuyas pintas podían hacer que tuvieras pesadillas durante un mes entero. Tenían tatuajes en los brazos, vestían con ropa holgada y les colgaban del cuello un montón de crucifijos y gruesos cordones de oro y plata. Las chicas que había junto a ellos

vestían también de una forma muy provocativa pero no tanto como las que había visto donde habíamos aparcado el coche.

Mario fue directo hacia ellos y como amigos de toda la vida comenzaron a chocarse los puños, a golpearse amistosamente y a reírse como todos los tíos podían hacer. Me sorprendió ver aquella camaradería entre ellos ya que vistos desde fuera daban verdadero miedo. Otra de las cosas que los caracterizaban era que todos llevaban, o atados a los antebrazos, muñecas o en el pelo unas cintas amarillas fluorescentes.

Comprendí entonces que todos eran miembros de la misma banda, la banda de Nick en concreto.

En cuanto terminaron de saludarse entre ellos los chicos se fijaron en mí.

—¿Quién es la niña buena?—grito uno y todos rieron observándome atentamente. La gente iba y venía a nuestro alrededor, la música seguía sonando y la gente no dejaba de llegar, pero los allí reunidos no apartaban las miradas de mí.

No me hizo gracia el comentario y me limite a observar al que lo había dicho con cara de pocos amigos. Mario acudió en mi ayuda al instante.

—No os lo vais a creer pero ella es la nueva hermanastra de Nick.— dijo consiguiendo que se me cayera el alma a los pies. No quería que la gente lo supiera; aquella noche me habría gustado pasar desapercibida o por lo menos poder divertirme sin tener el mote de la nueva—hermanastra—niña buena—casa fortunas—de—Nick.

La gente se rió con más energía si es que eso era posible mientras las chicas allí reunidas me observaban con renovado interés.

—¡Traedle algo de beber a nuestra nueva amiga!—dijo un tío afroamericano que sujetaba un vaso rojo en una mano y

tenía a una chica muy guapa agarrada de la cintura. Fue esta la que se giró echó algo en un vaso y se acercó a mí. Los demás continuaron hablando entre ellos y bailando al ritmo de la música que allí sonaba.

—¿Así que eres el nuevo ligue de nuestro querido amigo? —me preguntó observándome de arriba abajo. Yo hice lo mismo. Si ella era descarada yo también. Era negra, alta y muy esbelta. Tenía el pelo negro trenzado en mil pequeñas trenzas que empezaban desde el inicio de la cabeza hasta caer hasta su cintura. Llevaba unos pantalones blancos cortos y una camiseta azul oscuro que al instante te dabas cuenta que era de marca. Hum... aquello sí que era interesante.

—Hermanastra—la corregí al mismo tiempo que cogía el vaso de plástico, lo observaba con cautela y la miraba con suspicacia—¿No le habrás echado nada verdad?—le pregunté mirándola de malas maneras. No confiaba en aquella gente, bastante había tenido ya con haberme drogado la pasada noche como para ahora encima me lo volvieran a hacer.

—¿Qué persona te crees que soy?—me contestó ofendida por mi pregunta—Es cerveza, y si quieres algo más suave estas en lugar equivocado—me dijo girándose y haciendo que sus trenzas volaran casi hasta pegarme en toda la cara. Se fue directa hasta el otro chico negro contoneando las caderas de manera sexy y provocando que varios chicos la observaran con lujuria.

Mario se acercó hasta mí y me observó con diversión.

—No llevas aquí ni media hora y ya corren apuestas—me dijo soltando una carcajada. Le observé con el ceño fruncido.

—¿Apuestas sobre qué?—le pregunté.

—Sobre cuanto tardas en soltar el vaso de cerveza y salir corriendo hasta casita—me dijo alzando las cejas

expectantes.

¿Así que esas teníamos, no?

Le miré fijamente, fulminé a todos los chicos que me observaban como si fuera su objeto de diversión, eché la cabeza hacia atrás y comencé a beberme todo lo que me habían servido en aquel vaso demasiado grande para beber una bebida normal y corriente.

Los gritos a medida que iba vaciando la bebida se fueron haciendo cada vez más fuertes y en cuanto llegué hasta el final, un poco mareada y con ganas de toser todos los allí presentes comenzaron a aplaudir y a chillar con diversión.

Levanté el vaso vacío con una sonrisa suficiente.

—¿Quién me sirve más?—pregunté sintiéndome completamente liberada y completamente bien por unos momentos.

Los chicos volvieron a reírse y la misma chica que me había dado la cerveza se acercó hacia a mí ahora con una sonrisa en los labios.

—Soy Jenna—me dijo dándome otro vaso con algún líquido dentro— Y

si de verdad quieres ganarte a estos chicos, suéltate el pelo, bébete eso y enróllate con el que esté más bueno, en ese orden.

No pude evitar soltar una carcajada. ¿Lo decía en serio? ¿Y si así era, me importaba? Había ido allí con un solo objetivo, vengarme de alguna manera del asqueroso de mi ahora ex novio y de mi ex mejor amiga, así que si aquella noche me desmelenaba y lo pasaba bien... ¿Qué daño podía hacer?

—Creo que voy a tomarte la palabra—le dije al mismo tiempo que tiraba de la gomilla del pelo, dejaba que mis rizos cayeran despeinados sobre mis hombros y comenzaba a beber algo mucho más fuerte que una cerveza.

Jenna me observó divertida mientras que bebía y bailaba al mismo tiempo. En donde estábamos apenas había iluminación, aparte de las cintas amarillas fluorescentes y la poca luz que llegaba de las luces que había más allá.

—Soy Noah, por cierto—le dije dándome cuenta que aún no me había presentado.

Ella me sonrió y a mí me pareció bastante simpática. Entonces se produjo un revuelo. Los chicos que estaban sentados en los capos de los coches se levantaron y caminaron en dirección a un coche que al girarme reconocí enseguida.

Era la 4X4 de Nicholas.

—Aquí llega el sueño y pesadilla de cualquier chica con ojos—dijo Jenna divertida.

La observé al mismo tiempo que ponía los ojos en blanco interiormente.

Nick estaba realmente bien pero abría la boca y te daba ganas de salir corriendo o peor, darte de cabezazos contra la pared.

Observé como su cochazo se detenía junto a todos los demás y como él y su novia—la—toca—pelotas bajaba del coche. Todos los chicos acudieron a él como si se tratara de un Dios o algo parecido. Le dieron palmadas en la espalda, y chocaron los puños a medida que él caminaba hasta llegar a donde se encontraban las bebidas alcohólicas. Detrás de él pude ver que Hugo me encontraba en mi posición alejada de todo aquel barullo. No me sentí culpable, ni mucho menos. Le había dejado plantado, bueno, ¿y qué? ¿Acaso los chicos no nos hacían eso continuamente? Además en aquel instante lo último que toleraba mi cerebro era sentir lástima por un hombre, no, no, de eso nada; Así que cuando se me acercó le miré con calma y sin ningún atisbo de arrepentimiento.

—Hola pequeña zorra—me dijo con los ojos echando chispas. Vaya, había herido su ego masculino en serio.

Mis ojos echaron chispas al oírle decir aquello pero no pude ni empezar mi retahíla de insultos ya que la chica que estaba a mi lado dio un paso hacia adelante y le pegó un empujón.

Caray con Jenna.

—No seas capullo, Hugo—le dijo enfadada.

Este la observó primero a ella y después a mí. Se pensó lo que estaba a punto de decir y antes de que pudiera tirarle lo que contenía mi bebida nos fulminó con la mirada y se giró en dirección a los demás.

—No hacía falta, pero gracias—le dije girándome a la que seguramente se convertiría en mi aliada aquella noche.

—Hugo es idiota, y también mi ex—me dijo observándome divertida—Sé tantas cosas de él que ni se atrevería a acercarse a alguien que me cae bien.

Me reí de su ocurrencia al mismo tiempo que fijaba mi mirada en Nicholas. Estaba contando los minutos que tardaba en acercarse a mí y decirme cuatro cosas. Bien. Lo esperaba, era la mejor manera de descargar la frustración.

Pero no lo hizo, es más me ignoró deliberadamente durante más de media hora. Al principio me sorprendió pero lo agradecí después de ver que me lo estaba pasando realmente bien con Jenna y su manera enérgica de hablar y bailar al ritmo de aquella música heavy.

—Tengo que presentarte a mí chico—me dijo después de haberme demostrado que sus caderas podían moverse mejor incluso que la propia Beyoncé. La seguí hasta donde se encontraban la mayoría de la gente allí reunida. La demás chicas se dedicaban a beber o hablar entre ellas y dos o tres a contonearse con los chicos que estaban dispuestos a bailar.

El chico de Jenna tenía que ser con quien la había visto al llegar y el mismo que estaba inmerso en una conversación con Nick.

Me puse un poco tensa al llegar hasta ellos que se encontraban un poco apartados de los demás.

—¡Lion!—gritó Jenna tirándose a su espalda y dándole un beso en la mejilla. Ambos, Lion y Nick giraron sus rostros hacia nosotras. Nicholas clavó sus ojos fríos en los míos.

—Te presento a Noah—le dijo girándole para que pudiese verme.

Lion, que era de la misma estatura que Nick, era un afroamericano de lo más llamativo. Sus ojos eran del color de los limones maduros, verdes como la menta de los mojitos que estábamos bebiendo y su cuerpo estaba perfectamente esculpido por unos impresionantes músculos muy bien trabajados.

¡Qué suerte la de Jenna!

—¿Qué pasa, Noah?—me contestó con una sonrisa amigable pero sin poder observar por el rabillo del ojo a mi hermanastro.

Le sonreí de forma agradable. Jenna me había caído verdaderamente bien y no quería que su novio me cogiera manía por las cosas que seguramente Nicholas le había contado sobre mí.

—Pero si puedes ser simpática y todo—dijo entonces Nicholas que me observaba entre molesto e irritado. Cuadré los hombros preparada para el tercer... *cuarto* asalto.

No tenía ganas de empezar una pelea con él otra vez así que opté por lo sencillo. Le mostré el dedo corazón y me giré para buscar algo más interesante que hacer.

Entonces sentí su mano rodear mi brazo para tirar de mí hacia un rincón oscuro entre dos coches bastante caros. Jenna y su novio nos observaron un momento hasta que ella le giró el rostro y le besó con entusiasmo.

Sentí un pinchazo en el corazón al ver la buena pareja que hacían...

hacía nada más que cuatro horas yo también creía tener al mejor novio del mundo a mi lado...y ahora...

—¿Qué es lo que quieres?—le pregunté descargando mi ira con él. Me había empujado contra el coche de manera que me encontraba atrapada entre él y la puerta de un BMW gris.

Se había cambiado. Ahora llevaba unos vaqueros que le caían por las caderas de manera que los Calvin Klein quedaban a la vista y una camiseta negra ajustada a la altura de sus musculosos brazos.

No me contestó, simplemente me observó unos instantes para después sacar mi iphone del bolsillo de sus vaqueros y ponerme la foto que me había roto el corazón frente a mis ojos.

—¿Quiénes son?—me preguntó como si de alguna forma pudiera interesarle mi vida privada.

Estiré el brazo con la intención de cogerle el móvil pero lo apartó sin dejar de observarme atentamente.

—¿A ti que te importa?—le espeté con todo el desprecio que fui capaz de expresar.

—¿A mí?—me espetó con calma—Me importa una mierda; pero he de suponer que es tu novio o lo era si es que tienes algo de amor propio— siguió hablando como si de alguna manera pudiera interesarme lo que opinaba él de lo que me había ocurrido—Y como todas las tías sois prácticamente iguales he de suponer que tu objetivo de esta noche, además de tocarme las pelotas, es vengarte de este gilipollas—agregó dejándome momentáneamente callada. ¿Cómo lo sabía? ¿Tan obvio era que lo único que quería hacer era pagarle a ese cabrón con la misma moneda?—Así que me ofrezco voluntario, te besaré y haremos diez mil fotos si así mueves tu culo fuera de este

sitio y vuelves a casa.—agregó dejándome completamente con la boca abierta—No te quiero aquí, Noah.—terminó mirando hacía lo que había a mis espaldas un segundo.

Me había dejado tan descolocada con su ofrecimiento que no pude sopesarlo hasta que se me pasó la sorpresa. ¿Besar a ese idiota? ¡Nunca!

Pero pesándolo bien... Estaba realmente bueno y no es que a mí me apeteciera sino que sabía perfectamente cómo iba molestarle eso al idiota de Dan. Era un engreído, se creía el más guapo de mi instituto y no había cosa que le molestara más que un tío que le superara en cuanto a atractivo se tratara.

—Esta bien—le contesté y él bajó sus ojos hacia los míos completamente descolocado y sorprendido. Al parecer no era aquella la respuesta que esperaba.—Quiero que ese gilipollas se sienta como la mierda más grande del mundo y si para hacerlo tengo que besarte...—me encogí de hombros —Lo haré, pero esta noche no quiero irme a ninguna parte, me lo estoy pasando bien, así que este es el trato—le dije observándole fijamente. El me miraba con el entrecejo fruncido como si estuviera intentando seguir mis palabras.— Tú me ofreces tu cuerpo para poder vengarme del idiota de mi ex novio y de mi ex mejor amiga y yo prometo no volver a estas fiestecitas tuyas nunca más.

En cuanto terminé de hablar una sonrisa apareció en su rostro. Le miré con el ceño fruncido, ¿Qué le hacía tanta gracia?

—Estas realmente mal de la cabeza ¿lo sabías?—me dijo sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Estoy hecha una mierda, y lo único que me importa es que ese capullo sufra tanto como estoy sufriendo yo—le conteste y pude notar el dolor en mi voz. Aquella foto no cesaba de aparecer en mi mente, atormentándome. No me importaba absolutamente nada que aquel fuera mi

hermanastro, ni que fuera el más idiota del país de los idiotas; lo único que quería era vengarme y también sabía que las bebidas que me había ido tomando a lo largo de la noche estaban afectando a mi decisión de aquel instante pero tampoco me importó.

—¿Vas a besarme o no?—le espeté con fastidio.

Nick movió la cabeza de un lado a otro sin dejar de reírse de mí.

Me molestó a sí que hice lo que había estando queriendo hacer desde que le conocí. Levanté el pie y le di una patada en la espinilla. Soltó un grito de sorpresa más que de dolor.

—Imbécil, deja de reírte—le dije con fastidio—hay miles de tíos aquí, si no lo vas a hacer me busco a otro—le contesté decidida a marcharme y hacer justamente lo que le estaba diciendo.

Él se puso serio de repente.

—De eso nada—dijo de malas maneras—quiero perderte de vista lo antes posible a sí que ven.—me dijo tirando de mí hasta la parte delantera del coche. Desde allí nadie de los que estaban en aquella fiesta podría vernos y lo agradecí. Me senté en el capó de un salto al mismo tiempo que Nicholas pasaba su ojos por mis piernas hasta llegar a mis ojos.

—Tienes que estar realmente enfadada para hacer esto—dijo sacando el iphone y poniendo la cámara.

—Y tú realmente desesperado por perderme de vista—contraataqué yo mirándole sin ningún tipo de nerviosismo. Era verdad que apenas podía soportarlo. No lo aguantaba, es más le despreciaba y por ese mismo motivo también me alegraba saber que le estaba utilizando para mi beneficio.

No me contestó, simplemente puso una de sus manos en una de mis rodillas y lo mismo en la otra. Me abrió las piernas y se colocó entre ellas. Sus manos fueron subiendo por mis piernas, una sosteniendo el teléfono, la otra

acariciando mi piel desnuda. En contra de lo que mi mente pensara o quisiera, su contacto causó cierto efecto en mi cuerpo.

—Hazlo de una vez—le corté y sus ojos brillaron molestos al mismo tiempo que su mano izquierda me cogía fuertemente por la nuca y sus labios se estampaban contra los míos de forma brusca.

No pude evitar sentir un cosquilleo en el estómago. Sus labios eran suaves a la vez que su barbilla pinchaba por la incipiente barba. Me besó cabreado, como si estuviera haciéndome pagar todas las discusiones que habíamos tenido desde que nos habíamos conocido. Y entonces comprendí que no nos estaba haciendo la foto.

Le empujé con todas mis fuerzas y él se apartó unos centímetros.

—¿Qué tal si haces la foto?—le pregunté observándole. Nunca le había tenido tan cerca y pude ver lo claro que eran sus ojos y lo largas que eran sus pestañas. Era realmente guapo, Dios, más que eso, conseguía que me temblaran las piernas a pesar de que en el fondo le despreciara.

—¿Qué tal si abres la boca para otra cosa que no sea decir gilipolleces y así podemos acabar con esto?—me dijo y noté como todo mi cuerpo se estremecía.

Levantó el teléfono a la altura de nuestras cabezas.

Le observé al mismo tiempo que mis labios se humedecían de forma involuntaria.

Entonces me atrajo hacia él; metiéndome la lengua hasta el fondo y moviéndola sensualmente junto a la mía. Noté el clic de la cámara de fotos pero sin ninguna razón aparente nuestros labios siguieron moviéndose al unísono.

Me gustaba estar sintiendo lo que sentía en aquel instante. Todo mi cuerpo ardía por la pasión del momento y en el fondo de mi alma supe que me estaba vengando de

verdad. Estaba disfrutando de aquel beso y que le dieran a mi ex novio.

Noté sus manos en mis piernas otra vez. Aquello era lujuria pura y dura. Nada más. Y también odio. Nos odiábamos, no podíamos vernos y estaba bien utilizarnos mutuamente para aquello.

Levanté mis manos y las enredé en su pelo oscuro. ¡Que le dieran a la sensatez!

Sus manos acariciaron la parte baja de mis muslos, haciendo que me estremeciera y que partes innombrables de mi cuerpo ardieran de deseo.

Entonces me mordió mi labio inferior, haciéndome temblar.

—No pares—le dije cuando sus manos se movieron hasta mis cintura.

Quería que siguiera, quería que me hiciera olvidar todo lo que sentía en aquel instante, de toda mi tristeza, de todos mis demonios. Quería utilizarle para ello, quería usarle como los chicos usaban a las chicas, quería...

Y entonces se apartó.

Abrí los ojos con sorpresa. ¿Por qué paraba?

—Ya tienes tu foto—me dijo posando el teléfono en mi mano.

Le observé con la respiración entrecortada, molesta porque se hubiera detenido, molesta porque para una cosa que estaba haciendo bien, la había fastidiado, molesta porque no lo soportaba y molesta porque odiaba todo lo que él, su padre y su maldita vida habían conseguido hacer con la mía.

—¿Y ya está?—le pregunté con fastidio. Notaba que mis mejillas ardían, y mi cuerpo anhelaba que él me siguiera tocando.

—Procura no volver a cruzarte esta noche conmigo—me dijo y sus ojos me observaban con verdadero desprecio.

¿Qué había ocurrido? ¿Qué acabábamos de hacer?

Le observé mientras se alejaba caminado sintiendo una sensación extraña en el estómago.

NICK

Me sentía como si estuviera a punto de estallar. Cada una de mis terminaciones nerviosas se había despertado con una intensidad abrazadora e inquietante. A medida que caminaba hacia donde estaban mis amigos mi enfado crecía por momentos.

¿Por qué coño la había besado? ¿Por qué demonios había entrado en su juego? ¿Desde cuándo dejaba que una tía me calentara sin ser yo el que llevara las riendas de la situación? La respuesta contenía cuatro letras: Noah.

Desde que la había visto aquella noche no me la había podido sacar de la cabeza. No sé si era por la atracción de algo prohibido teniendo en cuenta que éramos hermanastros, o por las enormes ganas de sentir que podía controlarla, que podía apagar aquel fuego que no cesaba de salir por su boca, que podía conseguir que se comportara como todas las demás mujeres que había tenido el placer de conocer.

Noah era totalmente diferente a todas ellas. No caía rendida a mis pies, no le temblaban las rodillas por que tan solo la mirara, no se amilanaba cuando la desafiaba sino que me contestaba aún con más fiereza que yo. Era terriblemente frustrante... y excitante al mismo tiempo.

Mentalmente no cesaba de decirme a mí mismo que era una mocosa maleducada e insoportable; que pasara de ella, que la ignorara pero mi cuerpo me traicionaba, me traicionaba y no sabía qué demonios hacer. La había besado, me había ofrecido a hacerlo no porque me interesara ayudarla a vengarse de su jodido novio ni para poder echarla de mi fiesta sino que lo había hecho por el puro deseo de comerle la boca. Nada más verla aquella

noche había deseado meterme entre sus piernas y hacerla mía. Era de lo más incómodo, incómodo y frustrante teniendo en cuenta que no la soportaba. ¿Por qué demonios tenía que ser tan endemoniadamente atractiva?

Los pantalones cortos que llevaba dejaban sus piernas largas al descubierto, retando a cualquier hombre con ojos a acariciarla, a besarla... sus cabellos me volvían loco y más cuando los llevaba de aquella forma despeinada y rizada, enmarcando su rostro sonrojado por el alcohol que seguramente Jenna le había estado dando; pero lo más excitante habían sido sus labios... suaves como el terciopelo e hirientes cuando formulaban sus palabras de desprecio contra mí. Me había vuelto loco cuando su boca se abrió, me enloqueció la forma en la que su lengua giraba contra la mía, sin vergüenza, sin complejos, completamente diferente a cuando yo besaba a una chica. Yo llevaba el ritmo, yo llevaba el control y aquella vez, en cambio... Joder, la había mordido, le había mordido el labio por puro placer carnal, por el simple deseo de querer devorarla y dejarle claro quién mandaba, dejarle claro quién decidía si se seguía o se paraba, dejarle claro quien llevaba el control.

¿Y ya está? Me había preguntado con sus mejillas sonrojadas y sus ojos brillando de deseo. Joder ¿Qué quería que hiciera? Si no fuera quien era ya me la habría llevado a la parte trasera de mi coche, si no fuera tan jodidamente insoportable le habría regalado la mejor noche de su vida, si no fuera... si no fuera porque había puesto mi mundo patas arriba...

—Tío, dónde estabas, la primera carrera va a empezar— me gritó Lion desde donde habían colocado mi Ferrari negro en paralelo con el Audi tuneado de mi enemigo, despertándome de mi infierno personal.

Aquello era lo que necesitaba. Descargar toda la tensión acumulada mientras corría a más de 160 por una carretera

de arena en mitad de la noche y le ganaba uno a uno a los gilipollas de la banda de Ronnie.

Normalmente yo corría la última contra él, pero no ahora, no esta noche; no podía esperar a que los demás corrieran, necesitaba desahogarme; necesitaba sentir la adrenalina; la adrenalina era el mejor que el deseo, mejor que el hecho de saber que aquella noche no iba a poder conseguir lo que verdaderamente quería...

—Dile a Greg que esta la corro yo—le dije al mismo tiempo que me acercaba al coche donde mis amigos me esperaban, divirtiéndose ante la anticipación de la carrera, bebiendo y bailando al son de la música y deseando que aquella noche ganáramos la pasta necesaria para mis amigos y el derecho a acudir a cualquier fiesta que se organizara en el condado de Los Ángeles. Ese era el trato. Se jugaban 15 mil dólares y el derecho a hacer lo que te diera la gana. Desde que yo me había unido a estas carreras hacía ya unos cinco años, siempre habíamos ganado. Ronnie me respetaba pero sabía que a la mínima que pudiera me la devolvería doblada.

Yo era un chico de buena familia, no jugaba por dinero y él lo sabía. Al contrario que yo, él lo necesitaba, necesitaba ese dinero para comprar droga, para aplacar a los miembros de su banda y para tener carta blanca de hacer lo que quisiera conmigo y con los miembros de mi banda.

Aquella noche las apuestas eran altas. Se jugaba por mucho dinero, cosa que a mí era lo que menos me importaba pero también se corría por una apuesta idiota que Lion y otros tres tíos habían hecho sin que yo supiera nada. El que ganara la última carrera se quedaba con el coche del bando contrario.

No es que me preocupara perder, en absoluto, pero sabía que en cuanto ganásemos Ronnie se volvería un completo lunático. Aquel tipo era peligroso, yo lo sabía mis amigos lo

sabían, todos lo sabían... Una cosa era jugarnos dinero y el derecho a ir a las fiestas de las bandas y otra muy distinta era ganarle el único objeto de valor que aquel tipo parecía tener. Ronnie era un hombre de por lo menos veintiocho años, ex convicto, camello, drogata y quien sabe que cosas más. No era ninguna tontería competir con él.

Me acerque hasta mi coche pasando una mano por la parte superior.

Dios, adoraba aquel coche, era perfecto, era el más rápido, la mejor compra que había hecho en mi vida. Solo se lo dejaba conducir a quien yo consideraba digno de confianza. Mi coche. Mis reglas. Así de claro.

Conducirlo era un privilegio y los miembros de mi banda lo sabían.

—Greg se va a llevar un chasco, tío—me dijo Lion sonriendo con diversión. Lion era uno de mis mejores amigos. Lo había conocido en una de mis peores etapas y desde entonces nos habíamos hecho inseparables.

Jenna su actual novia se la había presentado yo. Hija de unos magnates del petróleo, había crecido en mi urbanización y nos conocíamos desde que éramos críos. Ella aún seguía en el instituto pero no era como las demás hijas de millonarios, era especial, le tenía cariño y Lion se había quedado prendado de ella desde el mismísimo instante en que la vio.

—Me importa una mierda—le contesté de mal humor. Lion entornó las cejas pero no dijo nada. Me conocía lo suficiente como para saber cuando estaba para chorradas y cuando no. Y en aquel instante no podía estar más cabreado.

—La segunda curva es más angosta que la primera, pisa el freno con anticipación o te saldrás del camino—me aconsejó mientras yo me subía al coche y lo ponía en marcha. Más adelante a unos cinco metros de distancia la

gente se hallaba gritando eufóricamente y chillando para que la carrera comenzara. Dos chicas sostenían unos banderines fluorescentes listas para dar comienzo a las carreras.

—Entendido—le contesté—No pierdas de vista a Noah—no pude evitar agregar. Apreté el volante con fuerza al darme cuenta que aún seguía con ella metida en la cabeza; pero tenía que saber que alguien la vigilaba, aquellas fiestas eran peligrosas para chicas como ella y Lion lo sabía de primera mano.

—No te preocupes, Jenna se ha pegado a ella como una lapa—me contestó y no pude mirar hacia donde se dirigían sus ojos. Allí con una cinta fluorescente amarilla atada a su cabeza como si perteneciera a mi banda, estaba Noah, con uno de sus brazos entrelazados a los de Jenna y con una sonrisa radiante en su rostro. Estaba eufórica; borracha y eufórica.

Joder.

—Te veo a la vuelta—le dije como siempre nos decíamos cuando nos tocaba correr.

Puse el coche en marcha, me acerqué hacia la línea de salida y esperé hasta que las dos tías en biquini y el tío que se encargaba de marcar la salida gritaran luz verde.

Las banderas se bajaron y el ruido del acelerador y el viento en la cara me hizo olvidarme de aquellos ojos color miel y aquel cuerpo de escándalo.

Llevábamos ganadas todas las carreras hasta el momento. Competían por lo menos veinte coches y pilotos por lo que se iban eliminando dos en cada una de la carreras. Mientras nosotros corríamos, más allá en otra de las pistas creadas sobre el desierto, se iban disputando otros de los primeros puestos hasta que solo quedaran dos. Era obvio quienes quedarían para la carrera final.

La banda de Ronnie había ido eliminando a todos los pilotos con los que corría al igual que mis miembros. La siguiente carrera era la final y yo iba a ser quien la ganara.

Aun faltaban unos veinte minutos para eso y me encontraba recostado contra mi coche bebiéndome una cerveza y fumándome un cigarrillo. Noah estaba por ahí con Jenna, lo poco que había visto era que ambas estaban haciendo el cafre, bailando, bebiendo y pasándoselo fenomenal. Sabía por alguna de las expresiones de Noah que por momentos recordaba lo que le había hecho su novio. Entendía lo que estaba haciendo, bebía e intentaba olvidarse de todo mientras yo no podía evitar fijarme en cada uno de sus movimientos.

—Esta noche estas muy raro—me dijo una voz conocida a mis espaldas. Me gire hacia Anna en cuanto sentí su cálido aliento en mi cuello. Al igual que yo ella también se había cambiado. Llevaba un vestido cortísimo que dejaba al descubierto su gran escote y sus esbeltas piernas. Me observaba con deseo, como siempre que estábamos juntos.

Me giré hacia ella y la observé detenidamente.

—No es una de mis mejores noches—le aclaré haciéndole entender que no esperara que la tratara con cariño ni nada parecido. Ella lo comprendió nada más decírselo.

—Puedo hacer que mejore bastante—me dijo pegándose a mí y ofreciéndome una vista privilegiada de sus pechos. – Solo tienes que venir conmigo—agregó en un tono seductor.

La observé detenidamente. Aún faltaban quince minutos para la última carrera y la verdad es que no me vendría nada mal desahogarme con Anna en la parte trasera de mi 4X4.

—Que sea algo rápido—le dije al mismo tiempo que tiraba de ella hacia mi coche.

Quince minutos después regresábamos hacia donde la gente esperaba ansiosa a que tuviera lugar la última

carrera. Acostarme con Anna me había ayudado a aclararme las ideas. Podía tener a quien me diera la gana, no iba a dejar que una adolescente de diecisiete años trastocara mi mundo...

Y entonces la vi.

La gente se hallaba lejos de la línea de salida, se habían trasladado a donde terminaría la carrera. Los únicos que se quedaban siempre eran Lion y Jenna... y ahora también Noah. Pero no había ni rastro de Lion por ninguna parte. Lo único que vi antes de que mi Audi negro se pusiese en marcha, fue el pelo multicolor de mi hermanastra por el espejo retrovisor.

NOAH

Después de lo ocurrido con Nick, decidí no volver a acercarme a él, tal y como él me había pedido. Lo ocurrido había sido extraño y placentero, por lo menos hasta que abrió la boca y me di cuenta de con quien estaba haciendo lo que estaba haciendo.

Por lo menos había conseguido lo que quería, de alguna manera me había vengado de lo de Dan aunque en el fondo supiera que nada podía hacerme sentir mejor después de que dos personas tan importantes para mí me hubiesen engañado de aquella manera.

La foto que había hecho Nick me había dejado un poco descolocada.

Nunca me había hecho fotos con Dan en las que nos estuviésemos besando...

es más creo que nunca me habían besado de aquella forma. Cuando la había visto la piel se me había puesto de gallina. En ella se veía nuestros perfiles entrelazados, sus labios entreabiertos en los míos y nuestros ojos cerrados disfrutando del momento. Mis mejillas se veían acaloradas mientras el semblante de Nick era duro, frío y terriblemente irresistible. Aun solo viendo su perfil te dabas cuenta de lo atractivo que era... Dan se iba a subir por las paredes. Lo sabía. Era así de egoísta, solo que normalmente dirigía su egoísmo hacia a los demás y a mí me dejaba fuera.

Escribí un mensaje debajo de la foto antes de mandársela a él: *Me ha costado menos de cuatro horas encontrar a un tío más hombre que tú.*

Gracias por abrirme los ojos; por cierto en esta foto pareces un pescado boqueando, ¡aprende a besar gilipollas!

Debajo del mensaje se podía ver la foto de él y Beth besándose, aparte de la mía con Nick.

Me encantaría poder verle la cara pero sabía que después de ese mensaje mi relación con él había acabado. No pensaba volver a verle y por primera vez agradecí que nos separara una frontera de por medio. En cuanto a Beth solo escribí dos palabras en el mensaje que le envié a continuación junto a la foto de ella y Dan besándose: *Hemos terminado*

Solté todo el aire que estaba conteniendo. Ya está... con eso acababan nueve meses de relación amorosa y siete años de amistad. Sentí como mis ojos se humedecían pero no derramé ni una sola lágrima, no, no se lo merecían.

Guarde mi teléfono en mi bolsillo trasero de los pantalones y me fui directa con Jenna. Busqué con la mirada a Nick y le vi bebiendo una cerveza con la espalda apoyada contra su Ferrari negro. Le di la espalda y me fui directa hacia donde mi nueva amiga me esperaba.

El resto de la noche me la pasé bailando, riendo y pasándomelo bien con las locuras de Jenna. En varias ocasiones se escabullía para enrollarse con el buenorro de su novio y entonces yo volvía a recordar lo ocurrido y sentía que me venía abajo. Intenté distraerme con las carreras que me encantaban y me hacían recordar momentos más felices, cuando ir a la pista era algo del día día. No pude evitar observar con detenimiento la manera de conducir de todos los pilotos allí presentes. Los que pertenecían al grupo de Nick eran bastante buenos pero él había sido impresionante cuando había corrido la primera carrera.

A medida que avanzaba la noche me veía a mi misma analizando la pista con detenimiento e intentando averiguar que era necesario para poder ganar aún con más distancia de por medio. Según me había ido fijando el problema radicaba en la segunda curva. Si la cogías demasiado

despacio perdías distancia y si lo hacías más rápido te arriesgabas a salirte de la pista.

Me moría de ganas de probar que podía hacerlo mejor. Es más, estaba completamente segura de que podía hacerlo mejor. Quería sentir el viento en la cara, la adrenalina en el cuerpo gracias a la velocidad, sentir ese control sobre el coche y saber que era yo la que lo manejaba, lo controlaba y lo hacía correr.

Estaba con esos pensamientos en mente cuando la última carrera estaba a punto de realizarse. Ese tal Ronnie era el que correría contra Nicholas y estaba segura de que si se me daba la oportunidad podía ganarle con los ojos cerrados.

La gente se había ido subiendo a los coches y se habían ido trasladando a donde estaba la meta. Jenna, Lion y yo nos teníamos que quedar allí, solo que estos habían ido a buscar no se qué cosa al coche de mi amiga. Nicholas también había desaparecido, le había visto marcharse con la idiota de pelo oscuro hacia donde estaba su furgoneta, y allí estaba yo, sola, junto a un cochazo y esperando a que alguien regresase de una vez por todas.

Entonces vi como Ronnie se acercaba hacia su coche tuneado y me observaba con interés. Aquel tío daba miedo de verdad, tenía más músculos que un luchador de sumo y miles de tatuajes marcaban sus brazos y parte de su espalda. Le observé sin emitir ningún tipo de sonido.

—Eh, guapa—me dijo apoyando sus antebrazos en la parte superior del coche.— ¿Quién eres?—me preguntó en tono divertido.

Le miré con cierto reparo pero decidí que era mejor contestarle.

—Noah—le contesté cortante.

El sonrió por algún motivo inexplicable.

—Te he estado observando—me dijo con una sonrisa—Se diferenciar a las chicas que saben de esto—dijo dándole una palmada a su coche—y las que no—agregó—Tú perteneces al primer grupo.

Observé con cautela.

—Puede que haya corrido una que otra vez—le contesté preguntándome donde estaban los demás. No me gustaba la forma en la que me miraba aquel tipo, me daba mala espina.

—Lo sabía—me contestó divertido—¿Porqué no corres contra mí, cielo?— me preguntó, mirándome seriamente.

¿Estaba preguntándome lo que creía que estaba preguntándome?

—Tienes que correr contra Nicholas—le dije dubitativa.

—Nicholas no está aquí ¿verdad?—me preguntó haciendo un admeán con su mano.

Sentí como la adrenalina me invadía por completo. Dios mío.... Correr otra vez... eso era lo quería, lo que necesitaba... y era verdad que Nicholas había desaparecido, además él ya había corrido...

Apagué aquella alarma que comenzó a sonar en mi cabeza, alertándome de que estaba completamente loca y sonreí con suficiencia.

—Acepto—le dije con una sonrisa.

Él me la devolvió con ganas.

—Estupendo, preciosa—me dijo con los ojos brillándole de excitación— Nos vemos en la meta—agregó subiéndose al coche de un solo movimiento.

Sabía lo que pensaba. Pensaba que me ganaría con los ojos cerrados.

Bien, querido Ronnie. Creo que se me ha olvidado informarte de que vas a correr contra la hija de un ganador de Nascar.

Ese coche era una pasada. Los asientos eran de cuero, la caballería era impresionante y qué decir del aquel ronroneo de motor...mmmm que gustó y que recuerdos.

Puse el coche en marcha con facilidad y me acerqué hacia la línea de salida. Nadie sabía que era yo quien conducía, nadie excepto mi adversario.

Sonreí como una niña.

Allá vamos Ronnie *tipo duro*.

En cuanto los banderines dieron la señal de salida, pisé fuerte el acelerador y en menos de un segundo dejé atrás la línea de salida. ¡Guau!

Era impresionante, liberador, divertido, relajante, asombroso.... Lo mejor del mundo. Hacía años que no hacía nada parecido y por fin sentí que estaba haciendo algo por mí, algo que me gustaba, algo que no tenía nada que ver con mi madre, ni con su marido, ni con mi ex novio ni con mi ex mejor amiga. En aquel instante me sentí libre, libre como un pájaro y eufórica como nunca.

A mi lado Ronnie se movía con una velocidad impresionante. Pisé aún más fuerte el acelerador y grité como una loca cuando pasé la primera curva, dejando al tipo duro atrás.

—¡Sí!—grité con alegría.

Pero ahora venía la segunda curva, la difícil. Y ahí me hice la pregunta del millón. ¿La pasaba con poca velocidad sin arriesgarme, o aceleraba hasta llegar al límite, arriesgándome a salir disparada de la pista?

La segunda opción fue la que más entusiasmo me causó.

Pisé fuerte al mismo tiempo que calculaba cuando tenía que desacelerar para poder pasar la curva sin peligro.

Al verla más de cerca me fijé que era más angosta de lo que había pensado en un principio...mierda... iba a salir disparada... desaceleré al mismo tiempo que giraba el volante con todas mis fuerzas y sentía la arena golpeando

contra el coche y el chirrido de los neumáticos al ser maltratados de aquella manera... pero la pase, ¡la pasé!

—¡Sí!—grité otra vez, mirando por el retrovisor como Ronnie se me pegaba al coche casi dándome por detrás. Vi su rostro, estaba desencajado por la rabia de estar siendo vencido por una mujer.

¡Chúpate esa! Grité con entusiasmo en mi interior. ¡Hombres: machistas, creídos, y gilipollas!

Esa era la parte difícil, lo que quedaba era pan comido. Aceleré aún más hasta que vi la línea de meta. Solo me quedaban unos pocos quilómetros y vencería. La adrenalina me recorría por entera, estaba eufórica... Entonces Ronnie me dio por detrás. Me abalancé hacia adelante y el cinturón de seguridad me hizo daño en el pecho.

—¡Serás...!—grité al mismo tiempo que sujetaba con más fuerza el volante. Ronnie parecía fuera de sí, aceleraba y desaceleraba intentando golpearme por detrás. Me desvié un poco para evitar un tercer golpe pero él hizo lo mismo. Solo faltaban unos metros, solo unos pocos...y entonces alcancé la meta.

La gente comenzó a gritar de forma ensordecedora, moviendo las manos y los pañuelos fluorescentes en el aire. Era alucinante, la emoción de ganar; la euforia de haber vencido al tipo duro en la pista...

Desaceleré hasta frenar al final de donde se encontraban la mayoría de los espectadores. Miré por el retrovisor y vi como Ronnie bajaba del coche hecho una furia. Le pegó una patada a la puerta y yo solté una carcajada.

Entonces alguien apareció en mi ventana, abrieron la puerta y de un tirón me sacaron casi en volandas.

Me encontré con un rostro fuera de sí.

—¿¡¡Estas completamente loca!!?

Mierda, Nicholas.

Nunca le había visto tan furioso. Ni siquiera cuando se había peleado en la fiesta la noche pasada y había regalado puñetazos como caramelos. Su pelo estaba despeinado como si se hubieses estado tirando de él y sus ojos me miraban como si quisiera prenderme fuego, enterrarme bajo el suelo y no volver a verme jamás.

Dije lo primero que se me vino a la cabeza: —He ganado...—le contesté intimidada por su estado.

Sus ojos se abrieron aún más para después cogerme por los hombros y acercar su rostro al mío.

—¿Tienes idea de lo que has hecho?!—me grito a dos centímetros de mi cara. Me asusté pero no me dejé intimidar y me sacudí con fuerza para librarme de sus brazos.

—No me grites—le contesté en el mismo tono.

Joder con el niño rico, ni que le hubiera destrozado el coche o algo parecido. Los golpes que me habían dado por detrás habían sido cosa del mal juego del imbécil de Ronnie, ¡además había ganado la carrera! ¡La había ganado!

Entonces apareció Jenna y Lion que se nos acercaron alejándose de la locura que se estaba organizando a nuestro alrededor. Escuche mas atentamente y comencé a oír más que a escuchar lo que la gente gritaba.

¡Trampa! ¡Trampa!—gritaban y abucheaban.

Por lo menos tenía al público de mi parte. Ronnie había hecho trampa, sí, había infringido la norma y me había dado por detrás cosa que en ese tipo de carreras estaba prohibido y más cuando se conducía con coche como esos que no estaban preparados para golpes ni fuertes impactos.

—Nicholas, suéltala—dijo Lion pero vi como me lanzaba una mirada que igualaba mucho a la de su amigo.

Jenna también me miró mal lo que me sorprendió y dolió a partes iguales.

—Ahí viene Ronnie—dijo Jenna al mismo tiempo que Nicholas me soltaba haciendo que mi espalda chocara contra la puerta del coche. No me hizo daño pero sí que me hizo querer pegarle otra patada solo que esta en un lugar más específico.

¿Qué demonios pasaba? ¿Qué bicho les había picado a todos?

Nicholas me dio la espalda y se giró hacia Ronnie con los puños apretados.

—Habéis infringido las normas, Leister, y sabes perfectamente lo que eso significa—le dijo enfadado pero con una sonrisa en su asqueroso rostro agujereado y tatuado.

—Y una mierda—le contestó este con Lion a un lado suyo y los miembros de su banda acercándose a apoyarle al mismo tiempo que los demás miembros de Ronnie hacían lo mismo. En menos de un minuto se había formado un círculo alrededor nuestro y yo aún seguía sin entender absolutamente nada.—No es mi problema que se hayan colado en mi coche y hayan salido a la pista, no pienso cargar con esa responsabilidad.—le dijo y comencé a entender por donde iban los tiros.

—Es miembro de tú banda, Leister así que sí que es tu responsabilidad—le contestó él con una sonrisa divertida.

—No es...—comenzó Nicholas al mismo tiempo que giraba el rostro para verme; entonces vi en sus ojos la sorpresa y el renovado o mejor dicho triplicado enfado en su semblante.

—Lleva la banda, así que sí que es miembro—le contestó con superioridad.

Entonces entendí lo que pasaba. Yo llevaba la banda amarilla que me había dado Jenna alrededor de mi cabeza, rodeando mi frente y al parecer eso me convertía en un miembro de la banda, pero lo que no comprendía era que

problema había si era yo la que había corrido n vez de Nicholas.

—Viendo lo visto, y habiendo infringido una de las reglas más importantes, la carrera la he ganado yo—dijo al mismo tiempo que todos los que estaban detrás de él aullaban con entusiasmo y nos miraban a los demás como desafiándonos a decir lo contrario.

—Esto es ridículo—dijo Nicholas dando un paso al frente. Lion hizo lo mismo y vi como sus puños se apretaban contra su costado.—La carrera se repite y punto, no has ganado nada.

Ronnie con una sonrisa de gilipollas integral comenzó a negar con la cabeza antes incluso que Nicholas terminara de hablar.

—Ya me puedes ir dando los treinta mil dólares y las llaves de esa preciosidad—le contestó mirando hacia el Ferrari negro de Nick.

¿Pero qué...?

Di un paso al frente sin importarme en absoluto a quien me estaba enfrentando. Nicholas a mi lado se tensó pero antes de que pudiera echarme hacia atrás me aparté y hablé. —Tú me dijiste que corriera contra ti—le dije furiosa—Y te he ganado, *yo*, una chica de diecisiete años...—le dije con sorna. El rostro de Ronnie se descompuso y entonces me miró como si estuviera a punto de matarme, no dejé que eso me impidiera seguir diciendo lo que quería—He herido tu pequeño ego masculino, y ahora quieres hacernos creer a todos que tienes algún tipo de derecho estúpido para llevarte el coche y el dinero...—hubiera seguido hablando pero Nicholas se puso delante de mí, agacho su rostro al mío y me dijo en voz baja y amenazadora.

—Cierra la maldita boca y métete en mi coche—me dijo entre dientes— *Ahora*—agregó en un tono más fuerte.

—¡Y una mierda!—le grité moviendo el rostro para fijar mi mirada en Ronnie. No pensaba dejar que aquel imbécil manipulara la situación a su beneficio, ni pensaba permitir que se llevara el coche, yo había ganado la carrera, él ni siquiera había conseguido adelantarme ni una sola vez.— ¡Aprende primero a correr, imbécil!

Los miembros de la banda de Nick gritaron estando de acuerdo conmigo y me sentí mucho mejor.

Alguien tiró de mí hacia atrás al mismo tiempo que Nicholas se giraba e iba en dirección a Ronnie con las venas del cuello estando a punto de estallar y al ver el rostro de Ronnie supe que se iban a matar a golpes.

—Cierra la boca de una vez, Noah—me dijo la voz de Jenna en mi oído— Vas a conseguir que esto acabe peor de lo que te imaginas.

No le contesté y clavé la mirada en Nicholas que se detuvo frente a Ronnie.

Se miraron desafiantes y temí que aquello desembocara en una pelea en toda regla. Entonces Nicholas metió la mano en el bolsillo, sacó unas llaves y se las tendió.

¡No!

—Te ingresaré el dinero mañana temprano—le dijo fingiendo algún tipo de calma.

El silencio se hizo a nuestro alrededor. Ronnie sonrió con suficiencia al mismo tiempo que hacía girar las llaves en entre sus dedos.

Nicholas se giró respirando con dificultad y pude ver lo furioso que estaba. Parecía estar a punto de estallar.

—Procura mantener a esa zorra en casa—dijo entonces Ronnie y el rostro de Nicholas se desencajó.

Se giró tan rápido que nadie le vio venir. Su puño se estrelló contra la mandíbula de Ronnie con una fuerza tan increíble que lo tiró contra el capó de su coche.

Y entonces se desató la locura.

Los puños comenzaron a volar a mí alrededor. Las dos bandas comenzaron a darse de puñetazos y de repente parecía como si me hubiesen metido en el mismísimo infierno. Entre toda aquella locura alguien me dio por detrás y caí boca abajo contra el suelo arañándome las rodillas y las manos.

—¡Noah!—gritó Jenna que se arrodilló a mi lado para ayudarme a levantarme.

¡Madre mía, aquello era una locura! Se estaban peleando como si la vida les fuera en ello. Sentí pánico al ver que de verdad estaba metida en medio de una pelea de más de cincuenta tíos musculosos y peligrosos.

Alguien me cogió por el brazo y tiró de mí y de Jenna al mismo tiempo. Era Lion, que tenía el semblante duro como una piedra y una determinación férrea. Le caía sangre por el labio y escupió hacia un lado al mismo tiempo que se apresuraba en sacarnos de allí.

—Meteos dentro—dijo cuando llegamos a la 4x4 de Nick.

No pude evitar mirar hacia atrás buscándole.

Lion se metió en el coche y lo puso en marcha en menos de un segundo. Entonces se acercó como pudo a donde Nick seguía dándose de puñetazos con el ahora desencajado Ronnie.

—¡Nick!—gritó Lion acercándose lo máximo posible en aquella locura de tíos peleándose y cayéndose al suelo.

Nicholas le asestó un último puñetazo en el estómago y salió corriendo en nuestra dirección. Pude ver como tenía un labio partido y el pómulos pasando de rojo a morado en cuestión de segundos.

Saltó al asiento del copiloto en menos de un segundo al mismo tiempo que Lion giraba y apretaba el acelerador.

Entonces me dio por mirar hacia atrás.

Mi corazón dejó de latir en cuanto vi como Ronnie levantaba un arma y la apuntaba contra la parte trasera de

nuestro coche.

—¡Agachaos!—grité al mismo tiempo que el cristal trasero estallaba en mil pedazos y mi corazón dejaba de latir para después comenzar con una carrera desenfrenada que me hizo sentir que estaba a punto de perder completamente la cordura.

—¡Joder!—gritaron Lion y Nick al mismo que nosotras pegamos un grito digno de película.

—Hijo de...—comenzó a maldecir Nicholas mientras Lion salía toda pastilla de donde se habían organizado las carreras y se metía en la carretera. Aquellas altas horas de la noche no había ni un solo coche a la vista y lo agradecí ya que Lion no se inmutó al pisar a fondo el acelerador y salir pitando de allí. Me giré para ver como varios coches hacían lo mismo que nosotros, pero mientras no viera a Ronnie detrás podía respirar con tranquilidad.

—¿Estáis bien?—nos preguntó Nicholas girándose para mirarme primero a mí y después a Jenna.

—Jenna, háblame—le pidió Lion al mismo tiempo que la miraba por el espejo retrovisor con la preocupación inundando su rostro.

—¡Ese jodido hijo de puta!—gritó histérica al mismo tiempo que yo me sentía temblar de arriba abajo.

—Veo que estás perfectamente—dijo Lion sin poder evitar soltar una carcajada algo histérica.

Nick me miró otra vez, fijándose en mi rostro que seguramente estaba petrificado de miedo.

—Busca una gasolinera—le dijo entonces mirando hacia delante echando la cabeza hacia atrás.

Yo no quería ni respirar demasiado fuerte. Me había quedado completamente impresionada, completamente petrificada de miedo. Nunca me habían apuntado con un arma y ese tío lo había hecho. Me había mirado a los ojos

antes de disparar y aquella mirada desquiciada me perseguiría durante mucho mucho tiempo.

Aún no terminaba de asimilar lo ocurrido, ¿Cómo se habían descontrolado tanto las cosas? Aquella noche parecía no tener final y yo estaba a punto de derrumbarme.

Lo de Dan y Beth, la adrenalina al haber corrido por primera vez en cuatro años, los malos y buenos recuerdos que ello había despertado, la impotencia y culpabilidad que había sentido al ver que Nicholas tuvo que darle su coche a ese desgraciado y encima el dolor en las rodillas y las manos sangrantes por la caída, que ahora que la adrenalina iba disminuyendo poco a poco comenzaba a sentir con toda su intensidad...

Entonces diez minutos después, en el que se había formado un silencio de lo más incómodo, llegamos a una gasolinera 24 horas.

Lion apagó el motor y se apresuró en abrirle la puerta a Jenna y sacarla para darle un fuerte y apasionado abrazo.

Al mismo tiempo Nick bajó del coche, sin siquiera detenerse un segundo y fue directo hacia la gasolinera. Yo no me moví. No podía, no quería ni mirarle.

Ahora sí que me sentía culpable, todo lo ocurrido había sido por mi culpa, aquella pelea podría haber acabado diez mil veces peor. No tenía ni idea de que hacía Ronnie con un arma pero entonces comprendí perfectamente que aquellas carreras y aquella gente no eran como las que corrían en las carreras en las que yo había participado cuando tenía catorce años. Eran peligrosas, se apostaba muchísimo dinero y quienes participaban eran delincuentes. Y yo había dejado en ridículo al jefe de una de esas bandas y provocado que mi recién adquirido hermanastro se peleara a golpes con él.

La situación había pasado de ser algo normal e irritante a la peor situación que alguien podía ponerse delante.

Nicholas salió de la gasolinera con una bolsa llena de cosas. Se acercó hacia Jenna y Lion y les tendió vendas, alcohol y analgésicos.

Jenna se había hecho una brecha en la frente al haber sido golpeada por uno de los que se pelearan a puñetazos y Lion no tardó ni medio segundo en atenderla y asegurarse de que estaba bien.

Nicholas pasó por la parte delantera del coche. Sacó alcohol y una venda esterilizada y se limpió la herida del labio sin siquiera dirigirme una sola mirada. Entonces y después de tirarse agua de una botella por la cabeza y sacudirse el pelo mojado se acercó hacia donde yo seguía sentada con la puerta cerrada.

La abrió y se me quedó mirando unos segundos. Yo me giré hacia él con la intención de bajarme del coche y curarme yo sola. No me dejó.

—Dame las manos—dijo en un tono inexpresivo.

No lo hice, simplemente me quedé mirándole. Tenía el labio destrozado y un moratón horrible en la mejilla. Y todo eso había sido por mí culpa.

Sentí un nudo en el estómago.

— *Lo siento*—le dije en un susurro tan bajo que no supe si lo oyó o no.

Me ignoró, pero cogió una de mis manos y con delicadeza comenzó a limpiarme la herida manchada de sangre y suciedad.

No sabía qué hacer ni decir. Prefería que me gritara o que me dijera lo estúpida e irritable que era, pero simplemente se ocupó de mis heridas. Primero de mis manos y después de mis rodillas.

Detrás nuestro Jenna y Lion se decían palabras cariñosas al mismo tiempo que ella le curaba las heridas a él.

Nicholas me miró solo una vez, antes de apartarse y regresar al asiento del conductor.

Minutos después regresábamos a la carretera envueltos en un silencio sepulcral. Incluso Jenna y Lion decidieron no decir ni una palabra.

Entonces me di cuenta de que acababa de meter la pata hasta el fondo.

NICK

Cuatro días después y seguía sin aparecer por casa. Después de lo que había ocurrido en las carreras no quería ni aparecer por allí. No estaba seguro de cómo iba a reaccionar cuando volviera a encontrarme frente a frente con Noah; una parte de mí quería estrangularla y hacerla pagar por lo que su estúpido jueguecito me había costado: mi coche, mi Ferrari negro de más de cien mil dólares, y la ruptura definitiva de la tregua que tenía mi banda con la banda de Ronnie. El muy hijo de puta nos había disparado por la espalda, aún recordaba como mi corazón casi se me había salido del pecho al escuchar el disparo y el grito de Noah en el asiento de detrás. Recuerdo haber temido mirar hacia atrás por miedo a ver lo que me encontraría, recuerdo haber pasado el mayor miedo de mi vida, y todo por una insensatez de una tía incapaz de hacer caso ni una puta vez a lo que se le decía.

Al verla correr me había sentido completamente impotente. Aún ni siquiera era capaz de explicarme de donde había sacado aquella habilidad para poder conducir de aquella forma pero, joder, cómo le había ganado a aquel imbécil. Una parte de mí admiró su forma de coger aquella segunda curva, ni siquiera yo habría tenido los cojones de arriesgarme como ella lo había hecho, lo que también me aclaraba la falta de instinto de supervivencia que tenía, pero lo había hecho genial, había sido impresionante.

Y por otra parte no podía quitarme de la cabeza el beso que le había dado y las ganas que me reconcomían por dentro por volver a hacerlo. No podía olvidarme de aquel

rostro demasiado atractivo, aquellos labios llenos y dulcemente sabrosos, aquel cuerpo que me volvía loco...

Mierda.

No podía volver a casa, no sabía cómo iba a actuar, ya que una parte de mí, la más perversa y la que claramente no pensaba con la cabeza, quería tirarse a esa chica de cabellos rubios y ojos color miel sobre todas las cosas, hacerle de todo y hacerla pagar por haberme hecho perder mi tesoro más preciado; y la otra, simplemente quería hacerla temer el simple hecho de estar cerca de mí, conseguir que ni se atreviese a respirar demasiado fuerte a mi lado... Pero claro, la primera opción tiraba más que la segunda, y me maldecía por ello.

Llevaba cuatro días de fiesta en fiesta acostándome a las tantas y levantándome con una chica diferente cada noche. Después de lo que había ocurrido en las carreras la relación entre Ronnie y yo había terminado para siempre y la verdad es que me preocupaba la reacción que pudiera tener si volvíamos a vernos, cosa que sería más pronto que tarde teniendo en cuenta que nos movíamos por los mismos círculos.

Era increíble como esa chica había jodido absolutamente todo y en tan poco tiempo, y encima tenía la obligación de verla todas las malditas mañanas.

De esa guisa llegué a casa, con el cristal trasero de mi coche ya arreglado y con un humor de perros que estaba a punto de empeorar.

Aparqué en mi plaza de aparcamiento, me coloqué mis gafas de sol, ya que la resaca me estaba matando y me encaminé hacia la entrada, deseando desaparecer en mi habitación durante todo el día; claro que eso iba a ser imposible.

En cuanto puse un pie dentro de casa un grito proveniente de la cocina me hizo maldecir internamente y

rezar por tener la paciencia que iba a necesitar en aquel momento.

Con paso lento entré en la cocina donde mi madrastra, su hija y ¿Jenna? desayunaban sobre la mesada.

Mis ojos se detuvieron unos segundos de más en mi infierno rubio personal. Noah parecía haberse descompuesto en cuanto entré por la puerta. Me fijé en que su piel estaba tostada por el sol y sus pelos más rubios y de más colores que desde la última vez que la había visto. Iba vestida con un bañador entero y estaba cubierta con una toalla enroscada debajo de los brazos. Su pelo mojado chorreaba agua sobre la encimera en donde desayunaba un cuenco de cereales. A su lado, Jenna estaba más o menos igual, solo que ella iba en biquini y lucía una sonrisa de bienvenida que siempre reservaba para amigos y familiares.

¿Ahora eran amigas?

.—Por fin vuelves, Nick; tú padre ha estado llamándote durante todo el día de ayer—me dijo Rafaella con amabilidad y con cara de estar despierta hace mil horas. Al contrario que el aspecto desarreglado de su hija, ella iba de punta en blanco, con su pelo rubio platino recogido en un moño y un traje blanco de lino bien planchado.

Joder, que rápido se había convertido en la señora de William Leister.

—He estado ocupado—contesté cortante al mismo tiempo que me acercaba a la nevera y sacaba una cerveza.

Me importaba una mierda que fueran las diez de la mañana.

—¿Qué pasa, Nick, no nos saludas?—dijo Jenna girándose en su silla para observarme atentamente.

La miré con cara de pocos amigos. Jenna sabía perfectamente que no estaba para chorradas, ¿Por qué no hacía como Noah y se quedaba callada mirando su cuenco de cereales?

Gruñí un saludo al mismo tiempo que me llevaba la cerveza a la boca y me fijaba en como Noah intentaba aparentar como si mi presencia allí no le afectara en absoluto.

—Nicholas, tú padre te ha llamado por que esta noche nos vamos a Nueva York—me dijo Rafaella captando mi atención.—Tiene un congreso y yo le acompaño; Me gustaría que te quedaras aquí con Noah, no quiero que se quede sola en esta casa tan grande y...

—Mamá, ya te he dicho que estoy perfectamente—saltó entonces Noah fulminándola con la mirada—Puedo quedarme sola, es más, Jenna se quedará a hacerme compañía, ¿a que sí, Jenna?—le preguntó girándose a ella.

Jenna asintió encogiéndose de hombros y mirándome primero a mí y después a Noah. Noah no quería verme, no quería tenerme cerca...hummm eso era interesante.

—Me quedaré—dije entonces, sin saber muy bien en donde me estaba metiendo.

Noah dejó a un lado su semblante indiferente para mirarme con sus ojos bien abiertos y con cara de querer estar en cualquier sitio menos allí— —Me quedo mucho más tranquila, gracias, Nick—dijo entonces Rafaella levantándose y dándole un último sorbo a su café.—Me voy a hacer las maletas, os veo luego antes de irme.—dijo y salió por la puerta.

Esa mujer no tenía ni idea de lo que acababa de hacer.

—No hace falta que lo hagas, se cuidarme solita—me dijo Noah con un brillo extraño en sus ojos, como si se estuviese conteniendo para mí.

Me acerqué hacía ella hasta sentarme en la silla que había a su lado.

—Dudo que sepas hacerlo, pero no es por eso por lo que me quedo—le dije clavando mis ojos en los suyos—Esta es mi casa y me quedo si me da la gana, pero procura

evitarme estos días, tú cara es lo último que me apetece ver cuando me levante por las mañanas—agregué notando como mi enfado crecía al mismo tiempo que el deseo por ella se avivaba en mi interior. Mis ojos se desviaron involuntariamente a su escote mojado por el agua de la piscina y después en su tatuaje que me volvía completamente loco.

—¡Nicholas!—me gritó Jenna indignada. Apenas le presté atención ya que mis palabras parecían haber causado cierto efecto en mi hermanastra.

Se puso de pie y yo hice lo mismo, quedando ambos enfrentados con nuestros cuerpos y miradas.

—Lo mismo te digo, gilipollas—me contesto cambiando su actitud pasiva de un segundo para otro—Volvamos al principio en donde yo te ignoro tú me ignoras y todos contentos—agregó manteniéndome la mirada sin problema.

Dios y tanto que me gustaría ignorarla. Pero su cuerpo me atraía como un maldito imán.

—Estaré contento cuando me pagues los cien mil dólares que valía mi Ferrari; hasta entonces y si no quieres tener un problema de verdad procura mantener la boca cerrada y tu persona lejos de cualquier cosa que me pertenezca.—Le contesté cogiendo mi cerveza y largándome de allí. Noah se había quedado callada otra vez; estupendo.

—¡Y eso va por ti, Jenna!—le grite a la novia de mi mejor amigo al mismo tiempo que cerraba la puerta de un portazo.

NOAH

—Esta cabreadísimo—me dijo Jenna segundos después de que Nicholas saliera dando un portazo de la cocina.

Me había impactado volver a verle, durante aquellos cuatro días había conseguido olvidarme más o menos de lo que había ocasionado en las carreras y sobre todo había intentado evitar pensar en él, puesto que cada vez que lo hacía sentía un nudo extraño y desagradable en la boca del estómago. Era consciente de que había hecho que perdiera su tesoro más valioso, su coche según Jenna, y también era consciente de que nos podrían haber matado aquella noche, pero no era totalmente culpa mía.

Nicholas me había invitado a ir aquellas carreras, de no haber sido por él yo nunca habría ido y menos con un amigo suyo, y además el delincuente de Ronnie me había engañado, me había hecho creer que podía competir con él, que quería que compitiera con él y al ver que le vencía en la carrera se había aprovechando de aquellas estúpidas normas y se había quedado con los quince mil dólares y el coche de Nick.

Sabía que iban a tener que pasar días, meses, años, para que el niño rico me perdonara y olvidara lo que había perdido, y la verdad, después de meditarlo durante mi tiempo libre, había llegado a la conclusión de que se merecía haber perdido el coche. Nicholas Leister era un creído y un prepotente, capaz de cualquier cosa con tal de conseguir lo que le diera la gana, y mira por donde, por una vez le había salido el tiro por la culata.

Con aquellos pensamientos en mente y otros mucho más dolorosos y difíciles de llevar había pasado aquellos días en

esa casa a la que intentaba acostumbrarme y a cuyos lujos aún me costaba asimilar y disfrutar. Lo malo en realidad y la causa de mi mal humor y tristeza constante era saber que mi ex novio me había puesto los cuernos a lo grande, y eso no era lo peor sino las miles de llamadas y mensajes que no cesaba de mandarme a mi teléfono con la intención de que le perdonara y que volviéramos a estar juntos.

Cada vez que mi teléfono sonaba mi corazón dejaba de latir para después hacerme daño con cada latido lento y doloroso. En todas las horas que había estado tomando el sol había comprendido que todo lo que me ataba a mi ciudad, a mi hogar se había roto para siempre y haber llegado a aquella conclusión me dolía más que cualquier otra cosa. Mi mejor amiga había decidido arriesgar nuestra amistad por un chico, *mi chico*, y encima él tenía la desfachatez de querer que le perdonase.

¡Estaba mal de la cabeza!

En la vida volvería a hablar con ninguno de ellos dos, en la vida volvería a ser tan estúpida como para caer rendida a los pies de un chico; los hombres ya me habían dado suficientes palos y encima ahora me tocaba convivir con un tío atractivo y gilipollas, con una vida paralela que nadie con un poco de sentido común querría siquiera oler de cerca.

—Que se dé una ducha fría—le contesté a mi nueva amiga Jenna, lo único bueno que había sacado de aquella noche desastrosa, y cuya alegría y sentido del humor me habían hecho aquellos días más llevaderos.

Jenna me había contado que conocía a Nicholas desde que era una cría; y por tanto lo conocía mucho mejor que cualquier persona de por allí.

Según ella mi nuevo hermanastro era un mujeriego de pies a cabeza, lo único que le interesaba era salir de fiesta, beber, divertirse, tirarse a cuantas tías se le pusieran delante y ganarle a Ronnie todas las veces que hiciesen

falta para demostrarle que quien llevaba la voz cantante en aquel mundo de la noche era él.

Nada de lo que me había confesado me había sorprendido, salvo una cosa, y ni ella sabía demasiado al respecto. Jenna me había confesado que cuando Nicholas tenía dieciocho años se había ido de casa de su padre y durante un año y medio había estado viviendo en los barrios bajos, en casa de Lion y metiéndose en millones de líos. De ahí que conociera a tantos macarras y de ahí que se hubiera metido en todo aquel mundo en el que se encontraba sumido hasta los pies. Lion era una de esas amistades que desde entonces le duraban.

Aquella revelación me había dejado completamente sorprendida. Mi madre seguro que no tenía ni idea sino me lo habría contado. Ahora comprendía como un chico de buena familia como Nick había terminado metido en cosas tan peligrosas como las que había presenciado las dos noches que había coincidido con él.

Jenna soltó una risotada.

—Debes de ser la pesadilla de Nick en persona—me dijo al mismo tiempo que sacaba un paquete de tabaco de su escote y se encendía un cigarrillo. No pude evitar asomar la cabeza para ver si mi madre estaba cerca.

—¿Y eso porqué?—le pregunté distraída al mismo tiempo que me terminaba mis cereales.

—¿Tú te ha visto?—me preguntó y yo no pude evitar fruncir el ceño—Estas muy buena, no te cortas ni un pelo en contestarle, es más te enfrentas a él sin siquiera pararte a pensar en las consecuencias, le desafías...—agregó haciéndome dejar el bol y la cuchara de un golpe sobre la encimera—Te apuesto lo que quieras que ahora mismo está pensando en hacértelo mil veces sobre esta mesa y así desahogarse de la frustración y resentimiento que siente hacia a ti...Es su forma más común de solucionar las cosas.

Mi cara la hizo volver a reírse.

—¡Vamos!—me dijo soltando una carcajada—No me puedes decir que no lo habías sopesado siquiera, ¿tu le has visto? Ese tío es el sueño de cualquier mujer y la pesadilla de cualquier hombre, si yo no le conociera desde que tengo pañales, habría caído a sus pies como casi todas las chicas de este condado.

En mi cabeza se comenzó a recrear aquel beso que nos habíamos dado encima de un coche. De vez en cuando se me había venido a la mente y mi cuerpo había reaccionado poniéndose a temblar de arriba abajo y deseando que sus manos volvieran a acariciarme... ¡Pero eso solo significaba que ambos teníamos ojos!

—Créeme cuando te digo que nunca voy a dejar que me *lo haga* sobre la mesa—le dije de malas maneras— No te niego que sea atractivo pero te aseguro que nunca, nunca, me vas a ver liada con un tío como él; Ya he tenido suficientes caras bonitas como para una eternidad; Los chicos así te la pegan a la mínima oportunidad, solo tienes que mirar a mi novio Dan.

— *Ex*, novio Dan—me corrigió, dándole otra calada a su cigarrillo.—Tienes razón, los chicos como él son un peligro pero no te vendría mal disfrutar de lo que pueden ofrecer y así olvidarte del cabrón de tu *ex*. ¿Quién dice que las mujeres no se pueden acostar con tíos por el simple hecho de querer hacerlo? Estas soltera, es verano, eres guapa, disfruta y no pienses demasiado.

No pude evitar soltar una carcajada. Madre mía, Jenna estaba completamente loca, pero lo que decía tenía sentido; tenía sentido si eras alguien como ella o como aquellas chicas que eran capaces de acostarse con cualquiera. Yo no era de ese tipo de chicas para nada.

—Que tal si dejamos el tema Leister a un lado y me dices que te vas a quedar esta noche aquí a dormir—le dije

mirándola con ojos suplicantes. Si tenía que pasar tres días con ese energúmeno yo sola y en esa casa tan grande moriría antes de que llegara el lunes.

Jenna sopesó mis palabras.

—Seguramente Nicholas invite a los chicos, lo que significa que Lion estará aquí y si a eso le sumamos bebida, música y alcohol...—sus dedos tamborilearon sobre su mejilla—Me quedo, claro—agregó con una sonrisa divertida.

Aquello me puso de muy buen humor. Con Jenna a mi lado los días pasaban muchísimo más rápido y eso era justamente lo que necesitaba en aquel momento de mi vida: que los días volaran sin siquiera darme cuenta de adonde me llevaban.

Después de las cinco mi madre se despidió de mí y se ofreció a llevar a Jenna hasta su casa para que pudiera vestirse, coger sus cosas y después venir con Lion hasta mi casa. William ya se había despedido esa misma mañana por lo que la casa se hallaba completamente sola, aparte de mí y del simpático de Nick.

Desde aquella mañana no le había vuelto a ver, y di gracias al cielo de que aquella casa fuera tan grande como para tener la sensación de estar sola cuando en realidad estaba conviviendo con un montón de personas, como los del servicio, como la cocinera, las dos asistentes, el guardia de seguridad de la entrada... y por supuesto mi hermanastro.

Esa noche, en cambio, Sophie, la cocinera se había marchado y si recordaba bien las dos muchachas que limpiaban la casa tenían la noche libre. Nunca me acostumbraría al hecho de regresar a mi habitación habiendo dejado todo hecho un desastre y encontrarme la cama hecha y todo absolutamente limpio; era agradable, sí, pero extraño.

En ese momento, y después de haber estado metida en mi dormitorio leyendo un buen libro había decidido bajar a comer algo. Ya eran las ocho de la noche y mis tripas no dejaban de protestar enloquecidas. Me puse mis zapatillas de andar por casa y fui bajando las escaleras al mismo tiempo que me iba recogiendo un moño desaliñado e improvisado en lo alto de la cabeza.

Y entonces justo cuando entré me encontré la escena más asquerosa que alguien pueda ponerse delante. Una tía vestida con ropa interior que no dejaba nada a la imaginación estaba sentada sobre la encimera donde desayunábamos todos los días, donde yo desayunaba todos los días, y un Nicholas en pantalones de chándal y sin ninguna camiseta le recorría el cuerpo con las manos al mismo tiempo que la besaba de forma que debería ser ilegal.

—¡Que asco!—no pude evitar gritar, al mismo tiempo que me tapaba los ojos con el brazo.

Escuché una maldición por parte de él y una risita tonta por parte de ella.

—Lárgate, quieres—me contestó el muy salido, repugnante, perverso...

—¡Estas en la cocina!—seguí gritándole. No pude evitar sentir una rabia furiosa en mi interior. ¿Era idiota o qué? ¿Por qué no se ponía hacer sus guarradas en su habitación; o en cualquiera de los miles de lugares que la casa podía ofrecerle? ¿Por qué se ponía justamente en la cocina y justamente a la hora de cenar?—Llévate a tu puta...

—Mandy espérame en mi cuarto—escuche que le decía al mismo tiempo que me interrumpía. Esperé aún con el brazo tapando mi cara hasta que escuche que la idiota salía por la puerta.

Al abrir los ojos vi a Nicholas mirándome con el semblante serio y enfadado.

¿Él se enfadaba? ¿En serio?

—¿No puedes mantener la puñetera boca cerrada ni cuando hay gente delante?—me preguntó acercándose amenazadoramente.

—uy, lo siento, ¿he herido los sentimientos de la prostituta?— le dije con sarcasmo y disfrutando de cada una de las palabras—¿Ahora no va a poder hacer su trabajo?

El rostro de Nick ni se inmutó, es más sonrió con algún tipo de malicia.

—¿Te ofreces tú para hacer su trabajo?—dijo mirándome lascivamente de arriba abajo. De alguna manera aquella mirada, en vez de cabrearme me encendió por dentro.— Espera... no sabrías ni cómo empezar...—agregó sonriendo al ver cómo me ponía colorada.

Vale, yo no tenía mucha experiencia en ese campo, pero y tanto que podía conseguir que un tío se volviera loco si así lo requería la situación.

—A ti no te tocaría ni con un palo—le dije seguramente hiriendo su ego masculino pero en cambio él me dirigió una mirada divertida y lasciva.

—Se dé un montón de cosas que te harían enloquecer y que se hacen con un palo, un palo bien grande, pecosa—me dijo acercándose más.

¿Qué estaba haciendo?

—Eres asqueroso—fue lo primero que se me ocurrió decirle porque su proximidad me estaba poniendo nerviosa.

—Más que asqueroso—me dijo acercando sus labios a mi oído. Me quedé quieta intentando demostrarle que no me importaba su proximidad.— Tan asqueroso que no pienso desperdiciar ni un segundo más hablando contigo—agrego volviéndose a separar. Sus ojos buscaron los míos otra vez y me los sostuvieron con dureza— Quédate abajo si no quieres que tu mente inocente tenga pesadillas a partir de ahora, con taparte los ojos no va a ser suficiente.

—Que te jodan—le dije dando un paso hacia atrás.

Él sonrió con suficiencia y salió de la cocina.

Yo fui directa hacia la nevera. La abrí tan fuerte que los tarros de leche tintinearón con estruendo y varios botes se volcaron sobre las encimeras.

¿Por qué demonios me molestaba lo que me había dicho? ¿Por qué una parte de mí quería demostrarle lo "inocente" que podía llegar a hacer? ¿Por qué no me podía quitar de la cabeza la imagen de esos dos haciéndolo de manera escandalosa en la habitación de arriba?

Me comí mi bocadillo intentando no pensar en lo que estaba ocurriendo tan cerca de mi habitación y tal y como él me había dicho me quedé abajo tirada en el sofá mirando la tele esperando a que Jenna regresara.

Media hora más tarde escuche como sonaba el timbre y fui corriendo hacia allí.

Al abrir la puerta me encontré con todo menos con Jenna y Lion. Un montón de tíos y tías con barriles de cerveza comenzaron a entrar por la puerta.

Al escuchar el estruendo Nicholas apareció en lo alto de las escaleras, aún vestido solo con las calzonas y con el pelo revuelto e invitó a todos a que entraran y pusieran la música.

Diez minutos más tarde aquello era una completa locura. No conocía ni a la mitad de las personas que había allí, alguno sí que me sonaban de haberlos visto en las carreras pero la mayoría no los había visto en mi vida.

La bebida comenzó a correr como si se tratara de agua fría y la música resonó por unos altavoces que no sabía ni donde estaban. Los vasos de plástico rojo rularon como la pólvora y las tías en biquini y pantalones súper cortos ocuparon las mesas y cualquier superficie alta para poder bailar provocativa mente.

Me sentía totalmente fuera de lugar con mis pantalones cortos de chándal y mi moño desaliñado. Estaba esperando a que Jenna llegara pero esta se retrasaba y cada vez me apetecía menos estar allí rodeada de aquellas personas.

Me fui directa hasta mi habitación asegurándome de haber cerrado con llave y me propuse ponerme algo mejor y más acorde con lo que la noche ofrecía. Busque en mi vestidor algo con lo que sentirme cómoda y guapa al mismo tiempo.

Jenna había estado revolviendo mi armario en los días que había estado allí conmigo y había un conjunto de pantalón corto negro y camiseta súper ajustada que le encantaba. Para fastidiarla y reírme un rato me lo puse. Los pantalones eran negros y se pegaban a mí trasero como una segunda piel. La camiseta era color naranja y cruzada por detrás y me quedaba de maravilla con el moreno que había ido cogiendo durante aquellos días. Satisfecha con mi atuendo, me solté el pelo, me puse unas sandalias chatas, por que pasaba de ponerme tacones para estar en mi casa, y salí corriendo en cuanto volví a escuchar el timbre de la entrada, que sonaba tan fuerte como la música.

Antes de llegar hasta allí mi amiga ya había entrado acompañada del buenorro de su novio Lion. Verlos juntos era un espectáculo para la vista. Ella al contrario que yo sí que había optado por ponerse unos taconazos y aún así seguía siendo un poco más baja que su novio que iba vestido con vaqueros y camiseta negra ancha.

Jenna se me acercó con una sonrisa divertida.

—Estas cañón, nena—me dijo guiñándome un ojo—¿Le has echado ya el ojo a alguien? Ese cuerpo necesita que le den mambo—gritó soltando una carcajada y haciendo que yo me sonrojara al mismo tiempo que me partía de risa.

Jenna era un soplo de aire fresco y con los pocos días que la conocía me hacía sentir que podía confiar en ella.

—Vamos a beber algo que tengo la garganta seca—le dije empujándola hacia la cocina y en donde la mayoría de la gente se encontraba ya que la cocina conectaba con la puerta que daba al jardín y en donde media docena de tíos ya se habían metido en la piscina y mojado a medio mundo.

Lion nos siguió al mismo tiempo que muchos de los allí presentes le saludaban y chocaban los puños con él.

Ya en la cocina, Jenna se fue directa al barril de cerveza y yo acepté cuando me tendió uno de esos vasos rojos con líquido espumoso.

Estaba buena, rica y refrescante y agradecí tener aquella distracción para así poder olvidarme de mi ex.

Allí apoyado en una encimera y rodeado de mujeres estaba mi hermanastro que se sacó de encima a una tía pelirroja para así poder saludar a su mejor amigo. Entonces me vio y su rostro se desencajó.

—¿Qué haces aquí?—me preguntó mirándome como si fuera lo último que quería tener delante.

—Vivo aquí—le contesté cortante sin poder evitar fijarme en lo bien que le quedaba aquella camisa blanca... Dios, le resaltaba el moreno y el contraste con su pelo negro y sus ojos azules era increíble. Normal que tuviera a casi todas las chicas pendientes de él. Jenna iba a tener razón, Nick estaba demasiado bueno para que una no se sintiese afectada.

—Desgraciadamente—me contestó girándose y bebiéndose todo lo que le quedaba en su vaso de cerveza.

Genial, intoxícate, imbécil.

—¡Vamos a bailar!—me dijo entonces Jenna tirando de mí hacia fuera, en donde la música estaba más alta y subiéndose conmigo a una de las tumbonas. Casi todas las chicas hacían lo mismo pero fue divertido; además en ese momento sonaba una canción que me encantaba, la

canción del verano y todos los allí presentes estaban cantándola a voz en grito y moviéndose al son de la música.

Seguí bebiendo mientras mi cabeza se alejaba de mis horribles sentimientos y del rostro de Dan, tan rubio y tan guapo, y el recuerdo de sus manos acariciándome cuando estábamos solos o como cuando me besaba en la nariz cuando hacía muchísimo frío y se reía de mí diciendo que me parecía a un reno de navidad. Era una idiota pensando en esos estúpidos recuerdos pero habían sido seis meses de mi vida... Tampoco era mucho pero yo los había vivido con intensidad... le quería... había sido mi primer novio de verdad y que me hubiese engañado con alguien tan importante... no, simplemente que me hubiese engañado...

Enfadada me giré y entré en la casa para servirme más cerveza. Jenna estaba por allí con Lion por lo que fui a buscarla en el salón, repleto de gente y con la música a todo volumen con la intención de distraerme con ella. Justo en ese instante me llegó un mensaje al móvil. Sabía de quien se trataba, seguramente era Dan, pero al leerlo comprobé que era de la misma persona que me había mandado la foto de Dan y Beth besándose.

Quien fuera estaba claro que le gustaba atormentarme puesto que el email tenía como nombre: *más evidencias de tu engaño*. Justo cuando le iba a dar a abrir el archivo, con el corazón casi saltándose de mi pecho, el móvil se me apagó. Mierda... me había quedado sin batería, normal si lo único que había hecho ese día había sido recibir mensajes de Dan y llamadas telefónicas que intente con todas mis fuerzas ignorar. Con los nervios a flor de piel e impulsada por algún instinto masoquista, eso estaba claro, por que quién iba a querer ver más imágenes de su novio poniéndole los cuernos, vi que el iphone de Nick estaba allí sobre la mesita del salón.

Había demasiada gente a mi alrededor por lo que nadie me vio cuando lo cogí y me dirigí a una esquina que estaba más apartada de la gente, junto a la puerta del despacho de Will. Me temblaban tanto las manos que me costó dar con los botones adecuados, teniendo que borrar y volver a escribir mi correo electrónico como cinco veces pero finalmente di con lo que buscaba y el archivo de email se abrió para mí. Allí junto la foto que ya había visto había un montón de instantáneas de Dan y Beth enrollándose en la fiesta que supuse me habían engañando por primera vez... nada más lejos que la realidad. Había más fotos, de días diferentes de ellos besándose, incluso fotos hechas por ellos mismos, con la mano estirada y mirando a la cámara con los labios hinchados y los ojos brillantes. Me enfade tanto viendo esas fotos, sentí tanta rabia y dolor en mi interior que por poco se me cae el móvil al suelo.

Entonces alguien se me acercó por detrás.

—¿Qué demonios estás haciendo con mi móvil?—me dijo aquella voz tan conocida e irritante. Me sobresalté y antes de que pudiera cerrar lo que había estado viendo, Nicholas me arrancó el teléfono de las manos y se puso a mirar las fotos con el ceño levemente fruncido.

—Dámelo—le dije sintiendo que comenzaba a ahogarme en mi propia desdicha.

Una sonrisa de lado apareció en su rostro.

—Es mío ¿recuerdas?—me dijo aún con la mirada clavada en la pantalla.

Me propuse girar y marcharme. Sabía que estaba muy cercana a pegarme con alguien, lo sentía en la forma que me temblaban las manos y el picor que sentía en los ojos con unas increíbles ganas de llorar.

Una mano me agarró el brazo volviéndome a girar.

Los ojos de Nick se clavaron en mi rostro mirándome con escrutinio.

—¿Por qué miras esta mierda? ¿eres masoquista o que te pasa?—me dijo disgustado, metiéndose el teléfono en el bolsillo trasero y aún sujetándome por el brazo. Al parecer yo no era la única que pensaba eso de mí.

—Puede que lo sea—le conteste mirándole fijamente.—Y ahora mismo te aseguro que eres la última persona que quiere estar delante de mí—le dije sabedora de que pagaría mi mal humor con cualquiera pero sobre todo con él.

Me observó de forma extraña, como si de alguna manera quisiese comprender hacía donde se dirigían mis pensamientos.

—¿Y eso porqué, pecas?

No pude evitar poner los ojos en blanco ante el maldito apodo que había decidido ponerme.

—Haber, déjame pensar...—dije con sarcasmo—desde que he llegado aquí no has dejado de hablarme mal, amenazarme, dejarme tirada en medio de la carretera, comportarte como un autentico salido y... ah sí, se me olvidaba... conseguir que me drogaran.—le dije numerando sus malditos defectos con cada uno de mis dedos.

—Por lo tanto ahora es mi culpa que el capullo de tu novio te pusiese los cuernos—me dijo soltándome el brazo y observándome como si mi actitud le hiciese gracia. La verdad es que casi siempre estaba cabreado por lo que aquella actitud era una novedad, aunque seguramente era porque había estado bebiendo al igual que todos.

—Simplemente estoy cabreada con la vida en general así que déjame en paz—le solté adelantándome con la intención de rodearle y marcharme a mi habitación. Me bloqueó el paso con su gran cuerpo y uno de sus brazos me rodeó por la cintura. Antes de saber que estaba ocurriendo me empujó dentro del despacho de Will, cerró la puerta y me apretó contra ella. Dentro estaba oscuro, aunque la luz

de la luna entraba atreves de las ventanas que había detrás del escritorio y los sillones.

Solté todo el aire que estaba conteniendo al verme de repente rodeada por aquel hombre tan espectacular y a la vez exasperante.

Su mirada se clavó en la mía y entonces me di cuenta de lo borracho que estaba. Había estado tan cabreada y triste con lo de las fotos que simplemente había obviado aquel detalle pero al ver como se estaba comportando no cabía duda de cuál era su estado.

—Deja ya de pensar en ese idiota—me dijo apartándome el pelo del hombro y besándome la piel desnuda.

Fue tan inesperado como intenso. Me recordó el beso que nos habíamos dado en las carreras. Lo que había empezado como una simple venganza había terminado en convertirse en un beso realmente placentero y excitante... igual que lo que estaba ocurriendo en aquel instante.

—¿Qué haces?—dije entrecortadamente cuando sus labios comenzaron a subir lentamente por mi cuello, depositando pequeños besos ardientes hasta llegar a mi oreja... tuve que cerrar los ojos cuando sentí sus dientes clavárseme en la piel...

—Demostrarte lo *buena* que puede ser la vida—dijo con la respiración acelerada mientras una de sus manos se metía por debajo de mi camiseta y comenzaba a acariciarme la espalda, primero con delicadeza después apretándome contra su duro cuerpo.

Estaba claro que no sabía lo que estaba haciendo... ¿acaso se había olvidado de con quien se estaba besando? Nos odiábamos, más ahora que había conseguido que se quedase sin su juguete preferido y mucho menos después de que uno de sus enemigos más acérrimos le disparara por la espalda por mi culpa... ¿pero entonces porque yo

tampoco podía dejar de disfrutar con aquellas caricias tan ardientes y tan inesperadas?

—He tenido que contenerme contigo durante demasiado tiempo... y maldita sea, te has metido en mi cabeza y no hay forma de librarme de ti— dijo cabreado mientras me levantaba con facilidad obligándome a rodearle las caderas con mis piernas.

No tuve tiempo ni de asimilar lo que me dijo porque de repente sus labios estaban sobre los míos. Inesperados, ardientes y posesivos...

como nunca nadie me había besado.

Al principio me chocó volver a sentirlo de aquella forma y más aún después de su actitud durante aquel día, pero mis pensamientos al igual que mis sentimientos, problemas o cualquier cosa que me hubiese estado afectando en los pasados minutos quedaron relegados a segundo plano porque madre mía... ese chico sí que sabía lo que hacía.

Su lengua arremetió contra la mía de forma pasional, sin darme un respiro y sentí su aliento embriagador en mi boca y sin darme cuenta de lo que hacía me encontré a mi misma respondiéndole de la misma forma.

Mis manos se enredaron en su cuello y le atraieron hacia a mí como si le necesitase para respirar, todo una contradicción ya que su forma de besar me estaba dejando sin oxígeno a cada segundo que pasaba.

Tiré de su pelo hacia atrás cuando tuve que volver a respirar.

Él gruñó de dolor cuando tiré aún más fuerte al ver que no se separaba de mi boca.

Ambos respirábamos jadeando y sus ojos azules se clavaron en los míos cuando intenté controlar las oleadas de placer ardiente que me recorrían de la cabeza a los pies. Aún le rodeaba con mis piernas y pronto sus manos me

apretaron con fuerza contra su cuerpo como si no soportara que hubiese espacio entre los dos.

—Eres un bruto—le dije jadeando y sin poder contenerme, aunque me daba claramente igual sus formas de tratarme, en menos de cinco minutos me había tenido dispuesta a darle lo que me pidiera.

—Y tú insoportable.

No me dio tiempo a rebatírsele puesto que sus labios volvieron al ataque un segundo después.

Dios, aquello era demasiado intenso, le sentía por todas partes, sus manos comenzaron a desabrocharme la blusa con una mano mientras que con la otra me apretaba las caderas con fuerza; con la respiración acelerada comenzó a moverse hacia la derecha, seguramente con la intención de colocarme sobre la mesita que había allí pero yo tiré de él hacía atrás y mi espalda volvió a chocar contra la pared. De pronto se oyó un clic y la luz de la habitación se encendió iluminando todo a nuestro alrededor y a nosotros mismos con una claridad dolorosa.

Fue como si nos hubiesen echado un vaso de agua fría sobre la cabeza.

Nicholas se detuvo; me miró sorprendido y jadeante al igual que yo, la realidad anteponiéndose a la atracción física de nuestros cuerpos.

Nicholas apoyó su frente contra la mía, y cerró los ojos con fuerza por unos segundos que se me hicieron interminables.

— *Mierda*—dijo entonces depositándome en el suelo y sin siquiera volver a mirarme se giró y salió por la puerta.

La realidad me golpeó tan dolorosamente que mis piernas me hicieron resbalar hasta quedarme sentada en el suelo contra la pared. Me rodeé las rodillas con las manos mientras me daba cuenta de lo que acabábamos de hacer.

Enrollarme con Nicholas no solucionaría absolutamente nada. No haría que los cuernos que me había puesto mi novio desaparecieran, no haría que la soledad que sentía al vivir en aquel lugar sin mi familia ni mis amigos doliese menos, y mucho menos iba a hacer que mi relación con él mejorara de alguna forma. Aquel episodio con Nick solo podía significar una cosa: *problemas*.

NICK

Ardía por dentro. En todos los sentidos posibles de la palabra, estaba ardiendo. Hacia una semana que no había dejado de pensar en el beso que nos dimos en las carreras y eso me había puesto cada vez de peor humor.

Verla allí en mi casa restregándome algo que no podía tener era algo que no podía soportar. Aquella noche estaba increíble, y no podía quitar mis ojos de su cuerpo. De sus piernas, de su escote, de su pelo increíblemente largo y brillante, pero lo que no podía aguantar era que bailara delante de mis narices con mis amigos y ver como todos se la comían con los ojos. Ya había tenido que soportar como varios de ellos decían obscenidades refiriéndose a ella y me sorprendía lo mucho que me afectaba puesto que yo era de los primeros en decir ese tipo de cosas cuando aparecía una tía que estuviese buena, ¿pero con Noah? Simplemente era algo que me enloquecía.

Cuando la vi con mi móvil y me fijé en las fotos que le estaban mandando sentí un poco de pena por ella y rabia hacia quien fuera incluyendo a ese ex novio suyo, pero lo que claramente no había planeado era llevarla al despacho de mi padre y enrollarme con ella. Estaba claro que tenía varias copas de más y no me di cuenta de lo que estaba haciendo hasta que no se encendió la luz y la vi claramente. Sus mejillas estaban sonrosadas y sus labios hinchados por mis besos... Joder solo de pensarlo me daba ganas de ir en su busca otra vez, pero no podía hacer eso, no con ella, era mi hermanastra por el amor de Dios, la misma hermanastra que había puesto mi mundo patas arriba y la misma que había hecho que perdiera mi coche.

Me quite aquellos pensamientos de mi cabeza y salí al jardín. Iba a permanecer alejado de ella, no podía acostarme con alguien que vivía en mi casa, alguien que vería todos los días y menos con alguien que era hija de la persona que había ocupado el lugar de mi madre, un lugar que hacía muchísimo tiempo había descartado de mi vida.

Me quedé fuera hasta que la mayoría empezó a marcharse, dejando a su paso un completo desastre, con vasos de plásticos tirados por el césped, botellas de cerveza, y quién sabe qué más. Frustrado me encaminé en dirección a la puerta de la cocina, no sin antes fijarme en los que quedaban por allí. Entre los pocos rezagados estaban Jenna y Lion. Ella estaba sentada sobre su regazo mientras él le besaba en el cuello haciéndola reír.

Por poco y no vomito por el camino. Quien me iba a decir que esos dos iban a acabar así. Lion era como yo, le encantaban las mujeres, las fiestas, las carreras, la droga... y ahora se había convertido en el perrito faldero de una cría como Jenna.

Las mujeres solo servían para una cosa, todo lo demás acarreaba problemas, ya lo había comprobado con mis propias experiencias.

—¡Eh, tío!—me gritó Lion haciéndome girar—Mañana hay barbacoa en casa de Joe, ¿te veo allí?

Barbacoa en casa de Joe, eso solo significaba fiesta hasta la madrugada, muchas tías buenas y buena música... pero yo ya tenía planes para el día siguiente, unos planes que quedaban a más de seis horas de distancia y los cuales adoraba y odiaba al mismo tiempo.

Me giré hacia él.

—Mañana me voy a las Vegas—le dije mirándolo con cara de circunstancias. Él lo comprendió al instante y asintió.

—Diviértete y mandale recuerdos a Maddie—me dijo sonriendo a la vez que Jenna me observaba con interés.

—¿Quién es Maddie?—me preguntó con voz melosa—
¿Una show girl de las Vegas, Nick? Veo que cada vez
apuntas más alto... o más bajo dependiendo de cómo se
mire.

La fulminé con la mirada, antes de que Lion
interrumpiera lo que estaba a punto de decirle.

—No te metas, Jenna—le dijo antes de volverse hacía a
mí y dejarme claro con su mirada que no la tomara con ella.

Respiré hondo y me calmé.

—Os veo cuando vuelva—les dije a modo de despedida
para después atravesar la casa y subir hasta mi habitación.
Había una tenue luz bajo la puerta del cuarto de Noah, y me
pregunté si estaría despierta, para después recordar que le
tenía miedo a la oscuridad.

Algún día cuando las cosas se calmaran entre los dos le
preguntaría por ello; esa noche solo me quedaba descansar;
mañana sería un día muy largo.

La alarma del móvil sonó a las seis y media de la
mañana. La apagué con un rugido al mismo tiempo que me
decía a mí mismo que tenía que espabilar si quería estar en
las Vegas a eso de las doce del mediodía. Esperaba que
conducir durante tantas horas me ayudara a calmar el mal
humor que aún persistía desde la noche anterior. Salí de la
cama y me di una ducha rápida; me puse los vaqueros y
una camiseta de mangas cortas consiente del calor infernal
que haría en Nevada y el cual detestaba desde la primera
vez que había estado allí. Las Vegas era un sitio alucinante
siempre y cuando estuvieras dentro de los hoteles con aire
acondicionado; fuera era casi imposible estar más de una
hora sin agobiarte por el calor húmedo del desierto.

Los recuerdos de la noche anterior volvieron a azotarme
en cuanto pasé por la puerta entreabierta de Noah; como si
no hubiese tenido suficiente con haber soñado con ella toda

la maldita noche. Se me había metido en la cabeza y no había manera de sacarla de allí.

Bajé los escalones y me fui directo a la cocina a por una taza de café. Sophie no llegaría hasta pasadas las diez por lo que me las ingenie como pude para hacerme un desayuno más o menos decente. A las siete ya estaba montado en mi coche y listo para marcharme.

Con la música distrayéndome intenté ignorar la sensación que siempre me embargaba cuando tenía que ir a ver a Madison, aún recordaba el día en el que me había enterado de su nacimiento.

Tenía diecinueve años cuando llegó aquella llamada que me afectó tanto o más que la desaparición de la persona que la hacía. Mi madre, Anabell Grason, antiguamente Anabell Leister, nos había abandonado a mi padre y a mí cuando yo solo tenía doce años. Aún podía recordar el vacío que se adueño de mí mismo cuando comprendí que nunca más iba a volverla a ver. Mi relación con ella siempre había sido muy estrecha, mi madre me adoraba o eso siempre me decía, al contrario que mi padre, cuya relación conmigo siempre había sido de frío contacto y peleas constantes. Mi madre había sido la mediadora en esas peleas, hasta que se marchó. La tristeza que sentí al comprender que se había marchado sin más se fue convirtiendo en un profundo odio hacia ella y a las mujeres en general, la única que debía quererme por encima de todas las cosas me había cambiado por otro hombre, un millonario dueño de uno de los hoteles más importantes de Las Vegas y cuyo nombre mi padre había limpiado después de que se le acusara de fraude por más de diez millones de dólares. Así se conocieron mi madre y él, porque había sido un cliente de mi padre, un amigo, un socio... Y

la muy zorra lo había abandonado.

Cuando fui creciendo y cualquier sentimiento hacia ella hubo desaparecido mi padre me contó toda la verdad. Mi madre nunca había sido feliz con él, me había querido a mí pero era una infeliz que lo único que deseaba era tener más millones a cada día que pasaba. No le bastó estar casada con uno de los empresarios y abogados más importantes del país, prefería acostarse con el fraude de Grason. Ese hombre, el marido de mi madre, fue el que le prohibió volver a verme o a tener cualquier contacto conmigo o con mi padre y en el momento en el que ella aceptó esa petición dejó de tener cualquier relación conmigo. Los abogados de mi padre consiguieron la custodia completa y mi madre renunció a cualquier derecho sobre mí... hasta hacía cuatro años, cuando se enteró de que estaba embarazada y su vena maternal resurgió de la nada.

Me había llamado después de siete años sin saber absolutamente nada de ella para decirme que quería volver a verme y quería que conociera su hija recién nacida, mi hermana, Madison, que cumplía cinco años aquel mismo día.

Al principio lo único que fui capaz de hacer fue colgar el teléfono y decirle que no volviera a llamarme nunca más. Dos días después tres fotos de un bebe diminuto me llegaron a mi correo electrónico. Ni siquiera sabía cómo lo conseguía pero sabía mi teléfono, mi correo y también donde poder localizarme.

Solo tiene un mes y deseo que mi hija tenga un hermano mayor como tú. Siento haberte abandonado, Nicholas, espero que el poder dejarte ver a tu hermana haga que algún día puedas perdonarme por lo que te hice.

Estuve otros dos meses sin tener ningún contacto con ella aparte de las fotos que me enviaba constantemente contándome todo lo que hacía mi hermana. Sentía un nudo en el pecho cada vez que pensaba que esa niña, sangre de

mi sangre, solo conocería al estafador de su padre y a la arpía y loca de mi madre.

Así pues mi padre se enteró, y le dejé muy claro que quería obtener algún derecho sobre mi hermana pero sin tener ningún contacto con mi madre o su marido. Ella había renunciado a mí y yo solo sentía desprecio y odio hacia aquella mujer que había arruinado mi infancia.

Después de meses luchando con abogados el juez me cedió libertad para ver a mi hermana dos días de cada semana, siempre y cuando la dejara a las siete de la tarde en casa otra vez. Mi madre y yo no tendríamos ningún contacto y una asistente social se encargaría de llevarme a Madison para que yo pudiera recogerla y pasar tiempo con ella. Debido a la distancia que nos separaba eran pocas las veces que la veía pero por lo menos dos veces al mes me la llevaba por ahí y disfrutaba de la compañía de la única chica a la que decidí abrir mi corazón.

Mi madre y yo no volvimos a vernos después del juicio y pareció aceptar que no volvería a tener ninguna relación con su hijo primogénito.

Aunque no podía evitar que Madison hablara de ella o le hablara a mi madre de mí. Eso era lo que odiaba de aquellas visitas, porque de algún modo no podía romper la relación del todo, siempre estaría ese pinchazo de dolor cada vez que escuchara hablar de aquella madre que decidió abandonarme por otro hombre.

Seis horas y media más tarde, me detuve en el parque donde siempre me esperaba mi hermana y la asistente social. Me aseguré que el regalo de mi hermana estuviera bien escondido en el asiento del copiloto y bajé del coche encaminándome hacia la fuente que había en el centro del parque.

Miles de niños correteaban y jugaban por ahí. Nunca había sido fan de los niños pequeños y aún seguía pensando que eran insoportables y llorones, pero había una pequeña insoportable y llorona que me tenía cautivado.

No pude evitar que se me formara una sonrisa en el rostro cuando vi a lo lejos una cabecita rubia de espaldas a mí que se inclinaba en aquel instante sobre la fuente, sin importarle el hecho de que podía caerse en cualquier momento.

—¡Eh, Maddie!—grité, captando su atención y viendo como su ojos se agrandaban al verme allí de pié a tres metros de distancia—¿Piensas darte un chapuzón?—le grité al mismo tiempo que se formaba una sonrisa enorme en su rostro de ángel y salía corriendo en mi dirección.

—¡Nick!—gritó en cuanto me alcanzó y me incliné para cogerla en brazos y levantarla en el aire. Sus rizos rubios como el oro revolotearon a su alrededor y sus ojos azules iguales a los míos me miraron llenos de emoción infantil—¡Has venido!—me dijo enroscando sus bracitos entorno a mi cuello.

La abracé con fuerza, sabiendo que esa niña tenía mi corazón en su pequeño puño regordete.

—Pues claro que he venido, no todos los días se cumplen cinco años, ¿Qué esperabas?—le dije dejándola en el suelo y colocando la palma de mi mano en su cabeza—Estas enorme. ¿Cuánto has crecido? Diez metros por lo menos—le dije disfrutando al ver como sus ojos brillaban con orgullo.

—Mas que eso, casi sientimil—me dijo inventándose por completo aquel número.

—¡Eso es un montón! dentro de poco estarás más alta que yo, incluso—le dije a la vez que una mujer alta y regordeta con una carpeta bajo el brazo se acercaba hacia nosotros.

—¿Qué hay Anne?—le dije en modo de saludo a la mujer que el gobierno había encomendado encargarse de que yo viera a mi hermana pequeña.

—Tirando—dijo en su habitual tono seco— hoy tengo mucho trabajo así que te agradecería que me trajeras a tú hermana a la hora pactada, ni un minuto más ni un minuto menos Nicholas, no querrás que se repita lo de la última vez —me dijo mirándome con cara de pocos amigos.

La última vez mi hermana había llorado tanto cuando le había dicho que debía irme que había llegado una hora y media tarde al encuentro con Anne. Se había formado el caos, ella había llamado a la policía, a los asuntos sociales, y por poco me prohíben volver a verla sin supervisión.

—Tranquila estará aquí a las siete—le dije en modo de despedida al mismo tiempo que cogía a Maddie en brazos y me la llevaba hasta mi coche.

—¿Sabes una cosa Nick?—me dijo pasando sus deditos por mí pelo.

Desde que había tenido la capacidad de hacerlo ese siempre había sido su entretenimiento favorito, despeinarme.

—¿Qué?—le pregunté mirándola con diversión. Mi hermana era diminuta. Aún teniendo cinco años era más pequeña de lo normal y eso era porque había nacido con una enfermedad, padecía de Diabetes tipo 1, una enfermedad frecuente en niños producida por la falta de fabricación de insulina por parte del páncreas. Mi hermana llevaba ya dos años teniendo que pincharse inyecciones de insulina unas tres veces al día, y debía tener muchísimo cuidado con la comida que ingería. Era una enfermedad común sí, pero si no se tenía cuidado podía ser muy peligrosa. Madison tenía que llevar siempre con ella un aparato electrónico que leía la cantidad de glucosa que tenía en la sangre. Ese aparato funcionaba con una gota de

sangre procedente de un pequeño pinchazo en uno de sus dedos; si la glucosa no estaba en un nivel normal necesitaba que le suministraran insulina.

—Mamá me ha dicho que hoy puedo comer una hamburguesa—me dijo con una sonrisa radiante.

La miré con el ceño fruncido. Mi hermana no mentía pero no quería arriesgarme a hacerla comer algo que luego le sentara mal, y tampoco iba a llamar a mi madre para comprobar si decía la verdad. Esas cosas debían de comunicarse atreves de la asistente social y Anne no me había dicho nada.

—Maddie, Anne no me ha dicho nada de eso—le dije mientras llegábamos al coche y la dejaba en el suelo, a mi lado.

Mi hermana abrió mucho los ojos y me observó detenidamente.

—Mamá me ha dejado—dijo con terquedad—me ha dicho que es mi cumpleaños y que puedo comer en McDonald's—agregó mirándome con sus ojitos suplicantes.

Suspiré. No quería negarme a que mi hermana pudiese comer lo que todos los niños adoraban. Ya bastante odiaba saber que no podía disfrutar de una vida completamente normal, yo había tenido que pincharla bastantes veces en su barriguita de niña pequeña y odiaba ver los hematomas que los pinchazos continuos dejaban en su blanca piel.

—Esta bien, llamaré a Anne a ver qué opina, ¿Vale?—le dije al mismo tiempo que abría el maletero y sacaba la sillita para el coche que llevaba para aquellas ocasiones.

—Nick, ¿hoy jugaras conmigo?—me preguntó emocionada. Sabía a ciencia cierta que a mi hermana la criaban dos niñeras no muy propensas a jugar a lo que ella quería. Mi madre casi nunca estaba en casa, viajaba casi todo el tiempo con el cabrón de su marido, y mi hermana se

pasaba muchísimos días sola, rodada de gente que no la querían como ella se merecía.

—Hablando de jugar, te he traído un regalo, princesa, ¿lo quieres ver?—le dije terminando de colocar la silla adecuadamente en el asiento trasero y estirándome para coger el regalo redondo envuelto en papel plateado y con un gran lazo que la dependienta de la tienda le había puesto por mí.

—¡Sí!—dijo emocionada saltando en su sitio.

Con una sonrisa le tendí el más que obvio paquete.

Le rasgó el papel a una velocidad alucinante y el balón de fútbol americano de color fucsia quedó a la vista.

—¡Qué bonito! Me encanta, Nick, es rosa, pero un rosa guay, no ese rosa para bebés que le gusta tanto a mamá, y es un balón de fútbol, mamá no me deja jugar, pero contigo jugaremos, ¿a que sí?—me dijo gritando con esa voccecita que hería los tímpanos de cualquiera pero que yo adoraba por encima de todas las cosas.

Que podía decir, a mi hermana le encantaba el fútbol, y lo prefería a cualquier tipo de muñeca cursi, cosa que al parecer sus padres no dejaban de comprarle.

Me fijé en el vestido azul que llevaba, en los zapatos de charol y las medias de puntillas.

—¿Pero quién te ha disfrazado?—le dije levantándola en al aire otra vez. Era un peso pluma, seguramente pesaba menos que el balón que sostenía. Era muy parecida a mi madre, y siempre que la miraba sentía una punzada en el pecho. De alguna forma Madison era mi consuelo por haber perdido a mi madre siendo tan joven; y el gran parecido que tenía era alucinante. A mí solo se parecía en los ojos claros y las pestañas oscuras, por Dios hasta tenía los mismos hoyuelos que ella.

Madison me miró con cara de pocos amigos, un gesto que claramente había aprendido de mí.

—La señorita Lillian no me ha dejado ponerme el equipo de fútbol, le he dicho que contigo jugamos y me ha regañado, me ha dicho que no debo hacer ejercicio físico porque entonces me pondré enferma, pero eso no es verdad, puedo jugar siempre y cuando me haya dado la inyección tú lo sabes, ¿a que si jugaremos, Nick? ¿A que sí?

—Eh tranquila, enana, claro que jugaremos y ya le puedes ir diciendo a la Lillian esa que conmigo se juega todo lo que nosotros queramos, ¿Vale?—me sonrió encantada.

—Te comprare algo de ropa para que podamos jugar sin que te ensucies ese vestido—le dije dándole un beso en la mejilla y sentándola en la silla. No se quedó quieta, tirando arriba y abajo el balón y cuando le hube puesto el cinturón me encaminé hacia el asiento del conductor.

Durante el trayecto llame a Anne para preguntarle sobre lo de la hamburguesa y en efecto, mi hermana podía comer aquel día en el McDonald's. Resuelto ese problema disfruté de la conversación infantil mientras conducía en dirección al mejor McDonald's de las Vegas. Antes de bajarnos cogí de su mochila la inyección que debía darle siempre a la misma hora y antes de comer.

—¿Lista?—le pregunté subiéndole el vestido, cogiéndole un pellizco de piel por debajo del ombligo y acercando la aguja a su piel traslucida.

Sus ojitos siempre se ponían llorosos pero nunca se quejaba. Mi hermana era valiente y detestaba que le hubiese tocado aquella enfermedad. Si pudiera me la pasaría a mí en menos de un segundo, pero la vida era así de injusta.

—Sí—dijo en un susurro.

Diez minutos después estábamos comiendo rodeados de personas con niños gritando y gente riéndose a carcajadas.

—¿Esta buena?—le pregunté mientras se manchaba toda la boca con Kétchup.

Asintió y disfruté al verla comer.

—¿Sabes Nick?, dentro de poco empezaré a ir al cole—me dijo cogiendo patatas y metiéndoselas en la boca—mamá me ha dicho que será muy divertido y estaré con un montón de niños nuevos—siguió contándome—Mamá dice que cuando tú empezaste el cole te peleabas con las niñas como yo, porque ellas querían que fueras su novio, y tú no querías porque decías que eran tontas.

Intenté ocultar la rabia que me provocaba saber que mi madre hablaba de mí, como si hubiese sido una buena madre, como si no me hubiese dejado solo cuando más la necesitaba.

—Eso es verdad, pero a ti eso no te pasará, porque tú eres mucho más divertida que cualquier otra niña.—le dije bebiendo de mi coca—cola.

—Yo nunca voy a tener novio—me dijo y no pude evitar sonreír.— ¿Tú tienes novia, Nick?

Al instante y sin ningún motivo aparente el rostro de Noah apareció en mi cabeza. Novia no, pero sí que me gustaría hacer cosas de novios con ella... Joder, ¿Qué coño estaba pensando?

—No, yo no tengo novia—le dije—tú eres mi única chica—agregué inclinándome hacia adelante y tirándole de uno de sus rizos.

Maddie sonrió y después de eso seguimos hablando. Era divertido hablar con ella, me sentía tranquilo, y yo mismo. De alguna forma estando con una niña de cinco años encontraba más paz interna que con cualquier otra mujer. Después de comer la llevé a dar una vuelta por los miles de sitios que había en las Vegas. Le compre un conjunto de fútbol de color rosa y blanco al completo, incluyendo las zapatillas y el vestido y los zapatos de muñeca nos lo

dejamos accidentalmente olvidado en el cuarto de baño. El resto del día pasó volando y cuando me quise acordar solo faltaban diez minutos para que Anne viniera a recogerla. Ya estábamos en el parque, llevábamos jugando a pasarnos el balón más de media hora y sabía que se avecinaba la peor parte.

Mi hermana no acogía bien las despedidas, no comprendía por qué debía marcharme ni porque no podía vivir con ella como hacían los demás hermanos y hermanas de sus amigas. La niña estaba hecha un lío y siempre que tocaba separarnos me quedaba con una tristeza horrible en el pecho y unas terribles ganas de llevármela conmigo.

—Bueno, Maddie, dentro de poco llegará Anne—le dije sentándola sobre mi regazo. Estábamos echados sobre el césped y ella me pasaba las manitas por el pelo otra vez. En cuanto dije aquello sus manos se detuvieron y su labio inferior comenzó a temblar.

Lo que me temía.

—¿Por qué tienes que irte?—me dijo con los ojos llorosos. Sentí un dolor en el fondo de mi alma al verla llorar.

—Vamos ¿Por qué lloras?—dije moviéndola con mi pierna —Nos lo pasamos muy bien cuando vengo, si estuviera aquí siempre te aburrirías de mí—le dije limpiándole las lágrimas con uno de mi dedos.

—No me aburriría—me dijo con voz entrecortada—Tú me quieres, y juegas conmigo, y me dejas hacer cosas divertidas... No estás todo el tiempo diciéndome que estoy enferma...

—Mamá solo se preocupa por ti, además te prometo que esta vez vendré más a menudo—le dije y me juré a mi mismo que lo haría—¿Qué te parece que esté aquí para cuando empieces el cole?

A mi hermana se le iluminaron los ojos.

—Pero mamá también estará—me dijo preocupada. El solo hecho de que a ella le preocupara eso ya era bastante para saber que la vida de mi hermana no era para nada normal.

—Tú no te preocupes por eso—le dije y entonces vi detrás de ella que Anne se acercaba por el camino empedrado.

Me levanté sujetándola en brazos y ella se giró para ver a Anne.

—¡No te vayas!—comenzó a gritar, llorando enmorecida y escondiendo su cabecita en el hueco de mi cuello.

—Vamos, Madison, no llores—le dije intentando controlar mis sentimientos. Me partía el alma verla así, odiaba separarme de ella—Ya está—le dije pasándole una mano por la espalda.

—¡No te vayas por favor!—me suplicó mojándome la camisa con sus lágrimas. Entonces llegamos junto a Anne, que automáticamente estiró las manos para arrancármela de los brazos. Di un paso hacia atrás, aún si estar listo para dársela.

—Si dejas de llorar, la próxima vez te traeré un regalo especial, ¿Qué te parece?—le dije pero ella seguía llorando escandalosamente con sus brazos apretados firmemente contra mi cuello. Intenté soltarla pero se aferraba con todas sus fuerzas.

—Vamos, dámela—me dijo impaciente Anne.

Odiaba aquella mujer.

—Maddie, tienes que irte—le dije intentando mantener la calma.

Ella me aferro con más fuerza. Un minuto después tiré de ella con fuerza hasta apartarla de mi lado. Tenía el rostro rojo y empapado en lágrimas al igual que su pelo rubio, cuyos rizos se le pegaban a la frente.

Anne la cogió en brazos y ella comenzó a tirar sus bracitos hacia a mí, gritando mi nombre.

—Márchate Nicholas—me pidió Anne agarrando con fuerza a mi hermana. Quería arrancársela de los brazos y llevármela lejos, cuidarla y darle el cariño que sabía que le faltaba...

—Te quiero, princesa, nos vemos pronto—dije acercándome para darle un beso en lo alto de la cabeza y girarme para no mirar atrás. El llanto de mi hermana fue en lo único que fui capaz de pensar en las seis horas de vuelta hasta Los Ángeles.

NOAH

Eran pasadas las once y media de la noche cuando decidí que era imposible dormirme. Desde la noche anterior después de lo que había ocurrido con Nicholas, el recuerdo de los besos y de sus manos acariciándome la piel no se me quitaban de la cabeza. Mi mente solo podía pensar en él y en sus labios fundiéndose con los míos. Agradecía la distracción, puesto que eso era mejor que recrearme en mi tristeza y en los recuerdos de mi antigua vida.

Lo que no me gustaba era estar sola en una casa tan grande. No tenía ni idea de donde estaba Nicholas pero aún habiéndome despertado a las ocho de la mañana no había podido verle marchar.

No comprendía por qué demonios me preocupaba; ¿desde cuándo me importaba donde pudiese estar? Seguramente estaría acostándose con su lista de chicas fáciles, sin siquiera pensar en lo que habíamos estado haciendo la noche anterior. ¿Era yo la única que pensaba que todo había sido una completa locura? Por el amor de Dios, éramos hermanos, o lo que fuera..., vivíamos bajo el mismo techo, y nos llevábamos fatal, tanto que cualquier recuerdo que estuviese fuera de los besos y caricias de la noche anterior me producía un profundo sentimiento de cabreo.

Lo que pasaba es que estaba falta de cariño, mi madre estaba en la otra punta del país al igual que mis amigos y la gente que conocía de toda la vida. Todo allí era nuevo para mí, ni siquiera sabía cómo hacer para moverme por aquella ciudad tan grande. Jenna, mi única amiga en aquel sitio, estaba enganchada a su novio como una lapa, por lo que no

podía pretender que estuviese conmigo todo el tiempo, y para ser sinceros, y al contrario de cómo era yo normalmente, en ese instante necesitaba estar con alguien, hablar con alguien, o por lo menos no sentirme tan sola. Por ese motivo había conseguido camelarme al perro de Nick, Thor. En ese instante estábamos los dos tumbados en el sofá, él apoyaba su cabeza peluda y oscura sobre mi regazo, y yo le acariciaba las orejas a un ritmo constante. El perro no era para nada como me lo había pintado el idiota de Nick, todo lo contrario, era un perro muy cariñoso y leal, y fácil de conquistar si tenías a mano una caja de galletas para perros. Así de triste era mi vida, mi mayor apoyo en esa casa era un animal de cuatro patas, que le encantaban las galletas, que le acariciaran en las orejas y cuyo pasatiempo preferido era que le tirasen una pelota una y otra vez.

Estaba mirando una película en la tele cuando sentí que la puerta de entrada se abría. Thor estaba tan dormido que simplemente se le movieron las orejas en dirección al sonido cuando una figura alta apareció en la entrada. El salón daba justo al recibidor gigante y estaba junto al arco de la puerta que daba a las escaleras.

Sentí un revoloteo en el estómago cuando vi de quien se trataba.

—Eh, Nick—lo llame cuando vi que su intención era subir. O no se había percatado de mi presencia allí o pasaba olímpicamente de saludarme.

Seguramente la segunda opción era la correcta, y me arrepentí de inmediato de haberlo llamado.

Su rostro se giró hacia el salón y un segundo después le tenía en la puerta, observándome.

Bajo la tenue luz del televisor y de la lamparita de la entrada solo pude ver que se le veía realmente agotado. Se

había apoyado contra el marco y me miraba con el rostro impassible.

—¿Qué haces despierta?—me preguntó unos segundos después. Tardé en contestarle porque me quedé hipnotizada observándole. Parecía tan mayor y cansado... Estaba realmente atractivo.

Me centré en lo que me estaba preguntando.

—No podía dormir...—le dije en un tono cauteloso. Creo que desde que nos habíamos conocido esa era la primera vez que nos dirigíamos hacia el otro de una manera remotamente normal.

Asintió y sus ojos se desviaron hacia Thor.

—Veo que te lo has camelado—me dijo con el ceño fruncido—Mi perro es un traidor...

Sonreí involuntariamente al ver que de verdad aquello le fastidiaba.

—Bueno, no es fácil resistirse a mis encantos—le dije de broma y entonces sus ojos se clavaron en los míos.

Mierda... estaba segura de lo que en ese momento se cruzaba por aquella mente perversa.

Después de un incómodo silencio desvió la vista hacia la tele.

—¿En serio estás viendo dibujos animados?—me preguntó con incredulidad. Agradecí el cambio de tema.

—Mulán es una de mis pelis preferidas—contesté en tono serio.

Sentí un cosquilleo en el estómago cuando una sonrisa apareció en su rostro.

—Tranquila, pecas, cuando tenía cuatro años también era mi peli preferida—me dijo con sarcasmo a la vez que se acercaba hasta el sofá y se tumbaba a mi lado. Colocó los pies en la mesa junto a los míos y por un instante nos quedamos quietos mirando la película.

Aquello era demasiado extraño y cuando ya pensaba que no podía estar más incomoda, Thor se incorporó y se fue a darle la bienvenida a Nick.

Se nos subió a ambos encima hasta llegar a su cara, y le besó mientras él le apartaba y le acariciaba las orejas.

—Eres un traidor Thor, no debería perdonarte—le dijo en tono serio y el perro se sentó quieto, moviendo la cola y con las orejas hacia arriba, expectante.

—Déjale—le dije riéndome ante la actitud que había cogido el perro.

Nick se giró hacia a mí y me sostuvo la mirada. Me quedé quieta, consciente de que estábamos muy cerca. El Nick que tenía delante no tenía nada que ver con el que había conocido desde que había llegado. Este estaba relajado, sin actitud desdeñosa ni de superioridad... y me di cuenta de que estaba así porque en sus ojos se leía una tristeza que no podía ocultar.

—¿Dónde has estado?—le pregunté en un susurro. No tenía ni idea de porque había bajado el tono de voz, pero aquella pregunta parecía estar prohibida entre nosotros... porque de alguna manera era como si me importara lo que hubiese estado haciendo...cosa que no era verdad...¿No?

Sus ojos me recorrieron el rostro hasta volver a centrarse en mis ojos.

—Con alguien que me necesitaba— dijo y por su manera de decirlo supe que no se trataba de ninguna tía de su lista de amigas.— ¿Por qué?

¿Me has echado de menos?—preguntó un segundo después.

Era consciente de que se había acercado, pero no quería apartarme. De algún modo su presencia me había hecho sonreír, y me había quitado aquella opresión en el pecho, aquella profunda tristeza que había sentido durante todo el día.

—No me gusta estar sola en un sitio tan grande—le dije aún hablando en susurros.

Su mano descansaba sobre el respaldo del sofá, y se me entrecortó la respiración cuando sentí sus dedos acariciarme el pelo y después la oreja con cuidado.

Estábamos mirándonos de frente, y era como si el tiempo se hubiese paralizado. No oía ni la película ni nada más que no fuera su respiración y los latidos enloquecidos de mi corazón.

—Pues menos mal que ya estoy aquí— dijo y entonces se inclinó para presionar sus labios suaves sobre los míos. Fue un beso cálido y lleno de expectación. Cerré los ojos para dejarme llevar por el momento y mis manos subieron hasta su rostro, sentí su barba incipiente contra mi palma y le acaricié el rostro hasta llegar a su pelo... Me sentía bien, me embargaba calidez y un profundo deseo en mi interior.

Simplemente me olvidé de todo.

Sus labios se volvieron más insistentes hasta que entreabrí la boca y su lengua me invadió.

Se me puso toda la piel de gallina cuando su mano bajó por mis hombros, hasta mis costillas para detenerse en mi cintura.

Se estaba comportando de una manera completamente diferente a como la noche anterior. Me tocaba con calidez y suavidad, como si pudiera romperme.

Escuche como se me escapaba un gemido casi inaudible cuando sus dedos se abrieron paso por mi cintura hasta tocar la piel desnuda de mi espalda.

Me arqueé casi involuntariamente para que mi cuerpo se pegase aún más al de él y fue entonces cuando se apartó con brusquedad.

Abrí los ojos con sorpresa y con la mente en blanco. Eso me provocaba él, que me olvidara absolutamente de todo, y eso era justamente lo que necesitaba.

Sus ojos estaban fijos en mis labios y sentí la urgencia de que volviera a besarlos.

Entonces se apartó unos centímetros, y me buscó con la mirada.

—Esto no está bien—me dijo repentinamente serio—No me dejes volver a hacerlo, eres mi hermanastra y tienes diecisiete años—agregó como si eso fuera de alguna manera relevante.—No volverá a pasar.—dijo incorporándose.

Le observé entre enfadada y dolida.

¿Me besaba y ahora me decía aquellas cosas...? quería que volviera hacerlo, quería que me hiciese sentir tan bien otra vez, lo necesitaba más que nada, porque aquel día había sido horrible, me había sentido como una mierda, sin nadie con quien hablar ni nadie a quien poder llamar.

Todas las personas que quería o estaban ocupadas o me habían traicionado.

Le miré fijamente.

—Tienes toda la razón— dije levantándome del sofá y pasando a su lado con un empujón.—Vamos, Thor—le grité al perro y sonreí cuando lo tuve en menos de un segundo a mí lado.

Subí molesta y desconcertada a mi habitación. Di un portazo y me metí en la cama. Después de no sé cuánto tiempo comprendí que ere cierto.... Eso no podía volver a ocurrir.

A la mañana siguiente una voz conocida me despertó dándome pequeños golpecitos en mi costado.

—¡Vamos arriba, que son más de las doce!—dijo la voz de mi madre a mi lado. Abrí los ojos aún medio adormilada y la observé sentada en mi cama y con un aspecto reluciente. — ¿Me has echado de menos?—me preguntó con una sonrisa radiante. Le devolví la sonrisa y me incliné para

abrazarla. Por fin había vuelto, claro que la había echado de menos, ella era la que traía normalidad a mi vida.

—¿Qué tal en Nueva York?—le pregunté estirándome y refregándome los ojos; esa era una costumbre que nunca me quitaría.

—Genial, es el mejor lugar para hacer compras—dijo entusiasmada—te he traído un montón de regalos.

La miré alzando las cejas a la vez que saltaba de la cama y me iba directa al baño.

—Genial, mamá, como si no tuviera ya bastante ropa sin estrenar—le dije poniendo los ojos en blanco.

Mientras me lavaba la cara y los dientes ella se sentó en la tapa del váter y comenzó a contarme los maravillosos sitios que había visitado. Yo nunca había estado en Nueva York, pero la gran manzana parecía haberse convertido en el lugar preferido para la loca de mi madre.

—Me alegro que te lo hayas pasado tan bien—le dije mientras me metía en el armario y me detenía sin saber que ponerme. Cuando no tenía tanta ropa era mucho más fácil.

—Hoy tenemos planes, Noah, por eso he venido a despertarte aparte de querer contarte lo bien que me lo he pasado—me dijo y al escuchar el tono de su voz supe que lo que iba a decirme no me iba hacer ninguna gracia.

—¿Qué planes?—le dije con una mano en la cadera.

Mi madre pasó por mi lado y se puso a rebuscar en el armario, pasando vestidos y mirando la ropa detenidamente.

—Tenemos una entrevista en el Colegio St Marie—me dijo y se giró para mirarme.

—¿Entrevista en donde?—le pregunté confusa.

—Tú nuevo instituto Noah, te dije que era uno de los mejores del país, no entra cualquiera y gracias a los contactos de Will y que también Nick fue un ex alumno pues quieren conocerte—me explico con paciencia—Es una mera

formalidad, nada más, pero te gustará ver el colegio, es impresionante...

Sentí que me entraban ganas de vomitar.

—Joder, mamá, ¿no podrías haberme metido en cualquier instituto normal y corriente?—le dije tirando de las perchas de un lado hacia el otro. De repente me había puesto completamente nerviosa—No quiero ir a un colegio de pijos, te lo he dicho, además ¿entrevista para qué? No es un trabajo, por Dios...

—Noah, no empieces, esta es una gran oportunidad para ti, la gente que sale de ese colegio va a las mejores universidades y tú tienes la oportunidad de que te dejen entrar en el último curso, normalmente eso no se puede...

—¿O sea que voy a ser el bicho raro que dejan entrar por enchufe?— le pregunté alucinando con la situación—¡Genial, mamá!

Mi madre se cruzó de brazos y se echó el pelo rubio hacia atrás.

Siempre que estaba decidida hacía ese gesto, por lo que supe que no iba a poder discutir mucho sobre el tema.

—Ya me lo agradecerás en el futuro, además, tu amiga Jenna va a St Marie, por lo que no estarás sola—dijo y agradecí el enterarme de aquel detalle. Era un consuelo saber que alguien estaría conmigo a la hora del almuerzo—Ahora vístete que tenemos que estar allí en menos de dos horas.

Suspiré y rebusqué en el armario hasta encontrar unos vaqueros de pitillo negro y una blusa formal de color azul cielo. No pensaba ponerme un vestido ni nada parecido, solo de pensar en cómo irían vestidas las chicas de ese colegio me hacía estremecerme por dentro...

Una hora y media más tarde cruzábamos la puerta de cristal que daba al recibidor exquisitamente decorado del colegio. Lo poco que había visto desde fuera me había

hecho darme cuenta que ese colegio era un edificio histórico pero moderno a su vez. Había grandes jardines que rodeaban el edificio principal y estaba tan bien cuidado que parecía la mansión de un millonario en vez de un instituto.

Una mujer vestida con una falda de tubo gris y una blusa blanca apareció por una puerta de madera con el escudo del colegio y se acercó a mi madre y a mí. Mi padrastro no había podido venir debido a una reunión, cosa que agradecí. Todo eso era muy extraño, apenas podía recordar la última vez que mi madre me había tenido que acompañar al instituto...

nunca lo había hecho en realidad.

—Buenos días, soy Isabella Fondué, la directora del centro—nos dijo y nos estrechamos las manos. Era raro estar allí porque no había absolutamente nadie. Aún faltaban tres semanas para que comenzaran las clases y los altos techos de aquel sitio hacían que nuestras voces rebotaran con eco por toda la estancia.

Después de las presentaciones la directora nos habló de las instalaciones del centro, donde por supuesto, tenían la última tecnología informática, los mejores equipos de fútbol americano y de cualquier otro deporte, la de eminencias que habían salido de aquel colegio y que ahora ocupaban altos cargos en la vida empresarial y social de Estados Unidos, etc, etc.

—Normalmente no dejamos entrar nuevos alumnos en el último curso, Noah, pero he estado viendo tus notas y son excelentes—me dijo con una sonrisa—El nivel de este colegio es bastante alto pero no creo que vayas a tener problemas de ningún tipo, además tu hermano Nicholas fue uno de los primeros de su clase y seguro que podrá echarle una mano en cualquier problema que puedas tener con los estudios—agregó con una amable sonrisa.

Mi hermano Nicholas... el solo hecho de pensar en él me cabreaba y me ponía nerviosa a la vez.

—Seguro—dije yo intentando no poner los ojos en blanco.

—También he visto que en tu antiguo instituto eras la capitana del equipo de voleibol—dijo con una sonrisa demasiado amable. En serio ¿a esta mujer le pagaban por sonreír o qué?

—Sí—respondí. Sabía que no paraba de contestar con monosílabos pero es que no me apetecía contarle mi vida a esa mujer.

—Ganasteis bastantes campeonatos, estoy segura de que aquí te aceptarán con los brazos abiertos si decides apuntarte al equipo—me animó.

—No creo que lo haga, pero gracias—le contesté. Mi madre me miró frunciendo el ceño y la directora se quedó un poco sorprendida. Supe que iba a tener que explicarme.

—Es que creo que debería centrarme más en los estudios este año, presiento que el cambio va ser muy brusco en comparación con mi antiguo instituto...

La mujer asintió, al parecer comprendiendo mi punto de vista.

Una hora después nos había dado un tour por todo el campus, la cafetería, las taquillas y todo lo demás. Estaba deseando marcharme de allí.

—Lo último que queda sería que pasases por el vestuario para que te tomen las medidas de tu uniforme, por lo demás creo...

Casi me atraganto.

—Perdone... ¿uniforme?—le pregunté desviando la mirada desde mi madre a la directora.

—Es obligatorio llevar el uniforme reglamentario de St Marie—dijo con firmeza la directora.

Después de oír aquello decidí que lo mejor que podía hacer en aquella situación era cerrar la boca y contar hasta

mil. *Uniforme...* no me había sentido más fuera de lugar en toda mi vida.

Lo bueno de aquella salida era que aquella tarde mi madre me acompañaría a comprarme un coche nuevo. Hacía un año que ya conducía y me había dolido en el alma dejar mi camioneta en Canadá, por lo que había cogido todos mis ahorros y con la ayuda extra que me daría mi madre iba a comprarme un coche de segunda mano para poder moverme a mi antojo por la ciudad. William había insistido en que él podía comprarme un coche nuevo en perfectas condiciones sin ningún tipo de problema pero ahí tuve que plantarme. Una cosa era que le comprase cosas a mi madre y que pagase mi nuevo colegio y mi ropa y todo lo demás, pero el coche me lo compraría yo, al igual que pensaba buscarme un trabajo para poder costearme mis gastos. No estaba cómoda con la idea de ese hombre pagándomelo absolutamente todo como si tuviese doce años. Era lo suficientemente mayor y estaba lo suficientemente capacitada como para poder encontrar un trabajo que me ayudara a pagarme mis cosas.

Mi madre no se había opuesto a mi decisión, ella aprobaba que quisiese trabajar, lo había hecho desde que tenía quince años y desde entonces me había gustado no tener que pedir dinero a mi madre cada vez que lo necesitaba. Por eso mismo ella me había ayudado a encontrar un puesto de camarera en un local bastante conocido que estaba a unos veinte minutos en coche de nuestra casa. Se llamaba Bar 48 y era una mezcla de bar y restaurante; obviamente a mi no se me estaría permitido servir bebidas alcohólicas pero sí que serviría de camarera. Ya había trabajado como tal y no se me daba mal. Empezaría la siguiente semana en el horario de tarde noche.

No tardamos mucho en escoger un coche, la verdad es que me conformaba con que anduviese correctamente. Escogimos un escarabajo que estaba en bastante buen estado. Yo no tenía mucha idea de coches a pesar de que los condujera con bastante facilidad, pero ese coche era muy mono y su color rojo simplemente me enamoró. Pagué el recibo y firmé los papeles y me sentí libre cuando pude regresar a casa conduciendo mi propio automóvil.

Me hizo bastante gracia aparcar mi cochecito en medio del Mercedes de Will y la 4x4 de Nick, es más era como una especie de metáfora sobre como encajaba yo en aquella familia. De muy buen humor salí del coche justo en el momento que Nicholas salía de casa haciendo girar las llaves de su Range Rover con una mano a la vez que se quitaba las gafas de sol para poder fijarse en mi nueva adquisición.

Su cara fue tanto de diversión como de horror. Cuadré los hombros lista para sus comentarios.

—Por favor dime que eso que has traído no es un coche— dijo acercándose y negando con la cabeza mientras me miraba a mí y después al coche con condescendencia.

No iba a dejar que Nicholas acabara con mi buen humor por lo que simplemente me mordí la lengua y opté por guardarme los insultos para mí misma.

—Es *mí* coche, y me gustaría que dejases de mirarlo así —le dije intentando controlar el nerviosismo de tenerlo frente a mí después de que la noche anterior nos besáramos en el sofá.

Él parecía contrariado. Sin siquiera pedirme permiso se fue a la parte delantera y abrió el capó para poder examinarlo.

—¿Qué haces?—dije siguiéndole y colocándome junto a él. Levanté la mano para cerrarlo pero su brazo extendido lo

mantuvo abierto con determinación, ignorando mis inútiles intentos por apartarle.

—¿Lo has mandado a revisar?—dijo moviendo y abriendo piezas del coche que yo no sabría ni nombrar—Esta chatarra te dejará tirada en medio de la carretera, es peligroso con solo mirarlo, no me puedo creer que tu madre te dejara comprarlo—dijo hablando enfadado.

—Si me quedo tirada en la carretera no habrá sido la primera vez, y he de darte las gracias a ti por hacer que cogiera experiencia en eso del autoestop, por lo tanto no te preocupes que me las arreglaré —dije quitando uno a uno sus dedos del capó y después cuando por fin se apartó lo cerré de un golpe.

Se cruzó de brazos y me hizo frente.

—Si hubieses tenido tu teléfono móvil en la mano como cualquier persona normal no te habrías visto obligada a subirme al coche de un extraño; ¿por qué no lo superas de una vez?—dijo exasperado pero creí ver algún signo de arrepentimiento en sus ojos cuando le eche aquello en cara.

—Me echaste del coche, el móvil estaba dentro, de todas formas ¿qué más da?, *olvídame*—agregué deseando perderle de vista.

Él me miró como si le exasperara sobremanera... genial, bienvenido al club, pensé en mi fuero interno.

Cuando me giré para marcharme su mano rodeó mi brazo y tiró de mí, dejándome frente a él y muchísimo más juntos que hacía unos segundos.

Su cerebro parecía estar en conflicto como si de alguna manera no supiera que hacer o decir a continuación. Unos segundos después, cuando ya me había perdido a mi misma en el azul profundo de sus ojos y mi corazón empezó a acelerarse a mil por hora, habló.

—Yo puedo llevarte a donde quieras—dijo entonces con el ceño fruncido como si no creyese que aquellas palabras

hubiesen salido de su boca.

Tarde unos segundos en poder contestar.

—N—no hace falta—dije un poco aturdida por su cercanía y por lo que acababa de decir. ¿Nicholas Leister acababa de ser amable conmigo?

Despierta, eso no podía estar pasando.

Por un momento nos quedamos en silencio, ambos inmersos el uno en la mirada del otro... sentía tantas mariposas en el estómago que me costaba respirar. ¿Cómo la simple cercanía de aquel chico podía ponerme en ese estado? ¿Dónde había quedado el odio que hacía muy poco sentía hacia a él? ¿Por qué ahora lo único que sentía cuando le tenía cerca era un deseo oscuro e irrefrenable que me hacía querer besarle y que me envolviera entre sus brazos como aquella noche en la fiesta, cuando él había estado demasiado borracho como para poder darse cuenta de lo que hacía?

Su mano que había estado aferrando mi brazo me acercó hacia él en un movimiento casi imperceptible. Ahora estábamos lo suficientemente cerca como para que pudiese pasar algo...Dios, qué labios... solo podía pensar en su lengua acariciando la mía y en sus brazos apretándome contra él...

Entonces, justo cuando creí que nos besaríamos, el ruido de un claxon me hizo saltar con el corazón en un puño. Nicholas simplemente giró el rostro para poder ver de quien se trataba.

Di un paso hacia atrás intentando tranquilizar la respiración, que para mi vergüenza se había acelerado de forma embarazosa.

—¡Hola, Noah!—dijo Jenna desde la ventanilla del coche de Lion.

Este nos saludó desde el asiento del conductor.—Nick, ¿no te importa que invite a Noah verdad?—le dijo ella

mirando a Nicholas que se había llevado las manos a la cabeza en un movimiento que dejó clarísimo que estaba frustrado, enfadado, o disgustado, no estaba segura.

Él volvió a mirarme durante unos segundos que se me hicieron eternos.

—¿Quieres venir?—me preguntó entonces.

No sé porqué pero mi respuesta fue automática.

—Claro—dije aún con el corazón golpeteándome en el pecho—esto... ¿a dónde?

Nick miró a Lion de forma misteriosa.

—No sé si está preparada para algo así...—dijo entonces Lion soltando una carcajada mientras se asomaba para poder mirarnos.

Nick se giró hacia a mí y sonrió de forma divertida.

—Esto va a ser divertido—dijo de una forma irresistible.

Veinte minutos después nos bajamos del coche de Lion en lo que parecía ser una nave abandonada. Había muchísima gente fuera rodeando los coches que con los maleteros abiertos dejaban salir la música a todo volumen.

Me recordó bastante al día de las carreras pero se olía un ambiente diferente. Tan pronto como nos bajamos del coche los amigos de Lion y Nick se nos acercaron y empezaron a saludarse de forma escandalosa. Jenna se me acercó y me rodeó los hombros con un brazo. Al contrario que yo ella estaba vestida con un ajustado vestido negro que dejaba al descubierto sus hombros y parte de su espalda. Su pelo caía en torno a su rostro en graciosas hondas despeinadas dándole un aspecto espectacular. Me sentí completamente desaliñada con los vaqueros y la blusa que me había puesto para ir aquella mañana a la entrevista del colegio pero no había nada que yo pudiese hacer al respecto.

—Hoy vas a disfrutar de ver a mi hombre en acción—dijo con una sonrisa en el rostro y los ojos emocionados—Y también a Nick—agregó tirando de mí para hacernos un

hueco entre todos los amigos que se habían reunido junto a Nick y Lion entorno al coche de este.

Al entrar en el círculo pude escuchar de lo que estaban hablando.

—Ronnie no está, no hay nadie de su banda—decía uno de los que yo ya había visto en el día de las carreras. Nicholas estaba apoyado contra el coche con un cigarrillo en las manos y al instante que mencionaron a Ronnie sus ojos se desviaron a los míos. Esta vez no me miraba con rencor debido a lo que había ocurrido aquella noche sino más bien como si estuviese decepcionado al no haber podido volver a enfrentarse a su mayor enemigo. A mi parecer estaba completamente loco si quería enfrentarse a alguien que llevaba consigo un arma pero observando el comportamiento de mi nuevo hermanastro no me sorprendía demasiado que quisiese pelearse con un tipo como aquel.

—Están Kyle y A.J de todas formas y las apuestas son altas—siguió diciendo el amigo de Nick cuyo nombre desconocía—En la cara de Nick apareció una sonrisa de suficiencia y entonces se separó del coche, tiró el cigarro al suelo y le dio una palmada a su amigo.

—¿Entonces a que estamos esperando?

La muchedumbre a su alrededor hicieron ruidos de júbilo y le dieron palmadas en la espalda. Yo no entendía absolutamente nada pero creía entrever por donde iba la cosa... y no me gustaba para nada.

Todos los demás se apartaron de nosotros y fueron entrando a la nave cuyas puertas ya estaban abiertas. La gente empezaba a aglomerarse dentro y la música y el ruido de las personas era ensordecedora. ¿Esta gente hacía todo a lo grande? ¿No se conformaban con ir a tomar un café o simplemente ir al cine? Automáticamente supe que no; Nicholas no era el típico chico que sale con chicas y las

invita a salir en una romántica cita... Nicholas vivía aventuras peligrosas y le gustaba rodearse de gente que buscaba exactamente lo mismo que él... ¿entonces qué demonios estaba haciendo yo allí con él?

Lion se acercó a Nick un momento y pude escuchar exactamente lo que le decía— —Déjame a A.J a mí, sabes que le tengo ganas desde la última vez—le dijo y Nicholas asintió mientras sus ojos volvían a posarse en mi rostro.

Yo estaba callada sin saber qué hacer.

—Primero iré yo, como siempre—dijo de pasada mientras se acercaba a mí y me empujaba por la cintura a un lugar un poco apartado de Jenna y Lion. Sentí un escalofrío donde sus dedos se posaron y no pude más que ponerme los ojos en blanco a mí misma.

—¿Qué vas a hacer?—le pregunté cuando me giré para poder mirarlo de frente.

El parecía entusiasmado.

—Voy a pelear, pecas—dijo con una sonrisa de suficiencia —Soy bastante bueno, y la gente le gusta vernos a mí y a Lion luchar. Solo te advierto de que va a ver mucha gente, así que no te separes de Lion hasta que yo termine y pueda reunirme contigo y con Jenna.

Iba a pelear... a darse de golpes con otro tío por simple diversión... bueno había dinero de por medio pero yo sabía que Nicholas no necesitaba nada de eso, era millonario, entonces ¿Por qué demonios se metía en este tipo de situaciones que podían ser de lo más peligrosas?

—¿Por qué lo haces?—le pregunté sin poder evitar mirarlo con desaprobación y miedo.

—De alguna manera tengo que desahogarme—dijo entonces mirándome de forma extraña y sin siquiera darme tiempo a asimilarlo se inclinó y posó sus labios en los míos en un beso rápido y nada cariñoso pero que me dejó quieta donde estaba y con las piernas temblándome tanto por lo

que acababa de hacer como por el miedo a lo que estaba a punto de presenciar.

NICK

La dejé allí de pie sintiendo un estremecimiento de la cabeza a los pies.

Creo que ninguna chica me afectaba como lo hacía Noah y eso me gustaba a la vez que me irritaba. Siempre me había gustado tener el control sobre todo lo que me rodeaba y sobre todo con las mujeres. Siempre supe cómo reaccionarían ante mí y siempre había sabido lo que deseaban de alguien como yo; pero Noah era diferente. Solo había que mirarla para darse cuenta de que era lo opuesto a la gente con la que había crecido o me había rodeado. Aún ni siquiera podía entender cómo es que teniendo la oportunidad de gastar el dinero de mí padre podía seguir insistiendo en vestir con ropa simple o conducir un coche horripilante a la vez que peligroso o incluso quisiese buscar un trabajo. Eran preguntas que no dejaba de hacerme cada vez que la tenía delante pero sobre todo y lo que más me afectaba era la atracción física que sentía hacia ella. Cada vez que la tenía delante deseaba besarla y acariciarla y desde que lo había hecho estando borracho y sin saber muy bien donde me estaba metiendo no dejaba de pensar en volver a repetirlo. Aquella noche estaba allí justamente por ese motivo. Antes de que Jenna y Lion apareciesen había estado a punto de besarla y quedarme con ella toda la noche, me habría importado una mierda pasar de la pelea si haciéndolo iba a poder estar besando aquella piel suave y cuyo olor me atraía como nunca nadie lo había hecho.

Incluso era divertido ver como ella reaccionaba al contacto con mi piel. Aquella primera noche casi pierdo el control al escuchar los débiles sonidos que salían de entre

sus labios mientras la besaba. Y allí estábamos otra vez, y ni siquiera sabía por qué demonios la había invitado a que viniera a verme mientras me daba de leches con uno de los tíos más imbéciles que había conocido. Tampoco podía dejar de pensar en su cara de horror cuando por fin comprendió lo que estábamos a punto de hacer. La verdad es que de cierta forma era divertido verla allí. No encajaba para nada y me iba encantar ver cuál iba a ser su reacción ante algo como aquello.

Me alejé de ella y me metí en el edificio abandonado que siempre utilizábamos para cosas como esas. Las peleas habían formado parte de mi vida desde prácticamente el momento que conocí a Lion. Él era increíblemente bueno y yo había aprendido de él casi todo lo que sabía.

Puede que la rabia con la que yo luchaba fuera más intensa que la de él y por ese motivo casi nadie podía conmigo. Incluso me resultaba fácil acabar con mis contrincantes. Cuando estaba peleando todos mis sentidos se centraban en ganar aquellas peleas, no importaba nada más y me ayudaba a desahogarme de todas las cosas que me guardaba en mi interior. Aquel día lo necesitaba especialmente; La última visita con mi hermana me había dejado hecho una mierda, y más aún después de enterarme que iba tener que pasarse toda esta semana sola porque sus padres se largaban a Barbados en unas pequeñas vacaciones. No podía entender como unos padres podían dejar a sus hijos desentendidos de aquella manera y ver como mi madre, la mujer que me había abandonado sin ningún tipo de remordimiento real volvía hacerle lo mismo a una niña pequeña y encima enferma... Todo aquello simplemente me sacaba de mis casillas.

Cuando entré vi que varias personas se me quedaban mirando mientras que otros gritaban mi nombre. Aquel ambiente podía volverse muy intenso si no se tenía cuidado

y por ese motivo yo simplemente me dedicaba a entrar, ganar la pelea, llevarme el dinero y desaparecer. La mayoría se quedaba en lo que se convertía en una fiesta donde corría el alcohol y todo tipo de droga. A mí aquello no me interesaba por lo que mantuve la mente fría mientras me quitaba la camiseta y entraba en el cuadrado donde iba a tener lugar la pelea.

Kyle era un tipo corpulento, se mataba en el gimnasio y nos llevábamos mal desde el principio de los tiempos. Antes de que yo llegara todos le tenían en un pedestal y por ese motivo cuando peleaba conmigo ponía todo su esfuerzo y entrenamiento en el ataque.

Fallaba en que más que técnica era fuerza bruta, por lo que el apartarme cada vez que su puño intentaba darme no me costaba mucho esfuerzo. A.J era otra cosa, y Lion y él compartían una historia. Una vez estuvo a punto de violar a Jenna en una discoteca. Gracias a Dios aquella noche yo estaba con ella y pude apartarle antes de que la cosa se volviera verdaderamente fea. Lion no conocía a Jenna por aquel entonces pero cuando ya estaban saliendo y él se enteró casi lo mata a golpes.

La gente se había reunido en torno a la pequeña plataforma en donde debíamos luchar. Las apuestas se mantenían abiertas durante toda la pelea por lo que los gritos y abucheos y todo tipo de exclamaciones estaban a la orden del día. Comencé a saltar sobre mi sitio intentando calentar un poco mientras Kyle subía a la plataforma por el otro extremo. Sus ojos se clavaron en los míos con odio y sed de sangre y yo tuve que contener una sonrisa de suficiencia sabiendo que en menos de diez minutos acabaría con él.

El tío que aquella noche se encargaba de recoger el dinero gritó mi nombre y después el de Kyle y un minuto después comenzó la diversión. Uno de los fallos grandes de

Kyle era que asestaba golpes a diestro y siniestro y se cansaba antes de tiempo. Había que saber cuándo dar un paso adelante y atacar y por eso mi primer puñetazo dio de lleno en el estómago de mi contrincante. La gente gritó enfebrecida mientras yo levantaba la rodilla y le asestaba un golpe seco en la nariz aprovechando que se había doblado por el golpe en el estómago. La adrenalina corría por mis venas y me creía capaz de cualquier cosa. Kyle se recuperó y volvió a intentar asestarme un puñetazo, esta vez dirigido a mi cara. Sonreí al esquivarle y al golpearle de lleno en su ojo derecho un segundo después.

El puñetazo fue tan fuerte que cayó al suelo dándome la oportunidad de darle otra patada... que no le asesté puesto que no era divertido darle a alguien que está recostado sobre el suelo. Antes de que se terminara, Kyle se incorporó y se movió tan rápido que me empujó hacia atrás rozándome con su puño en mi pómulos derecho. Mi brazo se movió tan deprisa que el golpe que le di a continuación le tiró al suelo otra vez donde ya no se pudo incorporar.

La euforia de la victoria sentaba bien a mi agitada mente y agradecí tener la fuerza necesaria para acabar con quien fuera que se me pusiese por delante.

La gente gritaba mi nombre y la aglomeración de gente intentó alcanzarme cuando por fin me baje de la plataforma y fui directo hasta el que tenía mi dinero. Me gane cinco mil dólares con aquella pelea y después de guardarlo en el bolsillo de mis vaqueros fui en busca de Lion.

Este estaba junto a Jenna en la última fila de personas. Allí no era agobiante como en las primeras filas y más seguro ya que delante podían darte o empujarte.

Cuando me acerque a ellos y vi que Noah no estaba allí mi corazón se aceleró involuntariamente. Miré hacia ambos lados sin verla por ninguna parte.

—¿Dónde está?—le dije a Lion sintiendo como la adrenalina regresaba a mi sistema y mi cuerpo se tensaba.

Él me sonrió mientras Jenna ponía los ojos en blanco.

—Ha sido demasiado para ella, cuando vio que te daban aquel puñetazo simplemente se largo fuera—dijo Jenna al mismo tiempo que se giraba hacia Lion que dentro de unos minutos pelearía con A.J.

Allí con ellos estaban algunos de mis amigos de la banda.

—Voy a buscarla, no te separes de ellos, Jenna—le dije dándole la espalda y saliendo en busca de Noah.

La encontré junto a la puerta, sentada contra la pared y rodeándose las rodillas con los brazos. No me gustó lo que vi en su rostro. Me apresuré en ponerme la camiseta cuando me acerque a ella y vi que sus ojos se posaban en mi cuerpo y después en el rasguño que me habían hecho en la cara.

—¿Qué demonios haces aquí?—le dije sintiendo que una parte de mí se sentía decepcionado porque ella no me hubiese visto vencer a mi contrincante.

Ella se incorporó pero me miró frunciendo el ceño. *Que novedad...*

—Lo que haces allí dentro...—dijo cogiendo aire y cerrando los ojos al mismo tiempo que un escalofrió la hacía estremecer—No es para mí—dijo finalmente.

La verdad es que parecía realmente asustada. No pensé que aquello pudiera afectarla de aquella manera, cualquier otra chica se habría tirado a mis brazos completamente enloquecida ante lo que había conseguido, pero Noah...

—Las peleas no son lo tuyo, lo pillo—dije y no pude evitar estirar el brazo y cogerle el cuello con delicadeza. Noah me parecía una chica de otro planeta, en algunos momentos parecía fuerte como una roca, capaz de darme un puñetazo sin ningún tipo de problema y al otro se la veía tan frágil y pequeña que solo quería estrecharla entre mis brazos.

Acaricié su nuca con mis dedos y ella levantó los ojos hacia a mí.

Parecía estar a punto de decir algo pero no pude contenerme y me incliné contra ella para besarla y sentirla contra mí.

Se derritió en mis brazos tal como yo quería y la adrenalina que aún corría por mis venas me hizo estrecharla con fuerza contra mi cuerpo.

Era alta pero aún así pequeña en comparación conmigo. Eso me encantaba, y más aún cuando sentía como su cuerpo reaccionaba a mi contacto. Sus dedos se entrelazaron en mi pelo húmedo de sudor y tuve que contener las ganas de acariciarla por todas partes.

Un momento después me apartó y sus ojos se clavaron en mi herida.

Sus dedos rozaron la pequeña hinchazón que seguramente ya empezaba a manifestarse, y sentí algo extraño en mi interior ante aquella caricia tan simple pero a la vez tan significativa.

—He odiado cada segundo que has estado allí arriba—dijo entonces mirándome a los ojos otra vez.

Lo decía en serio, lo veía en su mirada. De alguna manera Noah se preocupaba por mí y aquello era tan nuevo y a la vez tan extraño que tuve que dar un paso hacia atrás.

—Así soy yo, Noah—dije apartando mis dedos de su piel.

Ella notó el cambio de humor que se produjo en mi persona. Bajó sus brazos de mi cuello y me observó con el ceño fruncido.

—No comprendo por qué lo haces—dijo entonces—Tienes dinero de sobra no te hace falta...

—A Lion sí que le hace falta—la corté, poniéndome a la defensiva.

La comprensión iluminó su rostro pero me apresuré en dejarle claro una cosa.

—No solo lo hago por el dinero; me gusta pelear, me gusta saber que puedo acabar con la persona que tengo delante, que tengo el control de la situación. Veo por dónde vas y si piensas que voy a dejar de hacer lo que hago porque tú y yo estamos...

—¿Qué?—me interrumpió ella en tono enfadado—¿Qué es exactamente lo que tú y yo estamos haciendo?

No podía responderle a esa pregunta. Ni siquiera yo sabía lo que estaba pasando, solo sabía que era un error. Noah era una chica de pueblo, acostumbrada a una relación de flores y corazones que yo nunca iba a poder darle. Solo el pensarlo era ridículo, pero el problema era que todos estos detalles se esfumaban de mi mente cuando la tenía demasiado cerca. Sabía que estaba cometiendo un error al besarla, al tocarla... pero no podía evitarlo.

No supe que contestar.

—Da igual, no digas nada—dijo ella un minuto después— Sé como eres, Nicholas. No voy a esperar de ti nada más que lo que tenemos ahora.

Dicho esto me dio la espalda y se giró para entrar a donde la pelea de Lion estaba teniendo lugar.

¿Qué había querido decir con que sabía cómo era yo? Fuera lo que fuese no me hizo ninguna gracia. La observé mientras entraba y sentí como el enfado se apoderaba de mí...aunque no sabía exactamente por qué.

NOAH

Haber ido aquella noche con Nicholas había sido un error. Sí, me atraía muchísimo, y sí perdía el hilo de mis pensamientos cuando me tocaba o me besaba pero no me gustaba como era. Nicholas Leister se movía en un círculo que yo había evitado durante toda mi vida. Las peleas, las fiestas fuera de control, la droga o el alcohol, pertenecían a algo de lo que yo no quería formar parte. Aún intentaba habituarme a mi nueva vida, no hacía ni tres semanas desde que había llegado y todo había cambiado. Lo de Dan aún me afectaba y el estar comenzando algún tipo de relación con Nicholas solo empeoraba las cosas porque yo sabía exactamente lo que alguien como él quería de alguien como yo... y no iba a dárselo.

Podía ser anticuada o rara o lo que sea pero me gustaban las cosas a la vieja usanza. Quería que el chico que quisiese estar conmigo me lo demostrase cada día, me gustaban las frases cariñosas o los gestos dulces y Nick era lo opuesto a todo ello. No estaba preparada para que me volvieran a romper el corazón, es más ya estaba roto, ni siquiera había corazón, solo miles de cachitos pequeños que intentaba pegar cada día que pasaba.

Por ello me dije a mi misma que iba a tener que intentar tener una relación normal con Nick. No podíamos estar juntos pero eso no significaba que tuviésemos que odiarnos. Las peleas con él, los tira y afloja que nos traíamos desde que nos habíamos conocido eran agotadores y convivíamos bajo el mismo techo por lo que lo mejor iba a ser que intentásemos ser amigos, si es que ser amigo de alguien que te hace que te tiemblen las rodillas es algo posible.

Me quedé junto a la puerta de entrada a la nave esperando que Lion acabara de pelear. No estaba mirando. Odiaba las confrontaciones físicas y que la gente disfrutara de ellas, incluso que ganasen dinero apostando contra alguien me parecía de lo más desagradable y humillante.

Nicholas pasó junto a mi lado sin mirarme y fue a reunirse con Jenna y sus amigos. Quince minutos más tarde Lion ganó su pelea aunque a diferencia de Nick que solo había sido golpeado una vez, este presentaba varios golpes en el pecho y un corte bastante feo en el ojo izquierdo.

Jenna se tiró a sus brazos cuando Lion apareció junto a ella y le dio un profundo beso mientras la gente vitoreaba a Lion con entusiasmo. ¿Eso había querido Nicholas que hiciera? ¿Qué cayera rendida a sus pies porque era capaz de dejar a un tío inconsciente en el suelo? *Ridículo...*

Nick se giró hacia a mí cuando la gente empezó a salir por la puerta. Menos mal que aquel sitio era bastante grande porque debía de haber por lo menos unas doscientas personas allí reunidas.

Se acercó hasta que pudo cogerme la mano y hacerme salir. Fue extraño sentir sus dedos entrelazados con los míos pero su forma de hacerlo era distante, como si más bien lo hiciera por sentidos prácticos para que no me perdiera entre la muchedumbre que por afecto hacia mí.

Cuando estuvimos junto al coche de Lion le observé detenidamente, aunque él miraba hacia otro lado, hacia Lion y Jenna que se acercaban con sonrisas radiantes en sus rostros.

Algo había cambiado desde la última conversación. Nicholas parecía molesto conmigo y parecía querer hacer como si yo no estuviese allí. Me dolió su actitud pero no podía esperar otra cosa.

Cuando los demás nos alcanzaron nos metimos en el coche y Jenna propuso ir a tomarnos unas copas a un bar

que había por allí. No sé si se le había olvidado o si es que tenía un carné falso pero las dos éramos menores de edad, no nos iban a dejar pasar ni aunque fuésemos vestidas de la forma más sexy del mundo, que no era el caso, a menos en lo referente a mi ropa.

Cuando llegamos al local que era una especie de discoteca, la cola de gente llegaba hasta la otra calle. Busque con la mirada a Nicholas que se acercó a mí y me rodeo los hombros con su brazo.

—Tú sonríe y finge que te gusto—me dijo estrechándome contra su costado. Para quien fuera que nos mirase pareceríamos novios o lo más parecido a una pareja.

El guardia pareció reconocer a Nick porque solo le hizo falta una mirada para dejarnos pasar sin siquiera pedirnos el carné. Supuse que iban mucho a aquel sitio y que se gastaban una buena cantidad de dinero dentro.

Al entrar me soltó como si mi piel le cámara y se acercó a la barra. Jenna me sonrió mientras Lion la dejaba junto a mí y se acercaba a Nick. El local era muy acogedor, con sofás redondos y muchos reservados.

La música era genial y se escuchaba muy fuerte aunque la pista de baile estaba en el piso superior. Había poca iluminación y algunas luces de colores me hicieron pestañear varias veces con rapidez.

—Sentémonos allí—me dijo Jenna tirando de mí hacia un reservado con un montón de silloncitos muy acogedores que quedaban a ras del suelo. Lo hice sintiéndome un poco incomoda. No sabía que podía esperar de aquella noche pero con lo que ya había presenciado había tenido como para una semana entera.

Lion regresó un momento después con una cerveza para él y dos Coca Colas de frambuesa para Jenna y para mí. Me agradó el detalle y le di un buen trago para poder quitarme ese nudo en el estómago que comenzaba a formárseme al

ver desde mi posición en el reservado como Nicholas entablaba conversación con dos chicas que había en la barra.

¿Por qué me molestaba tanto? Sentí un malestar en la boca del estómago y fulminé mi botella con todas mis fuerzas. A mi lado Jenna y Lion estaban achuchados como tortolitos mientras yo simplemente podía ver como el imbécil que empezaba a gustarme cada día más ligaba con dos tías enfrente de mis ojos después de haberse enrollado conmigo hacía menos de una hora.

No entendía como era capaz de hacer algo así. ¿Es que no le bastaba con mi compañía por una sola noche, no podía aguantarse y tenía que salir a buscar a cualquier fulana para poder estar contento? Observé cómo se movía con gracilidad, y una seguridad que yo nunca iba a ser capaz de tener. El ser tan guapo y atractivo debía de influir mucho en su personalidad pero ¿No se daba cuenta de lo idiotas que parecían aquellas chicas cuando intentaban captar su atención de aquella forma tan obvia y a la vez tan vulgar?

Creo que cuando las invité a que se unieran a nosotros fue cuando realmente me di cuenta de la clase de persona que era Nicholas Leister. Y

no pensaba desperdiciar ni un minuto más en su compañía. Cogí mi bolso y me levanté del sillón. Jenna estaba tan enfrascada enrollándose con Lion que ni se dio cuenta. Nicholas había estado hablando con una de las chicas mientras que la otra le acariciaba el mismo pelo que hacía poco yo había estado acariciando. Sentí como el fuego comenzaba a formarse en mi interior por lo que ni siquiera me di cuenta de que me había seguido hasta que no me cogió por el brazo y me giró hacía a él.

Me solté de un fuerte tirón.

—¿A dónde vas?—me preguntó con el ceño fruncido.

¿En serio tenía que preguntar?

—A casa—le dije mientras buscaba en mi bolso y sacaba mi teléfono móvil. Le di la espalda mientras contactaba con la línea de taxis. Pedí uno para que me recogiera en la puerta y colgué.

Él se colocó frente a mí. Parecía enfadado y a la vez desconcertado.

—¿Es que no puedes esperar a que nos marchemos?—me dijo fijando sus glaciales ojos en los míos.

Dios, estaba tan cabreada que casi le tiró el móvil a la cabeza.

—¿Y ver cómo te enrollas con dos tías en mis narices? No gracias—le dije empujándole y saliendo al frescor de la noche. Me siguió, el muy canalla.

Parecía estar deliberando que hacer conmigo.

—No voy a dejar que te marches sola en un puñetero taxi, joder—dijo frustrado. Yo le ignoré y seguí andando. Tenía que llegar a la esquina donde me recogería— ¿Puedes mirarme cuando te hablo?—me exigió, casi me gritó.

Me giré hacia a él echando chispas por los ojos.

—¿Ahora te preocupas por mí?—le pregunté juntando las cejas y mirándole cabreada—No puedo creer que dejase que me pusieses tus malditas manos encima—le dije enfadada. ¿Cómo había sido tan idiota de caer en las redes de Nicholas Leister?

Él me miró frustrado. Parecía como si no supiese que hacer conmigo.

—Noah... esto es justamente lo que no puede pasar entre nosotros— dijo hablándome por fin.

Le miré sin comprender que era exactamente lo que quería decir.

—Tú y yo...—agregó haciendo una pausa. Aproveche para interrumpirle.

—Nunca hubo ni va a haber un tú y yo—dije y justo en ese momento llegó el taxi. Solo pude ver una mirada de cabreo cuando le dejé con la palabra en la boca y me metí en el coche.

Aquella noche había sido un completo desastre... igual que todas las noches en las que Nicholas y yo habíamos estado juntos.

Al día siguiente me dediqué a limpiar mi coche. Nicholas estaba dentro haciendo sabe Dios qué y casi ni nos cruzamos. Yo me limite a intentar quitar las manchas de barro y de suciedad que mi nuevo escarabajo tenía al haber estado bastante tiempo en venta sin que nadie lo cuidara y me hizo gracia como mis nuevos vecinos, todos increíblemente pijos y vestidos de Chanel, se me quedaban mirando con desagrado al verme limpiar el coche con una camiseta de propaganda, el pelo recogido en un moño desaliñado y unos simples pantalones cortos. La verdad es que tenía un aspecto desastroso pero me importaba tres pimientos lo que mi vecina rubia de bote y su marido dueño de no sé qué programa de televisión pensarán de mí.

Mientras soplabla para quitarme un mechón de pelo de la cara y me estiraba sobre el capó con una esponja intentando quitar una mancha que se empeñaba en no salir escuché la última voz que habría esperado oír en aquel lugar y mucho menos en aquel momento.

—Veo que sigues odiando los auto lavados de las gasolineras— me quedé un momento quieta en el lugar. No podía ser cierto.

Me giré hacia la persona que acaba de llegar; estaba de pie en medio de la entrada junto al coche de Nicholas y estaba exactamente igual que cuando me había despedido tres semanas atrás. Su pelo rubio despeinado, sus ojos color chocolate que transmitían una seguridad que siempre había

admirado, su cuerpo de jugador de hockey... Tuve que respirar hondo varias veces.

Dan, el mismo que me había engañado con mi mejor amiga estaba de pie frente a mí.

Dejé de hacer lo que estaba haciendo, con la esponja chorreando en una mano y la otra colgando junto a mi cuerpo como si estuviese muerta.

No podía moverme, el simple hecho de tenerlo delante me dolía más que cualquier cosa y no pude evitar que todos los recuerdos que había compartido con él acudieran a mi mente como una película en diapositivas.

La primera vez que nos habíamos conocido, en uno de sus partidos, y él se me había acercado después de ganar para decirme que no había podido concentrarse del todo cuando me vio en la tribuna; nuestra primera cita cuando me llevó a comer a un mexicano y los dos nos intoxicamos estando enfermos durante tres días seguidos y nos habíamos pasado hablando por teléfono casi todo el día; nuestro primer beso, tan dulce y especial que había estado en la lista de mis mejores recuerdos hasta hacía muy poco...

la primera vez que se había referido a mí como su novia...

Y entonces la imagen de Beth y él enrollándose ocupó primer plano, emborronando todos mis recuerdos de él y haciéndome sentir un dolor en el centro del pecho.

Busque mi voz dentro de mí cuerpo deseando que no se me notara lo afectaba que estaba por verlo allí.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?—le dije soltando la esponja en el cubo de agua y haciendo que varias gotas salpicaran mis pies descalzos.

Sus ojos no se apartaron de los míos cuando me contestó.

—Te echo de menos—dijo simplemente.

No pude evitar soltar una carcajada sarcástica.

—Seguro que no... has estado muy bien acompañado—le dije dándole la espalda y llevándome las manos a la cabeza. ¿Cómo se me había olvidado que Dan había planeado venir a visitarme por estas fechas? Claro que después de lo que había ocurrido había quedado bastante claro que no quería verle ni en pintura.

—Noah... lo siento—dijo con aquella voz aterciopelada que me había dicho miles de veces que me quería sobre todas las cosas.

Sacudí la cabeza deseando que aquello no fuese real. No estaba preparada para enfrentarme a Dan, porque una parte de mí deseaba que todo siguiera siendo como antes, una parte de mí deseaba darse la vuelta y dejar que me abrazara, que me besara y que me dijese lo mucho que me quería y echaba de menos, deseaba desesperadamente estar con alguien de mi vida anterior, aunque solo fuera por unos instantes deseaba ser la Noah Morgan que había sido antes de montarme en un avión y largarme de mi ciudad para vivir una vida que no quería tener.

—Noah... yo te quiero—dijo entonces y le sentí tras mi espalda. Se había acercado hasta colocarse a muy poco espacio de mí.

Me giré sintiendo como esas palabras se clavaban en mi corazón hecho pedazos.

—No vuelvas a decirme eso—dijo tajante pero al verle tan cerca...

al ver las manchitas de color verde de sus ojos marrones; la cicatriz que se había hecho en la mejilla cuando le habían dado con un palo de Hockey y yo había estado junto a él mientras le ponían los puntos, casi más histérica que él ante mi poca tolerancia a las heridas o a la sangre...

cada cosa que veía en Dan me traía a la mente un montón de recuerdos...

recuerdos que ahora me dolían de una forma insoportable.

Parecía nervioso, lo conocía lo suficiente como para ver que aquello le estaba costando incluso más que a mí.

—Te lo digo porque es la verdad, Noah—dijo y sin apartar sus ojos de los míos me cogió el rostro entre sus manos. Sentir su contacto me hizo estremecer por la calidez de los recuerdos que despertaban. Por medio año ese chico lo había significado todo para mí...había sido mi primer amor y aún sentía cosas muy intensas por él.

—Por favor, perdóname—repitió a la vez que sus dedos acariciaban mis mejillas.—Cuando te marchaste mi mundo se derrumbó, no sabía qué hacer, ni como sobrellevarlo—siguió hablando mientras sus dedos bajaban hasta mis hombros y me los acariciaban con cuidado mientras hablaba de forma desesperada.—Tienes que perdonarme... Noah por favor di algo, necesito que digas que me perdonas...

Cerré los ojos con fuerza... Aquello no debería estar pasando.

Aquel encuentro debería de haber sido todo menos una disculpa; habíamos ahorrado juntos para que pudiese comprarse el billete de avión para visitarme, su presencia tendría que haber sido de todo menos dolorosa, y aún así... volver a verle, volver a tener algo de mi antigua vida, era...

tan reconfortante.

Entonces sentí sus labios en los míos. Fue tan inesperado, como algo corriente, porque sentir sus labios en los míos había sido algo común en mi vida, algo agradable y necesario, algo que había deseado hacer desde el mismísimo momento que me subí en aquel avión para marcharme y no volver.

Su mano se colocó en mi nuca y me atrajo a hacia su cuerpo. Estaba tan estupefacta y afectaba por las miles de

sensaciones contradictorias que estaba sintiendo que no pude hacer nada más que quedarme quieta.

—Por favor bésame, Noah, no te quedes así—me pidió entonces presionando con más fuerza mis labios. Consiguió que yo los entreabriera y su lengua buscó la mía como lo había hecho desde la primera vez que nos habíamos besado... sentí calor en todo el cuerpo pero... algo era diferente... algo había cambiado, era como si mi cuerpo estuviese esperando una reacción más poderosa, como si mis venas no quisieran estar cálidas si no ardiendo, algo que no estaba ocurriendo en aquel instante.

Entonces alguien hizo un ruido para captar nuestra atención. Fue como si me hubiesen tirado el cubo de agua y jabón que aún tenía a mis pies en la cabeza. Di un paso hacia atrás y Dan me miró un instante con la alegría reflejada en su rostro antes de girarnos para ver quien había sido que nos había interrumpido.

Mi madre y William acababan de llegar. Había estado tan inversa en todos los pensamientos y sentimientos contradictorios que se me habían estado pasando por la cabeza que ni siquiera les había oído llegar con el coche.

Mi madre nos miraba con el ceño fruncido pero un segundo después una sonrisa apareció en su rostro.

—¡Dan, me alegro mucho de verte!—dijo mientras él se giraba hacia ella y le daba un abrazo amistoso.

Fue como si todo fuera normal otra vez, como si estuviésemos en mi piso en Canadá y mi madre acabara de llegar de trabajar con pizzas para nosotros y una película en las manos.

Me quedé callada observando como mi madre le presentaba a William como mi novio, y como este le estrechaba la mano con una sonrisa en el rostro.

Mi madre me miró de reojo al finalizar las presentaciones, como si estuviese esperando que dijese

algo.

William me miró, callada en mi lugar y se giró hacia a Dan.

—¿Has venido para pasar unos cuantos días?—le preguntó.

—Un fin de semana, señor—le contestó Dan con una sonrisa amistosa.

Por lo siguiente que salió de la boca de William supuse que mi silencio le llevó a hacerse unas conclusiones erróneas.

—Noah, no hay problema en que Dan se quede dos días aquí en casa, tus amigos son bienvenidos, ya lo sabes—dijo de forma amable.

Antes de que pudiera decir nada mi madre habló también.

—Sí, así podréis pasar más tiempo juntos y ponerlos al día con lo que habéis estado haciendo estas últimas semanas—dijo ella.

Empecé a negar con la cabeza, aturdida por todo lo que estaba ocurriendo cuando Dan abrió la boca.

—Me encantaría señor Leister, muchísimas gracias por la invitación— dijo dándole la mano a William otra vez.

Aquello estaba mal... me estaba comportando como una idiota, Dan no podía quedarse en mi casa, no le *quería* en mi casa, y tampoco podía dejar que volviese a besarme, de ninguna manera...

Cuando quise darme cuenta mi madre y William ya habían entrado y me encontré a solas con Dan otra vez.

Antes de que me tocara o me besara dije lo que pensaba en aquel instante.

—No puedes quedarte Dan.

Él frunció el ceño y se acercó.

—Se que aún estás enfadada y sé que tendrá que pasar mucho tiempo hasta que puedas perdonarme pero déjame

estar contigo estos días Noah...

sea lo que sea lo solucionaremos juntos, por favor... tú eres mía y yo soy tuyo... ¿recuerdas?

Aquella frase me golpeó como una puñalada en el corazón.

—Dejé de ser tuya en el mismo momento en el que te liaste con mi mejor amiga—dije sabiendo que el dolor de volver a verle y de tener que separarme definitivamente de él en los próximos días me iba a dejar aún más destrozada de lo que ya lo estaba—Así que puedes quedarte, más que nada porque no voy a hacerle un feo a William ni a mi madre, además no tengo interés en que se enteren de lo que me has hecho, pero después no quiero volver a saber nada de ti.

Mi madre se mostraba entusiasmada de ver a Dan entre nosotros otra vez, seguramente era debido a que las últimas semanas yo había estado de lo más deprimida. Mi madre sabía que todos estos cambios no eran de mi agrado y también sabía que dejar a mi novio en otro país era una de las cosas que nunca iba a perdonarle, aunque viendo lo visto a lo mejor era lo que me había hecho falta para saber cómo era Dan en realidad. Fue extraño tenerlo allí, era como si existiesen dos vidas completamente diferentes y también dos Noahs muy distintas. Estaba la Noah de Canadá, que era simpática y tenía una vida bastante normal, con amigos, con un novio y que trabajaba en un restaurante para poder pagarse la gasolina de su coche y la factura de su teléfono móvil, y luego estaba la nueva Noah, la resentida, y casi todo el tiempo antipática y melancólica que ahora vivía en una casa de ricos, iba a asistir a un colegio de pago, se liaba con su hermanastro de veintiun años y se codeaba con gente cuyo pasatiempo preferido era burlar las leyes de la sociedad y meterse en problemas. Y ambas Noahs no podían coexistir a la vez, era prácticamente imposible,

porque al dejar mi antigua vida la Noah feliz, la Noah cuya vida era normal y cuyo novio la quería sobre todas las cosas, había dejado de existir.

—Puedes dormir aquí—le dije a Dan después de que mi madre le enseñara toda la casa y me dijera que Dan podía quedarse en el cuarto de invitados. Aquel cuarto, para mi desgracia, estaba al final del pasillo donde estaba mi habitación y la de Nicholas. De este último no sabía nada desde la noche anterior cuando me había marchado en taxi estando de lo más cabreada. Aún estaba enfadada y no sabía cómo iba a sobrellevar la situación de tener a mi ex novio y al chico con el que me había enrollado las últimas veces durmiendo en mi mismo pasillo.

—Vives como alguien famoso, Noah—dijo Dan mirando a su alrededor a la habitación con vistas al mar y de increíbles dimensiones.— ¿Cómo te acostumbras?

Me encogí de hombros. La verdad es que no era una persona a la que el dinero la pudiese impresionar. A lo mejor por eso me daba bastante igual que mi nueva casa fuera como más o menos veinte veces más grande que cualquier casa de mis amigos o la mía propia.

—Ahora tengo que irme—le dije un momento después. Ni siquiera había entrado a la habitación, me había quedado en la puerta intentando mantenerme entera mientras observaba al chico que tendría que dejar de querer y ver en los próximos dos días.

Dan se giró hacía a mí y supe lo que vendría a continuación. Podía ser muy persuasivo cuando quería, y estaba segura que iba a intentar por todos los medios que le perdonara lo que había hecho pero no pensaba caer en sus redes; me había hecho mucho daño y me odiaba a mí misma por no ser capaz de echarle de mi casa y darle un buen bofetón pero la cosa era que desde que le había visto me costaba menos respirar, la sensación de estar en un

lugar desconocido o incluso de no conocerme a mí misma había remitido un poco.

—Se que te he hecho daño, Noah—dijo acercándose a donde estaba yo.

Me quedé quieta donde estaba.—Pero te amo, siempre te he amado y mi vida sin ti es una autentico desastre... desde que te he visto todo vuelve a tener sentido, cuando me dijiste que te marchabas intenté crear un plan en mi cabeza para poder sobrellevarlo pero no funcionó, Noah, lo de Beth no significó nada para mí solo me apoye en ella porque me recordaba a ti, siempre estabais juntas, os parecéis incluso en vuestra forma de ser, sé que he sido un autentico cabrón, pero no puedo soportar que lo nuestro acabe de esta forma...—bajé la mirada intentando controlar las lágrimas que luchaban por salir de mi ojos... no iba a ponerme a llorar... yo no lloraba... yo no lloraba—Y míranos ahora... ni siquiera eres capaz de mirarme.

Sus manos cogieron mi rostro y sus ojos castaños se clavaron en los míos.

—Por favor dime que me perdonas—me pidió en un susurro con sus labios casi pegados a los míos.

No sé ni lo que dije pero sus labios volvieron a besarme, con insistencia, con emoción...y dejé que lo hiciera , *otra vez*... no podía controlarlo simplemente era algo que necesitaba; pero a la vez que me acariciaba con su boca supe que no estaba bien, era una extraña sensación en la boca del estómago, me sentía culpable, culpable porque estaba engañando a alguien muy importante... a mí misma.

Me aparté de él unos segundos después.

—Necesito que me des espacio—conseguí articular. Y era verdad, necesitaba pensar, necesitaba dejar de tenerlo delante.

—Está bien—me dijo bajando la mano que estaba sobre mi rostro y dando un paso hacia atrás—Nos vemos mañana

—agregó.

Asentí y cuando cerró la puerta pude volver a respirar profundamente.

Empecé a caminar hacia a mí habitación con la intención de meterme en la cama y dormir hasta mañana, necesitaba pensar y poner mis sentimientos en orden a la vez que en perspectiva pero mi cuerpo se detuvo en una puerta que no era la mía y antes de poder detenerlo estaba llamando a la puerta de Nicholas.

No sé si contestó, pero escuché un ruido y simplemente abrí la puerta.

Estaba sentado frente a su ordenador, en el escritorio que había en una esquina de la habitación y en cuanto me vio cerró la pantalla del portátil. Su silla giró para quedar frente a mí y mi mente asimiló cada parte de su anatomía como si se tratara de una obra de arte. Estaba sin camiseta y en pantalones de deporte grises. Estaba claro que no esperaba visita y menos la mía, creo que desde que había llegado a esa casa esa era la primera vez que llamaba a su puerta, pero una parte de mí me había llevado a buscar consuelo en mi hermanastro y aún intentaba comprender por qué demonios había decidido torturarme a mí misma con la presencia de alguien como él.

Sus ojos azules se clavaron en los míos en la distancia que había desde su escritorio hasta la puerta. Supongo que vio algo en mi rostro porque frunció el ceño casi de inmediato.

—¿Qué te ocurre?—dijo levantándose y acercándose a mí con cautela como si no supiese muy bien qué hacer. Al instante y como casi siempre que nos encontrábamos solos una irresistible atracción surgió en el aire.

Una parte de mí se alegró al comprobar que Dan era incapaz de obtener aquella respuesta en mi cuerpo y no

pude evitar alegrarme y sentirme realmente confusa al mismo tiempo.

Sin decir nada di un paso adelante, con mis ojos clavados en esos ojos azules que solo prometían cosas oscuras, y sin siquiera pensarlo coloqué una mano en la nuca de Nick y le besé con desesperación.

Al principio él se quedó quieto, sorprendido supongo pero la respuesta de su cuerpo fue inmediata. Sus manos me cogieron por la cintura atrayéndome hacía él y pronto su boca y su lengua tuvieron el control. Sentí miles de mariposas en el estómago incluso era doloroso por la intensidad de las cosas que sentí en aquel momento. Sus manos en mi cuerpo simplemente me hicieron olvidar el motivo por el que había ido allí, y pronto estuve hiperventilando bajo sus labios teniendo que apartarme para recuperar el aliento y controlar el temblor que se había apoderado por todo mi cuerpo.

—¿Qué haces?—me dijo al oído al mismo tiempo que sus dientes se apoderaban de mi oreja y tiraban de una forma que me hizo suspirar. Mis manos se aferraron a su espalda cuando empezó a besarme en el cuello y en la mandíbula... y simplemente cualquier sentimiento de dolor, de pérdida o de añoranza desapareció de mi cabeza.

Pero me apartó.

—¿Qué es lo que ha pasado?—insistió entonces mirándome a los ojos.

¿Por qué tuvo que preguntarlo? ¿Por qué no simplemente se dedicaba a besarme y hacerme disfrutar con lo que claramente era una de sus mejores habilidades? ¿Desde cuándo a Nicholas le importaba los motivos por los que alguien quería enrollarse con él?

Entonces Dan regresó a mi mente... y la sensación de haber sido engañada por alguien a quien tanto quería tanto Beth como él, volvió para hacerme sufrir, y también el dolor

al saber que los había perdido a ambos para siempre, porque no iba a ser capaz de perdonarle, no se lo merecía, pero lo peor era el miedo... el miedo de no ser lo suficientemente fuerte de permanecer alejada de él.

Apoye la frente en el hombro desnudo de Nick y automáticamente sus brazos me abrazaron. Fue muy extraño, porque nunca habíamos compartido ningún momento parecido. Dejé que me abrazara y apoyé mi rostro en su pecho. Olía maravillosamente bien, seguramente a alguna colonia de marca de esas que utilizan los modelos de la tele pero sobre todo lo que más me gusto fue lo calentito que estaba su pecho y lo reconfortante que fue notar como el calor me invadía por dentro, porque me sentía congelada....

Congelada por las emociones que me embargaban y el dolor que sentía en el corazón.

—No digo que no me encante tenerte entre mis brazos, pecas, pero si no me dices lo que te ha ocurrido creo que voy a sacar mis propias conclusiones y terminaré dándome de ostias con la persona equivocada.

Aún así y todo consiguió sacarme una sonrisa.

Comencé a separarme de él pero tiró de mí hasta que se sentó en la silla de su escritorio conmigo en su regazo.

Otra vez, aquello fue muy extraño, extraño y tan placentero que volví a asentir un dolor en el estómago.

—Por favor dime que no estás aquí porque le has hecho algo a mi otro coche y el remordimiento te reconcome por dentro; porque ni por todos los besos del mundo...

Sabía que bromeaba, y me hacía gracia ver como intentaba hacerme reír. No conocía aquella faceta del duro y borde Nicholas Leister y me agradó bastante.

Entonces decidí contarle el motivo por el que había entrado a su habitación, porque aunque sea difícil de creer

no había estado en mis planes enrollarme con él ni nada parecido.

—Dan está aquí—le dije observándole. Sus ojos tardaron un segundo en comprender lo que le estaba diciendo. Su cuerpo se tensó.

—¿El cabrón que te puso los cuernos está aquí?—dijo mirándome con incredulidad—¿Dónde, en Los Ángeles?

Uff...

—Aquí en casa—dije sabiendo lo patético y ridículo que era aquella situación.

Él me observó uno segundos como si esperase a que le dijera que era una especie de broma.

Me apresuré en explicarme.

—Compramos un billete de avión entre los dos antes de que yo me mudase aquí pero como es lógico yo supuse que no vendría después de lo que me había hecho y después de cortar con él pero ahora está aquí Nicholas, y mi mundo se ha puesto patas arriba...—dije mientras me levantaba y comenzaba a caminar por la habitación.

Porqué estaba contándoselo a mi hermanastro era algo que nunca sabría pero necesitaba desahogarme con alguien y Nick era muy bueno en conseguir que pensase en otra cosa.

Mirándome de forma extraña cogió un cigarrillo de su mesa y se lo llevó a la boca. Parecía... enfadado, o decepcionado.

—¿Por qué me lo cuentas?—dijo entonces dándole una calada al cigarro de forma brusca. Ahora en sus ojos se veía una frialdad muy conocida... la misma con la que me observaba la mayoría de las veces, la misma que nos llevaba a insultarnos y odiarnos mutuamente. Nicholas tenía dos facetas muy distintas y nunca sabía cuando iba a aparecer la una o la otra.

Sentí un pinchazo en el corazón.

Intenté dejar a un lado las cosas que sentía por él, cosas que aún ni yo comprendía, y le dije lo que verdaderamente necesitaba.

—Dan va a saber quién eres en cuanto te vea—le dije colocando delante de mí aquel escudo que siempre llevaba para defenderme de las personas, aquel escudo que desde que Dan había llegado parecía haber desaparecido.—Te reconocerá por la foto que le envíe de nosotros...

cuando... nos besamos—terminé por fin.

¿Quién iba a pensar que aquel beso iba a traerme tantos quebraderos de cabeza? Si hubiese sabido que al besar a Nick parte de mi mente y mi cuerpo solo iban a estar deseando repetir, me habría abstenido desde el principio.

Los ojos de Nicholas se clavaron en los míos. Dejó el cigarrillo en un cenicero que tenía en el escritorio y me miró con desdén.

—¿Qué es lo que pretendes Noah?

Respiré profundamente.

—Solo quiero que se vaya y no tener que volver a verle jamás—le dije sabiendo que era cierto, eso era lo que deseaba, sin importar el dolor que me causara, no quería a alguien que me había engañado a mi lado.

El rostro de Nicholas pareció relajarse un tanto.

—Pero no me veo capaz de conseguirlo—agregué llevándome una mano a la frente con nerviosismo—Ha venido expresamente a conseguir que le perdone...y una parte de mí así lo desea, pero no es lo que quiero...

—¿Y es ahí donde entro yo?—preguntó entonces.

Asentí al ver que comprendía hacia donde quería llegar.

—Solo será por un par de días—dije con voz temblorosa—Sí él ve que he seguido adelante, que no me interesa... puede que me deje en paz.

Asintió llevándose el cigarrillo a la boca. Aunque no me gustaba para nada la gente que fumaba, en él era de lo más

sexy.

—Por lo tanto tenemos que enrollarnos delante de él—concluyó Nicholas.

Me sentía avergonzada por lo que le estaba pidiendo...y aunque ya me había ayudado en ese campo al ofrecerse hacer una foto de nosotros dos besándonos, ahora era un poco extraño, porque de hecho nos habíamos enrollado varias veces los últimos días.

—Que crea que estamos juntos—dije y me puse tensa cuando se levantó de su silla y se me acercó.

—¿Porqué no le parto la cara y terminamos antes?—dijo cogiéndome el mentón con una de sus manos. Sus ojos se clavaron en los míos de forma intensa, me miraba enfadado y con algo oculto que no supe interpretar.

—Mi madre no puede enterarse—dije finalmente con un murmullo bajo.

Me sentía atrapada por su mano que me sujetaba y a la vez nerviosa por su contacto. Uno de sus dedos trazó mi labio inferior con una leve caricia.

—Me debes una muy grande—dijo en tono de cabreo para después posar sus labios en los míos de forma brusca. Me besó con fuerza, no con calidez y no pude evitar compararlo con Dan. Mientras que mi ex novio era cuidadoso y cariñoso aunque en el fondo un cabrón, Nicholas era frío y dominante. Nunca sabía lo que estaba pensando, por ejemplo en aquel instante, sus manos ni siquiera me tocaban, solo sus labios. Entonces se apartó.

—Espero que no seas idiota y dejes que ese capullo te vuelva a poner las manos encima.

Dicho esto se giró, cogió una camiseta, las llaves del coche que estaban sobre la mesa y se marchó, dejándome allí, intentando averiguar si iba a hacer capaz de reponerme de aquel último contacto con Nick.

NICK

Estaba cabreado, más que eso... no sabía cómo estaba porque nunca me había sentido así en toda mi vida. Ni siquiera entendía cómo es que había dejado que Noah me dijera lo que debía o no debía hacer; aunque con ello pudiese estar con ella de la forma que deseaba, porque cada célula de mi cuerpo se encendía nada más verla, no era motivo suficiente para que yo aceptara ayudarla en aquella ridícula farsa para que pudiese deshacerse de su novio.

Hacía tiempo que había superado las tonterías de instituto y siendo sinceros las cosas podían solucionarse de una forma mucho más rápida y eficaz: partiéndole las piernas a ese gilipollas y echándolo de mi casa, por ejemplo; Noah tendría lo que quería y yo me quedaría de lo más a gusto.

Me metí en mi coche dando un portazo y sin detenerme a pensar en que estaba dejando a Noah a solas con ese imbécil en casa. Después de haberla visto no creía que nada pudiese ocurrir entre ellos y al ver cómo me sentía tan solo de imaginármelos juntos me hizo pisarle al acelerador con fuerza y marcharme lo más lejos de lo que si no tenía cuidado se convertiría en mi propia y martirizante prisión.

Desde que nos habíamos enrollado todo había cambiado. Aquella irritación que sentíamos él uno hacia al otro había pasado a convertirse en un deseo irrefrenable que me ponía a mí en una situación de lo más complicada. No sabía lo que quería pero estaba seguro que empezar cualquier tipo de relación con Noah no era lo que le convenía a alguien como yo. Ya lo había comprobado; Noah tenía madera de novia,

por ese motivo se había cabreado conmigo por haber estado con dos tías mientras salía con ella y se había marchado dejándome allí tirado. Eso me había molestado y ni siquiera me di cuenta de que había estado haciendo algo mal. Mi relación con las mujeres nunca había sido monógama, me gustaba la variedad, y huía del compromiso con todas mis fuerzas. Ninguna mujer se merecía más de la atención que yo estuviese dispuesto a darle, y nunca dejaría que una chica pudiese tener ningún control sobre mí o mis decisiones. Yo hacía lo que quería y con quien quería. Noah Morgan me atraía más que ninguna otra chica, tenía que admitirlo la deseaba con tanta fuerza que me dolía permanecer alejado de ella; mi mente tenía tantas fantasías creadas a su alrededor que cuando estaba con ella perdía el hilo de mis pensamientos y dejaba que mi cuerpo dirigiese mis movimientos. Con Noah era todo diferente y por eso mismo tenía que andarme con cuidado.

Aparqué el coche cuando llegué a la casa de Anna. Aquella noche había una fiesta en la playa; no íbamos a ser muchos pero los suficientes como para poder distraerme y dejar de pensar en Noah. Cogí el móvil y marqué el número.

—Estoy fuera—dije cuando la voz de Anna sonó al otro lado de la línea. Ya eran las once de la noche y unos dos minutos después Anna salió de su casa y vino hacia a mi coche con una sonrisa que prometía muchas cosas. Se subió y antes de que pudiera decir nada ya había pegado sus labios a los míos. Siempre llevaba algún pintalabios con algún sabor característico y nunca me había disgustado... hasta ahora. Me aparté de ella y puse el coche en marcha. No pareció darse cuenta de cuál era mi estado de ánimo, más bien parecía de muy buen humor y miró hacia adelante mientras salía de nuestra urbanización en dirección a la playa.

—Hacía mucho que no salíamos—me dijo un momento después y noté su mirada clavada en mi rostro. Seguí mirando hacia a la carretera —He estado muy liado—le contesté un poco cortante. No podía sacarme de la cabeza que Noah estaba durmiendo en el mismo pasillo que su ex.

—Hoy nos lo pasaremos bien—dijo Anna y al mirar hacia su lado vi que abría su bolso y me enseñaba los paquetitos transparentes que había allí amontonados. Cientos de pastillas de colores se entremezclaban entre pintalabios, maquillaje y las demás cosas que las tías llevaban en el bolso.

Asentí mirando hacia adelante y preguntándome si merecía la pena drogarme para poder dejar de sentirme como una mierda. Seguramente no, pero lo había hecho tantas veces desde que tenía dieciocho años que ya era una costumbre. Nunca me metía nada del otro mundo es más casi siempre prefería fumarme un porro o dos, al contrario que Anna que era una de las camello más conocidas de la zona. Aquello era muy normal en la gente que se había criado en mi mundo. Cuando se es joven y se tienen a tu disposición una cantidad de dinero incalculable... la droga, las mujeres y las fiestas estaban a la orden del día.

Cuando llegamos a la playa me fui directamente a hacía donde sabía que estaría Lion. Jenna no estaba por ninguna parte, lo que me extrañó, pero al ver a Lion casi tan borracho como los que había a su alrededor supuse que debían de haber tenido una pelea bastante gorda. Le di una palmada en la espalda cuando llegué y cogí un vaso de cerveza.

—¿Te has metido en problemas, colega?—le pregunte llevándome el vaso a la boca y tragándome casi todo el contenido de inmediato.

Lion me fulminó con la mirada a la vez que se bebía lo que fuera que estaba bebiendo.

—Odio a las mujeres—sentenció un momento después. Varios que estaban a su alrededor brindaron por eso.—Haces todo lo que quieren y nunca están conformes... y cometes un mínimo error y ala, te mandan a la mierda.

No pude evitar poner los ojos en blanco. Lion y Jenna vivían discutiendo, cortando, volviendo, y luego vuelta a empezar. Ya había escuchado aquel discurso antes por lo que no presté demasiada atención.

Algo sobre que una tía se le había tirado encima y que antes de poder apartarla Jenna ya le había dado una fuerte bofetada, marchándose cabreada.

Mis ojos buscaron a Anna con la mirada. Estaba hablando con varias personas, seguramente las que le comprarían su mercancía para poder disfrutar de la noche. Miré a mi alrededor a las dos hogueras que habían encendido en la blanca arena y me acerqué para sentare junto al fuego.

Estaba bastante deprimido... desde que me había marchado de Las Vegas separándome de mi hermana me sentía como vacío... o incluso antes.

Algo me faltaba, sentía como si todas aquellas cosas ya no tuviesen sentido... las fiestas, la gente... y mientras pensaba en todo eso el rostro de Noah se dibujó en mi mente. No comprendía ni la mitad de las cosas que hacía y desde que había llegado algo había cambiado. Ya nada era lo mismo y no sabía muy bien que significaba.

Alguien me abrazó por detrás, besándome el cuello y haciéndome llegar el olor fresco de una colonia que conocía muy bien.

—Te echo de menos Nick—me dijo Anna sentándose a mi lado.

Me fijé en que sus mejillas estaban sonrosadas y en que sus labios se veían brillantes y atractivos. Me acerqué hasta ella, colocando una mano en su rodilla desnuda y acariciándole la piel como sabía que le gustaría.

—No deberías echarme de menos Anna—le dije fijándome en el color oscuro de sus ojos—Nosotros no somos nada.

Vi como sus ojos se tensaban pero no dejó que aquello le afectara.

Ambos sabíamos cómo era nuestra relación. Anna tenía un trato especial por mi parte, era verdad, pero desde el primer instante supo que nunca seríamos nada más que lo que éramos ahora. Yo nunca pertenecería a una mujer, nunca dejaría que me hiciesen daño otra vez.

Sus labios alcanzaron los míos y le devolví el beso más por costumbre que por verdadero deseo. Aquello me molestó. Anna era una chica muy atractiva y muy guapa, siempre había habido química entre nosotros, incluso más que con cualquier otra, pero aquella vez no ocurrió nada... y eso me cabreó.

Con la mano que tenía libre le cogí la nuca y la obligué a profundizar el beso. Anna era una chica lista, sabía lo que me gustaba y como quería que se comportase. Sus manos me atrajeron hacia ella cogiéndome de la camiseta y nos pegamos sintiendo el calor del fuego y de nuestros cuerpos... pero no era lo que buscaba.

Me aparté un momento después. Ella me observó con los ojos ardientes, deseosos de más.

—¿Vamos al coche?—me preguntó aún con las manos aferradas a mi camiseta. Se las cogí y las aparté para después girarme hacia al fuego.

—Dame una de tus pastillas—le dije sin apartar la mirada de las ardientes llamas.

Ella se movió a mi lado y un segundo después tuve una pastilla pequeña en la palma de mi mano.

—Esto te pondrá de mejor humor.

Asentí metiéndomela en la boca y tragándomela sin dificultad.

Aquella noche dejé que mis problemas desaparecieran.

Llegué a casa a eso de las tres de la madrugada. Me dolía todo el cuerpo y me sentía como si me hubiesen dado una paliza. Al pasar junto al cuarto de Noah y ver la luz que se filtraba por debajo sentí una oleada de ira que me recorrió todo el cuerpo. Si la luz estaba encendida significaba que Noah estaba despierta y también que seguramente estaría acompañada. Sin pensarlo siquiera abrí la puerta sin vacilar, listo para darme de ostias con el capullo que ahora dormía bajo mi mismo techo.

Me detuve en seco cuando vi el cuerpo relajado y dormido de Noah.

Estaba acurrucada bajo una fina sábana blanca, sus cabellos de varias tonalidades reposaban sobre la almohada a su lado y sus ojos estaban cerrados y en calma. La luz de su mesilla estaba encendida iluminando con su tenue luz todo lo que había en aquella habitación... y no había ni rastro de Dan.

Inspiré hondo intentando tranquilizar aquellas oleadas de rabia que aún me recorrían el cuerpo al haber imaginado miles de escenas de Noah acostada en su misma cama con su ex novio, haciendo de todo menos dormir.

Pero Noah le tenía miedo a la oscuridad, lo había descubierto la primera noche que había dormido en esta casa, y al recordarlo sentí un sentimiento cálido en mi interior.

La observé dormir, parecía tranquila y su respiración era regular y sosegada. Nunca me había detenido a observar a una chica dormir y era algo fascinante. Me acerque un poco más queriendo comprobar una teoría.

Automáticamente y al estar más cerca de ella mi corazón comenzó a acelerarse sin sentido ni lógica. Una sensación extraña y desconocida me recorrió todo el cuerpo y de repente me sentí mejor... incómodo pero mejor. La mano me

picaba de las ganas que tenía de acariciar aquellos labios suaves y gruesos de color cereza. Toda mi anatomía deseaba estar en contacto con aquel cuerpo y entonces comprendí que nada iba a cambiar.

Daba igual que me enrollara con Anna o con cualquier otra chica... nada iba a ser tan intenso como lo que sentía en aquel instante por la chica que dormía en esa cama.

NOAH

Aquella mañana me desperté más temprano de lo normal. No sé si era por el remolino de pensamientos contradictorios que me llevé a la cama o porqué sabía que aquel día iba ser muy complicado, pero al levantarme y ver que el cielo estaba nublado supe que nada bueno iba a sacar de haberle pedido un favor a Nicholas y de haber dejado que mi ex se quedase a dormir en mi casa. Mientras me vestía con el bañador y un vestido de playa, al parecer mi vestuario preferido del verano, me dije a mi misma que solo tenía que aguantar hasta las siete de la tarde, entonces empezaría en mi nuevo trabajo y podría desaparecer y evitar sin problemas a Dan.

Además había podido meditarlo mucho antes de dormirme, y el único sentimiento que quedaba hacia la persona que lo había supuesto todo para mí, era rabia y rencor. Estaba cabreada, no quería ni verle, es más me sentía como una estúpida por haberle dejado besarme. No se sí era porque en ese momento no lo tenía delante y por lo tanto los recuerdos que despertaba en mí no se revivían pero esa mañana no quería ni mirarle a la cara.

Bajé a la cocina con ganas de tomarme una buena taza de café y vi que estaba completamente vacía. Era bastante temprano por lo que tampoco me sorprendió mucho y aproveché para poder desayunar tranquila y a solas en aquella cocina tan grande. Cuando terminé decidí dar una vuelta con mi coche nuevo ya que apenas lo había utilizado y también aprovechar para visitar mi nuevo lugar de trabajo. Quería asegurarme que sabría llegar sin problemas por lo que las primeras horas de la mañana me dediqué a

pulular por las calles de Los Angeles. La gente tenía razón en cuanto a que el tráfico en aquella ciudad era exasperante. Tardé más de la cuenta en llegar al Bar pero por lo menos no me perdí. Después de dar varias vueltas por la zona me propuse pasar por la playa. Las calles ya habían empezado a llenarse a medida que entraba el medio día y yo me encontré buscando cualquier excusa con tal de no ir a casa. Aparqué el coche junto a la playa de Santa Mónica y me maravillé con las vistas y el puerto.

Sabía que aquel sitio era muy conocido y comprendí porqué. El puerto era inmenso, con restaurantes, tiendas y un parque de atracciones perfecto para pasar un día como aquel con niños o con amigos. Vi que había varios chicos haciendo surf en la playa y después de un rato me senté en la arena a tomar el sol. Las playas eran tan grandes que tardabas lo tuyo hasta llegar al mar. Había un carril bici que atravesaba la playa y la gente iba paseando a los perros o corriendo mientras escuchaban música desde sus respectivos ipods. Era todo tan diferente a donde yo vivía. Era como estar metida de lleno en una película o en una serie de televisión de la TNT.

Después de un rato y justo cuando me levantaba para marcharme, sabiendo que no podía atrasarlo más, una cara conocida se me acercó con una sonrisa en el rostro.

—¿Qué haces por aquí, hermanita de Nick?—me dijo el chico que me había llevado a las carreras aquella noche: Mario.

—Hola, Mario—le dije colocándome la mano de forma de visera ya que el sol nos daba de lleno.

Mario era un chico guapo, latino y muy sexy. Desde el primer momento que le conocí me cayó bastante bien y me dio buenas vibraciones.

—¿Cansada de la familia Leister?—me dijo con una sonrisa divertida.

Tenía los dientes muy blancos y una sonrisa de esas que se contagian nada más verla. Iba con ropa de deporte y estaba sudado; obviamente había estado corriendo.

—Ni te lo imaginas—le dije recordando todo el drama de Dan y Nicholas.

—Sabes, yo soy muy bueno despotricando contra tu hermano, podríamos quedar y hacerlo juntos ¿Qué te parece?—me dijo y no pude evitar reírme con él. Sabía que le gustaba, y además se había portado muy bien conmigo aquella noche y era divertido...

—Si quieres puedes pasarte por el bar que hay junto al paseo marítimo, el 48, hoy empiezo a trabajar allí y no me vendría mal tener a una cara conocida a la que poder recurrir si no tengo ni idea de lo que me piden.

Mario se rió.

—Estaré ahí para hacerte el día más fácil, ¿Qué te parece?

—Perfecto, te veo esta noche—le contesté.

Ya era bastante tarde, tenía que marcharme y enfrentarme a quienes me esperaban en casa.

Antes de seguir corriendo, Mario se acercó y me tocó la mejilla en una caricia fugaz. Me quedé sorprendida pero tampoco le di mucha importancia. Sería bueno tener otro amigo en aquella ciudad. Regresé al coche poco después y volví a casa. A medida que me iba acercando me fui poniendo más y más nerviosa. Lo sorprendente era que no lo estaba por ver a Dan si no por volver a encontrarme con Nicholas. Cada vez nos acercábamos más y más el uno al otro y cada encuentro era tan intenso que incluso dolía.

Apenas hablábamos, es más ni siquiera podíamos decir que nos conociéramos pero la atracción sexual que había cuando estábamos en la misma habitación era tan intensa que me costaba lo mío ignorarla y portarme con normalidad. Sabía lo que le había pedido al decirle que se hiciera pasar

por mi novio y por ese motivo no dejaba de mordirme las uñas y de tamborilear con los dedos contra el volante, nerviosa por regresar a casa.

Cuando aparqué el coche vi que la 4x4 de Nick no estaba aparcada.

Me relaje un poco y mis sentimientos dieron paso al disgusto de tener que volver a ver a Dan.

Cuando entré en casa me fui directamente a las escaleras, pero mientras la subía Dan me llamó desde el piso de abajo. Me quedé quieta un momento y luego me giré para enfrentarme otra vez a él. Aquella sensación dolorosa en el pecho al verle volvió a aparecer pero estaba vez iba acompañada de un resentimiento y un cabreo que sabía no podía dejar estallar en medio de las escaleras.

—¿Dónde estabas?, te he estado esperando—dijo alcanzándome en las escaleras.

Llevaba el pelo despeinado y sus ojos marrones me miraron con un intenso escrutinio.

—Salí a dar una vuelta, necesitaba aclararme las ideas—le dije dándole la espalda y subiendo la escaleras hasta llegar a mi habitación.

No me hacía falta girarme para saber que me seguía, por lo que no me extrañó verle allí cuando entré en mi habitación y me giré para enfrentarme a él.

—Quiero que te marches—le dije sin darme tiempo a pensar mucho en lo que estaba diciendo.

Su rostro se descompuso y dio un paso hacia a mí. Yo retrocedí inmediatamente. Necesitaba que se quedase una distancia segura. Si volvía a tocarme perdería los papeles; la chica de ayer que dejaba que la besara después de que le hubiese puesto los cuernos había desaparecido, había sido débil y nunca me lo perdonaría, pero eso se había acabado.

—Noah te he dicho mil veces que lo siento—dijo mirándome disgustado y sorprendido.

—¿Y qué es lo que sientes exactamente?—dije elevando el tono de voz sin siquiera darme cuenta—¿el haberte liado con mi mejor amiga, o el haberme engañado tres días después de que me marchara?

Di un paso hacia él. Cada segundo que pasaba y le tenía delante me cabreaba más.

—¿O el haberme engañado muchas más veces?—le dije dándole en el pecho con mi mano. Deseaba sacarlo a patadas de mi habitación, empujarle, hacerle daño como él había hecho conmigo.— ¿O haber sido tan idiota como para que alguien te estuviese haciendo fotos y tú ni siquiera te dices cuenta?—le grité empujándole.

Su mano me cogió las mías cuando intenté empujarle otra vez. Su mirada ahora estaba helada y estaba cabreado. *¿Él? ¿Él estaba enfadado?* Aquello no tenía ningún sentido, casi me río si no hubiese sido porque estaba fuera de mí.

—¿Y qué me dices de ti?—bramó dando un paso hacia adelante e intimidándome con su altura. Inmediatamente di un paso hacia atrás sorprendiéndome por su arrebató.—Tú te has enrollado con tu hermano—me soltó casi gritando.

Inmediatamente mis ojos se fueron a la puerta, temiendo que mi madre o William lo hubiesen escuchado.

—No hay nadie Noah, se han ido—dijo dando un paso hacia a mí y cogiéndome los hombros con fuerza.— ¡Tú también me has engañado!

Intenté soltarme, asustándome al ver que me sostenía con fiereza haciéndome daño.

—Ese gilipollas me ha dejado hoy muy claro que estas con él—soltó sin inmutarse de que yo estaba empujándole con mis manos puestas en su pecho en un intento inútil por separarme de él.

—¡Suéltame!—grité, sin poderme detener a pensar en lo que acababa de decirme.

Entonces me zarandeó por los hombros.

—Tú eres mía, ¿lo entiendes?—gritó ahora empezando a asustarme.

Había perdido los papeles y sabía exactamente por qué. Dan era un tío asquerosamente superficial y posesivo. Nunca me había importado que me quisiera solo para él, es más lo había visto como algo bueno...hasta ahora. Y sabía también porqué estaba tan cabreado. Si lo que decía era verdad y había estado hablando con Nicholas, simplemente ver con qué tipo de persona estaba compitiendo tenía que haberle cabreado. Nicholas era un hombre que te llamaba la atención nada más verle y Dan a su lado no le llegaba ni a la suela de los zapatos.

—¡Yo no soy de nadie, suéltame!—grité desahogándome con mis gritos ahora que sabía que nadie podía escucharme.

—He esperado por ti demasiado tiempo como para que ahora me dejes por un gilipollas con dinero—me gritó zarandeándome más fuerte. Los dientes me castañearon y me dolían los brazos en donde sus dedos se clavaban en mi piel.— ¿O es por eso?—dijo deteniéndose y clavando sus ojos oscuros y fuera de sí en los míos asustados.— ¡¿Es por el dinero?!

¡¿Porque es rico?!

No podía creer lo que estaba escuchando. Cada palabra que salía de su boca se me clavaba en el corazón y cada una de sus miradas me dolía en el alma.

—Al final Beth va a tener razón...—dijo mirándome con odio—¡No eres más que una puta igual que tú madre!

Me quedé quieta un momento al oírle decir eso. Pero me recuperé y empecé a revolverme.

—¡Suéltame!—grité sabiendo que las lágrimas caerían por mis ojos de un momento a otro si no conseguía soltarme de él.

Entonces alguien entró en mi habitación y un segundo después me vi libre de la fuerza de sus manos y sus dedos en mi piel. Caminé hacia atrás hasta que me senté en la cama mientras mis ojos seguían lo que estaba ocurriendo en mi habitación.

Nicholas había aparecido y había cogido a Dan del cuello. Le apretaba con tanta fuerza que Dan se había puesto rojo y sus ojos estaban desmesuradamente abiertos. Estaba contra la pared de la habitación y Nicholas estaba tan fuera de sí que ni siquiera escuchó cuando empecé a gritarle que parara.

Las venas de su cuello latían con tanta fuerza que se le marcaban en el cuello dándole un aspecto amedrentador.

Fui hasta allí e intenté apartarle. Si no se detenía le mataría.

—¡Para!—grité intentando soltarle las manos del cuello de Dan, que había dejado de forcejear.

Nicholas no me escuchaba, estaba absorto en lo que estaba haciendo.

Nunca había visto nada igual... bueno sí, una vez y de eso hacía ya muchísimo tiempo. Sentí como mi estómago se revolvía y como el terror me invadía todo el cuerpo.

Supe que si no hacía algo terminaría por matarlo. Entonces salté sobre su espalda rodeándole el cuello con mis brazos. Eso pareció despertarle del trance en el que se había inmerso y dio un paso hacia atrás soltando a Dan que cayó al suelo boqueando y respirando entrecortadamente.

Suspiré a la vez que sentía como todo mi cuerpo temblaba de arriba abajo. Las manos de Nicholas me cogieron y me bajaron de su espalda. Se giró hacia a mí y me miró como si no me reconociera.

Cogió su teléfono de su bolsillo y marcó un número sin apartar sus ojos de los míos.

—Sube y saca de mi casa al gilipollas que está en la habitación de mi hermana.—dijo sin siquiera parpadear.

Dan había empezado a levantarse y ahora miraba a Nicholas con odio pero también con miedo.

Al ver que miraba hacia su espalda Nick se giró y clavó los ojos en Dan.

—Márchate de esta casa antes de que te mate.

Dicho esto salió de mi habitación sin mirar atrás.

Después de aquel incidente un hombre con chaqueta y corbata apareció en mi habitación. No sabía quién era pero si me sonaba de haberlo visto de vez en cuando en el despacho de William o en la caseta de vigilancia que había en la puerta. Cuando llegó acompañó a Dan a su habitación y le ordenó que recogiera sus cosas. Media hora después se había metido en un taxi y se había marchado al aeropuerto. Dan no volvió a dirigirme la palabra, ni siquiera me miró y no sé si fue porque estaba cabreado conmigo, por miedo al guardaespaldas que había aparecido en mi habitación o por ambas cosas. Cuando se marchó sentí un vacío en el estómago pero también una sensación de alivio. Fue como poder volver a respirar con tranquilidad y agradecí que se fuera sin tener que despedirme. Lo que había hecho y dicho en mi habitación me confirmaba lo que siempre había creído de él, pero que había ocultado en el fondo de mi mente al haber estado enamorada; aunque pensándolo mejor lo que había habido entre nosotros no podía ser amor si terminábamos de la manera en la que lo habíamos hecho. Dan nunca me había querido, simplemente había sido una especie de trofeo del cual presumir delante de amigos y en cuanto me marché se fue directo hacia una nueva conquista, esta vez una amiga mía.

La verdad es que no podía creerme que Beth hubiese sido capaz de algo así, aunque siempre había habido un rencor o celos escondidos tras su fachada de mejor amiga.

Siempre había querido lo que yo tenía; había envidiado la relación que tenía con mi madre, había deseado ser la capitana del equipo de voleibol, había deseado a mi novio y encima cuando se enteró que me mudaba a Los Ángeles a la casa de un millonario supongo que toda su rabia estalló de la peor forma posible y debió de creer que enrollándose con mi novio todo lo demás dejaba de importar.

Nicholas se marchó nada más marcharse Dan. No me dirigió la palabra ni tampoco me dijo donde iba y supongo que no tenía ningún derecho de preguntarle por ello. Supongo que debía darle las gracias por haber intervenido pero se había pasado con las formas. Nunca le había visto tan enfadado y eso que llevábamos peleándonos desde prácticamente el mismo momento en que nos vimos. Ni siquiera en las carreras había perdido tanto el control y eso me dio que pensar. No me gustaba aquella faceta suya, es más me daba miedo, no me gustaba la violencia, y ya había visto demasiada proviniendo de él.

Me fui a mi habitación después de que todos se marcharan y yo me quedara sola en casa.

No sabía dónde estaba mi madre y la llamé explicándole que Dan había tenido que irse.

Con lo que no contaba era con que aquel hombre hubiese llamado a William. Lo único que le había dicho era que había habido un incidente con Nick y que Dan había decidido marcharse. Mi madre me hizo mil preguntas por teléfono mientras yo me iba quitando la ropa y abría el agua para poder darme un baño relajante.

—Estoy bien mamá—le dije por octava vez—Ahora tengo que prepararme para ir a trabajar así que nos vemos esta noche cuando llegue.

Mi madre se despidió de mí y después de un largo baño me metí en el coche para marcharme a trabajar.

Mientras se abrían las puertas herméticas que me dejaban salir a la carretera el hombre trajeado se acercó hasta mi coche. Bajé la ventanilla de inmediato.

—Disculpe, señorita, pero antes no he podido presentarme—dijo de forma educada—Soy Steve y estoy a cargo de la seguridad de esta casa y de la familia Leister—dijo mirándome con seriedad—Si necesita algo no tiene más que llamarme, estaré aquí fuera o dentro en mi despacho que está junto a la entrada.

Asentí un poco aturdida.

—La señora Leister me ha pedido que le preguntara a donde iba si decidía salir de casa, y que después de lo ocurrido la acompañara adonde usted quisiese.

Aquello no era necesario.

—Estaré bien, pero gracias—dije un poco intimidada por su presencia—Voy a trabajar, estaré de vuelta por la noche.

Steve me miró un poco incómodo.

—¿No desea que la acompañe?—me preguntó.

Dios no.

—No se preocupe, donde voy no está muy lejos de aquí, pero le llamaré si tengo algún problema— dije intentando mantener la calma.

—Si me deja su teléfono podré grabar mi numero en su agenda—me dijo cuando yo ya me preponía marcharme.

Me ruboricé un poco al ver que él se había percatado de que no tenía su número ni pensaba utilizarlo. Resignada le tendí mi teléfono.

Él lo grabó y unos segundos después me pidió que tuviese cuidado.

Asentí y agradecí que me dejase marchar.

Al llegar al Bar 48 aparque el coche en la entrada y entré. Era un lugar bastante agradable, había cuadros de cantantes de Rock en las paredes y una plataforma en la esquina donde supuse tocarían varios grupos. Había mesas

con sillones negros esparcidas por todo el local y una gran barra con bebidas alcohólicas detrás. En cuanto entré una mujer regordeta me preguntó que quería. Le dije mi nombre y entonces supo que era la nueva camarera.

—Todos nos cambiamos aquí, te daré una camiseta en un momento—dijo enseñándome una puerta trasera en donde había un pequeño vestuario— Tendrás que fichar cuando llegues y cuando te vas, creo que no tienes 21

años, por lo que te encargarás de servir la comida y recoger los pedidos.

Si alguien te pide una bebida alcohólica me lo dices a mí o alguna de tus compañeras.

Asentí mientras me iba explicando todo lo que tenía que hacer que básicamente era lo mismo que había hecho en mi antiguo trabajo. Me presentó a las otras tres camareras que trabajarían conmigo en mi turno que era de seis a nueve de la noche. No era muy largo por lo que no llegaría muy tarde a casa. El trabajo estaba bien y agradecí tener algo que hacer que me mantuviera distraída por unas horas. Me puse a trabajar de inmediato, cogiendo los pedidos y atendiendo a los clientes. Las cuatro horas se me pasaron volando y cuando justo quedaban diez minutos para que terminara mi turno Mario apareció por la puerta.

Le sonreí aunque se me había olvidado por completo que iba a venir.

—Te veo bien—me dijo fijándose en mi uniforme que consistía en una camiseta negra con el número 48 en el medio y un delantal blanco atado a la cintura.

—Gracias, ¿te pongo algo?—le dije invitándolo a sentarse en la barra.

—¿Qué tal un JB?—me pidió e hice una mueca.

—Yo no puedo servir bebidas alcohólicas pero se lo pediré a mi compañera—le dije pero se apresuró en cogerme de la muñeca.

—No te preocupes, se me había olvidado lo joven que eres, ¿Qué tal si me pones una Coca Cola?—me pidió con una sonrisa amable.

Asentí devolviéndosela y mientras se la daba no dejó de mirarme como si se estuviera divirtiendo.

—¿Por qué sonríes?—le dije sintiendo que me ponía colorada.

Negó con la cabeza.

—Simplemente me preguntaba por qué trabajas de camarera si sabemos de sobra que no te hace falta.

—No me gusta que paguen mis cosas, me gusta hacerlo yo misma—le contesté mientras miraba detrás de él por si alguien me necesitaba. Al parecer podía quedarme un rato charlando.

—A mí me ocurre lo mismo—dijo y recordé que él también trabajaba de camarero, solo que en actos de alta categoría como la fiesta de William en donde nos habíamos conocido.

Me gustaba Mario, era simpático, y se le veía buen chico.

—¿Cuándo terminas?—me preguntó un momento después.

Miré el reloj.

—Pues...Ahora—dije mientras cogía su coca cola y lavaba el vaso.

—¿Qué te parece si te invito a ver una película?—me dijo entonces sorprendiéndome un poco.

La verdad es que con todo lo que había ocurrido aquel día lo único que quería era marcharme a casa y meterme en la cama. Observe a Mario.

Era guapo, era simpático... estaría bien salir con alguien que no me trajera problemas, que no fuera mi ex novio ni mi hermanastro...

—De acuerdo, pero hoy no puedo—le dije y vi como entrecerraba los ojos y me sonreía— Es que ha sido un día

muy largo pero podemos ir un fin de semana, cuando no trabaje...

—Esta bien, pero te tomo la palabra.

Le pedí que me esperara, que tardaba un segundo en cambiarme de ropa así por lo menos podíamos irnos juntos.

Cuando nos encaminamos a la puerta después de haber fichado y de haberme cambiado lo primero que vieron mis ojos cuando salí del bar fue el coche de Nicholas y después a él que estaba apoyado contra la puerta, con los brazos cruzados y obviamente, esperándome.

Sus ojos se entrecerraron al ver a mi acompañante.

Me giré hacia a Mario.

—Creo que es mejor que nos despedamos aquí— dije y el siguió mirando a Nicholas con los ojos entrecerrados.

—Si será lo mejor—dijo y entonces se giró hacia a mí y me besó en la mejilla, sorprendiéndome.

Me ruboricé y me fijé en como se marchaba. Entonces me giré hacia a Nick, que apretaba la mandíbula y seguía con la mirada a Mario que desapareció por la esquina un minuto después.

Me acerqué hasta él y automáticamente mi corazón se aceleró enloquecido.

—Hola—dije cuando le tuve delante. Verle me recordó lo que había ocurrido. Todo se me cayó encima como si acabara de pasar y sentí como mi cuerpo se estremecía por el dolor y por el miedo que había sentido.

Su rostro se relajó y posó sus ojos en los míos.

—¿Estás bien?

Aquella pregunta no me la esperaba. Significaba que habíamos avanzado, ya que nunca hubiese imaginado que Nicholas pudiese preocuparse por mí.

—Sí, pero no gracias a ti—le dije sabiendo que aquello me traería otra pelea pero sin poder evitar ponerme a la defensiva, aquellos ojos azules me distraían demasiado.

Sus ojos me observaron con incredulidad.

—¿Estas enfadada?—me preguntó sin podérselo creer.

—Claro que lo estoy, ¡casi le matas!—le dije sintiendo el miedo que había tenido al ver como el aire se le escapaba de los pulmones y como no era capaz de hacer nada... igual que aquella vez...—No sé qué demonios te ocurre pero no todo se soluciona de forma violenta, a tus amigos le parecerá divertido o que eres increíble, pero eso solo demuestra lo inmaduro que eres.

Sus ojos se volvieron fríos.

—Te aconsejo que dejes de hablar ahora mismo—me dijo acercándose a mí e intimidándome con su increíble cuerpo —Tú eres la menos indicada para hablar de inmadurez; ¿te recuerdo que ayer me pediste que me hiciese pasar por tu novio para poder librarte de tu ex? ¿El mismo que estaba haciéndote daño y gritándote que eras una puta? ¿Qué demonios te ocurre?

Tenía razón... yo se lo había pedido y había sido incapaz de cortar la relación que tenía con Dan desde un principio. Para empezar nunca debí dejarle quedarse en casa, y menos que me besara... aquello lo había complicado todo y más aún el haberle pedido a Nicholas que se inmiscuyera en mis asuntos.

Sentí como el estómago se me revolvía por la culpa y por el arrepentimiento. Era débil, era idiota y encima le gritaba al único que había intentado ayudarme cuando las cosas se habían complicado.

Di un paso hacia atrás, sintiendo que mis ojos se humedecían. Aún no había llorado ni una vez y no empezaría a hacerlo delate de él.

—Lo siento...—dije sin saber que más decir.

Su rostro se relajó y su mirada me observó como intentando averiguar qué pasaba por mi mente. Entonces estiró la mano y cogiéndome del brazo me atrajo hacia él.

De pronto me vi envuelta por sus brazos y mi cabeza quedó apoyada contra su pecho. Sus manos bajaron hasta mi cintura y uno de sus dedos me acarició la piel desnuda que quedaba entre la camiseta y el pantalón.

La tristeza y el arrepentimiento dieron paso al deseo. Sus dedos acariciaban la parte baja de mi espalda y un estremecimiento me recorrió la espina dorsal, poniéndome la piel de gallina. Mi corazón latía enloquecido todo lo que sentía era su cuero pegado al mío, y su olor característico a una colonia cara y a Nicholas.

Entonces me apartó un momento y su mano derecha me cogió por la nuca, guiando mi cabeza hacia la suya.

—Eres jodidamente irresistible—dijo y entonces se apoderó de mis labios. Sus palabras me causaron un calambre en el estómago que se dirigió por todo mi cuerpo un segundo después. Su lengua se introdujo en mi boca y como cada vez que lo había hecho su cuerpo, sus movimientos y cada una de sus caricias me dejaron casi fuera de juego. Cuando Nicholas me besaba no podía hacer nada más que dejarme ser besada por él.

Mis manos se alzaron hasta enroscarse en su pelo. Sus manos me acariciaban por todas partes. Nuestras respiraciones se aceleraron y ni siquiera me importó saber que estábamos en un aparcamiento público donde cualquiera nos podía estar observando.

Pero entonces comenzó a sonar un teléfono. El cuerpo de Nick se congeló y un segundo después me apartó con cuidado pero con firmeza. Sus ojos no se apartaron cuando cogió el teléfono y respondió a la llamada.

Yo intentaba recuperarme de aquello procurando que mi respiración se ralentizara y que mi cuerpo dejara de temblar.

—Estaré allí en un momento—dijo entonces al mismo tiempo que apartaba la mirada de la mía. Supe que el

Nicholas de antes había desaparecido tan rápido como había llegado. Di un paso hacia atrás.

Cuando colgó se metió el teléfono en el bolsillo y me miró.

—Tengo que irme, he quedado—me dijo en calma. Todo signo de algún tipo de emoción había desaparecido de su cuerpo.

Simplemente asentí.

—Ya nos veremos en casa—agregó en un tono distante.

No entendía que demonios le ocurría pero sentí como el enfado se apoderaba de mi sistema.

—Adiós Nicholas—dije dándome la espalda y dirigiéndome a mi coche.

Ni siquiera me giré para verle marchar; ya lo había hecho tantas veces que para qué molestarse...aunque esa vez sí que me afectó más de lo que hubiera creído posible.

NICK

Había estado muy cabreado con ella; para empezar ya me había puesto de mal humor al levantarme por la mañana y no verla en la cocina. Me había acostumbrado a desayunar con ella o mejor dicho mirarla mientras lo hacía, ya que técnicamente apenas nos dirigíamos la palabra. Su aspecto desaliñado y sus ojos entrecerrados por el sueño me ponían inexplicablemente de buen humor y al ver que no estaba mi imaginación se volvió loca. Me imagine que estaría con su ex y entonces la irritación se transformó en un cabreo monumental que ni yo podía explicar; por suerte unos minutos después mientras me tomaba mi café apareció un chico de no más de dieciocho años, con el pelo rubio, un poco más bajo que yo y una mirada incómoda en sus ojos marrones que tan pronto se fijaron en mí pasaron del reconocimiento a una gélida mirada de odio.

No intercambiamos muchas palabras, básicamente le dejé muy claro que Noah había pasado página y que ahora estaba conmigo. Una parte de mí disfrutó diciéndoselo y la otra se molestó al pensar que era una mentira.

Dan pareció darse cuenta al vuelo que yo no era un tío de mucha paciencia, y supongo que al igual que con la mayoría de la gente mi aspecto le intimidó, porque no dijo nada; básicamente salió de la cocina después de una competición de miradas asesinas y se marchó a la planta de arriba. El saber que Noah no había estado con él mejoró un poco mi humor pero lo que no me esperaba después de haber salido a comprar tabaco eran los gritos procedentes de su habitación y el haberme encontrado a ese cabrón sacudiéndola e insultándola. No había sido capaz de

enfrentarse a mí y en cambio la había tomado con ella. Era un cobarde. Una rabia irracional me embargó y lo vi todo rojo. Solo sé que un segundo estaba en la puerta asimilando lo que veían mis ojos y al siguiente tenía a Noah subida a mi espalda presionándome la garganta para que me apartara de Dan. Aquel imbécil se merecía eso y mucho más pero tuve que tranquilizarme. Tenerle delante solo servía para cabrearme aún más y por eso decidí dejarle el asunto a Steve.

Cuando me aseguré de que Dan se había marchado no quería cruzarme con Noah. No tenía ni idea de cómo manejar los sentimientos que estaba teniendo por ella y simplemente me largué. Cogí mi tabla de surf y me fui a la playa. El mar siempre me había tranquilizado, aquel deporte era parte de mi vida, siempre tenía un hueco para disfrutar de las olas y cuando era más joven incluso había competido de manera nacional en varias competiciones importantes. El surf era mi pasión, mi vía de escape, y aquel día necesitaba aquella vía más que nada en el mundo.

No sabía que iba a hacer con Noah. Tenerla en casa era una maldita tortura. La deseaba con locura y cada vez que la tenía delante mi imaginación volaba por las nubes. También estaba el inconveniente de que si mi padre se enteraba me mataría. Yo pronto cumpliría veintidós años y Noah apenas tenía diecisiete y eso sin contar que las cosas que hacía yo con las mujeres estaban muy lejos de ser adecuadas para ninguna chica de instituto.

Horas más tarde mientras me vestía y me pasaba la toalla por la cabeza decidí llamar a Steve para ver cómo estaba Noah.

—Se ha marchado a trabajar, señor—me dijo Steve al otro lado de la línea.

¿Qué demonios?

—Te dije que la acompañaras si tenía que ir a algún sitio —solté irritado importándome una mierda si mi tono de voz era más duro de lo necesario. No sabía qué demonios podía hacerle Dan y si no me equivocaba su vuelo no salía hasta la mañana siguiente.

—Me ofrecí a hacerlo, señor, pero ella se mostró bastante reticente a que la acompañara a ningún sitio, ni siquiera la excusa de que había sido su madre funcionó, simplemente pude darle mi número de teléfono para que me llamase si ocurría algún incidente.

Maldije entre dientes. ¿Por qué esa chica era tan jodidamente difícil?

—¿Sabes dónde está el bar donde trabaja?—le pregunté un momento después.

—No señor, pero puedo llamar a su padre y averiguarlo. Me fijé en que ya estaba anocheciendo.

—Ya lo haré yo, Steve, nos vemos en casa.—Colgué y llamé a mi padre.

Estaba con Rafaella en San Francisco, mi padre quería abrir una empresa allí, y por eso ahora pasaba casi toda las semanas de aquí para allá. Su nueva mujer lo acompañaba casi siempre y eso nos dejaba a Noah y a mí demasiado tiempo libre y a solas en la misma casa. Después de enterarme de donde trabajaba y reconociendo el sitio fui primero a casa a darme una ducha y a vestirme. Mientras me abrochaba los vaqueros sonó mi teléfono.

—Hola, Nick, ¿a qué hora pasaras a recogerme?—Mierda era Anna. Se me había olvidado por completo que hoy había quedado con ella y con los chicos para una partida de póker en casa de Lion.

—Estate lista a las diez—dije en un tono cortante. No estaba de humor para tratar a Anna de forma amable, es más tenía tantas ganas de ver a Noah otra vez que ni me molesté en seguir hablando con ella. Corté, me puse una

camiseta cogí las llaves del coche y me fui a buscarla. No entendía por qué demonios tenía que trabajar y mucho menos de camarera.

El Bar 48 era un club donde tocaban varios grupos y donde mis amigos y yo íbamos a menudo. Los chupitos y la bebida estaban tirados, no es que a mí me supusiera un problema pagar pero si a gran parte de mis amigos incluyendo a Lion, y también era conocido por las peleas que surgían en el aparcamiento o incluso dentro. La clientela era muy variada y no me gustaba ni un pelo que Noah estuviese ahora trabajando allí.

Según su madre salía de trabajar a las diez, por lo que al llegar aparqué el coche y me apoyé en la puerta a esperarla. Básicamente no sabía que decirle ni cómo explicarle mi presencia allí por lo que me quedé fumando a la espera de que saliera. Cuando lo hizo tiré al suelo el cigarrillo y noté como todo mi cuerpo se tensaba al verla salir acompañada de Mario. Esa era otra de las razones por las que no me hacía ni puta gracia que trabajara de camarera en aquel sitio, imbéciles como Mario estaban siempre al acecho.

Sus ojos se posaron en mí nada más salir y supe que se había puesto nerviosa al ver como todo su cuerpo se tensaba en respuesta a mi presencia. Antes de que me viera había estado sonriendo y relajada hablando con Mario y nada más verme su sonrisa había desaparecido de su rostro. Tuve celos de cómo se comportaba con él, deseando que me dedicara a mí alguna de esas sonrisas.

¿Pero qué mierda se me estaba pasando por la cabeza?

Vi como se despedía de él y mi cuerpo se tensó al ver cómo le daba un beso en la mejilla. No pude evitar seguirle con la mirada hasta que desapareció por la esquina. Entonces volví a clavar mis ojos en Noah.

Llevaba el pelo recogido en un moño desaliñado, muy parecido al que tenía cuando bajaba a desayunar y se la veía cansada, aunque increíblemente guapa. Mi corazón se aceleró cuando la tuve delante y pude sentir aquel olor floral que desprendía su cuerpo acompañado de algo característico que no sabía con qué comparar.

—Hola—dije fijándome en que sus ojos demostraban nerviosismo y temor— ¿Estás bien?—Esas dos palabras me habían perseguido toda la maldita tarde. Haberla dejado sola después de lo que había ocurrido con su ex había sido una gilipollez pero tampoco sabía muy bien qué hacer en aquellas situaciones. La única chica a la que estaba acostumbrado a consolar tenía cinco años y lloraba cada vez se le caía la bola de helado al suelo o me veía marchar.

Entonces los ojos de Noah llamearon en mi dirección.

—Sí, pero no gracias a ti—me dijo echándose varios mechones que le caían sueltos por la cara hacia atrás en un movimiento de cabreo. Ya lo había hecho varias veces cuando nos insultábamos mutuamente y ni siquiera parecía darse cuenta de que lo hacía.

Le devolví la mirada con incredulidad.

—¿Estas enfadada?

Noah era tan confusa que me causaba dolor de cabeza. ¿Me había vuelto loco o no había sido yo el que la había rescatado de las manos del cabrón de su ex novio?

Ella me miro con el miedo reflejado es sus ojos color miel.

—Claro que lo estoy, ¡casi le matas!—me dijo y el simple hecho de saber que le estaba defendiendo me cabreó más que cualquier cosa aquel día— No sé qué demonios te ocurre pero no todo se soluciona de forma violenta, a tus amigos le parecerá divertido o que eres increíble, pero solo demuestra lo inmaduro que eres.—agregó mientras sus mejillas se sonrosaban por la intensidad de su diatriba.

¿Qué yo era inmaduro? Aquella mujer terminaría por agotar la poca paciencia que me quedaba. Di un paso hacia ella casi sin darme cuenta.

—Te aconsejo que dejes de hablar ahora mismo; tú eres la menos indicada para hablar de inmadurez—le dije deseando calmar las ganas que tenía de pegarle un puñetazo a alguien—¿Te recuerdo que ayer me pediste que me hiciese pasar por tu novio para poder librarte de tu ex? ¿El mismo que estaba haciéndote daño y gritándote que eras una puta? ¿Qué demonios te ocurre?

Mi última pregunta salió de mi boca con más ímpetu de lo que había querido y cuando la vi echarse hacia atrás y ver como sus ojos se humedecían quise pegarme a mí mismo por ser tan imbécil. Nunca había visto a Noah con los ojos húmedos. De todas las cosas que habían pasado entre nosotros nunca la había visto derramar una sola lágrima y ver que yo era el causante de que esos ojos se humedecieran me hizo despreciarme con todas mis fuerzas.

—Lo siento...—dijo en un susurro, desviando los ojos de los míos.

Entonces sentí un nudo en el estómago. Comprendí que podía soportar que Noah me gritara o que me utilizara para engañar a su ex, pero no podía soportar verla llorar.

Sin siquiera saber lo que hacía estiré mis brazos y la atraje hacia a mí. La envolví con ellos en un intento ciego de hacerla sentir mejor.

Creo que era la primera vez que abrazaba a alguien de aquella manera... y me sentí muy extraño. Entonces ese sentimiento dio lugar a otro más, a algo más intenso, a algo más oscuro. Sentir el cuerpo de Noah contra el mío avivaba mis más ocultos deseos y ver como sus manos me rodeaban la espalda, sentir sus manos contra mi cuerpo... Sin siquiera saberlo mis dedos acariciaron la parte baja de su espalda, la

piel desnuda que quedaba al descubierto, tan suave como el algodón...

—Eres tan jodidamente irresistible.

Sin perder el tiempo y dejándome llevar por un intenso deseo sexual la incliné hacia atrás posé mi mano en su nuca y la besé con todas mis fuerzas. No fue hasta ese momento, hasta que no sentí su lengua acariciar tímidamente la mía, que no comprendí que eso era lo que había estado deseando desde aquella mañana, y el hecho de no haberlo tenido me había puesto de mal humor, porque los besos con Noah eran tan exquisitos que se habían convertido en una especie de droga... Empujé su cuerpo contra el mío queriendo que sintiera cada parte de mi anatomía, cada músculo, cada miembro, cada latido de mi corazón enloquecido. La deseaba tanto que me dolía todo el maldito cuerpo...

Y entonces sonó un teléfono. Tarde unos segundos en darme cuenta de que era el mío y fue tan inesperado oír algo tan normal en medio de todo aquel remolino de sensaciones que tuve que apartar a Noah para poder aclararme y centrarme en la realidad.

Sus ojos me miraron perdidos y con un brillo oscuro que me dieron ganas de volver a besarla, pero ya había atendido el teléfono.

—Nick, llevo veinte minutos esperándote ¿Dónde estás?
—me dijo la voz de Anna al otro lado de la línea. Escuchar esa voz fue como un vaso de agua fría. Esa voz era segura, esa voz era mi vida, esa voz significaba nada de ataduras, nada de emociones descontroladas, nada de dependencia, nada de cosas que no podía controlar.

Desvié la mirada de los ojos de Noah y respiré profundamente mientras pensaba con claridad. ¿Qué demonios estaba haciendo? Estaba rompiendo todas mis reglas al implicarme de esa forma con Noah. No quería esas

emociones dentro de mí, no quería querer a nadie como la quise a *ella*, como el amor incondicional que le profesé a la única mujer que debió quererme sobre todas las cosas, la misma que no le había importado una mierda abandonarme cuando la necesitaba...

—Estaré allí en un momento—le dije a Anna y colgué sin esperar una respuesta.

Miré a Noah y vi que en sus ojos ya no estaba el brillo que había antes. Mejor.

—Tengo que irme, he quedado—le dije procurando que mi voz sonase calmada.

Ella asintió y miró hacia otro lado un momento.

—Ya nos veremos en casa—dije deseando que no viviese bajo mi mismo techo, que no me tentara como lo hacía, deseando no sentir lo que sentía por ella.

Sus ojos regresaron a los míos y me miraron de una forma que yo ya estaba más que acostumbrado.

—Adiós Nicholas—dijo dándome la espalda.

No pude apartar los ojos de ella hasta mucho después de que se hubiese montado en su coche y se hubiese marchado.

NOAH

Ya había pasado una semana entera desde la última vez que había hablado con Nicholas. Una semana entera que llevaba trabajando y la primera semana que no recibía ningún mensaje por parte de mi ex, Dan, lo que era de agradecer. Después de lo ocurrido en el aparcamiento del bar Nick me había evitado casi de una forma insultante. Cuando me levantaba él ya se había ido y cuando regresaba de trabajar a eso de las diez mi madre me informaba que se había marchado hacía poco tiempo. Era como si de repente no quisiera volver a verme y lo peor de todo era que yo estaba sufriendo aquel distanciamiento como nunca hubiese imaginado. Mi cuerpo me pedía volver a besarle, volver a estar envuelta entre sus brazos y también me volvía loca pensando en lo que podría haber hecho mal, o por qué motivo él se mostraba tan frío conmigo después de haber compartido momentos tan excitantes.

Sabía que iba a casa porque mi madre lo veía casi todos los días, solo que iba cuando yo no estaba o si no, regresaba a las tantas después de haber estado haciendo sabe Dios qué. Por eso aquella tarde, cuando mi jefe me anuncio que ese sábado no tenía que trabajar porque cerraban el Bar durante tres días, me propuse encontrarme de una vez por todas con él. No sabía exactamente si iba a aparecer por casa y tampoco estaba del todo segura si quería volver a tenerle delante. Una parte de mí seguía dolida y enfadada por su forma de desaparecer o su manera de sustituirme por cualquier otra chica estando incluso yo delante.

Intentando evadirme de cualquier conflicto emocional que estuviera teniendo lugar dentro de mi mente me metí

en la cocina, ya que aquel día mi madre se iba a quedar viendo unas películas mientras cenábamos juntas en el salón. . Cuando estábamos en Canadá eso lo hacíamos casi todas las noches y desde que nos habíamos mudado apenas pasábamos tiempo juntas. Mi madre estaba todo el día acompañando a William en sus viajes de trabajo o yendo de compras o incluso ayudando a organizar muchos de los eventos y fiestas que Leister Enterprises organizaba cada mes. Por eso aquella noche estaríamos juntas. William iba a quedarse en el despacho hasta tarde y aprovechando que yo no tenía que trabajar, habíamos coordinado nuestras agendas.

Eran pasadas las ocho de la noche y mi madre aún no regresaría hasta las nueve y media-diez, cuando decidí preparar carne al horno con patatas asadas. Me gustaba cocinar, no era un chef profesional pero me las arreglaba bastante bien. Estaba cortando las patatas con un cuchillo parecido a esos que intentan vender siempre en la tele tienda cuando sentí que la puerta de la entrada se cerraba. Me puse tensa de inmediato anticipándome a la llegada de Nicholas. No sabía si era él pero mi corazón comenzó a latir aceleradamente mientras escuchaba los pesados pasos de alguien acercándose a la cocina.

Ambos nos quedamos quietos cuando nuestras miradas se cruzaron en la poca distancia que había desde la puerta hasta la mesada de la isla de la cocina donde yo había dejado el cuchillo en alto. Su mirada fue primero de sorpresa y después de deliberada indiferencia. No tuve mucho tiempo de molestarme por aquella actitud ya que mis ojos se quedaron hipnotizados al ver cómo iba vestido, pulcramente arreglado, con un traje negro, camisa blanca desabrochada y el pelo cuidadosamente despeinado, enmarcando aquellos ojos que hacían que me temblaran las

rodillas. No sabía de dónde venía pero estaba claro que de una fiesta en la playa no.

—¿No tendrías que estar trabajando?—me preguntó un segundo después, cuando ambos o por lo menos yo, nos repusimos del impacto de volver a vernos después de siete largos días. Él se adentró en la cocina, rodeando la mesa en donde yo cocinaba para dirigirse a la nevera con aire distante y desenfadado.

—Me han dado el día libre—balbuceé aún aturdida por la increíble atracción que sentía por él. Me picaban las puntas de los dedos por las ganas que tenía de despeinarle aún más el pelo y de desarreglarle la camisa pulcramente planchada.

—Me alegro por ti—dijo en tono educado.

¿Así que ahora íbamos a comportarnos como hermanos formales?

—¿Dónde has estado?—le pregunté un momento después mientras dejaba caer el cuchillo con un poco más de fuerza de la necesaria. La patata se cortó con rapidez y dejé una marca en la tabla sin querer, haciendo un ruido seco de metal contra madera.

—Por ahí—me contestó hablándome desde atrás. No podía girarme porque si no se daría cuenta del cabreo que tenía. No deseaba que Nicholas estuviese al tanto de la horrible obsesión que había ido cogiendo aquellos últimos días. Me ponía nerviosa saber que me estaba observando, apoyado en la mesada de atrás, mirándome y yo sin poderme girar.—Tienes la espalda quemada—dijo tras un intenso e incómodo silencio.

Sentí su mirada clavada en mi piel y me puse aún más nerviosa.

—Me quede dormida en la piscina—le expliqué cortando más patatas y concentrándome en seguir adelante con mi tarea.

Entonces le sentí detrás de mí, su respiración en mi nuca, hasta que un dedo suyo me recorrió la piel quemada desde un omóplato hasta el otro. Sentí que se me ponía la piel de gallina y me quedé quieta con el cuchillo a medio camino de cortar otra patata.

—Deberías tener más cuidado—dijo y entonces sentí sus labios cálidos justo en mitad de mis hombros, debajo de mi nuca.

Me sobresalté tanto y estaba tan alterada que dejé caer el cuchillo... en mi dedo.

Pegué un salto cuando un intenso dolor me recorrió el dedo de la mano izquierda hasta llegar hasta el hombro.

—Joder—dijo entonces Nicholas apartándose de mí. Pude volver a respirar aunque la tranquilidad solo duró hasta que mis ojos se fijaron en el corte.

—Ay madre—exclamé al ver un corte profundo y horrible en mi dedo corazón y los chorros de sangre que empezaron a caer sobre las patatas y la encimera de la cocina.

Me pitaron los oídos.

Sangre, había mucha sangre... y debía limpiarla. Nadie podía ver esa mancha enorme en la alfombra, eso no podía ocurrir. Frotar y frotar y frotar, debía hacerlo, no era tan difícil... pero ¿Por qué veía manchas blancas por todos lados? ¿Porque me temblaban las manos? La sangre no era mía, solo debía limpiarla... froté y froté, una y otra vez, una y otra vez...

La mancha no salió.

—Noah, eh, tranquila te llevaré al hospital—me dijo Nick despertándome de mi ensoñación. Sentía un dolor intenso en la mano y seguía sin poder apartar los ojos de la sangre. Entonces alguien me envolvió la herida con un trapo, con cuidado, intentando no hacerme daño.

La tela blanca se tiñó automáticamente de un rojo intenso... y yo empecé a encontrarme mal.

—Cr—creo que no me encuentro bien—dije sujetándome a la encimera con mi otra mano.

—Deja de mirar la sangre, Noah—dijo Nick y sentí como me pasaba una mano por la cintura.

—Me voy a...

Todo se volvió negro.

Cuando volví a abrir los ojos después de lo que pudieron ser segundos, minutos o incluso horas, me encontré sentada en el coche de Nicholas mientras él conducía. Mis ojos se desviaron automáticamente a mi mano sangrante, ahora envuelta por otro trapo de distinto color, aunque seguían entreviéndose las manchas de sangre.

—Dime que falta poco para llegar a urgencias—dije cerrando los ojos para impedir que mi estómago siguiera dándome vueltas.

No había nada que detestase más que ver sangre. Me ponía enferma, era mi criptonita, mi talón de Aquiles, pasara lo pasase si veía sangre me derrumbaba.

—Estamos llegando—dijo y sentí sus ojos clavados en mi rostro por un segundo.

—Genial—contesté tragando saliva e intentando aislarme del dolor intenso que tenía en el dedo.

El coche se detuvo un momento después y decidí volver a abrir los ojos. No sé si es que era masoquista o qué pero mis ojos parecían no poder apartarse de mi mano sangrante.

Nicholas se apresuró en abrirme la puerta.

—¿Quieres dejar de ser tan insoportablemente morbosa y apartar los ojos de la herida?—exclamó frustrado pero sus manos me cogieron con cuidado de la cintura, ayudándome a bajar.

Entramos rápidamente a la sala de urgencias y yo me apoye contra el mostrador con mi mano sujeta contra el pecho e intentando no volver a desmayarme.

—Necesitamos un médico—dijo Nick a la recepcionista que había en el mostrador.—Ahora.—agregó impaciente.

—Tendrá que rellenar este formulario y esperar en esa sala hasta que sea vuestro turno.

¿Qué?

Miré horrorizada a esa horrible mujer que no se daba cuenta de la crisis que estaba teniendo interiormente.

—No me ha entendido—dijo Nicholas apoyándose en la mesa e inclinándose hacia ella.—Haga que venga un médico *ya*.

Se estaba poniendo nervioso y eso no nos convenía. Ya sabía yo muy bien como era Nicholas cuando se cabreaba.

—Esta bien, esperaré—le dije agarrándole por la camisa y tirando de él.

La enfermera nos miró levantando mucho las cejas. Estaba claro que el arretrato de Nick no le había hecho ninguna gracia.

—¿Cuánto tiempo hay que esperar?—dijo de malas maneras.

—Lo que tarde en rellenar este papel, señor, y le agradecería que bajara el tono de voz.

Nicholas la fulminó con la mirada, cogió el papel y me acompañó hasta que nos sentamos.

—¿Cómo te encuentras?—me dijo observándome preocupado.

—Me duele, pero puedo soportarlo siempre y cuando no vuelva a ver la herida.

Él asintió y con mi ayuda rellenó el formulario. Unos minutos después de entregarlo me llamaron y pude entrar a una sala con camillas separadas por cortinas. Nick me acompañó.

—¿Quién es usted?—le preguntó el médico, un chaval no mucho más mayor que Nicholas, y con un rostro muy parecido a un actor de cine.

Podría haber salido de Anatomía de Grey sin ningún inconveniente.

Nicholas me observó un segundo.

—Su hermano—dijo y aquellas dos palabras se me clavaron en el pecho como dos cuchilladas.

—Hermanastro—aclaré yo fulminándole con la mirada.

El médico sonrió mientras se ponía unos guantes y apartaba el trapo con el que me había envuelto la herida.

—Ahora comprendo... no os parecéis en nada—dijo examinando la herida con detenimiento.

Yo evité mirar con todas mis fuerzas.

—¿Cómo te lo has hecho?—me preguntó sentándose en una silla con ruedas y acercándose a mí. Encendió una luz y colocó mi mano debajo.

—Estaba cortando patatas y alguien me distrajo—dije evitando mirar a Nicholas. Chúpate esa.

—No tiene muy buena pinta, voy a tener que ponerte puntos—dijo un segundo después.

Yo hice una mueca de dolor cuando me rozó la herida.

—¿No puede darle algo para el dolor?—le preguntó Nicholas robándome la pregunta de la boca.

—En un momento te inyectaré anestesia para ponerte los puntos y después te daré unos analgésicos, te pondrás bien—dijo sonriéndome—Este dedo tuyo seguirá haciéndole compañía a los demás, no te preocupes.

Sonreí al ver que esa era su intención.

Entonces empezó a limpiarme la herida y tuve que apretar la mandíbula con fuerza cuando me inyectó la anestesia muy cerca de la herida abierta. Mis ojos se encontraron con Nick que estaba apoyado contra la pared con los brazos cruzados y sus ojos fijos en lo que el doctor estaba haciéndome.

Me fijé en que tenía la camisa blanca manchada con mi sangre y que debía de haberse quitado la chaqueta negra

en algún momento.

—¿Qué carrera estás estudiando...Noah?—dijo después de mirar la hoja de mi historial.—Bonito nombre por cierto—agregó sonriéndome.

Los ojos de Nick se desviaron de mi herida hasta el rostro del Médico que en ese momento le daba casi la espalda.

¿El médico estaba tonteando conmigo?

—Mmmm... estoy en el último año de instituto, y gracias —le contesté poniéndome colorada.

Los ojos del médico se elevaron con sorpresa.

—Habría jurado que eras mayor de edad—dijo y no supe si tomármelo como un cumplido o no.

La mano se me había adormecido por lo que apenas sentí los puntos que empezó a darme.

—¿Tienes novio?—me preguntó entonces. No sabía si lo hacía para distraerme o no pero no me gustaba que un extraño me hiciese esa clase de preguntas.

—No—dije un poco cortante, volviendo a fijar los ojos en Nick, que ahora me miraba a mí.

—Con lo guapa que eres me extraña que estés soltera—dijo sonriendo con esa sonrisa a lo George Clooney.

—¿Le falta mucho?—le interrumpió entonces Nicholas en tono de cabreo. Lo dijo de una forma que ambos, el doctor y yo nos sobresaltamos y pegamos un bote. Hice una mueca de dolor ante el tirón inesperado que hizo el médico al tirar del hilo.

—No, ya he acabado—dijo cortando el hilo y cubriendo mi herida ahora cerrada con un poco de Betadine—te la voy a vendar e intenta no mover la ni usarla demasiado. Dentro de una semana vuelves y te quito los puntos.

—De acuerdo—dije bajándome de la camilla. Nicholas se acercó y posó una mano en mi cintura. No sé si fue para ayudarme o para marcar el territorio, pero me dieron ganas de apartarle de un manotazo. ¿Ahora se ponía celoso?

—Ten cuidado la próxima vez, el corte casi llega al hueso, yo que tú utilizaría otro tipo de cuchillo para cocinar, uno que no te corte la mano, por ejemplo.—dijo el médico dándome un paquetito con pastillas dentro y sonriéndome otra vez.—Tomate una cada ocho horas o cada tres si te duele mucho la mano.

Asentí y le di las gracias.

Nicholas me empujó hacia afuera y no apartó su mano de mi cintura hasta llegar al coche. Me abrió la puerta y yo subí sumida en mis pensamientos.

Fuera era noche cerrada y las estrellas se veían como pequeñas luciérnagas colgadas de las pocas nubes que había en el cielo oscuro. La luna estaba en cuarto menguante y brillaba con intensidad. Una perfecta noche de verano.

Cuando Nicholas cerró la puerta y puso el coche en marcha me giré hacia él. No podía aguantar más, necesitaba hablar.

—¿Porqué me has evitado esta última semana?—le pregunté sin rodeos.

Su semblante se tensó y no desvió los ojos de la carretera. Las luces de los coches que venían de frente le marcaban la cara a intervalos regulares proporcionándole un aspecto serio y frío.

—No he hecho tal cosa—dijo simplemente.

Suspiré.

—Claro que sí, hace una semana que no te he visto y vivimos en la misma casa—dije mirando hacia afuera. ¿Por qué me importaba? Ya había tenido suficiente con Dan, ¿Por qué iba a meterme en otra relación si estaba claro que nada bueno podía salir de ella?

—No tengo por qué darte ningún parte, he estado ocupado—dijo cambiando de marcha con un poco más de brusquedad de la necesaria.

Apreté la mandíbula sintiendo que la sangre me comenzaba a hervir bajo las venas.

—Y espero que sigas ocupado durante mucho tiempo.

Él giró el rostro hacía a mí.

—¿Que insinúas con eso?

Le miré sabiendo que estaba reaccionando justamente como no debía reaccionar. Que él hiciera lo que le diera la gana, no tenía porque importarme. Sí, nos habíamos enrollado varias veces, sí me atraía muchísimo y sí le había echado de menos, pero eso no quitaba todo lo malo que Nicholas representaba.

—Nada—dije mirando por la ventana. ¿Por qué dejaba que me afectara?

—Deberías permanecer apartada de mí, Noah—dijo unos segundos después.

Yo no desvié la mirada de la ventana.

—Lo que ha pasado entre nosotros últimamente...

—No volverá a pasar—le dije ahora mirándole fijamente. Su mandíbula se tensó pero no se mostró en desacuerdo.

—Yo no puedo estar con alguien como tú—cuando soltó eso justo llegamos a casa. La puerta eléctrica se abrió y cuando aparcó el coche abrí la puerta deprisa, sin dejar que él me ayudara.

Sus últimas palabras me habían dolido mucho más que cualquier cosa que me hubiese dicho hasta entonces.

—Creo que es la primera vez que estamos de acuerdo—le solté antes de cerrar la puerta de un portazo y entrar en casa.

Aquel día como todos últimamente, había sido un completo desastre.

Después de esa conversación mi relación con Nicholas se convirtió en algo bastante parecido a lo del principio. No sé si era porque ambos estábamos frustrados, dolidos o cabreados por lo que nos habíamos dicho pero desde ese

instante las miradas heladas, los comentarios sarcásticos y las contestaciones bordes estuvieron a la orden del día. Odiaba verle llegar con chicas a casa, y también detestaba ver como no le importaba restregármelo cuando tenía ocasión. Pero lo que no cambió fue la atracción que sentíamos el uno por el otro. En más de una ocasión me vi observándole fijamente pensando en cosas del estilo de cómo sería besarle los hombros, lamer su cuello o acariciar su increíble pelo de nuevo, y también era consciente de cómo sus ojos me recorrían el cuerpo siempre que tenía ocasión o como a veces miraba como si estuviera a punto de decirme algo importante. En esas ocasiones lamentaba haber perdido lo que habíamos tenido ya que besar a Nicholas Leister y dejar que te envolviera entre sus brazos no era algo que se olvidaba con facilidad.

NOAH

Ya de vuelta en casa después de trabajar me fui directa a mi habitación.

Jenna me había llamado para invitarme a cenar a un sitio mexicano y no veía la hora de que fueran las diez para poder marcharme. Me di una ducha rápida y me vestí con unos pantalones cortos y una camiseta de los Dodgers que me habían regalado hacia tiempo. Ahora que estaba en Los Ángeles no veía un lugar mejor donde ponérmela. Me hice una cola alta y ni me maquillé. No quería pensar en lo poco que quedaba para empezar el instituto ni en lo raro que iba a ser estar rodeado de gente que no conocía en un colegio de pijos insoportables y tampoco quería pensar en Nicholas. Aquella noche iba a divertirme.

Justo cuando terminaba de arreglarme llamaron a mi puerta.

—Pasa—grité mientras me calzaba mis Converse, suponiendo que sería mi madre para saber qué tal me había ido el día.

Me equivoque puesto que el que apareció en el umbral fue Nick. Me encaré a él aún con una zapatilla en la mano. Estaba vestido con unos vaqueros y una camiseta negra y zapatillas. Su pelo negro estaba despeinado como siempre y sus ojos azules me miraron con frialdad.

—¿Qué quieres?—le pregunté de malas maneras, sabiendo que con esa mirada no podía traer nada bueno.

—¿Desde cuándo sales conmigo esta noche?—me preguntó en tono distante.

Levanté las cejas casi hasta el crecimiento del pelo.

—Que yo sepa voy a salir con Jenna, no contigo Nicholas suspiró y se fijó en mi atuendo.

—Pues yo también salgo con Jenna... y con Lion y con Anna.—dijo haciendo énfasis en el último nombre.

Mierda, Jenna... ¿Por qué no me lo habría dicho?

—Mira Nicholas, no estoy de humor para discutir contigo, yo solo quiero salir y divertirme, hoy no ha sido un buen día y te agradecería *para variar* que me trataras con un poco de amabilidad—le dije cansada de estar todo el día discutiendo con él, o besándonos y luego enfadándonos por ello. Era agotador y tenía que encontrar la forma de llevarnos bien.

Me observó detenidamente sopesando lo que le estaba ofreciendo.

—¿Me estas proponiendo una tregua, hermanita?—me preguntó en un tono extraño. Suspiré en mi fuero interno pero sin poder evitar fruncir el ceño al ver salir de sus labios la palabra hermanita.

—Exactamente—le contesté terminando de ponerme el zapato.

—Muy bien pues entonces vamos en el mismo coche.—dijo y antes de que pudiera protestar siguió hablando—Jenna me ha dicho que no va a poder recogerte, y es una tontería llevar tantos coches si vamos a ir al mismo sitio.

Vaya mierda.

—Si no hay más remedio—le dije cogiendo mi bolso y saliendo por la puerta.

—Un gracias habría estado mejor—me dijo pasando por mi lado y adelantándose a bajar las escaleras.

Me fijé en su espalda, en como la camiseta le marcaba los fuertes músculos y como se ajustaba a la parte superior de los brazos... ¿Por qué tenía que ser tan endemoniadamente atractivo?

En cuanto llegamos al recibidor me di cuenta de que no llevaba dinero. Me detuve sin saber muy bien qué hacer. Aún no me habían pagado ya que lo hacían a finales de mes y desde que me había mudado había ido tirando de mis ahorros hasta prácticamente quedarme si nada. No me apetecía en absoluto tener que ir a pedirle a mi madre efectivo.

Nick ya estaba bajando las escaleras del porche, con su 4x4 esperando en la entrada cuando se dio cuenta de que no le seguía.

—¿Qué haces?—me preguntó mirándome con el ceño fruncido.

No sabía qué hacer y después de unos segundos de duda decidí inventarme una mentirijilla.

—Creo que he perdido la cartera—dije haciendo como si rebuscaba en el bolso. Odiaba hacer aquel numerito y de no saber que estaba forrado, simplemente me habría quedado en casa, pero eso era lo último que me apetecía en aquel instante.

—¿Por eso me haces perder el tiempo?—me contestó y elevé la mirada para observarle.

—No tengo dinero—le dije temiendo que no comprendiera del todo la situación.

Puso los ojos en blanco.

—Ya me has hecho perder más de cien mil dólares, pagarte una hamburguesa no creo que suponga una gran diferencia, vamos, sube al coche—dijo montándose de un salto en el lado del conductor y poniendo el coche en marcha.

Sentí un pinchazo de culpabilidad pero solo tuve que recordar lo poco que lo soportaba para que aquel sentimiento se esfumara.

Ya sentada en el asiento del copiloto me di cuenta de que nos quedaba un trayecto de veinte minutos hasta llegar al restaurante.

Observé en silencio como manipulaba los cambios y encendía la radio. No había estado con él a solas desde que habíamos vuelto del hospital y me resultó muy extraño.

La emisora era una que trasmitía las peores canciones de rap de la historia pero él parecía saberse la letra entera así que opté por no quejarme aquella vez. Miré por la ventana a las inmensas casas que dejábamos atrás y me sorprendió que no saliera a la autopista si no que doblara en dirección norte, hacia la urbanización que había junto a la nuestra.

—¿A dónde vamos?—le pregunté con curiosidad.

—Tengo que recoger a Anna—me dijo sin girar la mirada hacia mí.

Sentí una sensación desagradable en el estómago pero la ignoré lo mejor que pude.

Él de alguna manera notó el cambio que surgió dentro del coche. La tensión y la incomodidad eran palpables y todo lo ocurrido entre nosotros volvió a hacerse hueco en mis pensamientos.

—Sobre cómo nos hemos tratado últimamente... —dijo entonces en un tono distante pero en calma. Sentí como me ponía en tensión. No quería hablar sobre ello.

—Propongo que intentemos llevarnos mejor, como hermanos, y que olvidemos lo que ha ocurrido entre

nosotros.

Me giré con las cejas levantadas.

—¿Pretendes tratarme como una hermana después de haberme manoseado más de una vez?—le dije con incredulidad.

Vi como su rostro se ponía tenso, la mandíbula apretada y las venas marcadas bajo la piel.

—Pues como amigos, joder—me dijo en tono de cabreo—Eres imposible, simplemente intento que nos llevemos mejor.

— *Tratándome como a una hermana*—repetí sintiendo que me iba cabreando más y más a cada minuto que pasaba.

Me fulminó con la mirada y yo hice lo mismo. Por unos instantes nuestros ojos se encontraron, cabreados y ardiendo con alguna emoción demasiado peligrosa para expresar en palabras.

—Te he dicho que seamos amigos—me ladró y su manera de decírmelo teniendo en cuenta el contenido de la frase me hizo sonreír. Agradecí que tuviese los ojos fijos en la carretera otra vez.

—Está bien—dije después de unos instantes. Supuse que pretender ser amiga de Nicholas era mejor que estar tirándonos de los pelos las veinticuatro horas del día, aunque no podía fiarme de mi misma en lo referente a no desearle cada vez que ponía los ojos sobre él.—Aunque amigos no creo que sea la palabra correcta yo nos definiría como *parientes lejanos obligados a soportarse*—dije más contenta con ese término, porque amigos era una palabra muy grande, para que alguien volviera a ser mi amigo iba a tener que recorrer muchísimo camino; ni siquiera era capaz de fiarme de Jenna todavía y eso que había sido estupenda desde que la había conocido.

Nicholas esbozó una pequeña sonrisa, algo casi imposible de interpretar, pero ahí estaba.

—Lo de parientes tampoco me gusta, qué tal: *parientes lejanos obligados a soportarse y a enrollarse de vez en cuando*—dijo burlándose claramente de mí.

Le di un manotazo y su sonrisa se hizo más ancha. Fue extraño pero en aquellos pocos minutos que tardamos en llegar, me sentí completamente cómoda a su lado, hasta incluso había sido divertido, de cierta forma extraña y retorcida.

Nicholas detuvo el coche frente a una casa bastante grande, no tanto como la nuestra pero sí lo suficiente como para que cualquiera como yo se quedase con la boca abierta. Nick cogió su teléfono móvil y marco un número de prisa.

—Estoy en la puerta, sal—dijo con voz bastante fría, teniendo en cuenta que los últimos minutos había estado mucho más relajado que desde el día que lo había conocido.

—Eres todo un caballero ¿lo sabías?—le dije sin poder evitar fruncir el ceño a la vez que observaba la puerta de la casa.

—Gilipolleces— me contestó guardándose el teléfono y poniendo el coche en marcha al ver que la puerta se abría— Una tía es perfectamente capaz de salir de su casa sin que la escolte alguien.

Puse los ojos en blanco a la vez que observaba la cara de la novia de Nicholas. No era muy alta, yo le sacaría media cabeza, y las últimas veces que la había visto tenía tal cara de estirada y creída que ya pertenecía a mi lista de enemigos. Aún recordaba su último comentario sobre mi ex y me hervía la sangre.

Fue gracioso ver como sus ojos se iban agrandando más y más a la vez que se daba cuenta de quien estaba en el

coche. Su cara se transformó al fruncir los labios y fulminarme abiertamente con los ojos y se puso hasta fea.

Se detuvo delante de mi ventanilla, con la clara intención de decir algo. Pena que no me apeteciera bajarla para poder escucharla. A mi lado Nicholas soltó un suspiro y debió de tocar alguno de sus botones porque mi ventanilla comenzó a bajar en contra de mi voluntad.

—¿Qué es esto?—dijo Anna mirándonos con incredulidad.

—Un coche—le contesté riéndome de ella.

Detrás de mí sentí un pellizco en la cadera. ¿Desde cuándo me daba pellizcos? ¿Y encima dolorosos? Me giré hacia él con la intención de darle un manotazo, pero vi claramente que mi comentario le había hecho gracia, a pesar de tener el semblante serio sus ojos brillaban con la contención de una carcajada.

—Sube al coche, Anna—le ordeno volviendo a subir mi ventanilla.

Ella volvió a mirarme con ganas de matarme y luego abrió la puerta trasera para subir. Estaba claro que no estaba acostumbrada a ir detrás y fue gracioso verla por el espejo retrovisor como una niña enfurruñada.

Nick puso el coche en marcha y por fin salimos a la autopista. Tenía bastante hambre por lo que deseaba llegar lo antes posible. Además, bromas aparte, no me apetecía nada estar en aquel coche con aquellos dos.

El silencio se apoderó del ambiente, aparte de los ruidos del motor y de la carretera y esta vez fui yo la que le dio al botón de la radio para después echarme hacia atrás con los brazos cruzados y mirar por la ventanilla. Anna por vez primera parecía no tener nada ingenioso o estúpido que decir y Nicholas parecía absorto en sus pensamientos, sin darse cuenta de lo incómodo que era ir en el mismo coche que la idiota con la que se estaba acostando. No tenía ni

idea de qué tipo de relación tenían, pero no debía de ser muy seria si se había enrollado conmigo varias veces.

Me sentí utilizada y sucia al ver que me había dejado manosear por un tío que se liaba con varias tías a la semana sin que a estas les pareciera ningún problema. Me entró el mismo cabreo que las noches anteriores y desee borrar los últimos minutos que habíamos pasado juntos en el coche. No se merecía mi compañía ni que lo tratara como a un amigo, o pariente o desconocido... no se merecía que lo tratara, punto.

Agradecí cuando llegamos al restaurante que estaba a las afueras de la ciudad en una carretera repleta de bares y mucho bullicio de gente. Vi a Jenna y a Lion en la puerta y tan rápido como Nicholas detuvo el coche salí disparada hacia ellos.

Jenna me dio un abrazo y Lion me sonrió con aquel semblante frío pero mucho más amigable que el de Nick. A su lado y para mi sorpresa se encontraba Mario. Me había venido a visitar muchas veces al bar y habíamos hablado y para mi sorpresa me caía bastante bien, además era muy guapo; era alto como Nick y estaba tan bueno como él, solo que no le rodeaba aquella aura de misterio tan atractiva y a la vez tan exasperante que acompañaba a mi hermanastro fuera donde fuera. Me sonrió mostrándome sus dientes blancos.

—Pero si es la mejor camarera del lugar—gritó haciéndome reír. Me sonrió abiertamente, aunque su sonrisa pareció aflojar un poco cuando Nick y Anna aparecieron detrás de mí.

Observé como ambos se miraron y fui claramente consciente de la hostilidad que había en el ambiente.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó Nicholas de malas maneras. Le observé frunciendo el ceño, ¿Por qué tenía que comportarse siempre como un gilipollas?

—Acabamos de encontrarnos y le he dicho que se quedara a comer con nosotros—explicó Jenna guiñándome un ojo y claramente ciega ante la tensión entre ellos dos.

Decidí intervenir antes de que mi hermanastro comenzara una pelea allí mismo. Conociendo su historial no me extrañaría en absoluto.

—Estupendo—le dije forzándome a sonreír abiertamente. A nuestro alrededor había bastantes personas haciendo cola para entrar al restaurante. Por suerte no era nada elegante por lo que mi atuendo era de lo más apropiado al contrario que el de Anna que iba con tacones y un vestido de guerra total.—Serás mi cita de esta noche, Mario, ya que al parecer iba a hacer el papel de sujeta velas—dije con calma mirando a las dos parejitas. A Mario se le iluminaron los ojos y me pasó un brazo por los hombros atrayéndome hacia él.

—Genial—dijo dirigiéndose al mostrador en donde estaban escritas las reservas. Antes de darle la espalda a Nicholas pude ver como su rostro estaba descompuesto por algo peor que el enfado y temí que aquella noche no terminara del todo bien.

Después de unos minutos nos sentaron en una mesa redonda en un sitio apartado de la muchedumbre. Supuse que el nombre de Nicholas Leister o Jenna Tavish, tenía cierto peso en aquel sitio.

Me senté entre Mario y Jenna que a su vez se sentaron junto a Anna y Lion lo que me dejaba a Nicholas justo en frente. Después de unos segundos todos pidieron las bebidas y se hizo un incómodo silencio.

Nicholas estaba tenso mirando a Mario con el semblante serio y este intentaba mantener el tipo sin mandarlo literalmente a la mierda. Gracias a Dios Jenna intervino con un tema de conversación.

—¿Sabes Anna?—dijo dirigiéndose a ella mientras sonreía en mi dirección. La aludida parecía estar furiosa por algo

puesto que su mirada iba de Nick a mí y después a Mario, como si de alguna forma intentase descubrir que es lo que ocurría.—Noah va ir a St Marie, deberías presentarle a Cassie, ya que lo más seguro es que terminemos juntas en clase— dijo ella animada. Desde que le había contado que iba a ir a su instituto no había podido dejar de hablar sobre ello.

—¿Quién es Cassie?—pregunté intentando que la conversación no acabara, ya que Anna no parecía nada entusiasmada con el tema.

Levantó su mirada de su teléfono móvil y me observó con un brillo nuevo en sus ojos marrones. Sentí un estremecimiento. ¿Qué se estaría maquinando bajo aquella cabeza de muñeca tonta?

—Es mi hermana pequeña—dijo mirando hacia Nick. Este le devolvió la mirada y se inclinó sobre la mesa cogiéndole la mano y sujetándosela.

Sentí un pinchazo de celos.

—¿Pequeña?—le pregunté con incredulidad—¿Cuántos años tienes tú?

La mirada que me lanzó fue de superioridad.

—Veinte—dijo mirando a Nick, que ahora me estaba mirando a mí.—Solo me queda un año para terminar la carrera.—dijo con aires de superioridad.

—Nunca lo habría pensado—dije sin pensar, lo que provocó no solo que ella me mirase indignada sino que Nick sacudiese la cabeza con fastidio.

A mi lado Jenna soltó una risita nerviosa.

—Dime una cosa Noah, ¿Dónde aprendiste a conducir tan bien?—me preguntó Mario cambiando completamente de tema. Nicholas clavó sus ojos en él, para después desviarlos hacia a mí. Sabía que tocar aquel tema solo haría que Nick se pusiese de mal humor al recordar que le había hecho perder su coche.

—En ningún sitio, fue casualidad que ganara la carrera— dije encogiéndome de hombros y abriendo un paquete de colines al mismo tiempo que me llevaba uno a la boca, con aire nervioso. No quería que me preguntaran mucho sobre el tema, digamos que hay cosas que es mejor esconder muy en el fondo y no dejarlas salir.

—¡Pero qué dices, fue alucinante!—dijo Jenna a mi lado— Hacía tiempo que nadie le ganaba a Ronnie con tanta diferencia como lo has hecho tú, ni siquiera Nick...— comenzó a decir pero se cayó al ver el semblante de la persona que había frente a mí.

—¿En serio pretendes que creamos que le ganaste por pura casualidad?—me preguntó Anna con cara de falsa amabilidad.

Nick se inclinó sobre la mesa con ambos antebrazos sobre ella y clavó sus ojos azules en mi rostro.

—¿Cómo aprendiste a correr de esa forma?

La pregunta fue tan directa que no admitía nada que no fuera la pura y simple verdad. Me sentí incómoda, no deseaba hablar sobre algunas cosas de mi pasado... Opté por mentir.

—Mi tío era corredor de Nascar, él me enseñó todo lo que sé—le dije mirándole fijamente.

Vi sorpresa en su rostro junto con signos de duda, pero justo en ese instante la camarera nos trajo los platos que habíamos pedido. La comida mexicana siempre me había gustado, sobre todo los tacos, y aproveché la distracción para entablar conversación con Mario, que pronto se puso a charlar conmigo como estábamos acostumbrados. Era un chico bastante agradable, y gracioso. Sin darme cuenta me estaba partiendo de risa por algo que había dicho y de lo que los demás no se habían enterado ya que cada uno hablaba de una cosa diferente.

Cuando me tranquilicé y me incline para poder beber el poco refresco que me quedaba mis ojos se encontraron con Nick, que ajeno a la conversación que estaba teniendo lugar con su novia, Jenna y Lion, parecía estar realmente enfadado por algo.

No entendía que es lo que le pasaba pero tampoco me iba a parar a preguntarle. La tregua que habíamos tenido las últimas veces que habíamos hablado parecía tan frágil como un hilo de cocer y sabía que se rompería con demasiada facilidad si decía o hacía algo que le molestara.

—La última fiesta en tu casa fue genial, Nick, deberíamos hacer una aún más grande, invitarlos a todos para despedir el verano—dijo Jenna a todos en general.

Todos estuvieron de acuerdo y yo sentí un cosquilleo por el cuello y las mejillas al recordar lo que había ocurrido entre Nick y yo en aquella fiesta. Había sido la primera vez que nos habíamos enrollado de verdad.

—Te has puesto roja, Noah—soltó Jenna soltando una carcajada.

Quise morirme, sobre todo porque mi mirada se encontró con la de Nick, que por un momento pareció estar pensando exactamente lo mismo que yo.

—Es el picante—dije escondiendo mi rostro a la vez que me bebía el agua de los hielos de mi refresco.

Unos minutos después pedimos la cuenta. Me había olvidado que Nick tenía que prestarme dinero por eso fue muy incómodo cuando Mario se ofreció a invitarme.

Antes de poder decir nada, Nicholas intervino.

—Yo pago lo suyo—dijo mirándolo sin dejar lugar a ningún tipo de objeción.

Vi que Mario iba a protestar por lo que decidí intervenir. Anna también parecía molesta, sobre todo porque Nick no le había dicho nada de invitarla.

—He perdido la cartera—le expliqué a Mario intentando sonar indiferente.

—Pues con más razón; Nicholas yo pago lo de Noah—dijo tajante desafiándole con la mirada.

Este apretó la mandíbula y un brillo oscuro apareció en su rostro.

—¿Seguro que puedes permitirte?—le soltó con maldad —No me gustaría que te quedases sin el dinero de tus propinas por una simple comida.

Abrí los ojos estupefacta por lo que estaba diciendo. Se hizo un silencio incómodo y a mi lado Mario se tensó como un perro siendo atacado. Supe que iba a haber un enfrentamiento y no tenía ni la menor idea de que hacer para evitarlo.

Antes de que Mario hiciese nada, me apresuré en cogerle la mano por debajo de la mesa. Vi que le sorprendía pero un segundo después me la apretó con fuerza.

—Paga lo que te dé la gana—le dijo entonces poniéndose de pie y tirando de mí en el proceso. Soltó un billete de veinte dólares sobre la mesa y se giró hacia a mí. Nuestras manos aún estaban unidas y supe que todos se habían dado cuenta de ello.

—Te invito a un helado ¿vienes?—me preguntó con la voz en calma. Me gustó como no se había dejado llevar por la rabia; Mario no era un chico violento aunque fuerza no le habría faltado para poder estar al nivel de Nick. Le sonreí con ganas.

—Claro—dije volviéndome hacia los demás. Jenna parecía estupefacta pero me sonrió de manera cómplice al ver nuestras manos entrelazadas.

Nos despedimos, yo sin siquiera mirar a Nick y nos largamos del restaurante.

NICK

La imagen de mi puño chocando contra ese idiota no dejaba de aparecerse en la mente. Me había pasado toda la maldita cena deseando estamparlo contra la pared y usarlo como saco de boxeo. Maldita fuera Noah por fijarse en uno de los tíos con los que más problemas habían tenido en el pasado. Había procurado mantenerme apartado de Mario después del incidente que había tenido con esa chica, pero cada vez que nos encontrábamos surgían esos deseos irrefrenables de querer partírnos la cara el uno al otro. Y ahora Noah estaba con él. No sé porque le daba tanta importancia pero durante toda la cena no había podido apartar los ojos de ella. Su manera de reírse, la facilidad con la que parecía entablar conversación con él, al contrario que conmigo, su forma inconsciente de acariciarse la parte inferior del cuello, donde estaba su tatuaje, y cuyo movimiento me había estado volviendo loco durante toda la noche...

Después de ver como se marchaba con él, simplemente me había levantado, había llevado a Anna a su casa y ahora me encontraba de camino a uno de los pubs que había en la ciudad. Ni siquiera me había quedado en casa de Anna, había estado insoportable, y comprendí que había pasado demasiado tiempo con ella las últimas semanas. Si no quería que se pensase que quería algo serio con ella, iba a tener que buscarme a otra tía para pasar el rato. Con esos pensamientos en mente entré al local donde había pasado demasiado tiempo los últimos años. Estaba en la parte baja de la ciudad y la gente que lo frecuentaba era de todo menos respetable. Los guardias de la entrada ya me

conocían por lo que no tuve que tragarme la cola de fuera para poder entrar. Ya dentro la música era atronadora y las luces centelleantes le daban un toque lúgubre y extraño a las personas que se pegaban para bailar con sus cuerpos sudorosos y colocados por sabe Dios qué tipo de droga.

Me acerqué a la barra y me pedí un JB observando a la gente que había a mi alrededor. Desde el año que había estado viviendo con Lion en ese barrio lejos de mi padre, de su dinero y todo lo que el apellido Leister acarreaba, me había hecho un hueco entre toda aquella gente; me respetaban y me aceptaban entre ellos y para mí había supuesto una perfecta vía de escape de todas las cosas que detestaba de la vida que *ahora* se me había obligado a llevar. Me había ido de mi casa en el instante en el que mi padre dejó de tener ningún tipo de custodia legal sobre mí. La relación que habíamos tenido desde el momento en el que mi madre desapareció había sido tan escasa que llegué a creer que a nadie le importaría si desaparecía y me buscaba la vida por mi cuenta. Paso toda una semana entera hasta que se dio cuenta de que había empaquetado todas mis cosas y de que ya no estaba viviendo bajo su mismo techo. En cuanto me localizó, una semana después, mandó a Steve a buscarme. Fue irónico ver como un hombre alto y trajeado venía a buscarme a la casa que en ese tiempo se había convertido en mi hogar, pero más irónico fue ver como no tardó menos de tres minutos en darse cuenta de que si quería hacerme regresar iba a tener que venir con un ejército entero.

Al día siguiente todas mis tarjetas de crédito fueron canceladas, y el dinero de mi cuenta corriente suspendido. Tuve que ponerme a trabajar en el taller del padre de Lion para ganarme la vida y nunca me sentí más libre y más realizado como en aquel momento.

Pero la vida en aquellos barrios podía ser dura. Me dieron mi primera paliza nada más llegar y entonces comprendí que ser hijo de un millonario y vivir en aquel barrio no podía salir bien, a no ser que me convirtiera en uno de ellos. Comencé a entrenarme todos y cada uno de los días, nadie iba a ponerme la mano encima otra vez, no mientras estuviese consiente como para devolver el golpe. Lion me enseñó a defenderme, a saber cómo golpear y también a encajar un golpe. La primera pelea seria vino dos meses después de haber estado entrenado, y dejar a un tío como Ronnie tirado en el suelo y machado de sangre hizo que me ganara el respeto de todos los allí presentes. Las carreras y las apuestas llegaron bastante después y la tregua que surgió entre Ronnie y yo se hizo más evidente a medida que la gente iba escogiendo bando. Estábamos Lion y yo con nuestra gente y después estaba Ronnie con sus compinches de la droga y delincuentes.

Aún así todo cambió cuando después de un año necesité la ayuda de mi padre por primera vez. Mi madre se puso en contacto conmigo y no pude ignorar el hecho de que tenía una hermana a la que deseaba hacer parte de mi vida. Mi padre me ofreció ayudarme con el juicio y con conseguirme derechos de visita a cambio de regresar a casa, ir a la universidad y vivir con él por lo menos tres años más. Tuve que aceptar, regresé a la mansión Leister y descubrí que mi padre por fin mostraba cierto interés en mí. Nuestra relación mejoró pero mi vida siguió siendo prácticamente la misma. Vivía con él pero pasaba la mayor parte del tiempo con Lion, emborrachándonos, colocándonos y metiéndonos en problemas...

mientras que durmiera en casa de mi padre y fuera a la universidad él no se metía en mi vida ni yo en la suya... y así había sido hasta el momento, solo que él no tenía ni idea

de en que estaba metido cuando salía por la puerta de su casa.

Las peleas y las carreras se hicieron parte de mí día a día y la banda de Ronnie y la de Lion comenzaron a enfrentarse cada vez más. A pesar de que por aquellos tiempos ninguno de los dos éramos lo que éramos ahora, siempre había visto el rencor escondido en los ojos de Ronnie. La tregua que teníamos debía existir ya que ambos vivíamos en el mismo lugar y la gente con la que nos juntábamos era prácticamente la misma, pero lo que empezó siendo una rivalidad amistosa terminó en convertirse en dos bandas enfrentadas a muerte con un resultado tan peligroso y latente como la última vez que le había visto. Mi puño estrellándose contra su cara en las últimas carreras suponía un desafío abierto que no estaba del todo seguro cuando se llevaría a cabo. Que Noah le venciera era la mayor humillación que podría haberle ocurrido y sabía que pronto iba a tener que enfrentarme a él para solucionar el conflicto. El problema era que Ronnie había dejado muy atrás las peleas callejeras y los enfrentamientos amistosos. Que nos disparara la última vez me había demostrado lo peligroso que se había vuelto en el último año y no podía sacarme de la cabeza el posible encuentro de Ronnie con Noah en algún momento cercano...

Maldita fuera Noah por hacer lo que hizo...y maldita fuera por haber vuelto mi mundo patas arriba. Necesitaba sacármela de la cabeza, volver a lo mío, divertirme como yo sabía, disfrutar de la vida tal y como la conocía...

Una rubia embutida en un minúsculo top y unos pantalones negros de cuero se me acercó a la barra.

—Hola Nick—me dijo y al verla más de cerca y ver el tatuaje de dragón que surcaba su clavícula recordé que ya me había enrollado con ella en una ocasión. Su nombre empezaba por S...Sophie...Sunny...Susan, o algo así.

Asentí con la cabeza a modo de saludo. No me apetecía hablar, no estaba de humor pero sí que me apetecía hacer otro tipo de cosas. Al ver que se me acercaba descaradamente, no hizo falta hacer mucho para que sus labios se encontrasen con los míos.

Coloqué mis manos en su cintura y la atraje hacia a mí, su aliento olía a vodka y a algo dulzón, tenía el pelo rubio y un cuerpo lleno de curvas esperando ser acariciadas. Esto era exactamente lo que necesitaba para poder liberar la tensión acumulada de los últimos días. La cogí de la mano y la arrastré hacia una parte oscura de la discoteca a uno de los muchos reservados que estaban sin usar.

Pero entonces Noah apareció en mi mente al ver como las luces de la discoteca creaban colores diferentes en la melena rubia de Susan.

Maldije entre dientes y empujé a Susan contra la pared con un poco más de violencia de lo necesario pero el suspiro de placer que vino en respuesta me alentó a seguir adelante. Sentía su cuerpo pegado al mío en todos los lugares adecuados, pero los labios que se movían con demasiada insistencia no eran los que quería..., me aparté y le besé el cuello...olía a humo y a alcohol. Le aparté el pelo y vi el tatuaje del dragón... ese no era el tatuaje que quería besar, ese no era el cuello que con tan solo mirarlo me volvía loco de deseo... Coloqué ambas manos en su rostro y no vi ni una sola peca, aquellos ojos azules no eran de color miel ni estaban rodeados de miles de pestañas...

Me aparté.

—¿Qué pasa?—me preguntó Susan bajando las manos por mi pantalón y acariciándome de forma lasciva. Cogí sus muñecas con una de mis manos y las aparté de mi cuerpo.

—Lo siento, pero tengo que irme—le contesté y me giré dándole la espalda. Ni siquiera me quedé para escuchar sus protestas, necesitaba salir de ahí.

Cuando salí del local giré hacia uno de los callejones y caminé intentando ignorar aquel pensamiento que no cesaba de decirme que estaba realmente jodido. Estaba tan cabreado y tan ensimismado en mis cosas que no me di cuenta de quien se encontraba al final del callejón hasta que unas voces conocidas me hicieron levantar la vista y ponerme automáticamente en tensión.

Ronnie y tres de sus amigos camellos estaban apoyados contra un coche, un Ferrari para ser exactos... *mi* Ferrari. Me detuve con ambos puños apretados contra mis costados y una rabia que estaba seguro me iba a costar demasiado poder controlar.

—¡Pero mira quien tenemos aquí!—gritó Ronnie bajándose del capó y caminando en mi dirección. —El niño rico de papá—dijo soltando una carcajada. Los demás le imitaron. Sabía quiénes eran, dos eran afroamericanos, llenos de tatuajes y colocados hasta las cejas; el otro era latino y era la mano derecha de Ronnie, Cruz.

—¿Has regresado para suplicarme que te devuelva tu coche?—dijo Ronnie con una gran sonrisa. Me habría encantado quitársela de un golpe.

—¿Ese coche que has ganado haciendo trampa?—dije con calma—A lo mejor correr con un coche como Dios manda te ayuda a aprender a correr de verdad... ¿No querrás volver a perder contra una cría de diecisiete años no?

Sentí un gran placer al ver que mi comentario le había afectado, su sonrisa desapareció de su rostro y las venas del cuello se le marcaron a través de la piel.

—Vas arrepentiré por eso—dijo con calma fingida—Sujetarle—gritó entonces.

Sabía que eso iba a ocurrir, lo supe en el instante en el que los vi, y por eso mismo había estado preparado. En cuanto se me acercaron los dos camellos, mi puño voló

azotando el aire, y sonreí al ver cómo le rompía la nariz a uno de esos gilipollas. Alguien me sujetó por detrás, levanté el codo con fuerza y volví a dar con algo duro, esta vez la boca de alguien. Cruz se acercó a ayudar, no sin antes darme oportunidad de darle otro golpe al matón número uno en el lado izquierdo de la cara. Entonces llegó mi turno de sufrir. Alguien me dio en el ojo derecho, tan fuerte que me tambalee hacia un lado, no sin antes revolverme y pegarle una patada a quien me intentó sujetar por los brazos. Me resistí pero tres contra uno eran demasiados, incluso para mí, y menos luchando con Cruz, que era tan bueno como Lion a la hora de asestar puñetazos. Si hubiese sido uno contra uno habría acabado con él, pero con los otros dos sujetándome por ambos brazos, no hubo mucho que pudiese hacer.

Cruz comenzó a golpearme en las costillas, una y otra vez mientras yo reprimía las ganas de gritar y matarlo con mis propias manos. Ronnie se acercó y clavé mis ojos en los suyos con la clara promesa de que aquello no iba a cavar así.

—Dile a tú hermanita que hay alguien que la está buscando—me dijo y la cara inocente de Noah se me apareció en la mente. Ronnie me cogió por el pelo, y acercó su cara a la mía. Olía a cerveza barata y a porro.—Y

dile que en cuanto la vea, me voy a cobrar lo de las carreras solo que de una forma muy diferente...—dijo y manchas rojas aparecieron por todos lados. Me sacudí con violencia. Iba a cargarme a ese hijo de puta.

—Voy a meterme entre sus piernas Nick—dijo sujetándome con fuerza sin dejarme mover la cabeza hacia adelante e incrustarle la nariz en el cerebro—Y cuando lo haga va estar tan sucia que ni tú vas a querer acercarte.

—Te mataré—le dije. Dos palabras, una promesa.

Soltó una carcajada y su puño voló hacia a mi estómago. Se me escapó todo el aire que estaba conteniendo y tuve que agachar la cabeza para poder toser y escupir la sangre de la boca.

—No vuelvas por aquí, o seré yo quien te mate, y yo sí que lo haré— dijo soltándome y dándome la espalda. Otro puño estallo contra mí, esta vez contra mi boca y tuve que volver a escupir para no ahogarme con mi propia sangre.

Cabrones hijos de puta.

Llegue hasta mi coche tambaleándome y a duras penas fui capaz de llegar hasta casa. Todos estaban dormidos, eran ya pasadas la una de la madrugada pero cuando subí a mi habitación vi que por debajo de la puerta de Noah no se entreveía ningún tipo de luz. No era posible que aún no hubiese llegado... Abrí la puerta sin llamar y ahí estaba su cama sin abrir.

Maldije entre dientes a la vez que entraba en mi cuarto y me arrancaba la ropa intentando no morirme del dolor. Esos cabrones me habían dejado molido, hacía mucho que nadie me daba una paliza como esa, para ser exactos cuatro años. Había sido un idiota metiéndome en ese callejón yo solo, se lo había puesto a huevo a ese cabrón.

Me metí en la ducha y dejé que el agua limpiara la sangre y el sudor de mi cuerpo. Sobre todo me habían golpeado en las costillas y en el estómago, por lo que iba a poder esconder los golpes con una camiseta. El ojo morado y el labio partido era otra cosa pero mi padre ya estaba acostumbrado a verme de esa guisa. No era que dejara que me golpearan en la cara a menudo pero cuando había peleas y apuestas, algún golpe me llevaba.

No podía quitarme de la cabeza la amenaza de Ronnie hacia Noah.

No dudaba de que quisiera estrangularla con sus propias manos después de aquella humillación pública al perder en

las carreras, pero la imagen de ese hijo de puta tocándola siquiera me volvía tan loco que tuve que controlarme para no asestarle un puñetazo al espejo que tenía delante.

Me sequé deprisa y me coloqué los pantalones de deporte. Pasé de la camiseta porque una de las heridas sangraba un poco. Me enjuagué la boca con agua y comprobé que no me habían roto ningún diente, solo se me había partido el labio, que había dejado de sangrar y se estaba poniendo rojo y morado por momentos, al igual que el ojo izquierdo que era lo que más tardaría en desaparecer.

Cogí mi teléfono móvil y salí de la habitación con la intención de averiguar dónde demonios estaba Noah y de paso ponerme hielo en la herida.

Cinco minutos después cuando salía de la cocina con un paquete de algo congelado contra mi ojo y el móvil en la oreja, la puerta de entrada se abrió con un pequeño ruido de llave y apareció la razón de mi mal humor.

Su teléfono estaba vibrando y dejó de hacerlo en cuanto le di a terminar la llamada. Entonces levantó la vista y me miró. Sus ojos pasaron de la sorpresa al horror.

—¿Dónde coño estabas?—le dije fulminándola con la mirada.

NOAH

Lo último que esperaba encontrarme al entrar en casa era a un Nick completamente destrozado. La sorpresa al haber visto su llamada en mi móvil pasó a la de horror en menos de un segundo.

—¿Dónde demonios estabas?—me preguntó de forma intimidante, como siempre. Aquella pregunta me dejó descolocada por un instante pero lo que más me dejó alucinada fue su aspecto. Tenía el ojo izquierdo completamente amoratado, su labio estaba partido pero eso no era lo peor; su torso desnudo me dejó entrever los hematomas que estaban comenzando a formarse bajo aquella piel bronceada y bajo aquellos abdominales. Por un momento, ver aquellas heridas me dejó quieta donde estaba; paralizada. Sentí el corazón latirme a mil por hora, y el pánico me inundó haciéndome sentir mareada. No me gustaban las heridas ni la sangre y los oídos comenzaron a pitarme de forma que tuve que sujetarme un momento a la puerta.

—¿Qué te ha pasado?—le pregunté con la voz ahogada.

Nicholas estaba enfadado, lo podía ver por como apretaba la mandíbula con fuerza y por cómo me miraba: como si de cierta manera sus heridas hubiesen sido culpa mía.

—Te he hecho una pregunta—me dijo tirando de malas maneras la bolsa congelada sobre la mesa de entrada.

Sacudí la cabeza al mismo tiempo que cerraba la puerta sin hacer ruido. Mi madre y Will ya estarían acostados y no quería despertarlos, al contrario que Nick que parecía no

importarle el volumen de voz con el que se estaba dirigiendo a mí.

—Estaba con Mario—le dije acercándome hacia él. A pesar de las ganas terribles que tenía de alejarme corriendo de aquellas heridas, no podía ignorar su estado.—Lion y Jenna se han reunido con nosotros poco después de tomarnos un helado, además ¿Qué importancia tiene eso? ¿Tú te has visto?—dije estirando el brazo para rozar inconscientemente uno de los hematomas que tenía justo en un costado del estómago.

Su mano voló hacia la mía para apartarme, pero en vez de un manotazo, que es lo que hubiese esperado de él, me la sujeto con fuerza, tanta que me hacía daño. Levanté los ojos hacia él, y vi rabia y miedo en su mirada.

—Ven a la cocina, necesito hablar contigo—me dijo entonces tirando de mí y arrastrándome tras él. Involuntariamente me fijé en su espalda desnuda. Dios, cada músculo se marcaba a la vez que caminaba y sentí el deseo de acariciar la piel tersa de su cuerpo. Se veía como otro cardenal comenzaba a formarse en uno de sus costados y de repente sentí tal odio hacia la persona que le había hecho eso, que mi visión se nublo allí donde mis ojos miraban.

Nick solo encendió la lamparita de la vitrocerámica por lo que la luz era tenue cuando se sentó en una de las banquetas de la isla aún sin soltarme la mano. Verle en ese estado me estaba matando, podía ver como sus ojos se fruncían por el dolor con cada movimiento que realizaba, y mi mente no dejaba de imaginar formas de hacerle sentir mejor.

—¿Has notado algo raro hoy cuando has estado por ahí? —me preguntó con la preocupación tiñendo su rostro— ¿Alguien que te seguía, o algo parecido?

Aquello no me lo esperaba. Me obligue a mirarle a la cara para contestarle.

—No, claro que no, ¿porqué?—le dije con incredulidad.

Me soltó la mano y apartó la mirada de mi rostro, frustrado. Deseo volver a estar en contacto con él, pero opté por quedarme quieta.

—Ronnie no se ha olvidado de lo de las carreras—me dijo y entonces comencé a comprender de que iba todo aquello —Quiere vengarse y no dudarán en hacerte daño si te vuelven a ver—agregó clavando sus ojos azules en los míos.

Aquello me dejó descolocada por un instante.

—¿Ha sido él el que te ha dado esta paliza?—le pregunté maldiciendo en mi interior a aquel desgraciado.

—Él y sus tres amigos—me confesó. Abrí los ojos con horror.

—¡Dios mío, Nick!—dije sintiendo una presión extraña en el pecho.

Mis manos subieron inconscientemente hacia su rostro, examinando sus heridas—¿Cuatro tíos?

Noté como se tensaba bajo mi contacto pero luego se relajó. Mis dedos apenas le rozaron las heridas pero sí que dejé que se deslizaran por sus mejillas, sintiendo bajo mis yemas la piel áspera y sin afeitar que le daba aquel aspecto tan temible y sexy al mismo tiempo.

—¿Te preocupas por mí, pecas?—me dijo en tono burlón pero le ignoré al ver que rozaba su herida y él hacía una mueca. Subió sus manos y me cogió las mías entre las suyas.—estoy bien—agregó y vi como sus ojos recorrían mi rostro involuntariamente.

—Tienes que denunciarlos—dije entonces apartándome al sentirme incomoda con su mirada.

Me alejé de él y fui hacia la nevera. Cogí el primer paquete congelado que había allí y volví a acercarme. Hizo una mueca cuando le coloqué el paquete en su ojo.

—A esos tíos no se les denuncia, pero eso no es lo que importa—dijo cogiendo el paquete y quitándoselo de la cara para poder mirarme con ambos ojos.—Noah, a partir de ahora y hasta que las cosas no se tranquilicen un poco, no quiero que vayas sola a ningún sitio, ¿me oyes?— me advirtió en tono de hermano mayor.

Me aparté mirándole con incredulidad.

—Esa gente es peligrosa y la han tomado contigo... y conmigo pero a mí me da igual recibir una paliza, y se defenderme, a ti te comerán viva si te encuentran sola e indefensa.

—Nicholas no me van a hacer nada, no se van a meter en problemas porque haya herido el orgullo de ese gilipollas.—le contesté ignorando la mirada amenazadora que me lanzó.

—Hasta que no se haya solucionado no te voy a quitar los ojos de encima, ya puedes ponerte como te dé la gana— me soltó entonces.

¿Es que nunca íbamos a poder llevarnos bien?

—Eres insufrible, ¿lo sabías?—le contesté cortante.

—Me han llamado cosas peores— dijo encogiéndose de hombros y haciendo una mueca segundos después.

Respiré hondo varias veces.

—Ponte paños de agua caliente sobre los hematomas y algo frío sobre el ojo y el labio—le dije entonces, sintiendo pena por él—Mañana estarás horrible pero si te tomas una aspirina y te quedas en la cama se te pasará en dos o tres días.

Frunció el ceño a la vez que una sonrisa curvaba sus labios.

—¿Eres experta en palizas o qué?—me preguntó divertido.

Me encogí de hombros.

—He visto muchos documentales—contesté antes de dar media vuelta y alejarme de él. No quería estar cerca de aquellas heridas por más tiempo y tampoco de un Nick descamisado; era demasiado.

Aquella noche me fui directa a la cama... y tuve pesadillas.

A la mañana siguiente me levanté de mal humor. No había dormido casi nada y lo único que me apetecía era quedarme tirada en mi habitación. Solo un motivo me hizo deslizarme por el colchón y dirigirme al cuarto de baño. Lo admitiera en voz alta o no, quería saber cómo estaba Nick. No sé ni cuándo ni cómo ni porqué de repente me sentía preocupada por él, o siquiera porque me importaba, pero parecía que desde los últimos días habíamos creado una tregua agradable entre los dos.

Desde la caricia que me había dado en la cocina antes de que me cortara el dedo no había vuelto a intentar nada conmigo y una parte de mí estaba cabreada por ello. Solo en aquellos instantes que había estado entre sus brazos mi vida había sido agradable. Me hacía olvidar de todo lo demás, pero supuse que era mejor llevarnos bien y no besarnos y odiarnos a muerte, como había ocurrido desde que había llegado.

Me di una ducha rápida mientras recordaba la velada de la noche anterior. Había estado muy cabreada con Nick por como se había dirigido a Mario en la cena pero aquella rabia había desaparecido en el instante en el que le había visto hecho un desastre en la entrada de la casa.

Mario había sido todo un caballero conmigo la noche anterior, y era muy gracioso. Me había invitado a salir aquella misma noche y yo le había dicho que sí. Era atractivo y me sentía a gusto y en calma a su lado.

Además quería olvidarme de mi ex y también de aquella ridícula obsesión que estaba teniendo por Nicholas.

No tardé mucho en vestirme y bajé descalza a la cocina para poder desayunar. No había ni rastro de Nick por allí pero Will y mi madre estaban sentados muy juntos en la mesa hablando animadamente de algo.

—Buenos días—les dije mientras me iba directa a la nevera y me servía un vaso de zumo. Sophie, la cocinera estaba cocinando algo que olía maravillosamente bien. Me acerqué hacia ella para ver que en la cazuela había chocolate fundido.

—Que rico, ¿Qué estas cocinando?—le pregunté.

Sophie me miró con una sonrisa.

—El pastel de cumpleaños del señor Leister—me dijo alegremente. Me giré automáticamente hacia Will.

—Vaya, felicidades, no sabía que cumplías años—le dije con una sonrisa de disculpa.—Él se giró hacia a mí y soltó una carcajada.

—No es mi cumpleaños sino de Nick—dijo divertido. Mi madre me sonrió desde su sitio.

Vaya, el cumpleaños de Nicholas...no sé por qué pero me molestó no estar enterada.

—Esta fuera, ve a felicitarle—dijo mi madre antes de añadir—Ayer se peleó con un desgraciado que quiso atracarle, así que no te asustes cuando le veas la cara.

Asentí ante el ingenio de mi hermanastro para mentir. Will a su lado frunció el ceño por lo que supe que él no era tan ingenuo como para creerse aquella mentira tan obvia. Nadie como mi madre como para confiar en cualquier persona.

Cogí un bollo de la mesa y salí al jardín. Le vi acostado sobre una tumbona, a la sombra y con las gafas de sol puestas. Llevaba la camiseta y el bañador y parecía estar durmiendo. Supuse que al igual que yo él tampoco había podido descansar mucho.

Sintiéndome una completa repelente me acerque hacia él sigilosamente hasta estar a su lado.

—¡Feliz cumpleaños!—grité con todas mis fuerzas soltando una carcajada al ver como saltaba de su asiento completamente sorprendido.

—¡Joder!—gritó quitándose las gafas y dejando al aire libre su ojo vede, morado y azulado.

Fue tan cómico que no pude evitar seguir riéndome a carcajadas.

Me observó por un momento, entre enfadado y furioso, pero al ver que no dejaba de reírme una sonrisa peligrosa apareció en su rostro.

—¿Te hace gracia?—me dijo en tono amenazador dejando a un lado las gafas de sol y poniéndose de pié. Mi sonrisa desapareció y comencé a caminar hacia atrás sin apartar la mirada de su rostro.

—Lo siento—dije levantando ambas manos y sin poder evitar reírme otra vez. Cada vez que recordaba el salto que había pegado las carcajadas amenazaban con volver a salir.

—Está claro que lo vas a sentir—me dijo y entonces se abalanzó sobre mí. Corrí pero no sirvió de nada. Un segundo después le tenía detrás sujetándome y levantándome sobre su hombro. Hizo un gesto de dolor pero mis gritos lo amortiguaron.

¡No, Nick, por favor!—grite sacudiéndome con todas mis fuerzas. Me ignoró y entonces saltó conmigo a cuestras a la piscina. Ambos con ropa.

Me aparté de él en cuanto nos zambullimos bajo el agua templada de un cálido día de verano. En cuanto salí a la superficie le tiré agua a la cara y vi como se partía de la risa mirándome en aquel estado. El vestido blanco se me había pegado a la piel y agradecí llevar ropa interior negra debajo de la prenda, sino habría sido realmente embarazoso.

Él se sacudió el pelo con un movimiento muy a lo Justin Bieber y se acercó hacia donde yo estaba. Un segundo después me tenía acorralada contra una esquina de la piscina.

—Ya puedes estar pidiéndome disculpas por haber hecho que casi me de un infarto en mi 22 cumpleaños—me dijo acercándose tanto a mí que nuestros cuerpos estaban a menos de dos centímetros de distancia.

Intenté apartarle pero no lo permitió.

—Ni lo sueñes—le dije divirtiéndome con aquel juego. Sentía la adrenalina en las venas y miles de mariposas en el estómago. Eso era lo que había echado de menos, aquel contacto, aquella sensación vertiginosa en el estómago.

Ladeó el rostro hacia un lado, con una mirada calculadora, entonces sentí sus manos en mi cintura sobre el vestido empapado.

—¿Qué haces?—le pregunté con voz ahogada cuando me acercó hacia él tanto que mi pecho quedó pegado al suyo.

—Di que lo sientes—me dijo con voz ronca. La diversión había desaparecido de su rostro y ahora el deseo había ocupado su lugar. Sentí una oleada de placer y miedo al mismo tiempo, nos podían ver.

Negué con la cabeza y sus manos se deslizaron por mis muslos. Me observó detenidamente mientras sus dedos apartaban la tela mojada del vestido e iban subiendo poco a poco por mis piernas. Me las abrió y me obligó a rodearle las caderas con ellas.

—No voy a parar hasta que lo digas—me informó empujándome contra la pared de la piscina. El agua le llegaba por debajo de los hombros a él y por el cuello a mí, lo que me dejaba prácticamente a su merced. En cuanto mis piernas rodearon sus caderas nuestras cabezas quedaron casi a la misma altura. Una parte de mí, sabía que

en cuanto le dijera lo que quería oír, me apartaría, o eso decía, pero ¿quería que lo hiciera?

—Nos van a ver—le dije en un murmullo bajo. Sentía mis mejillas ardiendo y aún estando bajo el agua sentía todo mi cuerpo acalorado.

—Yo me encargo de eso— dijo subiéndome más el vestido que se fue pegando y enrollando bajo mi pecho a medida que él lo iba subiendo. Su mirada se apartó de mi rostro para fijarse en mi cuerpo que quedaba distorsionado por el agua.

Aquella mirada y sus dedos acariciándome la espalda me hicieron estremecer. Sentía su excitación en mi cadera y solo podía pensar en nuestros labios uniéndose otra vez.

—¿Quieres que pare?—me dijo entonces acercando su boca hacia la mía, pero sin siquiera rozarla.

Tenía sus ojos tan cerca que pude ver todas las tonalidades de azul por los que estaban formados. Bajo la luz del sol y la claridad del agua me dejaron completamente embobada... cómo me miraban, como si quisiera devorarme.

Negué con la cabeza y me acerqué hacia él para que me besara. Mis manos ya habían subido hacia su nuca no sé muy bien cuando y tiré de él hacia mí, que se resistió y tiró en dirección contraria.

—Dime que lo sientes, y tendrás lo que quieres— dijo entonces.

—¿Qué te hace pensar que quiero algo que tú puedas darme?— contesté ardiendo de deseo entre sus brazos.

—Porque estás temblando y no paras de mirarme los labios , *por eso*— me contestó serio pero con sus manos presionándome aún mas contra él.

—No voy a darte lo que quieres—le dije.

Sentí un gruñido en el fondo de su garganta.

—Eres exasperante—dijo y entonces posó sus labios sobre los míos.

La euforia de haber ganado aquel juego se convirtió rápidamente en otra cosa. Sentí mil sensaciones en aquel instante y ninguna que pudiera decir en voz alta. Su lengua se introdujo en mi boca y me besó con ferocidad.

Estábamos empapados y nuestros cuerpos se pegaban como lapas. Tiré de su pelo a la vez que le acercaba aún más a mí. Me mordió el labio inferior con desesperación y fue tan sexy que sentí que me moriría de un segundo a otro.

Me apretujó contra la pared de la piscina, sus manos bajando por mi cuerpo, a la vez que sus labios hacían maravillas con los míos. Sentí como si me estuviese tirando por un precipicio, las mariposas en el estómago aumentaron cuando su mano se acercó allí donde nunca antes me habían tocado.

Entonces escuchamos la puerta corrediza abrirse. Me apartó tan rápido y tan de repente que tuve que sujetarme rápidamente al bordillo para no ahogarme en el fondo de la piscina.

—¡Chicos, nos vamos!—grito mi madre desde la casa. Nicholas levantó la mano para saludarla sin ningún tipo de trastorno en su mirada. Yo tuve que respirar profundamente varios segundos antes de asomar la cabeza por encima del bordillo.— ¿Se lo has dicho, Nick?—le preguntó mi madre dejándome sorprendida.

—Aún no—le gritó él como respuesta con una sonrisa divertida.

Mi madre me miró a mí y después a él.

—Bueno ya hablamos esta tarde, ¡divertíos!—dijo en forma de saludo.

Me giré hacia Nick en cuanto desapareció en la casa.

—¿Decirme qué?—le dije con el ceño fruncido.

Él me atrajo hacia él otra vez. Dejé que lo hiciera ya que no había otro lugar en el que me apeteciera estar más que con él.

—Me han regalado cuatro billetes para ir a Bahamas por mi cumpleaños, he invitado a Lion y a Jenna y quiero que tú vengas—me dijo observándome cuidadosamente.

¿Qué había sido de la decisión de ser amigos? Aquello era del todo inesperado, sobre todo después de lo que habíamos hablado; Irme de viaje con Nick...

—¿Nicholas que estamos haciendo?—le pregunté confusa. Aquello no estaba bien, no podíamos estar juntos, si es que a besarnos a hurtadillas se le podía llamar de aquella manera. No quería a otro hombre en mi vida, aún lloraba por el último con el que había estado y Nicholas era el prototipo perfecto para que me rompieran el corazón una vez más.

—No alucines, ¿vale?—me dijo sujetándome de la cintura para que no me hundiera en el agua—No quiero que te quedes aquí mientras yo no esté, lo que dije ayer iba en serio, quieren hacerte daño—agregó sujetándome con fuerza.

—Nicholas...—comencé a quejarme alejándome de él. No lo permitió.

—Ven conmigo, lo pasaremos bien—dijo besándome suavemente en los labios. Aquel gesto tan cariñoso me puso la piel de gallina.

—¿Y qué pasa con nosotros?—le dije sin poder evitar pensar en la locura que sería si nuestros padres se enteraban—No puedo hacer esto contigo—le dije mirándole fijamente. —Es ridículo, ni siquiera nos llevamos bien, simplemente nos estamos dejando llevar por nuestra atracción física...

—Lo único que sé es que cuando te veo no puedo pensar en otra cosa que en tocarte y besarte por todos lados—me

confesó acercándose y besándome debajo de la oreja.

—Yo no puedo estar con nadie ahora mismo—le dije empujándole un poco. Él me miró entre sorprendido y molesto.

—¿Quién ha dicho nada de estar con nadie?—me contestó entonces.— Deja de analizarlo todo y disfruta de lo que puede ofrecernos esto— dijo con rabia en los ojos pero con la voz en calma.

Se contradecía, podía verlo, pero pensándolo bien, era Nick, un mujeriego, él solo quería esto, mi físico, pero nada más. ¿Y porque no iba yo a aprovecharme de ello, si también le quería por el mismo motivo?

—Esta bien pero hay que poner ciertas condiciones—le dije colocando mis manos en sus hombros. Él me miró con seriedad.—Nada de ataduras ni malos royos, acabo de salir de una relación y lo último que quiero es revivir lo que me pasó con Dan—le dije y me fije en como su mandíbula se tensaba.

—¿Una relación abierta?—me preguntó entonces. Asentí un segundo después.—Creo que eres la primera mujer que me pide eso, pero está bien, estoy de acuerdo, ¿solo sexo entonces?— dijo y noté la frialdad en su mirada.

Aquel último comentario me cabreó.

—¡Imbécil!—le dije intentando apartarle—¿Cómo que solo sexo? ¿Quién te crees que soy? No tengo 27 años, sino 17, ¡no pienso acostarme contigo como si nada!

Él frunció el ceño, completamente descolocado por un momento.

—¿Entonces qué demonios quieres?— preguntó frustrado.

¿Cómo podía ser tan cuadriculado? ¿Y en que estaba pensando yo en meterme en ese tipo de lío y encima con alguien como Nick? La verdad era que él me daba mil

vueltas, yo era una cría en comparación, y no podía jugar a enrollarme con él. Todo aquello era una completa locura.

—Mira, olvídalo—le dije desistiendo de intentar apartarme de él.—Me gusta esta nueva relación que tenemos, creo que podemos llegar a llevarnos bien, y ¿por qué vamos a complicarlo?

Él me miraba como si no comprendiera absolutamente nada de lo que estaba diciendo. La verdad es que yo tampoco entendía muy bien qué es lo que quería, pero sexo sin compromiso no era mi rollo.

—Seamos amigos—dije entonces y él me soltó.

—¿Estás segura, solo amigos?— preguntó un segundo después. Parecía frustrado y cansado.

Asentí clavando la mirada en el agua.

—Esta bien—dijo entonces—pero vienes conmigo a celebrar mi cumpleaños, si eres mi amiga ya puedes ir comportándote como tal—agregó nadando hacia el otro lado de la piscina y apoyándose sobre las manos para elevarse y salir.

Me quedé un poco trastocada y no salí del agua hasta que él ya había cogido su toalla y se había marchado.

¿Qué demonios acababa de pasar?

El resto del día lo pase en mi habitación leyendo, y escribiendo uno de los relatos cortos que había empezado hacía ya tiempo. Me gustaba mucho escribir al igual que leer y uno de mis sueños era llegar a ser una gran escritora en el futuro. A veces me imaginaba convirtiéndome en una escritora mundialmente reconocida y vendiendo miles de ejemplares por todo el mundo, teniendo que viajar para promocionar mis libros y creando historias que la gente recordaría siempre.

Era aspirar muy alto, lo sabía pero nunca dejaría de intentarlo. Mi madre nunca había llegado a ser nadie en la vida debido a que se había quedado embarazada de mí a

los dieciséis. Mi padre por aquel entonces solo tenía diecinueve años y ningún tipo de futuro académico, solo la posibilidad de correr en Nascar. Mi madre siempre me recordaba lo duro que había sido criarme siendo aún una niña y por ese motivo deseaba darme todo lo que ella había deseado con mi edad. La universidad, un buen colegio, siempre habían sido sus sueños y por fin ahora lo estaba consiguiendo. Por ese motivo siempre había intentado sacar las mejores notas y había competido con el equipo de vóley y había leído y escrito desde niña. Una parte de mí siempre estaría pendiente de hacerla sentir orgullosa.

Mientras divagaba con mi mente mirando por el gran ventanal de mi habitación alguien llamó a mi puerta para entrar un segundo después. Mi madre apareció con una bolsa con el escudo de St Marie y supe que lo que había allí dentro me arruinaría lo que me quedaba de día.

—A llegado tu uniforme, pruébate y después baja para que Sophie te haga todos los arreglos—me dijo dejando la bolsa sobre la cama—Por cierto en un rato sacaremos la tarta para felicitar a Nick, ellos no están acostumbrados a soplar velas ni nada de lo que hacemos tú y yo en nuestros cumpleaños pero ya va siendo hora de que alguien cambie esa costumbre tan horrible—me dijo con una sonrisa en la cara.

—Mamá, no creo que a Nick le haga mucha gracia—le dije intentando imaginármelo sentado a la mesa y pidiendo un deseo.

—Tonterías—dijo cerrando la puerta y marchándose.

Me levanté y saqué el uniforme de la bolsa. Era tan horrible como había imaginado. La falda era verde y escocesa, de esas que se enganchan con algún tipo de clip a un lado de la cintura y plisada por detrás. Era tan larga que me llegaba por debajo de las rodillas. La camisa era blanca y me quedaba bastante suelta, y luego para mi

horror había una corbata verde y roja haciendo juego con el jersey gris, rojo y verde. Las medias también eran verdes y llegaban hasta las rodillas. Mirándome al espejo no pude más que hacer la mueca más desagradable de la historia. Me puse solo la falda y la camisa, lo único que se podía arreglar y salí de la habitación para que Sophie me hiciese los arreglos.

Justo cuando llegué al rellano de la escalera apareció Nick, con el teléfono en la oreja. En cuanto me vio se le abrieron los ojos y una sonrisa burlona surco su rostro. Le fulminé con la mirada llevándome las manos a la cintura.

—Lo siento, tengo que colgar, hay alguien con la que me tengo que meter— dijo soltando una carcajada y guardándose el teléfono en el bolsillo de sus vaqueros.

—¿Te crees muy gracioso?—le dije sabiendo que mis mejillas estaban ardiendo por la vergüenza.

Se me acercó aún con la sonrisa en el rostro.

—Creo que este es el mejor regalo de cumpleaños que podías haberme hecho, pecosa—me dijo mirándome desde su altura y riéndose a mi costa.

—¿Sí, y que tal si de extra te doy un puñetazo?—le contesté apartándole de mi camino y dirigiéndome hacia el salón donde me esperaban mi madre y la cocinera.

Para mi fastidio me siguió.

—Si te vienes conmigo a cenar esta noche te prometo que no divulgaré las fotos que acabo de hacerte—me dijo al oído. Me giré enfadada. Se estaba pasando con las bromitas.

—Esta noche ya he quedado, así que, no gracias—le dije sabiendo que le molestaría enterarse de que Mario me había invitado a cenar aquella noche.

Se quedó callado hasta que llegué al centro del salón donde había una especie de banqueta para ponerme de pie y así me cogieran las medidas.

Al girarme vi que Nick estaba recostado en el sofá mirándome fijamente con el semblante pensativo y frío.

—Levanta las manos, Noah—me dijo mi madre que ayudaba a Sophie con los alfileres. Intenté ignorar la presencia de Nicholas, que no apartaba la mirada de mi cuerpo ni de mi rostro pero me resultó de lo más difícil.

Además no dejaba de recordar el beso que nos habíamos dado en la piscina y en las cosas que habíamos hablado. No estaba del todo segura de si iba a poder resistirme a su cercanía o a sus caricias, pero una cosa tenía clara, no iba dejar que me usara como le diera la gana. Por ese mismo motivo esta noche salía con Mario. Quería divertirme en lo que quedaba de verano, disfrutar con la compañía de diferentes chicos, no estar ligada a nadie y sobretodo olvidarme del capullo de Dan.

—¡Au!—grité en cuanto alguien me pincho con un alfiler en el muslo. El idiota de Nick sonrió desde el sofá.

—Estate quieta, ¿quieres?—me dijo mi madre. Ya faltaba poco, me habían acortado la falda por encima de las rodillas, y la camisa me la habían metido de manera que se notase que era una chica y no un marimacho.

Cinco minutos después ya estaba lista para quitármelo y dárselo a Sophie para que empezara a arreglarlo.

En cuanto Nick se puso de pié, dispuesto a seguirme escaleras arriba, mi madre nos cogió a ambos por los brazos y nos arrastro a la cocina.

—Hoy es tu cumpleaños, Nicholas, soplaras las velas como hacemos Noah y yo y el resto del mundo—dijo mi madre con una sonrisa divertida en la cara.

Me giré hacía Nick y sonreí al ver su cara de incredulidad. Parecía tan mayor a mi lado, con aquellas pintas...

—No hace falta...—comenzó él a quejarse.

—Claro que si—dijo mi madre tajante.

William estaba en la cocina con el portátil y las gafas, seguramente trabajando. En cuanto entramos a la cocina nos sonrió.

—Estas muy graciosa, Noah—me dijo observando mi disfraz de uniforme lleno de alfileres.

Tenía que tener cuidado de no pincharme cuando me movía.

—Que gracia—dije de forma sarcástica.

Mi madre obligó a Nicholas a sentarse en una silla y trajo la tarta de chocolate que Sophie había estado haciendo. Nicholas parecía tan fuera de lugar que no pude evitar divertirme a su costa igual que había estado haciendo él minutos antes.

En la tarta había un veintidós en forma de vela y mi madre no tardó en encenderla.

Un segundo después comenzó a cantar dándole un golpecito a Will para que se uniera.

Era tan cómico que yo me uní a la cancioncita disfrutando de cómo Nick me fulminaba, sobre todo a mí, con sus ojos azules como el cielo.

—No te olvides del deseo—le dije antes de que soplara las velas.

Me observó fijamente antes de soplar e incluso entonces sus ojos no se apartaron de los míos.

¿Qué habría pedido alguien que lo tenía todo?

NICK

Aún no comprendía del todo porqué motivos la había invitado a pasar un fin de semana conmigo en Bahamas. Simplemente su rostro apareció en mi cabeza en cuanto vi los billetes y el viaje pagado. Mis mejores amigos eran Lion y Jenna y Noah había trabado amistad con ella así que... me pareció lo más lógico, o lo más masoquista teniendo en cuenta las circunstancias.

Desde que se había relajado y nuestra relación era más llevadera, no podía dejar de pensar en ella. Me volvía loco solo de pensar en dejarla sola ahora que la habían amenazado y ni hablar de la rabia que se apoderaba de mí, cada vez que me la imaginaba cerca de cualquier otro tío que no fuera yo. Simplemente pensar que había estado en manos de Dan me ponía de mal humor, quería partírla la cara por haberle hecho daño, pero ese no era el principal motivo sino más bien los nueve meses que había disfrutado de ella, tocándola, besándola y Dios quiera que no, desnudándola...

Imágenes de Noah entregándose a cualquiera que no fuese yo me atormentaban por las noches y por el día; nunca me había considerado un hombre celoso, más bien porque nunca había reclamado a ninguna chica como mía, y me estaba matando. Su manera de sonreír, de esa forma tan infantil..., lo que más me atraía de ella era que era sexy por naturaleza. Daba igual como fuera vestida, daba igual si se maquillaba o si iba hecha un desastre, cada vez que mis ojos recaían en ella, mi mente se imaginaba mil formas diferentes de hacerla suspirar de placer. Lo que había ocurrido en la piscina técnicamente no debería haber

pasado, me había prometido a mi mismo no volver a acercarme, pero me lo ponía demasiado difícil. La noche anterior había querido matarla por todo lo que había causado con Ronnie y por haberse ido con Mario pero en cuanto había visto su mirada de horror al verme las heridas, y cuando me había rozado la piel desnuda con sus cálidos dedos... simplemente tuve que hacerme de todo mi autocontrol para no devorarla allí mismo encima de la encimera de la cocina.

Y lo peor era que estaba cogiendo confianza. Ya no estaba a la defensiva ni le importaba despertarme de un grito mientras dormía... Ni siquiera me había apartado cuando ya no había podido aguantar más y mis manos se habían dedicado a acariciarla debajo del agua, sus piernas eran tan largas y sus curvas tan endemoniadamente sexys...

Y esa noche salía con el imbécil de Mario, uno que no se quedaba atrás a la hora de llevarse chicas a la cama ni de sobarlas en cuanto tenía ocasión... *mierda, era como yo*, pero no podía dejar que tocara a Noah, a ella no, era demasiado inocente, era una cría, una cría que volvería loco a cualquier tío con ojos.

Me fastidiaba que se largase con él el día de mi cumpleaños, la quería para mí, quería enseñarle las cosas buenas de esta ciudad, de repente quería que su visión de mí cambiara, no soportaba pensar que no merecía poder tenerla.

Entonces llamaron a la puerta. Estaba terminando de vestirme, por lo que simplemente me molesté en gritar que pasasen. Mientras me abrochaba los botones de la camisa que llevaría aquella noche, unos ojos color miel me devolvieron la mirada por el espejo.

-¿Ya has vuelto de tu cena? -pregunté sarcásticamente a la vez que intentaba contener las ganas de girarme hacia

ella y obligarla a quedarse allí metida, conmigo toda la noche.

-¿Hoy haces una fiesta de cumpleaños?-me preguntó ignorando mi pregunta. Me giré hacia ella intentando demostrar indiferencia.

-¿Esperabas que me quedase aquí viendo una peli, hermanita?-le dije con maldad disfrutando al ver cómo me fruncía el ceño. Sus ojos se veían más oscuros cuando lo hacía.

-Podrías habérmelo dicho, Jenna y Lion creían que iba, están abajo esperándote-me dijo cruzando los brazos sobre el vestido negro que llevaba. Era muy ajustado, y le quedaba unos cinco dedos por debajo del culo. Sentí como el mal humor comenzaba a surgir al pensar que Mario podía meter la mano debajo de ese vestido.

-No tengo tiempo para esto, si quieres venir, ven, estarás en la lista-dije escupiendo cada palabra-Pero tu querido amiguito, no, así que decide-le dije acercándome a ella. Si no podía tocarla por lo menos olería aquel perfume que tanto me excitaba.

-Me miras como si fuera la mala de la película, yo no sabía que era tu cumpleaños hasta hace unas pocas horas, Mario me invitó antes, no puedo dejarlo plantado-me soltó entre enfadada y culpable.

-¿Y te crees que él no lo sabía?-le pregunté irritado, a sabiendas que Mario había organizado todo aquello a propósito.

Sus ojos se entrecerraron un momento, entre sorprendidos y enfadados para después demostrar culpabilidad. Era adorable, se sentía culpable por no asistir a una fiesta de la que ni siquiera había estado enterada.

No pude evitarlo y acerqué una mano a su cintura tirando de ella hacía a mí. Sus ojos buscaron los míos con duda pero a la vez expectantes.

-Vamos, pecas, ven a mi cumpleaños-le pedí apartándole el pelo del hombro y depositando allí un beso ligero. Sonreí contra su piel al ver que se le ponía el bello de punta. Por lo menos podía estar seguro de que le atraía y de que podía tener cierta influencia en ella o en su cuerpo, mejor dicho.

-¿Tu quieres que vaya?-me preguntó con la voz entrecortada mientras mis labios iban subiendo por su cuello.

¿Quería que viniese? Estaba claro que no iba a poder tocarla en aquella fiesta, nadie podía saber lo que estaba ocurriendo entre los dos, y tenerla allí y no poder besarla como ahora... me iba a resultar complicado.

-Claro que quiero-contesté un momento después. No sabía en donde me estaba metiendo pero mejor tenerla allí que no saber donde estaba ni qué estaba haciendo.

Giró la cara y posó sus suaves labios contra los míos en un beso demasiado rápido como para poder disfrutarlo.

-Iré después de la cena-me soltó entonces girándose para salir por mi puerta.

-¿QUE?-dije más alto de lo necesario y tirando de ella para que no se marchara.- ¿Cómo que después de la cena? Vienes ahora-le dije con ganas de zarandearla.

¿Qué coño estaba haciendo?

-Nicholas no voy a dejarle plantado, iré un poco más tarde, además me apetece salir con él, me cae bien-me soltó.

Esta tía iba a acabar conmigo. Entonces seguíamos con ese rollo de amigos con derecho a roce. Se iba a enterar de lo que era una relación de ese estilo con alguien como yo.

La solté y la miré con calma fingida.

-Muy bien, te veré luego si es que tengo tiempo-dije cogiendo mis llaves del mueble y rodeándola para bajar por las escaleras.

No la necesitaba, podía estar con quien me diera la gana, es más, tenía que aprovecharme de aquella situación, la tendría cuando quisiera y a la vez no tendría que renunciar a las demás mujeres con las que me gustaba divertirme.

Aquella noche prometía, eso seguro.

La fiesta se había organizado en la casa de uno de mis amigos del barrio, Mike. Era un buen tío, amigo de la universidad y casi siempre se ofrecía a dejarnos su casa junto al lago para poder hacer este tipo de fiestas. Jenna y Anna se habían encargado de la decoración que contenía desde globos con helio de color rojo y negro a todo tipo de tonterías decorativas. Por suerte el encargado de lo importante había sido Lion que con los demás chicos habían provisto la casa de alcohol, comida y más y más alcohol. En cuanto entré por la puerta todos me recibieron con un feliz cumpleaños al unísono. Salude a todo el mundo y en menos de cinco minutos ya estaban todos bailando, haciendo el gamberro, tirándose al lago y emborrachándose a cuatro manos.

Lo bueno de estas fiestas era que siempre había mujeres a mi disposición; por lo que escogí al alcohol como mi mejor amigo y disfruté de las dos bailarinas que habían contratado para mi cumpleaños. Una parte de mí no dejaba de pensar cuándo llegaría Noah, pero era una parte pequeña ya que las distracciones estaban a la orden del día.

Una de las bailarinas cuyo nombre había olvidado en menos de un segundo no se apartaba de mi lado; la otra, una pelirroja bastante joven había desaparecido nada más acabar con su numerito. Lo cierto es que nadie cuyo ADN contuviera el cromosoma Y se habría apartado de la mujer que no dejaba de intentar llevarme al cuarto de baño, pero una de mis normas numero uno era no acostarme ni con bailarinas ni con prostitutas ni con nada que se le pareciese,

por lo que la aparté intentando no parecer demasiado grosero y me encaminé hacía la parte trasera de la casa. Desde allí se veía el lago Toluca y el reflejo de la luna llena en el agua. Muchos de mis amigos estaban divirtiéndose tirándose al agua y arrastrando a chicas consigo. Fue entonces cuando Lion se me acercó, apoyando sus antebrazos en la barandilla de madera y me observó con ojos escrutadores. Aún recordaba la primera vez que le vi, era muchísimo más corpulento e intimidaba bastante, aunque gracias a Dios los dos teníamos la misma estatura por lo que pude mirarle a los ojos antes de que casi me partiera la cara de un puñetazo. Ni siquiera sé porque le había molestado, creo que porque me había enrollado con su chica o con su ligue en aquella fiesta que me habían arrastrado, pero lo divertido fue que gracias a mis reflejos me había apartado antes de que me diera en plena cara y su puño había terminado por chocar contra la pared que había detrás de mi cabeza.

La situación fue tan cómica que no pude evitar empezar a reírme mientras me maldecía con dolor. Le hice gracia al parecer y desde entonces habíamos sido mejores amigos.

-Gracias por el viaje, tío, nunca he podido ir a ningún sitio con Jenna y por fin vamos a poder estar solos como queremos-me dijo con una sonrisa radiante. Asentí mientras le daba un trago a mi cerveza. El viaje... cada vez que pensaba en ello me acordaba de Noah.

-Ya sé que es tú hermanastra y tal, pero...-continuó Lion observándome con interés y al parecer leyéndome el pensamiento -¿Por qué la has invitado?

Sopesé mi respuesta antes de contestarle. Ni siquiera yo estaba del todo seguro, pero solo sabía que la idea de permanecer alejado de ella dos días enteros me ponía nervioso.

-No quiero que se quede aquí mientras Ronnie siga enfadado por lo de las carreras, la amenazó, y no puedo permitir que le pase nada-le dije obviando el detalle de que si se le ocurría siquiera mirar en su dirección, le mataría con mis propias manos.

Entonces Lion se giró dándole la espalda al lago y me miró seriamente.

-No sé exactamente que pretendes, pero he visto como la miras Nick-me dijo en un tono frío-No puedes liarte con ella, es tu hermanastra, y he estado hablando con Jenna, y Nicholas, Noah no es como las demás chicas es... inocente, esa es la palabra, y tú y yo sabemos que no es lo tuyo tratar con chicas así, terminarás asustándola.-agregó mirándome fijamente.

Respiré hondo intentando calmar las ganas de mandarlo prácticamente a la mierda. ¿Quién se creía que era para decirme que podía hacer o que no? Pero pensándolo mejor... En parte tenía razón, Noah era diferente, lo veía en sus ojos, en su forma de ser, en cómo no se daba cuenta de lo qué causaba alrededor...era muy ingenua e inocente y yo podía corromper todo eso con demasiada facilidad...

-Sé lo que dices, pero no pasará nada entre nosotros-le dije consciente de que una parte de mí gritaba ¡mentira! con letras mayúsculas-Simplemente somos amigos, no podía ser de otra manera, convivimos juntos, compartimos padres, sería insoportable si nos odiásemos todo el tiempo, por eso mismo hemos decidido intentar llevarnos bien.

Lion pareció aceptar aquella parte de la historia; me sonrió y me pegó un puñetazo amistoso en el hombro.

-Tú sabrás donde te metes-dijo sacándose la camiseta de un solo movimiento y dirigiéndose corriendo a donde todos estaban dándose un chapuzón.

La verdad es que no me hubiese importado ir con él, pero seguía sin poder evitar mirar hacia donde estaba la

entrada de la casa, esperando a que Noah regresara de esa ridícula cita.

Y entonces la vi aparecer de la mano de Jenna. Ambas iban con los brazos entrecruzados y una sonrisa apareció en el rostro de Noah cuando se fijó en mí. Estaba radiante cuando sonreía de aquella forma, quise atraerla hacia a mí y besarle el hoyuelo que se le creaba en la mejilla izquierda.

-¡Felicidades otra vez!-me dijo contenta en cuanto se acercó a mí.

Jenna nos miró con curiosidad y después desvió la mirada hacia el lago, donde Lion la llamaba para que se bañara.

-¿Venís?-nos preguntó mirando a uno y a otro. Noah miró hacia abajo, hacia su ropa y negó con la cabeza.

-No traigo bañador-dijo encogiéndose de hombros.

-No seas mojigata, métete en ropa interior, es lo mismo-le dijo Jenna cogiéndola del brazo y tirando de ella.

El solo hecho de imaginármela en ropa interior me puso nervioso, y más que lo hiciera delante de todos los gilipollas borrachos que había en mi fiesta.

Noah se tensó, repentinamente incómoda.

-Ni hablar-dije yo tirando de ella hacia mí. Noah salió volando en mi dirección, contra mi costado.

-No soy un juguete, ¿vale?-dijo ella molesta apartándose de mí pero mirando con una pequeña sonrisa a Jenna.-Ve tú, luego nos vemos-agregó y Jenna se marchó, quitándose el vestido por la cabeza mientras corría a reunirse con Lion.

Moví la cabeza sin poder evitar sonreír. Jenna estaba loca, pero le tenía demasiado cariño como para enfadarme con ella por querer desnudar a Noah delante de todo el mundo.

Me giré hacia ella y observé sus graciosas pecas que apenas podían enterverse con la poca luminosidad que había fuera.

-¿Te lo has pasado bien en tú cita?-le pregunté sin poder evitar el sarcasmo.

Ella me sonrió por alguna razón inexplicable.

-Muy bien, pero eso no importa, te he traído un regalo-me dijo y pude ver la emoción en su mirada. Dios mío, que ganas tenía de morderle ese labio.

Me apoyé contra la barandilla observándola detenidamente y sin poder evitar que una sonrisa me cubriera el rostro.

-¿Enserio?-le pregunté intentado adivinar que podía esconder con aquella actitud tan cariñosa, desde luego no era típico de Noah-Miedo me da lo que me hayas podido traer.

Entonces vi como su semblante cambiaba... ¿se había puesto nerviosa? Mi curiosidad aumentó de inmediato.

-Es una tontería, pero con todo lo que ha pasado y lo de anoche...-

dijo y yo no entendía absolutamente nada. La miré sin comprender aguardando a que me diera lo que me había traído.-Toma, lo acabo de comprar en una tiendecita, ha sido casualidad, pero es mi forma de pedirte perdón...

¿De pedirme perdón?

Cogí el pequeño paquete que me había dado y desgarré el papel color crema... Era un Ferrari en miniatura, de color negro igual que el mío y por un instante sentí un pinchazo de enfado... ¿Intentaba reírse de mí?

-Mira la inscripción-dijo entonces señalándome la parte baja del cochecito.

En ella se leía con letra cursiva y muy pequeña: *Siento lo del coche, de veras, algún día te comprarás uno nuevo, felicidades, Noah.*

La frase era tan descarada y ridícula que no pude evitar soltar una carcajada. A mi lado ella empezó a reírse.

-Te tiraré al lago solo por esto-le dije mientras tiraba de ella y la levantaba en volandas.

Comenzó a gritar como una posesa.

-¡No Nick!-grito, pero pude escuchar cómo se reía-¡Lo siento, de veras!

-¿Lo sientes?-le dije bajándola despacio y pegándola a mi cuerpo como había querido hacer desde que se había marchado con Mario.

Miré a mí alrededor y vi que no había nadie. Los demás estaban o en el lago o en la casa y nosotros estábamos en el medio. La arrastré hacia un árbol y la acorralé con mi cuerpo.

-Lo que has hecho podría haberte traído muchos problemas si no estuviera deseando besarte desde el mismísimo momento en el que has cruzado esa puerta.

Ella se puso nerviosa, mirándome fijamente a los ojos y entonces recordé lo que Lion me había dicho sobre ella, Noah no era como las demás.

Coloqué una mano junto a su mejilla y acaricié aquellas pecas que tanto me gustaban. Tenía la piel tan suave como el alabastro y no pude evitar inclinarme y besarla para sentir su suavidad contra mis labios. La besé en la mejilla, luego donde se le formaba el hoyuelo cuando sonreía y después la besé en el hueco de la garganta, hundiendo mi cara en ella, y saboreando su dulce piel. Soltó un suspiro apenas audible y ya no pude aguantar más. Nuestros labios se juntaron y como siempre que lo hacían mil sensaciones diferentes se apoderaron de mi cuerpo: nervios, calidez, y un profundo y oscuro deseo. Pegué su cuerpo al mío tanto como pude, aprisionándola contra el árbol y sintiendo como ella se derretía entre mis brazos.

Su lengua buscaba la mía y cuando se encontraron casi muero de placer. Sus manos tiraron de mi nuca,

acercándome más hacia ella y no pude controlar mis manos que comenzaron a manosearla sin control.

Ella soltó un grito ahogado cuando mis dedos comenzaron a subir por sus muslos hasta la parte inferior de su ropa interior. Dios, quería tocarla, quería hacerla suspirar de placer, quería oír como decía mi nombre una y otra vez.

-Nick...-dijo entrecortadamente.

-Dime que pare y lo haré-le dije mirándola a los ojos, aquellos ojos que parecían haber llegado desde el infierno para torturarme y volverme loco.

No me dijo nada por lo que seguí con mi incursión. Mis dedos apartaron la tela y ella soltó un grito ahogado contra mi hombro. Estaba temblando y la sujeté con mi brazo mientras le daba placer con mi otra mano.

Un minuto después tuve que cubrirle la boca con la mía para evitar que nadie la escuchara.

Era tan perfecta... y estaba seguro de que me estaba enamorando cómo un idiota.

NOAH

Tuve que dejar que me sostuviera, estaba temblando, temblando de placer. No podía creer lo que acababa de pasar, ni siquiera lo había visto venir, pero había sido todo tan rápido... De repente estaba dándole el regalo y riéndome de él y de pronto me tenía aprisionada contra un árbol y haciéndome estremecer con cada una de sus caricias. Había querido detenerle, Dios mío, debí haberle detenido, pero sentir como sus manos me tocaban... Había sido increíble.

—Eres preciosa—me dijo al oído después de haber pegado sus labios contra los míos para evitar que el grito que había tenido en la punta de la lengua no nos descubriera a los dos.

Aún podía recordar todas las veces que Dan había intentado hacer aquello mismo conmigo. Mi negativa había sido tan inmediata que ni siquiera había podido llegar a tocarme; y ahora había dejado que alguien a quien apenas conocía... Estaba perdiendo la cabeza.

—Creo... que deberíamos regresar—le dije acomodándome el vestido.

¿Por qué me sentía tan mal de repente? *Porque has dejado que te toque alguien a quien apenas le importas*, me dijo la voz de mi consciencia y tenía razón. No quería hacer ese tipo de cosas con alguien que ni siquiera era mi novio, podéis llamarme mojigata o lo que sea pero no me sentía bien conmigo misma, más bien me sentía como una guarra total.

—Noah, lo que ha pasado...—comenzó a decirme Nick pero le interrumpí.

—No volverá a pasar—le dije mirando a cualquier parte menos a él— Nos hemos dejado llevar, me he dejado llevar y lo siento... puedes volver con Anna o con quien quieras no tienes por qué quedarte aquí conmigo.—le dije intentando que no viera lo mal que me sentía.

Quería que me abrazara, en el fondo quería que se quedase conmigo, me hubiese gustado que estuviésemos enamorados, o que por lo menos nos conociéramos mejor... Nick era un completo misterio para mí y yo para él; no podía dejarle creer que una parte de mí quería que me dijese que me quería o que me llevase a un sitio en el que pudiésemos estar solos de verdad y no en medio de una fiesta y apoyados contra un árbol.

—¿Quieres que vaya con Anna?—me preguntó, apartándose de mí, repentinamente enfadado. A lo mejor le molestaba que no hubiese querido seguir con lo que acababa de ocurrir... A lo mejor pensaba que yo quería hacerlo con él...El simple hecho de pensar en acostarme con él en medio de un bosque me puso mala.

—Sí, ve con ella—le dije intentado evitar mirarme los dedos de los pies—No tienes que quedarte conmigo, ya te lo he dicho, esto ha sido un error, lo estamos dejando llegar demasiado lejos y está mal.

Nicholas se apartó de mí y le pegó una patada a una piedra que había por allí. Le escuché maldecir en voz baja y luego se giró hacia a mí con su semblante enfadado y con los ojos fríos como el cristal congelado.

—Muy bien—dijo. Entonces levantó el brazo hacia atrás y de un solo movimiento se sacó la camiseta de la cabeza. Antes de comprender lo que estaba haciendo me dio la espalda y sacándose los vaqueros fue corriendo hacia el lago. Allí todos lo vitorearon y gritaron su nombre.

Mi buen humor y mi autoestima se hundieron con él bajo aquella agua fría.

Durante la siguiente hora y media estuve evitándolo todo lo posible. No quería ni verle, me ponía nerviosa solo de pensarlo, pero cuando llegaron las seis de la madrugada y la mayoría de los invitados fueron saliendo por la puerta, solo quedamos unas ocho personas, entre ellas Anna, Lion, Jenna, Luke, el dueño de la casa, Sophie, un amigo de Nick, Nicholas y yo. Se habían reunido todos en el inmenso salón de grandes sofás blancos, y estábamos todos sentados en círculo, en lo que parecía ser una costumbre de fin de fiesta para ellos. Yo me senté junto a Jenna y Sophie, que era rubia de bote y parecía bastante tonta.

Nicholas estaba a mi derecha, con Luke en medio, por lo que agradecí no tenerle enfrente para así no tener que enfrentarme a su mirada.

NOAH

Tuve que dejar que me sostuviera, estaba temblando, temblando de placer. No podía creer lo que acababa de pasar, ni siquiera lo había visto venir, pero había sido todo tan rápido... De repente estaba dándole el regalo y riéndome de él y de pronto me tenía aprisionada contra un árbol y haciéndome estremecer con cada una de sus caricias. Había querido detenerle, Dios mío, debí haberle detenido, pero sentir como sus manos me tocaban... Había sido increíble.

—Eres preciosa—me dijo al oído después de haber pegado sus labios contra los míos para evitar que el grito que había tenido en la punta de la lengua no nos descubriera a los dos.

Aún podía recordar todas las veces que Dan había intentado hacer aquello mismo conmigo. Mi negativa había sido tan inmediata que ni siquiera había podido llegar a tocarme; y ahora había dejado que alguien a quien apenas conocía... Estaba perdiendo la cabeza.

—Creo... que deberíamos regresar—le dije acomodándome el vestido.

¿Por qué me sentía tan mal de repente? *Porque has dejado que te toque alguien a quien apenas le importas*, me dijo la voz de mi consciencia y tenía razón. No quería hacer ese tipo de cosas con alguien que ni siquiera era mi novio, podéis llamarme mojigata o lo que sea pero no me sentía bien conmigo misma, más bien me sentía como una guarra total.

—Noah, lo que ha pasado...—comenzó a decirme Nick pero le interrumpí.

—No volverá a pasar—le dije mirando a cualquier parte menos a él— Nos hemos dejado llevar, me he dejado llevar y lo siento... puedes volver con Anna o con quien quieras no tienes por qué quedarte aquí conmigo.—le dije intentando que no viera lo mal que me sentía.

Quería que me abrazara, en el fondo quería que se quedase conmigo, me hubiese gustado que estuviésemos enamorados, o que por lo menos nos conociéramos mejor... Nick era un completo misterio para mí y yo para él; no podía dejarle creer que una parte de mí quería que me dijese que me quería o que me llevase a un sitio en el que pudiésemos estar solos de verdad y no en medio de una fiesta y apoyados contra un árbol.

—¿Quieres que vaya con Anna?—me preguntó, apartándose de mí, repentinamente enfadado. A lo mejor le molestaba que no hubiese querido seguir con lo que acababa de ocurrir... A lo mejor pensaba que yo quería hacerlo con él...El simple hecho de pensar en acostarme con él en medio de un bosque me puso mala.

—Sí, ve con ella—le dije intentado evitar mirarme los dedos de los pies—No tienes que quedarte conmigo, ya te lo he dicho, esto ha sido un error, lo estamos dejando llegar demasiado lejos y está mal.

Nicholas se apartó de mí y le pegó una patada a una piedra que había por allí. Le escuché maldecir en voz baja y luego se giró hacia a mí con su semblante enfadado y con los ojos fríos como el cristal congelado.

—Muy bien—dijo. Entonces levantó el brazo hacia atrás y de un solo movimiento se sacó la camiseta de la cabeza. Antes de comprender lo que estaba haciendo me dio la espalda y sacándose los vaqueros fue corriendo hacia el lago. Allí todos lo vitorearon y gritaron su nombre.

Mi buen humor y mi autoestima se hundieron con él bajo aquella agua fría.

Durante la siguiente hora y media estuve evitándolo todo lo posible. No quería ni verle, me ponía nerviosa solo de pensarlo, pero cuando llegaron las seis de la madrugada y la mayoría de los invitados fueron saliendo por la puerta, solo quedamos unas ocho personas, entre ellas Anna, Lion, Jenna, Luke, el dueño de la casa, Sophie, un amigo de Nick, Nicholas y yo. Se habían reunido todos en el inmenso salón de grandes sofás blancos, y estábamos todos sentados en círculo, en lo que parecía ser una costumbre de fin de fiesta para ellos. Yo me senté junto a Jenna y Sophie, que era rubia de bote y parecía bastante tonta.

Nicholas estaba a mi derecha, con Luke en medio, por lo que agradecí no tenerle enfrente para así no tener que enfrentarme a su mirada.

Desde lo que había ocurrido junto al árbol, no me había dirigido ni una sola mirada. Parecía cabreado o aliviado al no haber tenido que quedarse conmigo. Yo sentía un pinchazo de dolor en el pecho cada vez que nuestras miradas se encontraban si querer y él apartaba la mirada; aunque una parte de mí se sentía aliviada. Prefería que me ignorase antes de tener que hablar sobre lo ocurrido.

—¿Por qué no jugamos a ese juego que jugábamos de críos?—dijo Sophie a mi lado.

—¿A verdad o reto?—contestó Jenna soltando una risita—Crece un poco Soph.

—No, venga, vamos a jugar—dijo Luke con una mirada traviesa. Yo me puse nerviosa al instante. Odiaba aquel juego, una vez había elegido reto y me tuve que tragar un vaso de grasa para cocinar. Asqueroso.

—Coge la botella que hay en esa mesa—le pidió Luke a su amigo.

Un minuto después estábamos todos rodeando una botella vacía de cerveza.

Luke fue el primero en hacerla rodar. La botella apuntaba a Anna.

—¿Verdad o reto?—le preguntó él con una sonrisa traviesa. A su lado Nick se movió inquieto.

—Mmmm...Verdad—dijo ella girándose hacia Nick. Tuve que apartar la mirada, y me habría gustado taparme los oídos si no hubiese sido ridículo.

—Cuenta tu última aventura sexual—dijo Luke riéndose abiertamente.

Madre mía, ¿en serio?

A Anna se le dibujó una ancha sonrisa en la cara. Me molestó que su mirada se clavara en la mía cuando empezó a describir como se había acostado con Nick.

—En la parte trasera del coche de Nick; no podía apartar las manos de mí y eso que yo prefiero hacerlo en una cama, pero cuando la atracción es tan grande... Bueno, cualquier sitio es adecuado—dijo soltando una risa y mirando a Nick, que no apartaba los ojos de mi rostro.

Yo desvié mi mirada hacia el otro lado. ¿Por qué me dolía tanto escuchar eso? ¿Por qué el simple hecho de imaginar sus manos en su cuerpo me daba ganas de levantarme y tirarle de los pelos?

Me estiré hacia adelante e hice girar la botella. Me daba igual si ya había terminado de contar su historia, no quería enterarme de los detalles.

Mierda, ahora la botella apuntaba a Nick.

Nuestras miradas se encontraron.

—¿Verdad o reto?—le pregunté un poco demasiado brusca.

—Reto por supuesto—me contestó abrasándome con sus ojos color cielo.

Pensé en algo que le fastidiara de verdad... como por ejemplo tomarse un vaso de grasa apestosa, pero para mí

fastidio, Sophie se adelantó y fue ella la que le dijo que hacer.

—Quítate la camiseta—dijo ella y entonces me di cuenta de cómo se lo comía con los ojos. No pude evitar poner los ojos en blanco.

—Eso no es un reto de verdad—le contesté yo fulminándola con la mirada.

Nick sonreía divertido con la situación.

—Aprende a ser más rápida hermanita— dijo y entonces se quitó la camiseta con rapidez. Estaba segura que las cuatro chicas que habíamos en aquella habitación nos quedamos con la boca abierta y completamente embobadas.

Estaba para morirse de un infarto.

—Gracias por alegrarnos la vista, Nick, ahora me toca a mí—dijo Jenna estirando la mano para hacer girar la botella.

Mierda, me señalaba a mí. Me puse nerviosa tan solo de pensar en lo que podían pedirme que hiciera.

Jenna sonrió como una endemoniada.

—¿Verdad o reto?—dijo con un brillo divertido en los ojos. Siempre prefería elegir la primera.

—Verdad—contesté yo encogiéndome de hombros.

—Cuéntanos la cosa más mala que hayas hecho en toda tu vida— dijo Jenna divertida. Ella pensaba que era una niña buena, que nunca había hecho nada fuera de lo normal... Si ella supiera.

Todos se miraron divertidos entre ellos y sentí la necesidad de abrirles los ojos, pero ¿quería contarles lo que me reconcomía por dentro desde que tenía siete años? No, la verdad es que no.

—Robé un paquete de golosinas de una tienda de mi pueblo cuando tenía nueve años, cuando me descubrieron intenté salir corriendo y en el proceso tiré dos estanterías repletas de cosas al suelo. Me castigaron durante un mes y

desde entonces no he vuelto a robar nada.—dije recordando aquel día con cariño... la persecución había sido de lo más divertida.

Todos rieron y di por sentado que creían que era una buena chica, la niña buena nacida en un pequeño pueblo con una vida aburrida y sin problemas.

Que equivocados estaban.

Ahora le tocaba hacer girar la botella al otro amigo de Nick cuyo nombre no tenía ni idea pero que había estado mirándome durante casi toda la noche.

La botella giró y giró hasta que poco a poco y para mi disgusto se detuvo otra vez en mí.

—¿Verdad o reto?—me preguntó con una sonrisa extraña.

Puestos que verdad ya la había escogido solo podía elegir la otra.

—Reto—dije sintiendo como se me formaba un nudo en el estómago.

—Quítate el vestido—dijo y sentí como toda la sangre se me iba del rostro.

No... No podía hacer eso, no con toda aquella luz rodeándome y donde todos podrían ver mi piel sin ningún tipo de impedimento.

Note como Nicholas se tensaba en su sitio y me habría encantado que dijese algo que me librara de aquello.

—¿Puedo cambiar?—pregunté con la voz entrecortada.

Anna pareció divertida por la situación.

—¿Tanto complejo tienes con tu cuerpo? Solo es un juego —dijo mirando a todos y riéndose de mí.

—Puedes cambiar—gruñó Nick a su lado y nuestros ojos se encontraron. Estaba enfadado por algo, pero no me importó si con eso me libraba de desnudarme.

Los demás protestaron pero al final el semblante de Nick era tan férreo que tuvieron que hacerle caso.

—En ese caso y como no has cumplido se te dirá que hagas algo un poco más subidito de tono—dijo Anna y juro por Dios que vi como estaba disfrutando haciéndome sufrir. Quise levantarme y darle con la botella en la cabeza.

—Tienes que meterte en ese armario y enrollarte con Sam.—dijo sonriendo triunfal.

¿Pero qué demonios? No pensaba meterme en ningún armario a oscuras...mierda, aquel día parecía ir de mal en peor.

—¡Estoy de acuerdo!—grito el tal Sam

Me gustó ver como Nick le fulminaba con la mirada y como su semblante se volvía peligroso. Aquello podía ser interesante.

—Lo haré, pero aquí mismo, no me pienso meter en un armario—dije desafiando a todos los allí presentes.

—¿Por qué?—dijo de mala gana Anna.

—Tiene miedo a la oscuridad—soltó entonces Nicholas. Levanté los ojos hacia a él sin poderme creer que lo hubiese soltado así, sin ningún reparo.

Todos se rieron de mí.

—Por Dios, ¿tienes cuatro años?—dijo Sophie a mi lado.

Sabía que me estaba poniendo roja, ese tema era sagrado para mí, solo las pocas personas que me conocían de verdad estaban al tanto de aquel miedo, y ni siquiera recordaba habérselo contado a Nicholas.

—A mi me da igual donde, pero quiero besarte ya—dijo Sam acercándose a mí y riéndose abiertamente. Aquel chico no se cortaba un pelo.

Tampoco es que me importase demasiado darle un beso, solo era eso: un beso.

Me puse de pie sin mirar a los que estaban a mi alrededor.

Sam era rubio, de ojos marrones y bastante mono. Iba a nuestro colegio.

Se me acercó y me colocó una mano en la cintura. Los demás nos abuchearon desde sus lugares. Me puse colorada, eso seguro, pero mejor acabar ya con aquella tontería.

Acerqué mi boca a la suya con la intención de darle un casto beso en los labios pero el muy listillo empujó con fuerza hasta que mis labios se entreabrieron y su lengua invadió mi boca. No consiguió ningún tipo de respuesta por mi parte y un segundo después le aparté de un empujón.

—Con eso es suficiente—le dije girándome y volviéndome a sentar.

Estaba cabreada y no sabía exactamente por qué.

—Besas como los ángeles, Noah—dijo Sam riéndose y volviendo a su lugar.

A su lado Nick se puso de pié. Parecía estar debatiendo sobre algo, con el ceño fruncido y ambos puños apretados a ambos costados.

—Ya es tarde, deberíamos irnos—dijo mirándome solo a mí—Este juego es una estupidez.

Y tanto, pensé en mi fuero interno sin poder evitar deslizar mis ojos por su torso desnudo. Me entraron ganas de pasar mis dedos por aquella piel tersa y morena...

Me puse de pié seguida por los demás que asintieron ya cansados de una fiesta tan larga. Vi como Nick se volvía a colocar la camiseta y escuche como Sophie suspiraba a mi lado con pesar.

Nos despedimos de Luke y Sophie y nos encaminamos hacia los coches.

Gracias a Dios, Anna había venido con su descapotable y no tuvimos que alcanzarla hasta su casa. Me metí en el coche de Nick después de despedirme de Lion y Jenna, que me prometió llamarme mañana temprano para hacer las maletas para el viaje por teléfono. Le sonreí poniendo los

ojos en blanco y pensando que aquel viaje me parecía cada vez más inapropiado.

Después de que Nick se despidiera de Anna, se acercó hacia el coche y lo puso en marcha en menos de un segundo. No quería hablar con él de lo que había ocurrido por lo que estiré la mano y puse la radio. Nada más enderezar el coche y salir a la carretera él estiró la suya y la apagó.

—¿Has disfrutado poniéndome celoso con Sam?—me preguntó inquietamente tranquilo.

¿Qué? ¿Se había puesto celoso?

—Yo no he hecho nada para ponerte celoso, era un juego estúpido, ¿qué querías que hiciera?—le contesté repentinamente enfadada.

—Decir que no—me contestó cortante.

—Ya había dicho que no a lo otro, y además ¿a ti que te importa? Yo no voy por ahí pidiéndote explicaciones sobre qué haces o dejas de hacer con tu novia o con las otras miles de chicas que manoseas delante de mis narices—le solté elevando el tono de voz.

—Yo no he hecho nada de eso—dijo provocando que yo elevara las cejas con incredulidad.

—¡Claro que sí!—le contesté frustrada— *Hacerlo en la parte trasera del coche*, que romántico—le dije con sarcasmo.

—Eso fue hace tiempo—me contestó entonces y supe que estaba intentando contener la calma, aunque sus manos aferraban el volante con fuerza.

—Me da igual cuando haya sido, tú y yo no somos nada así que no debería de importarte—le dije cruzándome de brazos y mirando hacia la oscuridad de la noche, que se aclaraba por momentos.

—Estoy harto de escucharte decir eso—exclamó golpeando el volante con fuerza. Me giré hacia él

sorprendida—Somos *algo* maldita sea, y ya va siendo hora de que lo aceptes—me dijo girándose hacia a mí.

Estaba glorioso cuando se enfadaba pero me intimidaba. Él me quería para lo que me quería, y yo a él para lo mismo, simplemente me ayudaba a olvidarme de Dan. Aunque lo que había pasado aquella noche había ido más allá de lo que yo había estado planeando.

—No quiero tener que deberte ninguna explicación, Nicholas—le dije intentando contener mi mal humor—Tú has lo que quieras y yo haré lo mismo.

Vi como negaba con la cabeza mirando hacia la carretera pero no dijo nada más. Simplemente siguió conduciendo y cuando llegamos a casa, ni siquiera esperó a que bajara del coche. Se metió en casa sin mirar atrás y yo tuve que tragarme las inmensas ganas que tenía de llorar.

Aquella noche habían ocurrido demasiadas cosas... y no sabía cómo hacer para que aquella opresión en el pecho que últimamente me perseguía fuera donde fuera desapareciese por fin. Cogí mi bolso y me encaminé hacia la casa, sabiendo que las peleas entre nosotros eran peores que incluso las de una pareja de verdad...

A la mañana siguiente Jenna me recogió a eso de las tres de la tarde para irnos de compras. Según ella ir a Bahamas ofrecía la excusa perfecta para renovar por completo nuestro armario. Mi madre que no podía estar más contenta con que Nicholas me hubiese invitado; me ofreció su tarjeta de crédito y casi me rogó que me comprara alguna cosa. Era extraño ver a mi madre tan feliz por el simple hecho de que su hijastro y yo nos llevásemos "bien", sobre todo porque desde su punto de vista toda aquella pantomima de llevarme con él era ante todo un acto fraternal. Ni siquiera podía imaginarme la cara que se le pondría a ella y a Will si se llegaban a enterar de lo que habíamos estado haciendo las últimas semanas.

Con aquellos pensamientos en mente y aún dudando si debía o no irme con él a Bahamas, estuve esperando a que Jenna desfilara por toda la sección de probadores con mil y un modelitos nuevos y exclusivos. Era tan esbelta y delgada. Me daba envidia y su piel aceitunada quedaba genial con las prendas que se estaba probando. Yo aún no me había decantado por ninguna cosa y tampoco es que estuviera muy entusiasmada con comprarme algo, ya tenía demasiadas prendas en casa sin estrenar.

Entonces y mientras Jenna regresaba a su probador sonó mi teléfono móvil. Lo cogí de mi bolsillo trasero.

—Diga—dije sin recibir respuesta. Miré la pantalla un momento: número oculto—¿Diga?—repetí más alto. Podía escuchar la respiración de quien fuese que me estaba llamando y sin saber porqué un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

Colgué justo cuando Jenna salía del probador.

—¿Quién era?—me preguntó al ver que colgaba y me metía el móvil en el bolsillo trasero de mis pantalones.

—No lo sé, era un número oculto—le dije recogiendo mi bolso y dirigiéndome a la salida.

—Que mal rollo, un día me llamaron con un número oculto y resultó ser un gilipollas que estaba obsesionado conmigo—me contó haciendo que le prestara atención—Me llamaba una y otra vez, tuve que cambiarme de línea y todo... Lion estaba histérico—agregó soltando una risita.

Que estupidez... ¿Quién iba a querer acosarme a mí? Entonces recordé la amenaza de Ronnie de boca de Nick, y de cómo no le había dado la importancia que se merecía. Aunque tampoco iba a volverme loca por una simple llamada. Deseché aquellos pensamientos al fondo de mi mente y acompañe a Jenna a la puerta de la tienda.

Diez minutos después estábamos ambas sentadas en una de las mesas de fuera de un Starbucks. Yo

desmenuzaba una magdalena de arándanos mientras que ella sorbía de su frapuchino de fresa.

—¿Puedo preguntarte una cosa?—me dijo entonces, después de haber estado repentinamente callada.

Levanté la vista de mi magdalena y asentí mientras me metía un trozo en la boca.

—Claro—dije masticando aquella delicia.

—¿Sientes algo por Nick?—me preguntó haciéndome atragantar.

Joder... Eso no me lo esperaba y... ¿tan obvio era? Intenté tragar y dejar de toser ayudándome con mi zumo de naranja mientras pensaba que demonios responder a esa pregunta.

—¿Por qué lo preguntas?—le dije evitando la respuesta.

Ella me observó atentamente.

—Ayer en su cumpleaños... no sé... creí ver *algo*—dijo moviéndose el pelo nerviosamente—Nunca había visto a Nick tan contento por ver aparecer a alguien, y en cuanto te vio, ¡plaf! Parecía otro tío completamente diferente... No sé si son imaginaciones mías pero observándoos luego en lo del juego de la botella vi como ambos reaccionabais ante lo que dijo Anna y a tú beso con Sam.

Puff... Si que era observadora... De cierta forma nos habíamos dejado llevar la noche anterior sin siquiera detenernos en pensar que había gente a nuestro alrededor que podía darse cuenta al instante de lo que estaba ocurriendo entre nosotros. Aunque ciertamente... ¿Qué estaba pasando entre los dos?

—Jenna, es mi hermanastro—le contesté intentando salirme por la tangente.

Ella puso los ojos en blanco de inmediato.

—No es tú hermano ni nada parecido así que no me vengas con chorradas—dijo repentinamente seria—Conozco a Nick y está cambiando... no sé... es *algo*; a lo mejor es que

es cierto que ahora intentáis ser amigos... ¿O es que de verdad sientes algo por él?—insistió mirándome fijamente, como si estuviese intentando verme con rayos X.

¿Sentía algo por Nick? Algo si sentía, tenía que admitírmelo por lo menos a mí misma, pero ¿qué era exactamente...? No tenía ni idea, solo sabía que estaba consiguiendo volverme completamente loca.

—Intentamos ser amigos por nuestros padres—le contesté sabiendo que era una mentira de aquí a la china—Y él no me desagrada, por lo menos no ahora que lo estoy conociendo cada vez más...

Jenna pareció sopesar mi respuesta y luego asintió, llevándose la pajita a la boca otra vez.

—Está bien, pero ¿no me digas que no sería alucinante que os liarais?—me dijo con una sonrisa traviesa—Aunque ¿a eso no se le considera incesto verdad?

Tuve que volver a toser para no atragantarme con lo que me quedaba de magdalena...

NICK

Hoy nos íbamos a Bahamas. Las maletas ya estaban en la entrada y la madre de Noah nos llevaría al aeropuerto. Me encontraba extrañamente ansioso por aquel viaje, como si de alguna manera fuera a poder terminar de solucionar lo que ocurría entre Noah y yo. Ella apenas me dirigía la palabra, era como si desde lo que había ocurrido entre los árboles en casa de Luke se avergonzara de mirarme a la cara... Aquello me llevaba a pensar que para ella había sido la primera vez en intimar de aquella forma con alguien lo que me daba ganas de darme de bruces contra la pared por haber sido tan descuidado. Pero tampoco estaba del todo seguro si es que ese era el problema... Noah parecía inocente...cuando quería; Había tenido novio y cuando nos besábamos o cuando me acariciaba con sus suaves manos parecía como si tuviese experiencia de sobra... Pensar sobre ello me ponía de muy mal humor por lo que descartaba aquellas imágenes de mi cabeza en cuanto comenzaban a formarse en mi cerebro.

Lion y yo estábamos cargando las maletas en la entrada mientras Jenna iba a buscar a Noah que aun no había bajado de su habitación. En cuanto aparecieron me fije en su aspecto. Iba con vaqueros y una camiseta de color blanco ajustada, y converse. No pude evitar sonreír ante su aspecto juvenil, pero mi sonrisa se congeló al ver su rostro. Estaba preocupada por algo, es más yo diría que asustada.

Me acerqué hacia ella sin perder un segundo.

—¿Qué te ocurre?—le pregunté, examinando su rostro. Las pecas resaltaban más bajo la luminosidad de aquel día soleado. Ella levantó la vista al mismo tiempo que se

guardaba el teléfono en el bolso y me sonrió de manera forzada.

—Nada, estoy bien—dijo rodeándome y encaminándose hacia el maletero.

Reprimí mis ganas de zarandearla para que dejase de comportarse de aquella manera tan distante y terminé de guardar las dos inmensas maletas en el maletero. No tenía ni idea de lo que llevaban ahí dentro pero seguro que no era lo indispensable para pasar un fin de semana.

No me gustaba la idea de que Rafaela condujera mi coche de vuelta a casa pero si no quería dejarlo en el aparcamiento del aeropuerto no tenía más remedio. Ella se sentó en el asiento del copiloto y como siempre que la tenía cerca comenzó a hablar con todos y de cualquier tontería. Esa mujer podía parecerse a Noah físicamente pero en cuanto al cerebro... no tenían nada que ver.

Una hora más tarde llegamos al aeropuerto. No tardamos en despedirnos de Rafaela y pronto estuvimos sentados frente a la puerta de embarque esperando a que nos llamaran. Mi padre nos había comprado billetes de primera clase por lo que no tardaríamos en entrar.

Jenna y Lion estaban enfrascados en algún tipo de discusión lo que me llevó a pensar que a lo mejor aquel viaje no salía como estaba planeando. Si Noah apenas me hablaba y estos dos discutían como si fuesen un matrimonio...

Me fijé en ella... estaba leyendo un libro, la verdad es que casi siempre que estábamos en casa y sin hacer nada ella estaba leyendo; me pregunté qué es lo que podía gustarle de Thomas Hardy, pero lo dejé correr, mis gustos literarios no tenían anda que ver con los de ella, estaba claro; entonces me fijé en su rostro preguntándome que era lo que tenía aquella chica que hacía que quisiese comportarme de una manera totalmente diferente... ¿Eran sus ojos color

miel, cargados de inocencia y a la vez de un carácter indomable que sacaba de quicio a cualquiera?

¿Eran aquellas pecas que le daban un aire aniñado y sexy a la vez? ¿O era su pelo ondulado y de diferentes tonalidades? No tenía ni idea, pero en cuanto levantó los ojos de su libro y los clavó en los míos, el escalofrió que sentí por todo el cuerpo me hizo darme cuenta de que si no tenía cuidado iba a terminar tan increíblemente idiotizado como Lion con Jenna.

Entonces nos llamaron para entrar. Jenna y Noah se sentaron juntas y a mí me tocó compartir asientos con Lion, lo que agradecí. Estar junto a Noah durante un tiempo tan largo y sin poder tocarla haría de lo más incomodo el trayecto desde California a las islas del Caribe. Me puse los cascos de mi ipod y procuré descansar durante todo el trayecto.

El hotel Atlantis de Bahamas era uno de los mejores hoteles, yo ya había estado en dos ocasiones y era magnífico. Gran parte del hotel estaba hecho como si fuese un acuario por lo que podías ver tiburones, peces extrañísimos y animales de todo tipo mientras recorrías los pasillos en dirección del comedor, o al casino. Noah estaba alucinada, y me encanto saber que yo había tenido algo que ver. Habíamos reservado tres habitaciones. Las chicas dormirían juntas y Lion y yo en una habitación cada uno. Lo habíamos hecho así porque Jenna y Lion no se separarían ni medio metro en cuanto el sol desapareciese por el horizonte...lo que me dejaba tiempo a solas para poder estar con Noah.

Habíamos llegado al hotel a eso de las cinco de la tarde pasadas y las chicas insistieron en ir a la playa directamente. Me moría de ganas de ver a Noah en bikini por lo que media hora después estábamos saliendo al cálido sol de media tarde. Para mí ir a la playa suponía tirarme

horas haciendo surf; no me gustaba tirarme en una toalla y tostarme al sol pero aquel día no me importó, no si iba a poder disfrutar de unas vistas excelentes.

Por eso me llevé un chasco en cuanto llegamos a las tumbonas de la playa y Noah se sacó el vestido que llevaba. Al contrario que Jenna que llevaba un bikini blanco muy provocativo ella iba con un bañador de color negro. Le quedaba de miedo, pero me apetecía ver un poco mas de piel, su barriga suave y delgada, la curva de su cintura...

Jenna y Lion se fueron directamente al agua; ella subida a caballito y el amenazándola con tirarla de cabeza al agua. Me giré hacia Noah que estaba entretenida poniéndose crema solar.

—¿Hemos vuelto al siglo pasado o es que te has dejado los bikinis en casa?—le pregunté riéndome de ella.

Se puso tensa de inmediato pero un segundo después me fulmino con sus preciosos ojos.

—Si no te gusta no me mires—me contestó dándome la espalda y continuando con su tarea.

Fruncí el ceño ante su contestación. Al parecer no hacía más que meter la pata con ella.

—No te enfades, vamos juntos al agua—le pedí estirando el brazo y acariciando la parte baja de su espalda—se puso rígida y se giró para mirarme.

—Te lo he dicho Nick, solo amigos—me aclaró con el rostro tajante.

Joder... que frustrante era no poder hacer lo que me diera la gana con ella. Iba a conseguir que cambiase de opinión como que me llamaba Nicholas Leister.

—Solo amigos—repetí intentando sonar natural. Aquellas palabras me quemaban en la boca.— ¿Vienes?—dije tendiéndole mi mano y poniéndome de pié. Vi como sus ojos se desviaban por mi torso desnudo y tuve que reprimir una sonrisa.

—Está bien—me contestó y juntos fuimos a reunirnos con nuestros amigos.

La tarde pasó sin incidentes. Comprobé que si mantenía las manos apartadas de Noah ella se relajaba y era capaz de divertirse conmigo y con los demás. Habíamos pasado la tarde en la playa, bebiendo margaritas y disfrutando de las aguas cristalinas. Me había quedado dormido en la tumbona, en uno de los intervalos en los que Jenna y Lion desaparecían para hacer Dios sabe qué y cuando abrí los ojos una hora después y me giré hacia Noah vi que no estaba. El pánico me inundó todo el cuerpo hasta que empecé a buscarla por la orilla o en el mar. No estaba en ninguna parte. Entonces la escuché reírse. Me giré hacia a mi izquierda en donde un grupo de chicos universitarios jugaban al vóley playa. Allí estaba Noah, con su bañador negro y sus pantalones diminutos. Estaba jugando con ellos y la mayoría se la comía con los ojos cuando saltaba y golpeaba el balón con maestría. La mayoría eran mucho más altos que ella, por lo menos una cabeza más y estaban en muy buena forma. Sentí como la rabia me invadía cuando uno de ellos la abrazó y la hizo girar por los aires después de que ella marcara un punto.

¿Qué demonios?

Me fui hacia ellos pisando fuerte. No sabía que pretendía pero estaba cegado por la rabia. Entonces ella me vio y me dedicó una sonrisa que hizo detener mis pensamientos y mi cuerpo. Estaba contenta... muy contenta.

—¡Nick, ven a jugar!—me gritó al mismo tiempo que le tendía el balón a uno de sus nuevos amigos y corría a reunirse conmigo. Tenía las mejillas coloradas y sus ojos brillaban con emoción.— ¿Has visto el remate que he hecho?— me preguntó con orgullo.

Asentí sin saber muy bien qué hacer con la rabia que aún me reconcomía por dentro.

—No sabía que jugases al vóley—le contesté y hasta yo me di cuenta de lo cortante que había sonado mi voz.

Ella pareció ignorar aquel detalle.

—Juego desde los diez años, te lo dije, era la capitana de mi equipo en Toronto—me explicó.

Poco a poco fui siendo capaz de controlarme y le devolví la sonrisa.

—Eso es genial y no sabía que fueses tan buena, pero deberíamos irnos ya—le dije más que nada porque no me gustaba como todos esos tíos miraban en nuestra dirección, como si estuviesen embobados con ella.

—¡Venga Noah!—la llamó uno, él que la había abrazado hacia menos de un minuto. Mi mirada fue tan glacial que vi como se quedaba callado en su lugar.

—Lo siento, se me ha ido la hora, voy a despedirme de ellos—dijo girando y dejándome allí plantado, observándola. Me puse nervioso cuando todos comenzaron a hablar con ella y uno incluso a abuchearla por tener que irse. Le habría estampado la cara en la arena si no supiera que me traería problemas con Noah.

Unos minutos después regresó a mi lado.

—Ha sido genial, hacia por lo menos tres meses que no jugaba...ha sido como volver a casa, en serio—comenzó a contarme emocionada. Fue entonces cuando comprendí que ella había dejado absolutamente todo para mudarse con su madre, sus amigos, su instituto, su novio...—Los chicos nos han invitado hoy a una discoteca del hotel, me han dicho que se pone muy bien, deberíamos ir—me dijo girándose y mirándome contenta.

Me hubiese gustado decirle rotundamente que no, que esos tíos solo querían una cosa en concreto de ella y que no estaba dispuesto a pasarme toda la noche observando cómo se la comían con los ojos, pero al ver la felicidad en su

mirada, una felicidad que no había visto nunca desde que la había conocido... No pude decirle que no.

—Muy bien, pero antes tenemos que cenar y darnos una ducha—le dije— Jenna y Lion ya están allí, he hablado con ellos.

—Muy bien—me contestó con una sonrisa.

Aquello estaba de todos menos bien.

Cuando nos encontramos con ellas frente a los ascensores, tuve que reprimir las ganas de volver a meter a Noah en la habitación y obligarla a que se cambiara. ¿Quién le había sugerido que se pusiese aquella ropa?

La causante estaba justo a su lado. Noah estaba embutida en un vestido blanco, atado al cuello y cuya espalda quedaba totalmente al descubierto.

Toda aquella piel expuesta no podía ser buena para mi salud... tuve que tragar saliva para contener las ganas de acariciarla y meterla en la habitación conmigo. Además sus piernas ya de por sí largas y esbeltas lo parecían aun más con aquellos zapatos de tacón alto de color agua marina.

Mierda, esto no iba a acabar bien.

NOAH

Ni siquiera sabía porque me había dejado convencer para ponerme aquel vestido. Era de lo más inapropiado, y más si teníamos en cuenta que se me veía absolutamente toda la espalda. Me había tenido que poner un sujetador especial y todo, y aún así me sentía completamente desnuda.

Pero Jenna era insoportable cuando se le metía algo entre ceja y ceja y una parte pequeñita de mí, una muy escondida quería ver la reacción de Nick a este vestido. Durante todo el día se había comportado como si de verdad fuese mi amigo, había mantenido las manos alejadas de mí y por extraño y contradictorio que pareciera... no me gustaba.

Por eso no entendí muy bien su mirada de disgusto en cuanto nos reunimos delante de los ascensores. Me había recorrido todo el cuerpo mirándome con el ceño fruncido y por un momento pensé que le disgustaba mi aspecto.

—No crees que vas...mmmm—dijo dudando de seguir hablando o no—¿No tendrás frío?—me preguntó un momento después.

Su actitud me molestaba; su novia había llevado atuendos mucho más escandalosos que este y nunca le había oído quejarse.

—Estoy bien—le contesté cortante y me metí en el ascensor en cuanto las puertas se abrieron. A mi lado Jenna iba ataviada con unos mini shorts de color negro y top rosa muy provocativa. Iba muchísimo más expuesta que yo y no veía a Lion mirarla con el ceño fruncido.

Los chicos nos siguieron y nos metimos todos en el ascensor. En cuanto llegamos a la planta en donde estaba el

restaurante, me volví a quedar alucinada con la decoración y la envergadura de aquel sitio.

Nick nos guió hacia el restaurante que estaba junto a la piscina.

Era muy elegante, de ahí nuestras vestimentas y me encantó poder estar disfrutando de todo aquello con amigos y con Nicholas. Esa era una de las virtudes de que tu madre se casase con un millonario, el lujo venía de la mano.

Nos sentaron en una mesa muy acogedora junto al caminito que daba a los jardines y a la piscina. Las vistas desde allí eran espectaculares y pronto estuvimos cenando y disfrutando de una agradable conversación y de una comida exquisita.

Mi móvil sonó con la canción nueva de Lady Gaga y no pude evitar fruncir el ceño ya que era la tercera vez que me llamaban desde un número oculto y se me quedaban escuchando desde el otro lado de la línea.

—Diga—respondí y automáticamente una voz conocida me contestó al otro lado del teléfono. Era uno de los chicos con los que había estado jugando al vóley en la playa, si no me equivocaba su nombre era Jess. Me explicó cómo se llamaba la discoteca y me pidió que fuésemos allí en cuanto terminásemos de cenar.

En cuanto les comuniqué aquello a los chicos Jenna saltó emocionada y Nick volvió a mirarme con mala cara. ¿Qué demonios le ocurría?

Cogí mi móvil y le mande un mensaje. Sabía que aquello era ridículo pero si no paraba terminaría por amargarme la noche.

¿Qué demonios te ocurre? No has dejado de mirarme con mala cara desde que he salido de la habitación.

Me hizo gracia como se le abrieron los ojos con sorpresa en cuanto su móvil sonó y leyó el mensaje. Sus ojos buscaron los míos justo cuando mi móvil volvía a sonar.

Vas demasiado sexy y todo el mundo te mira, creo que terminaré dando más de un puñetazo esta noche.

Los ojos se me abrieron por la sorpresa. ¿Estaba celoso? ¿En serio?

No sabía que pensar sobre aquella actitud... no me gustaban los chicos controladores y abusones, sobre todo esto último.

Fruncí el ceño y le contesté.

Pues acostúmbrate, porque yo me visto como quiero. Tú no puedes decirme que debo o no ponerme.

Su mandíbula se tensó inmediatamente antes de contestar.

Si tan poco te importa lo que pueda pensar, entonces espero que esta noche no te pongas celosa cuando tontee con todas las tías que me dé la gana.

¡Será engreído!

Notaba como mis mejillas se coloreaban con el aumento de mi enfado.

—¡Eh tíos!—nos dijo Lion desde su lugar. Ambos nos giramos hacia él a la vez con el enfado reflejado en los ojos —¿Qué ocurre?

—Nada—dijo Nicholas bebiendo de su copa de cristal y sin siquiera dirigirme la mirada.

—Deberíamos ir yendo, he quedado con Jess en quince minutos y no me gustaría dejarle plantado—le contesté sabiendo que a Nick eso le haría hervir la sangre. Una parte de mí estaba agradecida que demostrase que de cierta forma seguía afectándole, aunque esta vez no del todo como a mí me hubiese gustado.

Intenté evitar su mirada cuando salimos del restaurante y nos dirigimos a la zona de las discotecas y los bares. Un chico rubio y de ojos azules se nos acercó en cuanto nos vio: Jess —Wau...Noah, estás... increíble—me dijo haciéndome sonreír.

¿Veis? Esa era la actitud que buscaba.

Les presenté a los demás y tuve que contener el aliento al ver que Nick tardaba unos segundos de más en tenderle la mano y estrechársela con fuerza.

—La discoteca está justo ahí y hay un ambiente estupendo—nos contó mientras nos dirigía hacia un local impresionante, con dos guardaespaldas en la puerta y mucha gente esperando para entrar.—Están conmigo—le dijo Jess al portero y éste después de lanzarnos una mirada de arriba abajo, asintió y nos dejó entrar. Dentro el ambiente era cargante. La pista estaba a rebosar de gente bailando y moviéndose al ritmo de la música.

Las luces eran bastante agobiantes pero en general era el sitio perfecto para pasar una buena noche.

—Tenemos un reservado justo allí—nos indicó señalando una zona apartada de la pista de baile pero colocada en el mejor sitio de la discoteca.—Seguidme—dijo intentando pasar entre la gente. Intenté tener cuidado de no caerme. Aquellos zapatos que mi madre me había comprado eran una trampa mortal y los pies ya me habían empezado a doler. En cuanto llegamos al reservado los cuatro chicos que había allí y que ya conocía de mi tarde en la playa vitorearon mi nombre y nos saludaron con furor. Me reí divertida con la situación. La mayoría de los allí presentes iban acompañados por sus novias pero nos dieron la bienvenida a su grupo con entusiasmo y eso hizo que me cayesen aún mejor que antes. No se me escapó el detalle de que Jess se sentase justo a mi lado y tampoco se me escapó que Nick estaba justo en el otro. Aquello era de lo más incómodo.

—Dime Noah, ¿hace cuanto que juegas al voleibol?, nunca he visto una chica que jugase también como tú; ¡pero si has podido derrotar a casi todo mi equipo!—me dijo Jess emocionado y tendiéndome una copa con algún líquido

dentro. Fruncí un momento el ceño antes de llevármela a la boca.

Desde lo que había ocurrido con Nick la primera noche que le conocí no me fiaba de lo que me dieran para beber.

—No tienen nada, le he estado mirando cuando te lo servía—me dijo una voz al oído. Sentí un escalofrío pero en cuanto me giré para darle las gracias una chica alta y tremendamente guapa se acercó hacía él y se sentó a su lado.

Nicholas me dio la espalda y se puso a hablar con ella. Sentí que la rabia me consumía.

—¿Quieres bailar, Jess?—le pregunté justo cuando Jenna se llevaba a rastras a su novio a la pista.

—Claro—me contestó este emocionado. Ni siquiera me fijé en Nicholas cuando me aferré a su mano y dejé que me llevara hacia donde todos bailaban con frenesí al ritmo de la música.

Siempre me había encantado bailar, y no se me daba nada mal. Cuando salíamos de discoteca en Toronto los chicos hacían fila detrás de mí para poder bailar conmigo y eso tenía que agradecérselo a mi madre y a su espíritu juvenil a la hora de hacer las tareas de la casa con la música puesta a todo volumen. No me daba vergüenza contonear la caderas ni pegarme a los tíos y moverme junto a ellos... pero en aquel momento no era con Jess con quien me apetecía bailar si no con alguien completamente diferente; y cuando le vi aparecer con la otra chica colgada del brazo sentí que se me caía el alma a los pies.

Estaba tremenda mente sexy cuando bailaba. Nunca le había visto hacerlo pero su manera de sujetar a aquella rubia de boté me daba una envidia y unos celos que nunca antes había experimentado. Cuando sus manos se fueron directamente a su trasero tuve que darme la vuelta y respirar profundamente para no salir de allí y largarme a mi

habitación. Sabía que éramos amigos, por así decirlo, pero no podía manejar lo que odiaba verle tocar a otra chica y mucho menos delante de mí. Jess me cogió por la cintura y me pegó la espalda a su pecho, esto me dejaba justo con la mirada de Nick clavada en nosotros.

Quise apartar a Jess, porque no me sentía muy cómoda en ese instante pero Nicholas me desafiaba con cada gesto de su cara. Observé conteniendo la respiración como la mejilla de Nick se apoyaba sobre la mejilla de la rubia, como giraba levemente la cabeza y le decía algo al oído...

De cierta forma, a pesar de morirme por dentro, eso avivó mis ganas de devolverle el gesto y dejé que Jess moviera su mano hasta rodearme fuertemente con su brazo apretujándome contra su duro pecho. Moví las caderas al ritmo de la música y supe que estaba jugando con fuego.

Nick me abrasó con sus ojos azules y sus labios se giraron hasta morder con ligereza la oreja de la chica. Vi sus labios en su piel y supe perfectamente lo que ella estaba sintiendo.

Para mí fue suficiente.

Me separé de Jess y le dije que me esperara en el reservado que yo iría en un momento. Asintió después de preguntarme si estaba bien y yo asentí dirigiéndome hacia las barandillas que rodeaban la pista. Había menos gente junto a ellas aunque seguía siendo donde se bailaba, por lo que apenas tenía espacio para poder apoyarme e intentar tranquilizarme.

Entonces Nick apareció delante de mí. Sus ojos buscaron los míos y tiró de mis manos para acercarme a él. Sentí como mi corazón palpitaba enloquecido cuando una de sus manos se posó en mi espalda desnuda.

—¿Por qué me obligas a hacer algo que no quiero?—me preguntó al oído y al mismo tiempo haciéndome mover ligeramente junto a su cuerpo.

No le contesté. No tenía nada que decir. Él se había mostrado celoso por mi vestido y había estado antipático casi todo el día. No era mi culpa.

—Me vuelves loco, Noah—dijo rozando sus labios contra mi oreja.

Sentí un escalofrío.

Levanté la mirada hacia él. Sus ojos brillaban con algún tipo de martirio pero también pude ver el deseo escondido en ellos. Me deseaba...

y le volvía loco... Una sonrisa apareció en mi rostro.

—Bailas muy bien—le contesté estirando los brazos y rodeándole el cuello con ellos. Sentí su pelo entre mis dedos y le acaricié la nuca con un movimiento lento y provocador.

Su semblante se puso serio.

—No hagas eso—me ordenó. Yo volví a repetir el gesto.—Vas a obligarme a hacer algo que no puedo hacer aquí—me dijo mirando hacia mi derecha. Me giré y vi a Jenna y Lion observándonos mientras bailaban. Una parte de mí quería confesarle a Jenna lo que estaba ocurriendo pero la otra me gritaba a voz en grito que estaba completamente loca. Nadie vería bien aquella relación.

—Debería regresar con Jess—le dije desilusionada.

—Ni de coña—me contestó apretándome más contra él. Volví a sonreír ante aquella actitud posesiva que estaba adquiriendo conmigo. No sabía si me gustaba o no pero en aquel instante no parecía importarme. Sus labios regresaron a mi oreja y me la mordisquearon suavemente. Sus manos me acariciaron la espalda y no pude evitar cerrar los ojos y contener un suspiro de placer.

—Deberías parar—le dije en un susurro y entonces lo escuché maldecir por lo bajo y luego, de pronto, sentí sus labios sobre los míos.

Fue un beso del todo inesperado más que nada porque nos estaban viendo y nos estábamos delatando, pero sobre

todo porque fue un beso apasionado, brusco, y tremendamente excitante.

Me sujeté con fuerza a sus hombros cuando profundizó el beso y sus manos me apretaron contra su cuerpo excitado.

—Nick...—dije entrecortadamente—Nick, para—le dije cuando sus manos comenzaron a tocarme por todas partes. Si seguía así me desnudaría en medio de toda aquella gente.

Entonces colocó ambas manos en mis hombros y me apartó bruscamente dejando una distancia entre los dos. Sus ojos se encontraron con los míos.

—Vamos a mi habitación—me pidió dejándome de piedra—No soporto verte aquí rodeada de tanta gente que quiere hacer exactamente lo mismo que yo... por favor, Noah, ven conmigo, quiero que estemos a solas.

Parecía realmente preocupado... eso o se estaba volviendo completamente loco. Me daba pena ver su semblante martirizado y después de aquel beso la verdad es que no me apetecía mucho estar rodeada de tanta gente... y además los zapatos me estaban matando.

—Está bien, vamos—le dije dejándole que me cogiera la mano. Me sonrió aliviado y tiró de mí hasta donde Jenna y Lion nos miraban con la boca abierta.

En cuanto nos acercamos Jenna tiró de mí y me fulminó con sus ojos oscuros.

—¡Mentirosa!—me gritó aunque soltó una risotada—¿Os habéis vuelto completamente locos?—nos preguntó a ambos. Lion parecía haberse quedado sin palabras, es más miraba a Nick con el ceño fruncido.

—Nosotros nos vamos ya—dijo Nick ignorando a Jenna y la mirada de Lion.

—¿Tan pronto?—pregunto Jenna mirándome suplicante. Estaba segura de que me interrogaría hasta quedarse sin voz, pero en aquel instante me daba igual.

—Me duelen mucho los pies, estos zapatos son un martirio—le dije y era cierto. A mi lado Nick me miró preocupado y luego tiró de mí hacia la salida.

—¡Despídete de los demás en mi lugar!—le grité a Jenna sobre el sonido de la música. Ella asintió, aún mirándome alucinada.

Cuando salimos fuera el ruido de la música quedo ahogado por las paredes insonorizadas. Ya era bastante tarde pero la gente seguía haciendo cola para entrar.

—¿Te duelen los pies?—me preguntó Nick a mi lado.

Asentí a la vez que me sentaba un momento sobre un banco que había allí.

Nicholas se arrodilló frente a mí y comenzó a desabrochármelos con aire resuelto.

—¿Qué haces?—dije riéndome.

—No sé ni cómo has aguantado con esto pero me duele de solo mirarte—me dijo quitándome un zapato y pasándose al otro pié.

—Gracias, es un alivio—le dije y no solo me refería a los tacones.

Diez minutos después estábamos entrando en su habitación. Aún con las luces apagadas pero con la luminosidad entrando por las ventanas abiertas, me empujó contra la pared, soltando mis zapatos en el suelo y me volvió a besar, solo que esta vez con más profundidad y un deseo aún mayor.

No sabía que me ocurría pero siempre que me tenía entres sus brazos era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera nuestros cuerpos uniéndose en uno solo y en mis manos acariciándolo por todas partes. Eso era exactamente lo que estaba haciendo él en aquel instante. Sus dedos me tenían bien sujeta contra la pared, inmovilizándome. Mis manos comenzaron a acariciarle el pelo, atrayéndolo hacia a mí y disfrutando al ver como se le ponía la piel de gallina

cuando mis dedos rozaban las partes sensibles de su oreja o de su nuca.

Soltó un gruñido profundo y sexy y se apartó para cogerme las manos y colocarlas encima de mi cabeza.

—Estate quieta —me rogó besándome el cuello, mordiéndome allí donde el pulso latía enloquecido y chupando las zonas sensibles de mi clavícula, mi oreja y la parte hueca de mi cuello.

Solté un suspiro de placer cuando con su otra mano, comenzó a acariciarme la pierna y el muslo, levantando el vestido corto a su paso.

Y entonces comprendí que allí había demasiada luz y que por lo tanto iba a poder verme desnuda si le dejaba.

Me revolví inquieta.

—Para por favor —dije pero no me hizo caso—Para— repetí con más firmeza y me soltó las manos. Mi mano derecha fue directa hacia la suya que se había quedado quieta justo a la altura de mis caderas.

—¿Por qué?—me preguntó mirándome fijamente, rogándome que no le hiciera detenerse.

Madre mía... aquellos ojos cargados de deseo... eran lo más atractivo que había visto en mi vida. Quería rodearle con mis brazos y rogarle que no se detuviera que me llevara a la cama y me hiciese suya pero no podía...

aún no.

—No estoy preparada—le dije sabiendo que en parte era verdad.

Él juntó su frente contra la mía hasta que nuestras respiraciones se sosegaron y volvieron a la normalidad.

—De acuerdo—me dijo un minuto después—Pero no te vayas.

Le miré fijamente intentando averiguar que se le pasaba por la cabeza.

—Antes me dijiste que no nos conocíamos lo suficiente y tenías razón; quiero conocerte Noah, de veras, nunca he querido tanto algo, y quiero que te quedes conmigo esta noche.

Ver como se sinceraba de aquella forma... Nicholas, el tipo duro y que se liaba con mil tías a la vez sin ningún tipo de remordimiento, me tocó hondo, la verdad.

—Está bien hablemos—le contesté.

Yo también quería conocerlo mejor.

Me encontraba en el cuarto de baño de la habitación de Nick. Me había quitado el vestido blanco y estaba en ropa interior mirándome al espejo. Nicholas me había dejado una de sus camisetas por lo que estaría cómoda para poder charlar con él, pero mis ojos se encontraban fijos en la cicatriz de mi estómago, mirándola preocupados y con el ceño fruncido.

Mi cicatriz siempre había supuesto un problema para mí. Por ese motivo no me ponía bikinis ni dejaba que nadie me viese la barriga. Solo imaginarme a alguien viendo aquello hacía que se me pusiesen los pelos de punta.

Intentado olvidarme de aquello me mojé la cara con agua fría y me pasé la camiseta por la cabeza. Me quedaba prácticamente como un vestido por lo que no debía preocuparme por estar demasiado expuesta. Me lavé los pies, también con agua fría y disfruté de ver como mis músculos se relajaban después de haber sufrido aquellos tacones del demonio.

En cuanto salí del cuarto de baño vi a Nicholas sentado en la terraza de la habitación. Se habían quitado los vaqueros y la camisa y se había puesto unos pantalones de pijama y una camiseta gris. Estaba de muerte pero me obligué a mantener la mirada apartada de su cuerpo de escándalo cuando salí a reunirme con él.

Se giró hacia a mí y me sonrió divertido.

—Te queda bien mi ropa

—Suerte que eres alto, si no ahora mismo esto sería muy embarazoso— le dije acercándome hacia él, pero su teléfono comenzó a sonar. Como estaba a su lado pude ver de quien se trataba antes de que contestara y se apartara de mi lado para poder hablar sin que le escuchara, se trataba de alguien llamada Madison.

Él me observó un momento antes de meterse dentro. Sentí como los celos volvían y no pude evitar intentar escuchar la conversación.

—¿Cómo estás, princesa?—le dijo con voz dulce. Me puse en tensión.

¿Desde cuándo Nicholas llamaba princesa a alguien? De repente sentí muchísimas ganas de salir corriendo de aquella habitación.—Me lo estoy pasando muy bien, sí, y me han dado muchos regalos de cumpleaños...aún espero el tuyo, ¿me darás un abrazo y un beso muy fuerte?

Aquello iba de mal en peor. Quería largarme. No tenía porque estar escuchando aquello, no quería ver como tonteaba con otra delante de mí.

Pero en el fondo no podía hacer nada... yo había sido la que había insistido en no tener que dar ningún tipo de explicación, yo era la que no quería estar con nadie de forma seria y exclusiva... ¿con que excusa iba a largarme?

—Sabes que sí, cielo, pero ahora tengo que irme, te llamaré mañana ¿vale?—le dijo con voz demasiado cariñosa. Era como estar escuchando a un Nicholas totalmente diferente.—Yo también te quiero, princesa, adiós—y entonces colgó.

Me crucé de brazos y me giré para mirar hacia el océano. No quería que pensase que aquello me había molestado, sería iniciar un mal precedente, no podía hacerlo.

Me tense cuando me rodeó por la espalda.

—Lo siento, pero tenía que contestar—me dijo besándome la parte del cuello en donde estaba mi tatuaje.

—Dijimos que íbamos a hablar—le dije revolviéndome. Me soltó y entonces vi como se sentaba en una de las cillas de la terraza.

—Muy bien, hablemos—dijo con el semblante tranquilo. No tenía ningún tipo de remordimiento por lo que acababa de pasar. Sentí como mi enfado iba en aumento.— ¿Qué tal si nos hacemos diez preguntas el uno al otro? Hay que responder con sinceridad y tenemos derecho a veto en una de ellas.

Asentí contemplando su semblante divertido.

—¿Empiezas tú?—me ofreció sonriendo.

Respiré hondo e hice la primera pregunta.

—¿Quién demonios es Madison?—le dije sin poder contenerme.

Él no pareció demasiado sorprendido por mi pregunta, pero sí que frunció el ceño y se llevó una mano hacia el pelo que ya de por sí estaba completamente revuelto.

—Si te cuento esto debes aceptar mi respuesta y no volver a hacerme ninguna otra pregunta al respecto—me advirtió y yo asentí intentado comprender a qué venía aquello. Suspiró profundamente.—Es mi hermana pequeña, tiene cinco años y es la hija de mi madre y su otro marido.

Vale... aquello sí que no me lo esperaba.

—¿Tienes una hermana?—le pregunté con incredulidad.

—Sí y acabas de malgastar otra de tus preguntas ya solo te quedan ocho.

Moví la cabeza de un lado a otro... ¿mi madre lo sabía? ¿Lo sabía Will?

—¿Cómo es que no estaba enterada?, vamos a ver, nunca nadie lo ha mencionado, ¿tienes una hermana de cinco años!—le dije con incredulidad al mismo tiempo que me sentaba sobre la mesa frente a él.

Colocó su codos en sus rodillas y se inclinó hacia a mí.

—No lo sabías porque casi nadie lo sabe, y quiero que siga siendo así—dijo mirándome fijamente.

Respiré hondo. Fuera lo fuese tenía que ver con su madre... sabía que se había marchado y que se habían divorciado cuando él aún era un niño pero no sabía nada más.

—¿Tienes una buena relación con ella?—le pregunté sin poder evitar imaginármelo con una niña de cinco años jugueteando y lloriqueando a su alrededor. No le pegaba nada.

—Muy buena, la adoro, pero no la veo lo suficiente—me contestó y vi la tristeza en sus ojos. Fuera lo que fuese aquel tema le estaba costando lo suyo... y me lo estaba contando a mí.

Me bajé de la mesa y me encaramé en su regazo. Él se sorprendió pero no me apartó si no que me rodeó con sus brazos.

—Lo siento—le dije y no solo por lo de su hermana si no por lo que fuera que le había ocurrido con su madre.

—A veces me gustaría traérmela conmigo, pero la ley solo me deja verla tres veces al mes... Mi hermana no tiene toda la atención que necesita y está enferma, es diabética y eso solo empeora las cosas—me confesó apretándome fuerte contra su pecho.

¿Quién lo iba a decir? De repente me sentía como una completa idiota... No solo le había juzgado mal si no que desde que le había visto había supuesto que su vida era perfecta, sin inconvenientes ni problemas de ningún tipo. Me sentía como una idiota.

—¿Tienes alguna foto?—le pregunté con curiosidad. No me imaginaba como podía ser.

Él se sacó el iphone del bolsillo y rebuscó entre sus fotos. Un segundo después una imagen de él con una niña rubia

muy pequeña y preciosa apareció en la pantalla. Sonreí.

—Tiene tus ojos—le dije divertida y también su mirada traviesa pero eso me lo guardé para mí.

—Sí, solo se me parece en eso, luego es clavada a mi madre.

Giré el rostro para poder observarlo. Sabía que me ocultaba cosas, sabía que algo había ocurrido con su madre pero no me atrevía a preguntarle nada. Opté por cambiar de tema.

—Te toca preguntar—le dije un momento después.

Él pareció pensárselo.

—¿Cuál es tu color preferido?

Solté una carcajada.

—¿De todo lo que puedes preguntar esa es tu primera pregunta?

El sonrió pero esperó pacientemente a que le contestara. Suspiré.

—El rojo—contesté mirándole fijamente. Asintió.

—¿Tu comida preferida?—preguntó entonces. Sonreí.

—Los macarrones con queso

—Ya tenemos algo en común—dijo acariciando con su mano derecha la piel de mi brazo. Estar así con él... era genial, genial y una novedad.

—¿Por qué te gusta Thomas Hardy?—me preguntó entonces. Aquella pregunta me sorprendió, significaba que había estado observando lo que hacía y lo que leía.

¿Por qué me gustaba Hardy? Puff...

—Supongo... que me gusta que no todos sus libros acaben con un final feliz; son más realistas, como la vida misma...La felicidad es algo que se busca no que se consigue con facilidad.

Pareció sopesar mi respuesta durante varios segundos.

—¿No crees que puedas llegar a ser feliz?—me preguntó entonces con el ceño fruncido. Aquellas preguntas ya se

acercaban a lo personal y noté como mi cuerpo se ponía tenso.

—Creo que puedo llegar a ser menos infeliz, si lo prefieres ver de esa manera.

Sus ojos buscaron los míos. Me miraban como si intentasen saber que se me pasaba por la cabeza. No me gustó aquella mirada.

—¿Eres infeliz?—me preguntó acariciándome la mejilla con uno de sus dedos.

—Ahora mismo no—le dije y una sonrisa triste apareció en su semblante.

—Yo tampoco—me contestó él y le devolví la sonrisa.

¿Eran imaginaciones mías o acabábamos de cruzar una línea invisible en lo referente a nuestros sentimientos?

—¿Qué quieres estudiar cuando acabes el instituto?

Vale, esa era una pregunta fácil.

—Literatura inglesa en la universidad de Canadá, quiero ser escritora—le dije aunque en aquel instante lo referente a Canadá había dejado de parecerme tan buena idea.

—Escritora...—dijo pensativo—¿Ya has escrito algo?

Asentí pensativa.

—Varias cosas pero nunca nadie las ha leído...

—¿Me dejarías a mí leer algo de lo que has escrito?—Negué con la cabeza de inmediato. Me moriría de la vergüenza, además lo que había escrito era más como un diario que una historia que quisiese compartir con el mundo.

—Te queda una pregunta—le advertí antes de que pudiera protestar.

Me observó atentamente dubitativo al principio pero después con resolución. Pareció elegir con cuidado cada una de sus palabras.

—¿Por qué le tienes miedo a la oscuridad...?

Me puse rígida entre sus brazos. No quería responder, es más no podía.

Miles de recuerdos dolorosos se agolparon en mi mente.
—Veto la pregunta—dije con voz temblorosa.

NICK

Observé atentamente su reacción. Desde que la había visto ponerse blanca la vez que estábamos jugando a la botella y le tocó meterse en un armario a oscuras no había podido dejar de preguntarme qué demonios le había ocurrido para que le tuviese tanto miedo a la oscuridad. Y ahora pasaba lo mismo. Su cuerpo se había puesto tenso y estaba pálida, como si el recuerdo de algo la estuviese atormentando por dentro.

—Tranquila, Noah—le dije estrechándola contra mí. Sentirla entre mis brazos había sido un sueño pero ahora que había conseguido que se relajase lo había mandado todo a la mierda haciéndole la dichosa pregunta.

—No quiero hablar de eso—me dijo y noté como temblaba bajo mis brazos. ¿Qué demonios le había ocurrido?

—Está bien, no pasa nada—le dije acariciándole la espalda. Hoy no me había podido contener a la hora de besarla, ya había pasado demasiado tiempo desde la última vez y mis manos no habían podido permanecer alejados de ella. Noah me había cautivado y estaba descubriendo que existía un un nuevo Nicholas uno que no podía dejar de pensar en ella ni aunque lo intentase.

—Creo que debería irme—dijo un momento después. Me maldije en mi interior por haber conseguido aquella reacción. No me gustaba ver como se alejaba de mí cada vez que las cosas se ponían serias o cada vez que nos acercábamos más el uno al otro.

—No, quédate—le pedí hundiendo mi cara en su cuello, oliendo su magnífica fragancia, cautivadora, dulce, y

tremendamente sexy.

—Estoy cansada, hoy ha sido un día muy largo—dijo revolviéndose y poniéndose de pie. Le cogí las manos para retenerla.

—Quédate aquí a dormir—le pedí siendo consciente de lo que creería en cuanto las palabras saliesen de mi boca.

Me miró con los ojos muy abiertos. Joder, aquello iba de mal en peor. Con Noah tenía que ir a pies juntillas.

—Solo a dormir—aclare consiente del ruego en mi voz.

Ella pareció sopesarlo por un momento.

—Prefiero dormir en mi cama—dijo soltándose de mis manos. Parecía lamentar tener que decirme algo así pero una parte de mí la comprendió.

Después de haber despertado recuerdos incómodos no iba a querer quedarse conmigo.

—Esta bien, te acompañaré a tu habitación—le dije poniéndome de pie.

Ella soltó una risita y mi corazón se hincho de felicidad. Esa era la Noah que a mí me gustaba.

—Nicholas, mi habitación está junto a la tuya no hace falta que me acompañes—me dijo entrando en la habitación y recogiendo sus cosas.

Estaba tan atractiva con una de mis camisetas. Le quedaba un poco por debajo del trasero y no podía aguantar las ganas de apartarle la tela y contemplarla durante horas.

—No me importa, no quiero que nadie te vea con tan poca ropa—le dije frunciendo el ceño al pensar en que cualquier persona pudiese verla como la estaba viendo yo en aquel instante.

Ella puso los ojos en blanco.

—Por Dios—dijo solamente.

Le cogí los zapatos de la mano y le abrí la puerta para que pasase. No sé porqué lo hacía pero ella provocaba que quisiese ser un caballero.

Cruzamos el pasillo hasta su puerta y observé como sacaba la tarjeta de su bolso y la hacía pasar por la maquineta de la puerta. Una lucecita verde apareció y con un chasquido se abrió la puerta.

Se giró hacia mí. Parecía nerviosa o asustada. No entendía muy bien lo que había conseguido al preguntarle lo que le había preguntado pero de repente la sentía muchísimo más lejos que antes. Antes de que se girara y entrara en la habitación la cogí por la cintura y la acerqué a mi cuerpo. Posé mis labios sobre los suyos y le di un beso profundo y excitante que me dejó con ganas de más. Me respondió el beso pero un momento después se apartó y me cogió los zapatos de la mano.

—Buenos noches, Nick—me dijo con una sonrisa tímida.

—Buenas noches, Noah.

A la mañana siguiente no sabía muy bien con qué iba a encontrarme pero cuando nos reunimos con las chicas frente al ascensor, me importó una mierda que Jenna y Lion nos estuviesen observando. Me acerqué a Noah y le di un intenso beso en los labios. Ella no se lo había estado esperando pero tampoco apartó la cabeza cuando lo hice. Aquel día iba vestida con unos pantalones cortos vaqueros una camiseta y unas zapatillas de deporte. Fijándome en su atuendo juvenil e informal no pude evitar pensar que Noah era completamente diferente de todas las chicas con las que había salido. Era sencilla sí pero en su interior era tan compleja como un puzle de mil piezas y aún no sabía en qué pieza encajaba yo.

—Buscaos una habitación—nos dijo Jenna soltando una risita. Me aparté de ella y le ofrecí una sonrisa que me devolvió, gracias al cielo.

—Cállate Jenna—le dije sin siquiera mirarla—Estas muy guapa—agregué mirando a Noah atentamente.

—Tú también—me contestó ella como si nada.

Entramos todos al ascensor y fuimos directos a desayunar. La conversación giró en torno a lo que había ocurrido la noche pasada y de cómo Jenna creía que estábamos completamente locos. Noah apenas pronunció palabra por lo que me tocó a mí defendernos de los leones.

Aquel día íbamos a darnos una vuelta por la ciudad, visitar tiendas y comer fuera. Mañana ya regresábamos a casa y una parte de mí temía que todo lo que había ocurrido entre nosotros se esfumara en cuanto atravesásemos la puerta. No podíamos obviar el hecho de que nuestras personalidades chocaban cada dos por tres. La mayoría de los recuerdos que tenía con Noah eran de discusiones o de besos robados en los peores momentos y eso me asustaba porque no quería perderla si no que quería avanzar en lo que fuera que estaba surgiendo entre los dos.

La tarde pasó volando, comimos en un bonito restaurante y disfruté invitándola a todo lo que quería, que era bastante poco en comparación con Jenna que no había dejado de entrar en todas las tiendas del lugar.

Me detuve junto a Noah que se había quedado observando unos collares de gemas de todos los colores. Eran una baratija pero era en lo primero que ponía interés desde que habíamos salido del hotel, aparte de su entusiasmo con la ciudad y sus alrededores claro.

—Deme ese por favor—le dije a la dependienta. Noah se sobresaltó al oír mi voz y se giró para observarme.

—No hace falta que me lo compres solo estaba mirando —me dijo con el ceño fruncido.

—Quiero hacerlo—le contesté al mismo tiempo que la dependienta me tendía el collar de color miel y en forma de corazón.—Te pega con los ojos— Dije atándoselo al cuello.

Gracias—dijo ella acariciando la gema con los dedos.

—De nada—le contesté sonriendo. Me gustaba que lo tuviese puesto y me gustaba que hubiese sido yo quien lo

había puesto allí.

Después de eso nos tomamos todos juntos un helado frente al mar y poco después decidimos regresar al hotel. Las chicas tenían hambre y pronto comenzarían a servir la cena. Jenna nos dijo que tenía entradas para una discoteca de la ciudad y que sería un plan estupendo para esa noche.

—Nos vemos en un rato—les dije despidiéndonos y entrando a mi habitación. Lion entró conmigo, seguramente quería echarme la bronca.

—No sé lo que estás haciendo pero más te vale tener cuidado—me dijo observándome con desconfianza—Te he estado observando Nick, y estas totalmente pillado por esa chica.

—Solo nos estamos divirtiendo, Lion, no me lo estropees —le contesté quitándome la camiseta y dándole la espalda.

—Solo te advierto de que Noah no es como tus esperas—dijo con voz fría. Pues claro que Noah no era como yo esperaba, era diferente, única, por eso me gustaba tanto.—Estas acostumbrado a un tipo concreto de chica Nicholas y creo que al final vais a salir mal parados los dos, nunca he visto a dos personas tan diferentes como los sois Noah y tú.

Me giré hacia él. Estaba consiguiendo que me cabreara.

—Métete en tus asuntos Lion, ¿o me vas a decir que Jenna y tú teníais algo que ver cuando os presenté?

Se quedó callado unos segundos.

—Solo te estoy advirtiéndote—dijo un segundo después para después marcharse.

Me quedé solo en la habitación y con aquellos pensamientos rondándome la cabeza. Sí, era verdad, Noah no se parecía en nada a mí, pero yo tampoco es que fuera una persona ejemplar; no me vendría mal cambiar a mejor y si con ella podía conseguirlo pues mejor que mejor.

Me duché y me vestí con una camisa negra y vaqueros. Cuando ya estuve listo fui hacia los ascensores. Lion ya

estaba allí al igual que Jenna y Noah. Esta vez ella llevaba unos pantalones negros ajustados y una blusa azul. Estaba espectacular pero no tendría que estar pensando cada dos por tres en partirle la crisma a nadie por mirar más de la cuenta.

Sabía que desde que habíamos llegado nuestra relación había cambiado por completo. Apenas habíamos discutido y eso ya era algo pero me inquietaba la distancia que parecía no desaparecer nunca entre los dos; era como si diéramos dos pasos hacia adelante y cinco hacia atrás.

En la cena estuvimos bastante bien, ella me sonreía siempre que podía y yo procuraba echarle cuenta a mis otros dos amigos.

Cuando salimos del hotel el tiempo era agradable y el sol ya se había puesto hacia tiempo. Fuimos andando hasta la discoteca que Jenna tenía entradas y no fue hasta que llegamos a la puerta y los vi, cuando comprendí que aquella noche no iba a acabar bien. Todos los jugadores de vóley playa estaban fuera esperándonos a nosotros. Me di cuenta de que había sido un estúpido al no caer en que las entradas debían de habérselas dado ayer a Jenna, cuando nosotros nos fuimos.

A mi lado Noah se acercó a saludarlos. Tuve que hacerme de todo mi autocontrol para no arrancarle los brazos a Jess cuando la abrazó y la levantó del suelo igual que había hecho el día anterior.

—¡Ayer te fuiste sin despedirte!—le dijo él aun sujetándola. Di un paso hacia adelante pero gracias al cielo la soltó. Noah parecía divertirse y sus mejillas se habían puesto coloradas. ¿Le gustaba aquel idiota? Si era así no iba a ser responsable de mí mismo.

Los demás jugadores también la saludaron y vi como unos cuantos hacían señas y decían comentarios sobre ella. Estaba espectacular, aquellos pantalones negros y a

aquellas sandalias con tacón alto la hacían parecer una modelo de pasarela. El cabello se lo había recogido en un moño desaliñado y pequeños tirabuzones le enmarcaban su angelical rostro; pero no iba a permitir que le pusiesen ni un solo dedo encima.

Entramos a la discoteca y pude comprobar que estaba más alborotada que la que habíamos ido ayer. Al parecer se celebraba la fiesta del beso. A la entrada te daban unas pulseras de colores, si estabas soltero te ponían una verde, si te daba igual te ponían una amarilla y si tenías pareja te ponían una roja. Tuve contenerme al ver que Noah cogía una de color verde. Casi se la arranco de cuajo. Pero a ese juego podíamos jugar los dos.

Nos sentamos en un reservado mucho más pequeño pero más cercano de la barra. Vi como Jenna arrastraba a Noah hacia allí y como les servían una copa. La última vez que había visto a Noah bebiendo había tenido que llevarla a rastras hasta su habitación debido a que le habían metido droga, desde entonces prefería que no bebiese nada en absoluto.

Lion se me acercó con dos copas de algo que estaba terriblemente fuerte. Chocó su vaso con el mío y me sonrió.

—¡Por tu 22 cumpleaños, amigo!—gritó por encima del ruido de la música. Las chicas se nos acercaron un segundo después.

—¡Hoy hay que emborracharse!—gritó Jenna y vi como Noah asentía riéndose. Fruncí el ceño pero no dije nada.

A medida que pasaba la noche fui poniéndome más y más nervioso. El tema de las pulseritas de los cojones daba rienda suelta a que cualquier tío metiera mano a las que tenían la pulsera de color verde o de color amarillo. Desde mi posición en el reservado pude ver como Noah bailaba provocativa mente con un tío que le podía sacar más de cinco años. Estaba jodidamente sexy cuando meneaba las

caderas de aquella forma y estaba empezando a cabrearme al ver que bailaba con todos menos conmigo.

Me tragué mi cuarta copa del tirón y me acerqué hacia ella justo cuando el tío con el que estaba bailando la atraía hacia así y le estampaba un beso en los labios.

De repente lo vi todo rojo y lo próximo que sé es que estaba en el suelo dándole de puñetazos a ese pedazo de imbécil. Me daba igual cuantos golpes le hubiese dado, ver su cuerpo sobre el de Noah me había vuelto loco.

—¡Nicholas para!—gritó una voz demasiado conocida para poder ignorarla. Unos brazos me sujetaron por detrás y escuché la maldición de Lion al empujarme fuera del local. Me habían dado un puñetazo en el ojo; en el mismo que aún no se había curado del todo debido a mi última pelea.

—¿Qué cojones haces tío?—me gritó Lion cuando ya estuvimos fuera.

—¿Dónde está Noah?—pregunté buscándola a mi alrededor. Estaba lleno de gente y no la veía por ninguna parte. Entonces apareció y me fulminó con sus ojos rasgados.

—¿Te has vuelto loco?—me gritó completamente fuera de sí. Cuando llegó hasta mi lado me dio un empujón que apenas me hizo retroceder.

¿Era ella la que estaba cabreada? De repente la rabia volvió a apoderarse de mí.

—¿Te gusta que todos los tíos te manoseen delante de mí?—le grité en respuesta a su pregunta. Estaba fuera de mí.

Ella abrió los ojos como si no se creyera lo que estaba diciendo.

—¡Estaba bailando!—dijo echándose el pelo hacia atrás. Siempre que había hecho eso habíamos terminado gritándonos de todo—¡Bailando!—repitió exasperada.

Me acerqué hacia ella intentando calmar las ganas que tenía de zarandearla.

—¿A eso lo llamas tú bailar?—le dije destilando rabia con cada una de mis palabras. En aquel instante estaba demasiado cabreado para controlar lo que decía y demasiado borracho para sopesar las consecuencias—Parecías una puta de...

La bofetada llegó tan rápido que ni siquiera me dolió pasados unos segundos.

La cogí por los hombros al instante, como un acto reflejo.

—Atrévete a hacerlo de nuevo—le dije apretándole los hombros.

Tarde unos segundos en darme cuenta de lo que acababa de hacer. La mirada de horror en su rostro me hizo dar un paso hacia atrás.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Ella respiró profundamente un momento y vi que sus ojos se humedecían. Di un paso hacia adelante.

—Noah.

Ella se apartó mirándome horrorizada.

—No puedo estar contigo Nicholas—me dijo y cada una de sus palabras me dolieron hasta el fondo de mi alma—representas todo de lo que he estado huyendo desde que tengo uso de razón...

Dicho esto se giró y comenzó a andar en dirección al hotel.

—Eres idiota, Nick—me dijo Jenna fulminándome con sus ojos oscuros y corriendo en dirección a Noah.

Una mano se posó sobre mi hombro y me contuve para no apartarla de un empujón.

—La has cagado tío—me dijo Lion en tono apesadumbrado.

Me giré apartándole la mano de mi cuerpo.

—Déjame en paz.

Y dicho esto me fui al bar que había en la otra esquina de la calle.

Necesitaba otra copa.

NOAH

Aún no podía creer como las cosas se habían desmadrado de aquella manera. Un momento estaba bailando con un chico y al siguiente me veía empujada hacia atrás mientras el chico que había estado deseando que me sacara a bailar se liaba a puñetazos con el idiota que me había dado un beso sin mi consentimiento. Le habría apartado yo si me hubiese dado tiempo, pero Nicholas había aparecido hecho una furia.

Odiaba la violencia por encima de todas las cosas, de pequeña había visto demasiados casos de violencia domestica en la tele y en la realidad como para querer estar con un chico violento a mi lado. Nicholas ya me había demostrado que no le pesaba la mano a la hora de empezar una pelea pero como era idiota había dejado que mi mente olvidara aquel detalle porque por fin estaba sintiendo algo por otra persona que no fuese mi ex novio, y era algo muchísimo más fuerte que lo que había sentido por Dan.

Estos últimos días con Nick habían sido geniales, incluso había sopesado la posibilidad de abrirme a él pero no después de lo de esta noche.

Nicholas estaba demostrando ser un matón celoso y territorial y a mí eso no me gustaba para nada. Cuando me había cogido por los hombros había visto la rabia en su semblante y había sentido *miedo*... No podía estar con alguien que me inspirase miedo, de ninguna manera.

Cuando llegué a mi habitación acompañada de Jenna que no había dejado de despotricar contra Nick pero a la vez pidiéndome que lo perdonase, solo quise ponerme el pijama y meterme en la cama. Él día no había terminado como yo

había planeado y lo único que me apetecía en aquel instante era regresar a casa lo antes posible y mirar las cosas con perspectiva.

Eran ya pasadas las tres de la madrugada cuando escuche a una pareja acercarse a mi puerta y después seguir hasta la puerta que había justo al lado. No me había podido dormir, al contrario que Jenna, ya que después de haberlo meditado durante horas había decidido por lo menos hablar con Nick sobre lo que había ocurrido. Una parte de mí no quería que lo nuestro acabase y por eso mismo había estado esperando como una idiota a que él apareciese por fin.

Cuando miré por la mirilla y vi como Nicholas pasaba por delante con una mujer pegada a su costado juro que casi me desplomo allí mismo.

Vi como la besaba en la boca a la vez que la empujaba hasta su puerta.

Pegué la oreja a la pared de mi habitación con el corazón en un puño, pidiéndole a Dios que tan solo fuese un beso y que Nick la obligase a marcharse pero nada más lejos que la realidad. Los jadeos no tardaron en llegar a mis oídos y tuve que obligarme a apartarme de la pared y volver a meterme en mi cama.

Aquello no podía estar pasando. No me podían volver a romper el corazón, ¿Cuándo le había dado mi corazón a ese imbécil? ¿Cuándo? No pude evitar que dos pequeñas lágrimas cayesen por mis mejillas. No podía creer que Nicholas se estuviese acostando con otra en la habitación de alado, no cuando casi le había permitido hacer *exactamente* lo mismo conmigo...

¿Porqué me sorprendía? Nicholas nunca iba a cambiar... lo que sí no esperaba era sentir ese dolor desgarrador en el pecho, solo pensar que otra le estaba tocando, que *él* la

estaba tocando a ella... Cerré los ojos con fuerza y me tapé los oídos con mis manos.

No dormí en toda la noche.

A la mañana siguiente estaba tan cansada que hasta me encontraba mal y tenía un fuerte dolor de cabeza. Apenas me molestó en fijarme en mi aspecto. Desde que había llegado había procurado estar guapa para Nick, ¿y para qué? Al final había dejado que pasase lo que era obvio que iba a ocurrir. Nicholas era hombre de muchas mujeres y siempre lo sería. Era violento y mujeriego y yo me había creído lo que había estado ocurriendo como una completa idiota. Ni siquiera quería verle la cara esa mañana, no sé qué le diría o si le diría algo o si él me hablaría pero lo que tenía claro es que no iba a dejar que volviese a ponerme un solo dedo encima.

Jenna se estaba arreglando consciente de mi silencio y procurando distraerme con tonterías y comentarios ridículos sobre el tiempo o el tráfico aéreo. La ignoré lo mejor que pude y cogí mi bolso y mi maleta dispuesta a ir bajando por mi cuenta. No sé cómo iba a hacer para evitar a Nicholas durante todo el viaje pero lo conseguiría.

En cuanto salimos de la habitación arrastrando nuestras maletas y llegamos al ascensor vi que él estaba allí. Llevaba el pelo despeinado como si hubiese estado tocándoselo nervioso... o había sido la tía esa que se había llevado a la cama. Solo de pensarlo me ardían los ojos.

Tenía la mirada clavada en sus manos y estaba sentado en un sillón con los codos apoyados sobre sus rodillas. En cuanto nos escuchó aparecer levantó la vista y la clavó en mi rostro.

—Noah...—dijo y el simple hecho de que pronunciase mi nombre me dio ganas de llorar.

—Aléjate de mí—le dije alto y claro. A mi lado Jenna nos miraba boquiabierta sin saber que hacer o decir. Lion no

estaba por ninguna parte.

Se me acercó hasta que pude ver las ojeras en su rostro. Aún así estaba guapísimo y me odié por seguir sintiendo algo por él.

—Por favor Noah, siento lo de anoche, estaba borracho y perdí los papeles—me dijo cogiéndome una mano que yo retiré de un tirón. Se me quedó mirando, sin saber qué hacer. Tenía que poner fin a aquello, él no sabía que le había visto meterse en su cuarto con una mujer y a mí ya me habían roto el corazón por otra chica, mi mejor amiga. No iba a dejar que la historia se repitiese.

—Te vi anoche, Nicholas—le dije con calma. Él me miró un momento sin comprender y después se le descompuso el rostro—No quiero que vuelvas a acercarte a mí; fuera lo que fuese que había entre nosotros se acabó después de que te llevaras a otra a la cama estando yo en la habitación de al lado... ya he pasado por esto y no pienso repetir la experiencia.

Puedes acostarte con quien te de la gana, pero a mí déjame en paz. Nunca debimos empezar con esto, desde el principio supe que era un error.

Sus ojos encontraron los míos y vi miles de sentimientos surcando su rostro: enfado, arrepentimiento, dolor y por último pesar, pesar porque lo nuestro se había acabado del todo.

—Estaba borracho Noah... no sabía lo que hacía—me dijo por último.

Le observé impasible.

—Pero yo sí que sé lo que estoy haciendo ahora, y quiero que volvamos a ser hermanastros, eso es lo único que eres para mí: el hijo del nuevo marido de mi madre, nada más.

Entonces llegó el ascensor y me metí dentro. Jenna se metió también pero Nick nos dio la espalda y se marchó. No sabía que iba a pasar entre nosotros desde ese instante

pero solo quería que aquel fin de semana llegase a su fin. Por primera vez en mucho tiempo deseaba estar con mi madre, deseaba que me rodease con sus brazos y me dijese que todo iba a salir bien...

El vuelo hasta casa se me hizo eterno, no se que transmitía mi rostro pero los tres, incluyendo a Nick me dejaron tranquila casi todo el tiempo. Cuando dejamos a Jenna y Lion en su casa se hizo un incómodo silencio en el coche. Yo miraba por la ventana, no quería estar allí, quería tenerle lo mas lejos posible de mí, me sentía traicionada como nunca, por unos instantes había creído alcanzar la felicidad, tocarla con la punta de mis dedos, había creído entrever un futuro con Nick, pero todo se había desmoronado tan rápido como había surgido. Me picaban los ojos de las enormes ganas que tenía de llorar; aún tenía en la cabeza los gemidos de aquella mujer al otro lado de la habitación. Sentí como una lágrima se derramaba por mi mejilla y antes de que pudiese borrarla de un manotazo sentí sus dedos en mi piel, robando algo más que no era suyo. Le aparté la mano de un manotazo, estaba furiosa con él, estaba enfadada por haberle dejado jugar conmigo.

—¡No me toques Nicholas!— dije agradeciendo que no más lágrimas se derramaran de mis ojos.

Él me devolvió la mirada y vi dolor en su rostro ante mi rechazo, pero eso era mentira, Nicholas no sentía nada hacia mí, lo había demostrado.

Entonces paró el coche. Miré hacia afuera y vi que aún no habíamos llegado.

—¿Qué estás haciendo?—le dije desorientada, enfada y aturdida.

Tenía todos los sentimientos a flor del piel, necesitaba poner distancia entre los dos antes de derrumbarme del todo.

Entonces se giró hacia a mí.

—Tienes que perdonarme—me dijo con un deje de suplica en la voz.

—¡No!—dije con incredulidad.

No pensaba seguir escuchándole, no quería estar en el mismo coche con él.

Me desabroché el cinturón, y me bajé sin importarme que estuviésemos en medio de un arcén.

Escuché como él me seguía tan rápido como pudo. Intenté alejarme de él, pero su mano pronto tiró de mí y me encaró.

— *Lo siento*, Noah—dijo—No quería hacerlo, no estoy acostumbrado a esto—dijo señalándonos a ambos,— ¿no lo entiendes? Nunca había sentido esto por nadie, ayer cuando vi que te tocaban, casi pierdo los papeles, y cuando ese idiota te besó...

—¡¿Y qué crees que sentí yo al escuchar como te tirabas a esa mujer?!—le grite intentando zafarme de su agarre.

Me agarró con fuerza, no me soltaba, y yo necesitaba que me dejara.

—Por favor, no significó nada para mí, absolutamente nada, tienes que creerme.

Dejé de intentar soltarme, sabía que estaba a punto de derrumbarme, lo sentía en como mis ojos se humedecían, en como mi corazón latía enloquecido, sangrando con cada latido.

—Para mí sí que ha significado algo, lo significa todo—dije mirando hacia abajo, no podía mirarle a los ojos. ¿Cómo podía haberme enamorado de él? ¿Cuándo había dejado que eso ocurriera?

Entonces un coche paró a nuestro lado.

—¿Te está molestando este capullo?—dijo la voz de un tío. Miré hacia él, a punto de decir que sí, a punto de pedirle que me llevara a casa.

—Lárgate o te parto la cara—le dijo Nick girándose hacia él.

—¿Qué has dicho?—dijo el tío abriendo la puerta con intención de bajarse.

Me apresuré en cogerle la mano a Nick.

—No, Nicholas—le dije con voz suplicante. Eso le hizo reaccionar. Respiró hondo, me cogió la mano con fuerza y dio un paso hacia atrás. Ese contacto me dolía, no quería que me tocara, pero menos quería que se metiese en otra pelea, los moratones de su cara aún estaban sin curarse.

—Estoy bien—le dije al hombre que desvió su mirada hacia a mí.

—No lo parece—dijo mirándonos a ambos.

—Ya la has oído, ahora lárgate— dijo Nick apretando la mandíbula con fuerza.

El hombre me miró otra vez.

—Deberías alejarte de tipos como él—dijo antes de subir a su coche y marcharse.

Me solté de su mano con fuerza y me encaminé hacia el coche.

—Llévame a casa Nicholas.

Él pareció estar a punto de decir algo, pero se contuvo y el resto del camino lo hicimos ambos sumidos en un triste silencio. En cuanto bajamos las maletas me fui directamente a mi habitación después de saludar a mi madre y William. Nicholas ni siquiera se quedó, bajó las cosas y se montó otra vez en su coche. Seguramente iría a emborracharse o a enrollarse con otra chica Dios sabe dónde. No me importaba, ya no, nunca me importó, o eso es lo que no dejaba de repetirme a mí misma.

NICK

La había cagado, la había cagado pero bien. No podía creermelo lo que había hecho, la tenía, era mía, Noah por fin se había abierto a mí, por fin nos habíamos terminado por acerca el uno al otro; le había confesado lo de mi hermana, había hablado con ella, había comprendido lo que era querer a alguien, lo sabía, sabía que la quería, la necesitaba para respirar... y le había hecho daño. ¿Cómo podía haber sido tan imbécil?

Noah era la última persona que quería ver llorar, la última persona a la que querría hacer daño. No se cuando las cosas habían cambiado tanto, ni cuando pasé de odiarla a sentir lo que ahora mismo sentía por ella, pero solo sabía que no quería perderlo.

Después de dejarla en casa, odiando el abismo que parecía haberse formado entre los dos, fui a ver a Anna. Me había escrito varias veces desde que nos habíamos ido, y ahora comprendía el daño que podía causar a las personas, ahora entendía que mi forma de tratar a las mujeres no había sido la correcta; me había dejado llevar por el odio hacia mi madre, metiendo a todas las mujeres en el mismo saco cuando eso no era cierto, había mujeres increíbles, en mi caso una mujer increíble, que tenía que hacer mía como fuese.

Cuando detuve el coche frente a su casa, vi como se acercó con cuidado, su mirada observándome con inquietud.

Se inclinó para darme un beso en los labios, pero giré la cara automáticamente. Mis labios solo besarían a una sola persona, y esa persona no era Anna.

—¿Qué ocurre Nicholas?—me dijo dolida por mi gesto. No quería hacerle daño a Anna, nos conocíamos desde hace años, y no era tan capullo como demostraba ser.

—No podemos seguir viéndonos, Anna—dije mirándola a los ojos. Su rostro se descompuso y vi como el color en sus mejillas desaparecía. Se hizo el silencio hasta que finalmente habló.

—¿Es por ella verdad?—me dijo y vi como sus ojos se humedecían.

Mierda, ¿es que acaso me había propuesto hacer daño a todas las chicas del barrio o qué?

—Estoy enamorado de ella— decirlo en voz alta no fue tan horrible como había creído en un momento. Era liberador, gratificante, era una verdad tan grande como una casa.

Frunció el ceño y se limpió una lágrima de un fuerte manotazo.

—Tu eres incapaz de amar a nadie Nicholas— dijo cambiando su actitud de la tristeza al enfado—Llevo años esperando que te enamoras de mí, haciendo todo lo posible para hacerme un pequeño hueco en tu vida, y has pasado olímpicamente de mí, me has utilizado, te has acostado con miles de tías, y ¿ahora me dices que estás enamorado de esa niñata?

Sabía que aquello no iba a ser fácil, pero no me esperaba que se pusiese a gritarme, y menos como lo estaba haciendo.

—Nunca quise hacerte daño, Anna—dije pero ella negó con la cabeza, algunas lágrimas derramándose de sus ojos.

—¿Sabes qué?—me dijo mirándome furiosa—Espero que nunca consigas lo que quieres, no te mereces que te quiera nadie, Nicholas, sí Noah es lista permanecerá alejada de ti. ¿Te crees que se puede llevar una vida como la tuya, tener

un pasado como el tuyo y que una chica como ella se enamore de ti?

Apreté los puños con fuerza... no estaba para escuchar aquello, y una parte de mí sabía que Anna tenía toda la razón del mundo; me aparté de ella intentando controlarme.

—Adios, Anna—dije rodeando el coche y abriendo la puerta del conductor.

Ella me observó enfadada mientras encendía el coche, y me iba.

Sabía que iba a tener que ganarme el perdón de Noah pero la cosa es que no tenía ni idea de cómo hacerlo. Cuando llegué a casa esa noche, solo quería verla, pero no la encontré en su habitación. Aquello hizo que me pusiese muy nervioso, hasta que fui al salón y la encontré dormida con la cabeza apoyada en las piernas de su madre. Esta estaba despierta mirando una película y con cuidado acariciaba el largo pelo de Noah. Se la veía en calma y cuando la ví sentí una opresión en el pecho que desde hacía diez años que no sentía. Me sentía terriblemente culpable por haberme acostado con esa tía, por haberle hecho daño, pero también sentí una profunda tristeza al ver a su madre acariciarla de aquella forma, despertó antiguos recuerdos que tenía bien guardados en el fondo de mi mente; mi madre también había hecho aquello mismo conmigo, cuando apenas tenía ocho años así era como me calmaba de las pesadillas, su mano acariciando mi pelo era la perfecta medicina para sentirme seguro, en calma; aún recordaba todas aquellas noches en las que me había dormido llorando, asustado, esperando que mi madre regresase, que entrase por la puerta de mi habitación y me calmase como siempre había hecho. Sentí un dolor profundo en el pecho un dolor que solo había desaparecido del todo cuando había estado con Noah. La quería, la necesitaba a

mi lado para ser mejor persona, para olvidar aquellos malos recuerdos, la necesitaba para sentirme querido.

Rafaella desvió su mirada del televisor a la mía y me sonrió con ternura.

—Igual que cuando era pequeña—me dijo en susurros refiriéndose a Noah.

Asentí observándola y deseando ser yo el que la acariciaba hasta hacerla quedarse dormida.

—Nunca te lo he dicho, Ella, pero me alegro de que estés aquí, de que ambas estéis aquí—le dije sin ser consciente de que iba a hacerlo.

Las palabras simplemente salieron de mi boca, pero eran totalmente ciertas. Noah había cambiado mi vida, la había hecho más interesante, me había hecho querer luchar por algo, algo que de verdad quería conseguir, a ella, la quería a ella.

De ahora en adelante iba cambiar, iba a ser mejor persona, iba a tratarla como se merecía, y da igual lo que me costase, no pensaba parar hasta conseguirlo.

A la mañana siguiente bajé a desayunar y la vi sentada como siempre con un cuenco de cereales y un libro a su lado, aunque no estaba leyendo, ni comiendo. Removía los cereales, con la mente en cualquier sitio menos allí. En cuanto me escuchó entrar su mirada se desvió brevemente hacia a mí para después centrarse fijamente en las páginas de libro. Rafaella estaba allí sentada, con sus gafas de leer puestas y el periódico sobre la mesa.

—Buenos días—dije sirviéndome una taza de café y sentándome frente a Noah. Quería que me mirase, quería algún tipo de reacción ante mi presencia, ya fuera de enfado o de cualquier otra cosa, pero no quería que me ignorara, eso era peor que si me gritaba o insultaba.

—Noah, ¿quieres comer?—le dijo su madre con un tono de voz un poco más elevado de lo normal. Ella levantó la

mirada sobresaltada, pero apartó el cuenco de cereales, levantándose.

—No tengo hambre.

—Ni en broma, ya puedes comerte eso, ayer no cenaste —le dijo Ella mirándola enfadada.

Mierda, ahora Noah no comía, y todo por mi puta culpa.

—Déjame, mamá—le dijo levantándose y saliendo de la cocina sin volver a mirarme.

Rafaella me miró de malas maneras.

—¿Qué ha pasado Nicholas?—me dijo escrutandome y quitándose las gafas.

Ignore su pregunta y me apresuré en salir de la cocina.

—Nada, no te preocupes—dije saliendo y alcanzando a Noah en mitad de las escaleras.

—¡Eh, tú!—la llame frenándola y poniéndome delante.

—Apártate—me dijo con frialdad.

—¿Ahora no comes?—le dije. No se porque demonios me preocupaba ahora por eso, pero no quería que le pasase nada malo, y mirándola fijamente tenía mala cara, estaba demacrada, pero por lo menos me miraba enfadada.

—No es de tu incumbencia lo que haga o deje de hacer—dijo intentando apartarme.

Intenté cambiar mi manera normal de actuar, que habría sido meterme con ella o cabrearme y bajarla a la fuerza para que comiera.

—Hoy estás preciosa—le dije.

Sus ojos volaron a los míos.

—¿Te crees muy gracioso?

—Para nada, solo digo la verdad—dije intentando con todas mis fuerzas no sonreír.

—La verdad es que te tiraste a otra, ahora apártate—dijo pasando a mi lado corriendo y metiéndose en su cuarto.

Joder.

NOAH

Que estaba preciosa, será capullo, pensé mientras me subía al coche y salía pisando fuerte. No pensaba quedarme en esa casa, no pensaba aguantar las tonterías de Nicholas, estaba acostumbrado a que las chicas le perdonaran todo, a que podía hacer lo que le diera la gana y después con unas simples palabras bonitas solucionarlo, pues conmigo lo llevaba claro.

Aquella mañana había llegado una carta para mí; no tenía remitente y mientras bajaba del coche esperando a Jenna que vendría con Lion y Mario, la abrí.

Lo que ponía fue lo ultimo que hubiese imaginado, cuando comencé a leer mi corazón comenzó acelerarse y supe que la sangre se me había ido del rostro:

Te escribo esta carta porque te desprecio más que a nada en el mundo. Voy a ir a por ti y cuando tenga la oportunidad vas a ver lo que es tener miedo de verdad. Cuida tus espaldas Noah, esto no es ninguna broma.

A.

Se me descompuso el rostro. Las palabras escritas se me grabaron a fuego en la cabeza, nunca me habían dicho algo parecido y sentí como las manos empezaban a temblar; nunca me habría imaginado que iba a leer algo así, ¿Qué demonios significaba?

La carta no tenía remitente por lo que alguien debía de haberla dejado en el buzón con mi nombre en el sobre. ¿A? ¿Quién demonios era A? El primer nombre que me vino a la cabeza fue el de Anna, pero no podía ser ella.

Era una arpía pero no me la veía tramando algo así , no podía ser. Luego pensé en Ronnie y en la amenaza que me

había hecho a través de Nicholas, pero no tenía sentido lo de A. Luego no tenía ninguna amiga o amigo cuyo nombre empezase por esa letra... aquello me volvería completamente loca.

Sentí miedo ante la amenaza pero opte por considerarlo una broma a pesar de lo que dijese la nota. Nadie iba a hacerme daño, no en aquella ciudad, no en donde vivía.

—¿Qué te ocurre?—me dijo una voz conocida. Era Mario. Le había invitado yo, porque no había dejado de mandarme mensajes desde que me había ido a Bahamas. Mario y yo habíamos tenido un *momento*, por llamarlo de alguna forma, nos habíamos besado, y al parecer había significado más para él que para mí. Mi plan había sido cortar cualquier tipo de relación amorosa con él pero después de lo que me había ocurrido con Nicholas, ya no lo tenía tan claro. Mario era simpático, amable y cariñoso, me respetaba, y demostraba tener verdadero interés en mí. Una parte de mí sabía que me estaba engañando a mí misma que nada iba salir de aquella relación con él, pero la otra quería estar con alguien normal por una vez en la vida. Deseaba de veras conseguir una persona que fuese capaz de hacerme feliz y respetarme como persona, y Mario parecía ser perfecto para ello.

Me giré para responderle con una sonrisa. Sabía que no estaba resultando muy convincente sobretodo porque las palabras de la carta seguían resonando en mi cabeza, pero me apresuré en guardarme el papel en el bolsillo de mis vaqueros y poner mi mejor cara.

—Nada, estoy bien—le dije dándole un abrazo. Habíamos quedado para ir a la bolera. Yo no es que fuese una experta, pero iba a intentar pasármelo bien, distraerme y olvidarme de Nick.

Justo entonces llegaron Lion y Jenna. Esta me dio un fuerte abrazo nada más llegar, sabía que estaba mal y

también comprendía que no quisiese hablar del tema. Lion en cambio parecía no tener muy claro como actuar.

Le sonreí y los cuatro entramos al local. Era muy grande y había un montón de gente jugando y comiendo. El ruido de la bola al chocar contra los bolos resonaba a intervalos regulares por la estancia y me animé de inmediato al estar rodeada de tanta gente emocionada y entregada al juego.

Mientras esperábamos los zapatos Mario se me acercó.

—¿Enserio no sabes jugar?—me dijo riéndose de mí.

—Oye no te rías, que tirar una bola por el suelo no puede ser tan difícil.

El sonrió divertido.

—Me alegro de que hayas aceptado venir—me dijo entonces mirándome fijamente. Sus ojos marrones eran muy distintos a los de Nick.—Sé que ha pasado algo entre Nicholas y tú...— dijo y tuve que desviar la mirada. No quería hablar de Nicholas, y menos con él.—Pero no me importa Noah, yo solo quiero que me des una oportunidad, Nick no te conviene, no lo digo por conveniencia, te lo digo de verdad. Nicholas no es hombre de una sola mujer y tú te mereces algo mejor que un tío como él.

Una parte de mí sabía que tenía razón y también que él no me convenía para nada, pero otra quería defenderle, quería convencerle de que se equivocaba, de que Nicholas era capaz de cambiar, por lo menos por mí. Que ilusa era.

—Ahora mismo no puedo estar con nadie, no quiero hacerte daño, pero necesito que lo comprendas—le dije odiándome a mí misma por no poder querer a las personas adecuadas para mí.

El se acercó y me acarició la mejilla con uno de sus dedos. Sentí calidez allí donde me tocó.

—Con ser tu amigo me conformo... *por ahora*—agregó guiñándome un ojo y cogiendo sus zapatos.

Le seguí, haciendo lo mismo y sin saber muy bien que hacer con lo que me acababa de decir.

Los bolos resultaron ser mucho más complicados de lo que en un principio había imaginado. Al principio empecé observando como jugaban ellos hasta que me atreví a lanzar la bola. No hace falta que diga en que dirección fue, conclusión no derribé ni uno solo. Se rieron de mí y yo empecé a picarme como nunca, no podía evitarlo, era muy competitiva.

Cuando le fui cogiendo el tranquillo puede decirse que me motivé demasiado. Cuando iba lanzar el bolo, lo hice con demasiado ímpetu, me resbalé, caí de espaldas sobre la pista y eso no fue todo sino que el bolo se me quedó enganchado en los dedos y calló encima de mi estómago.

Ni tengo que explicar lo que me dolió y la vergüenza que pasé. Me dí tan fuerte con la bola del demonio que me entraron arcadas y me mareé al levantarme. La gente al principio se rió pero al ver que no me levantaba se me acercaron para ver si estaba bien. No iba a morirme, pero un dolor interno en el lado de mi cadera casi me hace ponerme a llorar.

—Vamos al hospital—decía Mario como un loco.

—Noah, te has dado un golpe en la cabeza al caer de espaldas, tiene que verte un médico.—Decía Jenna.

—¡Estoy bien!—dije cabreada con el mundo en general. La verdad es que me dolía horrores pero en menos de una hora entraba a trabajar en el bar, y ya me había perdido un día por el dichoso viajecito a Bahamas, por lo que tenía que ir sí o sí.

Todos dejaron de insistirme cuando vieron que me estaban poniendo de los nervios.

—¿Estas segura que no quieres que te lleve yo?—me preguntó Mario por octava vez en un minuto.

Le fulminé con la mirada.

Él soltó una risotada levantando las manos en forma de rendición.

—¡Vale, vale!—dijo riéndose.—Pero procura ponerte hielo en esa herida y si te mareas o lo que sea por favor llámame que te llevaré al hospital Uff... necesitaba irme de allí de inmediato.

—Gracias, Mario—dije dándole un beso en la mejilla y subiéndome al coche.

Media hora después estaba entrando por la puerta del bar. No es que no me gustase trabajar pero justo ese día era el ultimo lugar en donde quería estar. Además había mentido, no estaba bien, me dolía muchísimo el costado donde me había golpeado y la cabeza me palpitaba como si me fuese a explotar.

—Hola, nena—me dijo Jenni una de la camareras que trabajaba en mi turno conmigo. Era muy agradable aunque no teníamos mucho en común.—Estás negra, zorra—me dijo masticando el chicle sin parar.

¿Veis lo que os digo?

Me cambié la camiseta por la que nos obligaban a llevar y empecé a trabajar. Hoy era jueves por lo que el local estaba hasta los topes. Yo dejaba de trabajar a las diez, y no veía la hora de poder irme a casa.

—¡Eh, Noah!—me llamo mi jefe que no daba a vasto en servir copas— ¿Puedes quedarte hasta más tarde? así cubres las horas que te perdiste el otro día.

¡No por favor!, quise gritarle, pero no podía hacer nada. Me escaqueé un momento a la salita que teníamos para el personal. Cogí un poco de hielo de las grandes bolsas que había allí y me pasé uno por la frente. Ese dolor punzante no se me iba y me encontraba realmente mal.

Seguí trabajando, y tuve que excusarme dos veces para poder vomitar en el baño del servicio. Estaba claro que el

golpe que me había dado no había sido una tontería y empecé a plantearme si debía ir al hospital.

Cuando salí después de enjuagarme la boca casi me da un infarto.

Ronnie estaba allí.

Estaba en la esquina con unos amigos. Sentí como me mareaba. La carta que aún tenía en el bolsillo empezó a quemarme, y tuve que reprimir las ganas de salir corriendo. Aún recordaba su cara disparándonos por la espalda.

—Llévalas esto a los de allí—me dijo mi jefe tendiéndome una bandeja con un montón de chupitos encima. Mierda. Ni siquiera podía servir alcohol pero estábamos hasta los topes y cuando eso ocurría les daba igual saltarse las normas.

Ni siquiera pude plantearme pedirle ayuda a Jenni, estaba incluso más liada que yo.

Cogí la bandeja y me dispuse a dejar los chupitos lo más rápido posible, pero obviamente eso no fue posible.

—No me lo puedo creer—dijo su voz cogiéndome del brazo antes de que pudiera alejarme de él y sus amigos.

—Suéltame—dije intentando controlarme.

—Oh vamos, quédate—dijo apretándome el brazo con más fuerza. Notaba el odio que sentía hacía a mí, sabía que me despreciaba, le había humillado y para alguien como él no era algo que iba a dejar pasar.

Los amigos se rieron con fuerza. No sabía que hacer, había tanta gente que mi jefe ni siquiera me estaría viendo.

—¿Qué quieres, Ronnie?—dije entre dientes.

—Follarte una y mil veces, ¿Qué te parece?—dijo y todos sus amigos se empezaron a reír.

Sentí un nudo en el estómago y justo entonces un brazo me rodeó la cintura, me apartó con un solo movimiento y lo siguiente que sé es que Nicholas estaba encima de Ronnie pegándole sin parar.

La gente se volvió loca, Ronnie intentó defenderse, le pegó a Nick en el ojo y ambos empezaron a golpearse y a chocar contra todo lo que había alrededor.

—¡Que alguien los pare, se van a matar!—grité mirando alrededor.

Por suerte aparecieron dos guardias, cogieron a Nicholas y a Ronnie y los separaron no con facilidad. Ví como los sacaban fuera.

Estaba temblando. No podía dejar de temblar.

Seguí a los guardias fuera. Ronnie ya se había montado en su coche y se largaba pisando fuerte. Seguramente porque temía que llamaran a la policía.

Nicholas estaba junto a su coche, justo se giró para mirarme y vi como la sangre caía por su mejilla izquierda en un corte que parecía muy profundo.

No se si fue por el golpe en la cabeza de aquella tarde, o por lo agotada que había estado por no dormir, o por no haber comido casi nada en dos días, o simplemente por volver a ver sangre y ver como el hombre del que estaba enamorada seguía haciéndome daño una y otra vez, pero de repente todo se volvió negro.

Lo último que vi fue la cara asustada de Nicholas.

NICK

Tenía una conmoción cerebral. Los pitidos de las máquinas del hospital a mi alrededor estaban impidiendo que mi corazón volviese a latir con normalidad. Sentí como la sangre bombeaba por mi cuerpo con una rapidez infinita, como todo mi cuerpo se encontraba en tensión, a la espera de que Noah volviese a abrir los ojos.

Me habían dicho que necesitaba descansar, que cuando despertase hablarían con ella para que explicase porque sufría, aparte de la conmoción cerebral, una deshidratación intensa. Le habían tenido que suministrar líquidos por una vía intravenosa, y todo era por mi culpa.

Noah llevaba dos días sin comer absolutamente nada, la caída en la bolera seguramente había sido por eso mismo, solo que ninguno de los idiotas que iban con ella se le ocurrió que debían llevarla al hospital de inmediato.

Por lo menos Lion me contó lo que había ocurrido, si no ni siquiera habría ido al bar a recogerla al ver que se retrasaba más de la cuenta, no habría podido estar ahí para defenderla de Ronnie, aunque tampoco habría estado ahí para volver a cagarla, y volver a meterme en una pelea por ella. Los médicos habían dicho que estaba bien, que no era nada grave, pero que la caída, el apenas haber comido y bebido en horas y el esfuerzo que había estado haciendo al trabajar más horas de la cuenta habían terminado por hacerla perder el conocimiento. De todas formas yo seguía preocupado. Estaba sumida en un profundo sueño, pero no se la veía tranquila, no tenía esa tranquilidad que yo había visto en ella cuando estaba dormida... algo no iba bien.

—¿Dónde está?!—escuché cómo una voz exclamaba fuera de la habitación y me apresuré en salir.

—¿Nicholas!—dijo Rafaella que venía con mi padre a su lado, ambos con el semblante preocupado—¿Qué ha pasado?

—Tranquila, Ella, está bien, se golpeó la cabeza jugando a los bolos, pero los médicos me han dicho que en cuanto se despierte podrá ir a casa, solo necesita comer y descansar.

—¿Qué se golpeó...?—dijo la madre de Noah entrando en la habitación sin terminar la frase. Me habría gustado detenerla, o advertirle de que Noah estaba dormida pero decidí no intervenir.

Entré tras ellos y justo entonces Noah empezó a despertarse.

—¿Mamá?—dijo ella extrañada, como si no le cuadrara ver a su madre junto a ella en la habitación de un hospital, sus ojos recorrieron la habitación con inquietud hasta que se posaron en mí.

—¿Noah, como te encuentras?—dijo Rafaella sentándose junto a ella y observándola preocupada.

¿Era yo el único que se había dado cuenta que los latidos de Noah se habían disparado?

Me abstuve de acercarme, me picaban las manos de las ganas que tenía de abrazarla, de volver a pedirle perdón por lo que había hecho, por haber vuelto a decepcionarla...

—Estoy bien mamá—dijo liberándome de su mirada.

Entonces entró la médica que la había tratado.

—Veo que ya estás despierta, señorita—dijo mirándonos a todos con el ceño fruncido.—¿Cómo te encuentras?—dijo chequeando el historial.

—Estoy bien—dijo ella incorporándose en la cama. Le habían quitado la ropa cuando la había traído inconsciente, y ahora solo la cubría un camisón de hospital.

—Tienes una leve conmoción cerebral—le dijo la médica para después cruzarse de brazos y mirarla fijamente—Eso no es lo que me preocupa, sino que estabas deshidratada cuando te trajeron aquí, la conmoción no ha sido la culpable de que te desmayases sino la falta de glucosa en tu cuerpo, ¿Hay algo que quieras contarnos?.

Me maldije interiormente pero no había nada que yo pudiese hacer para ayudarla.

Le mantuve la mirada cuando sus ojos volvieron a desviarse hacia mí.

—Simplemente...he estado distraída, nada más, se me olvidó comer— dijo volviendo a mirar a la médica. Esta no parecía en absoluto convencida.

—Te dije que debías comer Noah, no se que te ocurre últimamente pero esto no es normal en ti, creo que estás deprimida, o hay algo que no quieres contarnos...

La médica observaba a la madre y a la hija con atención a la vez que anotaba algo en el historial de Noah.

Noah parecía estar a punto de echarse a llorar. Tuve que controlarme para no acercarme y estrecharla entre mis brazos, besarla hasta que se le borrara aquella tristeza de la mirada, echar a todos los allí presentes y acariciarla hasta que se volviese a dormir, jurarle que podía confiar en mí, que no iba a volver a decepcionarla.

—Creo que deberías dejarla descansar—dije de forma demasiado brusca. Todos me observaron sorprendidos.

—Estoy de acuerdo—dijo la médica un momento después —Puedes irte a casa Noah, pero necesito que me prometas que comerás, que beberás muchos líquidos y que te tomarás las pastillas que te mande. Hay que tener cuidado con la conmoción, así que si vuelves a marearte o si se te nubla vista, vuelve de inmediato al hospital, ¿me has entendido?—dijo con seriedad.

Noah asintió lentamente, y cuando su madre salió con la médica y mi padre fuera de la habitación sus ojos miraron a cualquier sitio menos a mí.

—Me está volviendo loco verte así, Noah—le dije acercándome a los pies de su cama.

Ella respiró hondo varias veces.

—Lo mejor será que te vayas Nicholas, mi madre me llevará a casa.

Y con esa simple frase sentí que me ahogaba en mi culpabilidad... Tenía que recuperarla como fuera... pero no tenía ni idea de cómo hacerlo.

NOAH

Sabía que había sido una estúpida al haberme descuidado de aquella manera. Las cosas se habían desmadrado y se me habían acumulado demasiadas cosas a la vez. Lo de Nick, lo de la carta, la dichosa caída, el ver la sangre de Nicholas derramarse por su mejilla, todo había podido conmigo. Ahora ya estaba en casa, por fin, me dolía horrores la cabeza pero agradecía poder estar en mi habitación, tranquila y sin ningún tipo de drama alrededor. No tenía ni idea de donde estaba Nicholas, pero no tenía ningún interés en verle, ni en perdonarle. Nick seguía siendo un error, un error grandísimo, lo había terminado de comprobar la pasada noche en el bar. Estar con Nicholas solo me había traído problemas y sufrimiento, más sufrimiento del que ya sentía, y comprendí que iba a tener que dejarle ir, yo no le convenía, ni él a mí tampoco, y a pesar de que me dolía de una forma desgarradora pensar que no iba poder tenerle para mí, comprendí que era lo correcto, era lo adecuado si quería construir una nueva vida en aquel lugar, si quería encajar en aquella ciudad y recomponer los cachitos que se habían ido rompiendo de mi corazón a lo largo de mi vida.

Así que, me levanté de la cama dos días después dispuesta a dejar todo lo malo atrás. Había quedado con Jenna esa misma tarde para ir de compras, solo faltaba un día para que empezaran las clases, y aunque estaba nerviosa y asustada me alegraba dejar atrás el verano, quería empezar de nuevo, hacer las cosas mejor y recuperar a mi antiguo yo.

Gracias a Dios, Jenna era del tipo de persona que te absorbía cuando estabas con ella por lo que pude distraerme e intentar concentrarme en que el día siguiente sería mi primer día en St Mary.

Según Jenna era un colegio elitista, y dentro podías encontrarte todo tipo de personas, claro que había algo en común entre ellos y era que todos estaban forradísimos. No sabía cómo iba a hacer para poder encajar pero cuando me quise dar cuenta eran las siete de la mañana y el despertador sonaba para darme la bienvenida a mi primer día de instituto.

El uniforme ya arreglado y hecho a mi medida reposaba sobre la silla de mi escritorio y cuando salí del baño y comencé a vestirme aún con la oscuridad del amanecer no pude evitar sentirme como una completa extraña. Por lo menos me habían acortado la falda que ahora quedaba unos cinco dedos por encima de mis rodillas y la camisa ya no me estaba inmensa sino que se me ajustaba en las partes adecuadas. Me puse los zapatos negros y me observé en el espejo. Dios mío, qué horror, y es que encima tenía que ser verde, verde moho. El único problema que había era que no tenía ni idea de cómo hacerme la corbata. La cogí a la vez que cogía mi bolso y salí de la habitación con esos nervios que tiene uno el primer día colegio; solo que lo normal es sentirlos cuando se tiene seis años y no diecisiete.

En la cocina estaba mi madre, ya vestida pero con cara de dormida y una taza de café en sus dedos y sentado en frente a la isla estaba Nicholas. Desde que había regresado del hospital apenas le había visto, solo una vez que entró para ver como estaba, pero me hice la dormida por lo que llevábamos tres días sin hablarnos, aunque según mi madre ni siquiera había pasado la noche aquí. No pude evitar detenerme en la puerta un momento antes de tener el

coraje necesario de mirarle a la cara otra vez. Tenía el pelo despeinado pero estaba vestido como a mí me encantaba: con vaqueros que se la caían en las caderas y una camiseta no muy ajustada de color negro. Suspiré internamente antes de que mi mente recordara que se había acostado con otra habiendo estado yo en la habitación de al lado.

Sus ojos me observaron de arriba abajo y sentí vergüenza de que me viera con aquellas ridículas prendas. Pero para mi sorpresa no se ríó ni hizo ningún tipo de comentario sino que simplemente me observó unos instantes, para luego regresar su vista a el periódico. Me giré hacia a mi madre.

—No tengo ni idea de cómo se pone esta cosa ridícula, necesito que me ayudes.—Le dije siendo claramente consciente de lo dura que había sonado mi voz.

Mi madre se giró hacia a mí y sonrió más riéndose de mí que de otra cosa.

—Estas muy mona, Noah—dijo soltando una risita. Yo le puse mala cara.

—Parezco un elfo y no te rías—le dije sentándome en una de las sillas de la isla frente a Nicholas que seguía leyendo el periódico pero se le había formado una pequeña, casi ilegible, sonrisa.

—Te haré el desayuno, y pídele a Nick que te ayude con la corbata— me dijo levantándose y dándonos la espalda. Miré incómoda a Nicholas que había levantado su mirada hacía mí y me observaba con las cejas levantadas.

Mi madre puso música por lo que mis latidos quedaron reservados solo para mis oídos. No quería tener que acercarme a Nicholas, pero no sabía cómo ponerme aquella cosa y la verdad es que no quería pasarme media hora buscando un vídeo en YouTube que me explicase como hacerlo. Me puse de pie y me acerqué hacia él con la mirada clavada en cualquier sitio menos en él.

Él giró su silla hacia a mí y sin ponerse de pié colocó una mano en mi cintura hasta que quedamos frente a frente, yo de pié entre sus piernas abiertas.

—Te queda bien el uniforme—me dijo intentando entrelazar las miradas.

—Estoy ridícula, y no quiero que me hables—le dije poniéndome tensa cuando sus largos dedos acariciaron mi piel para levantar el cuello de mi camisa blanca.

Al otro lado de la cocina mi madre cocinaba y cantaba ajena a lo que estaba ocurriendo a tres metros suya.

—No voy a dejar de hablarte, voy a hacer que cambies de opinión—me dijo juntando su rostro al mío más de lo que se consideraría apropiado.— Te quiero para mí, Noah, y no voy a parar hasta conseguirlo.

¿Pero que estaba diciendo? ¿Se había vuelto completamente loco? Era de Nicholas Leister de quien estábamos hablando, él no era de nadie ni nadie era de él, aquello era ridículo.

Sus dedos volvieron a acariciar mi cuello, esta vez de una forma deliberada y sensual. Sentí como me estremecía y por un instante tuve que cerrar los ojos para poder concentrarme en lo que de verdad pensaba y quería. Y no quería a Nicholas haciéndome daño otra vez, ni ningún otro chico.

—¿Has terminado?—le dije entonces. Él detuvo sus dedos y me observó fijamente. Con un movimiento rápido me subió el nudo de la corbata hasta que estuvo colocado en su sitio y se puso serio.

—Sí, suerte en tu primer día—y entonces se levantó y sin venir a cuento me dio un beso rápido en la mejilla. Sentí un cosquilleo allí donde sus labios rozaron mi piel y una parte de mí quiso gritarle que me abrazara, que me acompañara aquel estúpido instituto y que me besara hasta perder el

sentido. Pero simplemente me quedé allí quieta hasta que escuché como salía por la puerta.

—Noah—me llamó mi madre desde el otro lado de la cocina. Al parecer me había quedado inmersa en mis pensamientos y ni la había escuchado.

Me giré hacia ella al mismo tiempo que depositaba mi taza de café frente a mí y una carta sin remitente.

Me puse tensa al instante.

—Ha llegado esta mañana—dijo ella mientras se terminaba de beber su café.—Tiene que ser de alguien de por aquí, no tiene ni sello y ninguna dirección... ¿tienes idea de quien puede ser?—me preguntó mirándome atentamente.

Negué con la cabeza al mismo tiempo que la cogía con manos temblorosas y la abría. Mi madre se encogió de hombros y regresó al periódico. Agradecí su falta de interés ya que estaba completamente segura de que me había puesto blanca como el papel.

Cuando la saqué del sobre la letra era la misma que la otra carta y decía lo siguiente:

Te estoy vigilando, espero el momento idóneo para ponerte las manos encima, lo deseo más que nada, te estoy asustando y me encanta, me hace feliz verte sufrir; no deberías estar aquí, nunca debiste estar.

Pdt: suerte en tu nuevo colegio.

P.A

Solté la carta sobre la mesa sintiendo un nudo profundo en el estómago.

Mi corazón comenzó a acelerarse y el miedo me recorrió por entera.

Aquellas cartas estaban empezando a preocuparme... ¿quién podía ser tan mezquino como para amenazarme de aquella forma? Quien fuese tenía que conocerme bien ya que estaba al tanto que empezaba el colegio aquel día.

Solo se me ocurría Ronnie y el único al que podía acudir si se trataba de él era la última persona a la que le pediría ayuda.

Me metí la carta en el bolsillo del jersey y me puse de pié.

—¿No te terminas el desayuno?—me preguntó mi madre frunciendo el ceño.

—Estoy nerviosa, ya comeré algo luego—le dije saliendo de la cocina y corriendo hacia mi habitación. Cogí la otra carta que escondía en mi mesilla de noche y la puse junto a la otra. Sí, en efecto era la misma letra y eran casi igual de breves, pero sí que había una diferencia, la firma. P.A. ¿Eso significaba que había más de una persona detrás de ello, y que firmaban con sus iniciales? ¿Dios mío como me había buscado enemigos tan pronto? Escondí las cartas en el cajón e intenté dejar de pensar en todo aquello. Aquel era mi primer día y no quería tener que estar preocupada por algo así. Si me llegaban más cartas decidiría hablar con alguien, a lo mejor Nicholas podía ayudarme, aunque preferiría no tener que acudir a él.

Salí de mi habitación y después de que mi madre se acabara el desayuno nos subimos a su coche y nos marchamos en dirección al colegio.

Había insistido en que quería llevarme y ahora me arrepentía de haber aceptado. Hubiese preferido ir en mi propio coche, para distraerme y no tener que pensar.

La entrada estaba abarrotada de estudiantes vestidos de verde. Había cientos de alumnos apoltronados en los bancos de fuera, mientras que otros entraban ya al impresionante recinto. Pude comprobar que algunos se quedaban fuera para poder fumarse su último cigarrillo o para alargar como fuera los últimos minutos antes de tener que entrar a la aburrida rutina. Recordé que eso mismo había ocurrido en mi antiguo instituto y fijándome un poco más en la gente vi

que todos parecían contentos por reunirse con sus amigos después del verano.

—Que tengas un buen día, cielo—me dijo mi madre y al girarme para despedirme vi que estaba emocionada.

—¿Qué demonios te ocurre?—le pregunté soltando una carcajada.

Ella intentó disimular pero fracasó, obviamente.

—Calla, me alegro que puedas venir aquí, eso es todo—me dijo limpiándose una lagrimita.

Sacudí la cabeza y le di un beso en la mejilla.

—Estas loca, pero te quiero—le dije bajando del coche sin poder evitar reírme.

Mi madre me saludó y luego se marchó. Mientras me acercaba hacia la puerta, cruzando todo el parque exterior y a los miles de alumnos apoltronados por los bancos y junto a la fuente alguien apareció a mi lado dándome un susto.

—¡Estas horrible nena!—me dijo Jenna dándome un empujón. Verla vestida de aquella forma, con lo glamurosa que ella era me hizo soltar una carcajada. A pesar del horrible uniforme y de ese color verde asqueroso, seguía estando atractiva. Sus largas piernas quedaban al descubierto y se veían elegantes con las medias y la falda extremadamente corta que llevaba. La mía no era precisamente larga pero si más recatada que la de ella y que la de la mayoría de chicas viendo lo visto.

—Cállate—le dije sonriendo.

—Ven te presentaré a mis amigos—me dijo tirando de mi hacia un banco con cinco personas. Allí sentados había dos chicas y tres chicos.

Fijándome bien vi que el amigo de Jenna y Nick, Sam, estaba allí sentado junto a Sophie y Luke, el que había organizado la fiesta de cumpleaños de Nick.

—¿Qué pasa Noah?—me dijo Sam desde su lugar en el banco. Sam era con quien me había tenido que besar en el

estúpido juego de verdad o reto. Era rubio y sus ojos marrones eran amables pero al mismo tiempo con ese aire travieso que tienen los niños pequeños. Me miró de arriba abajo con interés.—Estas cañón con ese uniforme.

No pude evitar poner los ojos en blanco. Nadie estaría cañón con esas horribles prendas, aunque los chicos con las camisas y los pantalones negros sí que estaban bastante atractivos. Sophie, la misma que se había estado comiendo con los ojos a Nick el día de la fiesta me observó con interés y no pude evitar preguntarme que se le pasaba por la cabeza. A su lado una chica morena con ojos claros y cuyo rostro me resultaba bastante familiar me observaba con cara de pocos amigos.

—Noah, ellos son Sam, que ya lo conoces—dijo Jenna mirándome divertida, ignoré su tono sarcástico— Sophie, Cassie, la hermana de Anna, de la que te hablé en la cena aquella vez—asentí comprendiendo porque me resultaba familiar. La hermana pequeña de Anna no parecía tenerme más aprecio que su hermanita mayor. Me observaba con frialdad y me estudiaba de arriba abajo. Aparté la mirada para fijarla en los otros dos chicos; Uno era moreno, con gafas pero nada feo, y el otro el típico matón rubio de ojos azules jugador de fútbol americano, seguro.—Y ellos dos son Jackson y Mark.—terminó presentándonos Jenna.

—Hola—les dije con una sonrisa amigable.

—¿Así que tu eres la nueva hermanastra de Nicholas Leister?—me preguntó Jackson con interés.

—Sí, soy yo—les dije intentando no suspirar.

—No sabes cómo te envidio—me dijo Sophie desde su lugar. Estaba clarísimo que estaba coladísimo por él, y odié el deseo de dejarle claro que nunca iba a ser suyo.

Un momento después mientras Jenna se terminaba su cigarrillo al igual que los chicos sonó el timbre.

—La hora de la tortura—dijo Mark, el rubio mientras apagaba el cigarro y se colgaba la mochila al hombro con destreza. Nos vemos dentro, Noah—me dijo y me sonrió.

Le devolví la sonrisa más por instituto que por otra cosa y mientras ellos se marchaban hacia sus clases yo me dispuse a entrar a secretaría para que me informaran de a que clase debía ir y a que me dieran los papeles correspondientes.

Mientras me encaminaba hacia el otro edificio contrario a donde estaban las clases, no pude reprimir el mirar hacia todos lados...

sentía como si alguien me estuviese observando. Me apresuré en entrar sintiendo una sensación extraña en el pecho.

El día pasó sin incidentes. Jenna era muy popular en el colegio y me presentó a un montón de gente a medida que pasaban las horas. Había terminado con ella en casi todas las clases, menos en español y en matemáticas, pero en cada una de ellas estaban o Mark, el guaperas o Sophie la enamorada de Nick. También había coincidido con Cassie en casi todas las clases y supe que me odiaba profundamente a medida que iban pasando las horas. No dejaba de intentar ridiculizarme o de poner los ojos en blanco a cada cosa que decía; y a pesar de que Jenna era muy popular, Cassie también lo era y para mi sorpresa lo era justamente porque su hermana había sido una leyenda al igual que Nick en aquel colegio de millonarios. Todos me preguntaban por él, que qué estaba haciendo o que como era convivir con él, otros habían estado presentes el día de las carreras y habían visto lo mal que nos llevábamos y por eso parecían creer que tenía algún tipo de derecho a mirarme mal o a hacer como si no existiera. Maldito fuera Nicholas Leister que hasta cuando no estaba tenía que complicarme la vida. También todos hablaban sobre la fiesta del primer día de

clase que harían aquel viernes que también era para darle la bienvenida a los nuevos. No tenía ni idea de lo que suponía eso pero cada vez que se mencionaba todos clavaban los ojos en mí de una manera misteriosa e inquietante.

Finalmente llegó la hora de regresar a casa y a la salida me esperaba mi madre para recogerme. Me preguntó sobre todo y de todos pero estaba realmente agotada por lo que hablé bastante poco en el camino de vuelta a casa. Solo pude descansar un rato y agradecí librar aquel día en el bar. Me acosté nada más llegar pero me despertó una voz conocida que no dejaba de hacerme saltar sobre la cama.

—¡Vamos despierta!—me dijo y entonces supe que era Jenna.

—¿Qué quieres?—dije abriendo los ojos después de la siesta más larga de mi vida.

—Lion y Nick van hoy a una fiesta de su universidad y nosotras vamos a ir—me dijo con una sonrisa radiante en su cara.

—Es lunes, Jenna, mañana hay clase—le dije sabiendo que de nada iba a servir quejarme.

—¿Y qué?—dijo poniendo los ojos en blanco—Las fiestas universitarias son las mejores, y sobre todo las de la universidad de Nick, enserio, Noah ¿sabes cuánto pagarían los de nuestro colegio por poder asistir?

Sacudí la cabeza al mismo tiempo que me incorporaba.

—No me hablo con Nick—le dije mirándola fijamente.

—Algún día tendréis que perdonaros, así que venga date una ducha que yo te elijo el conjunto.

Me empujó de la cama e intenté ignorarla lo máximo que pude mientras me daba una ducha caliente.

—¡Venga, ¿pero qué estás haciendo?!—me dijo al otro lado de la puerta.

Salí envuelta en una toalla y con el pelo chorreando. Jenna podía ser demasiado insistente cuando se lo proponía. Mientras me secaba el pelo sentada frente a mi tocador, abrí el cajón de la mesita para sacar el maquillaje y volví a ver los sobres que ahí escondía. Las malditas cartas me estaban amargando la existencia, no podía quitármelas de la cabeza, quería contárselo a alguien pero no me atrevía por miedo a causar más problemas. A pesar de lo enfadada que estaba con Nick, no quería que se volviese a meter en una pelea, y menos por mí; y sabía que eso era exactamente lo que ocurriría si le contaba lo de las cartas. Cerré el cajón con determinación y volví a repetirme a mí misma que era una simple broma de mal gusto, que Ronnie no iba a ser tan idiota como para amenazarme por carta, y que había miles de chicas que me odiaban por el simple hecho de ser la nueva hermanastra de Nick.

Me miré en el espejo y me propuse distraerme con lo que fuera, no quería seguir comiéndome la cabeza, necesitaba hacer cualquier cosa que me hiciese olvidar aquel problema. Empecé a maquillarme y Jenna se despidió de mí para arreglarse en su casa. Intenté pasarme todo el tiempo del mundo frente al espejo, no quería ni un segundo libre para darle vueltas a la cabeza; cuando ya estuve maquillada pasé a recogerme el pelo en un moño que me llevó por lo menos media hora, y cuando termine con eso pasé a probarme casi todos los vestidos que mi madre me había comprado y que aún estaban con etiqueta en mi armario. Me decidí por una falda de vuelo y un top ajustado de color negro.

Justo cuando iba a llamar a Jenna para ver a que hora pensaba recogerme escuché gritos fuera de mi puerta. Aún descalza, y con los tacones en una mano me asomé para ver lo que ocurría.

Los gritos venían de la habitación de mi madre y William. Fui hasta el pasillo para escuchar mejor...Estaban discutiendo.

—¿Qué querías que hiciera?!—gritaba mi madre fuera de sí. Siempre que gritaba de aquella forma era que estaba furiosa y no podía dejar de preguntarme qué es lo que había hecho William para enfadarla de aquella manera.

—¿Debiste contármelo!—gritó William aún más enfadado que ella.— ¿Eres mi mujer por Dios santo, como has podido ocultarme algo así!

Había muchas cosas que mi madre podría haberle ocultado pero solo una podía sacar de quicio a alguien de aquella forma.

—¿No podía...!—le contestó ella y mientras me concentraba para escuchar mejor alguien me apretó las caderas haciéndome pegar un salto y tirar mis tacones al suelo.

Me giré deprisa, asustada.

—¿Qué haces?!—le grité a Nicholas que estaba detrás de mí con las cejas levantadas y mirándome con curiosidad.

—Eso debería preguntártelo yo—me dijo entonces fijándose descaradamente en mi ropa. Yo tampoco pude evitar que mi mirada se desviase hacia su torso y aquella camisa blanca sin corbata que le sentaba también... Dios estaba guapísimo de blanco, el contraste con su pelo oscuro era increíble.

—¿Sabes por qué se están peleando?—le pregunté un poco aturdida.

Él miró detrás de mí donde los gritos se habían atenuado al haberse cerrado la puerta de la habitación.

—No—dijo simplemente colocando sus manos junto a mi rostro, aprisionándome contra la pared. De repente me faltó el aire para respirar—¿Ya vuelves a hablarme?—dijo

entonces, su boca captó mi atención, sus labios, su aliento en mi rostro...

—Apártate, Nicholas—dije intentando controlar mis sentimientos.

Quería apartarle con mis manos, pero me negaba a tocarle, no iba a hacerlo, no volvería a poner un solo dedo encima de ese cuerpo.

—¿Cuánto tiempo piensas alargar esto?—dijo frustrado, sus manos aún reteniéndome contra mi voluntad.

Respiré hondo.

—Hasta que comprendas que no quiero tenerte cerca.

Una sonrisa apareció en su rostro, aunque no le llegó a los ojos.

—Te mueres por besarme.

Sentí un malestar en el estómago, odiaba que me pusiese tan nerviosa, y odiaba que se hubiese cargado lo que había surgido entre los dos.

—Me muero por darte una patada.

Sonrió y yo me crucé de brazos, indignada.

—De nada por la invitación, por cierto—agregó un segundo después.

—¿De que hablas?

—La fiesta de hoy ¿Quién te crees que te ha invitado?

Maldije a Jenna internamente.

Entonces su mano dejó la pared y se colocó en mi mejilla. Su semblante había cambiado, y pasó a mirarme de una forma diferente, demasiado intensa para poder soportarlo.

—No me toques, Nicholas—le dije enfadada. No lo quería cerca, ya no, por mucho que me doliera la distancia, por mucho que quisiera olvidar lo ocurrido, no podía y no confiaba en él.

Su aspecto dolido y cabreado se me quedó grabado en la retina. No sabía muy bien lo que hacía negando lo que

sentía por él, pero me daba miedo acercarme, me daba miedo abrir mi corazón otra vez, y más aún a alguien como él. Mejor estar sola, así nadie podría controlarme, ni decirme lo que hacer, ni hacerme sufrir.

Aquella noche iba a olvidarme de todo, de la carta, del acosador y de Nicholas. Aquella noche pensaba emborracharme y dejar que el alcohol borrara todas las penas de mi vida.

NICK

Esa noche Jenna llevaría su coche por lo que no podría encargarme de llevar a Noah, que es lo que me habría gustado, sobre todo para vigilarla. Eso ya me había puesto de mal humor pero tampoco dejé que aquel detalle me afectase demasiado. Las fiestas en las fraternidades de la universidad podían ponerse bastante chungas y más cuando las chicas iban solas. No quería ni pensar en la de tíos que querrían ponerle las manos encima a Noah y solo con eso en mente pisé el acelerador hasta llegar a la casa en donde se celebraba el inicio del curso.

Yo no pertenecía a ninguna fraternidad pero varios amigos míos si lo hacían. Por eso mismo siempre estaba invitado y aquella fiesta sería una completa locura. La casa era una pasada, de tres plantas y la gente ya se había apoltronado en el jardín de la entrada, bebiendo cerveza de barriles y haciendo el gilipollas. Normalmente disfrutaba de aquellas fiestas pero lo único que me importaba en aquel instante era encontrar a Noah y saber que estaba bien.

Deje a Lion sin importarme si me seguía o no y mientras muchos me saludaban al verme subí las escaleras del porche y entré mirando hacia todos los lados. Ya era bastante tarde y muchas personas ya estaban demasiado borrachas para saber lo que hacían. Ignoré a las chicas que me llamaron al verme y me fui directo a la cocina buscando una melena multicolor y un cuerpo de infarto que estaba seguro terminaría por volverme majareta.

Mientras cogía un botellín de cerveza y la buscaba en el salón abarrotado de gente, la vi. Estaba con Jenna, ambas con vasos rojos de plástico y las mejillas coloreadas. Me

apoye contra la pared para observarla. Ella no podría verme desde donde yo estaba y disfrute de aquella ventaja. Me fijé en su aspecto, en cómo se movía con gracia y en como aquella falda le quedaba tan espectacular. Sus piernas estaban cubiertas por unas finas medias negras que deseé destrozar nada más verlas. Aquella noche llevaba el pelo recogido y pude ver el tatuaje de su nuca en la distancia. Mientras bebía me fijé en como cuando creía que nadie la veía su sonrisa desaparecía para inmediatamente llevarse la vaso de alcohol a los labios. ¿Qué le pasaba? Joder, deseaba acercarme y preguntarle directamente, deseaba que confiase en mí y así poder consolarla de lo que fuera la estaba preocupando pero sabía cuál sería su reacción. Me apartaría de su lado, ya me había dejado bastante claro que no quería tenerme cerca y ya no sabía que hacer.

—Lo tuyo ya es obsesión—me dijo la voz de Lion a mi lado.

—La quiero para mí—le confesé sin apartar la vista de ella, que ahora se servía nuevamente más cerveza. Había música sonando en los altavoces y pude volver a tener una vista de primera mano de cómo se movía de aquella forma tan seductora. Jenna la seguía y ambas se empezaron a reír a carcajadas, obviamente ya estando borrachas. No pude evitar fruncir el ceño.

A mi lado Lion soltó un silbido y luego una carcajada.

—¿Quién iba a decir que Nicholas Leister se podía enamorar?—dijo riéndose de mí.

—Capullo —le contesté llevándome el vaso a la boca y terminándome todo lo que había. Por alguna razón aparente necesitaba hablar con alguien sobre lo que sentía por ella, necesitaba ayuda para poder conquistarla, para que dejase de odiarme.

—Hay algo que esa chica nos está ocultando, tío, y tengo el presentimiento de que hasta que no lo averigües no vas a

poder acercarte a ella—me dijo y supe que tenía razón.

Había algo en Noah que la hacía desconfiar de la gente. Ocultaba algún secreto y yo deseaba descubrirlo para poder saber a qué atenerme...

La noche siguió su curso y yo me mantuve a raya. Bebí pero sin pasarme, no quería que se repitiera lo de la última vez y a la vez que me divertía con mis amigos de universidad mantuve un ojo clavado en Noah por si me necesitaba para algo o si le ocurría alguna cosa. No sabía porque pero cada vez que la veía llevarse aquel vaso a la boca más nervioso me ponía. No fue hasta que la vi subir a una mesa de cristal diminuta hasta que decidí intervenir. Estaba completamente borracha y aquella dichosa falda era tremendamente corta. Cuando todos los tíos de la habitación comenzaron a gritarle y comérsela con los ojos no pude más que tirar lo que tenía en la mano contra la pared y acércame hacia donde estaba montando aquel espectáculo. Me apresuré en esquivar a la gente a golpes hasta llegar hasta donde estaba. Aquella mesa era demasiado pequeña como para que alguien bailase en ella, un mal movimiento y se partiría la crisma.

En cuanto me vio su rostro se descompuso.

—¿Qué coño estás haciendo Noah?—grité por encima de la música, apartando a un gilipollas de un empujón que no dejaba de intentar acercarse para poder tocarla.

—Bailar—me gritó ella llevándose la bebida a la boca y tambaleándose peligrosamente. Aquello no era normal en ella, no se comportaría nunca de aquella manera.

No lo aguanté más. Me acerque, la cogí de las piernas y me la subí a la espalda. Todos los allí presentes me abuchearon y juró que me habría liado a golpes allí mismo si no cargara con aquella mujer exasperante en uno de mis hombros.

—¡Suéltame, idiota!—comenzó a gritarme mientras me golpeaba con sus puños diminutos.

No lo hice hasta que la saque fuera donde había menos gente. Los pocos que habían allí fumando me miraron riéndose y se callaron al ver la mirada fulminante que les lancé.

—¡Déjame!—me gritó y entonces la solté dejándola frente a mí.

Estaba acalorada y el pelo se le pegaba a la frente por el sudor.

—Podrías haberte hecho daño—le dije intentado controlar las ganas de meterla en el coche y llevármela a casa.

Me observó encolerizada sin saber muy bien que hacer, pero un segundo después comenzó a golpearme el pecho con sus puños y a insultarme de todas las maneras posibles. Le aparté los puños de mi pecho y los sostuve frente a ella esperando que se calmara.

— *Te odio* Nicholas...y me odio a mi misma por haber dejado que me hicieses daño...—me dijo clavando sus ojos en los míos. Sabía que era el alcohol el que hablaba pero cada una de sus palabras se clavaron en mi pecho de una manera dolorosa. No quería hacerle daño, solo quería protegerla, y joder si me estaba costando hacerlo.

—Lo siento—le dije soltándole las manos y apartándole el pelo de su cara al mismo tiempo que le cogía el rostro con firmeza.—No quiero hacerte daño, Noah—le dije observando cómo sus ojos me observaban entre tristes, enfadados y distraídos por el acceso de alcohol.

Me observó unos instantes y cuando acerque mis labios a los suyos sin poder aguantarme más, dio un paso hacia atrás soltándose de mi agarre y fulminándome con sus ojos color miel.

—Te dije que te apartases de mí— dijo respirando entrecortadamente— No quiero que me toques, no me

hagas tener que repetírtelo.

Y entonces me rodeó y volvió a entrar en la casa, dejándome allí completamente solo y más perdido que en toda mi vida.

Me quedé fuera fumando un cigarro detrás de otro. No quería ni pensar en lo que estaría haciendo Noah allí dentro pero no podía vigilarla porque entonces tendría que arrastrarla de vuelta a mi casa y eso sería lo último que ella me perdonaría. Estaba completamente enloquecido, de los nervios, no sabía qué hacer para que me perdonase, le había hecho daño y eso significaba que sentía algo por mí al igual que yo por ella pero más que alegrarme me hizo darme cuenta de lo idiota que era al haberla dejado marchar. Había cometido un error garrafal, Noah veía aquella noche en la que me acosté con esa tía como un recuerdo de los cuernos que su ex novio le había metido con su mejor amiga. Ella había estado reacia a empezar nada nuevo conmigo y eso era justamente por miedo a que le volviesen a hacer daño y yo había hecho justamente eso, había dañado a la persona más frágil y más fuerte que había conocido en toda mi vida.

Llevaba como una hora allí fuera, solo, pensando y maldiciéndome a mí mismo cuando Lion salió a buscarme.

—Tío, deberías entrar, Noah no está bien—me dijo y sentí como todo mi cuerpo se tensaba. Me puse de pie y le miré fijamente— Lleva vomitando más de media hora, está completamente borracha—me dijo y entonces lo vi todo blanco. Le aparté de un empujón y entré buscándola por todos lados.

La gente seguía bailando y bebiendo pero a mí solo me importaba encontrar a Noah.

—Está con Jenna en la primera planta, segunda puerta a la derecha—me dijo Lion que se había apresurado en acercarse a mí.

Corrí hacia las escaleras y abrí de un tirón la puerta de aquella habitación. Jenna estaba junto con otra chica al lado de una Noah completamente inconsciente y recostada sobre la cama.

Jenna me miró asustada.

—Sabía que se estaba pasando, pero no quiso escucharme, Nick—me dijo ella pero la ignoré hasta llegar a su lado y me arrodille junto a ella. Tenía el rostro pálido y sudoroso seguramente por el esfuerzo de haber estado vomitando durante tanto tiempo.

—¿Cuánto tiempo lleva así?—pregunté y al ver que nadie me contestaba me giré hacia Jenna furioso.— ¿Cuánto?

—Ha estado vomitando más de media hora y hace cinco minutos que perdió el conocimiento... o a lo mejor está dormida no lo sé Nicholas, lo siento, le advertí de que parara, pero...

—Déjalo, Jenna—le dije y entonces vi por el rabillo del ojo como entraba Lion en la habitación.

La otra chica que estaba junto a Jenna me miró con decisión.

—Estudio medicina, tranquilízate, su pulso es estable, simplemente se ha pasado, necesita dormir; mañana tendrá una resaca del quince pero está bien.

—¿Cómo puedes decir que está bien?—casi le grité al mismo tiempo que cogía el rostro inconsciente de Noah entre mis manos y la observaba completamente preocupado.

—Lo está, llévatela a casa y vigílala durante la noche—me dijo aquella chica y eso fue lo que me propuse hacer. Me levanté sintiendo que aquella noche iba a terminar pudiendo conmigo, saqué las llaves de mi coche y se las lancé a Lion.

—Trae el coche a la entrada, te veo abajo.

Lion asintió y salió por la puerta. Jenna se quedó allí observando a Noah y entonces me di cuenta de que estaba llorando en silencio.

—Lo siento Nick... no pensé que esto terminaría así—me dijo llena de culpabilidad.

—Ahora no me interesa lo que tengas que decir—le contesté con frialdad a la vez que me inclinaba sobre Noah y la cogía en brazos sin dificultad. Me asustó ver que apenas emitía sonido aunque respiraba con normalidad. Su cabeza se recostó sobre mi hombro y me culpé a mi mismo por no haberla sabido proteger otra vez. Estaba así por mi culpa pero había algo que no cuadraba y mientras bajaba las escaleras con ella en brazos no pude dejar de preguntarme qué demonios había ocurrido como para que ella decidiese emborracharse de aquella manera...

Lion y Jenna se quedaron en la fiesta ya que Lion no quería que Jenna regresase conduciendo sola hasta su casa. En cuanto aparqué en la entrada y me giré para observar a Noah no pude evitar tener una especie de deja-vú muy desagradable. La misma noche que había conocido a Noah ella había acabado justamente así, solo que drogada por algo que le habían metido en la bebida. Eso también había sido culpa mía y al recordar como la había dejado tirada en la carretera me ayudo a comprobar lo cabrón que había sido con ella desde el mismísimo minuto que la había visto por primera vez. No me la merecía pero ya no había nada que pudiese hacer, me había cautivado.

Me bajé del coche y la saqué con cuidado. Seguía completamente inconsciente y tuve que darme prisa al entrar en la casa y subir las escaleras. Era bastante tarde y lo menos que quería era que Rafaella viera a Noah en ese estado tan lamentable. Me fui directamente hasta mi habitación, sin pensármelo ni un segundo. Aquella noche no apartaría los ojos de ella hasta que no la viera recobrar el

sentido y cuando la deposité con cuidado sobre mi cama no pude evitar pensar que había deseado recostarla sobre esas almohadas desde le a primera vez que la había visto con un vestido puesto y ahora tenía que traerla en aquellas condiciones. Le quité los zapatos con cuidado al mismo tiempo que encendía una pequeña luz que había en mi mesita de noche. Estaba tan inconsciente que ni siquiera se había percatado de la completa oscuridad que nos había rodeado por un momento y eso hizo que sintiese una opresión en el pecho que no me dejaba ni respirar. ¿Y si estaba peor de lo que parecía? ¿Y si debía llevarla a un hospital para que la vieran? Descarté aquel último pensamiento ya que Noah era menor de edad y se metería en un buen problema si se enteraban que había estado bebiendo alcohol en exceso.

No quería que pasase frío ni que estuviese incómoda con aquella ropa. Con la mente fría comencé a quitarle la falda y después las medias.

Fui a coger una de mis camisetas y antes de comenzar a pasársela por la cabeza, algo captó mi atención. Noah tenía una larga cicatriz que le cubría un costado del estómago... Me quede observándola con la mente completamente perdida. ¿Cómo se había hecho eso? No era una cicatriz normal, era grande y seguramente había llevado muchísimos puntos. Uno de mis dedos se deslizó por la superficie suave de aquella marca que destrozaba el cuerpo más espectacular que había visto en mi vida. En sueños Noah se inquietó y aparté la mano de golpe. ¿Era por eso que nunca había querido estar en biquini? ¿Por la cicatriz? Entonces muchos momentos y detalles se me cruzaron por la mente teniendo sentido por fin.

Cómo es que siempre iba con un bañador, o como se ponía nerviosa si se le mencionaba que se quitase la ropa; cuando habíamos jugado a verdad o reto su rostro se había

descompuesto cuando le propusieron quitarse el vestido y a ahora entendía el por qué de aquella reacción.

Entonces fue cuando comprendí que Noah estaba a miles de kilómetros de mí, había muchas cosas que no sabía de ella y sentí la necesidad de protegerla de cualquier cosa que la preocupase o de la que tuviese miedo.

Le pasé la camiseta por la cabeza y la cubrí con mis mantas.

¿Qué le había ocurrido? ¿Quién era Noah Morgan en realidad?

Con esos pensamientos en mente me recosté a su lado abrazándola contra mi pecho y deseando protegerla de todo y de todos, porque algo le había pasado y yo terminaría descubriendo el qué.

NOAH

Hacía muchísimo calor. No veía nada a mí alrededor y sentía como si me estuviesen asfixiando. Solo tarde un instante en comprender por qué me sentía como a cuarenta grados de temperatura. Unos brazos me rodeaban apretándome contra un cuerpo caliente y grande. Estaba completamente aturdida cuando mis ojos se posaron en un Nicholas profundamente dormido.

¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Y qué demonios hacía en la cama con él?

Mis ojos recorrieron mi cuerpo comprobando que estaba vestida pero con una camiseta que no era mía y que me quedaba grande como un camisón.

Se me cortó la respiración.

Alguien me había desnudado.

El pánico se apodero de mí de una forma abrumadora. La respiración se me aceleró y me incorporé como pude apoyando la cabeza en el cabezal de la cama. Entonces al notar mi movimiento Nicholas abrió los ojos aturdido un segundo e incorporándose y mirándome con precaución un segundo después.

—¿Estás bien?—me dijo inspeccionando mi rostro con escrutinio y cautela.

—¿Qué demonios estoy haciendo aquí?—le pregunté deseando no haber estado demasiado borracha como para no haber podido cambiarme yo sola en un cuarto de baño.

—Te desmayaste anoche y te traje aquí para poder vigilarte—me dijo mirándome de una forma extraña. Tenía el pelo despeinado y había dormido con la misma ropa que llevaba ayer.

—¿Qué pasó luego?—pregunté intentando mantener la calma.

Él me observó unos instantes sopesando sus palabras. Mi corazón aceleró su carrera.

—Te quite la ropa y te metí en la cama—me dijo y entonces mi autocontrol se fue a la mierda.

Me levanté y me fui hacia la otra punta de la habitación. Le mire sin poderme creer lo que había hecho.

—¡Como has podido!—le grité fuera de mí. Nicholas no podía haber visto mi cicatriz, no podía, eso abría las puertas a un pasado al que no podía ni quería regresar.

Él se puso de pie y se acercó hasta donde estaba con precaución.

—¿Por qué te pones así? —me dijo dolido y enfadado; yo apenas podía controlar mi respiración.—Sea lo que sea lo que tanto te preocupa debes saber que a mí no me importa y que no se lo diré a nadie... Noah por favor deja de mirarme así, estoy preocupado por ti.

—¡No!—le grité furiosa—¡No puedes preocuparte por algo que no entiendes ni sabrás nunca!

Necesitaba salir de aquella habitación, necesitaba estar sola, las cosas no estaban saliendo como yo esperaba, nada salía como yo deseaba.

Sentí un nudo en el estómago y muchas ganas de echarme a llorar.

Le miré fijamente; parecía no saber qué hacer pero al mismo tiempo estaba decidido en algo.

—No pienso repetirte que te mantengas alejado de mí.

Su rostro se transformó, se enfureció y se acercó cogiéndome el rostro entre sus manos. Me quedé quieta intentando controlar mi respiración y los nervios que me estaban haciendo trizas por dentro.

—Entérate de una vez, no pienso irme a ningún lado, voy a estar aquí por ti y cuando estés lista para contarme qué

demonios te ocurrió verás que has estado cometiendo un grave error al mantenerme alejado de tí.

Le di un empujón y agradecí que se apartara.

—Te equivocas, yo no te necesito—le dije cogiendo mis cosas del suelo.

Salí dando un fuerte portazo.

Quería llorar, deseaba llorar sin parar dejar que toda la angustia que sentía en ese instante saliese de mi interior. Nicholas había visto mi cicatriz, ahora sabía que algo había ocurrido, algo que no deseaba sacar a la luz, algo de lo que me avergonzaba, algo que había decidido enterrar profundamente.

Con las manos temblorosas me quité la ropa que llevaba puesta, me metí bajo el agua hirviendo dejando que mi cuerpo se calentase, intentando entrar en calor otra vez, pues me sentía helada, helada por dentro y por fuera, pero cuando salí del baño y vi un sobre blanco sobre mi cama, me sentí desfallecer. Otra vez no, no otra carta, por favor no, *hoy* no.

Con manos temblorosas cogí el sobre. Esto ya era acoso, debía contarlo, debía hablarlo con alguien. Saqué el papel que había dentro y con el miedo apoderándose de mí empecé a leer:

¿Recuerdas lo que me hiciste? Yo no puedo olvidarme de ese instante en el que te lo cargaste todo, absolutamente todo. Te odio, a ti y a tú madre, ¿os creéis importantes por vivir bajo el techo de un millonario?

Solo sois unas putas que se venden por dinero, pero eso no durará: yo voy a asegurarme de ello, y cuando lo haga, lejos quedarán los días en los que ibas a un bonito colegio con uniforme.

A.P.A

Aquello iba de mal en peor, debía contarlo, debía decírselo a mí madre, pero una parte de mí me impedía

hacerlo, ella estaba tan feliz con Will, no quería que se enterase que ya me había hecho enemigos en esa ciudad, no quería contarle lo de Ronnie, no sin meter a Nicholas en problemas. Lo que había ocurrido en las carreras era ilegal, y si íbamos a la policía iba a tener que contar todo lo que habíamos hecho; Nicholas tenía 22

años, podía ir a la cárcel y si Ronnie era el culpable y lo arrestaban, no iba a dudar en empezar a soltar todo lo que sabía de Nicholas y de mis amigos. Las cosas podían acabar muy mal si no tenía cuidado.

Me daba miedo salir sola, me sentía tan abrumada, tan profundamente triste que solo quería olvidarme de todo otra vez, igual que había hecho la noche anterior. Beber hasta desmayarme sonaba horrible y ahora que me había despertado tenía una resaca que me estaba matando pero había merecido la pena, sí, lo había hecho porque estaba tan desbordada de problemas, de demonios interiores, que nada parecía tener sentido, todo a mi alrededor amenazaba con destruirme, y yo solo quería elegir la vía fácil.

Me senté en la silla y me fijé en la hora. En menos de cuarenta y cinco minutos tenía que estar en el instituto para mi segundo día de clase y no había cosa en el mundo que sonara tan ridícula como eso en aquel instante. Como si otra persona me controlase me vestí con el uniforme, sintiéndome mal por llevarlo, las palabras de esa persona habían calado en mi interior, era verdad que yo no merecía llevar aquella vida, no me pertenecía.

Cuando bajé a desayunar solo estaba Nicholas en la cocina y su padre.

Ambos estaban inmersos en una conversación y se callaron en cuanto entré.

—¿Y mi madre?—pregunté, mientras sin mirar a ninguno de los dos me acercaba hasta la nevera y sacaba la leche.

—Aún descansa, hoy te llevaré yo al colegio si no te importa—me dijo William con una sonrisa tensa. La noche anterior mi coche había estado haciendo ruidos raros y le había pedido a Steve si lo podía llevar al taller. Miré a William y vi que estaba raro, pasara lo que pasase ayer entre los dos debía de haber dejado mal a mi madre como para que no quisiese levantarse de la cama. Le observé con el entrecejo fruncido y asentí mientras hacía una nota mental para averiguar qué demonios había ocurrido entre esos dos.

Nicholas apenas me dirigía la mirada y lo agradecí. No podía mirarle a la cara, no sabiendo lo que sabía de mí.

—Nick, mañana quiero que trabajes conmigo en un caso en el que estoy muy ocupado, te servirá para tu programa de prácticas y díselo a Jeff, el también querrá participar—le dijo William a Nicholas mientras él levantaba la mirada y le observaba atentamente.

—¿Trabajas sobre ese caso de violación, verdad?—le preguntó y yo le observé asombrada de que le pudiese interesar alguna otra cosa que no fueran las chicas o las fiestas.— ¿Cómo va?

William le dio otro trago a su café y contestó.

—Si todo sigue como lo planeado, meteremos a ese mal nacido en la cárcel—dijo él, muy seguro de sí mismo. William era una persona que transmitía confianza, serenidad, algo que mi madre carecía desde hacía muchísimo tiempo. Viéndolos juntos las últimas semanas me había hecho comprender que él era justamente lo que necesitaba y no podía entender qué podría haber hecho para enfadarla tanto como para que ella ni siquiera bajase a desayunar.

—¿Estas lista, Noah?—dijo entonces mirándome a mí.

—En cuanto me anudes la corbata podemos irnos—le dije y él sonrió.

Era la primera vez que le pedía algo directamente y fue extraño... sin darme cuenta había ido cogiendo confianza y la verdad es que ya me sentía lo bastante cómoda como para no temer ir con él en el coche a solas.

El día paso rápido, gracias a Dios; Jenna se había deshecho en disculpas por haberme dejado beber tanto; algo de lo que no debía disculparse puesto que había sido culpa mía y solo mía, y muchas chicas que ni siquiera conocía se me habían acercado para preguntarme sobre cómo era vivir con Nicholas Leister. Al parecer me había convertido en la comidilla de la escuela, y todos o querían criticarme o querían ser amigos míos. Jenna me decía que ese era el precio de la popularidad, que ya me acostumbraría pero solo quería meterme bajo una piedra y que nadie me echase cuenta. Sobre todo porque junto con las frikis enamoradas de Nick también estaban las resentidas que me odiaban por pasar tiempo con él, entre ellas y para nada algo inesperado se encontraba Cassie la hermana de Anna. No sabía muy bien qué se traía entre manos pero cada vez que nuestras miradas se cruzaban se ponía a cuchichear con las que estuviesen a su alrededor para después echarse a reír. Era de lo más infantil pero yo no estaba de ánimos para algo así. Las ignore a ella y a sus grupies y pase el día con Jenna y sus amigos que sorprendentemente me caían bien. Siempre estaban haciendo planes y creando fiestas sin ningún motivo aparente. Aquella noche por ejemplo tenían planeado ir a casa de Jenna a beber y pasar el rato y después de pensármelo, y a sabiendas de que si me quedaba en casa solo iba a ponerme a pensar en lo de las cartas, acepté en ir, necesitaba distraerme, aunque esta vez sin pasarme.

A la salida del colegio no vi el coche de mi madre esperándome, pero a medida que la gente se iba me

percaté de una figura agazapada contra un árbol y que no me quitaba los ojos de encima.

Ronnie.

Mi corazón comenzó a latir aceleradamente y sentí la adrenalina por todo el cuerpo. Si él era el de las cartas, y seguramente ese era el caso, estaba metida en un buen problema. Me sonrió al ver que le observaba y me indicó que me acercara. Estaba bastante apartado pero no lo suficiente como para hacerme daño sin que nadie me viera. No quedaban muchos alumnos pero si los suficientes como para sentirme segura para acercarme. ¿Dónde demonios estaba mi madre?

Me dije a mi misma que debía zanjar aquel tema lo antes posible y caminé todo lo erguida de lo que fui capaz. Cuando le tuve delante, mis ojos volvieron a fijarse en ese pelo oscuro casi rapado y en los miles de tatuajes que surcaban sus brazos y parte de su clavícula.

—¿Qué es lo que quieres?—le dije sin rodeos y esperando que no se me notara el nerviosismo en la voz.

Él se echo a reír ante mi pregunta.

—No tan rápido preciosa—dijo mirándome con lascivia desde la punta de los pies hasta mis ojos—Estás muy sexy con ese uniforme que llevas de niña rica, sería divertido quitártelo—me dijo separándose del árbol y mirándome desde su altura.

—Eres asqueroso, y si eso es todo lo que tienes que decirme...—le dije dándome la vuelta pero me cogió del brazo acercándome hasta él.

—¿Te crees que puedes humillarme como tú lo hiciste y salirte de rositas?— dijo acercando su boca a mi oreja. Intenté apartarme pero me sujetaba con fuerza, además quería escuchar lo que tuviera que decirme, quería saber si era él el de las cartas.

—Eres un mal perdedor, yo que tú me dedicaba a otra cosa—le dije yo haciéndome de todo mi autocontrol, y soltándome de un tirón.

Sus ojos se clavaron en mi blusa.

—Eres peleona como una gatita y lo suficientemente apetecible como para captar mi interés pero como vuelvas a abrir la boca para decir una gilipollez más juro que...

—¿Qué?, ¿qué vas hacerme?—le interrumpí mirando hacia atrás y queriendo demostrarle que allí no podía ponerme un solo dedo encima.

Él me observó otra vez pero estaba pensativo e intentaba mantenerse bajo control.

—Te haré de todo, dalo por hecho, pero a su debido tiempo—dijo sonriendo como si estuviese charlando del tiempo—Tengo una cosa para ti, algo que seguro que no te esperas.

Entonces la vi: otra carta. Era él, era Ronnie el de las amenazas.

—Acabas de delatarte—dije con voz temblorosa.

El negó con la cabeza.

—Tu bromita pesada ya no es tan pesada como al principio ¿qué me impide denunciarte por acoso?—le dije observándole con frialdad y falsa calma.

El soltó una carcajada.

—Yo solo soy el mensajero, preciosa—me dijo rozándome con el papel la mejilla izquierda—Al parecer no soy el único que desea ponerte las manos encima.

Me quedé quieta sin entender lo que estaba queriéndome decir. ¿Si él no era el de las cartas, quien demonios era?

Justo cuando estiré la mano para cogerla un coche apareció justo a mi lado.

—¡Apártate de ella!—dijo la voz de Nicholas a la vez que sonaba un portazo y aparecía tras mi espalda tirando de mí

y colocándome detrás de él.

Ronnie no pareció impresionado, es más, sonreía como un gilipollas al que le hubiesen dicho que se ha ganado la lotería.

Me apresuré en meterme la carta en el bolso antes de que Nicholas pudiese verla.

—¿Qué coño haces aquí?—le ladró de forma amenazadora.

Ronnie le observó unos instantes.

—Veo que no estaba equivocado, ¿tú también has querido meterte en sus bragas eh, Nick? —dijo riéndose.

Nicholas dio un paso al frente pero yo me apresuré en cogerle del brazo y tirar de él.

—No lo hagas—le pedí. Lo último que quería era Nicholas peleándose otra vez con ese mal nacido.

Nick bajó la mirada hacia a mí y la clavó en mis ojos. En su rostro se veía la rabia pero también el miedo, miedo de que me hiciese daño.

—Hazle caso a tu hermanita, Nick, no quieres pelearte conmigo, no aquí—dijo él mirando hacia atrás donde seguramente ya habíamos captado la atención.

—Procura que no te vuelva a ver con ella, o juro por Dios que no volverás a ver la luz del sol— dijo dando un paso hacia adelante.

Ronnie sonrió otra vez, me guiñó un ojo y luego se subió a su coche. Yo comencé a temblar en cuanto desapareció por la calle. No sabía que había estado sin respirar durante tanto tiempo.

Nick se giró hacía a mí y me colocó ambas manos en las mejillas.

—Dime que no te ha hecho nada—me pidió observándome el rostro.

Negué con la cabeza a la vez que intentaba controlar mis emociones.

No podía parecer débil, no delante de él.

Di un paso hacia atrás. Las manos de Nick cayeron delante de mí.

—Estoy bien—dije con la voz calmada—Llévame a casa.

Ya en el coche pude tranquilizarme. La respiración paso a ser regular y mis nervios solo se manifestaron en el temblor de mis manos que coloqué bajo mis piernas para poder disimular. Me moría de ganas y de miedo por abrir la carta. Aunque me decía a mí misma que no iba a querer leerla que lo que ponía en ese papel me derrumbaría más de lo que ya estaba.

—¿Qué te ha dicho, Noah?—me preguntó Nicholas después de haber estado un rato callado. Me giré hacia él sin saber muy bien que contestar.

—Me amenazó—le dije, siendo sincera en ese aspecto.

Sus manos se aferraron con fuerza al volante.

—¿Cómo exactamente?—me preguntó entonces.

Yo sacudí la cabeza.

—Eso no importa, lo que sí importa, en cambio es que quiere vengarse por lo de las carreras—dije notando que mi voz temblaba un poco.

—No te pondrá un solo dedo encima—juró él mirando hacia adelante.

Agradecía su preocupación por mí pero no era necesaria. Yo sabía cuidarme sola.

—Por supuesto que no lo hará—coincidí yo... pero ¿estaba diciendo la verdad?

Al llegar a casa me fui directamente a mi habitación. A Nicholas le esperaban en el salón, su padre y un montón de abogados más para trabajar en ese caso tan importante por lo que solo tuve que enfrentare a mi madre al llegar a casa.

Al contrario que otras veces se la veía cansada y ojerosa. Me dio un abrazo en cuanto me vio y pude ver tras sus espaldas que William nos lanzaba una mirada preocupada.

Fuera lo que fuera por lo que habían discutido era más grave de lo que pensaba.

—¿Estás bien, mamá?—le pregunté mirándola fijamente cuando por fin me soltó.

—Claro—dijo no muy convincente—Ve arriba y descansa.

—¿Va todo bien entre Will y tú? , puedes contármelo—le dije intentando sonsacarle algo. Ella negó con la cabeza a la vez que me ofrecía la sonrisa más falsa que había visto en mucho tiempo.

—Todo está estupendamente cariño, no te preocupes—me dijo.

Yo asentí dudosa, pero no podía quedarme a sacarle información, tenía que leer la carta que me había dado Ronnie.

Subí a mi habitación y la saqué de mi bolso con los nervios a flor de piel.

La carta comenzaba así: *Alguien dijo una vez que el cielo no existiría sin el infierno, que el bien no se concedía sin el mal, que la luz no existía sin la oscuridad...Bien, esa persona es muy sabia. Otra persona también dijo una vez que del amor al odio no hay más que un paso... eso es algo muy cierto, porque yo te amé, Noah, te quise con locura y solo hicieron falta unas cuantas horas para llegar a odiarte sobre todas las cosas... Porque te odio, Noah Morgan, te detestó y voy a ir a por ti. Me has arrebatado todo cuanto me importaba y ahora pagaras las consecuencias.*

No hay luz sin oscuridad, Noah, y tú perteneces a esta última. Con amor:

P.A.P.A

Se me callo la carta. Y los recuerdos regresaron:

Acababa de dejarme el autobús del colegio junto a la puerta de casa. Tenía solo seis años y llevaba un dibujo en la mano. Había ganado un premio, el primer premio, y

quería contárselo a mis padres. Entré corriendo con una sonrisa en la cara y entonces lo vi.

Mi madre estaba sobre el suelo, rodeada de cristales. Habían roto la mesita del salón, otra vez. De la mejilla izquierda de mi madre salía un montón de sangre y tenía el labio partido y un ojo morado. Pero se puso de pie como pudo en cuanto me vio entrar por la puerta.

— Hola cielo—me dijo entre sus lagrimas.

— ¿Te has vuelto a portar mal, mami?—le pregunté acercándome hacia ella con paso vacilante.

Ella asintió y entonces un hombre alto y muy fuerte apareció en el umbral.

— Ve a lavarte, yo me encargo de ella—dijo mi padre. Mi madre me observó unos instantes y luego desapareció tras la puerta de su habitación.

Me giré hacia él con mi dibujo aún en la mano.

— ¿Qué ha hecho hoy mi niña preciosa?

Sentí como mi respiración se aceleraba debido a los recuerdos. Me senté junto a la cama y me abrasé las rodillas con los brazos... Aquello no podía estar pasando...

Un día diferente; estaba ayudando a mi madre a cocinar, pero ella estaba nerviosa, aquel día las cosas no parecían salirle bien. El pan se le quemó y la pasta se le pegó. Sabía lo que ocurriría, lo sabía y sentía el miedo en el cuerpo. Solo era una niña pero entendía que si te portabas mal, como mi madre estaba haciendo, había castigo.

— ¿Qué coño es esto?—dijo él y entonces se levantó tirando la mesa de un fuerte movimiento. Los platos y los vasos se estrellaron contra el suelo y me levanté corriendo y me marché fuera de la habitación. Como siempre que ocurría aquello me tapé las orejas con las manos y comencé a tararear una canción. Mamá me había dicho que lo hiciera y yo no pensaba desobedecerla.

Pero los gritos y los golpes se escuchaban aún así.

Sentí como las lágrimas comenzaban a caer por mi rostro...había pasado tanto tiempo desde que había vuelto a recordar...

Papá olía mal, aquel día sería un día malo. Siempre que papá olía de aquella forma tan amarga las cosas terminaban mal. Los gritos comenzaron unos minutos después junto con el estruendo de algo al romperse. Corrí a mi habitación y me encerré allí. Me metí bajo las mantas y apagué la luz. La oscuridad me protegería, la oscuridad era mi aliada...

Volví en mí y sentí el retumbar de mi corazón contra el pecho. Aquello no podía estar volviendo a ocurrir. De repente me entraron ganas de vomitar y eso fue exactamente lo que hice. Corrí hasta el baño y eche toda la poca comida que había ingerido durante el día. Me recosté contra el lavabo y metí mis piernas entre las rodillas. Necesitaba calmarme, necesitaba recuperar la compostura. Mi padre estaba en la cárcel, mi padre estaba en la cárcel... No podía hacerme daño, estaba encerrado, en otro país a miles de kilómetros de distancia muy, muy lejos, pero entonces ¿quién podía hacerme algo así?

Nadie conocía mi pasado, absolutamente nadie, solo mi madre, la de la junta de menores y el tribunal que había llevado el caso y había encerrado a mi padre. ¿Por que seguía encerrado, verdad? ¿Lo seguía?

Me eché agua en la cara intentado tranquilizarme. No me iba a derrumbar, no iba a hacerlo, no iba a hacerlo, no iba a hacerlo...

Necesitaba una distracción... solo una.

Cogí el teléfono y marqué.

—¿Jenna?—dije un momento después—Necesito tu ayuda.

NICK

Algo estaba ocurriendo. Noah estaba diferente; se comportaba de una manera extraña. Desde que habíamos regresado del colegio aquella tarde no había vuelto a bajar; deseaba largarme del salón donde me tenían trabajando, deseaba ir a verla porque sabía que algo iba mal. Desde que había visto la cicatriz en su cuerpo todas las alarmas habían empezado sonar, algo le había ocurrido y algo estaba sucediendo ahora para que se estuviese comportando de aquella manera; emborracharse, subirse a mesas y bailar, esa no era Noah, no la que yo conocía, no de la que yo me había enamorado.

Apenas me hablaba, le había hecho daño, y me merecía estar apartado de ella pero no podía dejar que le pasase nada malo, debía protegerla de ese mal nacido y si hacía falta perseguirla o vigilarla a escondidas lo haría.

En ese momento sonó mi teléfono. Lo cogí y hablé con mi hermana. No iba a poder estar su primer día de colegio y me partía el corazón pero no podía dejar desprotegida a Noah. En el fondo me sentía culpable pero algo me decía que debía estar aquí para ella. Le dije a mi hermana que en cuanto pudiese iba a ir a visitarla y que le deseaba un buen primer día de clase. Me la imaginaba con su uniforme minúsculo y su mochila de Cars y sentí un profundo remordimiento en el estómago.

Los días pasaron y el jueves ocurrió algo que me dejó descolocado por completo. Al subir a mi habitación después de llegar exhausto de la universidad escuché ruidos y risas procedentes de la habitación de Noah.

Sin dudarlo un segundo abrí la puerta de un tirón y allí me la encontré con tres amigas y dos tíos. El humo que había en la habitación y el profundo y denso olor te daba a entender perfectamente que estaban fumando porros. Jenna estaba allí junto al imbécil del amigo que se había enrollado con Noah el día del juego de la botella. Cassie la hermana de Anna también estaba y solo llevaba la falda del colegio y un sujetador rojo de encaje.

—¿Qué demonios está ocurriendo aquí?—bramé en cuanto vi aquel espectáculo. Gracias a Dios Noah estaba completamente vestida pero tenía entre sus dedos un pitillo blanco que la envolvía con un blanco humo a su alrededor.

—¡Nicholas lárgate!—me gritó ella poniéndose de pie.

Me cegaron las ganas de zarandearla y de echar de una patada a todos los allí presentes.

Di cinco pasos hasta llegar hasta ella y le arrebaté el porro de la mano.

—¿Qué haces fumando esta mierda?—le dije fulminándola con los ojos.

Ella me observó unos instantes y después se encogió de hombros indiferente. Tenía los ojos rojos y las pupilas dilatadas. Estaba colocada.

—¡Todos fuera!—grité a los demás.

Las chicas se sobresaltaron y los dos tíos me miraron con desafío.

—¿Qué te pasa tío? Solo estamos pasando el rato—exclamó uno de ellos poniéndose de pie y encarándome.

Le miré fijamente procurando no perder los nervios.

—Empieza a caminar hasta la puerta si no quieres que te patee el culo hasta la entrada—le dije acercando tanto mi rostro al suyo que pude oler su asqueroso aliento a marihuana.

Él levantó las manos frente a nosotros.

—Vale, vale, tranquilízate tío—me dijo y se puso a recoger las cosas.

Noah estaba con las manos apoyadas en sus caderas con semblante desafiante.

—¿Quién te crees que eres?—me preguntó ignorando a sus amigos que se marchaban por la puerta.

Esperé hasta verlos desaparecer, incluida la idiota de Jenna y cerré la puerta de un portazo.

—¡¿Qué quién soy?!—le bramé procurando mantener las distancias con ella. No podía acercarme o no sabía lo que haría.— ¡¿Quién eres tú joder?!

—Déjame en paz—dijo ella rodeándome para salir por la puerta. La cogí inmediatamente por los brazos y la obligue a mirarme.

—¿Me puedes explicar qué coño te está pasando?—le dije furioso.

Ella me miró y vi en sus ojos algo oscuro y profundo que me ocultaba, sin embargo me sonrió sin alegría.

—Este es tu mundo, Nicholas—me dijo con calma— Simplemente estoy viviendo tu vida, disfrutando de tus amigos y sintiéndome libre de problemas. Esto es lo que hacéis y esto es lo que se supone que tengo que hacer yo—me dijo y dio un paso hacia atrás para apartarse de mí.

No daba a crédito a lo que oía.

—Has perdido completamente el control—le dije bajando el tono de voz. No me gustaba lo que veían mis ojos, no me gustaba en quien se estaba convirtiendo la chica de la que yo creía estar enamorado. Pero lo que hacía y *cómo* lo hacía... era lo mismo que yo había hecho, lo mismo que había estado haciendo antes de conocerla; yo la había metido en todas estas cosas; había sido mi culpa. Era culpa mía que se estuviese auto destruyendo. De cierta forma habíamos cambiado los papeles. Ella había aparecido y me

había sacado del oscuro agujero en el que yo me había metido pero al hacerlo había terminado por ocupar mi lugar.

—Por primera vez en mi vida creo que soy yo la que lleva el control, y me gusta, así que déjame en paz—me dijo dándome un empujón y saliendo por la puerta.

Me quedé quieto donde estaba. ¿Qué podía hacer? Noah escondía algo y no iba a contármelo a mí; yo había perdido su confianza hacia tiempo y ganármela iba a suponer entrar en su juego... Quería protegerla, quería sacarla de donde se estaba metiendo, ¿pero cómo hacerlo si apenas quería encontrarse en la misma habitación que yo...?

Querer a esa chica era algo que acabaría con la poca paciencia que me quedaba.

Aquella noche mi padre y Rafaella se marchaban a una reunión y pasarían la noche en el Hilton del centro. Yo me quedaría en casa vigilando a Noah y procurando que no se metiera en ningún otro desastre.

No sabía muy bien desde cuando me había convertido en su guardaespaldas pero había algo en ella que me impedía dejarla sola, apenas podía permanecer bajo el mismo techo sin querer acercarme y envolverla entre mis brazos.

Me preocupaba su manera de comportarse y más aún que se terminara convirtiendo en las personas que rodeaban mi vida. Su frescura, su naturalidad, su inocencia habían conseguido que me diese cuenta de que fuera del mundo en el que vivía existían muchísimas cosas que yo desconocía y ver a Noah convertirse en alguien como yo era algo que me mataba por dentro.

Eran ya pasadas las doce de la noche cuando escuché como la puerta de casa se abría. Noah había salido con Jenna y apenas me había dado tiempo a preguntarle a donde iban que ya se habían marchado en el descapotable de la novia de Lion. Me acerqué hasta la puerta y observé como entraba. Estaba borracha, otra vez. Ni siquiera se

percató de mi presencia cuando entró tambaleándose en la casa. Iba descalza con los zapatos en una mano y el bolso en la otra.

—¿De dónde vienes?—le pregunté rompiendo el silencio de la entrada.

Al verme se asustó pero automáticamente se irguió y me miró con cara de pocos amigos.

—¿Qué haces ahí? Me has asustado—me contestó intentando mantener el equilibrio.

Frustrado al ver sus escasos intentos de mantenerse erguida me acerque hasta ella y la levanté sin importarme sus quejas. La llevé directamente hasta el cuarto de baño, la senté en el lavabo y abrí el agua de la ducha.

—Tienes una forma muy rara de intentar acostarte conmigo, ¿sabes?— me dijo quedándose quieta en donde la había dejado. Por lo menos aquel día no me gritaba ni intentaba escabullirse. Estaba con la mirada perdida mientras yo le quitaba el abrigo y observaba su rostro. Estaba con el pelo suelto y lo llevaba despeinado en torno a su rostro. Sus mejillas estaban sonrosadas y sus labios se veían más carnosos que de costumbre.

Incluso borracha me atraía y tuve que mantener la mente fría para no llevármela a la cama igual que había hecho la última vez que la había encontrado así. Lo que pasaba es que estaba cabreado, cabreado y preocupado por su actitud.

—Cuando me acueste contigo será de todo menos raro—le contesté cortante mientras le quitaba la blusa y me fijaba en el sujetador negro con encaje que llevaba. Me obligué a mantener la calma.

—Ahora mismo no me importaría que lo hicieses... ya me has visto la cicatriz y no te da asco, ni siquiera te asustas, aunque a mí sí que lo hace... me trae muy malos recuerdos ¿Sabes?...—me dijo distraída mientras desistía en quitarle la

ropa. No podía verla desnuda y eso me enfurecía, odiaba el efecto que su cuerpo tenía sobre mí pero mientras hablaba escuché con más atención. Los borrachos decían la verdad... ¿porqué no iba a aprovecharme de su situación?

Dejé de desnudarla y me fijé en sus ojos. Le cogí el rostro entre mis manos y me centré en ella.

—¿Noah de qué tienes miedo?—le pregunté y vi como se estremecía bajo mis manos.

Respiraba entrecortadamente y tardo unos segundos en contestar.

—Ahora mismo de ti—me dijo con la voz temblorosa.

Me quedé callado y muy quieto. Estaba temblando y supe que era por el contacto de mis manos sobre su rostro. Le atraía, lo sabía y también sabía que ella sentía algo por mí, por mucho que lo negara y evitara aceptarlo.

Tenía su boca a menos de un centímetro de la mía y en lo único que pude pensar en ese instante era en morder ese labio inferior que exclamaba a gritos que alguien lo besara.

Pero no iba a hacerlo. No estando ella en ese estado.

La levanté y la coloqué directamente sobre el agua fría de la ducha.

Aquello fue también igual de estimulante para mí. Ella pegó un grito ahogado cuando el agua la congeló pero estaba tan borracha que ni siquiera se metió conmigo. Se quedó allí, congelada y dura bajo el agua que caía sobre su cuerpo medio desnudo.

—Esto te pasa por comportarte como una idiota—le dije al mismo tiempo que pensaba en meterme yo también. La verdad es que no me vendría nada mal...

Después de que espabilara la envolví en una toalla y la acompañé hasta su habitación. Ella permanecía ahora en un completo silencio y sabía que era así porque de alguna manera se avergonzaba de su comportamiento o eso era lo que yo esperaba.

—¿Te encuentras mejor?—le pregunté cuando se recostó sobre las almohadas de su cama y fijó sus ojos en los míos.

—¿Por qué lo haces?—me preguntó un segundo después —¿Por qué me pones tan difícil odiarte?

La observé atentamente.

—¿Por qué quieres odiarme?

Se quedó callada unos instantes.

—Por qué no seré capaz de recuperarme si dejo que me hagan daño otra vez— susurró y sentí un pinchazo en el pecho.

—No voy a hacerte daño—dije y supe que era una promesa que estaba haciéndome a mí mismo.

Ella me observó y antes de girarse y darme la espalda dijo las palabras que se clavaron en mi pecho como astillas de madera.

—Ya lo has hecho.

NOAH

Las cartas habían dejado de llegarme, pero la última aún estaba grabada en mi retina. La palabra *papá* había causado en mi cerebro una respuesta inmediata contra los recuerdos infantiles que tanto había procurado olvidar. Hacía ya diez años que no sabía nada de mi padre, ni si quiera había oído mencionar su nombre. A medida que habían pasado los días, las semanas, los meses y los años mi mente había creado un caparazón externo que me protegía de cualquier dolor procedente de recuerdos, emociones o situaciones de aquella parte de mi vida que yo intentaba olvidar. No quería regresar allí, había un antes y un después, también mi madre había tenido un antes y un después tras aquellos primeros años. Y ahora todo había regresado para estallárme en la cara.

El simple hecho de recordar lo que había ocurrido en aquella época causaba en mi metabolismo una reacción de miedo muy difícil de sobrellevar y por eso mismo había acudido a la fiestas, el alcohol y todo lo demás para poder escapar. Simplemente no era capaz de soportar aquello en ese preciso instante. No era lo suficientemente fuerte, no todavía; aún era una niña, aún no había pasado el tiempo necesario y aquella etapa oscura debía permanecer escondida en el pozo profundo de mi mente y por eso me había comportado como una idiota aquella semana. Sabía lo que hacía y esas horas en las que mi mente estaba nublada debido a los efectos del alcohol eran las únicas en las que mi corazón y mi cerebro respiraban con tranquilidad.

Gracias a Dios mis nuevos amigos no veían raro eso de emborracharse casi todos los días por lo que no tuve que

comerme mucho la cabeza para conseguir lo que deseaba. El único obstáculo había sido Nick.

Desde que habíamos regresado de ese estúpido viaje no había dejado de comportarse como un autentico hermano mayor. Me regañaba si bebía, me cuidaba cuando estaba borracha y hasta me había desnudado y duchado para que se me pasase la borrachera la noche anterior. Lo sé, era ridículo, ridículo y algo muy confuso. No le quería preocupándose por mí, simplemente necesitaba afrontar las cosas por mi misma y a mi manera.

Había visto demasiadas veces como mi madre bebía hasta emborracharse cuando por fin nos libramos de mi padre. Si a ella la ayudaba, ¿Por qué iba yo a abstenerme?

Con esos pensamientos en mente regresé al día siguiente del colegio. Apenas había prestado atención a las lecciones de los profesores, ni siquiera había ingerido ningún tipo de alimento desde la noche anterior. Mi estomago se negaba a alimentarse y mi mente estaba adormecida, ya que esa era la única forma de mantener mis demonios a raya. Aquel día me había llevado Jenna a casa; mi madre estaba fuera con William otra vez y no regresarían hasta pasados dos días. Ni siquiera sabía a dónde se habían marchado y tampoco es que me importase. A veces en algún momento del día cuando bajaba la guardia recordaba las amenazas de mi padre y el miedo se apoderaba de mí casi sin dejarme respirar. Pero él estaba lejos, en la cárcel, nunca podría ponerme las manos encima, pero entonces ¿Cómo era que Ronnie me entregaba las cartas?

Dejé mi bolso sobre el sofá de la entrada y fui directa hasta la cocina. Allí estaba Nicholas con Lion. Los dos me miraron en cuanto puse un pie en la habitación.

—Hola, Noah—me dijo Lion con una sonrisa tensa. A su lado Nick se me quedo mirando unos segundos.

—Hola. Tú novia acaba de marcharse—le dije a la vez que me acercaba a la nevera y cogía la botella de zumo de naranja. En la mesa habían dejado los restos de lo que supuse habían sido bocadillos de queso. Thor, el perro de Nick apareció moviendo la cola.

—Thor, lárgate—le ordenó Nicholas en tono duro.

Me giré hacia él.

—Déjale, Nicholas, no me está molestando—contesté molesta. Él me miró apretando la mandíbula y se acercó hasta donde estaba el perro. Le cogió por el collar y lo sacó fuera ignorando mi comentario.

—A mí sí—me dijo cortante.

Lion soltó una carcajada.

—La tensión se puede cortar con un cuchillo—dijo poniéndose de pié.

Le fulmine con la mirada mientras me sentaba y me llevaba una uva a los labios.—Debo advertirte Noah, hoy es el día de los novatos... ten cuidado—me dijo y yo me quedé quieta observándole.

—¿Qué?—inquirí distraída. ¿De qué estaba hablando?

Él miró a Nick, que no parecía hacerle ninguna gracia el comentario.

—Hoy es el primer viernes de la primera semana de clase... se da la bienvenida a los novatos y tú lo eres, solo te advertía—dijo riéndose— Jenna me matará por habértelo dicho pero me das pena.

—No va a ir a esa gilipollez así que no tienes de que preocuparte— le dijo Nicholas a Lion.

—Me he perdido, pero sí que hay una fiesta esta noche y claro que voy a ir, Nicholas—le dije mirándole fijamente.

Él me mantuvo la mirada pero negó con la cabeza.

—Tú madre me ha dicho que esta noche no puedes salir de casa, dice que no quiere que andes por ahí cuando ella

no está a sí que simplemente cumplo ordenes—dijo indiferente.

Yo solté una carcajada irónica.

—¿Y desde cuanto te hago caso a ti?—le dije comiéndome otra uva, estaban deliciosas.

—Desde que me quedo aquí para vigilarte; no vas a ir a ninguna parte a sí que no te molestes en discutir conmigo—me dijo muy pagado de sí mismo. Aquello era surrealista. ¿Desde cuándo tenía que hacer lo que Nicholas Leister me dijera?

—Entérate, Nicholas, hago lo que quiero y cuando quiero, por lo que ya puedes ir olvidándote de tu pose de guardaespaldas porque paso de quedarme aquí metida un viernes por la noche.

Me levanté de la mesa dispuesta a irme. Lion parecía divertido.

—Es como ver un partido de tenis—dijo soltando una risotada pero callándose cuando Nicholas le lanzó una de esas miradas de cállate o te parto la cara.

Pasé delante de ellos y me fui directa hasta mi habitación. Tenía que decidir que ponerme.

Jenna me llamó a eso de las siete de la tarde. La fiesta de los novatos era una tradición en el St Marie y lo más interesante era que de hecho se realizaba en el St Marie. Nos colaríamos en el instituto y montaríamos la mejor fiesta de la historia. Los novatos de primer curso se encargaban de la comida, la bebida y después de limpiarlo absolutamente todo, por lo que nunca los habían pillado. A mí al haber entrado en el último curso simplemente me invitaban a participar en la parte divertida. Según Jenna debía llevar ropa cómoda pero arreglada, por lo que me decante por unos vaqueros negros y una camiseta sin mangas. En los pies me puse unas sandalias con apenas tacón y me dejé el pelo suelto. Estaba bastante mona pero

los preparativos me llevaron menos tiempo de lo planeado y aún faltaba media hora para que pasasen a recogerme.

Bajé a la cocina para prepararme la cena y antes de llegar a las escaleras me encontré con Nick que me acechaba cada vez que salía de mi habitación.

—¿Vas a alguna parte?—me preguntó fulminándome con sus ojos claros.

Estaba tan guapo y deseaba besarle hasta que se me agotaran las energías pero mi mente deseaba una cosa totalmente diferente. Quería odiarle, odiarle y hacerle la vida imposible, que era exactamente lo que estaba haciendo.

—¿Piensas estar persiguiéndome durante toda la noche?—le conteste molesta. Ahora acababa de llegar al pie de las escaleras pero él estaba unos escalones por debajo, por lo que mi mirada quedaba justo a su altura.

—No me hará falta, no vas a salir de esta casa—dijo muy pagado de sí mismo.

—¿A no?—le desafié bajando otro escalón y quedando así mucho más cerca de él. Su fragancia me dejó aturdida unos instantes pero no dejé que eso me distrajera.— ¿Qué te apuestas a que esta noche hago lo que a mí me da la real gana?

El ladeó la cabeza hacia un lado escrutándome con cuidado.

—La zorra manipuladora en la que te estás convirtiendo deja mucho que desear, Noah—me dijo con una sonrisita pero sin que la alegría le llegase a los ojos.

Aquellas palabras me dolieron, tanto que le di un empujón y pasé por su lado.

—Pasa de mí, Nicholas—le dije sin apenas girarme. En cuanto entre a la cocina empecé a hacerme un bocadillo. Si aquella noche iba a beber, mejor hacerlo con comida en el estómago. Pero algo me impidió seguir cortando el pan

cuando unas manos me sujetaron los brazos por detrás. Un cuerpo se me pegó a la espalda y me presionó contra la encimera de la cocina. Sentirle contra mí después de tanto tiempo hizo que se me cayera el cuchillo que estaba sujetando.

Sentí unos labios en mi hombro desnudo y me estremecí involuntariamente.

—Quiero encerrarte en mi habitación, Noah, encerrarte y besarte hasta que no te queden palabras hirientes que decir —me dijo colocando la palma de su mano sobre mi vientre y la otra sobre mi codo derecho acercándose a él.

— *Suéltame*, Nicholas—le dije entrecortadamente. Mi cuerpo ansiaba su contacto pero mi mente solo gritaba ¡peligro, peligro!

Sentí sus labios en mi oreja y después en mi cuello. Me apartó el pelo de la cara y ese simple roce de sus dedos contra mi piel me hizo cerrar los ojos de placer.

—Estoy harto de jugar a este estúpido juego—me dijo apretándome el vientre y acercándose a su cuerpo—Te deseo y tú me deseas a mí... ¿Por qué te comportas como si no fuese un hecho el que quieras tirarme los brazos al cuello cada vez que me ves?

Cuando sus labios y su lengua comenzaron a besarme con insistencia todo mi cuello de arriba abajo perdí el hilo de mis pensamientos. Era verdad que le deseaba y mientras me besaba comprobé que todos los pensamientos relacionados con mi padre o con mi vida pasada desaparecían de mi mente. Nicholas Leister distraía igual o mejor que cualquier vaso de alcohol.

Estiré mi brazo hacia atrás y enredé mis dedos en su pelo atrayéndolo hacia el hueco de mi garganta. Entonces posó sus manos en mi cintura y me giró con un movimiento rápido y severo.

Nos miramos unos instantes y me asustó y excitó ver el deseo reflejado en esos ojos azules.

—¿Quieres que te bese?—me preguntó entonces.

¿Qué pregunta idiota era esa?

—Quédate en casa y haremos más que besarnos, te lo prometo— dijo acercando sus labios a los míos.

Esa promesa hizo que sintiera mariposas por todo el cuerpo.

—¿Estas chantajeándome?—le pregunté entre sorprendida y enfadada.

Aún no sabía si estaba dispuesta a perdonarle.

—Esa palabra es una palabra muy fea, yo diría que seduciéndote—dijo acercando su boca a la mía.

Me aproveché de esa ventaja. Obvie el espacio que había entre nosotros y dejé que sus labios se encontraran con los míos. Fue una sensación vertiginosa y maravillosa al mismo tiempo. Siempre que nos tocábamos sentía mil sensaciones distintas y aquella vez no era diferente. Aunque sí que algo había cambiado. Nicholas me besaba con desesperación, con una sensación nueva creada entre los dos. Me asustó pero al ver que presionaba la boca contra la mía y metía la lengua muy profundamente en mi boca no pude más que responderle con igual entusiasmo. Sentí como metía una pierna entre las mías y presionaba con fuerza.

—¿Vas a quedarte?—me preguntó entonces apartándose de mí.

Ambos nos quedamos jadeando intentado recuperar la respiración.

Coloqué ambas manos en su pecho.

—Voy a ir a esa fiesta Nicholas—le dije—Gracias por distraerme.

Y entonces me marché.

Jenna me esperaba sentada frente al volante de su descapotable rojo y yo tuve que respirar varias veces para

calmarme antes de subirme al coche corriendo y ver como Nick me miraba furioso desde el porche de nuestra casa.

—Parece cabreado—me dijo Jenna mientras salía a la autopista.

Me encogí de hombros aún intentando desembarazarme del sentimiento de tenerle entre mis brazos.

—No quería que viniese, eso es todo—le explique mientras me observaba el reflejo en el pequeño espejo del asiento. Tenía los labios hinchados y los ojos demasiado brillantes.

—Bueno esto no tiene nada que ver con él sino contigo que ya formas parte oficialmente del elenco del St Marie—dijo Jenna poniendo la música a todo volumen y comenzando a cantar a pleno pulmón.

Sonreí sin entusiasmo. Por lo menos aquella noche estaría rodeada de gente en la cual podía confiar. Me divertiría, me distraería y luego intentaría arreglar las cosas con Nick.

Al llegar al colegio tuvimos que apagar la música y entrar a hurtadillas. La fiesta se celebraría en la parte trasera en el gimnasio donde estaba la piscina y donde nadie escucharía la música. Fue divertido y muy emocionante colarnos por las vallas junto con otros varios estudiantes que iban llegando a la vez que nosotras. La oscuridad estaba interrumpida por algunas farolas colocadas a intervalos regulares por lo que no tuve de que preocuparme mientras cruzábamos todo el patio y llegábamos a la zona de la piscina. Era enorme y había muchas gradas y una zona de entrenamiento, con pesas y máquinas para hacer ejercicio. La mayoría de secundaria estaba allí y todos llevaban vasos de plástico en las manos. Muchos estaban metidos en la piscina y la música era ensordecedora pero al estar aislada nadie nos oiría. Me giré hacia Jenna y sonreí.

—Esto sí que es una fiesta.

A medida que la noche avanzaba comenzaron a ocurrir cosas extrañas y que no me gustaron en absoluto. Al parecer una de las tradiciones de aquella fiesta era hacer novatadas a los recién llegados pero no eran bromas sin importancia si no bromas muy pesadas. A una chica por ejemplo la ataron de pies y manos y luego la soltaron en la piscina. Tuve que ver como la pobre intentaba nadar y escaparse de las cuerdas hasta que un chico saltó y la saco para que no se ahogara. Cuando la vi llorando enmorecida comprobé que aquella fiesta no era como yo había imaginado en un principio. A esa broma pesada le siguieron muchas más. A un chico con acné y de aspecto de no saber qué estaba haciendo allí le quitaron la ropa, lo dejaron en calzoncillos y lo humillaron riéndose de él. A otro lo obligaron a comerse no se qué menjunje de comida asquerosa, el pobre tuvo que ir corriendo al lavabo a vomitar...

¿Qué demonios le pasaba aquella gente?

A medida que la noche siguió por aquel camino, decidí que quería marcharme. Jenna al contrario estaba pasándoselo en grande, ni siquiera era consciente de lo que pasaba a su alrededor ya que Lion se le había llevado a una habitación para enrollarse con ella. En conclusión estaba sola y rodeada de imbéciles. Cogí mi teléfono móvil y sin dudarlo le mande un mensaje a Nick.

iento lo de hoy, ¿puedes venir a recogerme?

Al minuto me llegó su contestación.

Te espero en el aparcamiento del instituto, tenemos que hablar.

Al parecer él estaba al tanto de donde se celebraba la fiesta de los novatos y me dije a mi misa que si me enteraba de que Nicholas había participado en bromitas como aquellas en el pasado pasaría de él pero de verdad. El

ambiente no me gustaba en absoluto y quería marcharme cuanto antes.

Justo cuando llegué a las puertas del gimnasio cuatro tíos y la imbécil de Cassie y sus amiguitas me impidieron el paso.

Los observé un momento preguntándome qué demonios querían.

—Quiero pasar—les dije al ver que no se apartaban.

Cassie sonrió divertida.

—Tú también eres una novata...—dijo deslumbrante.

Oh, No.

—Te toca pringar como a todos, Noah, lo siento—dijo uno de los tíos grandullones.

—Ni se os ocurra ponerme un solo dedo encima—les dije sintiendo como me invadía el pánico. Daría puñetazos al primero que me tocara.

Me giré y vi como otros chicos me habían rodeado impidiéndome salir por otra parte.

—¿Te crees superior a los demás por ser quien eres?—dijo Cassie y juró que me hubiese encantado darle una bofetada para quitarle esa sonrisita de la cara.

—Solo sé que tú eres una puta manipuladora como tu hermana, eso es lo que se—le dije disfrutando al ver como su cara se contraía en una mueca horripilante. Vaya, ya no era tan guapa.

—Pagaras el doble por esto—dijo regresando a su pose de antes— Alguien nos ha soplado que le tienes miedo a la oscuridad, creo que no te vendrá mal superar tus miedos, ya eres mayorcita.

Mi corazón se detuvo. No estaría insinuando...

Supe que me había metido en mi propia pesadilla personal cuando dos chicos tres veces más grandes que yo me cogieron por detrás.

—¡Soltadme!—grité como loca, el pánico adueñándose de todo mi cuerpo.— ¡Soltadme!—repetí cuando me llevaron hacia donde estaba uno de los armarios donde se guardaban todas las cosas de la piscina.

—Solo será un ratito—me dijo uno de los tíos que me sujetaba con todas sus fuerzas ya que yo no dejaba de agitarme y de intentar soltarme como si toda mi vida dependiera de ello.

—¡POR FAVOR NO!—grité con todas mis fuerzas. La gente a mis espaldas sonreía y se reía.

Y entonces me encerraron.

Y perdí el control.

Mamá se había ido. Aquella noche estaríamos papá y yo solos. Sabía que las cosas no iban a terminar bien; papá olía mal, olía a aquella botella que una vez había derramado sin querer. Me daba miedo que mamá no estuviese, porque si mamá no estaba él se enfadaría conmigo, nunca me había hecho daño pero sí que había amenazado con hacerlo.

Cuando llegó, la cena estaba sobre la mesa, la misma que mamá había preparado y yo había tenido que calentar...pero cuando se llevó el tenedor a la boca supe que algo no iba bien. Su rostro se transformó, su mirada se entrecerró y lo próximo que sé es que la mesa había sido dada vuelta y que todos los platos y vasos con la comida estaba derramada por el suelo, ensuciándolo todo. Me fui hasta el rincón y me hice una bola; tenía miedo, ahora vendrían los gritos y los golpes y luego la sangre...

pero si mamá no estaba... ¿Qué ocurriría entonces?

— ¡ELLA!—comenzó él a gritar.— ¡¿Qué mierda es esto?!

Me encogí aun más recordando de repente que se me había olvidado condimentar los filetes y las patatas con la salsa que ahora debía de estar en la nevera. Se me había olvidado... y ahora papá se enfadaría.

— ¡¿Dónde coño estás?!—siguió gritando y el miedo se apoderó de todo mi cuerpo. Cuando él empezaba a romper cosas y a gritar de aquella forma yo debía esconderme en mi cuarto. Crucé corriendo la habitación y sin darme cuenta di un portazo al cerrar la puerta y meterme bajo las mantas.

Papá siguió gritando y a cada segundo que pasaba se ponía más furioso. No debía de acordarse de que mamá no estaba aquella noche, que había salido a trabajar en su nuevo empleo y que debía cuidar de mí hasta que ella llegara. A medida que iba dando portazos se iba acercando a mi habitación. Me encogí aún más bajo las mantas y entonces oí el chirrido de la puerta al abrirse.

— Aquí estás... ¿Hoy quieres jugar a oscuras?

NICK

En cuanto llegué al instituto y no la vi supe que algo no iba bien.

No sé si fue instinto o una vocecita en mi cabeza advirtiéndome de que algo estaba ocurriendo, lo que sé es que bajé del coche de un salto y me fui directo hacia las vallas. Pude ver que había bastantes alumnos alrededor del gimnasio. Salté las vallas y me fui directo hacía allí.

Muchos de los presentes me observaron con ojos como platos al verme llegar. Otros se dieron codazos unos con otros y me señalaron. Entonces vi a Jenna y Lion que aparecían de las gradas de los campos de atletismo e iban en dirección al gimnasio.

— ¿Qué haces aquí?—me preguntó mi amigo al verme ir hacia ellos.

—¿Habéis visto a Noah?—les dije sin siquiera saludarles. Tenía un mal presentimiento.

Jenna se encogió de hombros.

—La dejé dentro hace unos quince minutos.

Le di la espalda y me encaminé hacia allí con ellos pisándome los talones.

Al entrar todos se me quedaron mirando y solo fui consciente de los gritos que prevenían del final de la habitación. Eran desgarradores.

Sentí tal pánico al oír su voz gritando de aquella forma que perdí el control sobre mí mismo.

—¿¡Dónde está?!—grité a la vez que seguí su voz hasta la puerta de un armario que había detrás. Estaba dentro; la habían encerrado, y gritaba y golpeaba la puerta desesperada por salir.

—¡SACADME DE AQUÍ!

Me temblaron las manos pero procure contener la calma. Intenté abrir la puerta pero la habían cerrado con llave. Me giré más furioso que en toda mi vida.

—¿Quién coño tiene la puta llave?!

Los que estaban a mí alrededor se encogieron ante mis gritos pero yo solo podía oír la voz desgarradora de Noah dentro de ese armario.

Cassie apareció de un lado de la habitación y parecía completamente aterrorizada. Me tendió la llave y por poco no le arranco el brazo al quitársela de las manos.

—Solo ha sido...

—¡Cállate!—le grité al mismo tiempo que introducía la llave en la cerradura y abría la puerta.

Solo pude verla un segundo antes de que sus brazos se me echaran encima y enterrara su cabeza en mi cuello sollozando entrecortadamente y temblando de terror.

Noah estaba llorando... *llorando*; desde que la había conocido no la había visto derramar ni una sola lágrima, ni cuando su novio le puso los cuernos, ni cuando nos pelamos en Bahamas, ni cuando se enfadaba con su madre, ni cuando la dejé tirada en la carretera... nunca la había visto llorar de verdad y la persona que estaba ahora entre mis brazos se deshacía en lágrimas desgarradoras.

Se había formado un corro alrededor nuestra y todos nos miraban en silencio.

—¡Largaos!—grité levantando a Noah. Temblaba tanto que apenas si podía respirar. Todos se quedaron donde estaban—¡He dicho que os largáis!—grité aún más fuerte.

Todos comenzaron a marcharse poco a poco hasta que solo quedamos Noah, Lion, Jenna y yo.

—Yo me quedo —les dije intentando controlar el temblor de mis manos.

La habían encerrado... esos hijos de puta la habían encerrado en una habitación que estaba completamente a oscuras.

—Nick yo...—empezó a decirme Jenna que observaba a Noah con preocupación.

—Lárgate, yo me ocupo de ella—dije apretándola contra mí.

En cuanto se marcharon me senté en una de las gradas y la coloqué sobre mi regazo. Estaba tan pálida y desecha en lágrimas... Esa no era la Noah que yo había conocido, esa Noah estaba completamente destrozada.

—Nick...—empezó a decirme entre sollozos.

—Tranquilízate—le dije apretándola contra mí. Estaba muerto de miedo, verla así, y haber escuchado sus gritos de terror había podido con lo poco de sentido común que me quedaba. Todos mis miedos se habían convertido en realidad y apenas podía controlar mi propio temblor. Solo quería abrazarla y sentirla segura entre mis brazos... Por unos segundos había creído que Ronnie la había encontrado y que la había lastimado o algo peor...

Tenía su rostro enterrado en mi cuello y no dejaba de llorar.

—Has que se vayan...—me dijo entonces entre gimoteos y aún temblando como una hoja.

—¿Quién, cielo?—le dije acariciándole el pelo.

—Las pesadillas—me contesto separándose de mí y clavando sus ojos en los míos.

—Noah... estás despierta—le dije cogiéndole el rostro entre mis manos y limpiándole las lágrimas que aún caían por sus mejillas.

—No...—dijo ella sacudiendo la cabeza—Necesito olvidar... necesito olvidar lo que ocurrió... has que olvide Nick...has que...— Y entonces acercó su rostro al mío y me

beso. Un beso húmedo por las lágrimas y lleno de tristeza y terror.

Le cogí los hombros y la aparté.

—¿Noah que te ocurre?—le dije abrazándola contra mi costado y acariciando su mejilla una y otra vez.

—Estaba rota por dentro Nick... y ahora me han vuelto a romper.

La llevé hasta mi coche en cuanto dejo de llorar. Ahora estaba callada y melancólica, inmersa en sus pensamientos, unos pensamientos que seguramente eran igual de intensos y horribles que los que la habían hecho morir de miedo en aquel armario.

No le quité los brazos de encima. La tenía sujeta contra mi costado con todas mis fuerzas y le acariciaba el hombro mientras conducía con una sola mano. Ella no me apartó si no que se acurrucó contra mí como si yo fuera su salvavidas. Yo me contenía por dentro de las ganas que tenía de partirla la cara a cada uno de los que habían estado en aquella estúpida fiesta pero antes debía asegurarme de que Noah estaba bien.

En cuanto llegamos a casa la llevé directamente hasta mi habitación. Ella no parecía tener ánimos para discutir conmigo por lo que encendí la luz y le cogí el rostro entre mis manos.

—Hoy me has asustado de verdad—le dije mirándola con intensidad.

—Lo siento—dijo y vi que sus ojos volvían a llenarse de lágrimas.

—No lo sientas Noah...—le dije abrazándola contra mi pecho—Pero tienes que contarme qué te ocurrió... porque no saberlo me está matando y quiero protegerte de cualquier cosa que te de miedo.

Ella negó con la cabeza.

—No quiero hablar de eso—me dijo contra mi camisa.

—Está bien, te traeré una camiseta, hoy duermes conmigo.

No se quejó, ni siquiera cuando la ayudé a quitarse la camiseta y la cubrí con una de las mías. Ella se quitó los pantalones y se acercó hasta donde yo la esperaba. Le abrí mi cama y se metió dentro. Yo hice lo mismo y la atraje contra mi pecho, igual que había estado deseando desde hacía muchísimo tiempo. Había luchado contra mis sentimientos, incluso me había engañado a mí mismo al intentar sustituir lo que sentía por ella con royos de una noche o evitándola, con miedo a que lo que me estaba pasando creciera tanto como para sentirme indefenso si no llegaba a salir bien.

Pero no aguantaba más, estaba enamorado de ella, no podía evitar sentir lo que sentía, no podía nadar contra corriente. Decidí decírselo, arriesgarme, y abrir mi corazón después de doce largos años.

— *Te quiero*, Noah—le dije apretándola contra mi costado —Te quiero tanto que ahora mismo estoy haciéndome de todo mi autocontrol para no cometer un homicidio contra todos esos imbéciles que te encerraron en ese armario.

Ella levantó la mirada y la clavó en mis ojos.

—Gracias Nick—me dijo y un segundo después cerró los ojos y se durmió.

A mitad de la noche me despertó un movimiento. Alguien me movía con cuidado y sin hacer ruido, pero la falta del calor corporal de ese cuerpo tan exquisito la notaría incluso estando profundamente dormido. Abrí los ojos y la vi intentado levantarse.

—¿A dónde vas?—le dije cogiéndole la muñeca.

Ella se sobresaltó y se giró para mirarme. Ya no se la veía derrumbada sino decidida.

—A mi habitación—me contesto intentando soltarse.

Me incorporé y tire de ella hasta que pude colocarme sobre su cuerpo.

—¿Por qué te vas?—le pregunté indeciso y molesto. Aquel muro, ese que se había derrumbado la pasada noche se había vuelto a levantar entorno a ambos.

—No puedo estar aquí, Nick—me dijo aunque vi la duda en su mirada.

—¿Estás apartándome otra vez?—le dije con incredulidad. Eso no podía estar pasando.

—Solo quiero irme a mi cuarto—me dijo revolviéndose pero sin ninguna posibilidad de desembarazarse de mí.

Suspiré frustrado y la presioné contra la cama. Le cogí la mano y la puse contra mi pecho, justo donde estaba mi corazón.

—¿Lo notas?—le pregunté viendo como se quedaba callada y me miraba con los ojos muy abiertos.—Nunca había latido así por nadie, solo lo hace cuando tú estás cerca.

Cerró los ojos y se quedó quieta.

—Cada vez que te veo me muero por besarte, cada vez que te toco solo sé que quiero estar haciéndolo durante toda la noche, Noah... estoy enamorado de ti y tú lo estás de mí... por favor deja ya de apartarte de mi lado, solo nos haces daño a los dos.

Ella abrió los ojos y vi que se le habían humedecido y que me miraba de forma suplicante.

—No puedo darte lo que tú quieres Nicholas—susurró con voz desgarradora.

Le cogí la cabeza con fuerza, con determinación.

—Esto es lo que quiero, *tú*, nada más—le contesté y entonces la besé. La besé como siempre había querido hacer; con toda la pasión y los sentimientos que sentía; la besé como cualquier hombre debería besar por lo menos

una vez a una mujer, la besé hasta que ambos estuvimos temblando sobre la cama.

Me aparté solo para llevar mi boca a su cuello, solo para saborearla como yo quería, como había deseado desde hacia tiempo.

—Me vuelves loco Noah—le dije comiéndomela a besos, tirando de su oreja y besando su tatuaje.

Entonces ella hizo algo que nunca me habría esperado. Me cogió la cara entre sus manos y junto nuestras frentes.

—Si me quieres antes tienes que escuchar toda la historia—dijo mirándome a los ojos. Aquel color miel se veía relucir entre sus pestañas y sus pecas estaban adorables sobre sus mejillas y su pequeña nariz.

—Cuéntamelo, sea lo sea lo superaremos juntos, Noah, yo cuidaré de ti.

Me miró fijamente, intentando decidir si seguir a delante o no. Respiró profundamente y entonces lo soltó:

—Cuando tenía siete años mi padre intentó matarme.

NOAH

Sabía que había llegado el momento de ser sincera pero me daba miedo desenterrar aquellos recuerdos; solo de pensar en volver a derrumbarme como me había ocurrido en ese armario me volvía loca de desesperación; pero Nicholas acababa de confesarme que estaba enamorado de mí, y no podía resistirme algo así.

—Mi padre era alcohólico, lo fue durante casi toda mi vida... Era corredor de Nascar, no mi tío sino él y cuando se fracturo la pierna en un accidente tuvo que dejarlo. Eso lo transformó, dejó de comer, dejó de sonreír, dejó que la rabia y el dolor lo consumieran y entonces cambió.

Yo solo tenía tres años cuando le dio la primera paliza a mi madre. Lo recuerdo porque estaba en el lugar y en el momento equivocado cuando sucedió. Me caí de la silla por uno de sus golpes y acabé en el hospital pero hasta que no cumplí los siete años no volvió a ponerme una sola mano encima. A mi madre le pegaba casi todos los días, era algo tan rutinario que lo veía hasta normal... Mi madre no podía dejarle porque no tenía donde vivir ni tampoco un buen sueldo para poder mantenerme. Mi padre cobraba una subvención de las carreras y así nos mantenía pero como ya te he dicho, era un borracho. Cuando llegaba a las tantas después de haber bebido la pagaba con mi madre. Ella estuvo a punto de morir dos veces debido a los golpes, pero nadie la ayudó, nadie quiso aconsejarla y ella tenía miedo de que si denunciaba le quitarían mi custodia. Aprendí a vivir con ello y cada vez que escuchaba los golpes o los gritos de mi madre me metía en mi habitación y me escondía debajo de las mantas.

Apagaba todas las luces y esperaba a que los gritos se acabaran. Pero una vez eso no bastó... Mi madre tuvo que marcharse dos días a trabajar fuera y me dejó con él pensando que como nunca me había puesto una mano encima no correría peligro...

Es como si lo estuviese viendo... Llegó borracho y tiró la mesa de un golpe... Me escondí pero finalmente me encontró...

Cuando escuché esas palabras supe que papá me haría daño. Quise explicarle quien era, que era Noah, no mamá, pero estaba tan borracho que no se enteraba. Todo estaba oscuro, no se veía ni un poco de luz...

—¿Quieres jugar a las escondidas?—me dijo y yo me escondí aún más bajo las mantas.— ¿Desde cuándo te escondes, zorra?—me gritó.

El primer golpe llegó poco después, y el segundo, y el tercero. Sin saber cómo acabé en el suelo y entre golpe y golpe comencé a chillar y a llorar. Papá no estaba acostumbrado a eso y se enfadó más. ¿Dónde estaba mamá? ¿Era esto lo que ella sentía cada vez que él se enfadaba?

Me golpeó en el estómago y me quedé sin aire...

—Y ahora vas a ver lo que te espera por no haber sabido tratar al hombre de la casa—sentí como papá se quitaba el cinturón. Me había amenazado muchas veces con golpearme con él pero nunca había llegado a hacerlo. Ahora pude comprobar lo que dolía. En uno de mis intentos por escapar me levanté y él de un golpe rompió la ventana de mi habitación.

Los cristales estaban por todos lados, lo sabía porque rasgaron las palmas de mis manos y mis rodillas al intentar escapar gateando de la habitación...

Eso le molestó todavía más, era como si no me reconociera, como si no viera que a la persona que estaba

pegando era una niña de siete años.

Entonces me tiró sobre la cama y empezó a subirme el camisón. Chille con fuerza.

—No llegó a violarme—dije con la voz temblorosa. A mi lado Nicholas se había quedado mudo y miraba fijamente la pared de enfrente con todos los músculos tensos. Me apretaba contra su costado con fuerza, con firmeza y eso me asustó. Mejor soltarlo todo del tirón, si no quería estar conmigo después de eso lo entendería, dejaría de pensar en él, y en nosotros...

—No lo hizo pero por muy poco. Yo conseguí zafarme y salté por la ventana... La cicatriz que tengo en el estómago es por un cristal que me clavé...—le dije sabiendo que las lágrimas habían regresado a mis ojos, solo que esta vez eran silenciosas.—Mis gritos advirtieron a los vecinos y la policía llegó a tiempo... Estuve dos meses bajo la tutela del estado ya que no consideraban que mi madre fuera capaz de cuidarme después de lo ocurrido.... Lo gracioso fue que recibí más palizas en esos dos meses que en todos los días con mi padre... Al final pude regresar con mi madre y a mi padre lo metieron en la cárcel, la última vez que le vi fue cuando tuve que testificar contra él... *cómo* me miró, con un odio tan profundo... No le he vuelto a ver.

Me quedé callada esperando una respuesta...que no vino.

—Di algo—susurré en cuanto vi que él seguía callado.

Entonces bajó la mirada y vi que intentaba ocultar algo.

—Por eso temes la oscuridad—dijo sin preguntarlo sino afirmándolo.

—La oscuridad revive esos recuerdos y me entra el pánico... Si no hubieses llegado a tiempo seguramente me habría dado un ataque más serio... ya me ocurrió una vez cuando estuve en la casa de acogida... no fue nada agradable—dije intentando sonreír. Él no lo hizo, me observó

unos instantes y después recorrió mi mejilla con uno de sus dedos.

—Ahora mismo me cuesta mucho controlar la rabia que siento—me dijo con voz contenida—Me tiemblan tanto las manos y el cuerpo que creo que estoy a punto de estallar.

Yo solté todo el aire que estaba conteniendo. No daba crédito a lo que oía. Aún recordaba la vez que había estado a punto de contarle todo a Dan. Se había quedado tan de piedra que solo me había dejado llegar hasta donde la parte en que mi padre golpeaba a mi madre.

—Mandé a mi propio padre a la cárcel... ¿eso no te hace replantearte lo que piensas sobre mí?

Él me observó con incredulidad.

—Noah, hiciste lo correcto, luchaste, sobreviviste... lo único que quiero es meterte bajo mi cuerpo y protegerte con mi vida... eso es lo que siento ahora mismo... y te juro que mataré a esos imbéciles que te metieron en ese armario, los mataré con mis propias manos...

—Nicholas... soy mercancía estropeada—le dije con voz temblorosa.

Él me sujetó la cabeza y me miró con seriedad.

—No vuelvas a decir eso, ¿me has oído?—me dijo ahora dirigiendo su rabia hacia a mí.

Supe que las lágrimas me inundaron el rostro por que sentí la humedad en las mejillas y en la boca.

—Nick... puede que no pueda tener hijos—le dije confesando mi mayor secreto y ese que tanto daño me hacía. La peor consecuencia de aquella fatídica noche—Debido a los golpes... los médicos no creen que pueda llegar a quedarme embarazada... *nunca*—dije con un sollozo silencioso.

Él me estrechó contra su costado.

—Eres la mujer más valiente y más increíble que he conocido en toda mi vida—me dijo apretándome fuerte y

dándome besos en lo alto de la cabeza— Podrás tener hijos, lo sé... y si no pues adoptarás a un niño, porque no hay persona que pueda ser mejor madre que tú... ¿me oyes?— me dijo entonces colocándose encima de mí y mirándome a los ojos.

—Eres mía Noah—dijo entonces dejándome de piedra—Te amo más que a mi vida, eres mía y cuando llegue el momento te haré los niños más preciosos del mundo, porque tú eres hermosa y por qué sé que terminarás superando todas esta mierda... yo voy a estar a tu lado para que lo superes.

—No sabes lo que dices—dije sintiendo miedo y alivio a la vez.

—Se exactamente lo que estoy diciendo—me contestó besándome los labios.—no quiero compartirme con nadie, quiero que seas mía y solo *mía*, quiero besarte cuando me plazca, quiero protegerte de quienes quieran hacerte daño, quiero que me necesites en tu vida...

Le observé maravillada por sus palabras.

— *Te quiero, Nick*—dije sin siquiera ser cociente de que iba a decirlo. Pero es que era la pura verdad—Si me hubiesen dicho hace un mes que te diría esas palabras habría afirmado que estaban locos pero es la verdad... he intentado evitarte y esconder lo que siento por ti... pero te quiero... te quiero con locura y quiero que hagas todas esas cosas que me estás diciendo, quiero que me protejas y que me quieras porque te necesito, te necesito más que el aire para respirar.

Entonces sus labios sellaron nuestras promesas. Porque de ahí en adelante no nos separarían por nada del mundo.

Decidí no contarle lo de las cartas. Aún no por lo menos. Ya había tenido que asimilar demasiadas cosas en una sola noche y decirle que mi padre me estaba amenazando desde el otro lado del país no sería bueno para su temperamento.

Ni siquiera había podido evitar que a la mañana siguiente se fuera a buscar a los causantes de mi encierro. Ni siquiera me escuchó, me dio un beso en los labios y salió por la puerta dejándome allí sola. Aquello me cabreó; era un buen recordatorio de cómo era Nicholas cuando estaba enfadado.

Le estuve esperando pero finalmente decidí salir a pasear a Thor por las calles de la urbanización. Ni siquiera se me ocurrió que pudiese preocuparse al llegar a casa y no verme allí.

—¿Dónde estabas?—le escuché gritar tras de mí mientras esperaba a que Thor regresase con la pelota que le acababa de lanzar.

Al girarme le vi viniendo hacia a mí con el semblante preocupado y también bastante enfadado.

—Yo debería preguntarte lo mismo—le dije poniendo los brazos en jarras esperando a que me alcanzara. No se detuvo sino que me cogió con fuerza y me plantó un beso profundo e intenso en medio de la calle. Me sorprendió pero se lo devolví.

—Te había dicho que te quedases en casa—me espetó en tono gélido al separarse de mí.

—Y yo te dije que no quería que te peleases con nadie—le contesté enfadándome a cada segundo que pasaba. Thor había vuelto y saltaba y movía la cola a nuestro alrededor con la pelota en la boca esperando a que se la lanzásemos.

—Pelear implica a dos personas recibiendo y dando golpes... en cambio yo solo los he dado, por lo que no se considera pelea—me dijo cogiendo la pelota de la boca del perro y lanzándola lejos. Parecía relajado y ahora más contento después de haberme encontrado. Mis ojos siguieron su mano y se fijaron en las magulladuras de sus nudillos y de la sangre que le salían de un corte.

—Te sangra la mano Nicholas Leister, y creo que fui muy explícita cuando te dije que no me gustan las pelotas—dije

girándome para atar a Thor con la correa y lista para regresar a casa—Creía que lo comprenderías teniendo en cuenta mi pasado, pero se ve que no.

Con Thor revolucionado al estar sus dos dueños con él me fue difícil hacer que me siguiera hasta casa. El perro tiraba hacia el lado contrario y no fue hasta que Nick me cogió la correa y tiró con fuerza, hasta que el perro obedeció. Genial, ni el perro me hacía caso.

Entonces me pasó una mano por los hombros y me acercó hacia su pecho.

—Lo siento—me dijo abrazándome fuerte y depositando un beso en lo alto de mi cabeza. Me quedé dura unos instantes pero sentir sus brazos a mí alrededor fue tan reconfortante que finalmente cedí y le abrasé.

—No vuelvas a hacerlo—repetí en tono enfadado.

—No puedo prometerte que no te defenderé cuando te hagan daño, pero en cambio si te prometo que evitaré las peleas innecesarias— Levanté la mirada y la clave furiosa en sus ojos azules.

—¿Te han dicho que estas muy guapa cuando te enfadas?—me dijo entonces con una sonrisa radiante. Sentí mariposas en el estomago pero las ignoré.

—¿Y a ti no te han dicho que esa frase está ya muy vista? — contraataqué dejando que me colocara el pelo detrás de la oreja y acercara sus labios a mi cuello. Me beso el lugar donde estaba mi tatuaje y sentí su sonrisa en la piel.

—Me encanta discutir contigo, pero esto es mucho mejor —dijo rozando con su lengua la superficie sensible de mi oreja.

Me quedé callada disfrutando de la sensación. Entonces sentí el lametazo de Thor en la mano. Eso de que los perros se parecían a sus dueños era muy cierto. Solté una risita y me aparté. Le acaricié las orejas y recordé algo.

—¿Por qué me hiciste creer que este perro era un asesino?—le pregunté distrayéndome con su manera de acariciar al perro junto a mi mano. El simple roce de nuestros dedos hizo que me costara respirar.

Me dedicó una sonrisa maliciosa.

—Incluso entonces cuando apenas te conocía era divertido hacerte rabiar—me dijo muy pagado de sí mismo.

Le di un puñetazo en el brazo y me dirigí hasta la casa. Aún no me podía creer que estuviésemos juntos... era...raro. Raro y muy pero que muy placentero. Me daba miedo salir mal parada de aquella relación pero tener a Nicholas solo para mí era lo que cualquier chica con ojos desearía por su cumpleaños. Además se estaba portando genial y me volvía loca su forma de besar, de abrazarme y tocarme. Estaba enamorada ¿Quién lo iba a decir? Y encima del último chico en el que podría haberme fijado. Supongo que el haber estado conviviendo bajo el mismo techo nos había hecho acercarnos poco a poco y finalmente llegar a donde estábamos ahora.

Al entrar solté a Thor y me fui directamente a la cocina. Él me cogió por detrás y me empujó contra la nevera.

—No te enfades—me pidió mirándome a los ojos. Los suyos brillaban de una forma distinta; nunca le había visto como en aquel momento...estaba contento aunque preocupado, eso también era visible en su rostro.

—Deja que te cure la mano—le pedí mientras me zafaba de su agarre y buscaba el botiquín de primeros auxilios.

—Estoy bien, Noah, no hace falta.

Lo cogí de todas formas. Él me observó todo el rato mientras le limpiaba los nudillos y se los desinfectaba. No quería ni imaginar cómo habían acabado los receptores de aquellos puños, pero se lo tenían merecido.

—Quiero besarte—me dijo como si lo que dijese fuese algo muy importante.

Le sonreí levantando la mirada de sus manos.

—Pues hazlo—le dije divertida.

Él seguía serio, me observaba con atención.

—No lo entiendes, quiero besarte por todas partes... quiero tocarte, quiero sentir tu piel, quiero que seas mía Noah... en todos los sentidos de la palabra.

Sus palabras me dejaron quieta donde estaba. Mi corazón empezó a latir aceleradamente.

Sentí mil sensaciones diferentes pero no sabía si estaba preparada para dar ese paso... hacía apenas unas horas que habíamos empezado esta especie de relación pero aún así, hacía meses que nos atraíamos como las polillas a la luz.

Me cogió el rostro y me observó fijamente.

—Nunca había sentido esto por nadie... y me asusta, me asusta porque creo que me estoy volviendo loco.

Le cogí el rostro y le atraje hacia a mí. Estaba perdido, lo veía en sus ojos. Nicholas nunca en su vida había estado más de unas cuantas horas con una mujer. No sabía ni lo que era el compromiso pero desde que me había confesado su amor parecía otro completamente distinto. Yo también le quería lo sentía en mi corazón y en como mi cuerpo reaccionaba a sus caricias, a su cercanía, a su simple contacto... Estaba enamorada y daba miedo, como él había dicho, por que además esto no tenía nada que ver con cómo me había sentido estando con Dan. Esto era mucho más, mucho mejor y muchísimo más intenso.

Me cogió por las caderas y me atrajo hacia él. Me apretaba tan fuerte que dolía pero no me importó porque entonces sus labios encontraron los míos y los besaron con locura. Le sentía en todas partes, y sus brazos eran fuertes y me sujetaban con esmero, con delicadeza como si fuese un frasco que estuviese a punto de romperse.

—Deja que te lleve a mi habitación—me pidió en un susurro cuando me aparté para poder respirar. Esas siete

palabras contenían un significado demasiado grande pero no me importó, en aquel instante necesitaba sentirle contra mí, necesitaba que me ayudase a recuperarme de lo que me había ocurrido y no iba a desaprovechar la oportunidad.

Tiré de él dándole a entender que aceptaba. La sonrisa que surgió en su rostro me dejó sin aliento pero pronto fue sustituida por un deseo intenso que me hizo estremecer. Se volvió a apoderar de mi boca pero esta vez me fue empujando en dirección a las escaleras. No podía apartar las manos de su cuerpo y ni siquiera sé cómo llegamos hasta su habitación. De pronto estaba de espaldas a su cama y él me besaba el cuello y me acariciaba la espalda por debajo de la camiseta.

Con rapidez me quitó la prenda y yo me estremecí cuando le vi agacharse y comenzar a besarme el ombligo y la parte baja del estómago.

Verle así y sentir sus caricias me volvió loca... Sus manos me acariciaron la espalda y luego sentí sus dedos y luego su boca encima de mi cicatriz. Me estremecí involuntariamente y di un paso hacia tras.

—No—dijo él poniéndose de pie y buscando mi ojos. Colocó su mano encima de ella y me miró—No te avergüences de esto, Noah... significa que eres más valiente que nadie, que eres fuerte...—Asentí sin tener palabras que decir. Ambos respirábamos entrecortadamente y sentía el latir de mi corazón contra mi pecho.

Entonces me empujó y caí sobre la cama, boca arriba. Vi como se quitaba la camiseta de un solo movimiento y se colocaba encima de mí.

—Eres perfecta—me dijo recorriendo mi mandíbula y depositando calientes besos por todas partes.

Mis manos subieron lentamente por su espalda, pude sentir los músculos bajo su piel caliente y quise tocarlo por todas partes. Su mano empezó a acariciarme la pierna

izquierda, subiendo lentamente por mi piel, poniéndome la carne de gallina. Mi respiración empezó a acelerarse, no solo por los nervios sino porque tener a ese hombre encima de mí y tocándome como lo hacía, me estaba volviendo loca. Su boca regresó a la mía, sus labios se posaron sobre los míos, una, dos, tres veces, antes de meterme la lengua y saborear mi boca como si hubiese estado destinado a hacerlo toda mi vida.

Cuando sus dedos se acercaron al centro de mi cuerpo, supe que debía confesarle un pequeño detalle. Yo nunca lo había hecho, con nadie, ni si quiera con Dan. A decir verdad no habíamos pasado ni de la segunda base pero sentía que debía contárselo. Él ya tenía experiencia de sobra y de pronto me entró miedo.

—Nick...—dije y él buscó sus ojos con los míos.—Antes de seguir...

—Dime que no lo habías hecho antes y menos con el imbécil de tu ex —me interrumpió y no pude evitar soltar una carcajada.

—En realidad....—dije disfrutando de mi broma. Todo su cuerpo se puso tenso—Es broma, Nicholas—dije unos segundos después— soy virgen...— le dije poniéndome colorada.

El me sonrió y depositó un suave beso en la comisura de mis labios.

—Quien lo diría después de haberte visto bailar...—dijo riéndose de mí. Le di un puñetazo en el hombro pero supe que bromeaba para quitarle hierro al asunto. Entonces se puso serio.

—Podemos dejarlo si aún no estás preparada—me dijo con sinceridad pero vi como le costaba darme esa posibilidad.

—Lo estoy—dije en cambio—Quiero hacerlo... pero antes prométeme una cosa.

Me miró con atención.

—Lo que quieras.

No pude evitar sonreír.

—Prométeme que será inolvidable.

Un amor y un cariño infinito se reflejó en su mirada.

—De eso no te quepa duda—y entonces me besó.

NICK

Acostarme con Noah había sido la experiencia más alucinante de mi vida. Aún ni siquiera podía creermelo que hubiese ocurrido, todavía seguía creyendo que todo era un sueño. Llevaba pensando en esto desde que la había visto por primera vez con un vestido ajustado y me había dado cuenta de lo hermosa que era, pero ¿qué me dejara hacerle el amor...? aún estaba en el cielo. Sentirla bajo mi cuerpo y poder acariciarla a mi antojo me había proporcionado más placer que en todos mis años de relaciones con mujeres y ahora ella era mía, mía para siempre por qué no pensaba dejarla escapar.

Con todo lo que había ocurrido y con todo lo que me había enterado no sabía ni de qué forma habíamos llegado hasta ese punto pero por fin había podido derribar ese muro que nos había separado desde el principio.

Noah había tenido una infancia horrible, tan sumamente traumática que aún así después de diez años seguía trayéndole consecuencias e inconvenientes en su vida cotidiana y yo apenas podía contener las ganas de ir en busca del cabrón de su padre y matarlo por lo que le había hecho. También estaba bastante cabreado con su madre. ¿Qué clase de idiota deja a su hija de siete años con un maltratador? No quería que Noah lo supiese pero culpaba a Rafaella tanto como a su padre y no esperaba el momento de poder dejárselo claro. Aun así y después de todo lo que me había confiado yo seguía teniendo el presentimiento de que me ocultaba algo. No sabía muy bien que podía ser pero aún había un atisbo de preocupación en sus ojos y yo quería averiguar qué es lo que era.

Ahora mismo la tenía dormida entre mis brazos. Mi mente regresó a lo que habíamos estado haciendo y casi la desperté para poder empezar donde acabamos. Había una pequeña lucecita encendida y con el reflejo de la luz pude admirar lo hermosa que era. Era increíblemente guapa, tanto que te dejaba sin aliento. Y qué decir de su cuerpo... haber podido tocarla y darle placer habían sido dos de las cosas más provechosas que había hecho en toda mi vida.... y *cómo* había disfrutado.

Entonces escuché como mi teléfono móvil empezaba a vibrar. No quería que Noah se despertara por lo que lo quité de la mesilla y dejé que vibrase en silencio. Fuera quien fuese podía esperar...

La abracé con fuerza atrayéndola contra mi costado y ella abrió los ojos un poco adormecida.

—Hola—dijo en ese tono tan agradable que había empezado a usar conmigo hacía un día exactamente.

—¿Te he dicho ya lo increíblemente guapa que eres?—le dije colocándome encima y disfrutando de que ya estuviese levantada. Había ansiado besarla desde hacía ya por lo menos una hora.

Me devolvió el beso solo como ella sabía hacer y me abrazó presionándome los hombros.

—¿Te encuentras bien?—le pregunté dudoso, la verdad es que había tenido todo el cuidado del mundo, nunca había tenido tanto miedo de poder hacerle daño a una persona, pero después de lo que había escuchado del pasado de Noah, no quería ni que sufriera ni un maldito razguño.

—Tengo hambre—dijo riéndose bajo mis labios.

La observé detenidamente, sus mejillas estaban teñidas de un color rosado, casi fébril, aunque era normal teniendo en cuenta que no la había soltado en toda la noche mientras dormía plácidamente junto a mí.

—Yo también—le contesté pasando a besarle la mejilla y la garganta en ese punto que sabía que la volvía loca.

Soltó una carcajada y me cogió del pelo con suavidad para que la mirase.

—Hambre de comida—dijo sonriéndome. ¿Por qué una sonrisa suya podía volverme completamente loco?

—Esta bien, vamos a comer—le dije tirando de ella hacia la ducha.

Nos metimos juntos bajo el agua y nos duchamos y le dejé una camiseta mía mientras yo me ponía unos pantalones de chándal.

No podía agradecerles más a nuestros padres que se hubiesen marchado aquel fin de semana.

—¿Qué te apetece?—le dije mientras llegábamos y ella se sentaba frente a la isla.

—¿Sabes cocinar?—dijo indulgente y sin dar crédito.

—Claro qué si, ¿Qué te creías?—le dije sonriéndole y cogiéndole todo el pelo formando una coleta en mi mano. De aquella forma era fácil tirar de ella hacia atrás y tener camino libre para besarla a mi gusto.

—Me refiero a algo comestible—siguió diciendo mientras se reía. Ese sonido era el mejor del mundo; la sintonía perfecta para la mañana perfecta.

—Te haré tortitas, para que no te quejes—le dije obligándome a soltarla.

—Yo te ayudo—dijo entonces saltando de la silla y yendo directamente a la nevera. Cocinamos mano con mano; yo hice la masa y ella se encargó de hacer batido de fresa para ambos. Después nos sentamos en la mesa y comimos uno del tenedor del otro. Fue exquisito mancharla con sirope y después lamerla para limpiárselo. Nunca había hecho algo parecido con nadie y la comida de esa forma era mucho más apetecible. Por fin las cosas estaban como debían ser. Noah era mía y se la veía feliz. Y

yo también lo era, después de muchísimos años sin confiar en ninguna mujer me había buscado a una tan complicada pero exquisitamente perfecta para traerme la confianza y el amor que me había sido arrebatado a una edad tan temprana. Ahora que lo analizaba de aquella manera, Noah y yo teníamos varias cosas en común. Ella había perdido a un padre a los siete y yo había perdido a mi madre a los doce. Si teníamos en cuenta nuestras edades correspondientes habíamos estado sufriendo a la vez, en países distintos sí, pero habíamos sufrido y ahora nos habíamos encontrado para poder ayudarnos a superarlo.

—Hay algo que quiero hacer—dijo entonces mientras se comía su último trozo de tortita—déjame tu móvil.

Sin saber qué es lo que quería pero sin dudarlo ni un segundo se lo tendí.

—Ya puestos que eres mi novio—dijo observándome con cautela y yo le sonreí. Me gustaba ese calificativo. Sí, era su novio y ella era mí novia; *mía*. Me gustaba como sonaba.—Voy a borrar a todas las chicas de esta agenda de contactos menos a mí y a Jenna—me dijo y me empecé a reír.

—Tú ríete pero lo digo en serio—dijo desbloqueando mi móvil y entrando en mi agenda.

—Puedes hacer lo que quieras, no me importa—le dije—pero no borres ni a Anne ni a Madison, creo que se me podrá permitir seguir hablando con mi hermana ¿no?—dije levantándome y llevando los platos al lavadero.

—¿Quién es Anne?—dijo ella arrugando la nariz. Era consciente de que ese nombre se parecía demasiado a Anna por eso me apresuré en explicárselo.

—Anne es la asistente social que me trae a Madison cuando me toca verla; me mantiene al día de lo que ocurre en su vida y me llama si ocurre algo.

Ella asintió y luego frunció el ceño.

—Tienes una llamada perdida de ella, de hace una hora— dijo y entonces la pantalla se iluminó y como si nos hubiese estado escuchando apareció el nombre de Anne en la pantalla.—Ahí está otra vez—dijo y le quité el móvil de la mano con el semblante preocupado.

Era muy temprano para que Anne me llamara.

—¿Nicholas?—dijo su voz desde el otro lado de la línea.

—¿Qué ocurre?—dije sintiendo el miedo en la boca del estómago.

—Es Madison—dijo con calma pero pude notar el timbre de alarma en su voz—La han ingresado en el hospital, al parecer se han olvidado de darle insulina en las ultimas veinticuatro horas y ha tenido una recaída... creo que deberías venir.

Casi rompo el teléfono de lo fuerte que lo estaba sujetando.

—¿Está grave?—dije sintiendo el miedo más grande de toda mi vida.

—No sé nada más—dijo y entonces asentí y colgué el teléfono.

Noah me miraba con el semblante blanco y se puso de pie y fue hasta mi lado al escuchar la conversación.

—¿Qué ha ocurrido?—dijo con la voz llena de alarma.

—Es mi hermana, la han ingresado, no sé qué es lo que tiene, algo de que no le han dado insulina—dije atropelladamente mientras pensaba que hacer a continuación.—Tengo que irme.—dije corriendo hasta mi habitación.

Noah me siguió pero ahora mismo solo podía pensar en mi hermana de cinco años y en que algún imbécil se había olvidado de medicarla.

—Voy contigo—dijo Noah colocándose frente a mí.

La observé unos segundos y después asentí. Sí, quería que estuviese conmigo. Mi madre iba a estar allí... y hacía

más de tres años que no la veía.

NOAH

Nunca le había visto tan preocupado, o bueno sí, si contábamos la pasada noche cuando me había encontrado gritando encerrada en el armario. Ahora estaba igual. El semblante serio y el entrecejo fruncido.

Estábamos en su coche. Con una mano conducía y con la otra cogía mi mano apoyada en la palanca de cambios. Era increíble como sus preocupaciones podían importarme y afectarme tanto. Quería borrar ese semblante triste y hacerlo sonreír como las últimas horas pero sabía que sería inútil. Había pocas personas por las que Nicholas Leister podía derrumbarse y darlo todo y sabía perfectamente que su hermana era una de ellas. Con lo poco que me había contado acerca de su madre sabía que la odiaba o por lo menos que no quería saber nada de ella; que no le hubiesen dado insulina a su hermana teniendo en cuenta que era diabética era un motivo perfectamente comprensible para odiarla aún más.

Conducimos casi todo el trayecto en silencio. Me daba pena que después de haber estado tan compenetrados y felices todo hubiese desembocado en algo como aquello pero por lo menos él me besaba la mano de vez en cuando o se giraba y me acariciaba la mejilla con nuestras manos unidas. Era muy cariñoso y cada una de sus caricias me provocaba un dolor profundo en el centro de mi vientre. Acostarme con él había sentado un precedente y no iba a poder pensar en otra cosa cuando me acariciase de aquel modo.

No nos detuvimos ni para comer algo. Cuando llegamos a Las Vegas, seis horas más tarde, nos fuimos directamente al

hospital.

Madison Grason estaba en la planta cuatro de pediatría y nada más saberlo fuimos corriendo hasta allí. Al llegar a la sala de espera solo vimos a una pareja y una mujer regordeta. Esta se acercó a la puerta al ver que Nick se quedaba plantado mirando a la mujer que había detrás.

—Nicholas, no quiero que montes ningún número—dijo la mujer mirándome alternativamente. A mi lado Nick se había puesto tenso y apretaba la mandíbula con fuerza.

—¿Dónde está?—preguntó desviando los ojos de la mujer que ahora se había levantado y miraba a Nick con preocupación.

—Está durmiendo; le han estado suministrando insulina para contrarrestar los niveles altos de glucemia, está bien, Nicholas, se recuperará.—dijo para tranquilizarlo.

Apreté con fuerza su mano, quería que se tranquilizara pero estaba casi temblando.

Pasó por delante de Anne, la asistente social y fue directa hasta la otra mujer. Era rubia y muy guapa y al verla de cerca supe exactamente de quien se trataba: era su madre.

—¿Dónde coño estabas para que pasase algo así?—dijo sin siquiera saludarla. El hombre calvo que había a su lado se puso entre los dos pero la mujer lo evitó.

—Nicholas, fue un accidente—dijo ella mirándolo con los ojos llorosos.

— Deja a mi mujer en paz, bastante preocupados estamos ya por la pequeña como para que tú encima...

—¡Y una mierda!—exclamó él aún sin soltarme la mano. Me la sujetaba con tanta fuerza que me hacía daño pero no pensaba soltarme. Me necesitaba en aquel momento.— ¡Necesita insulina tres veces al día, es fácil, cualquier idiota lo sabría, pero la rodeáis de niñeras estúpidas e ineptas y os quedáis tan tranquilos!

—Madison sabe que debe inyectársela y no dijo nada, Rose pensó que ya se la habían dado...—dijo el calvo pero otra vez Nick lo interrumpió.

—¡Tiene cinco años!—gritó fuera de sí—¡Necesita a su madre!

Aquello era más que una simple discusión sobre la hermana de Nicholas. Se veía. A la vez que le gritaba por ella también lo hacía por él. No me había dado cuenta de lo dolido que había estado hasta ese momento, pero tendría que haber sido duro haber perdido a su madre a una edad tan temprana.... yo había perdido a mi padre; más bien me habían salvado de él pero mi madre siempre había estado ahí; Nicholas no había tenido a un padre que le quisiese si no uno que le daba dinero... Odie a esa mujer por haberle hecho daño y odie a William por no haber tenido corazón para su hijo.

Tiré de él hacia atrás cuando un médico apareció en la sala.

—¿Familiares de Madison Grason?

Los cuatro nos giramos hacia él.

El médico vino hacia nosotros.

—La pequeña responde al tratamiento, se recuperará pero debe quedarse ingresada esta noche, quiero controlar sus niveles de glucosa y tenerla vigilada.

—¿Qué tiene doctor?—dijo Nick dirigiéndose solamente a él.

—¿Usted es...?

—Soy su hermano—dijo con frialdad.

El médico asintió.

—Su hermana padece de Cetoacidosis Diabética, señor... —todos le miramos esperando a que se explicara—esto se produce cuando el cuerpo al no tener la suficiente insulina utiliza las grasas como fuente de energía. Las grasas contienen cetonas que se acumulan en la sangre y a altos

niveles producen la cetoacidosis—explicó el médico mientras yo intentaba comprender todas esas palabras raras.

—¿Y qué hay que hacer cuando eso ocurre?—preguntó Nicholas.

—Bueno, su hermana tenía los niveles de glucemia bastante altos, por encima de 300mg/dL debido a que su hígado produjo glucosa para tratar de combatir el problema, sin embargo las células no pueden absorber la glucosa sin la insulina; le hemos estado administrando las dosis necesarias y parece que se va recuperando. Hay que hacerle más pruebas pero no deben preocuparse; Me inquieté cuando la trajeron por que había perdido muchos líquidos al haber estado vomitando pero se pondrá bien. Lo peor ya lo hemos descartado y los niños son fuertes.

—¿Puedo verla?—dijo Nicholas.

—Si, se ha despertado y si usted es Nick le animo a que pase, ha estado preguntando por usted— Observé como Nick apretaba fuertemente la mandíbula. Saber que su hermana había estado a punto de algo mucho peor por culpa de sus padres debía de estar matándolo.

—Ven conmigo, quiero que la conozcas—me dijo tirando de mí otra vez. Por un momento había creído que iba a entrar solo pero ver que quería que conociese a alguien tan importante para él me infló de alegría.

Fuimos juntos hasta la habitación de Madison y en cuanto entramos me fijé en la niña minúscula y más bonita que había visto en mi vida, que estaba sentada en la cama de hospital.

En cuanto vio a Nick sus bracitos se levantaron y se le formó una sonrisa en sus labios rollizos.

—¡Nick!—dijo haciendo una mueca de dolor ya que tenía puesta una vía y seguramente le había hecho daño al levantar el brazo.

Nicholas me soltó por vez primera en varias horas y fue corriendo hasta donde estaba su hermana. Le observé con curiosidad al ver como abrazaba a la pequeña y se sentaba junto a ella en la inmensa cama.

—¿Cómo estás, princesa?—le dijo y sentí una punzada en el corazón.

Haberle visto tan mal me había afectado de una manera que no sabía cómo explicar.

La niña era guapísima, pero muy pequeña para ya tener cinco años.

Estaba pálida y tenía unas ojeras moradas debajo de los ojos. Me dio tanta lástima verla que sentí alivio cuando sonrió.

—Has venido—dijo sonriente.

—Claro que he venido, ¿Qué te creías?—dijo él cogiéndola y colocándosela con cuidado en su regazo mientras él apoyaba la espalda en la pared. Automáticamente la niña subió una de sus manitas y comenzó a despeinarle el pelo.

Sonreí ante esa estampa. Nunca se me habría pasado por la cabeza que Nicholas pudiese tratar a una niña como trataba a Madison, para ser exactos nunca me lo habría imaginado con ningún niño a su alrededor. Nick era el típico hombre al que lo asocias a mujeres guapas, droga y rock and roll.

—Mira Maddie, te voy a presentar a alguien especial, ella es Noah— dijo señalándome. Por primera vez la niña pareció verme. Hasta entonces solo había tenido ojos para su hermano mayor y ¿quién no? Pero ahora fijó sus ojos azules idénticos a los de Nick en mi persona.

—¿Quién es?—preguntó mirándome con el ceño fruncido.

Antes de que pudiese contestar que era una amiga, Nicholas me interrumpió.

—Es mi novia—dijo y escucharlo salir de sus labios me produjo un cálido cosquilleo en el estómago.

—Tú no tienes novias—dijo ella aún mirándome preocupada.

Me acerque hasta ellos.

—Tienes razón, Maddie pero creo que lo he hecho cambiar de opinión— dije sonriéndole. Me había hecho gracia su comentario.

—Me gusta tu nombre, es de chico—dijo y a su lado Nicholas soltó una carcajada. No pude evitar reírme también.

—Vaya, gracias, no sé qué decir—de tal palo tal astilla pensé al recordar el comentario de Nick sobre mi nombre el primer día que nos habíamos conocido.

—Seguro que los chicos te dejan jugar al fútbol con ese nombre—dijo entonces y no puede evitar reírme de verdad.

—¿Te gusta el fútbol?—le pregunté sin podérmelo creer. Tal como la llamaba Nicholas, esa niña tenía más pinta de ser una princesa que de ser una crack en el fútbol.

—Si, mucho—dijo entusiasmada—Nick me regaló una pelota muy chula, es fucsia—dijo mirándole y moviendo la manita sobre el pelo de Nick. Al parecer era su pasatiempo favorito. Mmmm a mí también me apetecía acariciarle el pelo...

Pasamos un buen rato con Maddie y me di cuenta que era una niña adorable. Muy espabilada para su edad y muy graciosa pero se la veía agotada y pronto tuvimos que dejarla descansar.

Al salir de la habitación nos encontramos con la madre de Nick.

Tenía los ojos llorosos y miró a su hijo como si le fuera la vida en ello.

—Nicholas quiero hablar—dijo mirándome a mí alternativamente.

—Os dejo solos...—empecé a decir pero él me sujetó con fuerza la mano.

—No tengo nada que hablar contigo—le dijo él con frialdad.

—Por favor, Nicholas... soy tú madre no puedes evitarme toda tu vida...—empezó ella a decir con desesperación. Al parecer no le importaba que yo estuviese allí escuchando. Nicholas estaba tenso como las cuerdas de una guitarra.

—Dejaste de ser mi madre en el segundo que me abandonaste por ese imbécil que tienes como marido...—dijo él tajante. Daba incluso miedo verle así, tan serio.

—Cometí un error—dijo ella y vi que las lágrimas se le salían de los ojos y se deslizaban por sus mejillas—por favor, perdóname...

—Eso no fue cometer un error, desapareciste durante seis años, ni siquiera me llamaste para ver cómo estaba ¡me abandonaste!—gritó y no pude evitar pegar un salto. Su madre lo miraba suplicante—No quiero volver a verte y si estuviese en mi mano te quitaría a esa preciosa niña que no te mereces tener como hija—dijo y entonces salimos de allí. Tiró de mí por un pasillo y por otro hasta que llegamos a uno que estaba completamente vacío. Abrió una puerta y entramos a un armario que estaba iluminado por una pequeña ventana que había en la parte de arriba.

Entonces cuando le miré vi que había lágrimas en sus mejillas. Sentí tanto miedo y desesperación al verle así que ni me di cuenta de lo que ocurría cuando me apretujó contra la pared y comenzó a subirme el vestido con desesperación.

—Nicholas—dije con voz temblorosa acariciándole el rostro, pero él estaba fuera de sí. Sus emociones estaban fuera de control y se apoderó de mi boca sin dejarme decir una palabra.

—Por favor deja...—susurró y al notar lo desgarradora que estaba su voz dejé que lo hiciera...

Era la segunda vez que hacíamos el amor... Pero aquella estuvo empañada por los malos recuerdos del pasado.

Al acabar me sujetó con fuerza sin soltarme. Yo tenía mis piernas entorno a sus caderas y le rodeaba el cuello con mis brazos.

—Tranquilo—le dije para calmar los sentimientos que se habían apoderado de él de aquella forma. Volver a ver a su madre le había afectado de la peor de las maneras y ahora se aferraba a mí como único consuelo. Levantó la cabeza y busco mis ojos con los suyos. En su rostro ya no había aquella desesperación ni ese dolor desgarrador. Ahora me miraba como si yo fuese su salvavidas y pudiese volver a respirar.

—Dime que esto no va acabarse, que no me dejarás, prométemelo—me pidió con un deje desesperado en la mirada.

Aquella petición me desgarró el alma.

—Nick...—empecé sintiendo como me dolía el corazón al pensar en lo que debió de haber sufrido cuando su madre lo abandonó. ¿Qué niño supera que la persona a la que estamos biológicamente programados para amar lo dejé sin importarle absolutamente nada?

—Quiero que seas mía para siempre—me dijo acariciando con su nariz mi clavícula y mi cuello para después volver a mirarme fijamente.

Le cogí el rostro entre mis manos y las pasé por sus ásperas mejillas.

—Yo también—dije para que supiera que estaba ahí por él, y estaría siempre.

Después de aquello nos fuimos a comer algo. La siguiente hora de visita no sería hasta después de un par de horas por lo que hicimos un tour rápido por las Vegas. Yo nunca había ido y fue tan impresionante como lo era en las películas. Mirara donde mirase había edificios enormes,

hoteles impresionantes y espectáculos para disfrutar. No quería ni imaginar cómo sería eso de noche pero no iba a poder quedarme hasta tan tarde...

—Mañana le daremos el alta, está mejor de lo que esperaba, incluso podría irse hoy sino quisiera tenerla bajo observación unas cuantas horas más.

Estábamos hablando con el médico. Ya eran las cinco de la tarde y si queríamos estar en Los Ángeles antes de media noche deberíamos irnos ya. Nicholas no parecía querer dejarla pero su madre estaba allí y ahora sabía lo difícil que era eso para él.

—Regresaré esta misma semana—le dijo a la niña que se le habían vuelto los ojos llorosos—El miércoles estaré aquí y te traeré un regalo para poder divertirnos—dijo abrazándola con cuidado pero con cariño.

—¿Dentro de dos días?—preguntó ella haciendo pucheros.

—Solo dos—le dijo dándole un beso en lo alto de su cabeza rubia.

Cuando salimos del hospital supe que estaba destrozado y agotado y no era para menos. Había sido un día cargado de emociones y sensaciones y no solo hoy sino también ayer. A los dos nos vendría bien dormir largo y tendido unas cuantas horas.

—¿Quieres que conduzca?—le ofrecí nada más llegar al coche. Él me miró con una sonrisa divertida y me acorraló contra la puerta del conductor.

—Creo recordar que el último coche al que te subiste lo perdí por causas mayores—dijo observándome fijamente.

—Nunca vas a dejar de recordármelo, ¿verdad?—le pregunté poniendo los ojos en blanco.

—Jamás, pecas—dijo dándome un beso fugaz en los labios.

Me aparté de él y fui a subirme al asiento del copiloto. De ahí en adelante todo fueron paradas para beber mucho café y mucha música para mantenernos despiertos.

Al llegar a casa ni siquiera nos detuvimos en pensar que nuestros padres ya habían llegado. Nicholas tenía un brazo rodeando mis hombros y yo uno en torno a su cintura cuando íbamos subiendo, agotados, las escaleras del porche.

Al ver a mi madre fue como regresar a la realidad. Ambos pegamos un salto y nos apartamos como dos imanes de polos iguales.

—Por fin llegáis, estaba empezando a preocuparme—dijo ella acercándose y dándome un abrazo fuerte. Hacía dos días que no la veía y con todo lo que había ocurrido con los recuerdos de mi padre y todo lo relacionado con Nick no pude evitar abrazarla con más fuerza de la necesaria.

—¿Me has echado de menos eh?—dijo soltando una risita.

Después de saludar a Nick entramos a la casa y a nuestra llegada le siguió un interrogatorio sobre cómo estaba la hermana de Nick. Al parecer él los había llamado para que supieran donde estábamos y William había estado muy preocupado por cómo estaba Maddie.

—Me alegro que esté bien—dijo levantándose del sofá.

Nick estaba en la otra punta de la habitación frente a mí y yo en el otro lado. Fue tan raro no estar juntos ni tocándonos que sentí un vacío repentino en el pecho. Me había acostumbrado a tenerlo pegado a mí las últimas 48 horas y ahora necesitaba tenerlo cerca. Él me observaba desde el otro lado con una mirada intensa y llena de promesas.

—Estoy cansada, si no os importa voy subiendo ya... Mañana tengo clase—dije mirándolo fijamente antes de subir.

Mi madre había estado viendo una película con Will por lo que aún les quedaba un rato antes de acostarse.

—¿Te quedas, Nick?—le preguntó mi madre y no pude evitar fulminarla con mis ojos desde mi lugar. Suerte que no se dio cuenta.

A Nicholas en cambio se le dibujó una sonrisa divertida.

—Yo también debería subir ya... es tarde y también tengo clase.

Buenas noches—dijo rodeando el sofá y colocándose a mi lado.

Juntos nos encaminamos hasta las escaleras y no sé si fue por la sensación de estar haciendo algo malo o por el simple hecho de que nuestros padres estaban abajo y que se volverían locos si se enteraban de lo nuestro pero cuando Nick me empujó contra la pared de al lado de mi puerta y me metió mano descaradamente, no pude evitar que todo me resultase de lo más excitante.

—Vente a mi cama, duerme conmigo—dijo junto a mi oído. Mientras hablaba y entre cada palabra había besado, lamido y mordisqueado toda la base de mi cuello.

—No puedo—le dije echando el cuello hacia atrás y provocando un sonido suave de placer.

—No puedes hacer esos ruidos y no pretender que te lleve a la cama— me dijo presionando con sus caderas de forma que me volvía loca.

Solté una risita ahogada y cerré los ojos con fuerza.

—Mi madre puede subir en cualquier momento, Nicholas—le dije mientras su mano subía por mi pierna y me acariciaba el muslo izquierdo con destreza—No quiero... que le de un infarto—dije soltando todo el aire de repente.

—Definitivamente te vienes conmigo—dijo arrastrándome con él.

—¡No!—grité entre risas y clavando los talones en el suelo. No sabía cómo íbamos hacer ahora que estábamos

juntos y nuestros respectivos padres vivían bajo nuestro mismo techo pero había que poner ciertas normas o auto controlarnos de alguna manera.

Se detuvo y al escuchar ruidos a bajo pareció comprender que yo tenía razón.

—Te quiero—dijo besándome la boca con rapidez—Si te pasa algo ya sabes dónde estoy.

—Segunda puerta a la izquierda, lo sé—le dije tomándole el pelo.

Entonces me giré y me metí en mi habitación.

Ahora necesitaba analizar todas las cosas que habían ocurrido...

necesitaba un respiro.

Después de haber estado casi dos noches sin dormir por fin lo conseguí aunque me costó hacerlo. Todo lo que había ocurrido los pasados días me habían dejado como en una nube de pensamientos y sentimientos encontrados. Por una parte estaba la felicidad que sentía al estar con Nick, no sabía si duraría mucho, puesto que nuestros temperamentos eran propensos a chocar bastante si teníamos en cuenta los pasados meses; pero definitivamente estaba loca por él. Lo había ocultado de una manera asombrosa incluso a mí misma y ahora que todo había salido a la luz no podía dejar de pensar que se encontraba a menos de siete metros de distancia. Tuve que controlarme para no ir en su busca cuando apenas podía dormirme pero me obligué a mí misma a no hacerlo. Tenía que aprender a permanecer alejada de él, solo que cuando no estábamos juntos todos mis pensamientos recaían en mi padre y sus cartas amenazadoras. Aún no sabía si debía contárselo alguien... ¿para qué? Él estaba en la cárcel y ni siquiera estaba segura de que fuesen de él. Ronnie podría haberse enterado de lo de mi padre y haberlo utilizado en mi contra. Por lo tanto decidí callármelo, por lo menos hasta

que me llegase otra carta, que viendo lo visto no iba a suceder.

A la mañana siguiente me levanté deprisa sabiendo que tenía que apresurarme si no quería llegar tarde. También estaba nerviosa ya que iba a tener que volver a ver a todos los implicados en mi novatada de la fiesta. Todos ellos me habían oído gritar desesperada y ninguno había sido capaz de ayudarme.

Me puse el uniforme y bajé las escaleras corriendo. Como todas las mañanas William ya se había marchado y Nick y mi madre desayunaban sentados en la mesa de la cocina. Cuando entré, sus ojos se encontraron con los míos y tuve que controlarme para no acercarme y darle un gran beso de buenos días. Mi madre se levantó y comenzó a hacerme el desayuno como siempre hacía. Yo aproveché y con la excusa de que me ayudasen con la corbata (que ya sabía perfectamente como ponérmela) me acerqué a Nick y mientras mi madre no miraba le di un beso rápido en los labios.

—Ahora mismo tengo un montón de imágenes de tú y yo y ese uniforme en una habitación del piso de arriba—me dijo en un susurro mientras me hacía el nudo y aprovechaba para acariciarme el cuello y besarme con cuidado en los labios.

Me aparté girándome para cerciorarme de que nadie nos veía. Mi madre estaba inmersa en la preparación de unos huevos revueltos y la música que siempre ponía resonaba por los altavoces.

Tenía que admitirlo, ese juego era peligroso, pero me excitaba muchísimo.

Sus manos bajaron con cuidado y se colaron por debajo de mi falda.

Me comenzó a acariciar las piernas hasta posarlas en mi trasero.

—Te estás pasando—le dije con una sonrisa de censura en los labios.

—Tienes razón—dijo quitando las manos justo cuando mi madre se giraba y me servía los huevos en el plato.

Por primera vez me senté junto a Nick en el desayuno y no pude evitar pensar en nuestra primera mañana comiendo tortitas y batido. Ese sí que era un buen recuerdo y sobre todo lo que habíamos estado haciendo horas antes de ese desayuno.

Mi madre apenas charló con nosotros, estaba inmersa en sus pensamientos y me regañé a mi misma por no interesarme más por su matrimonio y sobre si estaba contenta ahora que vivíamos aquí.

—¿Mamá, estás bien?—le pregunté observándola con preocupación. Ya era la quinta vez que se quedaba con la mente en blanco y la mirada perdida.

Regresó de donde quiera que hubiese estado y me sonrió disimuladamente.

—Sí... sí claro, estoy perfectamente—dijo recogiendo su plato y dejándolo en el fregadero.—Me ha dicho Nick que no le importa llevarte al instituto hoy, lo siento pero a mí me duele un poco la cabeza, creo que voy a acostarme—dijo dándome un beso en lo alto de la cabeza y dándole un apretón cariñoso en el hombro a Nicholas. En cuanto desapareció por la puerta me giré hacia él.

—¿No la ves un poco rara?—le pregunté mientras él se terminaba su zumo para después girarse hacia mí y tirar de mi silla hasta la de él.

—Un poco, pero no creo que sea nada importante—me dijo colocando sus manos en mis rodillas e inclinándose hacia a mí.— ¿Estas lista para irnos?—me preguntó con voz seductora. Sentí un cosquilleo donde sus manos tocaban mi piel y asentí con la cabeza. Eso de que mi coche aún

siguiere en el taller no era tan malo como había supuesto al principio.

Cinco minutos después estábamos saliendo de casa, solo que él se detuvo en una esquina donde nadie podía vernos y me cogió el rostro y me besó intensamente. Cuando me soltó tuve que respirar profundamente para recuperar el aliento.

—Guau... ¿a que ha venido eso?—le dije mientras él con una sonrisa divertida ponía el coche en marcha otra vez.

—A que llevábamos siete horas y veinticinco minutos sin besarnos— dijo tan tranquilo.

—¿Llevabas la cuenta?—le dije riéndome y poniéndome de muy buen humor.

—Mi mente se aburre si no está contigo, qué le voy a hacer...

Quince minutos después llegamos a las puertas del St. Marie y no pude evitar ponerme tensa. A mi lado Nick también se había puesto serio y sus manos aferraron el volante con fuerza.

—Entraría y les daría a todos otra paliza—dijo mirando hacia la muchedumbre de alumnos con uniforme que esperaban a que fuera la hora para poder entrar.

—Si te sirve de consuelo yo te dejaría—le dije medio en broma. No quería que se preocupase por eso, bastante había tenido ya con todo mi melodrama.— ¿Vas a venir a recogerme?—le dije girándome hacia a él, obligándole a que apartara la mirada del colegio.

Me sonrió y me acarició la mejilla con uno de sus dedos.

—Por supuesto, soy tu novio, ese es mi deber—me dijo pagado de sí mismo.

Yo solté una carcajada.

—Esa no es una obligación de un novio... ¿Nunca habías tenido novia verdad?—le pregunté y me encantó saber que estaba en lo cierto y que yo era la primera.

—Te estaba esperando a ti—me dijo depositando un beso cálido en mis labios. Me gustaron tanto sus palabras que le obligué a profundizarlo.

Cuando nos besábamos así no podía evitar recordar las veces en las que había ido a más... y las ganas que tenía de repetir.

—Será mejor que te marches ya si no quieres que te secuestre durante todo el día—me dijo mientras en cambio me apretujaba con una mano colocada en mi cintura.

Sonreí junto a sus labios.

—Te veo a las cuatro—dije obligándome a separarme de él. Lo nuestro era adictivo.

—No dejes que nadie te ponga ni un solo dedo encima—me advirtió.

Puse los ojos en blanco ante lo celoso que era; ya me había dado cuenta hacia tiempo de que era un obsesivo y no quería dedicarme mucho tiempo a pensar en ello.

—Te quiero—le dije bajándome del coche.

—Y yo, adiós preciosa—me dijo entonces y sin motivo me ruboricé.

Era muy tierno cuando se esforzaba en ello.

Cuando me acerqué a la puerta, automáticamente muchos ojos se clavaron en mí, pero antes de poder preocuparme por nada, Jenna apareció y salto a mis brazos abrazándome.

—Lo siento mucho, Noah—dijo abrazándome fuerte.—No sabía que iban a hacerlo debí haber estado allí para ayudarte, son unos inmaduros; estas cosas ya deberían de dejarse de hacer pero ya ves...

—No pasa nada Jenna, está todo bien—le dije más que nada porque ella no había tenido la culpa. Podría haberme avisado sobre las novatadas pero tampoco podía culparla por lo que para ella era una simple broma pesada.

—¿Estás segura...?—insistió—Te vi tan mal, no sabía que te afectase tanto la oscuridad...

—Es un trauma que tengo de pequeña pero ya está; ya pasó, no importa.—dije mientras sonaba el timbre y nos encaminábamos a las taquillas.

Mirara donde mirase había ojos fijos en mi espalda. También fui consciente de que varios chicos del último curso tenían las caras magulladas y los ojos morados. Bien, se lo tenían merecido.

No me dí cuenta de lo realmente enfadada que estaba hasta que no entré en el comedor. Todos me miraban como si fuese una marciana, o peor, como si sintiesen *lástima*. Todo tipo de rumores habían circulado por todo el colegio, y sentía tantas ganas de vengarme, que ni siquiera me dí cuenta de lo que hacía cuando me acerqué a la idiota de Cassie y le tiré mi batido de fresa en la cabeza; lo sé, pensaréis que estoy loca o algo, pero se lo merecía, y tanto que sí.

La gente a mi alrededor se quedó de piedra, hasta que Jenna empezó a reirse a carcajadas y la gente le siguió. Incluso algunos aplaudieron...

—Esto por guerra y para que lo recuerdes la próxima vez que quieras jugármela; y dile a tu hermanita que mantenga las zarpas alejadas de Nicholas, es mío, ¿te has enterado?—le dije y me giré con la intención de largarme de forma dramática y triunfal.

Pena que mis planes no salieran como esperaba.

—Señorita, Morgan, a mi despacho por favor—me dijo la directora que lo había visto absolutamente todo.

Mierda.

NICK

Cuando la dejé en el colegio no pensé que me embargarían todos aquellos sentimientos tan oscuros, pero lo hicieron. No podía quitarme de la cabeza que la chica a la que quería con locura la habían maltratado hasta casi matarla; era algo que no podía ignorar y por ese motivo me fui directamente hasta las oficinas de mi padre. Quería saber qué opinaba él de todo esto pero sobre todo quería averiguar como hacía para seguir adelante después de descubrir que la mujer que amaba había sido golpeada y maltratada durante años.

Cuando llegué a las oficinas de Leister Enterprises no tuve más que dirigirme directamente a la última planta. Janine, la secretaria de mi padre ya me conocía de toda la vida, ella había sido la encargada de comprarme regalos de cumpleaños y de llevarme a las fiestas de mis amigos. Ella había ido a los partidos de fútbol cuando mi padre estaba ocupado trabajando y también era la que se encargaba de regañarme cuando llegaban malas notas de conducta del colegio. Janine había sido una especie de madre, solo que nunca me llegó al corazón, ninguna mujer lo hizo hasta Noah; pero le tenía cariño por todos aquellos años.

—Nicholas ¿Qué haces aquí?—me preguntó con unas sonrisas amigables.

Janine era muy delgada y tendría ya pasados sus sesenta años. Mi padre la mantenía por que no había mujer más trabajadora y leal que ella y también porque no era fácil soportar a mi padre en horas de trabajo, sino que me lo dijeran a mí que hacía las practicas en su bufete.

—Hola Janine, tengo que hablar con mi padre ¿está reunido?—le pregunté intentando contener las ganas de entrar sin llamar.

—No, pasa, solo está revisando el caso de esta tarde—me dijo y entonces me fui directo hasta su despacho. Entre sin llamar y los ojos azules oscuros de mi padre se elevaron de sus gafas de leer para posarlos en mí.

—¿Qué haces aquí?—me preguntó con seriedad. Nunca me saludaba, eso era una costumbre que había cogido y que le costaba ignorar.

—Vengo a hablarte de Noah... y de Rafaella para ser exactos—dije quedándome de pie delante de su mesa de mil quinientos dólares y esperando que fuese sincero conmigo por una vez en su vida—¿Estabas al tanto de lo que le hizo el cabrón de su padre?

Mi padre me miró unos segundos y después dejó lo que estuviese leyendo sobre la mesa. Se levantó, fue hasta su bar y se sirvió una copa de coñac.

—¿Cómo te has enterado?—inquirió un momento después.

Entonces ya lo sabía, algo que tampoco me sorprendió demasiado. Algo así no se puede ocultar durante mucho tiempo.

—Noah se aterra si la metes en una habitación a oscuras, el otro día casi le dio un ataque de pánico, y cuando se calmó me lo contó.—le dije poniéndome tenso al recordar lo que esos cabrones le habían hecho, pero nada comparado con lo de su padre—Papá, ¿sabes lo que le hizo ese cabrón? Noah estuvo a punto de morir... la golpeo tantas veces que puede que no pueda tener hijos...

—Lo sé—dijo sentándose a la mesa y mirándome apenado.

—¿Qué lo sabes?—dije levantándome y comenzando a caminar enfado por la habitación.— ¡Su propia madre la

dejó sola con un maltratador!

¡Rafaella es tan culpable como él!—dije notando la rabia y la impotencia.

—Nicholas no te permito que hables así de mi mujer; no tienes ni idea de lo que ha tenido que pasar y de lo que se arrepiente al haberla dejado sola... Ella no tenía una vida como la nuestra, no tenía dinero ni nadie que la ayudase a pelear por su hija, sufrió los abusos de ese hombre durante años; su cuerpo es un mapa de cicatrices y golpes... No te permito...

—Noah era una niña, papá—le interrumpí conteniendo el temblor de mi voz— Casi la violó, por Dios santo, salto de una ventana, ese mal nacido se merece estar muerto...

—Nicholas siéntate, debes saber una cosa—me dijo señalando la silla que había delante suya.

Me coloqué detrás pero no me senté.

Él se llevó la copa a los labios y por un momento me hubiese gustado poder hacer lo mismo.

—Hace más de un mes que ese hombre fue puesto en libertad—me soltó entonces. Sentí como todo mi cuerpo se tensaba y como mi cerebro intentaba asimilar el significado de esas palabras.

—Ya pasaron diez años de la condena que se le impuso; Si Rafaella hubiese denunciado sus maltratos cuando debiera, hubiesen sido más años pero solo se lo condeno por el delito que cometió esa noche con Noah...

la pequeña sufrió muchos daños, pero el peor fue cuando saltó por la ventana y se clavó un cristal en el estómago. De eso tampoco se le culpó... al parecer tenía contactos y se le rebajó la condena; lo que estoy intentando decirte es que ya es un hombre libre y Rafaella teme que intente ponerse en contacto con ella. Hace poco que me enteré de esto y me enfadé muchísimo con ella por no habérmelo contado, pero ahora hay que tener los ojos muy abiertos ante cualquier

signo de alarma... No creo que el hombre vuelva a querer acercarse pero de todas formas estoy preocupado. Rafaella está aterrada y tiene pesadillas todas las noches, no quiere que Noah se entere, ella ni siquiera sabe que ya ha cumplido su condena y por eso debes guardar el secreto.

—¿Cómo puede estar libre, tú no puedes hacer nada?— dije con incredulidad y un nuevo temor surgiendo en mi interior. Ese loco podía ir en busca de su mujer y su hija y no sabía cómo reaccionaría Noah si volvía a ver a la razón de sus pesadillas.

—He ordenado una orden de alejamiento pero al no haber indicios de ningún tipo de problema o de acercamiento por parte de él ha sido denegada; la verdad es que estamos actuando con exageración; él está al otro lado del país y no creo que se cruce todo Estados Unidos para venir a reclamar nada, pero ser precavido no está de más y si Ella se queda más tranquila...

—Yo estoy de acuerdo. Tú cuida de tu mujer, yo cuidare de Noah—dije yendo hacia el mini bar y sirviéndome una copa. En ese momento la necesitaba.

Sentí la mirada de mi padre clavada en mi nuca. Se hizo el silencio por un momento.

—Hijo... dime por favor que no te has liado con tu hermanastra — dijo con pesar y cerrando los ojos con fuerza.

Mierda... ¿tan obvio era?

—Solo quiero cuidar de ella, papá—dije bebiéndome lo que quedaba en el vaso de un solo trago.

—Mira no sé lo que tenéis ni quiero saberlo, pero por favor te pido que no hagas ninguna tontería; bastante tengo ya con intentar que Rafaella no pierda la cabeza ahora con lo que está pasando, lo último que necesita ahora es saber que su hija está liada con su hijastro.

Me molestó esa forma impersonal de referirse a nuestra relación.

—No estamos liados papá... *la quiero* y te aseguro que no dejaré que nadie le ponga un maldito dedo encima.

Mi padre me observó unos instantes y luego asintió.

—Ten cuidado con lo que haces, Nicholas—me dijo. Asentí y después de tragarme la fuerte bebida de un trago me despedí y salí por la puerta.

Entonces empezó a sonar mi teléfono. Era Noah.

—¿Qué te ocurre?—dije con alarma. Debería estar en clase ¿qué demonios hacia llamándome?

—Nick... tienes que venir a buscarme—dijo con voz extraña.

—¿Porqué, estás bien?—le pregunté metiéndome en el ascensor y dándole a bajar.

—Bueno... me han expulsado para el resto del día.

Cuando la recogí en la entrada del colegio no puede evitar la sonrisa que se me formó en los labios. Ella vino corriendo hasta mi coche y estaba tan adorable que no pude evitar besarla antes de que pudiese explicarme con mejores detalles lo que había ocurrido.

—¿Le has tirado un batido de fresa en la cabeza?—le pregunté soltando una carcajada—¿en serio?

—No sé lo que me ha pasado...—dijo ella con cara de martirio—Pero no me arrepiento, se lo merecía y oye, no me juzgues, tú te desahogaste pegándote con todo el colegio, a mí también me hacía falta soltar todo lo que llevaba dentro —me dijo poniéndose el cinturón mientras yo me reía y ponía el coche en marcha.

—¿Crees que habrá alguien en casa?—le pregunté un instante después.

—Seguramente ¿porqué?—me preguntó frunciendo el ceño.

—Porque tengo tantas ganas de hacerte el amor ahora mismo que creo que voy a explotar—le contesté deseándola de una manera que me asustaba.

Esa chica me volvía completamente loco, no podía pensar con claridad cuando la tenía cerca y menos después de que me confesara lo que había hecho en medio de toda la cafetería del colegio.

Sonreí al notar su respiración ahogada y automáticamente coloqué una mano en su muslo y fui subiéndolo a medida que le iba levantando la falda. Dios que suave era...

—A eso podemos jugar los dos ¿sabías?—me dijo entonces y tuve que hacerme de todo mi autocontrol para no chocar con el coche que tenía delante. Noah se soltó el cinturón y se deslizó por su asiento hasta colocarse a mi lado. Su pequeña mano se posó en mi rodilla mientras su boca se dirigía con infinita ternura hasta mi cuello.

Mi respiración se volvió completamente descontrolada.

—Eh, nena, para...—le dije al sentir su lengua acariciando mi oreja...

Dios, no podía conducir y hacer eso al mismo tiempo.

—Tu empezaste—me dijo ahora subiendo su mano por mi pierna mientras me daba suaves mordisquitos por todo el cuello y la mandíbula.

Le cogí la mano a medio camino y paré en cuanto llegué al lugar que había estado buscando.

—Baja del coche—le dije con los ojos ardientes de deseo.

—Creo que paso, la última vez que me dijiste eso me dejaste tirada en la cuneta—me soltó sonriéndome y mostrándome esos hoyuelos tan increíblemente sexys.

—Baja, o te lo hago aquí mismo—le dije.

Ella se sentó y al ver que no me hacía caso fui yo el que se bajó. Fui directamente hasta su puerta y la saque con urgencia.

—¿No pensarás hacerlo aquí?—me dijo mirando hacia el acantilado y el mar que teníamos detrás.

La ignoré y la estampe contra la puerta de mi coche mientras la obligaba a rodearme las caderas con sus piernas.

—Claro que sí, lo vamos hacer aquí—le dije apoderándome de su boca.

Ella se estremeció bajo mis brazos y me devolvió el beso con el mismo entusiasmo que yo.

Arqueo la espalda y cerró los ojos echando el cuello hacia tras. La besé en la oreja y en la mandíbula y en todos los lugares en donde hubiese piel desnuda. Quería verla, por lo que con una mano le fui desabrochando todos y cada uno de los botoncitos de su camisa.

—¿Te he dicho ya lo mucho que me pone este uniforme? —le dije besándola en los pechos.

—A ti y a todos los tíos de la tierra—me contesto soltando un suspiro entrecortado.

Noah y su humor sarcástico. La apretuje aun más y ella soltó un suspiro más audible. Suerte que estábamos solos.

—Ahora voy hacerte mía una vez más—le dije mirándola con intensidad.

—Tú eres mío y yo soy tuya...—me dijo y entonces me miró a los ojos—Es la primera vez que digo esa frase sintiendo que es cierta...—dijo frunciendo el ceño y respirando apresuradamente—Te quiero Nick.

—Y yo a ti, preciosa—dije hundiéndome en ella y disfrutando de cada una de sus apasionadas respuestas—Te quiero con locura—le repetí cogiéndole el rostro y mirándola a los ojos mientras los dos alcanzábamos el placer más magnifico del mundo.

Nos pasamos el resto del día en la playa. Echados sobre la arena y conociéndonos mejor...

—¿Quién te dio tu primer beso?—me preguntó echada boca abajo y con la cabeza apoyada entre las manos. Parecía muy joven y también muy hermosa. Tenía que contenerme para no estar tocándola todo el día.

—Tú por supuesto—le dije disfrutando al ver como el viento jugaba con su pelo y como el sol enrojecía sus mejillas haciendo más evidentes los puntitos que formaban sus pecas.

Puso los ojos en blanco.

—No, en serio—dijo ignorando el mechón de pelo que no dejaba de metérsele en los ojos. Estiré la mano y se lo metí cuidadosamente detrás de su oreja.

—¿Seguro que quieres saberlo?—le pregunté y vi como fruncía el ceño ante mi pregunta. Solté una carcajada.—Está bien, pero te vas a reír...

Fue con Jenna.—admití finalmente.

—¡No!—dijo ella abriendo los ojos por la sorpresa—¿Estas de coña?

¿En serio?

—Éramos unos críos, y ella mi vecina y única amiga, lo hicimos para ver cómo era... A mí me pareció raro y ella hizo una mueca de asco y juró no volver a besar a nadie nunca más en su vida.

Noah soltó una carcajada. Suspiré aliviado al ver que no le molestaba. Aquel beso con Jenna no había significado nada para mí, ella era la única amiga mujer que tenía de verdad.

—¿Y tú?—le pregunté sintiendo un malestar en mi interior. No me gustaba imaginarme a Noah en brazos de ningún otro tío, solo pensarlo me ponía enfermo.

—Bueno, lo mío no fue cuando era una cría, por lo que no juré no volver a hacerlo... es más, me gusto—dijo como si nada.

—¿Con quién fue?—le pregunté un poco más serio de lo que me hubiese gustado hablarle.

Ella ignoró mi tono o no pareció darse cuenta.

—Fue con el socorrista de la piscina pública de una amiga mía...

Estaba buenísimo y nos enrollamos en la sala de emergencias...—dijo con una sonrisa.

Automáticamente la cogí y me puse encima de ella.

—¿Con que lo disfrutaste eh?—le dije presionándola con fuerza para que no se pudiese mover.

—Sí, mucho—dijo sin más y entonces supe que se estaba riendo de mí.

—¿Te gusta atormentarme?

—La verdad es que me resulta muy divertido, sí—me dijo sonriendo y haciéndome querer besarla hasta que ambos nos quedásemos sin aliento.

—Ahora verás lo que es atormentar a alguien de verdad...—le dije bajando mi boca hasta la suya pero sin dejar que nuestros labios se tocasen. Con mi mirada clavada en la suya dejé que mi mano se deslizara por su pierna, despacio, observando cómo sus ojos se oscurecían por el placer de mis caricias. Subí mis dedos hasta el hueco de su rodilla, despacio y seguí subiendo hasta su muslo. Con la otra mano fui desabrochando la blusa de su camisa y mientras lo hacía mi boca fue depositando rápidos y cálidos besos en la suave piel de su estómago...

Escuché como suspiró y una sonrisa se formó en mis labios.

Me puse de pie sin más, dejándola así, con las mejillas rojas y muriéndose de placer insatisfecho. Tardó unos segundos en darse cuenta de lo que hacía y me miró como un perrito abandonado.

—¿Pero qué haces?—me dijo con un deje de enfado.

—Así te lo pensarás mejor la próxima vez que intentes ponerme celoso—le dije muriéndome de ganas de terminar lo que habíamos empezado.

Pero no lo haría, aquello era muy divertido.

Me miró con la boca abierta y empezó a abrocharse los botones uno a uno.

—Sigues siendo el mismo capullo de siempre—dijo enfadada mientras se levantaba, cogía la manta y se alejaba en dirección al coche. Solté una carcajada y la seguí admirando sus largas piernas y su pelo cobrizo moviéndose con libertad bajo el viento.

Antes de que llegara al coche me acerqué, la volví hacia a mí y la besé con dulzura. Eso era lo máximo que podía permanecer apartada de esa chica, unos simples minutos. Acaricié con mis labios los suyos que se quedaron cerrados con reticencia. Intenté introducir mi lengua en su boca pero no me lo permitió, por lo que pasé a lamerle los labios, con sensualidad y lentitud, venerándola. Cuando al fin se rindió y me echó los brazos al cuello; le di el mejor beso que se le podía dar a una chica... Ese beso sí que era digno de ser recordado y no el del idiota de ese socorrista.

NOAH

Me daba miedo lo rápido que estaban yendo las cosas. Después de lo que me había ocurrido con Dan; la posibilidad de volver a enamorarme había estado completamente fuera de mis planes; pero ahí estaba: completamente perdida por mi hermanastro, el último chico del que hubiese podido imaginarme tener una relación. Todo era una locura pero me hacía sentir tan bien que no podía quejarme. Me asustaba las ansias que tenía de estar con él, incluso cuando estábamos separados por un intervalo pequeño de tiempo mi corazón sufría por su ausencia, y aquello era preocupante de verdad. Tampoco podía evitar que me temblasen las piernas nada más verle y que de decir de cuando me besaba o hacíamos el amor. Estaba literalmente en una nube y si no hubiese sido por las amenazas de las cartas ahora mismo habría sido la persona más feliz de la faz de la tierra.

Era consciente de que no podía seguir callándome lo de las cartas pero no quería mencionar el nombre de mi padre a mi madre. Ella había sufrido tanto o más que yo los abusos de ese hombre y ahora que estaba felizmente casada no podía traer de vuelta esos recuerdos, pero ¿Qué podía hacer? Mi padre estaba en la cárcel, no saldría hasta dentro de muchísimos años y era prácticamente imposible que me pusiese una sola mano encima. Todo tenía que ser cosa de Ronnie. De alguna forma se había enterado de mi tortuoso pasado y lo había sacado a la luz para asustarme y poder darme donde más me dolía. Por ese motivo decidí que la única persona adecuada para ocuparse de todo ese lío tenía que ser Nicholas.

Aquella noche después de la fiesta a la que íbamos por primera vez como pareja, se lo contaría. Se subiría por las paredes y seguramente me recriminaría el no habérselo dicho antes pero temía su reacción y también temía lo que el mafioso de Ronnie podía llegar a hacerle.

Por eso intenté disimular mi estado de ánimo cuando llegamos a la fiesta de la hermandad de los amigos de Nick y puse mi mejor sonrisa cuando me abrió la puerta para ayudarme a salir. Desde que habíamos empezado con aquella relación se había transformado. El Nicholas que hacía poco defendía que las tías podían abrir una puerta solas y que no necesitaban escolta había desaparecido dejando a un autentico caballero en su lugar. No es que yo muriese por todos aquellos detalles exagerados pero sí que me gustaba saber que solo me los hacía a mí y a nadie más.

—¿Te he dicho ya que me va a costar mantener mis manos apartadas de ti esta noche?—me preguntó retenién dome un momento contra la puerta del copiloto. Aquella noche hacía bastante fresco y el vestido ajustado negro que me había puesto no era lo que se pudiese denominar como practico.

Elevé mis ojos hacia él, admirando sus pestañas inmensamente largas y negras en contraste con sus ojos claros y me perdí en ellos y en la calidez y el deseo que se ocultaban en ellos. Nicholas Leister era la viva imagen de un modelo de Calvin Klein y ahora era todo mío.

—Pues vas a tener que hacerlo—le dije entrelazando mis dedos en su nuca y acariciándole el pelo con uno de mis dedos. Era difícil mantener las manos apartadas de aquel cuerpo espléndidamente trabajado. — ¿Sabes que todo el mundo nos va a estar mirando verdad?—le dije un segundo después siendo consciente de cómo varios chicos y chicas, entre ellos algunos de mi colegio, nos observaban desde la entrada de la casa.

—Así sabrán que eres mía—dijo inclinándose y apoderándose de mis labios. Cuando me besaba perdía completamente el hilo de mis pensamientos. Nicholas siempre llevaba la iniciativa a la hora de enrollarnos y eso era algo que me volvía loca de deseo. En aquel momento y bajo la oscuridad de la noche el simple roce de sus dedos en mi cintura me hacía estremecerme por dentro. Poco a poco entreabrió mis labios con los suyos y comenzó a acariciar su lengua con la mía, en movimientos lentos y sensuales, nada que ver con cómo nos besábamos últimamente: con desenfreno y sin apenas respirar. Aquel beso me estaba derritiendo.

—Vámonos a casa—me dijo separándose un segundo y mirándome a los ojos. El deseo estaba tan claro en ellos que dejé de sentir frío y pasé a estar acalorada en medio segundo.

Sonreí.

—Están nuestros padres—le dije también apenada por aquel detalle.

La última semana apenas habíamos podido estar juntos. Mi madre no me había quitado los ojos de encima, hablándome o queriendo pasar el rato conmigo, y William había puesto a trabajar a Nick casi a tiempo completo.

De alguna forma parecía que se habían puesto de acuerdo.

Nicholas gruñó contra mis labios.

—Voy a tener que buscarme un sitio donde poder mudarme—me dijo entonces dejándome de piedra.

¿Cómo?

—Espera, ¿qué?—le dije apartándome de su boca. Él me observó atentamente.

—Lo llevo pensando varias semanas... y ahora que estamos juntos creo que es una buena idea. Ya soy mayorcito y con lo que cobro en el bufete de abogados

puedo permitirme algo bastante decente... Así no tendríamos que preocuparnos por nuestros padres—dijo buscando una respuesta en mi rostro.

Que Nicholas se mudara técnicamente sería lo más correcto. Eso de vivir con tu novio y tus padres en la misma casa era algo muy raro e incómodo pero el solo hecho de pensar en no tenerlo todas las mañanas conmigo o verle antes de acostarme o simplemente saber que estaba al otro lado del pasillo me producía una terrible amargura y también miedo ya que de alguna forma me sentía segura estando él en la habitación de enfrente y con las amenazas de Ronnie estando tan recientes...

—No quiero que te vayas—le dije siendo irracional pero sincera.

Él me observó fijamente.

—¿Quieres seguir ocultándonos todo el tiempo sin poder ni si quiera tocarnos?—me dijo alzando la mano y trazando círculos en mi espalda—Ya sabes que mi padre sabe lo nuestro, él no pondría ningún impedimento en que yo me fuera de casa y así podríamos pasar todo el tiempo que quisiésemos juntos... Dejaríamos atrás todo ese rollo de hermanastros si no durmiésemos puerta con puerta, hasta tú madre lo aceptaría si no pensase que estamos enrollándonos a dos puertas de distancia...

Le acerqué a mí interrumpiéndole.

—Lo sé, pero no ahora... no te mudes todavía, no quiero que te vayas—repetí sabiendo que sonaba desesperada.

Me miró con el ceño fruncido unos segundos.

—Tú corazón se acaba de acelerar... ¿Qué te ocurre, Noah?—me dijo mirándome otra vez como si supusiese que le estaba ocultando algo.

Negué con la cabeza y forcé una sonrisa.

—Nada, nada... estoy bien, simplemente me gusta tenerte en casa, solo eso—dije diciendo la verdad a medias.

Él me estrechó contra su cuerpo y depositó un beso rápido en lo alto de mi cabeza.

—A mí también, no te preocupes, ya hablaremos de ello —dijo separándose de mí y cogiendo mi mano—Será mejor que entremos, te estás congelando.

Asentí y juntos entramos a la casa que en como en todas las fiestas que habíamos acudido estaba a rebosar de gente y las luces eran apenas unos destellos de colores. La gente bailaba y bebía y pronto nos encontramos con Jenna y Lion. Nick no me soltaba la mano y me arrastro hacia la cocina en donde había un poco más de calma. Varios chicos estaban jugando con bolas de ping pong y vasos de cerveza y pronto Lion y Nick se les sumaron. Jenna me arrastró hacia una esquina obligándome a soltarme de Nick.

—Te advierto de que la patrulla de ex esta aquí—me soltó y vi que estaba acalorada y seguramente un poco borracha.

—¿De qué hablas?

—Anna, y Mario están aquí—dijo mirando hacia mis espaldas—No sé exactamente que ocurrió entre vosotros, pero no creo que a Nicholas le haga mucha gracia verle aquí y bueno también te advierto de que Anna seguramente sacará las uñas... Desde que se enteró de lo tuyo con Nick está planeando vengarse, o eso me han dicho.

Miré hacia atrás y en efecto, primero vi a Anna que estaba con un vaso rojo y mirando en nuestra dirección con un odio profundo y luego vi a Mario no muy lejos de ella hablando amigablemente con una chica. La verdad es que no había acabado muy bien con él. Nos habíamos besado y él sentía algo por mí, me había advertido sobre Nick a pesar de que no hiciese falta pero sentía que le debía al menos una explicación. Me sentaba mal no haber vuelto a hablar con él ni nada parecido. Al fin y al cabo se había portado muy bien conmigo.

Miré hacia donde estaba Nicholas, deseando que estuviese demasiado distraído como para verme acercándome a Mario pero me lo encontré apoyado contra la pared, observándome.

Nos leímos la mente mutuamente y supe que aquella noche iba a terminar discutiendo con él.

Jenna regresó con Lion y yo me acerqué a Nicholas con cautela.

—Quiero hablar con él—le dije simplemente. No tenía por qué pedirle permiso y no lo estaba haciendo pero si podía ahorrarme un numerito desagradable pues mejor que mejor.

—No—me dijo con frialdad.

—No te estoy pidiendo permiso Nicholas—le dije enfadada por su respuesta.

—Si quieres evitarme unos golpes esta noche, no vayas a hablar con ese gilipollas—me dijo fulminándome con sus ojos claros.

Sus celos eran algo de lo que ya estaba al tanto pero los odiaba y no pensaba quedarme de brazos cruzados viendo como me controlaba.

—Sabes que odio que me hables así y más aún que me amenaces con pelearme—dije deseando demostrarle que él no mandaba en mí ni muchos menos.

Estiró los brazos y me cogió de las caderas, acercándome a él.

—Comparto un pasado con ese tío, Noah, no te quiero cerca de él, no busques cabrearme, sabes que no quiero pelearme contigo esta noche.

Di un paso hacia atrás, enfadada.

—Pues contrólate—le solté elevando el tono de voz por encima de la música marchosa y porque también estaba comenzando a enfadarme de verdad.—Solo quiero explicarle porque no he vuelto a llamarle ni a hablar con él,

se ha portado bien conmigo, no quiero evitarle simplemente porque a ti no te caiga bien...

—¿Quieres que sepa por qué no le has vuelto a llamar?— me dijo cabreado y acercándose a mí, intimidándome con su altura. Cuando se ponía así me daba miedo y odiaba esa sensación. La complexión física de Nicholas me encantaba, me hacía sentirme protegida pero no en aquel momento, no en aquella situación. Y menos cuando me cogió por la cintura y estampó sus labios contra los míos con fuerza, con posesión. Intenté apartarme pero no me dejó hasta varios segundos después.—Ahora ya lo sabe—dijo entonces.

Di un paso hacia atrás, enfurecida.

—¡Eres un gilipollas!—le grité agradeciendo que nadie más que él y unos cuantos que estaban a mi alrededor pudiesen oírlo.— ¡No vuelvas a besarme así!—continué gritando. Vi que en su rostro se debatía su enfado propio y el arrepentimiento pero no me importó. Le empujé y me encaminé hacia la puerta trasera. No me siguió y se lo agradecí.

Fuera hacía un frío glacial. Nadie había salido ya que la mayoría estaba o en la parte delantera o bailando en el salón. La música salía por las ventanas de forma estruendosa y comprendí porqué todas las fiestas se hacían en aquel lugar. Detrás solo había bosque y de esa forma no habría vecinos quejándose por la música. La noche estaba bastante nublada y comprendí que era posible ver por primera vez lluvia en la ciudad de Los Ángeles. La echaba de menos, aunque el sol me gustase más, pero me había criado en un lugar donde la lluvia y el frío eran lo normal.

Me acerqué hacia los escalones del porche que había allí y los bajé deseando estar sola para poder pensar. La música me molestaba en aquel instante y también los tacones que no dudé en sacármelos y cogerlos con una sola mano. Comencé a caminar junto a un pequeño riachuelo que había

un poco más allá. Me incliné para tocar el agua y vi que estaba muy fría, igual que mis sentimientos.

¿Por qué demonios tenía que comportarse Nicholas de aquella manera?

¿Por qué no podía simplemente fiarse de mí? Sabía que era violento y no me gustaba ni un pelo, pero también sabía que solo lo era por celos y que nunca me podría una sola mano encima como había hecho mi padre con mi madre y conmigo. Suspiré para mis adentros. Estaba enamorada...

completamente enamorada de ese chico y temía perderme a mí misma en aquella relación. No quería que me dijese que debía o no debía hacer pero con el tiempo que llevábamos juntos y el tiempo que hacía que le conocía había llegado a comprender por qué se comportaba de una manera tan posesiva conmigo. Nicholas nunca había estado enamorado. Nunca había querido a ninguna mujer exceptuando a su madre y eso había sido cuando era un niño. Al verle con su madre hacía ya una semana había comprendido lo doloroso que había estado por su abandono y por eso mismo era tan inseguro. Una parte de mí sabía que era posesivo conmigo porque temía poder perderme o que le dejase. En muy poco tiempo habíamos llegado a querernos de una manera muy intensa y tenía que recordarme a mí misma que Nicholas no era mi padre, él me quería, él nunca me haría daño... podía ser celoso o incluso bastante intimidante y violento a veces pero solo lo era porque le habían hecho daño... igual que a mí.

Pensando en todas aquellas cosas comprendí que tenía que tener más paciencia con él y entonces decidí regresar. Al girarme para volver a la casa fui consciente de lo mucho que me había alejado al haber estado caminando y pensando al mismo tiempo. Miré hacia ambos lados y vi que estaba sola, sin nadie a mí alrededor y en medio de la oscuridad de la noche. Comencé a caminar de regreso a la

casa sintiendo un miedo irracional apoderándose de mi cuerpo poco a poco y sin saber porqué sintiendo una presencia tras mi espalda que me acechaba en la oscuridad.

Era como si unos ojos estuviesen observándome fijamente. Las cartas y las amenazas regresaron a mi mente y antes de poder echar a correr en dirección a la casa ocurrió lo que temía: alguien apareció de la nada, había estado detrás de un árbol y no le vi hasta que le tuve delante.

Era Ronnie.

—¿Dónde vas tan deprisa, preciosa?—dijo con una sonrisa en sus asquerosos labios.

Me detuve con la respiración acelerada y preparada para comenzar a gritar si hacía falta, aunque el miedo se había apoderado de mí de una manera tan real y escalofriante que temí que ningún sonido saliese de mi boca si lo intentaba.

—No sé qué es lo que quieres, Ronnie pero como te acerques a mí voy a gritar hasta quedarme sin voz—le advertí sintiendo el pánico en mis palabras.

—Hay alguien que quiere verte Noah... no vas a ser tan maleducada de dejarle plantado ¿no?—dijo con una sonrisa —Os habéis estado mandando cartas ¿verdad?—añadió acercándose un paso hacia a mí.

Me giré hacia atrás y entonces sentí como unas manos me cogían por la espalda y como otras me cubrían la boca justo antes de dejar que un grito saliese de entre mis labios.

—Yo que tú procuraba comportarme...—dijo Ronnie acercándose a mi mientras que otros dos hombres me sujetaban con fuerza sin apenas dejarme mover.—Tú padre te espera... y ambos sabemos que no es un hombre paciente—dijo sonriendo y haciéndoles una seña a quienes fueran que me sujetaban por detrás.

Entonces sentí que me levantaban y me cubrían la boca con cinta adhesiva.

Me zarandé e intenté soltarme pero fue inútil. Lo último que recuerdo antes de que me metiesen en la parte trasera de un coche y me colocasen en la boca un trapo húmedo y maloliente fue el rostro del padre que una vez estuvo a punto de matarme.

NICK

Dejé que se marchara más que nada porque necesitaba tranquilizarme.

No quería pelearme con Noah, era la última persona a la que quería mostrarle mi mal humor y ya bastante había tenido que aguantar por mí parte; pero el solo hecho de imaginármela cerca de ese energúmeno me ponía como loco. Estaba enamorado de esa chica y era plenamente consciente de lo celoso y posesivo que me había convertido en unas pocas semanas pero no podía evitarlo. Me daba miedo cualquier cosa que pudiese afectarle, solo pensar en lo que había sufrido de pequeña me hacía querer pegarle a alguien y eso era muy difícil de controlar. Mario no era un buen tío. Nunca me cayó bien y al verle con Noah las alarmas comenzaban a sonar; odiaba esa relación que había surgido entre ellos dos. Mario era un mujeriego, más de una vez habíamos llegado a las manos, trataba a las tías igual que yo antes, y no pensaba dejar que Noah creyese que era un buen tío, porque no lo era, más de una vez se le había tenido que parar los pies por haberse propasado con chicas estando borracho y no pensaba dejar que Noah se acercara a menos de un metro; me daba igual que se enfadase. Además desde siempre había habido una rivalidad entre los dos, y sabía que una parte de él solo quería estar con ella para poder joderme.

Noah... no podía dejar de pensar en ella ni segundo. Estaba haciéndome de todo mi autocontrol para no salir a buscarla fuera y envolverla en mis brazos pidiéndole perdón; pero sabía que necesitaba tiempo; ambos lo necesitábamos cuando las cosas se ponían difíciles, en eso

nos parecíamos mucho, al igual que en nuestro temperamento, fuerte e impulsivo.

Cuando ya habían pasado unos veinte minutos y vi que no entraba decidí salir a buscarla, tenía que estar congelándose, pero al salir no vi a nadie. Miré hacia ambos lados, hacia el bosque que había detrás pero no había ni rastro de ella. Volví a entrar buscándola por la habitación y sintiendo una presión en el pecho muy desagradable. No estaba por ninguna parte.

—¿Jenna, has visto a Noah?—le pregunté a mi amiga acercándome hacia la esquina en donde bailaba y bebía al mismo tiempo. Se detuvo y me miró.

—No desde que salió fuera maldiciendo a todo el mundo —dijo mirando a su alrededor buscándola también.

Mierda... ¿donde se había metido?

Saqué el teléfono y la llamé. Me saltaba el buzón de voz. Sí que estaba enfadada... más de lo que había supuesto en un principio.

—Miraré arriba—dije—¿Puedes ver si está fuera, junto a mi coche?—le dije a Jenna que asintió al mismo tiempo que Lion se acercaba hasta nosotros.

—¿Qué ocurre?—dijo cogiendo a Jenna con ademán protector y mirándome con el ceño fruncido. Mi aspecto debía de ser un poema si no no habría respondido así.

—Noah, no sé donde se ha metido—dije dándole la espalda y encaminándome a las escaleras. Con cada paso que daba más nervioso me ponía. Cuando la encontrase seguro que iba a tener otra discusión, y de las gordas; ¿Cómo desaparecía así, sin decir nada?

Miré en todas las habitaciones, una por una, llamándola al mismo tiempo que volvía a marcar su número de móvil. Nada... ni rastro de ella.

Bajé corriendo y me encontré con Jenna y Lion en la puerta.

—Fuera no está—dijo Jenna mirándome preocupada.

Sentí como un miedo terrible se apoderaba de todo mi ser. Mi respiración se aceleró y me fui corriendo hacia la parte trasera otra vez. Lion y Jenna me siguieron de prisa.

Al salir fuera me di cuenta que al bajar las escaleras había huellas en la hierba. Las seguí con el corazón en un puño y cuando llegué hasta donde estaban sus tacones tirados de cualquier forma mi temor se intensificó dejándome de piedra.

—¡NOAH!—grité desesperado, mirando hacia todas partes—¡NOAH!

Jenna y Lion la llamaron también sin ningún tipo de respuesta.

La amenaza de Ronnie regresó a mi mente. Ese hijo de puta se la había llevado.

—Llama a la policía—le dije a Lion cuando pude recuperarme del ataque de pánico que me entró.

Lion me miró sorprendido un momento pero sacó su móvil un segundo después. Mientras él llamaba entramos otra vez a la casa. Me fui directo hacia donde estaba el DJ poniendo la música y le obligué a apagarla.

Todos a mí alrededor abuchearon pero me importaba una mierda.

—¿Alguien ha visto a Noah?—pregunté subiéndome a una silla y mirando otra vez deseando que estuviese allí y maldiciéndome a mí mismo por haberla dejado salir sola.

La gente empezó a cuchichiar y a negar con la cabeza. Me bajé de la silla y me llevé las manos a la cabeza... *joder... joder...*

—Nicholas, tranquilízate—me dijo Jenna a mi lado.

—¡No lo entiendes!—le grité importándome una mierda que todos pudiesen escucharme—Ronnie se la ha llevado... la había amenazado y ahora ella no está...—salí fuera para ver por mi mismo que no estuviese junto a mi coche con su

vestido negro ajustado y sus mejillas sonrosadas mirándome como lo había hecho aquella noche al llegar a esa estúpida fiesta.

Fuera no había nadie.

—Nicholas, la policía—dijo Lion tendiéndome el teléfono —Quieren hablar con un familiar.

Cogí el teléfono y me lo lleve al oído.

— Mi novia a desaparecido, tienen que venir—dije sabiendo lo mal que estaba sonando mi voz.

—Señor, cálmese y dígame que es lo que ha ocurrido—dijo la voz al otro lado de la línea. Hablaba con calma como si estuviésemos hablando del tiempo en vez de que la razón de mi existencia hubiese desaparecido.

—¡Lo que ha ocurrido es que mi novia a desaparecido, eso es lo que ha ocurrido!—le grité al teléfono.

—Señor cálmese, ya hemos mandado a una patrulla a la casa y en cuanto lleguen revisarán la zona, pero antes que nada debe decirme con exactitud dónde la vio por última vez...

Le conté al oficial lo que había pasado, pero me sentía como si estuviese en una burbuja metido, como si lo que estaba ocurriendo no fuese real.

Al poco tiempo llegó una patrulla, a lo que se le sumó miles de estudiantes largándose lo más rápido posible de aquel lugar. No me importaba, yo sabía quien había sido.

—¿Usted es?—me preguntó el oficial después de tomarme declaración.

La situación era de lo más inverosímil, necesitaba hacer algo, pronto...

—Soy Nicholas Leister—le dije por segunda vez aquella noche. Todas esas preguntas me parecían una gilipollez; lo que teníamos que hacer era ir a por Ronnie, buscarle en donde quiera que viviese y rescatar a mi novia.

—¿Y es su novio, verdad?—me preguntó mirándome fijamente. Asentí, impaciente mientras otros dos policías hablaban con Lion y Jenna.— Noah Morgan... ¿es menor?— me preguntó un segundo después. Mierda... no había pensado en eso....

—Tiene diecisiete años... oiga es mi hermanastra, nuestros padres se casaron hace meses, y ya le he dicho que sé quien se la ha llevado, por favor mientras perdemos el tiempo hablando pueden estar haciéndole daño.

El policía me miró con mala cara.

—Para empezar no voy a seguir hablando con usted porque no es ningún familiar de la menor. Le ruego que llame ahora mismo a sus padres o a su tutor legal para poder informarles de lo que ha ocurrido... La ley dice que no se manda una orden de búsqueda hasta pasadas las veinticuatro horas de la desaparición, por lo qué...

—¡¿Me está escuchando?!—le grité perdiendo los nervios —¡Se la han llevado, déjese de gilipolleces y haga algo!

No me di cuenta de que me había acercado demasiado al policía hasta que no me cogieron y me estamparon contra el automóvil.

—O se calma, o me verá obligado a arrestarle—me dijo apretando fuerte por donde me tenían sujeto.

Maldije entre dientes hasta que me soltó.

—Ahora llame a sus padres o lo haré yo—agregó mirándome e intentando intimidarme con su uniforme y su pose de tipo duro.

Le di la espalda maldiciendo al mismo tiempo que sacaba el móvil y marcaba. Lo cogieron a la cuarta llamada.

— *Papá... tienes que venir, ha pasado algo.*

Cuatro horas más tarde estábamos en mi casa, no se sabía nada de Noah pero la casa se había convertido en un hervidero de gente. Había policías por todas partes y estaban instalando no sé qué tipo de máquinas para poder

pinchar los teléfonos por si el que se la había llevado llamaba para ponerse en contacto con nosotros. William Leister era un hombre importante, y al desaparecer su hijastra lo primero que se planteó fue que lo ocurrido había sido un secuestro por dinero. Ya había contado lo de la amenaza de Ronnie unas doscientas veces a diez policías distintos pero lo que ni yo ni nadie sabía era lo de las cartas de amenazas que habían encontrado en los cajones del escritorio de Noah.

Cuando comprendí que el que se la había llevado era su padre casi pierdo los nervios.

Estaba destrozado, no podía creer que todo eso estuviese ocurriendo. A Rafaella le habían tenido que dar un calmante cuando se enteró de lo ocurrido y ahora se hallaba en otra habitación con una amiga intentando calmarla. Mi padre no dejaba de hacer llamadas y de hablar con policías y con los agentes de secuestros y yo no podía hacer otra cosa que fumar un cigarrillo tras otro mientras miles de imágenes desastrosas aparecían por mi mente.

Lion estaba allí y también Jenna y sus padres, que ahora estaban dentro haciendo Dios sabe qué. Eran ya pasadas las cinco de la madrugada y aún no se sabía nada de ella.

—Si le ocurre algo no podré perdonármelo—dije sintiendo una presión en el pecho que hacía que me costara respirar. —Todo esto es por mí culpa... maldita sea ¿porqué no me lo contó?

—Nicholas, Noah decidió ocultarlo por algún motivo... yo llevo siendo su amiga desde hace un mes y ni siquiera sabía que su padre había estado en la cárcel, y mucho menos que la había maltratado.

— *Si le pone una sola mano encima...*—dije siendo consciente de cómo se me había quebrado la voz... No podía seguir ahí sin hacer nada. Era tan desesperante que quería darme de golpes con la pared hasta que mi vida

volviese a ser lo que había sido la última semana... Había sido feliz por primera vez en muchos años, y todo se debía a esa chica increíble y maravillosa que por alguna razón inexplicable se había fijado en mí... El solo hecho de imaginarme a Ronnie tocándola me hacía tener ganas de morir. Porque sabía que Ronnie estaba implicado, es más ponía la mano en el fuego por ello.

Entonces sentí como el teléfono de casa comenzaba a sonar. Todos los allí presentes se volvieron locos, yo corrí hasta el despacho de mi padre en donde se hizo el silencio mientras él cogía el teléfono a la señal de los policías. Estaba en altavoz por lo que pude oír todas y cada una de las palabras que salieron del interfono.

—Leister—dijo simplemente mi padre al contestar.

— *Señor Leister... es un honor hablar con usted*—dijo una voz que no me resultaba nada familiar. Era grave y sonaba alegre, como si lo que estuviese ocurriendo le resultase divertido— *El hombre que se llevó a mi mujer y a mi hija al otro lado del mundo para que su padre no pudiese encontrarlas... Es muy inteligente señor, sí, claro que lo es... por eso tiene un imperio montado y por ese mismo motivo mi querida mujer se habrá interesado en usted...*

Miré hacia la izquierda y vi como Rafaella se llevaba una mano a la boca, mitigando las lágrimas y negando con la cabeza.

—¿Dónde está Noah?—preguntó mi padre con la voz tensa.

— *Ya llegaremos a eso, pero donde esté mi hija no es de su incumbencia, señor Leister, si no cuánto dinero es capaz de pagar por alguien que en realidad ni siquiera pertenece a su familia.*

La mirada de mi padre se encontró con la mía.

—Pagaré lo que sea, hijo de puta, pero ni se te ocurra ponerle una sola mano encima—Esas mismas palabras

habrían sido las que yo le hubiese dicho y se lo agradecí.

— *Un millón de dólares, en billetes usados y en dos mochilas que me entregará usted en persona a las dos del mediodía.* —dijo entonces el padre de Noah— *si no lo hace puede imaginarse lo que ocurrirá, y venga solo señor Leister... no es un simple consejo.*

—Quiero hablar con ella—dijo mi padre y yo me puse en tensión— quiero saber que está bien.

— *Claro, señor Leister.*

Un momento después y entonces la oí.

— *Nicholas...* —dijo su voz un segundo después. Estaba rota y no pude evitar dar un paso hacia adelante cuando oí su voz desgarradora al otro lado de la línea...

Entonces se cortó la comunicación.

NOAH

Me desperté mareada y con un fuerte dolor de cabeza. Al mirar a mi alrededor solo pude ver que una luz tenue y de color rojo iluminaba la habitación en la que me tenían atada. La cama en donde estaba sujeta y la silla austera que había en una esquina era lo único que había; el olor era espantoso, a pis de rata y sentí como se me ponían todos los pelos de punta. Una música de discoteca procedente de fuera me impedía escuchar nada aparte de mi acelerada respiración y los latidos enloquecidos de mi corazón.

Al comprender lo que había ocurrido empecé a notar como me entraba el pánico, un pitido familiar empezó a resonar en mis oídos y juro que era capaz de sentir la sangre bombeando aceleradamente por todo mi cuerpo, intentando seguirle el ritmo a mi corazón. Tenía un regusto amargo en la boca y desee poder beber un vaso de agua fría; lo que fuese con lo que me habían drogado me había dejado completamente fuera de juego. Me incorporé en la cama y entonces escuche el rechinar de unas cadenas. Me habían encadenado una de las manos. Con la otra intenté soltarla pero me fue imposible, estaba clavada a la pared. Intentando calmarme comencé a pensar en cómo podía salir de allí. Me habían quitado el móvil por lo que no podría comunicarme con nadie pero lo que más me asustaba, lo que me tenía casi presa del pánico era la amenaza de que mi padre estaba detrás de todo esto.

Aquello no podía estar pasando. Mi padre estaba en la cárcel y aunque lo hubiesen soltado era ridículo pensar que lo primero que haría sería buscarnos a mí madre y a mí y secuestrarme como lo habían hecho.

Comencé a desesperarme y tiré y tiré de las cadenas, haciendo ruido y odiando las lágrimas que nublaron mi vista por unos instantes. ¿Cómo había sido tan idiota? ¿Cómo no me había tomado aquellas amenazas más en serio? ¿Porqué no le había hablado sobre ello a Nicholas?...

Nick.

Ahora estaría volviéndose loco y seguramente echándose la culpa por todo esto. Me había enfadado con él por una tontería y el solo hecho de pensar en no volver a verle o en que mis últimas palabras hubiesen sido un insulto, me estaba volviendo loca. Daría lo que fuese por retroceder y en vez de largarme enfadada, haberme quedado con él, donde pertenecía.

Cuando nos encontramos en situaciones límites siempre nos da por pensar en las cosas que nos hubiese gustado decirles a las personas que queremos o en cómo hemos sido tan idiotas por preocuparnos por sencilleces cuando la vida si que puede ser peligrosa. A mí me habían secuestrado y esto sí que era algo de lo que preocuparse.

Entonces escuché como alguien abría la puerta y la persona que apareció hizo que un escalofrío me recorriera de arriba abajo...Ronnie.

—Estás despierta.. *.bien*—dijo entrando y cerrando la puerta tras de sí. La poca luminosidad que había en la habitación me dejó ver claramente sus ojos oscuros y marchitos en las esquinas y en su pelo rapado al cero junto a un nuevo tatuaje que antes no tenía, entorno a al ojo derecho.

Era una serpiente y era tan escalofriante como su aspecto amedrentador y peligroso.

Avanzó con cuidado hasta sentarse junto a mi lado en la cama.

Intenté apartarme lo máximo posible dentro del poco espacio que tenía.

—He de decir que me pone muchísimo verte en esta cama atada y a mí merced—dijo recorriendo mi cuerpo con ojos lujuriosos. Maldije la hora en la que había decidido ponerme un vestido ajustado, pero no podía hacer mucho más que intentar controlar mi respiración y el miedo que me tenía petrificada en la cama.—No sé si te habías dado cuenta, pero tienes un cuerpo espectacular—dijo posando su mano en mi tobillo desnudo. Intenté apartarlo pero me lo sujetó con fuerza contra el colchón.

Dios mío este tío era capaz de hacerme cualquier cosa.

—¿Sabes...? cuando te animé a competir conmigo en esas carreras nunca pensé que podías ser hija de uno de los grandes de Nascar... y de echo me cabreó muchísimo que me ganaras... creo que tus palabras exactas al finalizar fueron que aprendiese a correr y *que era un imbécil*.

Su mano comenzó a subir por mi pierna despacio. Aquella caricia me dio ganas de vomitar pero por suerte aún podía hablar.

—No me toques—le dije sin poder zafarme de su mano pero deseando que todo aquello fuese una simple pesadilla y que al levantarme estuviese en los brazos de Nick.

—El imbécil va a cobrarse lo de esa noche, preciosa—dijo moviéndose y subiendo su mano hasta mi muslo. Me moví pero entonces él se colocó encima presionándome con sus caderas. Las lágrimas corrieron por mis mejillas mientras intentaba encontrar la voz para gritar.—Estoy seguro de que tu noviecito no va a querer volver a mirarte después de que acabe contigo... vas a estar tan sucia que ni yo volvería a tocarte...

—¡SOCORRO!—grité desesperada, moviendo mi cuerpo e intentando quitármelo de encima. Él se rió mientras que con una mano me sujetaba contra el colchón y con la otra se sacaba el cinturón.

—Nadie va oírte, tonta... o por lo menos nade a quien le importe— dijo y entonces se inclinó para pasar su asquerosa lengua por encima de mis pechos.

Giré la cabeza con desesperación.

—¡No me toques!—grité aterrorizada.

Su mano me sujetó el cuello contra la cama, mientras que la otra empezó a subirme el vestido.

—¡NO!—grité desgarrándome la voz—¡Suéltame!

Su mano en torno a mi cuello apretó con más fuerza, haciéndome difícil poder respirar.

—Voy a hacerte de todo, y vas a estarte quietecita—dijo acercando su cara a la mía. Su mano aflojó lo suficiente para que pudiese volver a gritar.

—¡Sacadme de aquí!—grité llorando desesperada.

Entonces la puerta se abrió. La luz roja y parpadeante de fuera iluminó la habitación y la persona que apareció en ella me afectó más que incluso que estuviesen a punto de violarme. Mi padre estaba allí, y estaba irreconocible, temible. Me quedé quieta mirándole fijamente y tan asustada que ni siquiera pude seguir gritando para que alguien de fuera pudiese escucharme.

—Ya ha sido suficiente, sal de aquí—dijo la voz que de niña me había petrificado de miedo con solo escucharla, la voz que había amenazado a mi madre miles de veces y la voz que me perseguía en mis sueños; la única voz que había escuchado la noche en la que me pegó hasta casi matarme, la misma que me hizo saltar por la ventana...

Ronnie maldijo entre dientes pero antes de irse se incorporó, y levantó la mano, girándome la cara de un golpe en la mejilla. Fue tan rápido y doloroso que ni siquiera lo vi venir.

— *Ahora* he terminado—aclaro haciéndole frente a mi padre y luego saliendo de la habitación.

Mi padre no dijo nada, se quedó mirándome desde la puerta y entonces me atreví a girar la cara para mirarlo fijamente. Estaba cambiado... su pelo, del mismo color que el mío ahora estaba blanco y muy corto. Los brazos eran el doble de lo que habían sido antes, y estaban llenos de tatuajes. Lo que fuera que hubiese estado haciendo los últimos años le había cambiado el aspecto totalmente. Daba más miedo que Ronnie.

Mi padre entró y cerró la puerta. Cogió la silla que había en una esquina y se sentó a horcajadas apoyando los brazos en el respaldo.

—Has crecido mucho, Noah—dijo mirándome fijamente a los ojos—Hay tanto en ti de tu madre que es...simplemente increíble.

Sabía que estaba temblando, la presión en el pecho que sentía en aquel momento solo la había sufrido cuando estaba junto él y ahora después de diez años había regresado.

—La noche en la que me arrestaron...—dijo fijando sus ojos en los míos—Lo perdí absolutamente todo... y todo fue por tú culpa.

Mi padre miró hacia otro lado y respiró profundamente.

—Todavía no me explico cómo es que una simple niña pudo conmigo; ni siquiera tú madre fue capaz de detenerme cuando descargaba en ella mi frustración... contigo siempre fue diferente, es más, a veces notaba como me mirabas, con un odio tan profundo en esos ojos inocentes que... creo que por eso no me desahogaba contigo, sabía que no eras como tu madre, tú lucharías por hacerte escuchar.

—¿Qué es lo que quieres?—le pregunté intentando controlar los sollozos que amenazaban con salir de mi garganta.

Mi padre volvió a fijar sus ojos en los míos.

—Lo que todos los hombres de la tierra desean por encima de todas las cosas, Noah—dijo con una sonrisa horrible en los labios—Tú me sacaste todo cuanto tenía... a tu madre, mi casa, mi libertad... quiero dinero, el mismo dinero que ahora mantiene a mí familia, y cuando lo tenga te llevaré conmigo a un lugar muy lejos de aquí, yo soy tu padre, y vas a pagar por lo que hiciste.

No daba crédito a lo que estaba oyendo. Mi padre estaba loco... la cárcel lo había trastornado.

—Voy a sacarle todo lo que pueda a ese mal nacido que me ha robado a mi mujer y ni qué decir del hijo de puta que te ha estado manoseando esta última semana.

Entonces sí que me habían estado siguiendo... yo creía que había sido producto de mi imaginación pero ahora sabía que había estado en lo cierto. Esto lo habían estado planeando con tiempo y mi padre me había atemorizado con las cartas sabiendo que su recuerdo me horrorizaba más que nada en el mundo.

Miré a la cara al hombre que me había dado la vida y nada más. Le odiaba, le odiaba con todas mis fuerzas, no recordaba ni un solo instante de mi vida en el que no hubiese odiado a ese hombre y ahora que era lo suficientemente mayor iba a decirle lo que pensaba.

—William Leister es mil veces mejor hombre que tú, no vales nada ¿te crees superior porque puedes pegarle a una mujer? ... ¡Te odio! Y

estoy segura que eres tan idiota que lo único que vas a conseguir de todo esto es que te vuelvan a meter en la cárcel, que es donde deberías pasar el resto de tu miserable vida...

Hablé sin siquiera detenerme a respirar. No me importaba lo que me hiciese y de echo me escuchó y pude ver como los sentimientos se iban cambiando de uno a uno es su rostro hasta llegar a la ira.

Se levantó, amenazante y me cruzó la cara. Tuve que contener la respiración ante el inesperado dolor. Nunca pensé que ese hombre pudiese volver a tocarme y aun habiendo pasado diez años y habiéndome ido a otro país había conseguido encontrarme y ponerme las manos encima otra vez.

El segundo golpe llegó poco después, y este me partió el labio y pude sentir la sangre deslizarse poco a poco por mi barbilla.

—No vuelvas a abrir la boca.—dijo y entonces se dio media vuelta y se marchó, dejándome con los nervios a flor de piel. Las lágrimas comenzaron a caer.

No sé cuánto tiempo había pasado pero estaba medio dormida por el agotamiento mental y físico que había sufrido en las últimas horas cuando me zarandearon y me despertaron de golpe. Sentí como me ponían un aparato en la oreja.

—Habla—me dijo mi padre con el tono furioso e irritable.

Solo había una persona con la que hubiese dado todo por estar en aquel momento. Había soñado con él y el solo hecho de saber que podía estar escuchándome me hizo querer llorar hasta quedarme sin fuerzas; le necesitaba, quería que me salvase, quería que apareciese por esa puerta y me envolviese con sus fuertes brazos, le quería a él, y a nadie más.

— *Nicholas..* .—dije con un susurro ahogado para que un segundo después me quitaran el teléfono de la oreja y me dejaran sola.

NICK

Estaba desesperado. No aguantaba ni un minuto más toda aquella presión. Aquel miedo que me quemaba por dentro era tan intenso que quería meterme la mano en el pecho y arrancarme el corazón para que dejase de dolerme como lo estaba haciendo. Tenía que haber algo que pudiésemos hacer, no podíamos dejar que ese hijo de puta se quedara con el dinero y arriesgarnos a que no nos devolviese a Noah... había algo que se me estaba escapando, un detalle importante y no sabía cuál podía ser.

Faltaba una hora para que empezase a amanecer y no sabía si iba a ser capaz de aguantar tanto tiempo sin salir a buscarla yo mismo por toda la ciudad. Mi casa estaba llena de gente y ninguno parecía saber cómo proceder. Unos decían que mi padre debía ir solo a la entrega del dinero mientras que los policías querían seguirle de cerca para poder tener controlada la situación ¿pero y si el cabrón de su padre se daba cuenta de lo que ocurría y decidía hacerle algo a Noah? Ese hombre estaba mal de la cabeza, se había recorrido un país entero solo para secuestrar a su hija y pedir un rescate, era capaz de cualquier cosa.

Me levanté de sillón del despacho de mi padre y me fui arriba.

Necesitaba estar cerca de algo que Noah hubiese tocado, oler su ropa, estar en su habitación. Tenía tanto miedo por ella que hubiese dado mi vida en aquel instante solo por saber si estaba bien.

Al entrar vi que su madre estaba allí. Sus ojos estaban hinchados de tanto llorar y en ese momento abrazaba una de las sudaderas que yo le había visto ponerse a Noah un

millón de veces. Era de los Dodgers y ni siquiera sabía por qué demonios la tenía, ya que ella ni siquiera era de aquí, pero así era Noah, rara y perfecta y la amaba, maldita sea. Si algo le ocurría no sabía cómo iba a hacer para seguir viviendo.

Rafaella levantó la mirada y la fijó en mí. Estaba de pie junto a la ventana que daba hacia afuera y al verme sus ojos parecieron iluminarse por un instante.

—Se lo que me habéis estado ocultando—dijo en un tono neutro, sin emoción ninguna; me detuve un momento, sin saber que contestar a eso.—No sé cuales son tus sentimientos hacia ella, Nicholas, pero Noah es mí vida, ha sufrido mucho durante toda su vida, no se merece esto—dijo llevándose la mano a la boca para tapar sus sollozos. Sentí un nudo en el estómago.—Hacía años que no la veía tan feliz como en los últimos días, y ahora... solo sé que tú has tenido que ver en ese cambio, y te lo agradezco.

Negué con la cabeza sin saber que decir. Me senté en la punta de la cama mientras me llevaba las manos a la cabeza con desesperación. No podía escuchar esas palabras, no podía, había sido mi culpa, todo ello...

yo la había llevado a esas carreras, por mi culpa había conocido a Ronnie, pero lo que aún no llegaba a comprender era cómo habían terminado su padre y ese hijo de puta confabulando para secuestrar al amor de mi vida.

—Desde pequeña Noah fue una niña muy madura, vivió experiencias que nunca nadie debería experimentar y siempre fue reacia a confiar en la gente. Contigo parece otra persona...

Noté como las emociones empezaban a embargarme. El miedo, la tristeza, la desesperación... nunca me había sentido tan mal en toda mi vida. Noté como mis ojos se humedecían y no pude hacer otra cosa que dejar que las lágrimas cayeran sobre mis mejillas.

Entonces Rafaella me ayudo a levantarme y me envolvió entre sus brazos. Me abrazó muy fuerte y ahí pude comprobar lo que era un abrazo de una madre. Rafaella podía haber cometido errores en el pasado pero adoraba a su hija y nunca la abandonaría. Por primera vez en mi vida sentí que por fin podría tener una familia.

Ella me soltó aún aferrándose a la sudadera de Noah y dio un paso hacia atrás.

La busque con la mirada y le hice una promesa.

—Te juró que no voy a dejar que le pase nada...voy a encontrarla— dije con toda la calma que pude llegar a aparentar.

Ella me miró y asintió mientras que yo salía de la habitación y me metía en la mía.

¿Dónde estás, Noah?

Empecé a caminar por la habitación sin poder parar de pensar. No fue hasta que vi el coche en miniatura que me había regalado Noah por mi cumpleaños hasta que no caí en la cuenta. Lo cogí con una mano fijándome en la inscripción: *Siento lo del coche, de veras, algún día te comprarás uno nuevo, felicidades. Noah.*

Comprarme uno nuevo... técnicamente ese coche aún era mío, los papeles estaban a mi nombre y todo lo demás...

Cuando lo comprendí me quedé quieto un segundo sin poder me lo creer; entonces giré sobre mis talones y bajé corriendo al despacho de mi padre. Él estaba sentado en su sillón hablando con los policías y con nuestro agente de seguridad, Steve.

Cuando lo vi no pude evitar sentir una emoción en el pecho al comprender que si estaba en lo cierto íbamos a poder averiguar dónde estaba Noah.

— *Papá*—dije entrando en la habitación. Ambos se giraron hacia a mí.

Parecían cansados después de haber estado toda una noche despiertos, pero ambos estaban con la mente alerta y en tensión por cualquier cosa que pudiese pasar.

—¿Qué ocurre?—dijo mi padre.

—Creo que sé cómo podemos averiguar donde la tienen, papá—dije rezando para no equivocarme.

Ambos me miraron con atención.

—Hace aproximadamente un mes y medio perdí mi coche en una apuesta, el Ferrari negro que compre hace dos años—dije y mi padre me miró con el ceño fruncido.

—¿Quieres que me preocupe ahora por tus idioteces, Nicholas?—contestó enfadado.

Le ignoré.

—El coche se lo llevó Ronnie—dije mirando a Steve cuando seguí hablando—El Ferrari tiene un chip de seguimiento que puso el seguro cuando lo compramos... si llegamos al coche...

Se hizo el silencio durante unos instantes.

—Llegamos a Noah—dijo Steve un segundo después.

NOAH

Me dolía todo el cuerpo al haber estado tendida de la misma manera desde que había llegado hacia ya no sé cuantas horas. Me había dormido a ratos pero los nervios no me dejaban perder la conciencia por más de unos cuantos minutos. No sabía que es lo que iba a ocurrir pero necesitaba urgentemente salir de allí. Me estaba agotando el ruido incesante de esa música de discoteca que se escuchaba de fondo y ni qué decir de aquella habitación claustrofóbica con apenas luz en su interior. Cuando me habían dejado ir al servicio había podido ver que había varios hombres en la puerta de mi habitación junto a una escalera que no tenía ni idea a donde iba. Lo que fuera que mi padre tenía planeado lo había hecho con muchas personas más que el mafioso de Ronnie. Fijándome en las malas pintas de los que estaban fuera no me habría extrañado que mi padre los conociese por contactos de delincuentes de la cárcel.

Cuando ya empezó a entrar una pequeña luminosidad en la habitación procedente de un tragaluz de una esquina, comprendí que iba a tener que hacerme a la idea de que cabía la posibilidad de que nadie me encontrase.

Aquellos pensamientos me hicieron llorar un rato más mientras el miedo seguía presente en todo mi cuerpo.

Ronnie había vuelto a entrar antes. Se había quedado en la punta de la cama, observándome sin ponerme una sola mano encima pero haciéndome algo muchísimo peor. Me había torturado apagando la luz roja que había en un lado de la habitación. Me había dejado a oscuras durante minutos, minutos en los que estuve más aterrorizada que en

toda mi vida; el saber que él estaba ahí, a mis pies, a oscuras y que podía hacerme algo, había sido lo mismo que con mi padre, pero peor, porque en esta ocasión yo no podía defenderme, no podía huir de nadie, estaba atada y podían hacer conmigo lo que les diera la gana. Su risa al escuchar mis sollozos y mis suplicas para que encendiera la luz, aún resonaban en mi cabeza.

Cuando se marchó intenté tranquilizarme, y así seguía desde hacía no sé cuanto tiempo. Fuera la música había dejado de resonar tan fuerte, y hacía minutos que solo escuchaba mi propia respiración acelerada.

Entonces, de repente, escuché un ruido procedente del piso superior. Era como si muchas personas estuviesen corriendo sobre mi cabeza y entonces los que estaban fuera empezaron a gritarse entre ellos y a eso se les sumó un montón de ruidos de disparos y más gritos. Me puse en tensión con el corazón en un puño hasta que mi padre apareció por la puerta, con la cara sudorosa y el rostro más temible que nunca.

Se acercó hasta mí y con un movimiento rápido me liberó de las cadenas. Cuando vi lo que llevaba en la mano intenté alejarme de él todo lo posible. Me clavó la punta de la pistola en un costado de mi cuerpo y me quedé petrificada.

—Ni se te ocurra mover un solo músculo—me dijo haciéndome daño con la presión.

—Por favor...—dije entre sollozos cuando comprendí que ese hombre era capaz de cualquier cosa.

—¡Cállate!—dijo empujándome hacia una puerta que había fuera y por un pasillo a oscuras. Aquella falta de luminosidad me puso de los nervios y el miedo se apoderó de todo mi ser haciéndome muy difícil dar un paso tras otro. Estaba petrificada, así de simple, ese hombre del demonio podía hacer lo que le diera la gana conmigo que yo apenas podría defenderme.

Me siguió empujando por ese pasillo hasta que llegamos a otra puerta. Escuche a personas a lo lejos y cuando oí como alguien gritaba ¡policía! Mis esperanzas dieron un vuelco. Dios mío, me habían encontrado.

La luz me dio de lleno en los ojos cuando mi padre me empujó por esa puerta, saliendo a un aparcamiento abandonado al aire libre. Lo que él no se esperaba era los por lo menos veinte policías que había allí controlando la zona y apuntando hacia nosotros. Mi padre me empujó contra su pecho y me apuntó con la pistola.

—¡Suelta el arma!—gritaron por un megáfono. Las lágrimas caían por mi rostro sin control y mis ojos se movían por todos lados buscando a esa persona que podría devolverle el sentido a todo aquello.

—Si yo caigo tú también lo harás, pequeña—me dijo mi padre al oído.

No dije nada, no encontraba mi propia voz ya que mis ojos habían encontrado a la razón de mi vida. Nicholas estaba allí junto a un coche de policía y en cuanto nuestras miradas se encontraron se llevó las manos a la cabeza desesperado y gritó mi nombre. A su lado estaban mi madre y William y lo único que supe con certeza en ese momento era que quería estar con aquellas personas el resto de mi vida. Eran mi familia y ahora por fin lo comprendía. Ahora después de haber visto lo que mi padre era capaz de hacer, esa pequeña parte de mí ser que se culpaba por haber metido en la cárcel a mi padre había desaparecido por fin. Ese no era mi padre, nunca lo sería, y no le necesitaba. Ya tenía un hombre en mi vida que me quería por encima de todas las cosas y ya era hora de quererle a él como se merecía.

—¡Suelta el arma, y ponga las manos sobre la cabeza!—gritó otro policía por encima de los gritos de los demás.

—Por favor... *déjame ir*—dije en un susurro entrecortado. No quería morir, no quería hacerlo de aquella forma, aún me quedaban miles de cosas por vivir y sobre todo que compartir con la persona de la que estaba enamorada.

Entonces ocurrió algo. Todo fue muy rápido. Mi padre dijo que no con la cabeza, su arma hizo un clic agudo y me presionó más fuerte lo alto de la cabeza. Iba a dispararme, mi padre iba a matarme y yo no podría hacer nada para evitarlo. Un estallido me hizo cerrar los ojos con fuerza, esperando un dolor... que no llegó.

Los brazos fuertes que me habían estado sosteniendo me soltaron y sentí como alguien caía a mí lado. Miré hacia mi derecha y lo vi todo rojo... la sangre manchaba el suelo junto al cuerpo sin vida del hombre que me había dado la vida.

Lo primero que hice fue girarme y echar a correr.

No sé hacia donde exactamente estaba yendo, mi mente estaba como en trance, en blanco sin pensar absolutamente nada salvo correr y correr. Lo hice hasta que mi cuerpo chocó contra algo sólido. Unos brazos me estrecharon con fuerza y solo pude sentir la familiaridad de un cuerpo conocido y un olor reconfortante que me tranquilizó.

—Dios mío...—dijo Nicholas junto a mi oído estrechándome contra su pecho. De la fuerza con la que lo hacía me levantó del suelo y justo en ese momento, estando entre sus brazos supe que iba a estar a salvo. Nunca iba a tener que preocuparme de mi seguridad estando con un hombre como Nicholas, nunca iba a tener que temblar de miedo al oírle elevar el tono de voz, nunca iba a tener que tener cuidado con lo que hacía o decía; ese hombre me quería por encima de todas las cosas y nunca sería capaz de ponerme una mano encima.

Me apartó para poderme inspeccionar el rostro y no pude evitar hacer un signo de dolor cuando sus dedos rozaron

con cuidado mi labio partido.

—Noah...—dijo con la mirada puesta en mis ojos. Vi el dolor en su mirada, el alivio de volver a verme sana pero también el odio ciego por ver que me habían hecho daño. Yo solo necesitaba sentirle junto a mí, por lo que no me importó sentir dolor cuando junté mis labios con los suyos.

Él me estrechó contra su boca pero me apartó con cuidado al sentir como emitía un leve quejido de dolor.

—Ya habrá tiempo para eso, amor—me dijo sujetándome el rostro con fuerza—Te quiero tantísimo, Noah.

Sentí tantas emociones al oírle decir aquello... las lágrimas regresaron junto a un temblor que se apoderaba de mis piernas ahora que la adrenalina que había estado creando mi cuerpo empezaba a desaparecer.

Entonces llegó mi madre y me estrechó contra ella, apartándome momentáneamente de Nick. La abracé con fuerza sintiéndome en casa otra vez y también dolida al pensar que mi madre había tenido que sufrir por todo aquello de nuevo.

—Mi niña...—decía mientras lloraba contra mi mejilla—Lo siento, lo siento—decía entrecortadamente.

—Estoy bien mamá—dije sabiendo que necesitaba oírme decir.

William también estaba allí y nuestras miradas se encontraron por encima del hombro de mi madre. Asentí emocionada al ver que había lágrimas en sus ojos. Se acercó y nos estrechó a ambas en un abrazo reconfortante.

Entonces cuando me soltaron no pude evitar girarme y buscar a mi padre con la mirada. Le estaban metiendo en una ambulancia. Le habían disparado en un lado del pecho por lo que no sabía si iba a poder superarlo. No pensé más en eso, pero sí tuve que preocuparme al ver salir ileso a Ronnie. Lo sacaban con las manos atadas a la espalda y ni siquiera me dio tiempo a asimilar lo que ocurría que

Nicholas se separó de nuestro lado, fue hasta Ronnie, lo cogió por la camiseta y empezó a darle puñetazos sin parar.

Solo veía su brazo moviéndose arriba y abajo, con tanta crudeza que tuve que apartar la mirada.

Por suerte no duró mucho.

—¡Te voy a matar, hijo de puta!—gritó Nicholas mientras dos policías tiraron de él hacia atrás; se resistió y tuvo que intervenir otra persona más. Ronnie tenía la cara desfigurada, la sangre caía por su rostro, manchando el mismo suelo que la sangre de mi padre había ensuciado.

Mi corazón empezó a latir a mil por hora y me solté del abrazo de mi madre y fui corriendo hacia donde estaba Nick. Me tiré a sus brazos en cuanto vi que tenía los ojos rojos e hinchados. Él había sufrido tanto como yo con toda aquella experiencia y necesitaba tenerle cerca para poder recomponerme y unir los pedazos que mi padre había roto con sus actos.

—Por favor para...—le dije sintiendo como su cuerpo temblaba junto al mío.

—Quiero matarle Noah—me dijo enterrando su boca en mi pelo.

—Lo sé pero ahora te necesito a mi lado—le dije mientras una sensación extraña se apoderaba de mí, no sé si de agotamiento o en respuesta a todo lo que había vivido en las últimas horas pero de repente no tuve más fuerza para seguir con todo eso. Me aferré a su camiseta cuando mis piernas fallaron y cerré los ojos dejándome llevar por la dulce tranquilidad de la inconsciencia.

NICK

Cuando verificamos, que en efecto, el coche aún seguía con el chip de seguimiento activo, solo fue cuestión de tiempo saber donde estaba Noah.

Temí poder equivocarme, ya que había muchísimas posibilidades de que Ronnie no se hubiese llevado el coche a donde tenían a Noah encerrada, pero no dejé que eso me frenara. Sabía que Ronnie había estado yendo a todas partes con mi coche los últimos meses, por lo que había muchísimas posibilidades de que estuviese en lo cierto y Noah se encontrase en la discoteca de mala muerte que había salido en el GPS.

Mi padre estaba hablando con los policías, se había producido un revuelo impresionante y estaban intentando planear como proceder. El despacho de mi padre se había convertido en un hervidero de gente y un grupo de policías junto a Steve estaban analizando los planos de la discoteca.

Según los planos lo más probable es que tuviesen a Noah en el sótano de la parte oeste del edificio. Si los acorralábamos, dejándoles las puertas principales sin salida, solo había una forma de que el cabrón de su padre pudiese salir, y era por la puerta de incendios que daba a la parte trasera del edificio. Ahí sería donde le esperarían con todas las patrullas, no había forma de que pudiese escapar si decidía salir, y no iban a dejarle escapatoria, sí de verdad estaban allí, ese hijo de puta iba terminar en la cárcel mucho antes de lo que él tenía pensado.

—Cave la posibilidad de que no decida salir, que se quede encerrado dentro—dijo un policía, señalando la

habitación donde seguramente estaba Noah en aquel instante.

—Pues derribáis la puta puerta, joder—dije queriendo salir en su busca de inmediato, podían estar haciéndole de todo, y nosotros seguíamos aquí, charlando, mientras Noah podía estar herida, o algo mucho peor.

—Señor Leister, déjenos trabajar a nosotros—me frenó el policía con autoridad.

Me jodía como me hablaban y como tomaban decisiones sobre la vida de Noah, pero no había nada que yo pudiese hacer.

Salí del despacho, y me llevé creo, que el cigarro doscientos a la boca.

Fuera en el porche, se habían aglomerado topo tipo de personas, y en la puerta, junto a la fuente redonda, había por lo menos siete coches patrulla y agentes por todo el perímetro de la casa. Se habían presenta las noticias, que ya empezaba a acomodar sus cámaras frente a la puerta cerrada de la casa. Me giré sintiendo nauseas.

—¡Es capaz de matarla, William!—escuché entonces que gritaban dentro.

Entré casi corriendo para ver como los policías salían del despacho de mi padre y salían apresurados hacia los coches patrulla. Miré desesperado y fui hasta Rafaella, que lloraba aferrándose a los brazos de mi padre.

—No lo hará, tranquilízate, ya sabemos donde están, Ella, te prometo que no le va a pasar nada—decía mi padre intentado tranquilizar a su mujer.

—¿Qué ocurre, a donde van?—dije con temor.

—Un testigo ha llamado confirmando que ha visto a varios hombres con armas fuera de la discoteca, está ahí Nicholas, van a ir a buscarla.

Sentí como todo mi cuerpo se congelaba por el pánico.

—Yo no pienso quedarme aquí—dije girándome y saliendo por la puerta lo más rápido que pude.

Entonces una mano fuerte me retuvo por el brazo, deteniéndome.

—Tú no vas, Nicholas—dijo mi padre mirándome fijamente a los ojos.

¿Qué coño estaba diciendo?

—¡No pienso quedarme aquí!—le grité soltándome de un tirón y bajando las escaleras casi a la carrera. Algunos policías ya estaban saliendo de la casa, marchándose para poder llevar a cabo la misión que podía causar la muerte de mi novia.

—¡Rafaella!—escuche como mi padre gritaba tras de mí. Me giré unos segundos para ver como la madre de Noah venía corriendo hacia a mí.

—Llévame contigo, Nicholas—dijo sin poder controlar las lágrimas, pero con una determinación férrea en su rostro.

Miré dudoso a mi padre que se acercó a nosotros con el semblante tan frío y asustado como debía estar el mío.

—No pienso permitir que le hagan daño a nadie más de esta familia, ¡entrad en la casa!—gritó cogiendo a Rafaella por el codo; sabía que estaba tan asustado como todos nosotros, nunca nos había ocurrido nada igual, vi en los ojos de mi padre que le aterrorizaba aquella situación, su forma de mirar a Rafaella era casi igual a como yo miraba a Noah, y yo habría reaccionado de la misma manera si hubiese sido ella la que estuviese dispuesta a ir al centro del escenario de un puto secuestro.

—Voy a ir tanto te guste como si no, William Leister, ¡es mi hija de quien estamos hablando!—le gritó desesperada; los sollozos impidiendo que pudiese seguir hablando.

Miré a mi padre.

—Voy a ir papá, y no intentes detenerme.

Mi padre miró desesperado a ambos lados.

—Esta bien, pero iremos con la policía—acepto por fin.

Diez minutos después estábamos cruzando la ciudad, con tres coches de policía tras nosotros. Escuchar como informaban de lo que ocurría por el interfono me estaba matando de los nervios. Ya habían llegado, y estaban rodeando las puertas principales a la orden de entrar.

No tardamos mucho más en llegar, y el coche patrulla fue directamente hacia donde esperaban que el padre de Noah decidiese escapar. Los demás policías se colocaron en posición alrededor de la puerta mientras que los ruidos del interior llegaban a nuestros oídos. Cuando escuché disparos salí del coche.

El policía que estaba junto a él me retuvo con fuerza por el brazo.

— *Te quedas aquí*—dijo con autoridad.

Hice lo que me pedía mientras miraba fijamente la puerta por donde Noah saldría, sana o herida, aún no lo sabía.

No tardaron mucho. Diez minutos después, y con todos los policías en tensión, la puerta terminó por abrirse y Noah y su padre aparecieron, pestañeando sorprendidos ante el despliegue que los esperaba fuera.

Noah estaba sangrando... *Estaba herida*.

Sentí como me sujetaban por detrás, ni siquiera era consciente de que intentaba salir corriendo en su busca.

—¡NOAH!—grité con todas mis fuerzas. Sus ojos volaron a los míos mientras que el terror marcaba sus llorosas facciones. Su padre la estaba apuntando con un arma, la tenía presa bajo sus brazos y el maldito revolver la apuntaba directamente a la cabeza.

—¡Suelta el arma!—gritó un policía por un megáfono.

Me llevé las manos a la cabeza con desesperación. Ese hijo de puta le estaba diciendo algo, y el terror reflejado en

Noah despertó un instinto asesino que nunca creí experimentar hasta el momento.

Le iba a matar, iba matarle con mis propias manos.

—¡Suelta el arma, y ponga las manos sobre la cabeza!— volvieron a gritar.

Entonces todo ocurrió muy rápido, aunque mis ojos lo vieron todo como si estuviesen reproduciéndolo a cámara lenta.

El padre de Noah levantó el arma, quitándole el seguro, la clavó con determinación en lo alto de su cabeza; Noah cerró los ojos con fuerza, y entonces el sonido de un disparo retronó por todo el lugar.

El padre de Noah giró la cabeza hacia donde nosotros estábamos, supe que estaba mirando a Rafaella por como esta empezó a llorar desesperadamente.

La sangre tiñó de rojo su camiseta hasta que cayó al suelo, inconsciente. Noah miró sorprendida el cuerpo de su padre; levantó la cabeza hacia a mí, aturdida al principio... y empezó a correr.

Me aparté de un fuerte tirón del policía que me tenía sujeto y fui en su busca.

Solo cuando la sentí entre mis brazos pude volver a respirar con tranquilidad; solo cuando sentí su cuerpo junto al mío pude volver a sentir que estaba vivo.

—Dios mío...—dije levantándola del suelo, estrechándola contra mí.

Sus sollozos se hicieron más fuertes cuando la apreté con fuerza, queriendo me la meter bajo mi cuerpo, protegerla con mi vida.

La deposité en el suelo, desesperado por inspeccionar cada partícula de su cuerpo. Le cogí el rostro entre mis manos, le habían pegado, joder, la habían golpeado.

Sentí mi cuerpo empezar a temblar, había dejado que volvieran a hacerle daño, le había prometido que nunca

dejaría que le pasase nada malo, y ahora veía con mis propios ojos las pruebas de que le había fallado.

—Noah...—dije intentando controlar mi voz. Quería pedirle perdón, quería que me perdonase por haber dejado que esto ocurriese. Creo que nunca en toda mi vida me había sentido tan culpable por algo, y tan terriblemente desbordado por el dolor de ver al amor de mi vida con marcas en la cara.

Sus manos subieron hasta mi cuello y me acercó hasta posar sus labios en los míos. Quería besarla más que nada en el mundo pero sentí su dolor cuando presionó con fuerza mi boca.

La aparté con cuidado pero con determinación.

—Ya habrá tiempo para eso, amor—le dije juntando nuestras frentes, sintiendo su dolor como mío — *Te quiero tantísimo, Noah.*

Dos lágrimas se sumaron a las miles que estaba derramando, pero una sonrisa apareció en su rostro antes de que Rafaella me apartara para poder estrechar a su hija entre sus brazos. La observé mientras se abrazaban con desesperación. Mi padre me miró un segundo antes de hacer lo mismo, y supe que de ahora en adelante algo así no volvería a ocurrir; vi en mi padre la promesa de que nadie más pondría un solo dedo encima de nuestra familia, *nunca más.*

Cuando Noah se apartó de su madre, lo primero que hizo fue girarse para mirar como metían su padre en la ambulancia. No sé describir lo que reflejó su mirada, pero sí que vi como el miedo regresaba a su cuerpo cuando fue Ronnie el que salió sujeto por un policía.

Mi mente se nubló, lo vi todo rojo.

Fui hasta allí con un odio tan profundo resurgiendo de mí que supe que iba a matarlo, iba acabar con él, ahí y ahora, y no me importaba las consecuencias.

Aparté al policía de un empujón y cogí a Ronnie por la camiseta. El primer golpe fue tan duro como los siguientes, no me importaba nada, solo sabía que tenía que matarlo, con cada golpe veía las heridas de Noah, veía su rostro asustado, su lágrimas en sus mejillas.

Entonces me apartaron. Me sujetaron con fuerza por detrás, quise revelarme contra todo el que quisiese detenerme, pero la vista se me aclaró al ver a Noah con cara de horror y a Ronnie sangrando junto a la cera, bajo mis pies.

Noah se soltó de su madre, y se tiró a mis brazos, no me había dado cuenta de que estaba llorando hasta que su mano limpió mis lágrimas con una caricia de infinita ternura.

— *Por favor para*—me rogó y sentí como mi cuerpo temblaba tanto como el de ella.

—Quiero matarle, Noah.—dije sabiendo que estaba a punto de perder el control sobre mí mismo y mis emociones.

Sus ojos buscaron los míos.

—Lo se, pero ahora te necesito a mi lado—dijo en un murmullo bajo; sus manos se deslizaron de mis mejillas hasta caer sobre mis hombros, sentí como su mirada se perdía y desenfocaba un segundo después.

— *¿Noah?* —dije sujetándola cuando se derrumbó entre mis brazos.—¡Un médico!—grité cuando vi que no reaccionaba. La levanté del suelo, con el miedo avivándose dentro de mí. *¿Le habían disparado? ¿Le habían hecho algo interno que no había podido ver?*

—Despierta Noah—dije apretándola contra mí hasta que llegué hasta donde había una ambulancia.

—Démela—me dijo el médico, mientras a mi alrededor empezaban a sonar las alarmas de los coches de policía, y Rafaella se acercaba junto con mi padre.

—¿Qué le pasa?—dije mientras me la quitaban de los brazos y la metían en la ambulancia.

—Nos vamos al hospital, ¿es usted su madre?—le preguntaron a Rafaella, que asintió temblorosa subiéndose a la ambulancia.

—Yo también voy—dije sin admitir ningún tipo de replica.

—Os sigo con el coche—dijo mi padre.

El viaje en ambulancia s me hizo eterno. Noah seguía sin conocimiento, pero después de haberla revisado con rapidez, el médico afirmaba que no parecía tener nada grave.

Me acerqué a Noah y le pasé una mano por el pelo con cuidado.

—Lo siento Noah, lo siento...

NOAH

Cuando abrí los ojos estaba en una cama de hospital. Me dolía la cabeza y la cara pero mi mente se relajó al ver quien estaba junto a mí.

—Por fin te despiertas—dijo Nicholas besando mi mano que tenía cogida entre las suyas.

—¿Qué ha ocurrido?—dije sin recordar cómo había llegado hasta allí.

—Te desmayaste—me explicó fijando sus ojos claros y preocupados en los míos—Los médicos dijeron que estabas agotada psicológicamente. Te suministraron unas pastillas para que durmieras... Tú mente estaba agotada.

Asentí asimilando todo aquello. Recordé todo lo ocurrido, el secuestro, los golpes que me habían dado, tanto mi padre como Ronnie, el momento cuando creí que mi padre me dispararía, cuando calló sangrando al suelo...

—¿Qué le ha pasado?—pregunté un momento después.

Nicholas entendió al instante lo que le estaba preguntando.

Me observó indeciso pero finalmente habló.

—No lo ha conseguido Noah... la bala le perforó el corazón, ni siquiera llegó al hospital.

Fue muy extraño y a lo mejor algo no funcionaba bien dentro de mí, ya que no sentí absolutamente nada... salvo alivio, un alivio infinito que me quitó una presión del pecho, una presión que llevaba sufriendo más de diez años.

—Todo se ha terminado—dijo Nick levantándose de la silla que había junto a mi cama y cogiéndome el rostro entre sus manos.—Ya nadie podrá hacerte daño... yo voy a cuidar de ti, Noah.

Sentí que mis ojos se humedecían.

—Nunca pensé que las cosas fueran a acabar así... ni que ahora pudiese darle las gracias al destino por haber juntado a nuestros padres... Hace dos meses todo lo que tú representabas significaba un infierno para mí y ahora...— dije incorporándome y arrodillándome en la cama. Le cogí el rostro entre mis manos mientras él bajaba con cuidado sus manos por mi cintura—Te quiero Nick... te quiero con locura.

Sus labios besaron los míos un momento después, con cuidado pero con todo el amor que yo sabía había surgido entre los dos. Ese tipo de amor que solo pasa una vez en la vida, ese tipo de amor que toca nuestro corazón y siempre se queda con nosotros, ese amor que comparamos con todo, que buscamos, que incluso odiamos... pero ese amor que nos hace estar vivos, que nos hace necesarios y que nos convierte en lo único sin lo que otra persona es incapaz de vivir... Y yo acababa de encontrarlo.

NICK

...Un mes después.

—Ni se te ocurra abrir los ojos—le dije emocionado mientras la llevaba al centro de la habitación. Tenerla a allí por fin me daba una alegría que no sabía cómo expresar con palabras. El cambio que había hecho en mi vida supondría un nuevo comienzo en nuestra relación pero era algo necesario y a la larga algo bueno para poder estar todo el tiempo que necesitábamos juntos.

—Odio las sorpresas, lo sabes—me dijo moviéndose inquieta. Sonreí para mis adentros.

—Esta te va a gustar— dije colocándome detrás de ella. —Está bien...¡ya!—dije sacándole la cinta que tenía atada a la cabeza.

Sus ojos miraron con sorpresa la habitación que tenía delante. Estábamos en el nuevo ático que había comprado, justamente en la entrada, desde donde se veía el salón, la cocina y un pequeño comedor. No era muy grande, lo justo para que una persona pudiese vivir cómodamente pero era uno de los mejores pisos de la ciudad. Una amiga de la familia lo había decorado a mi gusto y el piso había quedado genial. Con tonos marrones y blancos le daba al lugar un aspecto acogedor y moderno. Había mandado construir una gran chimenea en el centro del salón frente a un gran sofá color chocolate donde poder ver películas y pasar tiempo a solas con Noah; la cocina era pequeña pero tenía todo lo necesario, con una pequeña isla donde cabían dos personas para desayunar cómodamente. Había gruesas alfombras en los suelos de madera y un gran ventanal cuyas vistas daban directamente sobre la ciudad y justo en

ese momento, bajo la oscuridad de la noche, la vista era impresionante.

Miré a Noah que se había quedado con la boca abierta.

—¿Bueno... qué piensas?

Ella negó con la cabeza sin palabras. Un momento después decidió hablar.

—¿Es tuyo?—me preguntó dando varios pasos hacia adelante y colocando la mano sobre el respaldo del sofá.

Cuando se giró hacia a mí vi que estaba sobrecogida o preocupada no sabía muy bien cómo definir su reacción.

—Bueno sí, yo voy a vivir en él pero tú vas a pasar gran parte de tu tiempo aquí conmigo, por eso lo he comprado, para poder estar juntos sin ningún impedimento—le dije acercándome hasta donde estaba. Me encantaba verla allí, ahora sí que parecía un hogar.

Un segundo después una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Es genial...—dijo pero me estaba ocultando algo, lo podía ver en sus ojos.

Le acaricie el pelo colocándoselo tras las orejas y cogiéndole el rostro entre mis manos.

—¿Qué ocurre?—le dije preocupado por aquella expresión.

Ella negó con la cabeza y finalmente soltó un suspiro.

—Voy a echar de menos verte todos los días, es eso—me dijo acercándose y apoyando su cabeza en mi pecho. Joder, yo también iba a echarla de menos, me encantaba levantarme y desayunar con ella, adoraba verla despeinada y sin arreglar pero siempre lista para ofrecerme una sonrisa y ni qué decir de esas sensación de saber que estaba a salvo en la puerta de enfrente... Todo eso iba a cambiar ahora que me mudaba pero también sabía que era necesario. Vivir con mi padre y estar enamorado de su hijastra y encima bajo el mismo techo era una locura. Pocas

eran las veces en las que nos sentíamos cómodos para estar juntos y a solas y ahora que yo tenía mi propia casa Noah iba a poder pasar todo el tiempo conmigo sin ningún tipo de supervisión paterna.

—Y yo, pero esto es necesario, no aguanto verte todos los días pero no poder hacer esto cuando me apetece—le dije levantando el rostro y besando esos labios tan perfectos — Ni esto—dije profundizando el beso y entrelazando nuestras lenguas con toda la pasión que esa chica conseguía despertar en mí. Su respuesta fue inmediata y el deseo se apoderó de mi cuerpo en medio segundo...ese era el efecto que ella tenía en mí... me volvía completamente loco—Ni tampoco esto—le dije levantándola de la cintura y obligándola a rodearme con sus hermosas piernas las caderas Ella se rió bajo mis labios.

—Ni esto tampoco—repitió ella tirando de mi camiseta y sacándomela por la cabeza.

Gruñí al sentir sus manos acariciándome los hombros y el cuello. Caminé hasta llegar hasta la que ahora era mi nueva habitación. Tenía una cama inmensa y las vistas desde allí también eran espectaculares. La deposité en la suavidad de las almohadas y comencé a desabrochar los pequeños botones de su blusa blanca.

—Creo que me has convencido... me gusta este sitio—dijo suspirando un segundo después y dejándome besar cada centímetro de su piel.

—Ya sabía que te iba a gustar—le contesté acercándome a su boca.

En ese preciso momento fue cuando comprendí que esa mujer iba estar a mi lado el resto de mi vida. La amaba sobre todas las cosas y había conseguido sacarme del agujero negro que era mi vida antes de conocerla.

Nos había costado entenderlo pero ahora que estábamos juntos trabajaríamos el uno junto al otro para sacar nuestra

relación adelante.

Nuestras vidas no habían sido fáciles y por ese mismo motivo nos comprendíamos a la perfección. En un momento crítico y difícil habíamos sido el salvavidas del otro en medio de la tormenta, y eso es algo que no se encuentra con facilidad.

Unas horas más tarde cuando la tenía dormida entre mis brazos me di cuenta de algo muy importante... Las luces estaban apagadas y no entraba luz por la ventana... Noah dormía con el semblante relajado y tranquilo y no había ningún atisbo de miedo en su perfecto rostro... Comprendí entonces que yo también la había ayudado, yo también había supuesto un cambio radical en su vida... y eso había sido exclusivamente culpa mía.

FIN